Santo Tomás De Aquino

Catena Aurea

Comentarios sobre el Evangelio SAN JUAN

Ivory Falls Books

SANTO TOMÁS DE AQUINO

CATENA AUREA
Comentarios al Evangelio

SAN JUAN

CONTENIDOS

COMENTARIO SOBRE EL EVANGELIO DE SAN JUAN

PREFACIO

Glosa

El profeta Isaías, inspirado por la sublimidad de la visión divina, dijo: He visto al Señor sentado sobre un solio elevado y excelso; y la casa estaba llena de su majestad, y lo que estaba debajo de él llenaba el templo.

San Jerónimo

Conocemos con más claridad en el Evangelio de San Juan, quién es éste que ve y dice: "Esto dice Isaías, cuando vio la gloria de Dios, y habló de El": no hay duda alguna de que se refiere a Jesucristo.

Glosa

De estas palabras se deduce la materia de este Evangelio, que escribió San Juan. Y como los Evangelistas San Mateo y San Lucas refirieron la Natividad del Salvador según la carne, San Juan pasó esto en silencio, y empezó su narración por su divinidad; cuya parte sin duda alguna le había sido reservada como mejor por el Espíritu Santo.

Alcuino

Como el Evangelio sobrepase a todas las páginas de la Sagrada Escritura (porque dice que se ha cumplido cuanto habían anunciado la Ley y los Profetas), San Juan se distingue entre los mismos escritores de los Evangelios por la profundidad con que trata los divinos misterios, el cual, por espacio de 65 años después de la Ascensión del Señor, predicó la palabra de Dios sin escribir nada hasta los últimos tiempos de Dominiciano; pero después que éste murió, habiendo vuelto a Efeso (por habérselo permitido Nerva), a petición de los obispos de Asia, escribió acerca de la divinidad coeterna de Jesucristo con el Padre, en contra de los herejes que decían que Jesucristo no había existido antes que María. Por lo que con razón es comparado en la representación de los cuatro seres a un águila volando, que sube más alto que todas las demás aves, y mira frente a frente al sol sin que se deslumbren sus ojos.

San Agustín

Traspasa todas las esferas del aire, todas las alturas de las estrellas y todos los coros y las legiones de los ángeles. Y si no traspasase todo lo que ha sido creado, no hubiese podido llegar hasta Aquél por quien todas las cosas han sido hechas.

De esto se desprende (si fijamos en ello la atención) que los tres Evangelistas refirieron los hechos temporales y las palabras del Señor, que pueden contribuir en gran manera a reformar nuestras costumbres en esta vida, tratando apenas más que de la virtud activa, en tanto que San Juan se ocupa mucho menos de los hechos del Salvador, y escribe con cuidado y escrupulosidad lo que dijo (especialmente lo que se refiere a la unidad de la Trinidad y a la felicidad de la vida eterna), y fijando su atención y su

predicación en recomendar la virtud contemplativa. De aquí que los tres seres que representan a los otros tres Evangelistas (o sea el león, el hombre y el toro), andan por la tierra, porque estos tres Evangelistas se ocupan especialmente de lo que hizo Jesucristo en carne mortal, y de los preceptos que dio para norma de la vida moral en cuanto al cuerpo. Pero San Juan se remonta sobre las nubes de la humana debilidad, como se remonta el águila por los aires, y ve la luz de la verdad inmutable con los ojos firmísimos y penetrantes de su alma, y especialmente la divinidad de Jesucristo, por la que es igual al Padre, cuidando de recomendarla en su Evangelio cuanto creyó que necesitaban los hombres.

Glosa

Puede, pues, el Evangelista San Juan decir con Isaías: "He visto al Señor sentado sobre un solio elevado y excelso", en cuanto pudo ver en su elevación a Jesucristo en la majestad de la divinidad, cuya naturaleza es en verdad excelsa y elevada sobre todas las cosas; "Y estaba llena la casa de majestad", porque refiere el Evangelista que todas las cosas han sido creadas por El, y que todos los que vienen a este mundo son iluminados por su luz. Dice también que todo lo que estaba debajo de Él llenaba el templo, porque "El Verbo se hizo carne, y hemos visto su gloria; gloria, como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad" (1,14), y "hemos recibido todos de su plenitud" (1,16). Así, pues, estas palabras contienen la materia de este Evangelio, en el que manifiesta San Juan que el Señor está sentado sobre un trono excelso, demostrando la divinidad de Jesucristo, y da a conocer que la tierra está llena de su majestad, cuando dice que todas las cosas han sido hechas por El y llenas de sus divinas perfecciones, enseñando que lo que hay de inferior en El (esto es, los misterios de su humanidad) llena el templo (esto es, la Iglesia), cuando promete a los fieles la gracia y la gloria en los sacramentos de la humanidad de Jesucristo.

San Crisóstomo

Cuando un hombre tan ignorante dice tales cosas, que ninguno de los que han vivido sobre la tierra conoció jamás, es preciso atribuirlo a un gran milagro, y sobre todo si se admite como prueba de que fue Dios quien le inspiró el que todos los hombres hayan comprendido en todo tiempo lo que él dijo, y se hayan persuadido de su verdad. ¿Quién, pues, no se admirará de la virtud que habita en él?

Orígenes

Juan quiere decir gracia de Dios, o en quien está la gracia o a quien se ha concedido. ¿A quién de los teólogos se ha concedido en algún tiempo penetrar los misterios escondidos del sumo bien, y hacer que los comprenda así la humana inteligencia?

CAPÍTULO 1.

En el principio era el Verbo. Y el Verbo era con Dios. Y el Verbo era Dios. (v. 1)

San Crisóstomo, in Ioannem, hom. 3

Mientras los demás evangelistas empiezan por la Encarnación, San Juan, yendo más allá de la concepción, del nacimiento, de la educación y del desarrollo de Jesús, nos habla de su eterna generación, diciendo: "En el principio era el Verbo".

San Agustín, Lib 83 quaest., qu 63

La palabra griega logos significa razón y verbo; pero en este caso más bien quiere decir Verbo, para que se entienda no sólo la relación con el Padre, sino la fuerza operativa respecto de todas las cosas que fueron hechas por el Verbo. La razón, aun cuando nada se hace por ella, se llama razón acertadamente.

San Agustín, in Ioannem, tract.1

Sucede que, con el uso diario, las palabras, porque suenan y pasan, se nos han hecho viles. Pero hay también en el hombre la palabra que permanece en el interior, cada vez que el sonido sale de la boca. Por tanto, la palabra es lo que se extiende por medio del sonido y no el mismo sonido.

San Agustín, De Trin., 15, 10 et 11

Todos podemos comprender la palabra, no sólo antes que suene, sino también antes que sus imágenes se agiten en nuestro pensamiento. Aquí se puede ver ya, como en espejo y enigma, alguna semejanza del Verbo, de quien se ha dicho: "En el principio era el Verbo". Es necesario, pues, que cuando hablemos lo que sabemos, nazca la palabra del mismo conocimiento que tenemos en la memoria; porque la palabra debe ser, absolutamente, de la misma naturaleza que el conocimiento de donde nace. El pensamiento formado de la cosa que ya conocemos, es la palabra que aprendemos en nuestro interior; lo cual no es griego, ni latín, ni lengua alguna. Pero cuando hemos de comunicar a otros esta palabra interior, tenemos necesidad de algún signo que la exprese.

Allí mismo, cap. 11

Por tanto, la palabra que suena en el exterior no es otra cosa que una señal de la palabra que se encuentra en el interior, a la que corresponde más propiamente el nombre de palabra. Porque aquello que se pronuncia con los labios es el sonido de la palabra, que no se llama palabra sino a causa de aquella palabra interior a la cual representa en el exterior.

San Basilio, hom super haec verba

Mas este Verbo no es el humano; porque ¿cómo podía existir en el principio el verbo humano, cuando el hombre ocupa el último lugar en la generación? Así, pues, el verbo humano no existía en el principio, ni el de los ángeles; porque toda criatura está dentro de los términos de los siglos, tomando del Creador el principio de su ser. Oigamos, pues, el Evangelio de un modo conveniente: llamó Verbo al mismo Unigénito.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 1

Si alguno dijere que se nos habla ahora del Hijo sin hacer mención del Padre, diremos que el Padre era conocido de todos, si no como Padre, como Dios. Pero el Unigénito era desconocido; por tanto, quiso con razón darle a conocer desde luego a los que le desconocían. Pero ni aun por esto puede decirse que se guarda silencio respecto del Padre cuando se trata del Hijo. Por esto le llamó Verbo, porque había de enseñar que el Verbo era el Hijo Unigénito de Dios, y para que no se crea que su generación había sido acompañada de sufrimientos, previene esta duda por el nombre del Verbo, manifestando que el Hijo procede de Dios de una manera impasible. La segunda razón de esto es que debía anunciarnos todas las cosas que conciernen al Padre, por lo cual no le llamó sencillamente Verbo, sino añadió el artículo "el", distinguiéndole de los demás. Es costumbre en la Escritura llamar palabra a las leyes y preceptos de Dios, pero esta Palabra es cierta sustancia, una hipóstasis, un ente que procede del Padre mismo impasiblemente.

San Basilio, ut sup

¿Y por qué se le llama Verbo? Porque ha nacido impasiblemente; porque es imagen del que le ha engendrado, demostrándolo todo en sí mismo, no sacando nada, mas existiendo perfecto en sí mismo.

San Agustín, De Trin., 15, 13

Así como nuestro conocimiento se diferencia del conocimiento de Dios, así nuestra palabra, que procede de nuestro conocimiento, se diferencia de la de Dios, que ha nacido de la esencia del Padre. Lo mismo podría decirse si se tratara de la ciencia del Padre, de la sabiduría del Padre o, lo que es más expresivo, del Padre ciencia, del Padre sabiduría.

San Agustín, De Trin., 15, 14

Por tanto, el Verbo de Dios, Hijo Unigénito del Padre, es en todo semejante e igual al Padre; es lo mismo que el Padre, pero no es el Padre, porque Este es el Hijo y Aquél el Padre. Y por esto conoce todas las cosas que conoce el Padre; y si le es propio conocer al Padre, ¿no conocerá lo que es? El conocer y el ser son ahí una misma cosa. Por esta razón, así como no es propio del Padre proceder del Hijo, tampoco su conocimiento procede del Hijo. Por eso, como pronunciándose a sí mismo, el Padre engendró al Verbo igual en todo a sí, y no se hubiera pronunciado a sí mismo de una manera completa y perfecta si hubiera algo mayor o menor en su Verbo de lo que hay en El. Pero aunque sea nuestro verbo interior de alguna manera semejante a Aquél, no cesemos de observar cuán diferente es a la vez.

San Agustín, De Trin., 15, 15

¿Qué es esto formable, aún no formado, sino algo de nuestra mente que nosotros con antojo voluble lanzamos de aquí para allá cuando pensamos ahora en una cosa y después en otra, según la descubrimos o nos sale al encuentro? Y se hace verbo verdadero cuando aquello que dije que nos lanzaba con movimiento incesante toma contacto con lo que nosotros conocemos y al tomar una semejanza perfecta se forma. ¿Quién no ve aquí la gran diferencia que hay de aquel verbo con el de Dios, que es forma de Dios y antes de su formación no es formable, pues no puede ser nunca

informe, sino que es la forma sencilla e igual a Aquél de quien nace? Por lo que se dicen aquellas palabras: "el Verbo de Dios".

San Agustín, De Trin., 15, 16

Por lo cual, para que en Dios no se crea que existe algo voluble, como si siendo verbo pudiera recibir y volver a tomar una forma que presto pudiera perder y sufrir evolución en su carencia de forma, aquel Verbo divino no se llama pensamiento de Dios.

San Agustín, De verb. Dom., serm. 38

Es el Verbo de Dios cierta forma no formada, la forma de todas las formas; forma inmutable, sin pérdida, sin defectos, sin tiempo, sin lugar, superando todas las cosas, existiendo en todas, siendo la base en que todo descansa y el remate que está sobre todo.

San Basilio, ut sup

Sin embargo, tiene nuestro verbo, exteriormente, cierta semejanza del divino Verbo. Porque nuestro verbo manifiesta todo lo que concibe nuestra inteligencia; de modo que, lo que concebimos en nuestra inteligencia, lo expresamos por medio de la palabra. Y en verdad que nuestro corazón es una especie de fuente, y la palabra que pronunciamos es semejante a un riachuelo que procede de ella.

San Crisóstomo, ut sup

Véase también cuánta prudencia hay en el espíritu del Evangelista: sabían los hombres lo que es más antiguo y lo que había antes de todas las cosas, honrando y poniendo a Dios sobre todo. Por esto expresa antes de todo el principio, y dice: "En el principio era el Verbo".

Orígenes, in Ioannem, hom. 1

Esta palabra, principio, quiere decir diversas cosas. Quiere decir principio como el comienzo de un viaje o de una longitud: "El principio del buen camino, es la prueba de los justos" (Prov.16, 5). Significa también el comienzo de una generación, según aquellas palabras de Job: "Este es el principio de la creatura de Dios" (Job 40,14). Así pues, sin exageración se puede decir que Dios es el principio de todas las cosas. Es principio también la materia preexistente, para aquéllos que creen que es ingénita. También se dice principio según la especie, así como Jesucristo es el principio de aquéllos que han sido formados a imagen de Dios. Igualmente es principio de disciplina, según aquello: "Cuando deberíais ser maestros por el tiempo transcurrido, otra vez necesitáis ser enseñados en lo que constituye el fundamento del principio de las palabras de Dios" (Heb 5,12). El principio, pues, es de dos maneras: según su naturaleza y según su relación con nosotros; de modo que se puede decir Jesucristo es por naturaleza el principio de la sabiduría (en cuanto es la Sabiduría y la Palabra de Dios), y es el principio con relación a nosotros en cuanto a que el Verbo se ha hecho carne (Jn 1,14). Por tanto, con todas estas significaciones de la palabra principio, se puede comprender que se llama principio a aquello por lo cual se dice de algo que es agente; porque el autor de todo es Cristo, como principio, según lo que es Sabiduría; es el Verbo en el principio, como en la sabiduría. Es infinito el número de bienes que se dicen del Salvador. Y así como la vida está en el Verbo, el Verbo estaba en el principio (esto es, en la sabiduría). Consideremos,

pues, si es posible que tomemos la palabra “principio” en el sentido de que se hagan todas las cosas según la sabiduría y los ejemplos que en ella existen. O bien, si el Padre es el principio del Hijo y el principio de todas las criaturas y de todos los seres; según aquellas palabras: "En el principio era el Verbo", por las que es preciso entender que el Verbo Hijo era en el principio, esto es, en el Padre.

San Agustín, De Trin., 6, 2

Se dice en el principio, como si se dijera "antes de todas las cosas".

San Basilio, ut sup

El Espíritu Santo previó que había de haber algunos envidiosos y detractores de la gloria de Jesucristo, que proferirían sofismoos para engañar a los que los oyesen, diciendo que si fue engendrado no era, y que no existía antes de ser engendrado. Y para que no pudiesen hacer alarde de ello, el Espíritu Santo dice: "En el principio era el Verbo".

San Hilario, De Trin., 1, 2

Pasan los tiempos, se suceden los siglos, desaparecen las edades; imaginad el principio que queráis, y si no pensáis en el tiempo, comprenderéis el asunto de que se trata.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 1

Así como el que está en un buque cerca de la orilla, ve las ciudades y los puertos, y cuando llega a alta mar los pierde de vista aun cuando trate de fijarla en ellos, así el Evangelista, remontándonos más allá de donde empieza toda criatura, nos deja como mirando al vacío, sin fijar límite alguno a las alturas a que nos eleva, o en que podamos fijarnos; esto es, pues, lo que significa en el principio era lo infinito del tiempo y del ser.

San Agustín, De verb. Dom., serm. 38

Pero dicen algunos: si es Hijo, ha nacido. Y en verdad que es así. Añaden después: si el Hijo ha nacido del Padre, el Padre es anterior al nacimiento del Hijo. La fe rechaza esto. Pero, dicen, explicadnos cómo ha podido el Hijo nacer del Padre para ser coetáneo de aquél de quien ha nacido; porque el hijo nace después del padre, y debe, por tanto, ser sucesor suyo. Para esto aducen el ejemplo de lo que sucede entre las creaturas; y nosotros debemos tratar de encontrar la semejanza con aquello que afirmamos. ¿Pero cómo podremos encontrar en la creatura lo coeterno, cuando nada eterno encontramos en ella? Si en el mundo pudieran encontrarse dos cosas coetáneas, una que engendra y una engendrada, entonces entenderíamos lo coeterno. La sabiduría es llamada en las Escrituras el brillo de la luz eterna, la imagen del Padre. Y de aquí podemos tomar la comparación para que encontremos lo que se entiende por coetáneo, y de ello desprendamos lo que se entiende por coeterno. Nadie ignora que la luz nace del fuego; digamos, pues, que el fuego es el padre de aquella luz. Y bien, en el momento que encendemos una antorcha, brota la luz al mismo tiempo que el fuego. Dadnos este fuego sin luz, y creeremos que el Padre pudo existir sin el Hijo. La imagen existe en el espejo, y existe en cuanto que una persona se mira en él; pero ésta ya existía antes que se acercase al espejo. Supongamos que crece alguna cosa sobre el agua, como un matorral

o una yerba; ¿no nace con su propia imagen? Por tanto, estará siempre la imagen de la yerba mientras ésta subsista allí. En virtud de esto, lo que procede de otro ser ha nacido de él; se puede ser siempre generador, y estar siempre con aquél que ha nacido de sí. Pero se dirá: yo entiendo que el Padre es eterno, y que el Hijo es coeterno; pero como la luz que brilla menos que el fuego de donde nace, y como la imagen del matorral que es menos clara que el matorral mismo. No; es necesaria una igualdad absoluta. Yo no creo, se dirá, porque no hay semejanza que satisfaga. Acaso encontremos en las criaturas una razón para comprender que el Hijo es coeterno con el Padre, y no menos que El; pero no podemos encontrarla en un solo género de semejanzas. Por tanto, reunamos dos géneros diferentes: uno de donde ellos toman la semejanza, y otro de donde nosotros la damos. La que ellos presentan la toman de que el ser que engendra a otro, le precede en el tiempo, como sucede en el hombre que nace de otro hombre, siendo los dos de la misma sustancia. Admitimos, pues, en este orden de nacimiento la igualdad de naturaleza; pero falta la de tiempo. En el orden de semejanzas que hemos sentado acerca de la luz del fuego y de la imagen del matorral, no encontráis la igualdad de naturaleza, y sí la igualdad del tiempo. Y bien; todo lo que allí se encuentra respecto de cada parte y de cada cosa, lo encuentro, no como en las criaturas, sino como en el Creador.

Actas del Concilio de Efeso

Por esto, pues, tan pronto se le llama Hijo del Padre, como Verbo, como luz en la Sagrada Escritura, para que se comprenda que cada uno de estos nombres con que designa a Cristo, son contra la blasfemia. Porque como tu hijo es de tu misma naturaleza, queriendo manifestar que el Padre y el Hijo tienen una misma sustancia, le llama Hijo Unigénito del Padre. Además, como el nacimiento y el Hijo nos manifiestan los sufrimientos que acompañan o se mezclan en la generación, le llama también Verbo, demostrando con este nombre la impasibilidad de su nacimiento. Pero como todo padre, entre los hombres, es indudablemente de más edad que el hijo, para que no se entienda así de la naturaleza divina, llama luz al Unigénito del Padre; porque la luz nace del sol, y no se concibe que sea posterior a él. Por tanto, la luz demuestra que el Hijo coexiste siempre con el Padre, y el Verbo la impasibilidad de su nacimiento, así como el nombre de Hijo indica la consustancialidad con el Padre.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 2

Pero se dice que el ser en el principio no indica simplemente la eternidad, porque así se dice también del cielo y de la tierra. Dice el Génesis: "En el principio hizo Dios el cielo y la tierra" (Gn 1,1); mas ¿en qué se parecen, "era" e "hizo"? Así como la palabra "es", cuando se trata del hombre se refiere a la vida presente, y a la eternidad cuando se trata de Dios, así la palabra "era", cuando se habla de nuestra naturaleza significa el tiempo pasado, y la eternidad cuando se habla de Dios.

Orígenes, hom. 2., in div. loc

El verbo ser tiene dos significaciones; unas veces expresa movimientos temporales, según la analogía de otros verbos, y otras la sustancia de una cosa sin sucesión ninguna de tiempo; por cuya razón se le llama sustantivo.

San Hilario, De Trin., l. 2

Observa el mundo y mira lo que está escrito acerca de él: "En el principio hizo Dios el cielo y la tierra" (Gén 1,1). En un principio es hecho aquello que es creado, e incluye a lo largo del tiempo lo que en el principio es incluido para que sea creado. Pero el pescador iletrado, sin ciencia, está libre del tiempo, ha sido liberado de los siglos, ha vencido todo principio: en efecto, el Verbo de Dios era lo que es, y no es encerrado en tiempo alguno para empezar a ser lo que había sido incluido en un principio, pues existía desde el principio.

Alcuino

Contra aquellos que decían que Jesucristo no ha existido siempre por su nacimiento temporal, empieza el Evangelista diciendo de la eternidad del Verbo: "En el principio era el Verbo".

San Crisóstomo, in Ioannem, hom. 2

Como es principalmente propio de Dios el ser eterno y sin principio, dijo esto al comenzar. Y después, para que oyendo que "en el principio era el Verbo", no se dedujese que el Verbo era ingénito, dice en seguida para combatir este error: "Y el Verbo era con Dios".

San Hilario, De Trin., l. 2

Existe con Dios sin principio; pero el que carece de tiempo no carece de autor.

San Basilio, hom. 1 super haec. verb

Dice también esto por los que blasfeman diciendo que no existía. ¿Pero en dónde estaba el Verbo? No en un lugar, porque no cabe en un lugar que tenga límite. ¿Pero en dónde estaba? Con Dios; ni el Padre puede estar en un lugar, ni el Hijo se contiene en circunscripción ninguna.

Orígenes, in Ioannem, hom. 2

También es conveniente observar que el verbo fue hecho en algunos, como en Oseas, Isaías o Jeremías; pero no fue hecho en Dios, porque el no ser no se encuentra en él, y por esto se dice a continuación que el "Verbo estaba con Dios", porque ni desde el principio ha estado el Hijo separado del Padre.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 3

No dijo estaba en Dios, sino con Dios; manifestándonos que poseía la eternidad como persona.

Teofilacto

Me parece que Sabelio fue rechazado por estas palabras; él decía que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, eran una sola persona; que unas veces aparecía como Padre, otras como Hijo y otras como Espíritu Santo. Pero le contradicen evidentemente estas palabras: "Y el Verbo estaba con Dios"; porque aquí el Evangelista declara que uno es el Hijo, y otro el Padre, que aquí designa con el nombre de Dios.

San Hilario, De Trin., 1, 2

Dirás: el Verbo es el sonido de la voz, la enunciación de los asuntos y la expresión de

los pensamientos. Este es el Verbo que en el principio estaba con Dios, porque la palabra de un pensamiento es eterna cuando el que piensa es eterno. Pero ¿cómo existía en el principio lo que no existió antes ni después del tiempo? Y yo ignoro si puede existir en el tiempo. La palabra de los que hablan, ni existe antes de que hablen, ni después de que han hablado, y cuando llega el fin de esa palabra no existe ya el principio de ella. Pero si como oyente inexperto habías dejado pasar la primera afirmación: "En el principio era el Verbo", ¿qué es lo que buscas en lo que sigue: "Y el Verbo estaba con Dios?" ¿Acaso escuchaste "en Dios" (y no con Dios) y habías entendido la expresión de un pensamiento oculto? ¿O crees que confundió San Juan la diferencia que hay entre estar "en" y estar "con Dios"? Así se dice que lo que existía en el principio, no existía en otro, sino con otro. Por lo tanto veamos el estado y el nombre del Verbo. Dice, pues: "Y el Verbo era Dios". Termina el sonido de la voz, y la enunciación del pensamiento; pero este Verbo es un ser, y no un sonido; una naturaleza, y no una palabra; un Dios, y no una nada.

San Hilario, De Trin., 1, 7

Es un simple nombre, y carece de tropiezo alguno; se dijo a Moisés: "Te he constituido como el dios de Faraón" (Ex. 7,1). Pero ¿no se añadió la causa de este nombre, cuando se dijo a Faraón? Porque había sido dado Moisés como dios de Faraón, para ser temido, rogado y para que le castigase. Y una cosa es ser dado como dios, y otra es ser Dios. También me acuerdo de otra sentencia que se encuentra en el Salmo: "Yo dije, sois dioses" (Sal 81,6); pero aquí debe entenderse que es un nombre que se les concede. Y las palabras "Yo dije", expresan más bien la palabra del que habla que el nombre de la cosa. Pero cuando dice: "Y el Verbo era Dios", no oigo sólo que se dice el Verbo, sino entiendo que se demuestra que es Dios.

San Basilio, ut sup

Así, pues, para hacer imposible la blasfemia y la duda de los que preguntan ¿Qué es el Verbo? responde: "Y el Verbo era Dios".

Teofilacto

De otro modo, después de decir que el Verbo estaba con Dios, claro es que eran dos personas, aun cuando existiese una misma naturaleza en ellas. Por esto dice: "Y el Verbo era Dios", para demostrar que así como es una misma naturaleza la del Padre y la del Hijo, así también es una misma divinidad.

Orígenes

También debe añadirse que cuando el verbo es hecho en los profetas, los ilumina con la luz de la sabiduría. Mas el Verbo está con Dios, obteniendo de El el ser Dios; por lo que antes de "el Verbo era Dios", dijo: "El Verbo estaba con Dios".

San Crisóstomo, in Ioannem, hom. 3

Y no como Platón, que dice que es una inteligencia cualquiera, o ya el alma verdadera del mundo; porque esto dista mucho de la naturaleza divina. Pero se dice: el Padre es llamado Dios con la adición del artículo ("el"); pero el Hijo, sin artículo. ¿Qué es lo que dice, pues, el Apóstol, "del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo" (Tit. 2,13)? Y en otro lugar: "Quien es Dios sobre todas las cosas" (Rom. 9,5). Y escribiendo

a los Romanos dice: "La gracia y la paz os han venido de Dios nuestro Padre" (Rom 1,7), sin añadir el artículo. Pero era superfluo ponerle aquí, después de haberlo añadido constantemente más arriba. Así que aun cuando el artículo no haya sido añadido a la palabra Hijo, no por eso el Hijo es menos que Dios Padre.

Este era en el principio con Dios. (v. 2)

San Hilario, De Trin., 1, 2

Las palabras del Evangelista "Y el Verbo era Dios", me hacen temblar por lo inesperadas, puesto que los profetas anunciaron que Dios era uno solo; pero para que mi temor no pueda pasar más allá, se me presenta el pescador resolviendo tan gran misterio, y refiere a uno solo todas las cosas sin ofensa, sin supresión y sin tiempo, diciendo: "Este era en el principio con Dios", cerca de Dios no engendrado, de quien es proclamado Unigénito Hijo.

Teofilacto

Para que una sospecha diabólica no inquietase a algunos sobre si el Verbo, siendo Dios, se levantaba en contra del Padre (como dicen las fábulas de los gentiles), y que separado del Padre fuese contrario al Padre, dice el Evangelista: "Este era en el principio con Dios". Como diciendo, este Verbo de Dios nunca ha existido separado de Dios.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 3

Y para que al oír "En el principio era el Verbo" siendo eterno, no se crea que la vida del Padre fue anterior en algún espacio de tiempo a la del Hijo, añadió: "Este era en el principio con Dios", porque nunca estuvo separado de Él, sino que Dios siempre estuvo con Dios. Y más adelante, para que las palabras "El Verbo era Dios" no hagan creer que era menor la divinidad del Hijo, añade en seguida la eternidad como atributo de la divinidad, cuando dice: "Este era en el principio con Dios". Y lo que ha hecho, cuando añade: "Todas las cosas fueron hechas por El".

Orígenes, ut sup

Después de enunciar el Evangelista estas tres proposiciones, las reúne en una, diciendo: "Este era en el principio con Dios". En la primera proposición hemos conocido en quién era el Verbo, porque era en el principio; en la segunda, con quién, porque era y estaba con Dios, y en la tercera, que era el Verbo, porque era Dios. Como dando a conocer que el Verbo de quien se trata era Dios, porque dijo, reuniéndolo todo en la cuarta proposición: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y Dios era el Verbo", dice: "Este era en el principio con Dios". Si se pregunta, pues, por qué no ha dicho: "En el principio era el Verbo de Dios, y el Verbo de Dios estaba con Dios, y Dios era el Verbo de Dios"; podemos responder que, siendo una sola la verdad, una sola también es su demostración, que es la sabiduría. Pero si es una sola la verdad y una la sabiduría, también el Verbo, que anuncia la verdad y derrama la sabiduría sobre los que son susceptibles de ella, será uno solo también. Y no decimos por esto que no es el Verbo de Dios, sino que manifestamos la utilidad de la omisión de esta palabra, "de Dios". Y el mismo San Juan dice en su Apocalipsis: "Que su nombre es el Verbo de Dios" (Ap.19,13).

Alcuino

¿Por qué pone el verbo sustantivo "era"? Para que se comprenda que había

precedido a todos los tiempos el Verbo coeterno con Dios Padre.

Todas las cosas fueron hechas por El. Y nada ha sido hecho sin Él. (v. 3)

Alcuino

Después que habló de la naturaleza del Hijo, habló de su obra, diciendo: "Todas las cosas fueron hechas por El"; esto es, todo lo que existe, o en sustancia o en cualquier otra propiedad.

San Hilario, De Trin., 1, 2

De otro modo, existía el Verbo en el principio, pero pudo no existir antes del principio. ¿Pero cómo subsistiría? "Todas las cosas fueron hechas por El". Es infinito Aquél por quien han sido hechas todas las cosas. Y como todas las cosas han sido hechas por El, también lo ha sido el tiempo.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 4

Moisés, empezando la escritura del Antiguo Testamento, nos habla de las cosas sensibles, y enumera éstas con profusión; dice, pues: "En el principio hizo Dios el cielo y la tierra" (Gen. 1,1). Y nos manifiesta a continuación que se hizo la luz, y el firmamento, toda clase de astros y todo género de animales. Pero el Evangelista, abreviando, comprende todo esto en una sola palabra, como ya conocido por los oyentes, elevándose a cosas más altas y tratando en su libro, no de las criaturas, sino de su Creador.

San Agustín, super Genesim 1, 2

Y cuando dice: "Que todas las cosas fueron hechas por El", manifiesta evidentemente que la luz fue hecha por El, cuando dijo Dios: "Hágase la luz" (Gen 1,3), y del mismo modo en las demás creaciones. Si es, pues, así, es eterno lo que dice Dios: "Hágase la luz"; porque el Verbo de Dios es Dios con Dios y coeterno con el Padre, aun cuando la criatura haya sido hecha temporal. Porque aunque indican tiempo las palabras "cuando" y "alguna vez", sin embargo es eterno en el Verbo de Dios lo que debe ser hecho, y se hace cuando debe ser hecho lo que existe en aquel Verbo, en el cual no hay "cuando" ni "alguna vez", porque todo aquel Verbo es eterno.

San Agustín, in Ioannem, tract.1

¿Y cómo puede suceder que el Verbo de Dios haya sido hecho, cuando Dios hizo todas las cosas por el Verbo? Y si el Verbo mismo ha sido hecho, ¿por cuál otro Verbo ha sido creado? Si dices que existe un verbo del Verbo, por el cual ha sido hecho, yo digo que éste mismo es el Hijo Unigénito de Dios. Y si no le llamas Verbo de Dios, concede que entonces el Verbo no ha sido hecho por el mismo por quien han sido hechas todas las cosas.

San Agustín, De Trin., 1, 6

Pero si no ha sido hecho, no es criatura. Y si no es criatura es de la misma sustancia que el Padre, porque toda sustancia que no es Dios es criatura, y lo que no es criatura es Dios.

Teofilacto

Suelen decir los arrianos que así como por medio de una sierra se hace una puerta,

así se dice que todas las cosas han sido hechas por el Hijo, no porque sea el creador, sino el instrumento. Y que de este modo, dicen, ha sido hecho el Hijo, para que por medio de él fueran hechas todas las cosas. Mas nosotros únicamente respondemos a estos forjadores de mentiras: si, pues, como decís, el Padre hubiese creado al Hijo para emplearle como instrumento, habría que deducir que la dignidad del Hijo sería inferior a la de las cosas que han sido hechas, como es inferior la sierra a lo hecho por ella, no existiendo más que para ello. Así si, según dicen, el Padre creó al Hijo a causa de aquellas cosas que por El han sido hechas, entonces, si Dios no hubiese creado nada, tampoco habría producido al Hijo. ¿Qué disparate mayor puede concebirse? Pero dicen: ¿Por qué no dijo que el Verbo hizo todas las cosas? ¿Por qué usó de esta preposición? Para que no se creyese que el Hijo era ingénito y sin principio, y creador de Dios.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 4

Pero si te confunde la preposición "por", y buscas en la Escritura que el mismo Verbo hizo todas las cosas, veamos lo que dice David: "Señor, en el principio tú creaste la tierra, y los cielos son obras de tus manos" (Sal 101,26). Que dijo esto refiriéndose al Unigénito, puede comprenderse por las palabras del Apóstol, en su carta a los hebreos (Heb 1,10), cuando les habla del Hijo. Y si se dice que el profeta se refería con estas palabras al Padre, y que San Pablo las refirió al Hijo, aparece la misma dificultad. Porque no hubiera dicho que convenían al Hijo, si no hubiese creído con toda evidencia que todas las cosas que son de dignidad honran lo mismo al Padre que al Hijo. Y si además se cree enunciar alguna sujeción por dicha preposición, ¿por qué San Pablo la pone hablando del Padre? Dijo: "Fiel es el Señor, por quien hemos sido llamados a unirnos con su Hijo" (1Cor 1,9). Y en otro lugar: "Pablo, apóstol, por voluntad de Dios" (2Cor 1,1).

Orígenes, ut sup

También erró en esto Valentino, diciendo que el Verbo fue para el Creador la causa de la creación del mundo. Pero si la verdad de las cosas es así como él lo entiende, convenía que se hubiese escrito que el Verbo había hecho todas las cosas por el Creador, y no al contrario, que lo había hecho todo por el Verbo.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 4

Y para que no se crea que cuando dice: "Todas las cosas fueron hechas por El", se refiere sólo a aquéllas de que habla Moisés, añade oportunamente: "Y nada ha sido hecho sin Él", ya sea lo visible o ya lo inteligible. O de otro modo, para que por las palabras "todas las cosas han sido hechas por El", no se entiendan los signos (esto es, milagros) referidos por los demás evangelistas, dice: "Y nada ha sido hecho sin Él".

San Hilario, De Trin., l. 2

O bien alguien dirá que la frase "Todas las cosas fueron hechas por El" es una afirmación sin límite alguno. Y que está el ingénito, que no ha sido hecho por nadie, y está el mismo Hijo, que fue engendrado por el que no fue engendrado. Pero el Evangelista se refiere al Creador y supone que tiene un compañero cuando dice: "Y nada se hizo sin Él". Y cuando nada se ha hecho sin Él, comprendo que no está solo; porque uno es por quien se han hecho las cosas, y otro aquel sin el cual nada se ha hecho.

Orígenes, hom 3 in div. loc

De otro modo, y para que no se crea que hay cosas que se han hecho por el Verbo, y otras que existen por sí mismas y que no se contienen en el Verbo, dice: "Y nada ha sido hecho sin El"; esto es, nada se hizo fuera de Él, porque Él lo abraza todo, conservándolo todo.

San Agustín, de quest nov, et vet test. Qu. 97

O cuando dice: "Nada ha sido hecho sin Él", nos enseña que de ningún modo puede suponerse que Él ha sido creado. ¿Cómo puede decirse que Dios ha sido hecho, cuando nada se ha hecho sin Él?

Orígenes, in Ioannem, tom. 2

Si todas las cosas han sido hechas por el Verbo, también habrá hecho la malicia y la inclinación al pecado; pero esto no es verdad. En cuanto al significado, la nada y el no ser son una misma cosa. Y bien: el Apóstol llama mal a lo que no tiene ser. Dios, dice, llama a las cosas que no son como a las que son (Rom 4,17) y se llama nada al mal que ha sido hecho sin el Verbo.

San Agustín, in Ioannem, tract.1

En efecto, el pecado no ha sido hecho por El, y bien sabido es que el pecado es la nada, y que los hombres caen en ella cuando pecan. Y el ídolo no ha sido hecho por el Verbo. Tiene, es verdad, cierta forma humana y el mismo hombre ha sido hecho por el Verbo. Mas la forma del hombre, en el ídolo, no ha sido hecha por el Verbo, porque está escrito: "Sabemos que el ídolo es nada" (Cor 8,4); luego estas cosas no han sido hechas por el Verbo, sino aquéllas que han sido hechas en la naturaleza; la naturaleza universal de las cosas, como también todas las criaturas, desde el ángel hasta el gusanillo.

Orígenes, ut sup

Valentino excluye de todo lo hecho por el Verbo, todo lo hecho en los siglos que cree que existieron antes del Verbo. Pero habla contra la evidencia, porque lo que él cree divino, está separado de todas las cosas (como él dice) que bajo esta denominación se destruyen enteramente. Dicen algunos, faltando a la verdad, que el diablo no ha sido creado por Dios; porque en tanto que es diablo, no es criatura de Dios. Pero aquél a quien acontece ser diablo, es criatura de Dios; que es como si dijéramos que el homicida no era criatura de Dios, siendo así que lo es en cuanto es hombre.

San Agustín, De natura boni, cap. 25

No deben escucharse los delirios de los hombres que creen por este pasaje debe entenderse que la nada es algo, porque la palabra “nada” aparezca al final de la frase. No comprenden que es lo mismo decir: "sin El nada ha sido hecho", que "sin Él ha sido hecho nada".

Orígenes, ut sup

Si se interpreta el verbo en el sentido en que se encuentra en todo hombre, porque fue dado a todos por Aquél que era en el principio, también sin él no podemos cometer nada, entendiendo en el sentido más sencillo la palabra nada. Dice, pues, el Apóstol, "que el pecado había muerto sin la ley; pero una vez establecida ésta, el pecado revivió". No

puede concebirse el pecado si no existe la ley. Y no había pecado cuando no existía el Verbo; porque el Señor dice: "Si yo no hubiese venido y les hubiese hablado, no tendrían pecado" (Jn 15,22). No tiene excusa el que quiere excusar la falta que ha cometido, cuando sucede que estando el Verbo presente y diciendo lo que debe hacerse, no le obedece. Y en esto no debe acusarse ni culparse al Verbo, como tampoco al maestro cuando no deja lugar al discípulo para que respecto de sus enseñanzas alegue ignorancia. Por lo tanto, todas las cosas han sido hechas por el Verbo, no sólo las naturales, sino también las que proceden de lo irracional.

Lo que ha sido hecho era vida en El. Y la vida era la luz de los hombres. (v. 4)

Beda, in Ioannem, in. cap 1

Como el Evangelista había dicho que toda criatura había sido hecha por el Verbo, para que no se creyese que su voluntad era mudable (como si de pronto hubiese querido hacer la criatura, sin haberla hecho nunca ab eterno), tuvo cuidado de enseñar que la criatura había sido hecha ciertamente en el tiempo, pero que había sido dispuesto en la eterna sabiduría del Creador, en qué tiempo y a cuántos había de crear; por esto dice: "Lo que ha sido hecho era vida en El".

San Agustín, in Ioannem, tract. 1

Puede redactarse también de este modo: "Lo que ha sido hecho en El", añadiendo después: "Era vida". Luego todo Él es vida, si así lo expresáramos; porque ¿qué hay que no haya sido hecho en El? Él es la sabiduría de Dios. Y se dice en el salmo: "Todas las cosas las has hecho en la sabiduría". Por tanto, así como todas las cosas han sido hechas por El, así han sido hechas en El. Si, pues, lo que se ha hecho en Él es vida, la tierra es vida y la piedra es vida. Pero no se debe entender así, para que la secta de los maniqueos no nos arguya diciendo que si la piedra tiene vida, también la tiene la pared, como suelen decirlo en su delirio. Y cuando son reprendidos y rechazados suponen que lo han sacado de la Escritura, diciendo: ¿por qué se ha dicho que lo que ha sido hecho en Él era vida? Dígase, pues, así: "Lo que ha sido hecho", y distíngase aquí y después añádase: "Era vida en El". Fue hecha, pues, la tierra, pero la misma tierra que fue hecha, no es vida. Pero está en la misma sabiduría de Dios espiritualmente cierta razón por la cual la tierra ha sido hecha; ésta es vida. Así como un arca no es vida en cualquier obra, pero es vida en el arte, porque vive en el alma del artífice, así, pues, la sabiduría de Dios, por quien han sido hechas todas las cosas, contiene, según el arte, todas las cosas que se hacen por dicho arte. Estas no son vida en sí mismas, pero lo son en el Verbo, por quien todo ha sido hecho.

Orígenes, hom 2 in div. loc.

Puede también distinguirse de este modo sin error: "Lo que ha sido hecho en El", y después añadir: "Era vida", para que el sentido sea éste: "Todas las cosas que han sido hechas por El y en El, son vida en El y una misma cosa en El", puesto que existían causalmente (esto es, subsisten en El mismo) antes de existir realizadas en sí mismas. Pero si se pregunta de qué modo y por qué causa todas las cosas que han sido hechas por el Verbo subsisten en El de una manera vital, uniforme y causal, tómense ejemplos de la naturaleza de las criaturas. Véase de qué modo las causas de todo lo que se contiene en la esfera de este mundo sensible subsisten uniforme y juntamente en este sol, que es la mayor de las lumbreras del mundo; de qué modo la multitud de hierbas y frutos se contiene en sus respectivas semillas; de qué modo las reglas, muchas en verdad, se juntan en el arte del artífice y viven en el alma del que las dispone; de qué modo el número infinito de líneas subsiste como una en un solo punto, y de esta manera examinemos los varios ejemplos naturales, desde los cuales, como ayudados por una

teoría física, podremos elevarnos con los ojos del alma hasta los arcanos del Verbo, y en cuanto es permitido a la inteligencia humana, conocer cómo todas las cosas que han sido hechas por el Verbo viven y han sido hechas en El.

San Hilario, De Trin., 1, 2

También puede leerse de este modo. Cuando dijo "Y nada se hizo sin el mismo", alguno puede decir como perturbado: luego, hay algo que ha sido hecho por otro y que no ha sido hecho sin embargo sin Él. Y si algo ha sido hecho por otro (aun cuando no sin El), ya no ha sido hecho todo por El, porque una cosa es hacer, y otra intervenir en lo que se hace. Pero el evangelista refiere que no se ha hecho nada sin Él, diciendo: "Lo que ha sido hecho en El". Por tanto, no se ha hecho sin Él lo que en Él ha sido hecho. Y esto que ha sido hecho en El, también ha sido hecho por El; porque "todas las cosas han sido creadas por El y en El". En El han sido creadas, porque era engendrado Dios creador. Pero por esta misma razón nada ha sido hecho sin El de lo hecho en El, porque el Dios naciente era vida, y el que así era, fue hecho vida antes de haber nacido. Por tanto, nada sucedía sin Él, de entre todas las cosas que se hacían en El. Porque era vida la que hacía estas cosas, y el Dios que ha nacido no ha existido después de haber nacido, sino que existía también cuando nacía.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 4

No pongamos punto final donde dice: "Y nada se hizo sin Él", según entienden los herejes. Porque aquéllos, como quieren probar que el Espíritu Santo ha sido creado, dicen: "Lo que ha sido hecho en El, era vida". Pero esto no puede entenderse en tal sentido, porque no era aún el momento de hablar aquí del Espíritu Santo. Pero dejémoslos hablar del Espíritu Santo, y pasemos por su interpretación, con lo cual veremos el inconveniente que resulta. Cuando se dice, pues, "Lo que ha sido hecho en El, era vida", dicen que el Espíritu Santo se llama vida. Pero se ve luego que esta vida es la luz, porque añade: "Y la vida era la luz de los hombres", lo que interpretan los herejes diciendo que el Espíritu Santo es la luz de todos. Lo que llama antes Verbo, aquí, como consecuencia, le llama Dios, vida y luz. Pero el Verbo se hizo carne; se habrá, pues, encarnado el Espíritu Santo y no el Hijo. Por tanto, renunciemos a esta interpretación de la lectura, y hagamos una lección y exposición conveniente. Después de las palabras: "Todas las cosas han sido hechas por El, y sin El nada se ha hecho de lo que ha sido hecho", debe suspenderse el sentido hasta las siguientes: "En Él estaba la vida", como si dijese: "Sin El nada se ha hecho de lo que ha sido hecho", esto es, de las cosas factibles. Y véase cómo con esta adición sencilla se corrige todos los inconvenientes que pudieran ocurrir. Añadiendo a las palabras "sin El nada se ha hecho", estas otras "de lo que ha sido hecho" comprende a todos los seres inteligentes, y exceptúa al Espíritu Santo. Porque el Espíritu Santo no existía en el Verbo como habiendo de ser hecho. Mas estas cosas de que hemos hablado las dijo San Juan respecto de la condición de las cosas, e introduce lo siguiente sobre la providencia, diciendo: "En Él estaba la vida". Del mismo modo, pues, que del manantial que engendra los mares, o de una profundísima fuente no se puede agotar el agua por mucho que se beba, así, por lo que respecta al Unigénito, todo lo que se considere hecho por Él no le hace menor en nada, porque este nombre de vida no se

refiere aquí solo a la naturaleza de las cosas, sino también a su cuidado y conservación. Y cuando oímos que en Él estaba la vida, no debemos considerarle compuesto. Porque así como el Padre tiene la vida en sí mismo, concedió al Hijo que la tuviera (Jn 5,26), por lo tanto, así como no podemos decir que el Padre es compuesto, tampoco el Hijo.

Orígenes, in Ioannem, tom. 3

Conviene tener en cuenta que el Salvador dice de algunas cosas que no son para sí sino para otros, mientras que de otras dice que son tanto para sí como para otros. Donde dice: "Lo que ha sido hecho en el Verbo era vida", debe examinarse si es vida para sí y para otros, o para otros únicamente. Y si para otros, para qué otros. La vida es lo mismo que la luz. Él es la luz de los hombres, y así Él es la vida de los hombres, de quienes es luz. Y de este modo cuando se dice vida, puede decirse el Salvador, vida, no de sí mismo, sino de otros de quienes es también luz. Esta vida existe en el Verbo de Dios de una manera inseparable, y existe juntamente desde que ha sido hecha por El. Conviene, pues, que la razón o el verbo preexista en el alma para purificarla, a fin de que, una vez limpia de sus pecados, aparezca pura, y se introduzca así, y se engendre la vida en aquél que se ha hecho susceptible del Verbo de Dios. No se dice que el Verbo fue hecho en el principio, porque no existía el principio sin el Verbo de Dios; pero la vida de los hombres no estaba siempre en el Verbo, sino que esta vida de los hombres fue hecha porque la vida es la luz de los hombres. Cuando el hombre no existía, tampoco existía la luz de los hombres que después habían de poder ver. Y por tanto dice: "Lo que ha sido hecho en el Verbo era vida". Y no "lo que estaba en el Verbo era vida". Se encuentra otra variante aceptable, que dice: "Lo que ha sido hecho en El es vida". Si entendemos, pues, que la vida de los hombres, que está en el Verbo, es Aquél de quien dice San Juan: "Yo soy la vida" (Jn 14,6), debemos confesar que no vive ninguno de los infieles de Cristo, sino que están muertos todos los que no viven en Dios.

Teofilacto

Había dicho "que en Él estaba la vida", para que no se crea que el Verbo estaba separado de ella. Ahora manifiesta que es la vida espiritual y la luz de todos los seres racionales. Por esto añade: "Y la vida era la luz de los hombres". Como diciendo: Esta luz no es sensible, sino intelectual, e ilumina a la misma alma.

San Agustín, in Ioannem, tract. 1

Y por esta misma vida son iluminados los hombres; los animales no son iluminados, porque no tienen alma racional que pueda conocer la sabiduría; pero el hombre, porque ha sido hecho a imagen de Dios, tiene alma racional, por la que es capaz de sabiduría. Luego aquella vida, por medio de la que han sido hechas todas las cosas, es luz y es vida, y no de cualquiera de los animales, sino de los hombres.

Teofilacto

No dijo, por tanto: Es luz únicamente para los judíos, sino para todos los hombres. Todos los hombres en tanto recibimos inteligencia y razón del Verbo que nos creó, en cuanto somos iluminados por El; porque la razón que nos ha sido dada (por la cual somos racionales) es luz que nos dirige para obrar y para no obrar.

Orígenes, in Ioannem 3, 1

No debe pasarse en silencio que la vida precede a la luz de los hombres; no era propio que tuviese luz el que aún no vivía, y que a la vida precediese la luz. Pensar que "la vida era la luz de los hombres" significa que Cristo es luz y vida sólo de los hombres es herético. Lo que se dice de algunos, no se dice solamente de algunos. Porque está escrito de Dios "que es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob"; pero no se dice que sea Dios sólo de estos solos patriarcas. Y no porque se diga que es luz de los hombres se excluye que sea luz de otros seres. Hay un intérprete que por las palabras: "hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Gn 1,26) supone que todo lo que ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios debe entenderse por el hombre, y que así la luz de los hombres es la luz de toda criatura racional.

Y la luz en las tinieblas resplandece; mas las tinieblas no la comprendieron. (v. 5)

San Agustín, in Ioannem, tract.1

Aquella vida es la luz de los hombres, pero no pueden comprenderla los corazones insensatos, porque no se lo permiten sus pecados. Y para que no crean que esta luz no existe, porque no pueden verla, prosigue: "Y la luz resplandece en las tinieblas; mas las tinieblas no la comprendieron". Así como el hombre ciego, puesto delante del sol, aun cuando está en su presencia se considera como ausente de él, así todo insensato está ciego, aun cuando tiene delante la sabiduría. Pero en tanto que ésta se encuentra delante de él, está él ausente por su ceguera y no es que ella está lejos de él, sino él lejos de ella.

Orígenes, in Ioannem, tom. 3

Y si la vida es lo mismo que la luz de los hombres, ninguno que está en las tinieblas tiene vida, ni ninguno de los que viven está en las tinieblas. Y como todo el que vive se encuentra en la luz, todo el que está en la luz vive a la vez. Y bien, teniendo esto en cuenta podemos entender recíprocamente que la muerte es lo contrario de la vida, y las tinieblas de los hombres lo contrario de la luz de los hombres. De aquí que el que existe en las tinieblas está también en la muerte, y que el que hace obras de muerte no puede subsistir más que en las tinieblas. Por el contrario, aquél que hace cosas propias de la luz, o aquél cuyas acciones brillan delante de los demás hombres, y el que se acuerda de Dios, no está en la muerte, según aquello que se dice en el Salmo: "No tiene parte en la muerte aquél que se acuerda de ti" (Sal 6).

En cuanto a que las tinieblas de los hombres y la muerte sean de naturaleza semejante, no es asunto de este lugar. Nosotros éramos tinieblas en otro tiempo, pero ahora somos luz en el Señor si somos santos y espirituales en algún modo. Todo aquél que fue alguna vez tinieblas lo ha sido como San Pablo, cuando fue capaz y apto de convertirse en luz en el Señor, etc. Además la luz de los hombres es nuestro Señor Jesucristo, quien se ha dado a conocer por la naturaleza humana a toda criatura racional e intelectual, como también ha manifestado los misterios de su divinidad, por los que es igual al Padre, a los corazones de los fieles, según aquellas palabras del Apóstol: "En otro tiempo fuisteis tinieblas; pero ahora sois luz en el Señor". Di, pues: "La luz luce en las tinieblas", porque todo el género humano, no por su naturaleza sino por causa del pecado original, estaba en las tinieblas de la ignorancia de la verdad. Mas Jesucristo resplandece en los corazones de los que le conocen después de nacer de la Virgen. Y como hay algunos que todavía permanecen en las tinieblas oscurísimas de la impiedad y de la perfidia, el Evangelista añade: "Mas las tinieblas no la comprendieron". Como diciendo: "La luz resplandece en la tinieblas de las almas fieles, partiendo de la fe y llevando a la esperanza". Pero la ignorancia y la perfidia de los corazones inexpertos no han comprendido la luz del Verbo de Dios que resplandece en la carne: éste es el sentido moral. Y la teoría de estas palabras (o sea su examen o su meditación), es de esta manera; la naturaleza humana, aun cuando no pecase, no podría brillar por sus propias

fuerzas, porque no es luz por naturaleza sino que participa de la luz; es capaz de sabiduría, pero no es la sabiduría misma. Así como el aire no luce por sí mismo sino que se llama tinieblas, así nuestra naturaleza, mientras se examina por sí misma, no es más que cierta sustancia tenebrosa, capaz de participar de la luz de la sabiduría. Y así como el aire, cuando recibe los rayos del sol, no se dice que brilla por sí mismo, sino que la luz del sol resplandece en él, así la parte de nuestra naturaleza racional, mientras participa de la presencia del Verbo de Dios, no conoce por sí misma a su Dios ni las cosas comprensibles sino por la luz divina que se halla en ella. Y la luz brilla así en las tinieblas, porque el Verbo de Dios, vida y luz de los hombres, no cesa de lucir en nuestra naturaleza, que considerada y estudiada no es más que cierta oscuridad informe. Y como esta misma luz es incomprensible para toda criatura, las tinieblas no la comprendieron.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 4

Las palabras: "Y la vida era la luz de los hombres", nos han enseñado de qué condición somos nosotros; después dice qué beneficios nos ha concedido el Verbo en su venida, respecto del alma. Por esto dice: "Y la vida era la luz de los hombres". No dice: la luz de los judíos, sino en general de los hombres; porque no sólo los judíos, sino también los gentiles han llegado a este conocimiento. Y no añadió: Y de los ángeles, porque hablaba sólo de la humanidad, a la cual el Verbo ha venido anunciando buenas nuevas.

Orígenes, ut sup

Preguntan algunos por qué el Verbo no se llama la luz de los hombres, sino la vida que hay en el Verbo. Y nosotros respondemos, que la vida de que se trata no es la que se dice común a los seres racionales e irracionales, sino aquélla que tiene el Verbo, y que se realiza en nosotros por participación del Verbo primitivo, para distinguir la vida aparente y falsa, y desear la verdadera vida. Por lo tanto, en primer lugar, participamos de la vida, que para algunos no es la luz en acto sino en potencia, a saber para los que no están ávidos de conseguir lo concerniente a la ciencia. Para otros, al contrario, esa participación se hace también luz en acto, y éstos son, según el Apóstol, "los que pretenden los mejores dones", a saber: el verbo de la sabiduría, al que sigue a continuación la palabra de conocimiento y de ciencia, etc.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 4

La palabra vida en este caso, no se refiere a aquella que hemos recibido por la creación, sino a aquella perpetua e inmortal, que se nos prepara por la providencia de Dios. A la llegada de esta vida queda destruido el imperio de la muerte y, brillando para nosotros una luz esplendorosa, no volveremos a ver las tinieblas. Porque esta vida subsistirá siempre, no pudiendo vencerla la muerte ni obscurecerla las tinieblas. Por lo que sigue: "Y la luz brilla en las tinieblas". Llama tinieblas a la muerte y al error, porque la luz sensible no brilla en las tinieblas, sino sin ellas. Pero la predicación de Jesucristo brilló en medio del error reinante y le hizo desaparecer, y Jesucristo muerto cambió la muerte en vida, venciéndola de modo que redimió a los que eran sus cautivos. Y como ni la muerte ni el error vencieron a esta predicación que brilla por todas partes y con su propia fuerza, añade: "Mas las tinieblas no la comprendieron".

Orígenes, ut sup

Debe saberse también que así como la palabra hombre está tomada en dos sentidos espirituales, así también las tinieblas. Y como decimos que el hombre que posee esta luz perfecciona las obras de la luz, y conoce también como iluminado por la antorcha de la ciencia, así también, por el contrario, decimos que las tinieblas son los actos ilícitos, y aquella que parece ciencia no lo es en realidad. Mas así como el Padre subsiste y no hay tinieblas en El, del mismo modo el Salvador. Pero como tomó sobre sí la semejanza de nuestra carne pecadora, no es incongruente decir respecto de El que tenga en sí algunas tinieblas, porque ha tomado las nuestras para disiparlas. Esta luz, por tanto, que se ha convertido en vida de los hombres, resplandece en las tinieblas de nuestras almas, y ha llegado hasta donde el príncipe de estas tinieblas lucha contra el género humano. Las tinieblas han perseguido esta luz, lo que se demuestra por las batallas que han sostenido el Salvador y sus hijos, luchando estas tinieblas contra los hijos de la luz. Pero, como Dios los defiende, las tinieblas no invaden la luz, ya porque no pueden seguir la velocidad de ella por su propia lentitud, ya porque, si esperan a que llegue tienen que huir cuando se aproxima. Conviene considerar que no siempre las tinieblas expresan algo malo, sino que algunas veces algo bueno, según aquellas palabras del Salmo: "Puso las tinieblas como su escondrijo" (Sal 12,12). Porque aquellas cosas que se refieren a Dios son desconocidas e imperceptibles. Diremos acerca de estas tinieblas provechosas que marchan en dirección a la luz, y entonces la comprenden; porque lo que era tinieblas mientras se ignoraba, ahora se convierte en luz conocida para aquél que ha aprendido a conocerla.

San Agustín, De civ. Dei. 8, 9

Este principio del santo Evangelio, decía cierto platónico, debió ser escrito con letras de oro, y colocarse en los sitios más visibles de todas las iglesias.

Beda, in Ioannem, in cap. 1

Porque los evangelistas hablan de Jesucristo naciendo en el tiempo, mas San Juan atestigua que en el principio ya era él mismo, diciendo: "En el principio era el Verbo". Los otros dicen que apareció de repente en medio de los hombres; él atestigua que siempre estuvo con Dios cuando dice: "Y el Verbo estaba con Dios". Los primeros dicen que era verdadero hombre; y el último, que era verdadero Dios, diciendo: "Y el Verbo era Dios". Los demás evangelistas le consideran como hombre que vive temporalmente entre los hombres; pero San Juan le considera Dios con Dios, subsistiendo en el principio, diciendo: "Este era en el principio con Dios". Los otros exponen las grandes cosas que hizo después de la Encarnación; pero San Juan enseña que Dios Padre hizo por El toda criatura, diciendo: "Todas las cosas fueron hechas por El y nada de lo que fue hecho se hizo sin El".

Fue un hombre enviado de Dios, que tenía por nombre Juan. Este vino en testimonio, para dar testimonio de la luz, para que creyesen todos por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. (vv. 6-8)

San Agustín, in Ioannem, tract. 2, sparsim

Todo lo que se ha dicho hasta ahora, se refiere a la divinidad de Jesucristo, quien vino a nosotros bajo la forma humana. Y como era hombre en quien Dios se encontraba oculto, fue enviado antes de El un hombre grande, por cuyo testimonio se supiese que era más que hombre. ¿Y quién es éste? "Fue un hombre".

Teofilacto

No un ángel, para que nadie sospechase.

San Agustín, ut sup

¿Y cómo podía este hombre decir la verdad de Dios? "Fue enviado por Dios".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 5

No creas que hay algo humano en aquello que es dicho por él, porque no dice lo que es de él, sino lo que es de parte del que lo envía. Por esto es llamado ángel por el profeta, cuando dice: "Yo envío a mi ángel" (Mal 3,1). Es propiedad del ángel no decir cosa alguna de sí mismo. Cuando dice: "Fue enviado", no se refiere a su ser, sino al ministerio que traía. Y así como Isaías fue enviado desde el mundo, y fue hacia el pueblo luego que vio al Señor sentado sobre un solio elevado y excelso, así San Juan fue enviado desde el desierto para bautizar. Por esto dice: "El que me envió a bautizar me dijo: Sobre aquél que veas, etc.".

San Agustín, ut sup

¿Quién era el llamado? "El que tenía por nombre Juan".

Alcuino

Esto es: gracia de Dios, o en quien habita la gracia, y que dio a conocer al mundo, el primero y con su propio testimonio, la gracia del Nuevo Testamento, esto es, a Jesucristo. Juan quiere decir: "ha sido dado", porque le fue donado por la gracia de Dios no sólo ser precursor sino también bautizar al Rey de los reyes.

San Agustín, in Ioannem, tract. 2

¿Para qué vino? Vino en testimonio, para dar testimonio de la luz.

Orígenes, in Ioannem, tom. 5

Algunos se esfuerzan en desaprobar los testimonios de los profetas, respecto de Jesucristo, diciendo que el Hijo de Dios no necesita de testimonios, porque tiene en sí suficientes motivos para hacer creer, tanto por sus saludables palabras como por sus milagros. Y el mismo Moisés mereció ser creído por su palabra y sus milagros, no necesitando de otros testimonios. Responderemos a esto que, existiendo muchas causas para creer, los que no se mueven por una demostración, se admiran por otra. Y puede Dios dar muchas pruebas también a los hombres, para que crean en El, que se ha hecho hombre por todos los hombres. Consta, además, que algunos se han visto obligados a

admirar a Jesucristo por los testimonios de los profetas, asombrándose de que fueran tantos los que anunciaron con su voz, antes de su venida, el lugar de su nacimiento y otras cosas por el estilo. También debe advertirse, que las prodigiosas virtudes de Jesucristo podían impulsar a creer a los que vivían en su tiempo, pero no del mismo modo hubiesen podido ser atraídos a la misma fe si hubieran vivido después de mucho tiempo. Porque entonces hubiesen podido considerar como fábula lo que acerca de ello se les refiriese. Porque cuando los milagros han pasado, alienta más la fe su consonancia con las profecías. También es preciso decir que algunos han sido honrados por este testimonio dado a Dios. Quiere, pues, privar al coro de los profetas de una gran gloria el que dice que no convenía que ellos diesen testimonio de Jesucristo. Y a éstos debe agregarse San Juan, que da testimonio de la luz.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 5

No porque necesitase testimonio de la luz, sino para dar razón de su venida, nos enseña Juan diciendo: "Para que creyesen todos por él". Así como se hizo carne para que no se perdiesen todos los hombres, así envió delante un mensajero para que oyendo una voz que conociesen, acudiesen con mayor facilidad.

Beda

Pero no dice: para que todos creyesen en él -porque es maldito aquel hombre que confía en el hombre (Jer 17,5), sino "para que todos creyesen por él", esto es para que creyesen en la luz por testimonio suyo.

Teofilacto

Y así, si algunos no creyesen, él quedaría suficientemente excusado. Porque así como cuando alguno entra en una casa tenebrosa y no recibe los rayos del sol no debe culpar de ello al mismo sol, así San Juan fue enviado para que creyesen todos; pero si esto no sucede, no es él quien será la causa de ello.

Crisóstomo, ut sup

Como entre nosotros es mayor el que da testimonio que aquél de quien lo da, y más digno de ser creído, para que nadie sospechase esto de San Juan, dice: "No era él la luz, sino que dio testimonio de la luz". Pero si no repitió con intención las palabras "para dar testimonio de la luz", sería inútil lo que dice, y más bien repetición de la palabra que explicación de doctrina.

Teofilacto

Pero se dirá: luego no podemos decir que San Juan, ni ninguno de los santos, es o ha sido luz. Y si queremos decir que alguno de los santos fue luz, digámoslo sin artículo para que si nos preguntan si San Juan es luz, lo concedamos seguramente, sin artículo. Porque si se nos pide con artículo, debemos negarlo, en atención a que San Juan no es la luz principal, sino que se llama luz porque es en virtud de la participación con la verdadera luz que tiene luz.

Era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo. (v. 9)

San Agustín, in Ioannem, tract.2

Ahora da a conocer de qué luz da testimonio cuando dice: "Era la luz verdadera".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 6

Como el Evangelista había dicho antes acerca de San Juan, que vino y fue enviado para dar testimonio de la luz, con el fin de que quien oiga esto no crea que se habla como más arriba del que da testimonio; y para que no quede sospecha alguna acerca de aquello de que da testimonio, se recoge sobre sí mismo y se eleva hacia la existencia que está sobre todo principio diciendo: "Era la luz verdadera".

San Agustín, ut sup

¿Y por qué añade verdadera? Porque un hombre iluminado se llama luz, pero la verdadera luz es aquella que ilumina; porque aunque los ojos de nuestro cuerpo se llaman antorchas, si de noche no se enciende una luz, o si no sale el sol por el día, serán en vano aquellas luces. Por esto añade: "Que alumbra a todo hombre", por consiguiente también a San Juan. El mismo iluminaba a aquél por quien quería ser anunciado. Del mismo modo se conoce que el sol ha salido por algún cuerpo iluminado, aunque no lo veamos con nuestros ojos, al igual que aquellos que no tienen buenos los ojos (y no pueden ver el sol), sin embargo, pueden ver una pared iluminada por el sol, o cosa parecida, así todos aquéllos para quienes vino Jesucristo no eran idóneos para verle. Pero reflejó sus rayos en San Juan, y entonces, cuando San Juan confesaba que era iluminado, Aquél que ilumina fue conocido por medio de él. Dice además: "Que viene a este mundo", porque si no hubiera salido de donde estaba, no hubiese sido iluminado; pero hubo de ser iluminado, porque salió de allí en donde el hombre no puede estar iluminado.

Teofilacto

Avergüéncese Maniqueo, que dice que nosotros somos obra de un creador malo y tenebroso; pues no seríamos iluminados si no fuésemos criaturas del que es la verdadera luz.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 7

¿Y en dónde se encuentran los que no confiesan a Jesús verdadero Dios?, dado que El es llamado verdadera luz. Pero si ilumina a todo hombre que viene a este mundo, ¿cómo es que tantos existen sin participar de esta luz? Porque no todos han conocido el modo de adorar a Jesucristo. Ilumina, pues, a todos en cuanto de El depende. Pero si algunos, cerrando los ojos de su inteligencia, no quisieron recibir los rayos de su luz, no puede decirse que ellos viven en tinieblas por la naturaleza de la luz, sino por su propia malicia, queriendo privarse a sí mismos del don de la gracia. La gracia se difunde sobre todos y los que no quieren disfrutar de esta gracia deben imputarse a sí mismos su propia ceguera.

San Agustín, Enchir. cap.103

Y cuando dice: "Ilumina a todo hombre", debemos entender que no es que alguno de entre los hombres no sea iluminado, sino que ninguno es iluminado sino por El.

Beda

Ya sea por su talento especial, ya por la sabiduría divina; porque así como ninguno se debe a sí mismo la existencia, así también ninguno puede ser sabio por sí mismo.

Orígenes, hom. 2 in div. loc

No debemos entender que ilumina al hombre que viene al mundo por las causas ocultas de la generación, sino de aquellos que vienen al mundo invisible, espiritualmente, por regeneración de la gracia (que se concede en el bautismo). Por lo tanto, ilumina aquella verdadera luz a los que vienen al mundo de las virtudes y no a los que caen en el mundo de los vicios.

Teofilacto

O de otro modo, la inteligencia que se nos ha concedido para que nos guíe, y que se llama la razón natural, es lo que llamamos luz recibida de Dios; pero algunos la han oscurecido por usar mal de ella.

En el mundo estaba y el mundo por El fue hecho, y no le conoció el mundo. (v. 10)

San Agustín, in Ioannem, tract.2

La luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, vino aquí por la carne. Porque si hubiera venido sólo por la divinidad, no hubiese podido ser vista por los necios, por los ciegos ni por los malvados, de quienes se ha dicho antes: "Las tinieblas no la comprendieron", por esa razón dice: "En el mundo estaba".

Orígenes, hom. 2 in div. loc

Porque la voz del que habla, cuando cesa de hablar, concluye y se desvanece; así, si el Padre celestial deja de hablar, su Verbo, su efecto (esto es, todo lo creado en el Verbo), no subsiste ya.

San Agustín, ut sup

Y no creas que estaba en el mundo como están la tierra, los rebaños y los hombres; o como están el cielo, el sol, la luna y las estrellas; sino como el artífice que dirige lo que ha hecho. Por cuya razón prosigue: "Y el mundo por él fue hecho". No lo hizo como hace un artífice, que lo que fabrica es extrínseco a quien lo fabrica; mas Dios fabrica en el mundo; confundiéndose con él se encuentra fabricando en todas partes y no está ausente de nada. La presencia de su majestad, hace lo que hace y gobierna lo que ha hecho. Así estaba en el mundo como Aquél por quien el mundo fue hecho.

Crisóstomo, ut sup

Y además, como estaba en el mundo pero no era contemporáneo del mundo, añadió: "Y el mundo fue hecho por El". Y de aquí nos conduce de nuevo a la eterna existencia del Unigénito, porque aquél de quien se diga que todo es obra suya, aun cuando careciese de sentido, se vería obligado a confesar que antes de la obra ha existido el autor.

Teofilacto

Esto ahoga también la rabia de Marción, que decía que era malo el creador de todas las cosas, y de Arrio, que decía que el Hijo de Dios era criatura.

San Agustín, ut sup

¿Qué quiere decir, pues, que el mundo fue hecho por El mismo? El cielo, la tierra, el mar y cuanto en ellos se contiene, se llama mundo. Además, en otro sentido, se llama mundo a los amantes del mundo, acerca de lo cual prosigue: "Y el mundo no le conoció". ¿Cómo ni los cielos, ni los ángeles, ni los astros, conocieron a su Creador, a quien confiesan los demonios? Todas las cosas dan testimonio de El; pero ¿quiénes no lo han conocido? Los que amando al mundo se llaman mundo. Amando, pues, al mundo, habitamos con el corazón en el mundo; porque los que no aman al mundo viven en él por la carne, pero con el corazón habitan en el cielo, como dice el Apóstol: "Nosotros somos ciudadanos del cielo" (Flp 3,20). Por tanto, amando al mundo merecieron llamarse mundanos del lugar donde habitan. Como sucede cuando decimos: aquella casa

es mala o buena. No vituperamos ni alabamos sus paredes, sino a los que la habitan, así llamamos "mundo" a los que habitan en él amándole.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 7

Los que eran amigos de Dios le conocieron antes de su presencia corporal (o sea de su venida al mundo). Por eso Jesucristo dice: "Abraham, vuestro padre, saltó de gozo pensando en si vería mi día" (Jn 8,56). Cuando, pues, nos interpelan los gentiles diciendo: "¿cómo es que en los últimos días vino a concedernos la salvación habiéndonos descuidado por tanto tiempo?", decimos que antes de esto ya existía en el mundo, y proveía a sus obras, siendo conocido de todos los que eran dignos. Y aun cuando el mundo no le conoció, le conocieron todos aquellos de quienes el mundo no era digno. Y diciendo: "Y no le conoció el mundo" expresa brevemente la causa de su ignorancia. Porque llama mundo a los hombres que se aficionan sólo a él y que saben lo que es del mundo. Y nada perturba tanto la inteligencia como el deleitarse en el afecto de las cosas presentes.

A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a cuantos le recibieron, les dio poder de ser hechos hijos de Dios, a aquéllos que crean en su nombre. Los cuales son nacidos no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, mas de Dios. (vv. 11-13)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 8

Dice que el mundo no le conoció, hablando de tiempos anteriores. Pero en cuanto a lo demás, lo refirió al tiempo de su predicación, y por esto dice: "A lo suyo vino".

San Agustín, in Ioannem, tract.1

Esto es porque todas las cosas habían sido hechas por El.

Teofilacto

Se entiende por "lo suyo" al mundo o a Judea, que había elegido por su heredad.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 9

Luego vino a lo suyo, no porque tuviera necesidad de ello, sino por colmar a los suyos de beneficios. ¿Pero de dónde viene el que todo lo llena y en todas partes se encuentra? Todas las cosas las ha hecho por su misericordia. Aún cuando estaba en el mundo, no se creía que estaba porque no se le conocía; por esto se dignó tomar nuestra carne. Llama presencia (o venida) a esta manifestación y condescendencia. Dios, siendo misericordioso, hace todas las cosas para que nosotros brillemos según nuestra virtud. Y por esto en realidad no trae hacia sí a ninguno por violencia ni por necesidad, sino a los que quieren venir por la persuasión y por los beneficios. Y, por tanto, al venir el Señor, unos le aceptaron, pero otros no le recibieron. Pues el Señor no quiere que nadie le sirva obligado o forzado, porque el traer a uno por la fuerza es lo mismo que no servir. Por esto sigue: "Y los suyos no le recibieron".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 8

El mismo llama ahora suyos a los judíos, como pueblo escogido. Pero llama a todos los hombres, porque todos han sido hechos por El. Como antes decía, avergonzándose por la naturaleza humana, que con el mundo hecho por El no había reconocido a su autor por quien había sido hecho, así ahora se indigna otra vez por la ingratitud de los judíos, y los reprende diciendo: "Y los suyos no le recibieron".

San Agustín, ut sup

Mas si ninguno le recibió, ninguno se ha salvado; porque ninguno puede salvarse sino el que recibe a Jesucristo cuando viene. Y por esto añade: "Mas a cuantos le recibieron".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 9

Ya sean siervos, ya libres, ya griegos, ya bárbaros, ya necios, ya sabios, ya mujeres, ya hombres, ya niños, ya ancianos, todos son dignos del mismo honor. Por lo que dice: "Les dio potestad de ser hechos hijos de Dios".

San Agustín, ut sup

Gran benevolencia, nació solo y no quiso permanecer solo; no temió tener coherederos, porque su herencia no disminuye aun cuando la posean muchos.

Crisóstomo, ut sup

Y no dijo que los obligó a hacerse hijos de Dios, sino que les dio poder de ser hechos hijos de Dios, manifestando que se necesita de mucho cuidado para que conservemos siempre la imagen de la adopción, que se ha impreso y formado en nosotros por el bautismo. Además nos manifiesta así que a ninguno de nosotros podrá arrebatársele esta gracia, si nosotros no nos privamos de ella. Por tanto, si los que reciben de los hombres el dominio de algunas cosas poseen el dominio de ellas casi tanto como los que se las conceden, mucho más nosotros, que recibimos de Dios esta gracia. También quiere dar a entender que esta gracia se concede a los que la quieren y la buscan. Porque depende del libre albedrío y de la obra de la gracia que los hombres se hagan hijos de Dios.

Teofilacto

Y como en el día de la resurrección conseguiremos ser hijos perfectísimos de Dios, según lo que dice el Apóstol: "Esperando la adopción de los hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo" (Rom 8,23). Nos concedió, pues, el poder de ser hechos hijos de Dios, esto es, de obtener esta gracia en la vida futura.

Crisóstomo, ut sup

Y como en estos mismos bienes inefables es propio de Dios dar la gracia y del hombre prestar su fe, añade: "A los que creen en su nombre". Y ¿por qué no nos dices a nosotros ¡oh Juan! qué castigo tendrán aquellos que no le recibieron? ¿Acaso será mayor para ellos por haber podido hacerse hijos de Dios y haberse privado voluntariamente a sí mismos de tan grande honor? Un fuego inextinguible se apoderará de ellos, como más adelante dice claramente.

San Agustín, ut sup

Y los que creen, por cuanto que se hacen hijos de Dios desde luego nacen hermanos de Jesucristo. Porque si los hijos no nacen, ¿cómo pueden existir? Pero los hijos de los hombres nacen de la carne y de la sangre y de la voluntad del varón y de la unión con su consorte. Cómo nacen los demás, lo dice a continuación: "Los cuales son nacidos no de sangres", como las del marido y de la mujer. Porque "sangres" no es palabra latina, mas como en griego está puesta en plural, quiso más bien el intérprete ponerla así, aunque faltando al latín según la gramática, y explicar la verdad a los menos inteligentes. Porque los hombres nacen de la sangre del hombre y de la sangre de la mujer.

Beda

Debe tenerse en cuenta también que en las Sagradas Escrituras, cuando se habla de sangre en plural, suele significarse el pecado. Por eso en el Salmo dice: "Líbrame de las sangres" (Sal 50, 16).

San Agustín, in Ioannem, tract.2

Y en lo que sigue: "Ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del varón", puso carne en vez de mujer porque cuando fue hecha de la costilla del hombre, dijo Adán: "Esto ahora es hueso de mis huesos y carne de mi carne" (Gen 2,23). Se dice carne en

lugar de mujer, como cuando se dice espíritu en vez de marido, porque éste es quien debe mandar y aquélla obedecer. ¿Cuánto peor está aquella casa donde la mujer lleva el dominio sobre el hombre? Los hijos, pues, ni por voluntad de la carne ni de la voluntad del varón han nacido, sino por voluntad de Dios.

Beda

La generación carnal de todos procede de la unión de los consortes, pero la espiritual se concede en virtud de la gracia del Espíritu Santo.

Crisóstomo, ut sup

Todo esto lo refiere el Evangelista, para que, conociendo la utilidad y la humildad del primer parto (que sucede según la sangre y la voluntad de la carne), y la elevación del segundo (que consiste en la gracia y la nobleza), formemos una idea grande y digna de la gracia que nos ha dado el que nos engendró y para que demostremos siempre un gran celo.

Y el Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros. Y vimos la gloria de El; gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. (v. 14)

San Agustín, in Ioannem, tract.2

Habiendo dicho: "Han nacido de Dios", para que no nos admirásemos ni nos asombrásemos ante gracias tan extraordinarias, y para que no nos pareciese imposible que los hombres podían nacer de Dios, queriendo darnos seguridad de ello dice: "Y el Verbo fue hecho carne". ¿Por qué te admiras de que los hombres nazcan de Dios? Mira cómo el mismo Dios ha nacido de los hombres.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 10

Y habiendo dicho que han nacido de Dios los que le reciben, expuso la causa de este honor, a saber: Que el Verbo se había hecho carne. El verdadero Hijo de Dios se ha hecho Hijo del hombre, para poder hacer a los hijos de los hombres hijos de Dios. Y cuando oigas que el Verbo se ha hecho carne no te turbes, porque no convierte su esencia en carne (pensar esto sería verdaderamente impío) sino que permanece tal y como es, aunque toma la forma de siervo. Como hay algunos que dicen que son fantasías todo lo que afecta a la Encarnación, para destruir esta blasfemia usó de las palabras: "Ha sido hecho", queriendo expresar no la mutación de sustancia, sino la unión a una verdadera carne. Y si dicen que Dios es omnipotente, ¿cómo puede transformarse en carne? Contestaremos diciendo que no es posible la transformación de aquella naturaleza inmutable.

San Agustín, De Trin., 15, 11

Así como en nosotros la palabra en cierto modo es la voz del cuerpo, y toma el sonido por el que se manifiesta a los sentidos de los hombres, así el Verbo de Dios hecho carne ha tomado aquella forma por la que puede darse a conocer a los mismos. Y así como nuestro verbo se convierte en voz, aun cuando no se transforma en voz, así el Verbo de Dios se ha hecho carne. Pero lejos de nosotros la idea de que se ha transformado en carne, porque la ha tomado no siendo absorbido por ella. Y, así nuestra palabra se convierte en voz, y la de Dios se ha convertido en carne.

De lo ocurrido en el Concilio de Efeso

Además, la palabra que pronunciamos y de que hacemos uso en varias conversaciones (o en los diálogos), es incorpórea, independiente de la vista y del tacto; pero cuando nuestra palabra se reviste con letras u otros elementos, se hace visible, y se comprende con la vista y se observa con el tacto; así el Verbo de Dios, por naturaleza invisible, se hizo visible, y siendo por naturaleza incorpóreo, se hace tangible.

Alcuino

Lo que se dice aquí: "El Verbo se ha hecho carne", no debe entenderse sino como si dijese: Dios se ha hecho hombre, esto es, ha tomado cuerpo y alma. Porque así como cada uno de nosotros es un hombre que consta de cuerpo y de alma, así Jesucristo, desde el tiempo de su Encarnación, aparece como un solo hombre, por la divinidad, por

la carne y por el alma. Y además, la divinidad del Verbo se ha dignado tomar la naturaleza de un hombre escogido, con quien se ha constituido una sola persona, que es la de Jesucristo, sin transformar en ningún sentido la esencia del hombre en la esencia divina, sino tomando la naturaleza humana, de que antes carecía. Además, consta seguramente respecto de aquella persona que tuvo desde la eternidad, que el Hijo de Dios tomó la naturaleza humana pero no la persona. El hombre se transformó en Dios, no por el cambio de naturaleza, sino por la unidad de la divina persona. Por tanto, no son dos, sino un solo Cristo, Dios-hombre. El Verbo está unido con la carne de un modo tan inefable, que bien podemos decir que el Verbo se hizo carne. Y aun cuando el Verbo no se ha transformado en carne, y aquella carne que se llama Dios no se ha transformado en la naturaleza divina, etc., confesamos que las dos naturalezas están unidas en la persona de Jesucristo de una manera tan inefable que, subsistiendo la propiedad de cada una de ellas, hay en esta santa y admirable unión, no un cambio de la divinidad, sino una exaltación de la humanidad. Esto es, Dios no se ha convertido en hombre, pero el hombre ha sido glorificado en Dios, etc.

Glosa

Como creemos que el alma incorpórea se une con el cuerpo, y que de ambos resulta un solo hombre, podremos creer más fácilmente que la divina sustancia incorpórea se une al alma con el cuerpo por la unidad de persona. Y así, el Verbo no se ha convertido en carne, ni la carne en el Verbo, del mismo modo que el cuerpo no se transforma en alma ni el alma en cuerpo.

Teofilacto

Apolinario de Laodicea fundó su herejía en esta palabra: decía que Jesucristo no tuvo alma racional, sino únicamente carne; teniendo a la divinidad por alma que dirige y gobierna el cuerpo.

San Agustín, contra serm. Arian., cap. 9

Si decían esto porque veían escrito que "el Verbo se hizo carne", y allí no se habla del alma, deben comprender que la carne representa al hombre y que por la parte se representa el todo en sentido figurado. Y así, dice en el Salmo: "Toda carne vendrá a ti" (Sal 64,3). Además, en la Carta a los Romanos se lee: "que no se justificará la carne por el cumplimiento de la ley" (Rom 3,20). Y esto mismo dice con más claridad en la Carta a los Gálatas: "No se justificará el hombre por el cumplimiento de la ley" (Gal 2,16). Por esto se ha dicho: "El Verbo fue hecho carne", como si dijese "El Verbo fue hecho hombre".

Teofilacto

Mas queriendo el Evangelista mostrar la incomparable condescendencia de Dios, dice carne para que admiremos más su gran misericordia, puesto que tomó la carne por nuestra salvación, a pesar de que esto es impropio y dista mucho de su naturaleza, aunque el alma tiene alguna semejanza con Dios. Y si el Verbo se encarnó y no tomó el alma humana, se deduciría que nuestras almas no habían sido redimidas, porque no santificó lo que no tomó. Y no dejaría de ser una irrisión, que habiendo sido el alma la

que pecó primero, al tomar carne el divino Verbo no santificase al alma, y que dejase enferma la parte principal. Con esto es refutado también Nestorio que decía que el Verbo Dios no era el mismo que había sido hecho hombre por la concepción de la sangre de la Virgen, y que la Virgen había parido a un hombre, que dotado y enriquecido con toda clase de virtudes, se había unido con el Verbo de Dios. De aquí deducía que hubo dos hijos: uno nacido de la Virgen, esto es, el hombre, y el otro de Dios, esto es, el Hijo de Dios, unido a aquel hombre por la gracia habitual y por el amor. Contra el cual dijo el Evangelista que el mismo Verbo se hizo hombre, y no que el Verbo, hallando un hombre virtuoso, se había unido con él.

San Cirilo, ad Nestorium, epist. 8

Uniéndose el Verbo a la carne, animada por el alma racional, según la sustancia, de un modo inefable e ininteligible, se hizo hombre y fue llamado Hijo del hombre, no según la voluntad sola o su beneplácito, ni tampoco por haber tomado su persona. Pueden, ciertamente, reunirse varias naturalezas en una verdadera unión, pero aquí no hay más que una persona como resultado de las dos: Cristo y el Hijo, no dejando de existir por su unión la diferencia de naturalezas.

Teofilacto

Aprendamos, pues, en estas palabras: "Que el Verbo se ha hecho carne", que el mismo Verbo es hombre, y existiendo Hijo de Dios se ha hecho hijo de una mujer, la que especialmente se llama Madre de Dios porque engendró a Dios en su carne.

San Hilario, De Trin., l. 10

Algunos, queriendo que el Unigénito de Dios -que en el principio era Dios Verbo con Dios- no sea un Dios sustantivo sino únicamente la palabra emitida por medio de la voz -de modo que el Hijo sea respecto de Dios Padre lo que es para los que hablan su palabra- tratan de manifestar con malicia que Cristo nacido como hombre no es el Verbo Dios que subsiste personalmente y permanece en la forma de Dios. Y ya que a este hombre le dio vida el principio de la generación humana más que el misterio de su concepción espiritual, el Verbo Dios no tuvo una existencia propia al hacerse hombre por el parto de la Virgen, sino que en Jesús estuvo el Verbo de Dios como en los profetas el Espíritu de profecía. Y suelen acusarnos diciendo que creemos en el nacimiento de Jesucristo, pero no el que haya nacido un hombre que tenga cuerpo y alma como nosotros, siendo así que nosotros predicamos que el Verbo se ha hecho carne y que ha nacido hombre a nuestra semejanza. De tal manera que, siendo verdadero Hijo de Dios, nació verdadero Hijo del hombre. Así como tomó el cuerpo de la Santísima Virgen, el alma la tomó de sí mismo, la cual es sabido que no puede proceder del hombre en el orden de la generación. Pero siendo uno mismo el Hijo del hombre y el Hijo de Dios, ¿no sería harto ridículo el decir que además del Hijo de Dios, que es el Verbo hecho carne, haya nacido otro no sé quién como profeta, animado por el Verbo de Dios, siendo así que nuestro Señor Jesucristo es Hijo de Dios e Hijo del hombre?

Crisóstomo, ut sup

Para que por aquello que se ha dicho: "Que el Verbo se ha hecho carne", no se

sospeche inconvenientemente que ha habido una conversión (o mutación) de aquella naturaleza incorruptible, añade: "Y habitó entre nosotros". Lo que habita no es lo mismo que la habitación, sino una cosa diferente. Digo una cosa diferente por su naturaleza. Pero por la unión o por la conjunción, resulta una sola cosa: Dios Verbo carne, no porque se haya verificado una mezcla, ni porque haya habido destrucción de sustancias.

Alcuino

"Y habitó entre nosotros", esto es, vivió entre los hombres.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 11

Habiendo dicho el Evangelista que fuimos hechos hijos de Dios, y no por otra razón más que porque el Verbo se haya hecho carne, otra vez nos habla del mismo. Cita luego una nueva gracia: "Y vimos la gloria de Él", al cual no hubiésemos podido verlo sino por la unión suya con nuestra humanidad. Si la vista de Moisés no pudo resistir el ver la gloria de Dios, sino que necesitó de un velo, ¿cómo podríamos nosotros tolerar la visión de la divinidad desnuda, existiendo como inaccesible aun para las virtudes más elevadas, siendo, como somos, polvo y barro de la tierra?

San Agustín, in Ioannem, tract.2

Y como el Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros, ha hecho por medio de su nacimiento una especie de colirio, para que purificados los ojos de nuestra alma podamos ver su majestad por medio de su humanidad. Por esto se dice: "Y vimos la gloria de Él". Ninguno puede ver su gloria si no se purifica con la humildad de la carne. Había caído sobre los ojos del hombre polvo que procedía de la tierra, enfermo el hombre de los ojos, se le envía tierra a ellos para que sane. La carne le había cegado, y la carne le cura; el alma se había hecho carnal, entregándose a los afectos carnales; de aquí que el ojo del alma quedó ciego. El médico hizo el colirio para curarle y así vino a destruir las enfermedades de la carne por medio de la carne. Por lo tanto el Verbo se ha hecho carne para que podamos decir: "Y vimos la gloria de Él".

Crisóstomo, ut sup

Añade, pues: "Gloria como de Unigénito del Padre", porque muchos de los profetas habían sido glorificados, como Moisés, Elías, Eliseo y otros, que demostraron sus milagros. Y aun los ángeles, apareciéndose a los hombres y manifestando aquella luz brillante, propia de su naturaleza. Y aun el querubín y el serafín fueron vistos por el profeta con todo el esplendor de su gloria. El Evangelista, elevándonos sobre todas esas cosas, levanta nuestra inteligencia sobre toda otra naturaleza y sobre la claridad de nuestros consiervos hasta la cima de los bienes, como diciendo: la gloria que hemos visto no es como la del profeta o la de otro hombre, ni como la del ángel, ni la del arcángel, o la de alguna otra de las virtudes superiores, sino como la del mismo dominador, del mismo rey, del mismo natural Hijo Unigénito.

San Gregorio, Moralium, 28, 4

En la Sagrada Escritura se toman alguna vez las partículas "como", "cuasi", no por la semejanza sino por la verdad. Por esto dice aquí: "Como de Unigénito del Padre".

Crisóstomo, ut sup

Como si dijese: hemos visto su gloria tal y como convenía y conviene que sea la gloria del Unigénito e Hijo natural de Dios. Es costumbre de muchos, cuando ven a un rey ataviado con espléndido ornato y cuando no pueden, al querer explicarlo a otros, reproducir en su mente tanta magnificencia, terminar diciendo: ¿qué más puede decirse? Iba como debe ir un rey. Pues esto mismo dice San Juan: "Hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre". Los ángeles, apareciendo como siervos y teniendo a su Señor, hacían todas las cosas; pero Jesús aparece como Señor, aunque en forma humilde. Y las creaturas le conocieron como a su Señor. La estrella guiando a los magos, los ángeles llamando a los pastores y el niño saltando en el vientre de su madre. Además el Padre da testimonio de El desde los cielos, y el Paráclito descendiendo sobre su cabeza. También la naturaleza toda gritó diciendo que había venido el Rey de los cielos, porque los demonios huían, todas las enfermedades eran curadas, los muertos abandonaban sus sepulcros, las almas pasaban del extremo de la malicia a la cumbre más alta de virtud. ¿Y quién explicará dignamente la filosofía de sus preceptos, la virtud de las leyes celestiales y el buen orden de su trato angelical?

Orígenes, hom. 2 in div. loc

Lo que se dice respecto de Jesucristo a continuación: "lleno de gracia y de verdad", se debe entender en dos sentidos. Porque puede referirse a la humanidad y a la divinidad del Verbo encarnado. De tal modo, que la plenitud de la gracia se refiera a la humanidad, en virtud de que Jesucristo es cabeza de la Iglesia y el primogénito de toda criatura. Porque el ejemplo mayor y principal de la gracia, por la cual, sin otros méritos precedentes, el hombre se hace Dios, se demuestra primeramente en El mismo. Puede también entenderse esta plenitud de gracia por el Espíritu Santo, cuya operación de siete formas o dones enriqueció la humanidad de Jesucristo. La plenitud de la verdad se refiere a la divinidad.

Orígenes, in Ioannem, tom. 2

Y si la plenitud de la gracia y de la verdad se quiere entender que se refiere al Nuevo Testamento, no se dirá sin razón que la plenitud de la gracia del Nuevo Testamento ha sido donada por Jesucristo, y que se ha cumplido en El la verdad de figuras legales.

Teofilacto

"Lleno de gracia", en cuanto que su palabra era gracia; habiendo dicho David en el Salmo: "La gracia ha sido derramada en tus labios" (Sal 44,3), etc., "Y de verdad", para significar que Moisés y los profetas hablaban u obraban sólo en figura, mientras que Jesucristo en cumplimiento de la verdad.

Juan da testimonio de Él, y clama diciendo: "Este era el que yo dije: El que ha de venir en pos de mí, ha sido engendrado antes de mí; porque primero era que yo". (v. 15)

Alcuino

Había dicho antes el Evangelista, que había sido enviado un hombre para dar testimonio. Y ahora explica lo que expresa ese testimonio, en el cual anuncia el precursor, bien claramente, lo excelso de la humanidad y lo eterno de la divinidad, por lo que dice: "Juan da testimonio de Él".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 13

O bien adujo esto como diciendo: No creáis que nosotros, que estuvimos con El mucho tiempo y que hemos comido a su mesa, decimos esto por agradecimiento. Porque San Juan, que no le había visto antes ni había habitado con Él, daba testimonio de Él. Muchas veces el Evangelista alega su testimonio, y lo especifica bajo todas sus fases con todo cuidado, contento con citarlo sencillamente, porque los judíos tenían a Juan en gran veneración. Los otros evangelistas refirieron los testimonios de los antiguos profetas, diciendo: "Esto ha sucedido para que se cumpla lo que dijo el Profeta" (Mt 1,22). Mas este evangelista presenta un testigo más elevado y moderno, no con el fin de apoyar la autoridad del Señor en el testimonio del siervo, haciéndole por éste digno de fe, sino acomodándose a la debilidad de los que escuchan. Del mismo modo que si no hubiese tomado la forma de siervo no hubiese podido hacerse asequible fácilmente, ni tampoco hubiera excitado la atención de sus contemporáneos sin la voz de su siervo, ni hubiesen recibido la palabra de Dios muchos de los judíos. Prosigue: "Y clama", esto es, que predica todas las cosas públicamente, con libertad, sin restricción alguna. No dijo: desde el principio éste es el Hijo Unigénito y natural de Dios, sino que exclama, diciendo: "Este era el que yo dije: el que ha de venir después de mí, ha sido engendrado antes que yo, porque primero era que yo". Así como las madres de las aves no enseñan a volar a sus polluelos inmediatamente, sino que primero los sacan del nido y después los van haciendo volar con más ligereza, así San Juan no lleva a los judíos inmediatamente a lo más alto, sino que les enseña a remontarse sobre la tierra poco a poco, diciendo que Jesucristo era mejor que él (lo cual, en verdad, no era poco por lo pronto). Y véase cómo da testimonio de El con toda sabiduría, porque no sólo demuestra a Jesucristo cuando se presenta, sino que lo predice antes de que aparezca. Lo cual da a entender en estas palabras: "Este era el que yo dije". Hizo esto para facilitar más el conocimiento de Jesucristo, porque la inteligencia de los hombres ya andaba distraída en otras cosas que se habían dicho de El; y con el fin de que no le perjudicase en nada la humildad de su vestido. Porque Jesucristo usaba un vestido humilde y común, de modo que los que hubiesen oído estas cosas de El y lo hubiesen visto después, acaso se hubiesen burlado del testimonio de San Juan.

Teofilacto

Dice también: "El que ha de venir detrás de mí", esto es, según el tiempo del

nacimiento. San Juan había nacido seis meses antes que Jesucristo, según la humanidad.

Crisóstomo, ut sup

Y no dice esto refiriéndose a la generación que había recibido el Salvador de María, porque ya había nacido cuando San Juan decía esto, sino de su venida a la predicación. Por esto dice: "Ha sido engendrado antes de mí", esto es, es más esclarecido, más digno de honor que yo. Como si dijese: no porque he venido primero a predicar, debéis creer que yo soy mayor.

Teofilacto

Mas los arrianos interpretan estas palabras queriendo manifestar que el Hijo de Dios no ha sido engendrado por el Padre, sino creado como una criatura cualquiera.

San Agustín, in Ioannem, tract.3

Y no se entiende: ha sido hecho antes que yo fuera hecho, sino que ha sido antepuesto a mí.

Crisóstomo, ut sup

Si porque se dice: "ha sido engendrado antes de mí", se entendiese que se hablaba de producción, sería superfluo lo que se dice "Porque primero era que yo". ¿Quién es tan necio que ignore que lo que ha sido hecho antes que él era anterior a él? De otro modo conviene decir, a saber: era antes que yo, porque fue hecho antes que yo. Luego cuando dice: "Ha sido engendrado antes de mí", se entiende del honor, porque lo que había de existir dice que ya ha sido hecho, siendo costumbre entre los antiguos profetas hablar de lo futuro como si ya hubiese pasado.

Y de su plenitud recibimos nosotros todo, y gracia por gracia. Porque la ley fue dada por Moisés, mas la gracia y la verdad fue hecha por Jesucristo. (vv. 16-17)

Orígenes

Estas palabras no se profirieron refiriéndose a la persona del Bautista que da testimonio de Cristo. Y se engañan muchos creyendo que desde aquí hasta donde dice: "El mismo lo contó", se habla de San Juan Apóstol. Pero sería violentar el texto y falta de ilación lógica el que -súbitamente y fuera de razón- se interrumpiesen las palabras del Bautista por las del discípulo. Y bien claro se ve por el contexto para todo aquél que sepa percibir el enlace de las ideas. Por esto, pues, había dicho: "Ha sido engendrado antes que yo, porque era primero que yo". De esto deduzco o entiendo que El es anterior a mí mismo, porque lo mismo yo que los profetas hemos recibido de su plenitud una gracia después de otra gracia, dado que también aquéllos llegaron, después de las figuras y por obra del Espíritu, a la adquisición de la verdad. De aquí también que, en virtud de la misma plenitud, hayamos comprendido que si bien la Ley ha sido dada por medio de Moisés, la gracia y la verdad ha sido, no ya dada, sino producida por Jesucristo. El Padre, ciertamente, da la Ley sirviéndose de Moisés, y obra la gracia y la verdad por Jesucristo. Pero si Jesús dice: "Yo soy la verdad" (Jn 14,6), ¿cómo por Jesús se ha de obrar la verdad? Hay que entender en esto que de ninguna manera ha sido obrada por Jesucristo ni por algún otro ser, aquella verdad sustancial y primaria a la cual se ajustan, por vía de imagen, todas las otras verdades secundarias en razón de verdad, sino que la verdad obrada por Jesucristo es aquélla que resplandecía en San Pablo y en los apóstoles.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 13

San Juan Evangelista confirma el testimonio del Bautista con su propio testimonio, diciendo: "Y de la plenitud de El todos hemos recibido", etc. En tal caso, no son palabras del precursor sino del discípulo, que significarían: También nosotros doce y la muchedumbre toda de los fieles, los que ahora existen y habrán de existir, participamos de la plenitud de su gracia.

¿Pero qué habéis recibido? **San Agustín, in Ioannem, tract. 3, sparsim**

Una gracia por otra gracia. Y yo no sé qué quiere darnos a entender cuando nos dice que hemos participado de la plenitud de su gracia en primer término, y después que hemos recibido una gracia por otra gracia. ¿Qué gracia hemos recibido primero? La fe. Y se llama gracia porque se da gratis. El pecador recibió esta primera gracia para que se le perdonasen todos sus pecados. Y después recibió una gracia por otra gracia. Esto es por esta gracia, según la cual vivimos de la fe, habremos de recibir otra, esto es la vida eterna. La vida como el premio de la fe (porque la misma fe es gracia). Y la vida eterna es eterna. Por lo tanto es la gracia que se concede en virtud de aquella gracia. Esta no existía en el Antiguo Testamento, porque la Ley amenazaba y no ofrecía ayuda; mandaba, y no curaba; señalaba la enfermedad, pero no la quitaba, sino que preparaba

para presentarse al médico que había de venir con la gracia y la verdad. Por esto sigue: "Porque la Ley fue dada por Moisés; mas la gracia y la verdad fue hecha por Jesucristo". La muerte de nuestro Señor mató la muerte temporal y eterna. Ella es la gracia que ha sido prometida y no manifestada en la Ley.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 13, sparsim

Hemos recibido una gracia por otra. Esto es, una nueva a cambio de otra vieja. Así como hay una justicia y otra justicia, una adopción y otra adopción, una circuncisión y otra circuncisión; así hay una gracia y otra gracia. La primera es como la figura, la segunda es como la realidad. Dio a conocer todo esto para demostrar que los judíos se salvaban por la gracia, pero que todos nosotros también somos salvados con la gracia. Fue, por lo tanto, un acto de caridad y de gracia recibir la Ley. Por lo que cuando dijo: "Gracia por gracia", manifestó la magnitud relativa de los beneficios concedidos, añadiendo: "Porque la Ley fue dada por Moisés, mas la gracia", etc. Y más adelante, comparándose el Bautista con Jesucristo, dice: "Ha sido engendrado antes que yo". Mas el Evangelista compara también a Jesucristo con aquél que a la sazón era para los judíos objeto de mayor admiración aun que el mismo Bautista, esto es, con Moisés. Y véase su prudencia; no hace comparación de las personas, sino de las cosas, oponiendo la gracia y la verdad a la Ley. Y a esto añade: "Ha sido dada" (lo cual supone oficios de servidor); mas a este "Ha sido hecha" (lo cual es propio de un rey, que todo lo hace con propia facultad). Decimos que con gracia, porque con potestad perdonaba todos los pecados. Con verdad porque confirmaba los dones de su benignidad, ostentándose esta gracia, ora por el don de su bautismo, ya por la adopción que de nosotros hace el Espíritu, ya, finalmente, por otra multitud de cosas. Conoceremos mejor la verdad si conocemos las figuras de la Ley antigua. Todas aquellas cosas que habían de cumplirse en el Nuevo Testamento las cumplió Jesucristo con su venida, por lo cual la figura ha sido dada por Moisés y la verdad ha sido hecha por Jesucristo.

San Agustín, De Trin., 13, 19

Debemos comparar la gracia con la ciencia y la verdad con la sabiduría. En las cosas temporales se encuentra aquella suma gracia, porque en Cristo el hombre se unió con Dios en unidad de persona. Y en las cosas eternas, la suma verdad se atribuye rectamente al Verbo de Dios.

A Dios nadie le vio jamás: el Hijo Unigénito que existe en el seno del Padre, El mismo lo contó. (v. 18)

Orígenes, in Ioannem, tom. 6

Verdaderamente no tiene razón alguna Heracleón para asegurar que estas palabras pertenecen no a Juan Bautista sino al discípulo. Porque si el aserto: "De su plenitud todos hemos recibido" se refiere al Bautista, ¿cómo no deducir que el que participó de la gracia de Cristo, y recibió una gracia después de otra primera, y confesó que la Ley había sido dada por Moisés al mismo tiempo que la gracia y la verdad eran obras de Jesucristo, fuera el mismo que se anonadara ante el hecho de que nadie ha visto a Dios jamás, y de que fuera necesario que esto lo contase el mismo que residía en el seno del Padre, y lo interpretase claramente, no sólo a Juan sino a todos aquéllos que han gustado un alto grado de perfección? Y esto no lo dice ahora por primera vez, porque nos enseña que El existía antes de Abraham, y que Abraham había deseado vehementemente el contemplar su gloria.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 14

Puede también entenderse aquí que el Evangelista, para encomiar la gran superioridad de los dones de Cristo en relación con los dispensados por medio de Moisés, quiere patentizar la razón de tal diferencia valiéndose de otras consideraciones. Porque siendo Moisés un mero siervo, no podía desempeñar otro cargo que el de simple ministro en menores cosas. Pero Jesús, dominador e Hijo del Rey, coexistiendo eternamente con el Padre y contemplándole, nos prestó mayores servicios. Por tal razón se expresa de esta manera: "Nadie vio jamás a Dios".

San Agustín, ad Paulina epistola 110, cap. 4

¿Por qué dice Jacob: "He visto al Señor cara a cara" (Gn 32,30), y se ha escrito de Moisés: "Que hablaba cara a cara" (Ex 33,11), y que el profeta Isaías, hablando de sí mismo, dice: "He visto al Dios Sebaot sentado sobre un trono" (Is 6,1)?

San Gregorio, Moralium 18, 37

Pero bien claramente se da a entender que en todo el tiempo que vivimos en esta vida mortal, únicamente puede verse a Dios por medio de ciertas imágenes, pero no en cuanto a su misma esencia. Y aun cuando el alma, iluminada por la gracia del Espíritu, ve al mismo Dios, sin embargo no alcanza a comprender la fuerza de su esencia. Y de aquí es que Jacob, que asegura haber visto a Dios, no vio más que a un ángel. Y de aquí también que Moisés, que habló con Dios cara a cara, dice: "Manifiéstate a mí para que yo te vea" (Ex 33,18). De cuya petición se deduce que él deseaba ver en la claridad de su naturaleza infinita a Aquél a quien ya había empezado a ver por medio de ciertas figuras.

Crisóstomo, ut sup

Por lo tanto, si los antiguos padres vieron la naturaleza de Dios, nunca lo hubiesen contemplado de una manera diferente. Porque la esencia divina es simple y no tiene figura. No está sentado, ni está en pie, ni anda. Esta es la propiedad de los cuerpos. Por

esto dice por medio del profeta: "Yo les he multiplicado la vista, y me he revestido de imágenes en las manos de los profetas" (Os 12,10), esto es, he condescendido con ellos, y he aparecido, como lo que no era. Mas el Hijo de Dios, que había de aparecérsenos en verdadera carne, quiso ejercitarlos primero en ver a Dios, en cuanto les era posible verle.

San Agustín, ad Paulinam epistola 112, sparsim

Estando escrito: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios" (Mt 5,8), y en otro lugar: "Cuando aparezca seremos semejantes a El, porque le veremos tal y como es" (1Jn 3,2). ¿Cómo es que aquí se dice: "Ninguno ha visto a Dios nunca"? ¿No podría responderse que aquellos testimonios se refieren a ver a Dios y no a haberle visto? Porque lo que se ha dicho es que ellos verán a Dios, y no que le vieron. No que le hemos visto sino que le veremos tal y como es. En este sentido se dice: "Que ninguno ha visto a Dios nunca". Esto es, en esta vida no puede verse tal y como es -ni en la vida de los ángeles- según esta vida visible, como se ven las cosas sensibles, por medio de los ojos de la carne.

San Gregorio, Moralium, 18, 38

Si bien es verdad que algunos pueden ver la majestad de Dios, aun viviendo en esta vida pasajera, por medio de la contemplación y elevándose a los más altos grados de la virtud, esto no se opone a lo que se acaba de decir. Porque todo el que ve la sabiduría (que es Dios) muere absolutamente a esta vida, sin que le quede afecto alguno a las cosas de la tierra.

San Agustín, super Genesim 12, 27

De modo que si alguno no muere a las cosas de esta vida, bien desnudándose de las cosas corporales, bien alejándose y despojándose de los sentidos exteriores -hasta el punto de que no pueda saber perfectamente, como dice el Apóstol (2Cor 12,2), si está en el cuerpo o fuera del cuerpo- no será arrebatado por aquella visión ni jamás la alcanzará.

San Gregorio, ut sup

Debe tenerse en cuenta que hubo algunos que dijeron que Dios podía ser visto en la eterna bienaventuranza en toda su majestad, pero que no podía verse en cuanto a su naturaleza. La nimia sutileza de este pensamiento engañó a éstos con exceso, porque no hay diferencia alguna entre la claridad y la naturaleza en aquella esencia simple e inmutable.

San Agustín, ad Paulinam epistola 110, cap. 4

Y si se dice, respecto de lo que está escrito, que "A Dios nadie le vio jamás" -en lo que sólo debe entenderse que se refiere a los hombres- el Apóstol explica esto más claramente diciendo: "A quien ninguno de los hombres vio, ni puede ver" (1Tim 6,16). Y así, si se dijese "ninguno de los hombres" parecerá que aquella cuestión estaría resuelta, porque no se opone a esto lo que dice el Señor: "Los ángeles del Señor siempre ven la cara de mi Padre" (Mt 18,10), para que creamos que los ángeles ven a Dios, a quien "nadie le vio jamás" esto es, de los hombres.

San Gregorio, ut sup

Hay algunos que dicen que no pueden ver a Dios ni aun los ángeles.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 14

Es verdad que no sólo los profetas, ni los ángeles, ni los arcángeles, pueden ver a Dios tal y como es. Y si se les pregunta, esto es, a los ángeles, oirás que nada responden acerca de su esencia. No sólo cantan gloria a Dios en las alturas, sino también paz en la tierra a los hombres de buena voluntad (Lc 2,14). Y aun cuando se desee aprender algo por el querubín y el serafín, se oirá la melodía mística de su santa misión, esto es, un himno espiritual, en que dicen que el cielo y la tierra están llenos de su gloria.

San Agustín, ad Paulinam epistola 112, cap.7

Lo cual es tan verdadero, que ninguno podrá jamás comprender la grandeza de su Dios, no sólo con los ojos de la carne, sino ni aun con la más alta contemplación. Una cosa es ver y otra cosa comprender la totalidad de lo que se ve. Porque una cosa se ve en tanto que está presente al sentido de la vista, pero para comprenderla en su integridad cuando se ve es necesario conocerla de tal modo que se vea todo lo que encierra y los límites que la determinan.

San Agustín, ut sup

En este sentido sólo el Hijo y el Espíritu Santo ven al Padre. Lo que es de naturaleza creada, ¿cómo podrá ver lo que es increable? Y así ninguno conoce a Dios como el Hijo. Por esto sigue: "El Hijo Unigénito", etc. Y no se crea que se entiende con este nombre a alguno de aquellos que han sido constituidos por hijos en virtud de la gracia, porque se añade el artículo. Y por si esto no es suficiente, se ha añadido el otro nombre: Unigénito.

San Hilario, De Trin., 1, 6

La cualidad de la naturaleza divina no parecía bastante explícita con el nombre "Hijo" si no se hubiese añadido, para dar más propiedad a la frase y para significar la excepción, otra palabra: "Unigénito". Diciéndola además de "el Hijo" se concluye la idea de adopción, dado que la palabra "Unigénito" sólo puede referirse a su naturaleza divina.

Crisóstomo, ut sup

Y puso también otra cosa diciendo: "Que está en el seno del Padre". Porque el estar en este seno ¿no es mucho más que verle sencillamente? Y el que simplemente ve no tiene conocimiento de la cosa que ve, mas el que está en el interior, nada desconoce. Y cuando se oiga, por lo tanto, que ninguno conoce al Padre más que el Hijo, no debe decirse que aunque le conoce más que todos, no le conoce en cuanto es. Porque además el Evangelista dice que El habita en el seno del Padre para que no creamos que por esto se da a conocer otra cosa que la íntima unión del Unigénito y la coeternidad con el Padre.

San Agustín, in Ioannem, tract.3

En el seno del Padre, esto es, en el secreto del Padre, porque el Padre no tiene seno como nosotros lo tenemos en los vestidos, ni debe pensarse que se sienta como nosotros nos sentamos. De modo que no está ceñido para tener seno, sino que así como nuestro seno es interior, al secreto del Padre se le llama seno del Padre. Y el que conoce al Padre en su secreto es el que contó lo que vio.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 14

¿Y cómo lo refirió? Diciendo que no hay sino un solo Dios; pero esto lo dicen Moisés y los profetas. ¿Qué más, pues, aprendimos por el Hijo que existe en el seno del Padre? En primer lugar, que las cosas que han referido otros las han referido con la cooperación del Unigénito. Y además que hemos recibido un don mucho mayor por medio del Unigénito y conocido que Dios es espíritu y que los que le adoran le deben adorar en espíritu y que Dios es Padre del Unigénito.

Beda

Además, si se refiere a tiempo pasado, cuando dice "contó", una vez hecho hombre el Hijo nos enseñó lo que debe saberse acerca de la unidad de la Trinidad, y cómo podemos llegar hasta su conocimiento, y por qué medio puede llegarse hasta ello. Y si se refiere a lo futuro entonces referirá cómo lleva a sus escogidos hasta el conocimiento de su gloria.

San Agustín, ut sup

Hay algunos hombres que dicen, engañados por la vanidad de su corazón, que el Padre es invisible y que el Hijo es visible. Pero si se dice que el Hijo es visible en virtud de la carne, nosotros lo concedemos también. Y esto es un dogma católico. Pero si, como ellos dicen, era visible antes de haberse encarnado, se equivocan en gran manera, porque Jesucristo es la sabiduría y el poder de Dios. La sabiduría de Dios no puede verse por medio de los ojos. Y si la palabra del hombre no se ve con los ojos, ¿cómo puede verse la Palabra de Dios?

Crisóstomo, ut sup

Y esto no es exclusivamente de El, porque ninguno ha visto a Dios nunca; pero vio al Hijo, porque, como San Pablo dice (Col 1,15): "Es la imagen de Dios invisible". Aquél que es imagen de lo invisible, El también es invisible.

Y éste es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron a él de Jerusalén sacerdotes y Levitas a preguntarle: "¿Tú quién eres?" Y confesó y no negó: y confesó: "Que yo no soy Cristo". Y le preguntaron: "¿Pues qué cosa? ¿Eres tú Elías?" Y dijo: "No soy". "¿Eres tú el Profeta?" Y respondió: "No". Y le dijeron: "¿Pues quién eres, para que podamos dar respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?" El dijo: "Yo soy la voz del que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor, como dijo Isaías profeta". (vv. 19-23)

Orígenes, ut sup

Según se lee, este testimonio lo dio San Juan Bautista refiriéndose a Jesucristo, empezando por aquellas palabras: "Este es el que yo dije: el que ha de venir en pos de mí". Y concluye con aquélla: "El mismo lo ha declarado".

Teofilacto

Después de haber dicho el Evangelista que San Juan hablaba de Jesucristo, diciendo: "Ha sido engendrado antes de mí", ahora añade que San Juan en este testimonio volvía a referirse a Jesucristo, diciendo: "Y éste es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron a él de Jerusalén sacerdotes y Levitas".

Orígenes, ut sup

Los judíos, en verdad, como parientes del Bautista por pertenecer a la familia sacerdotal, destinan sacerdotes y levitas para que vengan desde Jerusalén a preguntarle quién era San Juan. Esto es, enviaron a aquéllos que se consideraban como diferentes de los demás, por la elección, y desde un lugar escogido de Jerusalén. Buscan, por lo tanto, a Juan, con tanto respeto, cuanto no leemos que en alguna época dispensasen los judíos al Salvador. Pero lo que los judíos hacían respecto de San Juan, éste lo hacía respecto de Jesucristo, preguntándole por medio de sus discípulos: "¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?" (Lc 7,19).

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 15

Creyeron a San Juan tan digno de ser creído que admitieron su contestación como verdadera, a pesar de ser él mismo quien daba testimonio de sí. Por esto se dice: "A preguntarle, ¿tú quién eres?"

San Agustín, in Ioannem, tract.14

No hubieran enviado esta comisión si no se hubiesen extrañado de su ilimitado poder, en virtud del cual se atrevía a bautizar.

Orígenes

Pero San Juan (según parece) observaba cierta indeterminación en la pregunta de los sacerdotes y de los levitas, porque sin duda creían que sería el mismo Cristo cuando bautizaba, aunque se abstenían de decirlo con claridad para no ser tenidos por temerarios. Por eso, para destruir la opinión errada que habían concebido desde el

principio respecto de él, y así después brillase mejor la verdad, les dice ante todo que él no es el Cristo. Por esto sigue: "Y confesó y no negó: y confesó, que yo no soy el Cristo". Añadamos también a esto que ya en el tiempo de la venida de Jesucristo se alegraba el pueblo como si ya le tuviese delante, manifestando los doctores de la ley que según las Sagradas Escrituras era llegado el tiempo en que debía aparecer el Salvador. Por esta razón, Teodas había reunido muchos discípulos manifestándose como si fuera el Salvador. Y después de él Judas Galileo hizo lo propio en tiempo de los hechos de los apóstoles (Hch 5,36-37). Esperándose, pues, con tal vehemencia la venida del Salvador, los judíos mandaron a preguntar a San Juan: "¿Tú quién eres?", queriendo saber si él se anunciaba como el verdadero Cristo. Y no porque él dijo "Yo no soy el Cristo", lo negó respecto de Jesús, sino que declaró la verdad en estas mismas palabras.

San Gregorio, in Evang. hom 7

Negó claramente lo que no era, pero no negó lo que era. Porque así, diciendo la verdad, se hacía miembro suyo, no usurpando engañosamente ni apropiándose su nombre.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 15, sparsim

Experimentaron los judíos cierta pasión humana respecto de San Juan. Creían indigno que él se sometiese a Jesucristo, porque las muchas cosas que hacía San Juan demostraban su excelencia y, en realidad, que descendía de familia ilustre (puesto que era hijo del príncipe de los sacerdotes). Y porque demostraban, después, su educación sólida y su desprecio de las cosas humanas. Mas en Jesucristo se veía lo contrario; era de un aspecto humilde, lo cual menospreciaban los judíos diciendo: "¿Pues no es éste el hijo del carpintero?" (Mt 13,55). Su ordinario sustento era el de los demás, y su vestido no se distinguía del de muchos. Y como San Juan mandaba continuamente a ver a Jesucristo, y por otro lado querían más bien tener por maestro a San Juan, le enviaron aquella legación, creyendo que por medio de halagos le obligarían a confesar que él era el Cristo. Y por esto no envían a personas despreciables (a la manera que a Cristo le enviaban a los ministros y los herodianos) sino sacerdotes y levitas. Y no cualquiera de estos, sino a aquellos que estaban en Jerusalén, que eran los más distinguidos. Y los envían para que pregunten: "¿Tú quién eres?". No porque lo ignorasen, sino porque querían llevarlo a contestar como queda dicho. Por esto San Juan les respondió según él creía, y no según la mente de los que preguntaban: "Y confesó y no negó. Y confesó, que yo no soy el Cristo". Y véase aquí la sabiduría del Evangelista. Dice por tercera vez casi lo mismo, indicando la virtud del Bautista, y descubriendo la malicia y la locura de los judíos. Es propio de un siervo respetuoso no sólo no quitar la gloria a su amo, sino rechazarla cuando otros se la ofrecen. Las muchedumbres, en realidad, habían creído por ignorancia que San Juan era el Cristo. Y éstos, como iban de mala fe, le preguntaban impulsados por la misma, creyendo que podrían atraerlo por medio de halagos a lo que se proponían. Si no hubiesen pensado así, hubieran dicho a Juan cuando les responde "yo no soy el Cristo": no hemos pensado en esto, ni hemos venido a preguntártelo. Mas habiéndose visto descubiertos, pasan a otra cosa. Y por esto prosigue: "Y le preguntaron: ¿pues qué cosa? ¿eres tú Elías?

San Agustín, ut sup

Sabían, pues, que Elías vendría antes que Cristo. El nombre de Cristo no era desconocido para ninguno de los hebreos, pero no creían que él fuese el Cristo. Y, sin embargo, creyeron absolutamente que el Cristo había de venir. Y al mismo tiempo que esperaban que vendría en el futuro, ya le ofendieron en el presente.

Prosigue: Y contestó: "No soy".

San Gregorio, in evang. hom 7

De estas palabras se suscita cierta cuestión harto compleja. Porque en otro lugar, preguntado el Señor por sus discípulos acerca de la venida de Elías, les respondió: "Si queréis saberlo, el mismo Juan es Elías" (Mt 11,14). Mas preguntado San Juan, contesta: "Yo no soy Elías". ¿Cómo es el profeta de la verdad, si no está conforme con la explicación de la misma Verdad?

Orígenes

Dirá alguno que San Juan ignoraba si él era Elías, y sin duda usarán de esta razón los que asienten a la opinión trillada y el testimonio de la transmigración, como si las almas se revistiesen de nuevos cuerpos. Mas preguntan los judíos, por medio de los levitas y los sacerdotes, si era Elías, dando fe a la creencia tradicional en ellos y no extraña a la doctrina cabalística de sus padres, de que las almas pueden de nuevo informar otros cuerpos. Y por esto dice San Juan: "yo no soy Elías", porque en realidad desconocía su vida primitiva. ¿Pero es lógico suponer que siendo iluminado por el Espíritu como profeta, y habiendo referido tantas cosas de Dios y de su Unigénito, ignorara de sí mismo si alguna vez su alma había estado en Elías?

San Gregorio, in Evang. hom. 6

Mas si se busca la verdad diligentemente, se encontrará que lo que parece contrario entre sí no lo es. El ángel había dicho a Zacarías respecto a San Juan: "El marchará delante del Cristo con el espíritu y la virtud de Elías" (Lc 1,17). Porque así como Elías precederá a la segunda venida del Señor, así San Juan le precede en la primera. Y así como aquél vendrá como precursor del juez, así éste viene como precursor del Salvador. San Juan, por lo tanto, era Elías en espíritu, aun cuando no estaba en la persona de Elías. Y lo que afirma el Señor del espíritu, San Juan lo niega respecto de la persona, siendo muy justo que el Salvador, al dirigirse a sus discípulos para hablarles de San Juan, adoptase el sentido espiritual y que San Juan, que respondía a las muchedumbres carnales, hablase no del espíritu, sino del cuerpo.

Orígenes, ut sup

Responde, pues, a los levitas y a los sacerdotes: "No soy", conociendo el fin que se proponen en esta pregunta. Pues la referida pregunta no tendía a averiguar si ambos estaban animados de un mismo espíritu, sino si Juan era el mismo Elías, que fue arrebatado y que ahora aparecía sin nuevo nacimiento, como los judíos esperaban. Mas alguno dirá, creyendo en la transmigración de los cuerpos, que es contrario a la razón admitir que el hijo de Zacarías, nacido en la ancianidad de tan gran sacerdote, contra lo que se podía esperar humanamente hablando, fuese desconocido por los sacerdotes y los

levitas, ignorando su nacimiento, y más cuando, especialmente San Lucas, dijo que se había suscitado un temor grande entre los que habitaban en las cercanías (Lc 1,65). Pero acaso les parece que deben preguntar en sentido tropológico, porque esperaban que Elías vendría antes del fin y delante de Cristo. Como si preguntasen: ¿eres tú, acaso, el que anuncias que el Cristo habrá de venir al fin del mundo? Pero les responde con precaución: "No soy". Pero no debe llamar la atención que así como respecto del Salvador había muchos que sabían que había nacido de María, y sin embargo algunos de ellos se engañaban (creyendo que Él era Juan Bautista, Elías, o alguno de los profetas), así también respecto de San Juan; aunque no se ocultaba a muchos que era hijo de San Zacarías, dudaban algunos si acaso sería Elías el que había aparecido en San Juan. Y como había habido muchos profetas en Israel, se esperaba uno de quien Moisés había vaticinado, especialmente por aquellas palabras: "El Señor os levantará un profeta de entre vuestros hermanos, y le obedeceréis como a mí" (Dt 18,18). Le preguntan por tercera vez, no ya sencillamente si es un profeta, sino si es el profeta, esto es, con la singularidad que expresa el artículo griego. Por esto sigue: "¿Eres tú el profeta?" El pueblo de Israel había comprendido en todos los profetas que ninguno de ellos era aquél de quien había vaticinado Moisés. El cual (como había sucedido a Moisés) estaría entre Dios y los hombres, y transmitiría a los discípulos el testamento recibido de Dios. Y atribuían ellos este nombre no a Jesucristo, sino que creían que sería distinto de Cristo. San Juan conoció que Cristo era el verdadero profeta, por esto añade: "Y respondió no".

San Agustín, in Ioannem, tract.4

Acaso porque San Juan era más que profeta, porque los profetas habían anunciado al Salvador desde lejos, pero San Juan demuestra que está presente.

Prosigue: "Y le dijeron: pues ¿quién eres?", etc.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 15

Véase aquí cómo insisten y preguntan con más fuerza. Mas éste destruye con su mansedumbre todas las sospechas que no estaban inspiradas en la verdad, y restablece la opinión verdadera. Por esto sigue: "El dijo: yo soy voz del que clama en el desierto".

San Agustín, ut sup

Isaías ya lo dijo y su profecía se realizó en San Juan.

San Gregorio, in Evang. hom. 7

Ya sabéis que el Hijo Unigénito se llama el Verbo del Padre y por nuestro mismo lenguaje sabemos que primero suena la voz para que después se pueda oír la palabra; mas San Juan asegura que él es la voz que precede a la palabra y que por su mediación el Verbo del Padre es oído por los hombres.

Orígenes

Heracleón, sin consideración a San Juan y a los profetas, dice que, en efecto, el Verbo es el Salvador, y que la voz se oye por medio de San Juan, de donde la virtud profética consiste en un mero sonido. A él le debemos contestar que si la trompeta no deja oír su voz significativa, nadie se apercibirá a la batalla. Pero si la voz del profeta no es otra cosa que un mero sonido, ¿cómo el Salvador nos remite a ella, cuando dijo

"examinad las Escrituras" (Jn 5,39)? Y dice San Juan que es él la voz. No que clama en el desierto, sino del que clama en el desierto, esto es de Aquél que estaba y clamaba: "Si alguno tiene sed que venga a mí y beba" (Jn 7,37). Clamaba, pues, para que lo oyesen los que estaban distantes, y para que lo perciban los que tienen el oído torpe, y puedan comprender la importancia de lo que se les dice.

Teofilacto

O bien porque anuncia la verdad de un modo terminante, en tanto que los que vivían bajo el influjo de la ley hablaban oscuramente.

San Gregorio, ut sup

San Juan clamaba en el desierto, porque anunciaba el consuelo del Redentor a Judea, que estaba como abandonada y desierta.

Orígenes, ut sup

El efecto de esta voz que clama en el desierto no debe ser otro que el que el alma, separada de Dios, vuelva otra vez al camino recto que conduce a Dios, no siguiendo la malicia de los pasos torcidos de la serpiente, sino elevándose por medio de la contemplación al conocimiento de la verdad, sin mezcla alguna de mentira, para que la vida de acción se ajuste a la norma de lo lícito después de una conveniente meditación. Por esto sigue: "Enderezad el camino del Señor, como dijo Isaías el profeta".

San Gregorio, ut sup

El camino del Señor es enderezado hacia el corazón cuando se oye con humildad la palabra de la verdad. El camino del Señor es enderezado al corazón cuando se prepara la vida al cumplimiento de su ley.

Y los que habían sido enviados eran de los fariseos. Y le preguntaron y le dijeron: "¿Pues por qué bautizas si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta?" Juan les respondió, y dijo: "Yo bautizo en agua; mas en medio de vosotros estuvo a quien vosotros no conocéis. Este es el que ha de venir en pos de mí, que ha sido engendrado antes de mí: del cual yo no soy digno de desatar la correa del zapato". Esto aconteció en Betania, de la otra parte del Jordán, en donde estaba Juan bautizando. (vv. 24-28)

Orígenes, ut sup

Habiendo respondido a los sacerdotes y a los levitas, fue preguntado por los fariseos. "Y los que habían sido enviados, eran de los fariseos". Digo que éste es el tercer testimonio, como puede deducirse de sus palabras. Véase también cómo los sacerdotes y los levitas preguntan con mansedumbre: "Tú, ¿quién eres?". No se arrogan nada digno de censura en aquella pregunta, sino que obran cual corresponde a verdaderos ministros de Dios. Mas los fariseos, divididos e inoportunos, según indica su nombre, dirigen al Bautista palabras mal sonantes y ofensivas. Por esto sigue: "Y le dijeron: ¿pues por qué bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta?" No querían averiguar la verdad, sino impedirle que bautizase. Pero después, no sé por qué razón, se deciden a bautizarse y volvieron a San Juan. La solución de esto, que los fariseos, a pesar de que no creían, viniesen a bautizarse con hipocresía, parece que consiste en que temían al pueblo.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 15

O acaso los mismos sacerdotes y levitas eran también de los fariseos, y como no pudieron doblegarlo con halagos, intentan arrojar sobre él una acusación, obligándole a decir lo que no era. Por esto sigue: "Y le preguntaron y le dijeron: ¿pues por qué bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías ni el profeta?". Les parecía que rayaba en la audacia el bautizar sin ser el Cristo, ni su precursor, ni su anunciador, esto es, su profeta.

San Gregorio, in Evang. hom. 7

Pero cuando un santo cualquiera es preguntado con mal fin, no sale de su expresión de bondad. Por esto San Juan responde a las palabras de envidia con las predicaciones de vida. Por esto sigue: "Y Juan les respondió y dijo: yo bautizo en agua".

Orígenes, ut sup

Y a aquellas palabras: "¿Por qué bautizas?", no convenía contestar otra cosa que indicar que su bautismo era carnal, o manifestar que era material.

San Gregorio, ut sup

San Juan no bautizaba en espíritu sino en agua, porque no podía perdonar los pecados. Lavaba con agua los cuerpos de los que se bautizaban, pero no purificaba sus almas por medio del perdón. ¿Y para qué bautiza si no perdona los pecados por medio del bautismo? Porque, cumpliendo en todo el orden y oficio de precursor de Aquel que venía -esto es, a cuyo nacimiento se había adelantado naciendo-, debía adelantarse también al Señor, que había de bautizar, bautizando él. Y el que se había hecho precursor

de Jesucristo por medio de la predicación también había de ser su precursor bautizando, para imitarle en el sacramento, puesto que con ello anunciaba que éste era uno de los misterios de nuestra redención, y que estaba en medio de los hombres Aquél que aún no era conocido. Por esto sigue: "Mas en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis", porque como el Señor aparece en carne, es visible en cuanto al cuerpo pero invisible en cuanto a la majestad.

Crisóstomo, ut sup

Dijo esto porque era conveniente que el Salvador se confundiese con el pueblo, como uno de tantos, para dar ejemplo de humildad en todas partes. Y cuando dice: "A quien vosotros no conocéis", habla de un conocimiento cierto y seguro de quién es y de dónde viene.

San Agustín, in Ioannem, tract. 4

Apareció humilde y por lo mismo es antorcha encendida.

Teofilacto

El Señor estaba en medio de los fariseos, pero le desconocían. Porque como ellos creían saber las Escrituras, por cuanto en ellas era anunciado el Señor, se encontraba en medio de ellos (esto es en sus conciencias) pero no lo conocían, porque no entendían las Escrituras. Además estaba en medio de ellos porque era mediador entre Dios y los hombres, por cuya razón Cristo Jesús se encontraba en medio de los fariseos esforzándose por unirlos con Dios, pero ellos no le conocían.

Orígenes

Una vez contestado: "Yo bautizo en agua" a aquella pregunta: "¿Por qué bautizas?", a las palabras: "¿Si tú no eres el Cristo?", el precursor ofrece su contestación pregonando la excelencia de la esencia de Jesucristo. Y dice que es tan grande el poder que tiene, que es invisible en cuanto a su divinidad, a pesar de que está presente a todos y se encuentra difundido por todo el orbe, lo que se da a entender por lo que dijo: "En medio de vosotros estuvo". Pues Este se encuentra en todo el mecanismo del universo, y lo penetra todo de tal modo que las cosas que nacen, nacen por El, puesto que todo fue hecho por El. Y esto es lo que da a conocer claramente a los que le preguntan: "¿Por qué bautizas?" O cuando dice: "En medio de vosotros estuvo", debe entenderse esto respecto de nosotros los hombres. Porque como somos racionales, existe en medio de nosotros, por lo mismo que el asiento principal del alma, el corazón, está situado en la parte media del cuerpo. Los que llevan al Verbo en su interior, ignorando su naturaleza, ni de dónde viene, ni cómo se encuentra en ellos, éstos desconocen que tienen el Verbo dentro de sí mismos, lo cual ya conoció San Juan. Por lo que, reprendiendo a los fariseos, les dice: "A quien vosotros no conocéis". Como los fariseos esperaban que no se tardaría la venida del Cristo y no podían elevarse a tan alto concepto acerca de El, creyendo sólo que sería un hombre santo, San Juan reprende su ignorancia, porque desconocen su excelencia. Dice: "Estuvo", porque está el Padre, que existe de una manera invariable e impermutable. Está también su Verbo, para salvar continuamente y aun cuando ha tomado carne y se encuentra entre los hombres de una manera invisible y no es conocido

por ellos. Y para que alguno no crea que el que es invisible, cuando viene para todos los hombres o para todo el universo, es otro distinto del que se ha humanado y aparecido en la tierra, añade: "Este es el que ha de venir en pos de mí". Esto es, que habrá de aparecer después de mí. Y no tiene aquí la misma significación la palabra en pos que cuando Jesús nos invita a que vengamos en pos de El. Allí se nos manda que le sigamos, para que siguiendo sus pasos podamos llegar hasta el Padre; aquí se manifiesta lo que de esto se sigue, según las enseñanzas del Bautista. Vino con el fin de que todos crean por él, preparados para que puedan llegar sin mayor dificultad al Verbo perfecto. Dice además: "Este es el que ha de venir en pos de mí".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 15

Como si dijese (San Juan) no creáis que todo consiste en mi bautismo, porque si mi bautismo fuese perfecto, no vendría otro después de mí a dar otro bautismo; mas todo esto es preparación de aquél, y pasará en breve como la sombra y la imagen; pero conviene que el que impone la verdad venga después de mí. Y si este bautismo fuera perfecto, nunca hubiese sido necesario un segundo. Y por esto añade: "El que ha sido engendrado antes de mí" es digno de mayor honor y de mayor respeto.

San Gregorio, ut sup

Al decir: "Ha sido hecho antes que yo" da a entender que había sido antepuesto a él. Viene después de mí, porque ha nacido después. Y ha sido engendrado antes de mí, porque es superior a mí.

Crisóstomo, ut sup

Y para que no se crea que su respectiva excelencia es comparable, y para manifestar mejor la diferencia, añade: "Del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado". Como diciendo: en tanto es superior a mí yo no soy digno de contarme ni aun entre sus servidores más humildes, porque soltar el calzado es lo último que puede hacer el que sirve.

San Agustín, ut sup

Por lo que si se hubiera juzgado digno de soltar la correa de su calzado, no hubiera aparecido más humilde.

San Gregorio, in Evang. hom. 7

Fue costumbre entre los antiguos que si alguno no quería casarse con alguna de las que le correspondían, debía soltarle el calzado a aquél que le fuese destinado en razón de verdadero parentesco. Y al aparecer Jesucristo entre los hombres, ¿qué otra cosa es más que el esposo que se presenta a la Iglesia santa? Por lo tanto San Juan se considera como indigno de soltar la correa de su calzado, como diciendo terminantemente: no puedo descubrir los vestigios del Redentor, porque el nombre de esposo no me lo merezco, y por ello no lo usurpo. Lo cual también puede entenderse de otro modo. ¿No sabemos todos que el calzado se hace con pieles de animales muertos? Pero habiendo venido el Señor por medio de la Encarnación, aparece como calzado, porque tomó sobre su divinidad la sustancia mortecina de nuestra corrupción. Y la correa de su calzado es la ligadura del misterio. San Juan, pues, no se atreve a soltar la correa de su calzado porque

no puede penetrar el misterio de su Encarnación, como si dijese claramente: ¿Qué de particular tiene que sea mayor que yo, si considero que aun cuando ha nacido después que yo, no comprendo el misterio de su nacimiento?

Orígenes, in Ioannem, tom. 6

Hay alguno que ha dicho, y no sin razón, que esto debe entenderse así: No soy yo de tanto mérito para considerar su existencia de tan elevado origen y creer que ha recibido la carne como un calzado sólo por causa mía.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 16

Y como San Juan predicaba a todos con oportuna libertad lo que se refería a Jesucristo, el Evangelista dice aquí el lugar donde lo hacía, añadiendo: "Esto aconteció en Betania, de la otra parte del Jordán, en donde estaba Juan bautizando". Porque no predicaba a Jesucristo ni en la casa ni en la esquina, sino al otro lado del Jordán, en medio de la multitud y estando presentes los que había bautizado. Algunos ejemplares dicen en Betábora, porque Betania no estaba al otro lado del Jordán, ni en el desierto, sino cerca de Jerusalén.

Glosa

Pero hay dos Betanias: una al otro lado del Jordán y otra a la parte acá, no muy distante de Jerusalén, en donde Lázaro fue resucitado.

Crisóstomo, ut sup

También se fija en esto por otra causa. Porque no refería cosas antiguas sino las que habían ocurrido poco tiempo antes, por lo que cita como testigos a los que estaban presentes y habían visto aquello que se refería, haciendo la demostración hasta de los lugares.

Alcuino

Mas Betania quiere decir casa de obediencia, por medio de la que se manifiesta que todos deben obediencia a la fe para venir al bautismo.

Orígenes

Y Betábora quiere decir "casa de preparación", y conviene con el bautismo de San Juan, que servía para preparar al Señor un pueblo perfecto. Jordán quiere decir "la bajada de aquéllos". ¿Y quién será este río, sino nuestro Salvador, por medio del cual deben purificarse los que entran en este mundo, no porque Este sea quien baje, sino el género humano? Este río separa las gracias concedidas por Moisés de las concedidas por Jesucristo. Los manantiales de Este alegran la ciudad de Dios. Además, así como el caimán nada en el río de Egipto, así el Señor se oculta en este río. Mas el Padre está en el Hijo, y los que marchan a donde El se encuentra para lavarse dejan el oprobio de Egipto y se preparan a recibir la heredad eterna. Además se purifican de la lepra y son capaces de merecer las dos gracias, estando dispuestos para recibir las del Espíritu Santo. Porque este Espíritu nunca había bajado en forma de paloma sobre el otro río. San Juan bautizaba al otro lado del Jordán, como precursor del que había de venir a llamar no a los inocentes sino a los pecadores (o sea el precursor de Aquél que vino a llamar a los pecadores y no a los inocentes).

El día siguiente vio Juan a Jesús venir a él, y dijo: "He aquí el Cordero de Dios; he aquí el que quita los pecados del mundo. Este es Aquél de quien yo dije: En pos de mí viene un varón, que fue engendrado antes de mí, porque primero era que yo. Y yo no le conocía; mas para que sea manifestado en Israel, por eso vine yo a bautizar en agua". (vv. 29-31)

Orígenes

Después del testimonio de San Juan ya se ve a Jesús viniendo hacia él, que no sólo ha perseverado hasta entonces, sino que refuerza aun más su testimonio, lo cual se designa por el día segundo. Por esto dice: "El día siguiente vio Juan a Jesús". Ya antes de ahora, cuando la Madre de Jesús estaba embarazada y al poco tiempo de haberle concebido, había pasado a visitar a la madre del Bautista, que a su vez le encerraba en su seno. Y tan luego la voz de María llegó a los oídos de Isabel, con sólo la salutación de María, salta Juan, encerrado en el vientre de su madre. Y Este es visto por San Juan, quien ha dado testimonio de El, viniendo y dirigiéndose hacia El. Primero sucede que uno es instruido por lo que oye a otro, y después confirma ocularmente lo que ha oído. Por cuanto María vino a visitar a Santa Isabel como a persona inferior, y el Hijo de Dios al Bautista, se nos enseña el auxilio que debemos a los menores y el ejercicio de la modestia. Mas no se dice aquí de dónde venía el Salvador cuando se dirigía a donde estaba el Bautista, sino que lo deducimos de las palabras de San Mateo, que dice: "Entonces vino Jesús desde Galilea al Jordán, a ser bautizado por Juan" (Mt 2,13).

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 16

San Mateo habla propiamente de la venida del Salvador al bautismo, mas San Juan parece indicar que Jesús fue por segunda vez a ver al Bautista después del bautismo. Y esto lo prueba por lo que sigue: "Porque he visto al Espíritu Santo que bajaba", etc. Parece que los evangelistas se distribuyeron el tiempo de esta narración. Porque San Mateo, pasando en silencio lo que sucedió antes que el Bautista fuese aprehendido, pasa a ocuparse de lo que sucedió después; mas San Juan se detiene especialmente en los tiempos que precedieron a la prisión del Bautista. Por esto dice: "Al día siguiente, vio", etc. Por qué vino a ver al Bautista una segunda vez después del bautismo se conoce porque lo había bautizado entre muchos, para que no se creyese que el Salvador había venido como los demás, que acudían ora para confesar los pecados, ora para purificarse en el río por medio de la penitencia. Por esto sucedió que, dando ocasión a San Juan de destruir esta sospecha, San Juan se anticipó con estas palabras. Por esto sigue: "Y dice, he aquí el Cordero de Dios", etc. El que era tan puro que podría borrar los pecados de otros, manifiesta desde luego que no venía a confesar sus pecados sino a dar ocasión a San Juan para que hablase de El. Vino también por segunda vez para que aquellos que ya habían oído las cosas anteriores vean confirmado lo que se les había dicho y oigan otra vez cosas nuevas. Por esto dice: "He aquí el Cordero de Dios", manifestando que Este es Aquél que era esperado en otro tiempo y recordando la profecía de Isaías según la que, aquellas sombras que existían en la ley de Moisés, los condujeran más fácilmente de la

figura a la realidad.

San Agustín, in Ioannem, tract. 4

Y si el Cordero de Dios es inocente, también San Juan es el cordero, ¿o acaso no es él inocente también? Pero todos proceden de aquella descendencia de quien dice el afligido David: "He sido concebido en el pecado" (Sal 50,7). De modo que sólo es cordero Aquél que no viene al mundo de este modo. Y en realidad no había sido concebido en pecado, ni su madre había tenido pecado cuando le llevaba en su vientre, pues ella le había concebido siendo Virgen, y siendo Virgen le había parido. Porque le había concebido por medio de la fe, y por medio de la misma le había tenido en su seno.

Orígenes, in Ioannem, tom. 6

Se ofrecían en el templo cinco clases de animales (tres de la tierra: el becerro, la oveja y la cabra; dos del aire: la tórtola y la paloma; y de las ovejas eran llevadas tres: el carnero, la oveja y el cordero). Sólo hace mención del cordero, que es de la raza de las ovejas. En los holocaustos diarios se ofrecían un cordero por la mañana y otro por la tarde. ¿Qué otra oblación puede hacerse todos los días que sea digna del ser inteligente sino el Verbo florido y vigoroso, llamado por antonomasia el Cordero? Por lo tanto esto se considerará como la oblación de la mañana, en cuanto se refiere a la frecuencia con que el alma se detiene en las cosas divinas, dada la condición de nuestra alma, que no puede estar siempre en los conceptos altísimos por estar unida con el cuerpo, que es terreno y pesado. De esta palabra, según la cual llamamos a Jesucristo Cordero, podemos deducir lo demás y por qué razón nos inclinamos a las cosas temporales, a la manera que nos tendemos a la llegada de la tarde. Y el que ofreció este cordero para sacrificarle fue el mismo Dios escondido en el hombre, gran sacerdote, que dijo: "Ninguno separará mi alma de mí, porque soy yo quien la depongo" (Jn 10,18). Por esto dice: "Cordero de Dios", porque El, tomando sobre sí nuestras aflicciones y quitando los pecados de todo el mundo, recibió la muerte como bautismo. Y no pasa sin corrección para Dios nada de lo que hacemos contrario a su Ley, la cual ha de cumplirse aun a costa de las mayores dificultades.

Teofilacto

Se llama Jesucristo Cordero de Dios porque Dios Padre aceptó la muerte de Jesucristo por nuestra salvación. O lo que es lo mismo, en cuanto lo entregó a la muerte por nosotros. Y así como acostumbramos a decir esta ofrenda es de tal hombre, esto es, la que tal hombre ofreció, así Jesucristo se llama Cordero de Dios, quien le había entregado a la muerte por nuestra salvación. Mas aquel cordero que había servido antes de figura, no tenía mancha alguna; pero éste llevó sobre sí las manchas o los pecados de todos los hombres, porque sacó al mundo del peligro en que estaba de sucumbir bajo el castigo de Dios. Por esto añade: "He aquí el que quita el pecado del mundo". No dijo: el que quitará, sino el que quita el pecado del mundo, como si siempre hubiese estado haciendo lo mismo. No quitó el pecado únicamente cuando padeció, sino desde entonces hasta nuestros días. No es sacrificado constantemente (porque sólo se ha ofrecido una vez por nuestros pecados) mas siempre los está quitando por medio de su oblación.

San Gregorio, Moralium, 8, 32

Se quita el pecado al género humano en absoluto, cuando se cambia nuestra corrupción por la gloria de la incorrupción. Y no podemos estar libres de culpa hasta que nos libremos del cuerpo por medio de la muerte.

Teofilacto

¿Y por qué no dijo: los pecados del mundo, sino el pecado? Dijo únicamente pecado, refiriéndose al pecado en sentido universal, como decimos que el hombre fue arrojado del Paraíso, para que se entienda todo el género humano.

Beda

Se llama pecado del mundo al pecado original, que es el pecado común a todos los hombres, cuyo pecado, como todos los demás que a éste pueden añadirse, los quita Jesucristo por medio de su gracia.

San Agustín, ut sup

Y el que no tomó el pecado cuando tomó nuestra naturaleza es el mismo que quita nuestro pecado. Ya sabemos que dicen algunos: nosotros quitamos los pecados a los hombres porque somos santos. Mas si no fuere santo el que bautiza, ¿cómo quita el pecado de otro, siendo él un hombre lleno de pecado? Contra estas cuestiones leamos ahora: "He aquí el que quita el pecado del mundo", para que no crean los hombres que son ellos quienes quitan el pecado a otros hombres.

Orígenes

Así como los sacrificios legales se referían como por lazo de parentesco al ofrecimiento del Cordero, así también ahora al sacrificio de este Cordero se añaden otras oblaciones, como son, a mi modo de entender, los derramamientos de sangre de los mártires, con cuya paciencia, confesión y prontitud se embotan las maquinaciones de los malos, inclinándolos al bien.

Teofilacto

Y como San Juan había dicho ya a los que le habían enviado: "Mas en medio de vosotros estuvo a quien vosotros no conocéis", ahora se lo enseña a los que no lo conocieron, diciendo: "Este es aquél de quien yo dije: en pos de mí viene un hombre", etc. Se llama hombre por el desarrollo de su cuerpo, porque fue bautizado a los treinta años, y porque es un hombre con alma espiritual y el esposo de la Iglesia. Por cuya razón decía San Pablo: "Pues os he desposado con Cristo, para presentaros como virgen pura al único esposo" (2Cor 2,2).

San Agustín, in Ioannem, tract. 4

Vino después de mí, porque ha nacido después que yo. Y ha sido hecho antes que yo porque es anterior a mí.

San Gregorio, in Evang. hom. 7

Y manifiesta las causas de esta precedencia cuando añade: "Porque primero era que yo". Como si dijese claramente: aunque yo he nacido antes que El, a El no lo limita el tiempo de su nacimiento; porque aun cuando nace de su madre en el tiempo, fue engendrado por el Padre sin tiempo.

Teofilacto

¡Oh Arrio! escucha: No dijo que fue creado antes que yo, sino que era antes que yo. Oiga también esto la secta de Pablo de Samosata, que enseña que no nació de la Virgen, porque aunque de ella tomó el modo de existir, ¿cómo existió antes del precursor? Pues es bien sabido que el precursor tenía seis meses más que el Salvador en cuanto a la humana generación.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 16

Y para que no parezca que da testimonio de El por el parentesco, porque era pariente suyo según la carne, dice: "Yo no lo conocía". Y según la razón natural sucedió así, porque San Juan había estado siempre en el desierto. Además, los milagros que habían ocurrido en la niñez de Jesús (como el que tuvo lugar respecto de los Magos y algunos otros) se habían verificado mucho tiempo antes, y San Juan era demasiado niño. De modo que, aun cuando existía entre los hombres, era desconocido de todos. Por lo que añadió: "Sino para que se manifieste en Israel", etc. De aquí se deduce que aquellos milagros que algunos dicen haber hecho Jesús en su niñez, son mentiras y ficciones. Porque si Jesús hubiera hecho milagros desde su primera edad, nadie lo hubiese desconocido, ni aun el Bautista, ni las gentes hubiesen necesitado de maestro que se lo hubiese manifestado. Y no era Jesucristo quien necesitaba de bautismo, ni había otra razón alguna para aquella purificación que la de demostrar la fe que existe en Cristo. Y no dijo: para limpiar yo a los que se bautizan, ni he venido bautizando para librar de los pecados, sino: "para que sea manifestado en Israel". Pero ¿acaso no podía predicar sin necesidad de bautismo, y llevar la muchedumbre al fin que se proponía? Claramente que sí, pero esto lo facilitaba mucho, porque nunca hubiesen concurrido todos si la predicación se hubiera hecho sin bautismo.

San Agustín, in Ioannem, tract. 5

Cuando el Señor fue conocido, en vano se le preparaba camino, porque El mismo se ofrece como camino a los que le conocen. Y así no duró por mucho tiempo el bautismo de San Juan sino hasta que se dio a conocer el Dios de la humildad. Y, además, para darnos ejemplo de esta virtud y enseñarnos a obtener la salvación por medio del bautismo, recibió El el bautismo del siervo. Y para que no fuese preferido el bautismo del siervo al bautismo del Señor, fueron bautizados otros con el mismo bautismo del siervo. Mas los que fueron bautizados con el bautismo del siervo, convenía también que fuesen bautizados con el bautismo del Señor. Porque los que son bautizados con el bautismo del Señor no necesitan del bautismo del siervo.

Y Juan dio testimonio diciendo: "Que vi el Espíritu Santo que descendía del cielo como paloma, y reposó sobre El. Y yo no le conocía: mas Aquél que me envió a bautizar en agua, me dijo: Sobre Aquél que tú vieres descender el Espíritu y reposar sobre El, Este es el que bautiza en Espíritu Santo. Y yo le vi, y di testimonio que Este es el Hijo de Dios". (vv. 32-34)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 16

San Juan había dicho cosas grandes del Salvador, lo que era muy suficiente para que se asombrasen cuantos oían (como aquello de que El solo podría quitar todos los pecados del mundo entero). Queriendo hacer esto más creíble, lo refería a Dios y al Espíritu Santo. Y como alguno podría preguntar a San Juan, ¿cómo has conocido tú a éste?, le responde que por la venida del Espíritu Santo. Por esto sigue: "Y Juan dio testimonio: diciendo que vi el Espíritu que descendía".

San Agustín, De Trin., 15, 27

No fue ungido Jesucristo por el Espíritu Santo cuando bajó sobre El en forma de paloma después de bautizado, porque entonces se dignó prefigurar su cuerpo, esto es, su Iglesia, en la que especialmente los bautizados reciben el Espíritu Santo. Y es muy absurdo el creer que, teniendo ya treinta años (cuya edad tenía cuando fue bautizado por San Juan), recibiese el Espíritu Santo, y que éste viniese sobre El sin pecado, como sin pecado había recibido el bautismo. Y si bien es verdad que se ha escrito de su siervo y precursor: "que éste sería lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre" (Lc 1,15), y éste que había sido engendrado por padre humano había recibido ya el Espíritu Santo al ser concebido en el vientre de su Madre, ¿qué deberá entenderse y creerse de Jesucristo en cuanto hombre, cuya concepción, aunque se verificó en la carne, no fue carnal, sino espiritual?

San Agustín, De Agone christiano, cap. 22

Y no decimos con esto que Jesucristo tuviera únicamente verdadero cuerpo ni que el Espíritu Santo se dejase ver de los hombres de una manera engañosa. Porque así como no convenía que el Hijo de Dios engañase a los hombres, así tampoco debía engañarlos el Espíritu Santo. Pero no era difícil a la omnipotencia de Dios, que había sacado todo el universo de la nada, hacer que un verdadero cuerpo de paloma apareciese en realidad sin el concurso natural de otros animales de la misma especie, así como tampoco le había sido difícil formar un verdadero cuerpo en las entrañas de la Virgen, sin la cooperación del hombre.

San Agustín, in Ioannem, tract. 6, sparsim

De dos maneras visibles manifiesta el Señor al Espíritu Santo: por medio de la figura de una paloma, cuando baja sobre el Salvador después de bautizado, y por medio de fuego, cuando baja sobre los apóstoles el día que se encontraban reunidos. En el primer caso se nos representa la sencillez; en el segundo, el fervor. Por lo tanto, para que no sean engañados los que reciben la santificación, se les manifiesta por medio de una

paloma, y para que la sencillez no permanezca fría se demuestra por medio del fuego. Y no llame la atención que las lenguas estuviesen separadas. No queramos temer la disipación, y conozcamos la unidad en la paloma. Y así debía darse a conocer el Espíritu Santo cuando venía sobre el Señor, con el fin de que cada uno comprenda que cuando tiene el Espíritu Santo, debe ser sencillo como la paloma y tener con sus hermanos verdadera paz, significada por las caricias que se hacen las palomas. También se acarician los cuervos, pero se pican, mas la picada de las palomas es inocente por naturaleza; además, los cuervos se alimentan de carne muerta, y la paloma no tiene esta propiedad sino que se alimenta de las semillas de la tierra. Y si bien es verdad que las palomas parece que lloran cuando están en amores, no debe llamar la atención que el Espíritu Santo quiera darse a conocer en forma de paloma, porque El intercede por nosotros con gemidos inexplicables (Rom 8,26). Mas el Espíritu Santo no gime en sí mismo, sino en nosotros, porque nos hace gemir. El que conoce que vive bajo la presión de esta mortalidad terrena, y que está errante lejos de Dios, en tanto que gime por esto, gime bien, porque el Espíritu Santo le enseñó a gemir. Mas hay muchos que gimen por el bienestar de la tierra, o por verse abrumados de daños, o por enfermedad corporal, o por otra cosa parecida; en este caso no gimen con el gemido de la paloma. ¿De qué otra manera iba a representarse el Espíritu Santo para significar la unidad, sino por la paloma (Ct 6,8)? De esta manera podría decir a su Iglesia una vez formada: mi paloma es una sola. ¿Y cómo debió figurar la humildad sino por la ave sencilla y que gime? Allí apareció toda la Beatísima Trinidad. El Padre en la voz que decía: "Tú eres mi Hijo muy amado" (Lc 3,22), el Espíritu Santo en la forma de paloma. Y en esta Trinidad fueron enviados los Apóstoles a bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28,19).

San Gregorio, Moralium, 2, 41

Y dice que descansó sobre El, porque el Espíritu Santo viene sobre todos los fieles. Pero permanece siempre de una manera especial únicamente sobre nuestro mediador, porque el Espíritu Santo nunca se separa de la humanidad de Jesucristo, de cuya divinidad procede. Mas como dice a sus discípulos respecto del mismo Espíritu Santo: "Con vosotros permanecerá" (Jn 14,17), ¿cómo es que permanece sobre Jesucristo como una figura especial? Esto lo comprenderemos más rápido si conocemos los dones del Espíritu Santo. Porque Este permanece siempre en sus escogidos por medio de sus dones: la mansedumbre, la humildad, la fe, la esperanza y la caridad, sin los cuales no puede llegarse a la vida eterna. Mas en aquellos en quienes a través de la manifestación del Espíritu no se guarda nuestra vida, sino que se va detrás de otros asuntos, no siempre permanece, sino que algunas veces deja de manifestar sus signos para que sus virtudes sean tomadas con mayor humildad. Mas Jesucristo siempre le tuvo presente en todas las ocasiones.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 16

Y para que no se crea que Jesucristo necesitó que viniese el Espíritu Santo, como nos sucede a nosotros, destruye también esta sospecha, dando a conocer que la venida del Espíritu Santo únicamente tiene por objeto la manifestación de Jesucristo. Por esto

sigue: "Y yo no le conocía; mas Aquél que me envió a bautizar con agua, me dijo: sobre Aquél que tú vieres descender el Espíritu Santo, y reposar sobre El, Este es, etc.".

San Agustín, in Ioannem, tract. 5

¿Y quién envió a San Juan? Si decimos que el Padre, no mentimos, lo mismo que si decimos que el Hijo. Pero es mejor decir que el Padre y el Hijo. ¿Y cómo decía entonces que no conocía a Aquél que le había enviado? Y si aún no conocía a Aquél por quien quiso ser bautizado, dijo temerariamente: "Yo debo ser bautizado por ti". Por tanto lo conocía. ¿Y entonces por qué dice: "yo no le conocía"?

Crisóstomo, ut sup

Pero cuando dice: "no le conocía", se refiere a un tiempo anterior y no al tiempo que estaba cerca del bautismo cuando no quería bautizarle, diciendo: "Yo debo ser bautizado por ti".

San Agustín, in Ioannem, tract. 4, 5 et 6, sparsim

Léanse los otros evangelistas, que dijeron esto con más claridad, y encontraremos terminantemente que bajó la paloma cuando el Salvador salía del bautismo. Por tanto, si la paloma bajó después del bautismo y antes de él dijo San Juan al Señor: "Yo debo ser bautizado por ti", entonces le conocía antes del bautismo. Y ¿cómo dice ahora: "yo no le conocía, mas Aquél que me envió a bautizar me dijo: sobre Aquél que tú vieres descender el Espíritu", etc.? ¿Oyó San Juan esto para conocer a aquél a quien no conocía? Había conocido, en verdad, que el Señor era el Hijo de Dios, y él sabía que El bautizaba en el Espíritu Santo. Y antes de que Jesucristo viniese al río, estando muchos alrededor de San Juan, les dijo: "El que ha de venir en pos de mí es mayor que yo: El os bautizará en Espíritu Santo y en fuego". Pero qué, ¿no conocía que el poder de bautizar lo tenía el Señor y que se lo habría de retener? (No fuera que San Pablo o San Pedro dijese: mi bautismo, como encontramos que dijo San Pablo: mi Evangelio.) Pero igualmente se trataba de conceder, a los buenos y a los malos, la administración de este sacramento. ¿Qué daño te puede hacer un mal ministro, cuando el Señor es bueno? He aquí que fue bautizado por Juan, pero ¿acaso no podría haber sido bautizado por un homicida? Pues San Juan dio su bautismo, pero homicidas han dado el bautismo de Cristo, cuyo sacramento es tan santo que no puede mancharse aun cuando sea administrado por un homicida. Pudo también el Señor (si hubiera querido) conceder su potestad a algún siervo suyo para que hiciera sus veces, de tal modo que le diese igual eficacia a la facultad de bautizar delegada al siervo, que no se distinguiese del administrado por el mismo Señor. Pero no quiso esto, para que en El se conservase la esperanza de los bautizados, que debían conocer por quién eran bautizados. Y no quiso poner esta esperanza de un siervo en otro siervo. Y si hubiese concedido este poder a sus siervos, habría tantos bautismos cuantos siervos. Y así como se ha dicho: el bautismo de San Juan, así se diría también: el de Pedro o el de Pablo. Mas por esta potestad, que sólo se reservó Jesucristo, se conserva la unidad de la Iglesia, de la que se ha dicho: "Mi paloma es una sola" (Ct 6,8). Puede también suceder, que alguno tenga un bautismo distinto del de la paloma, pero no puede aprovechar a nadie otro más que el de la paloma.

Crisóstomo, ut sup

Y como el Padre dejó oír su voz dando a conocer al Hijo, vino el Espíritu Santo emitiendo su voz sobre la cabeza de Jesucristo, no fuese que alguno de los presentes creyese que se hablaba de San Juan lo que se decía de Jesucristo. Pero dirá alguno: ¿Y cómo no creyeron los judíos si vieron al Espíritu Santo? Porque estos portentos no requieren únicamente ser vistos con los ojos de la carne, sino que además deben contemplarse con los ojos del alma. Porque si vieron que hacía tantos milagros, y se mantenían como ebrios por la envidia diciendo lo contrario de lo que veían, ¿cómo hubiesen dejado y abandonado su incredulidad por sólo la venida o la aparición del Espíritu Santo? Pero algunos dicen que no todos vieron al Espíritu Santo sino únicamente San Juan y aquellos que estaban mejor dispuestos. Pero aunque era posible ver, con los ojos de la carne, bajar al Espíritu Santo en forma de paloma, no fue necesario que esto lo vieran todos. Porque el profeta Zacarías vio muchas cosas, en figura sensible. Lo mismo Daniel y Ezequiel. Además Moisés vio también muchas cosas que ninguno de los que estaban con él había visto. Por esto añade San Juan: "Y yo lo oí, y di testimonio que Este es el Hijo de Dios". Lo había llamado Cordero y había dicho que debía bautizar en Espíritu, pero nunca le había llamado Hijo antes de este momento.

San Agustín, in Ioannem, tract. 7

Convenía, pues, que bautizase Aquél que es el Hijo Unigénito de Dios y no es adoptado. Los hijos adoptados ejercen de ministros para con el Hijo Unico. De aquí que el Unico tiene potestad; los adoptados tienen ministerio.

El día siguiente, otra vez estaba Juan y dos de sus discípulos: Y mirando a Jesús que pasaba, dijo: "He aquí el Cordero de Dios". (vv. 35-36)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 17

Y como muchos no se fijaban en lo que San Juan decía desde el principio, les llama la atención por segunda vez y por esto dice: "El día siguiente, otra vez estaba Juan y dos de sus discípulos".

Beda

San Juan estaba verdaderamente parado porque había subido a la cumbre de las virtudes, de donde no podría ser derribado por ninguna excitación de la maldad. Y estaban con él dos de sus discípulos, porque seguían sus doctrinas con una resolución invariable.

Crisóstomo, ut sup

¿Y por qué razón no recorría el Bautista toda Judea y predicaba al Salvador por todas partes, sino que estaba sólo cerca del río esperando que el Salvador viniese, para darlo a conocer cuando hubiese llegado? Porque quería que esto se evidenciara por los milagros (de Jesucristo). Véase también de qué modo sirvió esto de mayor edificación, porque envió una pequeña chispa y la llama se levantó en seguida hasta lo alto. Si hubiese dicho esto peregrinando, hubiese parecido que sucedían todas estas cosas por algún plan humano, y su alabanza hubiera sido sospechosa. Por lo que todos los profetas y los apóstoles hablaron de Jesucristo estando ausente, pero Este en su presencia según la carne; mas los otros hablaron de El después de su Ascensión. Y para que se vea que no sólo manifestaba a Jesús con la voz, sino que también lo designaba con los ojos, añade: "Y mirando a Jesús que pasaba, dijo: he aquí el Cordero de Dios".

Teofilacto

Dijo mirando, como para expresar con los ojos la alegría y el asombro que experimentaba por la presencia de Jesucristo.

San Agustín, in Ioannem, tract. 7

San Juan era amigo del Esposo. No buscaba su gloria, sino que daba testimonio de la verdad. Por esto no quiso que sus discípulos se quedasen con él, sino que siguiesen al Señor. Y esto lo demostró manifestando a quién debían seguir, diciendo: "He aquí el Cordero de Dios".

Crisóstomo, ut sup

No quiso hablar mucho, porque sólo deseaba una cosa: atraer a sus discípulos y unirlos con Jesucristo. Mas sabía que respecto de otras cosas no necesitaban de su testimonio. Y no habla San Juan a sus discípulos de estas cosas en particular, sino que habla con todos y públicamente, para que así, decidiéndose por seguir a Jesucristo en virtud de aquella indicación de carácter común, permaneciesen firmes respecto de lo demás, no sólo por el servicio de Jesucristo, a quien seguían, sino por su propia utilidad. Y no hace su sermón en tono de súplica, sino que únicamente le admira cuando está

adelante y les habla de la preparación para la que él había sido enviado, y del modo de prepararse. Y "el Cordero" designa lo uno y lo otro, y dice “el cordero” añadiéndole el artículo, para demostrar su excelencia.

San Agustín, in Ioannem, tract. 7

Aquí se habla del único Cordero sin pecado; no de aquel que ha sido lavado de manchas, sino del que ha estado exento de ella. Se habla aquí en singular del Cordero de Dios, porque únicamente con su sangre podrían ser redimidos los hombres. Este es el Cordero a quien temen los lobos y que después de muerto mató al león

Beda, hom 1 inter hiemales de sanctis

Se llama también Cordero porque previó que había de dejarnos espontáneamente el donativo de su lana (con la que pudiésemos hacer nuestro vestido nupcial). Esto es, los ejemplos para vivir bien, con los que deberíamos abrasarnos en su amor.

Alcuino

Hablando en sentido místico, San Juan está en pie. Cesa la Ley y viene Jesús, esto es, la gracia del Evangelio, de quien la misma Ley da testimonio. Jesús andaba reuniendo sus discípulos.

Beda, hom in vig S.Andreae

El acto de andar de Jesús representa la gracia de su Encarnación, por medio de la cual se dignó venir a nosotros y darnos ejemplo para que vivamos bien.

Y lo oyeron hablar dos de sus discípulos, y siguieron a Jesús. Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: "¿Qué buscáis?" Ellos le dijeron: "¿Rabbí (que quiere decir Maestro) en dónde moras?" Les dijo: "Venid y vedlo". Ellos fueron y vieron en donde moraba, y se quedaron con El aquel día: era entonces como la hora de las diez. Y Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos, que habían oído decir esto a Juan y que habían seguido a Jesús. (vv. 37-40)

Alcuino

Habiendo San Juan dado testimonio de que Jesús era el Cordero de Dios, los discípulos que primero estaban con San Juan, cumpliendo el mandato de su maestro, siguieron a Jesús. Por esto dice: "Y le oyeron hablar dos de sus discípulos, y siguieron a Jesús".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 17

Considérese que cuando dijo: "Viniendo después de mí, es anterior a mí", y "como no soy digno de desatar la correa de su calzado", nadie le comprendió. Mas cuando habló de sus gracias y se dirigió a lo más humilde, diciendo: "He aquí el Cordero de Dios", entonces le siguieron los discípulos, porque muchos no son arrastrados cuando se dice algo grande y elevado de Dios, como cuando oyen algo bueno y humano que contribuya a la salvación de los hombres. Debe tenerse en cuenta también que San Juan dice: "He aquí el Cordero de Dios", y Jesucristo nada contesta, porque como Esposo está presente en silencio. Y otros le traen la esposa, poniéndola bajo su potestad, de la que, ya recibida, dispone de tal modo que ella no se acuerda ni aun de los que la desposaron. Y así, cuando Jesucristo viene a unirse con su Iglesia, nada dice, sino que únicamente se le acerca su amigo Juan. Puso su mano derecha sobre la esposa, poniendo bajo su dominio las almas de los hombres por medio de su predicación, a los cuales dispuso de tal modo después de haberle recibido que ya no volvieron más a San Juan. Pero debe observarse también que así como en las bodas no es la esposa la que busca al esposo, sino el esposo quien viene a buscarla lleno de alegría (aun cuando sea el hijo del rey que toma por esposa a una vil esclava), así sucede aquí; la naturaleza humana no ascendió al cielo, sino que el Hijo de Dios bajó hasta ella y la llevó a la casa paterna. Y más adelante había también otros discípulos de San Juan que no sólo no le seguían, sino que estaban dispuestos a suscitar celos contra Jesucristo, porque envidiaban su gloria. Mas los que eran mejores en cuanto le vieron le siguieron, no menospreciando al primer maestro sino persuadidos por él, quien les ofrecía que Jesucristo los bautizaría en el Espíritu Santo. Y véase que la elección que hacían los discípulos iba acompañada de cierto recelo. Por esta razón, cuando se acercaron a Jesús no le preguntaron acerca de las cosas necesarias y más elevadas, ni en público, sino que le preguntaron en privado. Por esto sigue: "Y volviéndose Jesús y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis?" Por donde se nos da a entender que cuando nosotros queremos emprender una buena vida, Dios entonces nos

presenta muchas ocasiones para nuestra salvación. Y pregunta, no para saber, sino para inspirarles familiaridad en su pregunta y mayor confianza, a fin de que ellos se consideren dignos de escuchar sus enseñanzas.

Teofilacto

Véase cómo el Señor vuelve su rostro a los que le siguen, y los mira. Porque si no se le sigue por medio de alguna buena acción, nunca podremos llegar a ver su rostro ni entrar en su casa.

Alcuino

Luego aquellos discípulos seguían detrás de Jesucristo para verle, y no pudieron ver el rostro del Señor. Por cuya razón se volvió hacia ellos. Y como descendiendo de su majestad dejó que sus discípulos pudiesen contemplar su sagrada presencia.

Orígenes

Sin duda después del sexto testimonio San Juan no en vano dejó de contestarles (o de darles testimonio). Y Jesús, como séptimo testimonio, les dice: "¿Qué buscáis?"

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 17, sparsim

Pero ellos no sólo manifestaron su amor a Jesucristo siguiéndole, sino hasta en el modo de preguntarle. Por esto sigue: "Ellos le dijeron, Rabbí (que quiere decir Maestro), ¿en dónde moras?" Cuando todavía no habían aprendido nada de El, ya le llaman Maestro, considerándose así como discípulos y manifestando la causa por la que le siguen.

Orígenes

Estas palabras, que reconocen a Jesucristo como Doctor por el testimonio de Juan y las circunstancias que le acompañaron, explican que los discípulos desean el trato del Hijo de Dios.

Alcuino

Y no quieren gozar del magisterio de una manera transitoria, sino que le preguntan dónde habita, para que en adelante puedan oír sus palabras aparte, visitarle muchas veces e instruirse mucho mejor. En sentido espiritual quieren saber en dónde habita Jesucristo, para que con el ejemplo de sus virtudes puedan presentarse dignos de que habite en ellos. O el ver que Jesús marcha y preguntar en seguida en dónde ha de parar, nos da a conocer que cuando nos acordamos de su Encarnación, debemos rogarle con solicitud que nos muestre la mansión de la eterna felicidad. Por lo cual, al ver Jesús que le piden bien, les patentiza libremente el convencimiento de sus designios. Por esto sigue: "Y les dice venid y vedlo", como diciendo: no puedo explicar mi morada con palabras, pero os la enseñaré con obras; venid, pues, creyendo y obrando, y ved entendiendo.

Orígenes

Y cuando les dice: venid, les invita a que obren. Y cuando les dice ved, les invita a la contemplación.

Crisóstomo, ut sup

Mas Jesucristo no les da señales de su casa, ni les designa lugar alguno, sino que

únicamente los atrae para que le sigan, manifestándoles que ya los ha aceptado. Y no dijo: ahora no es tiempo, mañana sabréis si algo queréis aprender; sino que los trata como amigos familiares, como si hubiesen vivido con El largo tiempo. ¿Y cómo es que San Mateo y San Lucas dicen: "El Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza" (Mt 8,20), y Este dice: Venid y ved dónde vivo? Cuando dijo que no tenía dónde reclinar su cabeza dio a entender que no tenía casa propia y no que carecía de domicilio. Sigue, pues: "Ellos fueron, vieron en dónde moraba, y se quedaron con El aquel día". No añade el Evangelista con qué fin se quedaron, porque desde luego se comprende que fue para oír su doctrina.

San Agustín, ut sup

¡Qué hermoso día pasaron! ¡Qué hermosa noche! Edifiquemos asimismo nosotros en nuestro corazón, y hagamos una casa digna, adonde venga el Señor y nos instruya.

Teofilacto

No en vano el Evangelista hace notar el tiempo en que esto sucedió, cuando añade: "Era entonces como la hora de las diez", para dar a conocer, tanto a los maestros como a los discípulos, que la enseñanza no debe dilatarse a causa del tiempo.

Crisóstomo, ut sup

Demostraban, pues, gran deseo de aprender, porque no se separaron de El aunque vieron que el sol llegaba a su ocaso. Pero sucede a muchos que viven esclavos de la carne que creen que después de comer no se tiene aptitud ni aun para lo más necesario, porque el cuerpo se entorpece con las comidas. Pero San Juan, de quien éstos eran discípulos, no se encontraba en este caso, porque vivía en mayor sobriedad por la tarde que nosotros por la mañana.

San Agustín, ut sup

Este número de la hora simboliza la Ley, que ha sido dada en diez preceptos. Porque había venido el tiempo en que debía cumplirse la Ley por amor, ya que los judíos no habían podido cumplirla ni aun por temor. Así el Señor en la hora décima fue llamado Rabbí, si bien no es Maestro de la Ley, aunque verdadero legislador.

Prosigue: "Y Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído decir esto a Juan, y habían seguido a Jesús".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 17

¿Y por qué no citó el nombre del otro? Algunos dicen: porque el que escribe era el otro de los que le seguían. Y otros aseguran que el otro discípulo no era persona de importancia. ¿Y qué utilidad sacaremos de conocer el nombre del otro? Tampoco el Evangelista hizo mención de los nombres de los setenta y dos discípulos.

Alcuino

Quizá los dos discípulos que siguieron a Jesús fueron Andrés y Felipe.

Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: "Hemos hallado al Mesías", que quiere decir el Cristo. Y le llevó a Jesús. Y Jesús le miró y dijo: "Tú eres Simón, hijo de Juan: tú serás llamado Cefas", que se interpreta Pedro. (vv. 41-42)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 18 et 19

Lo que Andrés aprendió de Jesús, no lo retuvo para sí, sino que lleno de alegría corrió inmediatamente a contar a su hermano el bien que había recibido. Por esto sigue: "Este halló primeramente a su hermano Simón y le dijo: hemos encontrado al Mesías, que quiere decir el Cristo".

Beda, in hom 1 de sanct. temp. hiem

Esto en verdad quiere decir encontrar al Señor, encenderse en su amor y cuidar también de la salvación de sus hermanos.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 18

Y en realidad no había dicho el Evangelista lo que Jesucristo dijo a los que le siguieron. Pero puede deducirse por lo que aquí se dice: lo que dijo Andrés lo compendia en pocas palabras, porque le manifiesta la virtud del maestro, que les había persuadido y el deseo que primero ellos a su vez habían demostrado. Vemos, pues, que estas palabras expresan al mismo tiempo la aplicación del que padece por la ausencia, y la alegría después que aparece lo que se esperaba.

San Agustín, in Ioannem, tract.7

La palabra Mesías en hebreo, y Cristo en griego, en castellano significa "ungido". Crisma es la unción y Jesús fue ungido de una manera especial. Así es que todos los cristianos somos ungidos, según lo que se dice en el Salmo: "Te ungió el Señor tu Dios, con el óleo de la alegría, sobre todos tus compañeros" (Sal 44). Y en verdad todos los santos son sus compañeros, pero Aquél es santo de un modo singular, y fue ungido de una manera particular.

Crisóstomo, ut sup

Por esto no dijo sencillamente Mesías, sino con artículo: el mesías. Obsérvese también cuánta era la obediencia de San Pedro desde un principio que inmediatamente y sin tardanza corrió a ver al Salvador. Por esto sigue: "Y le llevó a Jesús". No se le reprenda ni critique de ligereza porque sin detenerse a reflexionar creyó en seguida lo que se le había dicho. Es muy probable y fácil de creer que su hermano se lo contaría todo con más pormenores y detenimiento. Pero los evangelistas pasan muchas cosas en silencio en atención a la brevedad. Por otra parte, no se ha dicho que simplemente asintió, sino que lo llevó a Jesús para que lo oyese todo. Y el mismo Señor empezó a enseñarle lo que afectaba a la divinidad, y poco a poco le explicaba todas las cosas por medio de los vaticinios, como también todas las señales que daban las profecías. Y esto es lo que es especialmente obra propia de Dios, y lo que no pueden imitar ni aun los mismos demonios. En los milagros puede haber alguna fantasía o alguna apariencia de

verdad, mas el predecir lo futuro con toda certeza únicamente es propio de Aquél cuya naturaleza es incorruptible. Por esto sigue: "Y Jesús lo miró, y le dijo: tú eres Simón, hijo de Joná: tú serás llamado Cephas, que se interpreta Pedro".

Beda, hom. in vig. S.Andreae

Le miró, no sólo con los ojos exteriores sino con la mirada interior de la divinidad, viendo la sencillez de su corazón y la elevación de su alma, en razón de cuyas prendas merecía el primer lugar en toda su Iglesia. Y no debemos buscar en la palabra Pedro otra interpretación, ni en hebreo, ni en sirio, porque lo mismo significa en griego y en latín Pedro, que Cephas en sirio, y en una y otra lengua esta palabra se deriva de piedra. Y se le llama Pedro por la firmeza de su fe con la cual se adhirió a aquella piedra de quien dice el Apóstol: "Mas la piedra era Cristo" (1Cor 10,4), que robustece contra las asechanzas de sus enemigos los que esperan en El, y les concede abundancia de bienes espirituales.

San Agustín, in Ioannem, tract. 7

Nada de particular tiene que el Señor dijese de quién era hijo. Conocía los nombres de todos sus santos, a quienes había predestinado desde la constitución del mundo. Lo que sí es grande es que le cambiase el nombre y de Simón lo hiciera Pedro. Pedro viene de la palabra piedra. Piedra es la Iglesia; luego la Iglesia está representada en el nombre de Pedro. ¿Y quién está seguro de su obra sino el que edifica sobre piedra? Y más abajo el Señor despierta tu atención. Y si se hubiese llamado Pedro desde antes no verías el misterio de la piedra, y creerías que por casualidad él se llamaba así y no por disposición de la divina providencia. Cuando quiso que antes se llamase de otro modo, fue para que se conociese la fuerza del misterio por el mismo a cambio del nombre.

Crisóstomo, ut sup

También le cambió el nombre para manifestar que El fue el que ordenó el Antiguo Testamento, dio y cambió los nombres llamando a Abram, Abraham; a Serai, Sara; y a Jacob, Israel. Luego impuso a muchos el nombre desde su nacimiento, como a Isaac, Sansón y otros. A otros los designó con distinto nombre del que le pusieron sus padres, como aquí a Pedro y a los hijos del Zebedeo. Porque aquellos cuya virtud debía brillar desde el principio, desde luego recibieron su nombre. Pero aquellos a quienes después se les debía aumentar, se les puso el nombre después.

San Agustín, De cons. Evang. 3, 17

Y no puede considerarse como pequeña la contradicción de que antes de que Jesús fuese a Galilea desde junto al Jordán, sólo por el testimonio del Bautista le siguieron dos, uno de los cuales era Andrés, el cual trajo a su hermano Simón, siendo entonces cuando recibió el nombre, esto es que se llamase Pedro; mientras que dicen los otros Evangelistas que los encontró pescando en Galilea, y los llamó al apostolado. Pero no debe entenderse que Jesús no los hubiese visto junto al Jordán, y ya se hubiesen unido a El para siempre, sino únicamente que conocieron quién era, y después de admirarle se volvieron a sus propias faenas. Y no se crea que San Pedro recibió el nombre cuando el Señor le dijo: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (Mt 16,18), sino cuando se recuerda que le dijo: "tú te llamarás Cephas, que significa Pedro".

Alcuino

No le puso en seguida el nombre, sino que ya designa el que después se le habría de imponer, cuando le dijo Jesús: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia". Cuando Jesús iba a cambiarle el nombre, quiso demostrar también cuál era el nombre que había recibido de sus padres, porque su significación no carece de misterio. Simón quiere decir obediente, Joanna quiere decir gracias, y Joná, paloma, como diciendo: tú eres obediente e hijo de la gracia, o hijo de la paloma, esto es, del Espíritu Santo. Porque habías recibido la humildad del Espíritu Santo, para que desearas verme en cuanto Andrés te llamase. Y no desdeñó, siendo mayor, seguir al menor, porque no hay razón de edad cuando hay mérito de fe.

El día siguiente quiso ir a Galilea, y halló a Felipe. Y Jesús le dijo: "Sígueme". Era Felipe de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe halló a Natanael, y le dijo: "Hallado hemos a aquel de quien escribió Moisés en la Ley, y los profetas; a Jesús, el hijo de José el de Nazaret". Y Nathanael le dijo: "¿De Nazaret puede haber cosa buena?" Felipe le dijo: "Ven y velo". (vv. 43-46)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 19

Después de que Jesucristo recibió a estos discípulos, fue a buscar a otros, esto es, a Felipe y a Natanael. Por esto dice: "El día siguiente quiso ir a Galilea".

Alcuino

Esto es, desde Judea, donde estaba bautizando San Juan, guardando el debido honor al Bautista, para que no se creyese que su magisterio sufría detrimento cuando aun tenía razón de ser. Y como había de llamar otro discípulo para que le siguiese, quiso ir a Galilea. Viaje o cambio realizado, porque El mismo adelantaba en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y delante de los hombres. Y como padeció y resucitó y entró en su gloria, así quiso manifestar que también los que le siguiesen debían salir y adelantar en las virtudes, y pasar por medio de los sufrimientos a los goces. Por esto sigue: "Y encontró a Felipe, y le dijo Jesús: Sígueme". Sigue a Jesús el que le imita en la humildad y en los tormentos, y así se hace compañero suyo en la resurrección y en la ascensión.

Crisóstomo, ut sup

Y véase cómo no llamó a nadie hasta que hubo quien se le ofreciera. Porque si los hubiese atraído sin que ninguno de sus discípulos se hubiese ofrecido espontáneamente, quizá hubiesen retrocedido. Pero ahora, cuando ellos ya eligieron seguir al Señor por sí mismos, ya permanecieron firmes respecto de lo demás. Llama a Felipe, porque ya le era conocido, puesto que se había criado en Galilea. Pero ¿por qué Felipe siguió a Jesucristo? Porque San Andrés había oído hablar de El al Bautista, San Pedro a San Andrés, mas éste no había oído hablar de El a nadie. Unicamente cuando Jesucristo le dijo: "Sígueme", inmediatamente obedeció. Es muy conveniente decir que San Felipe ya había oído al Bautista y ya había determinado seguir a Jesucristo. O también que la palabra de Jesucristo produjo en él este mismo efecto.

Teofilacto

La palabra de Jesucristo no se dejaba oír sencillamente, sino que inflamaba los corazones de los fieles en su amor. Y como quiera que el conocimiento de Jesucristo ya estaba en el corazón de Felipe, que leía con atención los libros de Moisés y esperaba a Jesucristo, es por esto que creyó en El en cuanto lo vio. Además de que ya había aprendido algo de lo que había oído a San Andrés y a San Pedro, de quienes era paisano, a lo que parece que alude el Evangelista cuando añade: "Era Felipe de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro".

Crisóstomo, ut sup

También el Señor manifestó aquí su poder, sacando fruto de la tierra que no lo producía, porque de Galilea no había nacido profeta alguno. Y allí eligió a los más insignes de sus discípulos.

Alcuino

Betsaida quiere decir también albergue de los cazadores, con cuyo nombre quiso el Evangelista manifestar los pensamientos que animaban entonces a Felipe, Pedro y Andrés, y qué oficios habrían de tener en adelante para poder coger almas y llevarlas a la vida eterna.

Crisóstomo, ut sup

No sólo fue escogido Felipe por Jesucristo, sino que sirvió de anuncio para otros. Por esto sigue: "Felipe halló a Nathanael, y le dijo: hemos encontrado a Jesús, de quien escribió Moisés en la Ley", etc. Véase cómo tenía su alma solícita, y constantemente meditaba en los libros de Moisés, y esperaba la venida de Jesucristo. Y, en realidad, que Jesucristo debía venir lo conocía de antemano. Pero que aquél fuese el Cristo lo ignoraba el apóstol. Por esto dijo Felipe: "Aquél de quien escribieron Moisés y los profetas". Y hacía más digna de crédito su predicación, persuadiendo al que le oía que tenía en cuenta la Ley y los profetas, y que pesaba bien todas las razones con verdad, como el mismo Jesucristo dice. Y que no llame la atención que se añada que era hijo de José, porque se consideraba como hijo suyo.

San Agustín, in Ioannem, tract. 7

Esto es, con quien estaba desposada su Madre, aunque para todos los cristianos que conocen bien el Evangelio es bien sabido que Jesús había sido concebido y había nacido siendo su Madre virgen. Añade también el lugar: "el de Nazaret".

Teofilacto

No porque había nacido, sino porque había sido criado allí. Su generación era ignorada de muchos, pero no lo era el que había sido criado en Nazaret. Prosigue: "Y Nathanael le dijo: ¿De Nazaret puede haber cosa buena?"

San Agustín, ut sup

La palabra de San Felipe que viene a continuación puede considerarse sujeta a dos pronunciaciones distintas. O bien puede pronunciarse con el tono de proposición confirmativa, como diciendo: De Nazaret puede haber cosa buena, y él le dice: "Ven y velo". O bien como dudando y preguntándolo todo: "¿De Nazaret puede haber cosa buena? Ven, y velo". Y como no se oponen estas palabras a las que siguen, ya se pronuncien de una manera, ya de otra, debemos investigar qué es lo mejor que debemos entender en estas palabras. Pues Natanael, que estaba muy versado en la Ley, habiendo oído a Felipe que decía: hemos encontrado a Jesús, cuando oyó: "de Nazaret", se llenó de esperanza, y dijo: "De Nazaret puede haber cosa buena". Había examinado las Sagradas Escrituras y sabía que de allí debía proceder el Salvador, lo que no conocían bien los otros escribas y fariseos.

Alcuino

Porque había de ser santo de una manera especial, inocente y sin mancha, Aquél de

quien dijo el profeta: "Saldrá la vara de la raíz de Jesé" (Is 11,1); y había de ser nazareno, esto es, flor que nacerá de su raíz. También puede pronunciarse este versículo en sentido interrogativo.

Crisóstomo, ut sup

Natanael sabía por las Escrituras que Jesús debía proceder de Belén, según aquellas palabras de Miqueas: "Y tú, Belén, tierra de Judá, de ti saldrá el rey que rija a mi pueblo de Israel" (Miq 5,1-3). Y cuando oyó "de Nazaret", dudó, no encontrando conformidad entre el aserto de Felipe y el anuncio del profeta. Mas los profetas le habían llamado "Nazareno", refiriéndose a su educación y a su trato. Véase también cómo manifiesta su prudencia y su bondad, porque no dijo: Felipe, me engañas; sino que pregunta, diciendo: "¿De Nazaret puede haber cosa buena?" Mas San Felipe también fue prudente, porque no se incomodó por la pregunta, sino que insistió, queriendo llevar a aquel hombre delante de Jesucristo. Por esto sigue: "Felipe le dijo: ven, y velo". Lo lleva a Jesús, sabiendo que no le dará más la contra si oye sus palabras y sus enseñanzas.

Vio Jesús a Nathanael, que venía a buscarle, y dijo de él: "He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño". Nathanael le dijo: "¿De dónde me conoces?" Respondió Jesús, y le dijo: "Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi". Nathanael le respondió, y dijo: "Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel". Jesús respondió, y le dijo: "Porque te dije que te vi debajo de la higuera, crees: mayores cosas que estas verás". Y le dijo: "En verdad, en verdad os digo que veréis el cielo abierto y los ángeles de Dios subir y descender sobre el Hijo del hombre". (vv. 47-51)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 19

Natanael, al no dar crédito a que el Cristo procediese de Nazaret, demostró el respeto y celo que le inspiraban las Sagradas Escrituras. Y al no rechazar la afirmación del que se lo había anunciado, demostró el gran deseo que tenía de ver a Jesucristo, sabiendo que Felipe podía haberse equivocado respecto del lugar. Por esto sigue: "Vio Jesús a Nathanael que venía a buscarle, y dijo de él: he aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño". No convenía reprenderle, aun cuando había pronunciado palabras de duda. Había examinado los profetas más que Felipe y por esto dice: "Verdadero israelita, en quien no hay engaño", porque no decía cosa alguna para adular ni para excitar el odio.

San Agustín, in Ioannem, tract. 7

¿Qué significa en el cual no hay engaño? ¿Acaso no tenía pecado, o no necesitaba del médico? De ningún modo; ninguno ha nacido en una condición que no necesite de aquel médico. Mas se dice que hay engaño cuando se hace lo contrario de lo que se aparenta. Pues ¿cómo no había engaño en él? Así sucede con el pecador que confiesa serlo; pero si es pecador y se presenta como justo, hay engaño en su boca. Mas de Natanael no dijo que no era pecador sino que alabó la confesión de su pecado.

Teofilacto

Pero Natanael, a pesar de haber sido alabado, no tuvo fe en seguida, sino que esperó aún, queriendo conocer las cosas con más evidencia y consulta. Por eso continúa: "Natanael le dijo: ¿De dónde me conoces?"

Crisóstomo, ut sup

El pregunta como hombre, y Jesús le responde como Dios. Prosigue: "Respondió Jesús, y le dijo: antes que Felipe te llamase, te vi". No le había visto como hombre sino como Dios, conociéndole perfectamente. Dijo: te vi, esto es, vi tus costumbres. Le dice también: "Cuando estabas debajo de la higuera", porque entonces nadie se encontraba allí sino únicamente Felipe y Natanael. Y por esto se dice que, cuando lo vio a lo lejos, dijo: "He aquí un verdadero israelita", para que se comprenda que antes de que Felipe se acercase, había dicho Jesús estas palabras para que no hubiese sospecha alguna acerca del testimonio de Jesucristo. Mas Jesús no quiso decir: "no soy de Nazaret como te ha

dicho Felipe, sino de Belén", para evitar toda sombra de contradicción. Y ni aun así hubiese demostrado suficientemente que El era el Cristo aunque lo demuestra claramente por el hecho de estar presente cuando ellos departían debajo de la higuera.

San Agustín, ut sup

Debemos inquirir también lo que significa el árbol de la higuera. Sabemos que la higuera fue maldecida porque sólo tenía hojas y carecía de fruto. En el principio del mundo, cuando pecaron Adán y Eva, se cubrieron con hojas de este árbol. Por lo tanto las hojas de la higuera representan el pecado. Estaba Natanael debajo de la higuera, como a la sombra de la muerte. Como si el Señor le dijera: ¡Oh Israel, que vives sin engaño! ¡Oh pueblo, que vives de la fe! Antes que yo te llamase por medio de mis apóstoles, y cuando estabas debajo de la muerte, cuando tú no me veías, yo te vi.

San Gregorio, Moralium, 18, 20

O de otro modo; cuando estabas debajo de la higuera, te vi; esto es, te elegí cuando estabas a la sombra de la Ley.

San Agustín, De verb. Dom., serm. 40

Se acordó Natanael de que había estado bajo la sombra de la higuera, donde no estaba presente Jesús de un modo material sino por conocimiento espiritual. Mas como sabía que estaba solo bajo la higuera conoció en aquello la divinidad.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 19

Y por estos conceptos, y porque había adivinado lo que tenía en la inteligencia y cómo -cuando parecía que hablaba contra El- no le culpó, sino que le alabó, conoció que era Cristo verdadero. Por esto sigue: "Nathanael le respondió y dijo: Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel". Como diciendo: Tú eres el esperado, Tú eres el buscado. Porque había recibido una contestación irrecusable confesó que Jesús era el Cristo, manifestando cuidado en la demora anterior, y devoción en la confesión posterior.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 20

Muchos de los que leen esto se encuentran desconcertados, porque San Pedro, que confesó a Jesús como Hijo de Dios después de sus milagros y de su predicación, es bendecido por haber recibido del Padre aquella revelación. Pero Natanael, que había dicho esto antes de los milagros y de la predicación, nada mereció. La causa de ello consiste en que aun cuando San Pedro y Natanael dicen lo mismo, no lo dicen con la misma intención, porque San Pedro confesó en verdad que el Hijo de Dios era verdadero Dios. Pero éste lo confiesa únicamente como hombre. Porque diciéndole: "Tú eres el Hijo de Dios", añadió: "Tú eres el Rey de Israel". Y el Hijo de Dios no es únicamente el Rey de Israel sino de todo el universo. Y esto también se deduce de lo que sigue. Porque Jesucristo nada añadió después a San Pedro, sino sólo que, habiendo encontrado perfecta su fe, habría de levantar su Iglesia sobre aquella confesión. Mas a Natanael, cuya confesión había sido deficiente en la mayor parte, se le promete la visión de mayores cosas, al decir: "Porque te dije que te vi debajo de la higuera, crees; mas aún verás cosas mayores", como si dijera: Te ha parecido maravilloso el que la realidad responda a lo que yo he dicho, y de aquí el haberme confesado como Rey de Israel. ¿Y qué dirás cuando

veas cosas mayores? Y qué serán estas cosas mayores, lo manifiesta cuando añade: "Y les dijo: en verdad os digo, que veréis el cielo abierto, y los ángeles de Dios subir y descender sobre el Hijo del hombre". Véase cómo lo eleva poco a poco de las cosas de la tierra y le hace que no crea únicamente que Jesucristo es sólo hombre. Aquél a quien los ángeles sirven, ¿cómo puede ser un puro hombre? Y por esto da a conocer que El es el dueño de los ángeles, puesto que habían de bajar sobre el propio hijo del Rey, y habían de subir a Dios, como ministros suyos. Y en efecto, así aconteció en el tiempo de su pasión, que bajaron, y en el de su resurrección y ascensión, que subieron. Pero antes de esto, también le sirvieron cuando le ayudaban, y cuando anunciaban su nacimiento. Probó lo futuro por medio de lo pasado, y por ello sucede que al conocer su poderío por lo pasado, se acepta con más facilidad lo que El predecía para lo futuro.

San Agustín, De verb. Dom., serm. 40

Recordemos la historia antigua y veremos que Jacob vio en sueños una escala que desde la tierra llegaba hasta el cielo. Y el Señor descansaba sobre ella, y los ángeles subían y bajaban por ella (Gen 28). Después el mismo Jacob, como comprendió lo que había visto, puso una piedra y derramó aceite sobre ella. Y cuando Jacob ungió la piedra, ¿incurrió en idolatría? Prefiguró, no adoró. Conocéis el crisma, pues conoced también a Jesucristo. Esta es la piedra que han despreciado los arquitectos. Por lo tanto, si Jacob vio la escala y si fue llamado Israel (Gen 32), y este Natanael era israelita, por esto el Señor le aludió muy oportunamente al sueño de Jacob, como diciendo: Te he llamado por el nombre de aquél cuyo sueño tú ves realizado. Verás, por lo tanto, abierto el cielo, y que los ángeles de Dios suben y bajan sobre el Hijo del hombre. Y si bajan sobre el Hijo del hombre y suben a Dios, es porque Este reside arriba y Aquél abajo; arriba en su esencia y abajo entre los suyos.

San Agustín, in Ioannem, tract. 7

Los ángeles de Dios son los buenos predicadores, porque predican a Jesucristo. Esto es, suben y bajan sobre el Hijo del hombre, como San Pablo, que subió hasta el tercer cielo, y bajó a alimentar a los pequeños con la leche de su predicación. Por esto dijo: "Mayores cosas que estas verás". Porque es mucho más el que el Señor nos justifique cuando nos llama que el habernos visto sentados a la sombra de la muerte. ¿De qué nos hubiera aprovechado si nos hubiésemos quedado donde nos vio? Mas alguno se pregunta: ¿por qué Natanael, a quien tan considerable testimonio dio el Hijo de Dios, no se encuentra entre los doce Apóstoles? Debemos comprender que él era instruido y muy versado en la Ley. Por eso no quiso el Señor colocarlo entre sus discípulos; los eligió ignorantes para confundir al mundo. Y queriendo humillar las cabezas de los soberbios, no buscó oradores, sino pescadores, porque del pescador sacó el que había de mandar. El gran Cipriano (de Cartago) fue orador, pero primero había existido Pedro el pescador, por quien habían de creer no solamente el orador, sino también el emperador.

CAPÍTULO 2

Y de allí a tres días se celebraron unas bodas en Caná de Galilea: y estaba allí también la madre de Jesús. Fue también convidado Jesús y sus discípulos a las bodas. Y llegando a faltar vino, la madre de Jesús le dice: "No tienen vino". Y Jesús le dijo: "Mujer, ¿qué nos da a mí ni a ti? Aún no es llegada mi hora". (vv. 1-4)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 20

Como el Señor era conocido en Galilea, lo invitaron a unas bodas. Por esto sigue: "De allí a tres días se celebraron unas bodas en Caná de Galilea".

Alcuino

Caná es un pueblecito de la provincia de Galilea.

Crisóstomo, ut sup

Llaman al Señor a las bodas, no como persona distinguida, sino como uno de muchos, y sencillamente porque era conocido. Para expresar esto, el Evangelista dice: "Y estaba la madre de Jesús allí". Y así como habían llamado a la Madre, llamaron también al Hijo. Por esto sigue: "Y fue también convidado Jesús y sus discípulos a las bodas, y acudió". Esto no afectaba a su dignidad, sino que sucedía en beneficio nuestro; porque Aquél que no desdeñó de tomar la forma de siervo, tampoco desdeñó el venir a las bodas de sus siervos.

San Agustín, De verb. Dom., serm. 41

Avergüéncese, por tanto, el hombre, de ser soberbio, porque Dios se humilló. Considera aquí cómo entre otras cosas el Hijo de la Virgen vino a las bodas, siendo así que cuando estaba con el Padre instituyó el matrimonio.

Beda, hom dom. 1 post. Epiph

Se dignó el Señor venir a las bodas (según está escrito), para confirmar la fe de los que creen bien. Además manifiesta cuán perjudicial sea la malicia de Taciano y Marción, y de otros que condenan el matrimonio. Si hubiese culpa en el matrimonio, celebrado con la debida castidad, y sombra de pecado en la santidad del lecho nupcial, de ninguna manera hubiese concurrido el Señor a las bodas; ahora bien, así como es buena la castidad conyugal, mejor es la continencia de los viudos, y óptima la perfección virginal. Se dignó nacer de las entrañas inmaculadas de la Virgen María, para demostrar la excelencia relativa de todos los grados, y distinguir el mérito de cada uno; fue bendecido a poco de nacer, por la palabra profética de la viuda Ana; fue convidado cuando ya era joven por los que celebraban sus bodas, y honró éstas con la presencia de su santidad.

San Agustín, in Ioannem, tract. 8

¿Qué de extraño tiene que fuera a aquella casa donde se celebraban las bodas, Aquél que vino al mundo a celebrar las suyas? Porque tiene aquí a su Esposa, a quien redimió con su sangre, a quien concedió como obsequio el Espíritu Santo, y a la que se unió desde el vientre de la Virgen; porque en realidad el Verbo es el Esposo, y la carne

humana es la Esposa. Y así el Hijo de Dios es las dos cosas, y a la vez el Hijo del hombre. Aquellas entrañas de la Virgen María son su lecho, de donde salió como sale el esposo de su lecho (Sal 18,6).

Beda

No carece de misterio, cuando se dice que las bodas se celebraron en el tercer día. Aparece el primer tiempo del mundo, antes de la Ley, por el ejemplo de los Patriarcas. El segundo, bajo el dominio de la Ley, por medio de los escritos de los profetas. Y el tercer tiempo de la gracia brilló (como la luz del tercer día) por las predicaciones de los evangelistas, y en el cual fue cuando el Señor apareció vestido de nuestra carne. Además, como se dice que estas bodas se celebraron en Caná de Galilea (esto es, en el celo de la trasmigración), se demuestra en sentido figurado que son muy dignos de la gracia de Jesucristo aquéllos que, distinguiéndose por el fervor de su piedad, pasan de los vicios a las virtudes, y saben que emigran de las cosas de la tierra a las del cielo. Estando ya recostado el Señor en las bodas, faltó el vino, con el objeto de que se manifestase la gloria de Dios, oculta bajo la forma humana, por medio del vino de mejor condición. Por esto sigue: "Y llegando a faltar el vino, la Madre de Jesús le dice: No tienen vino".

Crisóstomo, ut sup

Es digno de notarse cómo vino a la imaginación de la Madre haber concebido un concepto tan elevado de su Hijo, siendo así que hasta entonces ningún milagro había hecho. Prosigue: "Esto sirvió de principio a los milagros de Jesucristo, etc." Pero ya había empezado a revelarse tal como era por medio de San Juan, y por las palabras que decía a sus discípulos. Además, antes de todo esto, su concepción y cuanto siguió a su nacimiento habían hecho concebir grande estimación respecto de aquel Niño. Por esto dice San Lucas: "María conservaba todas estas palabras, examinándolas en su corazón" (Lc 2,19). Esta es la causa por la cual ya antes no le había incitado a que hiciese milagro alguno, mas ya había llegado el tiempo de su manifestación, y hasta entonces había hablado como uno de muchos, por lo que no presumía su madre deberle decir tal cosa. Y como oyó que Juan daba testimonio de El, y como ya tenía discípulos, ruega con confianza al Señor respecto de esto mismo.

Alcuino

Representa también en este caso a la sinagoga, que invita al Salvador a que haga milagros; porque era costumbre entre los judíos el pedir milagros.

Prosigue: Y Jesús le dijo: "Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo?"

San Agustín, in Ioannem, tract. 8, sparsim

Algunos, contrariando el Evangelio, y diciendo que Jesús no nació de la Virgen María, se esfuerzan en sacar de aquí un argumento para confirmar un error, y dicen: ¿Cómo puede creerse que era su madre, aquélla a quien dijo: "Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo?" Pero ¿quién refiere, para que le demos crédito, que el Señor dijo esas palabras? Pues el mismo Evangelista San Juan, que poco antes había dicho: "Y estaba allí la madre de Jesús". ¿Y por qué esto, sino porque una y otra cosa son verdad? ¿O es que Jesús vino a las bodas para enseñar a despreciar a las madres?

Crisóstomo

Pero que respetaba mucho a su madre, lo refiere San Lucas cuando manifiesta que Jesús vivía sometido a sus padres; porque cuando los padres no prohiben lo que agrada a Dios, hay obligación de obedecerles. Mas cuando fuera del tiempo oportuno pretenden algo, o tratan de separarnos de las cosas espirituales, no es seguro el obedecerles.

San Agustín, De Symbolo, 2, 4

Para distinguir entre Dios y el hombre (porque en cuanto a hombre, era menor y estaba sujeto, y en cuanto a Dios, estaba por encima de todos), dijo: "Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo?"

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 20 et 21

Y además por otra causa; para que no se hiciesen sospechosos sus milagros -pues no convenía que los pidiese su Madre, sino aquéllos que los necesitaban-, quiso mostrar que todo debía ser hecho en tiempo oportuno, no haciéndolos todos a la vez, porque resultaría cierta confusión. Por lo cual sigue: "Aun no es llegada la hora", esto es, todavía no soy conocido por los que están aquí presentes, ni saben que falta vino; deja, pues, que lo sepan primero. Porque el que no tiene necesidad no agradece el beneficio.

San Agustín, ut sup

Procurad, no obstante, no incurrir en el error de los maniqueos, que buscaban motivo a sus pérfidos designios en las mismas palabras del Señor, que dice: "¿Qué hay de común entre nosotros dos, mujer?" Y aquí los matemáticos hallan pretexto para sus sofismas, cuando Cristo dijo: "Aun no es llegada mi hora". Ved aquí, dicen, que Cristo estaba sujeto a la fatalidad, cuando dice: "No ha llegado mi hora". Pero deben más bien creer a Dios, que también dice: "Tengo poder para deponer mi alma, y volver a tomarla de nuevo" (Jn 10,18). Y busquen la verdadera explicación de por qué se dijo: "Aun no es llegada mi hora", para que no pongan al Creador del cielo bajo los caprichos del hado. Porque si el hado dependiera de los astros, no podría estar sometido a los astros el Creador de los astros. A esto debe agregarse que no sólo no estuvo Jesucristo bajo el poder de lo que ellos denominan hado, pero ni tú ni nadie. ¿Por qué, pues, dijo: "Aun no es llegada mi hora"? Porque estaba en su mano el tiempo en que había de morir, pero aún no le parecía tiempo oportuno para usar de tal poder. Habían de ser llamados primeramente los discípulos; se había de anunciar el reino de los cielos; se habían de ostentar los prodigios de su misión, para fundamentar en milagros la divinidad del Señor, y recomendarse la humildad en la misma sumisión a las leyes de nuestra mortalidad. Cuando todo esto se hizo de manera que las pruebas fuesen irrecusables, entonces fue la hora, no de la necesidad, sino de manifestar su voluntad; no de la condición, sino de su poder.

Dijo la madre de El a los que servían: "Haced cuanto os dijere". Y había allí seis hidrias de piedra, conforme a la purificación de los judíos, y cabían en cada una dos o tres cántaros. Y Jesús les dijo: "Llenad las hidrias de agua": y las llenaron hasta arriba. Y Jesús les dijo: "Sacad ahora y llevad al maestresala". Y le llevaron. Y luego que gustó el maestresala el agua hecha vino, y no sabía de dónde era, aunque los que servían lo sabían porque habían sacado el agua, llamó al esposo el maestresala y le dijo: "Todo hombre sirve primero el buen vino; y después que han bebido bien, entonces da el que no es tan bueno; mas tú guardaste el buen vino hasta ahora". Este fue el primer milagro que hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y creyeron en El sus discípulos. (vv. 5-11)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 21

Aunque había dicho "no es llegada mi hora", al fin hizo lo que su Madre le había pedido. Y así prueba suficientemente que no estaba sujeto a horas. Pues si lo hubiese estado, ¿cómo hizo esto cuando aun no había llegado la hora debida? Además, por honra de su madre, a quien no creía oportuno contradecir, ni quería avergonzar delante de todos; pues ésta le había traído a los que servían para que la petición se hiciese por muchos. Por esto sigue: "Dijo la madre de El a los que servían: Haced cuanto El os dijere".

Beda

Como diciendo: Aunque parece que se niega, lo hará sin embargo. La madre sabía, pues, que era bueno y caritativo. Prosigue: "Y había allí seis hidrias de piedra", etcétera. Se llaman hidrias a unos cántaros a propósito para llevar agua, del griego que significa agua.

Alcuino

Los vasos que tenían para llevar agua con el fin de que se purificasen los judíos eran los que tradicionalmente empleaban los fariseos, que también tenían esta costumbre, y que con frecuencia se lavaban.

Crisóstomo, ut sup

Mas como Palestina era escasa de agua, y ésta no se encontraba en muchos sitios por haber pocas fuentes y pozos, llenaban las hidrias de agua para no tener que volver muchas veces, porque en cuanto se manchaban tenían cerca el medio de purificarse. Y para que los infieles no sospechasen que de los restos que habían quedado en el fondo de los vasos, después de haber introducido el agua, hizo aquel vino tan exquisito, por eso dice el Evangelista: "Conforme a la purificación de los judíos"; manifestando que aquellas hidrias nunca habían estado destinadas a contener vino.

San Agustín, in Ioannem, tract. 9

Con la palabra metretas significa ciertas medidas, como si dijera urnas o cántaros, o

algo por el estilo; la palabra medida en griego es metron; de aquí el que se llamen metretas.

Beda

Y cuando dice las palabras "dos o tres", no quiere decir que en unas urnas cupiesen tres y en otras dos medidas, sino que todas ellas servían indiferentemente para dos o para tres medidas.

Prosigue: "Jesús les dijo: Llenad las hidrias de agua. Y las llenaron hasta arriba".

Crisóstomo, ut sup

Pero ¿por qué no hizo el milagro antes que las hidrias fuesen llenas de agua? Porque hubiese sido mucho más admirable si hubiese sacado aquella sustancia de la nada y hubiese brillado mucho más el milagro, toda vez que allí no hubo otra cosa que el cambio de una esencia en otra. Esto, en verdad, hubiera sido más prodigioso; pero muchos, en cambio, no lo hubiesen creído. Por esta razón se abstiene muchas veces de hacer milagros estupendos, queriendo hacer más creíble lo que hacía, y con esto destruía las malas doctrinas. Y como hay algunos que dicen que hay otro Creador del mundo, El hace muchos milagros con las sustancias que le están sometidas; pues si el que ha creado el mundo fuera contrario al Salvador, éste no se valdría de medios ajenos para probar su propia virtud. Pero no las llenó El mismo de agua y mostró después el vino, sino que mandó a los que servían para que fuesen testigos de lo que acontecía. Por esto sigue: "Y Jesús les dijo: Sacad ahora, y llevad al maestresala".

Alcuino

La palabra Architriclino quiere decir jefe del triclinio, y triclinio quiere decir una fila de tres asientos, esto es, el primero de los convidados, que, según se acostumbraba antiguamente, se recostaba en el primer lugar. Alguno entiende por architriclino a alguno de los sacerdotes de los judíos, que podía asistir a las bodas para que instruyese a los esposos acerca de éstas.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 25

Otros creen que, como los convidados podían estar embriagados, era fácil que creyesen que se habían trastornado las cosas, y que no supieran si era agua o vino lo que bebían; mas aquellos a quienes estaba confiado el cuidado de los que asistían al convite, vigilaban mucho para que nada faltase y todo estuviese a punto y en orden. Por lo tanto, en testimonio de lo que sucedía, dijo el Señor: "Llevad al maestresala", porque era quien tenía el cuidado. Y no dijo: servid a los convidados.

San Hilario, De Trin., 1, 3

He aquí que se echó agua en las hidrias y de ellas se sacó vino, que se vaciaba en las copas. Así sucede que la opinión de los que echaron el agua difiere de la opinión de los que bebían. Los que las llenaron creían que saldría agua, mas los que las vaciaban veían que salía vino. Por esto sigue: "Y luego que gustó el maestresala el agua hecha vino, y no sabía de dónde era (pero los que servían sabían muy bien que habían echado agua), llamó al esposo el maestresala". Y en ello no hubo mezcla, sino creación; faltó la sencillez del agua, y apareció el sabor del vino. No acontece que por la mezcla de un líquido de

inferior calidad se obtiene otro superior, sino que realmente desaparece lo que era y aparece lo que no existía.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 21

El Señor quería que sus milagros fuesen conocidos poco a poco, y por lo tanto ni El revelaba lo que había hecho, ni el maestresala llamó a los sirvientes (porque no se les hubiera creído, si ellos hubiesen dado tal testimonio de alguien a quien se consideraba un mero hombre), sino que llama al esposo, que era quien podía haber visto lo que había sucedido. Y Jesucristo no hizo vino sencillamente, sino un vino exquisito. Por esto sigue: "Y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino", etc. Tales son los milagros de Jesucristo, que todo lo que hace es mucho más útil y hermoso que lo que se hace por la naturaleza. Por lo tanto, tuvo por testigos a los sirvientes, de que en realidad era agua lo que se había convertido en vino, y de que el vino era bueno, al maestresala y al esposo. Y es probable que el esposo respondería, pero el Evangelio nada dice de esto, ocupándose únicamente de lo que era necesario saber; esto es, que el agua se había convertido en vino. Por lo que añade en seguida: "Este fue el primer milagro que hizo Jesús en Caná de Galilea".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 22

Entonces era necesario hacer milagros, porque los discípulos ya estaban reunidos y atentos, fijándose en todas las cosas que sucedían claramente. Mas si alguno dijese que esto no era razón suficiente sobre que era el principio de los milagros -porque el Evangelista añadió "En Caná de Galilea", como significando que ya se habían hecho primero en otra parte-, diremos lo que ya antes hemos advertido: que dijo San Juan haber él venido a bautizar para darlo a conocer en Israel (Jn 1,31). Y si hubiera hecho milagros en su niñez, los israelitas no hubieran necesitado de otro que se lo manifestase. Y el que en poco tiempo brilló tanto por sus muchos milagros, que su nombre fue conocido de todos, mucho más lo hubiera sido si hubiera hecho milagros desde sus primeros años, porque los milagros que se hubiesen hecho por El siendo niño, hubieran sido más portentosos por proceder de un infante, y había además más tiempo para que se extendieran. Muy convenientemente no empezó a hacer milagros en la primera edad, porque hubiesen creído que la Encarnación era sólo aparente, y lo hubieran crucificado antes del tiempo oportuno, acosados por la envidia.

San Agustín, in Ioannem, tract. 9

Este milagro del Señor, por el que convirtió el agua en vino, no llama la atención a los que conocen que es Dios el que lo hace; el mismo que hizo el vino en las hidrias es el que todos los años lo está haciendo en las viñas. Pero esto, por suceder siempre, ya no causa admiración. Y así el Señor se reservó el hacer ciertas cosas que no suceden con frecuencia, para excitar la admiración de los hombres que duermen e inducirlos a la adoración que le deben. Por lo que sigue: "Y manifestó su gloria".

Alcuino

El es el Rey de la gloria, quien transforma también los elementos como Señor de ellos.

Crisóstomo, ut sup

Y esto en cuanto a su poder. Y si entonces no lo conocieron muchos, sin embargo, después todos habían de oír hablar del milagro. Por esto sigue: "Y creyeron en El sus discípulos". Estos debían creer con más facilidad y atender diligentemente a todo lo que hacía.

San Agustín, De cons evang. 2, 17

Mas si entonces creyeron en El, todavía no eran discípulos suyos cuando fueron convidados a las bodas. Mas se dijo así, de a la misma manera que solemos decir que el apóstol San Pablo nació en Tarso de Cilicia, pues cuando nació aún no era apóstol. A semejanza de esto, cuando oímos decir que los discípulos del Señor fueron convidados a las bodas, debemos entender que no eran discípulos aún, sino que lo serían con el tiempo.

San Agustín, ut sup

Véanse los misterios que se encierran en estos milagros del Señor. Convenía que se cumpliese en Jesucristo lo que se había escrito acerca de El. Aquélla era agua, pero del agua hizo vino cuando les iluminó sus inteligencias y les explicó las Escrituras. Así tuvo sabor lo que no lo tenía, y embriagó lo que no embriagaba.

Beda

Cuando el Señor apareció en carne mortal, la suavidad del conocimiento de la Ley, parecida al vino, poco a poco empezó a corromperse por la interpretación material que le daban los fariseos, alejándose de su primitiva virtud.

San Agustín, ut sup

Si hubiese mandado quitar el agua y hubiese introducido vino, puesto que conoce los secretos de la creación humana, hubiese parecido que desaprobaba las antiguas Escrituras. Mas como convirtió el agua en vino, nos dio a conocer que la Escritura antigua le pertenecía, porque en virtud de su mandato se llenaron las hidrias. Mas aquella Escritura no tiene sabor, si no se comprende en ella a Jesucristo. Sabemos también que la Ley data desde los primeros tiempos, esto es desde el principio del mundo, desde donde hasta nuestros días se cuentan seis edades: la primera data desde Adán hasta Noé; la segunda, desde Noé hasta Abraham; la tercera, desde Abraham hasta David; la cuarta, desde David hasta la trasmigración de Babilonia; la quinta, hasta el Bautista (San Juan Bautista), y la sexta desde aquí hasta el fin del mundo. Aquellas seis hidrias representan estas seis edades, en las cuales nunca faltó alguna profecía. Y cuando se cumplieron las profecías se llenaron las hidrias. Y ¿qué representa aquello de que cabían dos o tres cántaros? Si solamente hubiese dicho que cabían tres, nuestra imaginación no hubiese creído otra cosa sino que se refería al misterio de la Trinidad. Pero ni aun así debemos separarnos de esta idea, porque dijo dos o tres, en atención a que una vez nombrado el Padre y el Hijo, debe entenderse, como consecuencia, el Espíritu Santo. Conviene, por lo tanto, entender, el amor del Padre y del Hijo (que es el Espíritu Santo). Pero también puede entenderse otra cosa; por dos metretas se entienden las dos clases de hombres; esto es, los judíos y los griegos. Y por tres, los tres hijos de Noé.

Alcuino

Los servidores son los doctores del Nuevo Testamento que explican las Escrituras a otros en sentido espiritual. El maestresala es algún doctor de la Ley, como Nicodemo, Gamaliel o Saulo. Cuando se confió a éstos la predicación del Evangelio, que se ocultaba en la letra de la Ley, representaban al maestresala, a quien se le daba a gustar el vino hecho del agua. Y en la casa de las bodas había tres clases de hombres recostados, como en la Iglesia hay tres clases de fieles, a saber: casados, continentes y doctores. Pero el Señor reservó el vino exquisito para el final; esto es, el Evangelio, que llegó en la sexta edad.

Después de esto se fue a Cafarnaúm El y su madre, sus hermanos y sus discípulos; y estuvieron allí no muchos días. Y estaba cerca la Pascua de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén. (vv. 12-13)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 22

Como el Señor había de subir a Jerusalén poco tiempo después, marchó a Cafarnaúm para que sus hermanos y su Madre no le sigan a todas partes. Por esto dice: "Después de esto se fue a Cafarnaúm El y su madre y sus hermanos y sus discípulos, y estuvieron allí no muchos días".

San Agustín, in Ioannem, tract.10

Tal es nuestro Dios y Señor, excelso para hacernos, humilde para regenerarnos; mientras anda entre los hombres, sufre las debilidades humanas y esconde su divinidad. He aquí que tiene Madre, parientes y discípulos. Y los hermanos proceden de donde procede la madre, porque la Sagrada Escritura suele llamar hermanos, no sólo a los que nacen de una misma madre o de un mismo padre, sino de una misma familia, como sucede con los primos y los sobrinos. ¿De dónde pudo el Señor tener hermanos? María no alumbró más que una vez. ¿Cómo creer otra cosa, si en ella empezó la dignidad de las vírgenes? Abraham era tío paterno de Lot (Gn 12), y Jacob tuvo por tío materno a Labán, de Siria (Gn 28), y sin embargo se llamaban hermanos (Gn 13).

Alcuino

Por lo tanto, se llaman aquí hermanos del Señor los parientes de María o de José, pero no los hijos de José ni de María, porque no sólo la Santísima Virgen, sino también José, testigo de su castidad, permanecieron siempre en la abstinencia de toda acción conyugal.

San Agustín, De cons evang. 2, 17

En cuanto a lo que dice "y sus discípulos", no sabemos si ya se le habían incorporado San Pedro y San Andrés y los hijos del Zebedeo. San Mateo refiere en primer lugar su residencia en Cafarnaúm, y después, que llamó a aquéllos cuando estaban pescando. Pero tal vez San Mateo dijo más adelante lo que había pasado en silencio, porque lo dijo sin gran diferencia de tiempo: cuando andaba por las orillas del mar de Galilea vio a dos hermanos (Mt 4,18). ¿O más bien fueron otros discípulos? Pues la Escritura evangélica y apostólica no llamó únicamente discípulos del Señor a aquellos doce, sino también a todos los que, creyendo en El, eran instruidos en su magisterio respecto de las cosas celestiales.

San Agustín, De cons evang. 2, 18

Y además debe inquirirse, por qué se dice en este lugar: "Antes que San Juan Bautista fuese llevado a la cárcel, el Señor se retiró a Galilea", cuando las palabras de Mateo son éstas: "Habiendo oído que Juan había sido puesto preso, se retiró a Galilea" (Mt 4,12). Y de un modo semejante se expresa San Marcos. San Lucas no dice nada de la prisión de Juan, sino que después del bautismo y de la tentación de Cristo, dice que

Este se retiró a Galilea, como ya dijeron aquellos dos. Por esto se comprende que los tres Evangelistas no referían lo contrario de lo que decía San Juan el Evangelista, sino que pasaron en silencio su primera venida a Galilea después que fue bautizado, y mencionan la que hizo cuando hubo convertido el agua en vino.

San Eusebio, Eccles. Hist. 3, 24

Cuando llegó a conocimiento de San Juan lo que habían escrito los otros Evangelistas, se dice que aprobó la fe y la verdad de cuanto habían dicho, pero que vio que faltaban algunas cosas, especialmente las que el Señor había hecho en los primeros días de su predicación. Y es cierto también que en los otros tres evangelistas sólo parece que se contiene lo que se hizo en el año en que San Juan Bautista estuvo en la cárcel, o sea, cuando fue degollado. Y por lo tanto, se dice que, rogado el apóstol San Juan para que escribiese lo que aquéllos habían pasado en silencio antes de la prisión de San Juan, escribió lo que hizo el Salvador en este tiempo. Si se examina con cuidado se encontrará que los Evangelios no se contradicen, sino que lo escrito por San Juan se refiere a lo que sucedió en un tiempo, y lo escrito por los demás a lo sucedido en otra época.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 22

Y entonces, en verdad, no hizo aquel milagro en Cafarnaúm, porque los que habitaban aquella ciudad no eran muy afectos a Jesucristo, sino que estaban muy corrompidos; por esto fue allá y estuvo poco tiempo, para honrar de este modo a su Madre.

Beda, super his verbis

Además, no estuvieron allí muchos días, porque la fiesta de la Pascua se aproximaba. Por esto sigue: "Y estaba cerca la Pascua de los judíos".

Orígenes, in Ioannem, tom. 10

¿Y qué se propone al añadir de los judíos? No que la solemnidad de la Pascua se celebrara en algún otro pueblo. Acaso quería manifestar la diferencia que hay entre la Pascua de los hombres, esto es, la de aquéllos que no la celebran conforme a la voluntad o propósito de la Sagrada Escritura, y la Pascua divina o verdadera, que se verifica en espíritu y en verdad. Y para distinguir la divina, dice: de los judíos.

Prosigue: "Y subió a Jerusalén".

Alcuino

Leemos dos veces en el Evangelio que Jesús subió a Jerusalén: una en el primer año de su predicación, cuando San Juan no había aún sido llevado a la cárcel; de esta subida es de la que se habla aquí. Y otra en el año en que padeció. El Señor nos dio ejemplo respecto del gran cuidado que debemos tener acerca del cumplimiento de los preceptos divinos. Porque si el mismo Hijo de Dios cumplía los preceptos de la Ley, dictada por sí mismo, celebrando las solemnidades con los demás hombres, ¿con cuánto cuidado no deben prepararse y celebrar con buenas obras estas mismas solemnidades, aquellos que únicamente son siervos de Dios?

Orígenes, ut sup

En sentido espiritual puede decirse que cuando se celebraron las bodas en Caná de

Galilea, bajó el Salvador con su Madre, con sus parientes y con sus discípulos, a Cafarnaúm, que quiere decir campo del consuelo. Convenía, después de la alegría que produjo el vino, que el Salvador viniese al campo del consuelo con su Madre y con sus discípulos, para consolar a los que recibían su doctrina y al alma de la que le había concebido por obra del Espíritu Santo y ayudarles con la esperanza de sus frutos y la riqueza de sus mieses. Porque hay algunos, en verdad, que dan fruto, a quienes el Señor desciende realmente en unión de los ministros y los discípulos de su divina palabra, favoreciéndoles en presencia de su Madre, o también con su auxilio. Parece también que los que son llevados a Cafarnaúm no disfrutan de la presencia constante de Jesús, porque aquella luz que se desprende de sus muchas enseñanzas, no la puede percibir el campo pequeño de la consolación inferior, puesto que es capaz de poco.

Alcuino

Cafarnaúm es también una villa hermosísima que representa al mundo, al que bajó el Verbo del Padre.

Beda

No permaneció muchos días el Señor allí, porque no vivió mucho tiempo en este mundo con los hombres.

Orígenes, ut sup

Es Jerusalén la ciudad de un gran Rey, como dice el mismo Salvador, a la que ninguno de los que permanecen en la tierra sube ni entra. Pero cualquier alma que llega a conseguir la perfección espiritual y el conocimiento perfecto de los misterios comprensibles, es habitante de esta ciudad, a la que se dice que subió únicamente Jesús. Parece que los discípulos debieron estar después presentes, porque recuerdan aquel dicho de Jesús: "El celo de tu casa me comió". Pero Jesús ascendió en cada uno de sus discípulos.

Y halló en el templo vendiendo bueyes y ovejas y palomas, y a los cambistas sentados. Y haciendo de cuerdas como un azote, los echó a todos del templo, y las ovejas y los bueyes, y arrojó por tierra el dinero de los cambistas, y derribó las mesas. Y dijo a los que vendían palomas: "Quitad esto de aquí, y la casa de mi Padre no la hagáis casa de tráfico". Y se acordaron los discípulos que está escrito: El celo de tu casa me comió. (vv. 14-17)

Beda, super Mat 21, 12

Cuando el Señor vino a Jerusalén, se dirigió en seguida al templo a orar, dándonos ejemplo de que cuando lleguemos a algún punto donde hay un templo de Dios, debemos dirigirnos lo primero a él y hacer oración. Por esto dice: "Y encontró en el templo vendiendo bueyes, ovejas y palomas".

San Agustín, in Ioannem, tract.10

Se concedió a aquel pueblo el ofrecimiento de estos sacrificios por ser muy carnal, con el fin de que no se dedicase al culto de los ídolos; por esto sacrificaban bueyes, ovejas y palomas.

Beda, ut sup

Y como algunos venían de muy lejos y no podían traer consigo lo que habían de ofrecer, lo obtenían allí por dinero. Por lo que los escribas y los fariseos ordenaron en cierta época que hubiese esta clase de animales en el templo, para que los que viniesen comprasen y los ofreciesen, y después vendían a otros lo que antes ya se había ofrecido, y así obtenían una inmensa ganancia. Con este fin había cambistas que estaban en sus mesas facilitando los contratos entre los compradores y vendedores de víctimas con su dinero; por esto dice: "Y a los cambistas sentados". Mas el Señor, no queriendo que en su casa hubiese negociaciones terrenas, ni aun las que parecían honestas, arrojó fuera a todos los negociantes.

San Agustín, ut sup

Y Aquél que sería más adelante azotado por los judíos, los azotó antes. Por esto sigue: "Y haciendo de cuerdas una especie de látigo, los echó a todos del templo", etc.

Teofilacto

Y no sólo echó a los que vendían y compraban, sino también lo que a éstos pertenecía. Por esto sigue: "Y las ovejas y los bueyes, y arrojó por tierra el dinero de los cambistas", esto es, las mesas de cambio que eran como depósitos de dinero.

Orígenes, ut sup

Consideremos también, no nos parezca cosa enorme, que el Hijo de Dios preparó una especie de látigo de las cuerdas que había recogido para arrojar del templo. Para explicar esto, nos queda una poderosa razón. El divino poder de Jesús, cuando quería podía contrarrestar la furia de sus enemigos, aun cuando fuesen muchos, y apagar el fuego de sus maquinaciones. Porque el Señor disipa las determinaciones de las gentes y reprueba los pensamientos de los pueblos (Sal 132,10). La historia presente nos

demuestra que no tuvo un poder menos fuerte para esto que para hacer milagros; además, que es mayor este hecho que el milagro de haber convertido el agua en vino, porque allí había una materia inanimada, pero aquí se desbaratan los tráficos de muchos miles de hombres.

San Agustín, De Cons evang, 2, 67

Se sabe que esto no lo hizo el Señor una sola vez, sino en repetidas ocasiones. Pero San Juan sólo refiere este hecho concreto, y los otros tres evangelistas hablan de su repetición.

Orígenes, ut sup

Y San Juan dice aquí que arrojó a los que vendían en el templo, y San Mateo dice que arrojó a los que vendían y compraban. Mas el número de los que compraban era mayor que el de los que vendían, cuya expulsión debía ser difícil para el que se consideraba como el hijo de un carpintero. Pero por disposición divina, todos estaban sometidos a su dominio, como se ha dicho.

Beda

En esta lección se revela la doble naturaleza de Cristo: la humana, en cuanto le acompaña su Madre; y la divina, en cuanto se demuestra que es verdadero Hijo de Dios. Y prosigue: "Y dijo a los que vendían palomas: quitad esto de aquí, y no hagáis la casa de mi Padre casa de tráfico".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 22

Llama Padre a Dios, y no se ofenden porque creían que decía esto por sencillez; pero como después lo dijo con más claridad, y dejaba conocer la igualdad, se enfurecieron contra El. Y San Mateo dice (Mt 21,13) que cuando los arrojaba les increpaba diciéndoles: "No queráis hacer mi casa cueva de ladrones". Hizo esto cuando se aproximaba su pasión, y por eso usaba de palabras más duras. Mas lo que ahora dice San Juan sucedió al principio de su predicación, y por eso no usa de términos duros, sino suaves.

San Agustín, ut sup

Aquel templo no era otra cosa más que una figura, y el Señor arrojó a todos los que venían allí a traficar. ¿Y qué es lo que allí vendían? Lo que los hombres necesitaban para los sacrificios de aquellos tiempos. ¿Qué hubiera dicho si allí hubiera encontrado borrachos? Si no debe hacerse negociación ninguna en la casa del Señor, ¿deberá hacerse casa de bebidas?

Crisóstomo, ut sup

¿Pero qué fin se propuso el Salvador al obrar con tanta vehemencia? El que había de curar en día sábado y había de hacer muchas cosas que parecían contrarias a la Ley, hizo esto, aunque con peligro, para no aparecer como enemigo de Dios, dando a entender que aquél que en los peligros se expone por el honor que se debe a la casa de Dios, no menosprecia al Señor de ella, y por lo tanto, para demostrar su conformidad con Dios, no dijo "la casa santa", sino "la casa de mi Padre". Y por esto añade también el Evangelista: "Y se acordaron sus discípulos que está escrito: el celo de tu casa me

comió".

Beda, ut sup

Mas sus discípulos, viendo en el Salvador este celo ardentísimo, se acordaron de que el Salvador había arrojado a los impíos del templo por el celo que tenía por la casa de su Padre.

Alcuino

El celo, cuando se toma en buen sentido, es cierto fervor del alma en que ésta se enciende, prescindiendo de todo respeto humano, por la defensa de la verdad.

San Agustín, ut sup

Es comido también por el celo de la casa de Dios aquél que se esfuerza por enmendar todo lo malo que en ella encuentra, y si no puede enmendarlo, lo tolera, pero se aflige. Por lo tanto, si te esfuerzas porque en tu casa nada malo se haga, en la casa de Dios, donde se encuentra la salvación, ¿deberás tolerar, en lo que de ti dependa, si algo malo encuentras? Si es un amigo, se le advierte con prudencia; si es tu mujer, repréndela con severidad; haz todo lo que puedas y según sea la persona que tengas a tu cargo.

Alcuino

El Señor entra todos los días en su Iglesia espiritualmente y allí atiende cómo se porta cada cual. Evitemos, pues, en la Iglesia las conversaciones, las risas, los odios y las ambiciones, no sea que viniendo el Señor cuando menos se le espera, nos arroje de su Iglesia a latigazos.

Orígenes, in Ioannem, tom. 11

Es posible además que Jerusalén cayera por su delito, o que se extraviasen mucho los más capaces e ingeniosos, que si no se convirtieron después de su pecado, perdieron la capacidad y la fuerza de su ingenio. Encuentra en el templo, esto es, en las funciones religiosas o en la enunciación de la predicación eclesiástica, o a algunos que convierten la casa de su Padre en casa de negociación; a los que exponen a la venta sus bueyes, que conviene guardar para el arado, no sea que al retroceder ya no puedan ser aptos para el reino de Dios; y también a aquéllos que prefieren el dinero de la iniquidad a las ovejas de quienes obtienen lo necesario para su vestido. Y hay, por último, también algunos que menosprecian la candidez de las palomas por su mal desempeño en la vida privada. Cuando el Señor encuentra a estos tales en su santa casa, hace como un azote de varios cordeles, y los hace huir con las ovejas que tienen a la venta, y esparce todas sus ganancias, como indignas de ser conservadas en la casa de Dios. También arranca las tablas colocadas en las almas de los avaros, y manda que no se vuelva a vender palomas en la casa de Dios. Y yo creo que estableció esto como ejemplo, en confirmación de lo que antes había dicho en secreto, con el fin de que en ello comprendamos que si algo debe hacerse respecto de aquella oblación sagrada que hacen los sacerdotes, no deben hacerse fijando la atención únicamente en el rito de las cosas sensibles, ni se debe observar la Ley en sentido material, como lo hacían los judíos. Porque arrojando Jesús fuera los bueyes y las ovejas; mandando echar fuera las palomas, que eran las que se ofrecían en mayor número, según la costumbre de los judíos, y tirando por tierra las

mesas de los cambiadores materiales, no de una manera terminante, sino de un modo figurado, se refiere a las divinas impresiones que experimentan los que obran bien, esto es, aquellas cosas que parecían buenas según lo que está escrito en la Ley; por último, usando del azote contra la plebe, se refería a aquellas cosas que deben disolverse o desterrarse, una vez trasladado su reino a los gentiles que creyeron en El.

San Agustín, ut sup

Los que venden en la Iglesia son los que buscan lo que les agrada y no lo que le agrada a Jesucristo, haciéndolo todo vendible, porque quieren ser pagados. Simón Mago quiso comprar la gracia del Espíritu Santo, porque se proponía venderla. Era de aquellos que vendían palomas, porque el Espíritu Santo apareció en forma de paloma; pero la paloma no se vende, se da gratis, porque se llama gracia.

Beda

Venden también palomas los que dan la gracia recibida del Espíritu Santo, no gratis, como está mandado, sino por premio, y los que conceden la imposición de las manos, en la que va representada la gracia del Espíritu Santo, aun cuando no lo hagan para ganar dinero, sin embargo lo hacen para captarse el favor de la plebe; venden también palomas, del mismo modo que aquéllos que conceden las sagradas órdenes no por el mérito de la vida, sino por dispensar el favor.

San Agustín, ut sup

Se entienden por bueyes los apóstoles y los profetas que nos prepararon las Sagradas Escrituras. Y aquellos que engañan a los pueblos, de quienes esperan recibir honores con estas mismas Escrituras, venden los bueyes y venden las ovejas, esto es, a los mismos pueblos. ¿Y a quién los venden sino al diablo? Todo lo que se separa de la única Iglesia, ¿quién lo recibe sino el león rugiente que por todas partes ronda, buscando a quien devorar, según dice San Pedro? (1Pe 5,8).

Beda

Las ovejas son también todas las obras buenas y piadosas. Venden, pues, ovejas todos aquellos que dan sus limosnas al templo en calidad de préstamo, o hacen buenas obras para ganarse el afecto humano y éstos son todos aquellos que sirven a la Iglesia manifiestamente sólo por miramientos humanos. Y hacen también casa de negociación la casa del Señor, no sólo todos aquéllos que ejercen las sagradas órdenes por dinero, por alabanza o por honor, sino también aquellos que no llenan en la Iglesia los deberes espirituales del cargo que recibieron por la gracia del Señor, con buena intención, sino con el fin de obtener retribución humana.

San Agustín, ut sup

El Señor nos dio a conocer todo esto cuando hizo aquel látigo de retazos de cordel y azotó a todos los que negociaban en el templo. Además, cada uno añade a sus pecados, una nueva malicia cuando comete esta clase de faltas, mas cuando los hombres sufren algo por sus pecados, reconozcan que el Señor hace como un azote de varios cordeles, y aun les advierte que muden de vida, porque si no, en el final oirán aquellas palabras: "Atadle de pies y manos" (Mt 22,13).

Beda

Habiendo hecho el azote de trozos de cordel, los arrojó del templo, de donde son arrojados aquellos que, elegidos y puestos entre los santos, o bien hacen sus buenas obras de una manera fingida, o abiertamente obran mal. También arrojó las ovejas y los bueyes, porque manifiesta que la vida y la enseñanza de estos tales están representados en ellos. También arrojó por el suelo el dinero de los cambistas, y volcó sus mesas, porque quitará aun la forma de las mismas cosas que estimaron los réprobos condenados en el fin del mundo. También mandó quitar del templo las ventas de las palomas, porque la gracia del Espíritu Santo, que se recibió gratis, debe darse gratis.

Orígenes

Puede entenderse también por templo el alma de alguno que sea celoso, en la que habita el Verbo de Dios, aunque antes de conocer la celestial doctrina de Jesús hubiese estado ocupada por los cuidados de la tierra y las pasiones carnales. Representa estos movimientos el buey, porque es el que trabaja en el campo; la oveja representa el movimiento de las ideas insensatas, que es lo que más abunda en los animales irracionales; la paloma es la que representa la inconstancia de las imaginaciones ligeras, y aquello que parece obrar bien, son los dineros que Jesucristo arrojó con su celestial doctrina para que ya nunca vuelva a ser mercado la casa de su Padre.

Y los judíos le respondieron, y dijeron: "¿Qué señal nos muestras de que haces estas cosas?" Jesús les respondió, y dijo: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré". Los judíos le dijeron: "¿En cuarenta y seis años fue hecho este templo, y tú lo levantarás en tres días?" Mas El hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos que por esto lo decía, y creyeron a la Escritura y a la palabra que dijo Jesús. (vv. 18-22)

Teofilacto

Como los judíos veían que Jesús hacía tales cosas con gran poder, y diciendo: "No queráis hacer la casa de mi Padre casa de negociación", le piden una señal. Por esto le dicen: "¿Qué señal nos muestras de por qué haces estas cosas?"

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 23

¿Pero acaso necesitaban de alguna señal para dejar de hacer lo que tan indebidamente hacían? ¿Acaso el estar poseído de este gran celo por la casa del Señor no era el mayor de todos los signos? Los judíos se acordaban de las profecías y sin embargo, pedían una señal, sin duda porque sentían que se interrumpiese su ganancia; ¡torpes! ¿Y querían por esto evitar que el Salvador procediese de tal manera? Sin duda querían moverlo, o bien a que hiciese milagros o a que desistiese de hacer lo que hacía. Por lo tanto, no les da señal alguna, como respondió más adelante a los que también se lo pidieron, diciéndoles lo mismo que a aquéllos: "Esta generación mala y adúltera desea una señal, pero no se le dará otra que la del profeta Jonás" (Mt 12,39). Pero entonces respondió lo mismo con más claridad; ahora se nos dice también, pero con más oscuridad: mas Aquél que se adelanta dando señales a los que no las piden, seguramente no hubiera rechazado aquí a los que las pedían, si no hubiese sido porque conoció su mala intención. Sigue, pues: "Y les dijo: destruid este templo, y en tres días lo levantaré".

Beda

Cuando pedían una señal a Jesús, manifestaban que querían conocer por qué arrojaba del templo aquellos comercios acostumbrados. Respondió que aquel templo representaba el templo de su cuerpo, en el cual no habrá mancha alguna de pecado. Como diciendo: Así como purifico a este templo inanimado de vuestros comercios y maldades con mi poder, así resucitaré este cuerpo mío tres días después que haya muerto por vuestras manos.

Teofilacto

Y no se diga que los incite a que cometan un homicidio, diciendo "destruid", sino que les da a entender que conoce lo que intentan. Oigan, pues, los arrianos, cómo el Señor es el destructor de la muerte, por cuanto dice: "Levantaré", esto es, con su propia virtud.

San Agustín, in Ioannem, tract. 10

Lo resucitó su Padre en realidad, a quien se dice en los salmos: "Levántame y volveré a ellos" (Sal 40,11). Pero ¿qué hizo el Padre sin el Verbo? Por lo tanto, lo mismo

que el Padre resucita al Hijo, Este resucita también, porque el Hijo había dicho: "Yo y el Padre somos uno solo" (Jn 10,30).

Crisóstomo, ut sup

Y ¿por qué les da como signo el de la resurrección? Porque esto era principalmente lo que daba a conocer que Jesús no era un puro hombre; que podía triunfar de la muerte y destruir en poco tiempo su larga tiranía.

Orígenes, ut sup

Una y otra cosa, esto es, el cuerpo de Jesús y el templo, me parece que representan la Iglesia, porque ésta se levanta con piedras vivas, se convierte en casa espiritual y en sacerdocio santo por aquellas palabras de San Pablo: "Vosotros sois cuerpo de Cristo y miembros de miembro" (1Cor 12,27). Y así como vemos que se destruye el edificio levantado con piedras, también todos los huesos de Jesucristo habían de disgregarse con las contrariedades de las tribulaciones; mas sería reconstruido y resucitado al tercer día, porque estaría presente en el nuevo cielo y en la nueva tierra. Así como el cuerpo visible de Jesucristo fue crucificado y sepultado, y resucitó después, así el cuerpo total de Cristo, formado por los santos, está crucificado con El. Cada uno de ellos en ninguna otra cosa se gloría más que en la cruz de Jesucristo, por medio de la que vive crucificado al mundo. También fue sepultado con Jesucristo, y resucitó con El porque andaba en cierta novedad de vida, aunque todavía no ha resucitado en cuanto a la bienaventurada resurrección. Por esto no se escribió lo resucitaré al tercer día, sino en tres días; se concluye su levantamiento dentro de los tres días.

Teofilacto

Como los judíos creían que hablaba del templo inanimado, se reían de El. Por esto sigue: "¿En cuarenta y seis años fue hecho este templo y tú lo levantarás en tres días?".

Alcuino

Y debe advertirse que no hablaban ellos de la primera edificación, que se hizo en tiempo de Salomón, que duró siete años, sino de la reedificación que se hizo en tiempo de Zorobabel, que duró cuarenta y seis, a causa de los impedimentos que les oponían los enemigos

Orígenes, ut sup

Dice alguno que deben computarse estos cuarenta y seis años desde el momento en que David habló al profeta Natán, consultándole acerca de la construcción del templo y de los medios de allegar materiales para dicha construcción. Examínese si en el número de cuarenta y seis años que se establece para la construcción del templo podrán entenderse las cuatro decenas por los cuatro elementos de que se compone el mundo, y los seis restantes porque el hombre fue creado en el sexto día.

San Agustín, De Trin., 4, 5

O bien este número responde a la perfección total del cuerpo del Señor. Cuarenta y seis veces seis hacen doscientos setenta y seis, que computándolo en días, forma nueve meses y seis días. Y la perfección del cuerpo de Cristo, con arreglo a las tradiciones que la Iglesia ha recibido de los antepasados, comprende precisamente esos mismos días,

pues se cree que fue concebido y padeció el día octavo antes de las calendas de abril, esto es, el 25 de marzo, y que nació en el octavo antes de las calendas de enero, que corresponde al 25 de diciembre; de una a otra fecha se computan doscientos setenta y seis días, que abrazan cuarenta y seis veces el número seis.

San Agustín, lib. 83 Quaet, qu. 36

Se dice también que la concepción humana procede y se perfecciona en esta manera. En los seis primeros días tiene un aspecto de materia láctea; conviértese en los nueve días siguientes en sangre; de aquí a doce días adquiere solidez; siguen otros dieciocho días, en los cuales se forma, hasta que los miembros adquieren la perfección de sus lineamientos, y en el tiempo restante hasta el parto va aumentando de volumen. Ahora bien, seis y nueve y doce y dieciocho, hacen una suma de cuarenta y cinco, a los cuales si se añade una unidad, tendremos los cuarenta y seis. Multiplicando esta cantidad por el número seis, que es la norma de esta ordenación, tendremos doscientos setenta y seis, esto es, nueve meses y seis días. No se dice, pues, sin razón, que se había construido en cuarenta y seis años el templo, que aquí significa el cuerpo de Cristo, porque el mismo número de años que se emplearon en el templo, tantos días se necesitaron para la organización del cuerpo de Jesús.

San Agustín, in Ioannem, tract. 10

Aunque el Señor tomó su cuerpo de la descendencia de Adán, no tomó su pecado; de él tomó el templo de su cuerpo, pero no la maldad, que había de arrojar de ese templo. Si se combinan cuatro nombres griegos: anatole, que quiere decir Oriente, dysis, que quiere decir Occidente, arctos, que quiere decir Norte, mesembria, que quiere decir Sur, tenemos las letras que forman el nombre de Adán. Se dice que el Señor habrá de reunir a sus escogidos de los cuatro vientos de la tierra cuando venga el día del juicio. Las letras del nombre de Adán tienen este número, según los griegos, y allí se ve que el templo ha sido edificado en cuarenta y seis años. Tiene Adán, que es uno y que es cuatro, que es uno y que es cuarenta. Y así tenemos los cuarenta y seis. Los judíos, como eran carnales, todo lo interpretaban en sentido material, y Jesús habla en sentido espiritual; mas nos dio a conocer de qué templo hablaba por medio del Evangelista. Sigue, pues: "Mas él hablaba del templo de su cuerpo".

Teofilacto

De aquí nació la contradicción de Apolinar, que deseaba demostrar que la carne de Jesucristo era inanimada, por la razón de que inanimado era el templo. Luego hace la carne de Jesucristo semejante a la piedra y a la madera con las que se construye el templo. Pero si dice el Salvador, según San Juan: "Mi alma está turbada" (Jn 17,27), etc., y en otro lugar: "Tengo potestad para poner mi alma" (Jn 10,18); si nunca se dice esto respecto del alma racional, ¿cómo se interpretarán aquellas palabras de San Lucas: "En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu" (Lc 23,46)? No podría entenderse esto en cuanto al alma racional, ni lo que se dice en el Salmo: "No abandones mi alma en el infierno" (Sal 15,10).

Orígenes

Por esto se considera el cuerpo del Señor como un templo, porque así como el templo contenía la gloria de Dios, que habitaba en él, así el cuerpo de Jesucristo, representando a la Iglesia, contiene al Unigénito, que es la imagen y la gloria de Dios.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 22

Dos razones había que se oponían a que los discípulos del Señor comprendiesen esto: una, la misma resurrección, y otra, que era la mayor, a saber, que era Dios el que habitaba en aquel cuerpo, y que el Señor estaba oculto cuando decía: "Destruid este templo y en tres días lo levantaré", etc. Y por lo tanto añade: "Y cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos que por esto lo había dicho, y creyeron a la Escritura, y a la palabra que dijo Jesús", etc.

Alcuino

Antes de la resurrección no entendían las Escrituras, porque aún no habían recibido al Espíritu Santo que aún no les había sido enviado porque Jesús no había sido glorificado todavía. Mas en el mismo día de la resurrección, cuando el Señor se apareció a sus discípulos, les aclaró sus inteligencias para que comprendiesen lo que acerca de El estaba escrito en la Ley y en los profetas. Y entonces creyeron en las Escrituras, esto es, en los profetas que habían predicho la resurrección de Jesucristo en el tercer día, y en las palabras del Salvador, cuando dijo: "Destruid este templo".

Orígenes, in Ioannem, tract. 10

Por sentido anagógico comprendemos que, como complemento de la fe, resucitará en el día de la resurrección universal el Cuerpo total de Jesús, esto es, de su Iglesia, porque la fe, que entonces verá la realidad, se diferencia mucho de aquélla que ahora ve por medio de un espejo y en enigma.

Y estando en Jerusalén en el día solemne de la Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los milagros que hacía. Mas el mismo Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía a todos. Y porque El no había menester que alguno le diese testimonio del hombre; porque sabía por sí mismo lo que había en el hombre. (vv. 23-25)

Beda

El Evangelista había referido lo que el Señor había hecho al venir a Jerusalén; pero ahora, cuando estaba en Jerusalén, refiere lo que hicieron otros respecto de El. Por esto dice: "Y estando en Jerusalén", etc.

Orígenes

Debe observarse cómo había muchos que creían en El viendo sus milagros, y no se dice que Jesús hizo milagros en Jerusalén, a no ser que tal vez se hiciesen sin que se hable de ellos en las Sagradas Escrituras. Obsérvese además si no cabe también en lo posible contarse como milagro el haber hecho un azote de cordeles y haber arrojado a todos del templo.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 23

Pero habían sido más prudentes los discípulos que se acercaron al Salvador, no por sus milagros, sino por sus enseñanzas; porque eran muchos más los que eran atraídos por los milagros, pero eran más razonables los que creían en El por los profetas o por sus enseñanzas. Por lo cual añade: "Mas el mismo Jesús no se fiaba de ellos".

San Agustín, in Ioannem, tract. 11

¿Qué quiere decir esto? Ellos creían en el nombre de Jesús, pero El no se fiaba de ellos: ¿no creían en El y aparentaban haber creído? Pero no diría el Evangelista: "Muchos creyeron en su nombre". Esto es grande y admirable. Los hombres creen en Jesucristo, y Jesucristo no se confía a los hombres, especialmente cuando dice que es Hijo de Dios, y cuando quiere padecer; porque si no hubiese querido, no hubiera experimentado la Pasión. Pero así son todos los catecúmenos. Si decimos al catecúmeno: ¿crees en Cristo?, responderá creo, y se persignará; mas si le preguntamos: ¿comes la carne del Hijo del hombre?, ignorará lo que decimos, porque Jesús no se ha confiado a él.

Orígenes, in Ioannem, tom. 10

Debe advertirse también, que Jesús no se fía de los que creen en su nombre, y sí de los que creen en El. Creen en El los que caminan por la angosta senda que conduce a la vida; los que creen en sus milagros, no creen en El, sino en su nombre.

Crisóstomo, ut sup

O bien dice esto porque no confiaba en ellos como en discípulos perfectos, ni les confiaba todos sus misterios, como lo hacía con los que ya eran sus fieles hermanos. Y no se fijaba en las palabras exteriores, sino que conocía sus deseos, sabiendo perfectamente la época más a propósito. Por esto sigue: "Porque los conocía a todos, y porque El no había menester que alguno le diese testimonio del hombre; porque sabía

por sí mismo lo que había en el hombre". Saber lo que hay en el corazón de los hombres es propio de Dios, quien únicamente ha formado los corazones. No necesitaba de testigos para saber lo que sucedía en lo que él había formado.

San Agustín, ut sup

Mejor sabía el artífice lo que había en su obra, que su criatura sabía lo que había en su interior. Porque así como Pedro sabía lo que había en Cristo, cuando dijo: "Estaré contigo hasta la muerte" (Jn 13,37; Lc 22,33), así el Señor sabía lo que había en el hombre, diciendo: "Antes que el gallo cante, me negarás tres veces" (Lc 22,34).

Beda

Por lo que se nos aconseja que nunca estemos seguros en nuestra conciencia, sino que andemos siempre solícitos y temamos, porque lo que se nos oculta a nosotros no es desconocido para el árbitro eterno.

CAPÍTULO 3

Y había un hombre de los fariseos llamado Nicodemo, príncipe de los judíos. Este vino a Jesús de noche y le dijo: "Rabbí, sabemos que eres Maestro venido de Dios, porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces, si Dios no estuviese con él". Y Jesús respondió, y le dijo: "En verdad, en verdad te digo, que no puede ver el reino de Dios sino aquél que renaciere de nuevo". (vv. 1-3)

San Agustín, In Ioannem tract., 11

Había dicho el Evangelista (Jn 2,23) que cuando el Salvador estaba en Jerusalén muchos creyeron en su nombre viendo los milagros y los prodigios que hacía. Entre éstos se hallaba Nicodemo, de quien se dice: "Y había un hombre de los fariseos, llamado Nicodemo", etc.

Beda

Y también manifiesta la dignidad que tenía cuando añade: "Príncipe de los judíos". Dice a continuación lo que hizo: "Este vino a Jesús de noche: esto es, deseando conocer más claramente, en su conversación privada, los misterios de su fe, cuyos principios ya conocía por sus milagros.

Crisóstomo, In Ioannem hom, 23

Sin embargo, aún se detenía, por la cobardía común a todos los judíos (Jn 12,42). En virtud de ello venía de noche, temiendo hacerlo de día. Por esto el Evangelista dice en otro lugar que muchos de los príncipes creyeron en el Salvador, pero no lo decían por miedo a los judíos, para que no los arrojasen fuera de la sinagoga.

San Agustín, ut supra

Y Nicodemo era del número de los que creyeron pero que aún no habían renacido, por esto venía de noche. Los renacidos por el agua y el Espíritu Santo oyen aquellas palabras del Apóstol: "Fuisteis en otra época tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor" (Ef 5,8).

Haymo

Se dice muy oportunamente que vino de noche, porque oscurecido en las tinieblas de la ignorancia, aún no había llegado a alcanzar la luz necesaria para creer perfectamente que Jesús era Dios. La palabra "noche", en la Sagrada Escritura, se pone muchas veces en lugar de ignorancia. Por esto añade: "Y le dijo: 'Rabbí: sabemos que eres Maestro venido de Dios'". Es bien sabido de todos que en hebreo la palabra Rabbí quiere decir maestro. Le llamaba Maestro y no Dios, porque creía que había sido enviado por Dios; y sin embargo, como se ha dicho, no le reconocía como Dios.

San Agustín, ut supra

Por qué había creído éste, se conoce en virtud de lo que añade: "Porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces, si Dios no estuviese con él". Por esto Nicodemo era de aquellos muchos que creyeron en su nombre viendo los milagros que hacía.

Crisóstomo, ut supra

Y sin embargo, a pesar de sus milagros, no había formado gran concepto del Salvador, sino que teniéndole como un ser meramente humano, habla de El como de un profeta que había sido enviado para hacer aquellos milagros, pero que necesitaba de ayuda ajena para hacerlos, siendo así que el Padre le había engendrado perfecto y suficiente en sí mismo, no teniendo nada imperfecto. Y como Jesucristo tenía gran cuidado de no revelar su dignidad y de convencer que nada hacía que fuese contrario al Padre, por esto en sus palabras se expresaba casi siempre en sentido humilde. Pero cuando hacía algún milagro lo hacía con todo su poder. Y así, respecto de Nicodemo, nada dice de sí mismo que pueda contribuir a su enaltecimiento. Pero de una manera oculta Jesucristo rectifica el concepto humilde que de El se había formado, dándole a entender que hace aquellos milagros con autoridad propia. Por esto añade: "Jesús le respondió y le dijo: en verdad, en verdad te digo, que no puede ver el reino de Dios sino aquél que renaciere de nuevo".

San Agustín, ut supra

Estos son, por tanto, a quienes Jesús se confía: los que habiendo nacido de nuevo, no vienen de noche, como lo hacía Nicodemo. Porque estos tales ya le confiesan. Por esto dice: "Sino aquél que renaciere de nuevo", etc.

Crisóstomo, ut supra

Como diciendo: como aún no has nacido de nuevo (esto es, de Dios en generación espiritual) el conocimiento que tienes de mí no es espiritual, sino animal y humano. Por esto te digo que, o tú o cualquier otro, si no nace de nuevo de Dios, no podrá alcanzar la gloria que me rodea, sino que se quedará fuera del reino. Porque la generación que se verifica por medio del bautismo es la que contribuye a la iluminación del alma. O acaso el sentido literal sea éste: "en verdad, en verdad te digo, que si alguno no fuere hecho", etc., esto es, si tú no has nacido de lo alto y no has adquirido el conocimiento cierto de los misterios, andas errante fuera de la verdad y te hayas a larga distancia del reino de los cielos. Así el Señor se manifestaba a sí mismo e indicaba que no es únicamente lo que se ve, sino que se necesita de otros ojos para poderle ver. Y cuando dice: "De lo alto", unos lo entienden del cielo y otros desde el principio. Por tanto, los judíos, si hubiesen oído esto, burlándose, se hubiesen retirado. Pero éste manifiesta su afecto de discípulo, porque sigue preguntando al Salvador.

Nicodemo le dijo: "¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Por ventura puede volver al vientre de su madre, y nacer otra vez?" Jesús respondió: "En verdad, en verdad te digo, que no puede entrar en el reino de Dios sino aquél que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo. Lo que es nacido de carne, carne es; lo que es nacido de espíritu, espíritu es. No te maravilles porque te dije: os es necesario nacer otra vez. El espíritu donde quiere sopla, y oyes su voz, mas no sabes de dónde viene ni a dónde va: así es todo aquél que es nacido de espíritu". (vv. 4-8)

Crisóstomo, ut supra

Viniendo Nicodemo a buscar a Jesús como si fuese sólo hombre, oyendo de sus labios palabras más importantes que las que pueden salir de un mero hombre, se levanta a la altura de cuanto se dice; se ofusca y no sabe sostenerse, sino que las tinieblas le rodean por todas partes, y vacila, separándose de la fe. Por esto habla de cierta imposibilidad, para mover al Salvador a que explique más su doctrina. De dos cosas se admiraba, a saber: de aquella especie de nacimiento y del reino, porque esto no se había oído entre los judíos. Mas entre tanto pregunta acerca de lo que antes se había dicho y sobre lo que problematizaba más su inteligencia. Por esto dice: "Nicodemo le dijo: ¿cómo puede un hombre nacer, siendo viejo? ¿Por ventura puede volver al vientre de su madre, y nacer otra vez?".

Beda

Parece que estas palabras quieren decir que el niño vuelva a entrar otra vez en el vientre de la madre para renacer. Pero debe tenerse en cuenta que él ya era viejo y por esto citó el ejemplo de sí mismo, como si dijese: yo soy viejo y busco mi salvación, ¿cómo podré entrar en el vientre de mi madre y volver a nacer?

Crisóstomo, ut supra

Le llamas Maestro, reconoces que viene de Dios, pero no aceptas lo que dice. Y hablas al Maestro de forma que puedan brotar muchas dudas. Esto -el saber preguntar de cierto modo- es propio de aquellos que no creen firmemente y muchos que así preguntan se han separado de la fe. Porque éstos preguntan: ¿cómo se ha encarnado Dios?; y otros: ¿cómo es impasible? Por lo tanto también éste pregunta llevado por la ansiedad, pero debe tenerse en cuenta que el que mezcla cosas espirituales con sus propios pensamientos habla cosas dignas de risa.

San Agustín, In Ioannem, tract. 11

Pues el Espíritu habla, pero Nicodemo entiende en sentido carnal. No había conocido éste más que un solo nacimiento (el que proviene de Adán y Eva) y no conocía el que proviene de Dios y de la Iglesia. Y así debes comprender el nacimiento del Espíritu como Nicodemo conoció el nacimiento de la carne. Como no puede volverse otra vez al seno de la madre, tampoco puede reiterarse el bautismo.

Crisóstomo, In Ioannem hom., 24

Nicodemo estaba pensando en un nacimiento carnal, según se acostumbra en la vida material, por lo que Jesucristo le revela más claramente que se refiere a un nacimiento espiritual. "Jesús respondió: En verdad, en verdad te digo, que no puede entrar en el reino de Dios sino aquel que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo".

San Agustín, ut supra

Como si dijere: tú crees que me refiero a la generación carnal, pero me refiero al nacimiento que tiene lugar por medio del agua y del Espíritu, por medio del cual nace el hombre para el reino de Dios. Si uno nace ya de las entrañas de su madre carnal, de un modo temporal, para obtener la heredad del padre, nace de las entrañas de la Iglesia para la eterna heredad de Dios Padre. Como el hombre consta de dos sustancias, a saber: de cuerpo y de alma, debe tener dos clases de generación: la del agua, que es visible, se aplica para la limpieza del cuerpo y la del Espíritu, que es invisible, para la purificación del alma, que es invisible.

Crisóstomo, ut supra

Mas si alguno pregunta: ¿cómo nace el hombre del agua?, yo le preguntaré: ¿y cómo nació Adán de la tierra? Así como en un principio todo era tierra y todo el mérito de la obra pertenecía al Creador, así ahora, sirviéndose del elemento del agua, la obra es del Espíritu de gracia. Entonces le dio el Paraíso para que viviese en él, mas ahora nos abre las puertas del cielo. ¿Pero qué necesidad de agua tienen aquellos que reciben el Espíritu Santo? Os explicaré este misterio, pues sagradas figuras se realizan por medio del agua: la sepultura y la muerte, la resurrección y la vida. Porque mientras sumergimos la cabeza en el agua, como en una especie de sepulcro, el hombre viejo es sepultado y, sumergido abajo, es ocultado; luego, desde allí abajo, asciende el hombre nuevo. Sirva esto para que aprendamos que la virtud del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo lo llena todo, y que Jesucristo esperó tres días para resucitar.

Crisóstomo, In Ioannem hom., 25

Lo que es el útero para el feto, es el agua para el fiel, porque en el agua se forma y se figura. Mas lo que en el útero se forma, necesita de tiempo, mientras que en el agua no sucede así, sino que todo sucede en un momento. Tal es la naturaleza de los cuerpos que necesitan tiempo para llegar a su perfección. Mas en las cosas espirituales no acontece lo mismo, sino que lo que se hace ya se hace con perfección desde el principio. Desde que el Señor subió del Jordán, el agua ya no produce reptiles de almas vivientes sino almas espirituales y racionales.

San Agustín, De bapt. parv. 1, 30

Y como no dice: si alguno no naciese del agua y del espíritu no podrá obtener la salvación o la vida eterna, sino: "No entrará en el reino de Dios", dicen algunos a esto: los niños deben ser bautizados para que puedan entrar con Cristo en el reino de Dios, a donde no llegarán si no son bautizados. Aunque los niños -dicen los pelagianos- si mueren sin bautismo, deberían pasar a la vida eterna porque no están sometidos al yugo del pecado. Pero ¿por qué se vuelve a nacer, si no hay que renovarse de alguna cosa antigua? ¿Y por qué la imagen de Dios no entra en su reino si no es porque se lo impide

el pecado?

Haymo

No pudiendo comprender Nicodemo tan grandes y tan profundos misterios, se los explicó el Señor, haciendo comparaciones con el nacimiento carnal, diciéndole: "Lo que es nacido de carne, carne es", etc. Así como la carne procrea la carne, así el espíritu produce el espíritu.

Crisóstomo, In Ioannem hom., 25

No esperes ver aquí nada material, ni creas que el Espíritu engendra carne. La carne del Señor fue engendrada en verdad no sólo por el Espíritu, sino también por la carne. Mas lo que nace del Espíritu es espiritual y aquí no se refiere a aquel nacimiento que se realiza según la sustancia, sino a aquél que se realiza según el honor y la gracia. Y si el Hijo de Dios ha nacido de este modo, ¿qué tendrá más que todos los demás que han nacido así? Se encontrará quizá inferior al Espíritu Santo, porque este nacimiento se verifica por la gracia del Espíritu Santo. ¿Y en qué se diferencian estas cosas de las doctrinas de los judíos? Véase aquí la dignidad del Espíritu Santo. Parece que realiza la obra de Dios pues más arriba dijo que habían nacido de Dios (Jn 1,13), y aquí dice que el Espíritu Santo los engendra. Y diciendo Jesucristo que el que nace del espíritu es espíritu, como vio a Nicodemo otra vez turbado le expuso otro ejemplo sensible diciéndole: "No te maravilles porque te dije: os es necesario nacer otra vez". Cuando dice: "No te maravilles", da a conocer la turbación de su alma. Y pone un ejemplo que no participa ni de la grosera materialidad de los cuerpos, y que tampoco raya en lo inmaterial de las cosas incorpóreas como sucede con el soplo del viento, diciendo: "El espíritu, donde quiere sopla: y oyes su voz, mas no sabes de dónde viene ni a dónde va; así es todo aquél que es nacido de espíritu". Lo que dice significa: si no hay quien detenga al viento, sino que va adonde quiere, mucho más es el Espíritu, cuya acción no podrán detener las leyes de la naturaleza, ni los términos, ni los límites del nacimiento corporal, ni ninguna otra cosa parecida. Lo que dice aquí respecto del viento lo manifiesta cuando dice: "oyes su voz", esto es, el rumor. Pues no diría esto, si fuera que hablaba con un infiel que desconocía la acción del Espíritu. Dice también, "Donde quiere sopla", no porque el viento pueda elegir, sino porque obedece a aquel movimiento que tiene por naturaleza, que no puede detenerse y que se ejecuta con poder. "Y no sabes de dónde viene, ni a dónde va", esto es, si no sabes explicar la vida de este elemento que percibes por el sentido del oído y del tacto, ¿cómo querrás escudriñar la operación del divino Espíritu? Por esto añade: "Así todo el que es nacido de espíritu", etc.

San Agustín, In Ioannem tract., 12

¿Y quién de nosotros no verá (por ejemplo), el Austro yendo desde el Mediodía al Aquilón, u otro viento que del Oriente se encamina al Occidente? ¿Y cómo desconocemos de dónde viene y a dónde va?

Beda

Por lo que el Espíritu Santo es quien sopla donde quiere, porque El tiene bastante poder para iluminar el corazón de cualquiera con la gracia de su visita. "Y oyes su voz"

cuando habla en presencia tuya aquél que está lleno del Espíritu Santo.

San Agustín, ut supra

Suena el salmo, suena el Evangelio, suena la Palabra divina, y todo ello es voz del Espíritu. Y dice esto porque el Espíritu está presente, aunque de una manera invisible, en la palabra y en el sacramento, para que nazcamos.

Alcuino

Luego no sabes de dónde viene ni adónde va; porque aunque en presencia tuya el Espíritu descendiese sobre alguien en cierta hora, no podrías ver cómo entra ni cómo sale, porque es invisible por naturaleza.

Haymo

No sabes de dónde viene, porque desconoces el modo con que lleva a los fieles a la fe; también ignoras adónde va, porque no sabes cómo lleva a los fieles a la esperanza. "Y así es todo el que ha nacido del espíritu", como si dijese: el Espíritu Santo es un ser invisible, y así todo el que nace del espíritu nace de una manera invisible.

San Agustín

Y aun cuando tú nacieres del Espíritu, serás de tal modo que aquél que no ha nacido aun del Espíritu, no sabrá de dónde vienes ni a dónde vas. Dice esto a continuación: "Así es todo aquél que es nacido del Espíritu".

Teofilacto

Confúndase, por lo tanto, Macedonio, impugnador del Espíritu Santo, que afirma que el Espíritu Santo es siervo; mas el Espíritu Santo, como obra con poder propio, obra donde quiere y como quiere.

Respondió Nicodemo y le dijo: "¿Cómo puede hacerse esto?" Respondió Jesús y le dijo: "¿Tú eres maestro en Israel y esto ignoras? En verdad, en verdad te digo, que lo que sabemos, eso hablamos: y lo que hemos visto, atestiguamos, y no recibís nuestro testimonio. Si os he dicho cosas terrenas y no las creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?" (vv. 9-12)

Haymo

Mas Nicodemo no puede comprender lo que oía del Señor y por lo tanto, busca la razón de ello, sin negarlo. Y por esto pregunta al Señor con afecto propio del que pregunta y no a manera del que cuestiona. Por esto dice: "Respondió Nicodemo y le dijo: ¿cómo puede hacerse esto?"

Crisóstomo, ut supra

Y como aún permanecía en la vileza judía, a pesar del ejemplo ya dicho, le pregunta otra vez, por lo que el Señor le contesta con aspereza. Por esto sigue: "Respondió Jesús y le dijo: ¿Tú eres maestro en Israel y esto ignoras?"

San Agustín, ut supra

¿Y qué creemos? ¿que el Señor quiso insultar a ese maestro de Israel? Quería en realidad que naciese del Espíritu, porque ninguno nace del Espíritu si no es humilde, en atención a que la humildad es la que nos hace nacer del Espíritu. Mas Nicodemo, enorgullecido con su magisterio, se creía a sí mismo persona de importancia porque era doctor de los judíos. Mas el Señor le hace bajar de su soberbia para que pueda nacer del Espíritu.

Crisóstomo, ut supra

No reprende la necedad de aquel hombre, sino su insensatez y su ignorancia. Pero dirá alguno: ¿qué tiene que ver este nacimiento de que habla Jesucristo con las doctrinas de los judíos? Ciertamente el hecho de que el primer hombre fuera creado y que la mujer fuera hecha de una costilla suya y que engendrasen las que habían sido estériles y que se realizasen milagros por medio del agua, tiene que ver algo. Y respecto a que Eliseo sacase hierro del agua, que los judíos pasasen el Mar Rojo, y que el sirio Naaman fuese purificado en el Jordán, digo que todo esto prefiguraba el nacimiento espiritual y la purificación que habría de realizarse. Y todo lo que se había dicho por los profetas prefiguraba de modo oculto este modo de nacer, como se dice en el salmo: "Tu juventud se renovará como la del águila" (Sal 102,5); y en otro salmo: "Bienaventurados aquellos cuyas culpas sean perdonadas" (Sal 31,1). Mas Isaac también es figura de este nacimiento. Recordando esto el Salvador dijo a Nicodemo: "¿Tú eres maestro en Israel e ignoras esto?". Además le hace creíble todo cuanto le ha dicho, condescendiendo con su torpeza, cuando añade: "En verdad, en verdad te digo: que lo que sabemos, eso hablamos, y lo que hemos visto atestiguamos, y no recibís nuestro testimonio". Entre nosotros, la vista es la que nos cerciora mejor que los demás sentidos. Y si queremos hacer creer a alguno, le decimos que lo hemos visto con nuestros propios ojos; por lo

tanto, Jesucristo, hablando a Nicodemo de un modo sensible, consigue que le dé fe; mas no le cita ningún objeto sensible, sino que le habla de un conocimiento certísimo, y no por otra cosa le habla; por lo tanto, dice esto (esto es, lo que sabemos), o de El solo, o de El y del Padre.

Haymo

Se pregunta por qué dice en plural: "lo que sabemos eso hablamos", a lo que debe contestarse que el Unigénito de Dios era el que decía esto, pero manifestando cómo el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre, y el Espíritu Santo, indivisible, procede del uno y del otro.

Alcuino

Habla en plural, como si dijese: yo y aquellos que han sido renacidos hace poco tiempo en el Espíritu, conocemos lo que hablamos. Y lo que hemos visto en secreto respecto del Padre lo decimos exteriormente en el mundo; mas vosotros, que sois carnales y soberbios, no recibís nuestro testimonio.

Teofilato

Esto no lo decía por Nicodemo, sino por los judíos en general, que permanecieron en su perfidia hasta el fin.

Crisóstomo, In Ioannem hom., 25 y 26

Sus palabras no son propias de quien está turbado, sino de quien manifiesta su mansedumbre. Y en esto nos da a entender que cuando hablemos con otros y no logremos convencerlos, no nos entristezcamos ni nos incomodemos, sino que procuremos hacer creíbles nuestras palabras, no sólo no incomodándonos, sino también bajando la voz. Se grita cuando hay motivo de ira; mas Jesús, aunque debía explicar los misterios más elevados, se detiene muchas veces, por no ser adecuada a ellos la debilidad de los que oyen. Y lejos de adoptar aquel tono y profundidad que corresponden a tan elevados misterios, prefiere la sencillez de la condescendencia. Por esto añade: "Si os he dicho cosas terrenas y no las creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?".

San Agustín, ut supra

Esto es: si no creéis que puedo levantar el templo derribado por vosotros, ¿cómo creeréis que puedo regenerar a los hombres por medio del Espíritu Santo?

Crisóstomo, In Ioannem hom., 26

No te admires de que llame terrenal al bautismo, porque se confiere en la tierra y porque en comparación de su nacimiento extraordinario, que procede de la esencia del Padre, es terreno el nacimiento en su gracia. Y muy oportunamente no dijo no entendéis, sino no creéis. Porque al que no alcanza a conocer alguna cosa por su propio entendimiento, se le considera como un loco o como un ignorante; mas cuando alguno no acepta lo que únicamente debe conocer por medio de la fe, no debe acusársele de loco, sino de infiel. Se decían estas cosas aun cuando no eran creídas, porque las creerían los que vinieran después.

"Y ninguno subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del hombre, que está en el cielo". (v. 13)

San Agustín, De peccat. mer. et remiss. cap. 31

Conocida la torpeza de Nicodemo, que antes se levantaba sobre los demás por su magisterio, y reprendida así la incredulidad de todos sus semejantes, respondió a lo que se le había preguntado para que otros crean si ellos no creen: "¿Cómo puede hacerse esto?" Dijo: "Y ninguno subió al cielo sino el que descendió del cielo; el Hijo del hombre, que está en el cielo". Como diciendo: así se formará la generación espiritual, convirtiéndose en celestiales los hombres, cuando antes eran terrenos, lo que no podrán conseguir si no se hacen miembros míos, para que entonces suba el mismo que bajó, no considerando a su Cuerpo (esto es, a su Iglesia) como otra cosa que su misma persona.

San Gregorio, Moralium 27, 8

Y como ya nos ha identificado consigo mismo, cuando vino sólo en Sí, vuelve también solo en nosotros. Y el que siempre está en el cielo, todos los días sube al cielo.

San Agustín, ut supra

Aun cuando el Hijo del hombre ha sido engendrado en la tierra, sin embargo no consideró a su divinidad, que vive en el cielo y bajó a la tierra, como indigna del nombre de Hijo del hombre. Porque por la unidad de la persona, que por una y otra sustancia es Cristo y el Hijo de Dios, anda en la tierra, siendo el mismo Hijo del hombre el que estaba en el cielo. Por lo tanto la fe de las cosas creíbles la obtenéis cuando creéis en las cosas increíbles. Pero si la divina esencia, que es muy superior, pudo, sin embargo, tomar esta esencia humana por nosotros, para poder hacerse una sola persona, ¿no ha de ser también creíble que los demás santos se hacen con el Hombre Cristo un solo Cristo? Y si todos suben por medio de su gracia, ¿no es uno mismo el que sube al cielo y el que bajó del cielo?

Crisóstomo, ut supra

Como había dicho Nicodemo: "Sabemos que eres Maestro venido de Dios". Para que no se crea que este Maestro es como muchos de los profetas que existieron en el mundo, añadió: "Y ninguno subió al cielo sino el que descendió del cielo; el Hijo del hombre, que está en el cielo".

Teofilacto

Cuando oigas que el Hijo del hombre bajó del cielo no creas que la carne bajó del cielo. Esto es lo que enseñaban los herejes cuando pretendían que Jesucristo había traído su cuerpo del cielo, y había "pasado" por la Virgen.

Crisóstomo, ut supra

No llamó carne en este lugar al Hijo del hombre, sino que dio al todo el nombre de la naturaleza menos importante. En efecto, a veces acostumbra dar el nombre del de la naturaleza divina al todo, a veces del de la humana.

Beda

Y si algún hombre desnudo baja del monte al valle, y después de tomar vestidos y armas vuelve a subir al mismo monte, diremos con toda propiedad que el que bajó primero es el mismo que sube.

San Hilario, De Trin., l. 10

Bajó del cielo, porque es la causa de la concepción espiritual. Pues María no dio origen a su cuerpo, aun cuando Ella contribuyó a su incremento y al parto de su cuerpo con todo lo que es propio y natural de su sexo. Cuando decimos que el Hijo del hombre existe nos referimos al parto de la carne, que tomó de la Virgen. En cuanto a que está en el cielo, es propio de una naturaleza que subsiste siempre, la que no redujo de su infinidad a los límites de un estrecho cuerpo la potestad del Verbo de Dios. Y al permanecer en forma de siervo, el Señor del cielo y de la tierra no estuvo nunca ausente ni del cielo ni de la tierra. Por esto bajó del cielo, porque era el Hijo del hombre. Y está en el cielo, porque el Verbo hecho carne no había dejado de permanecer como Verbo.

San Agustín, ut supra

¿Te admiras de que estaba en el cielo al mismo tiempo? Pues el mismo don concedió a sus discípulos. Oigase a San Pablo que dice: "Nuestra morada está en los cielos" (Flp 3,20). Y si San Pablo, siendo hombre y estando en la tierra, moraba en los cielos, ¿el Dios del cielo y la tierra no podía estar a la vez en el cielo y en la tierra?

Crisóstomo, ut supra

Véase también que lo que parece tan alto es indigno de su grandeza, porque no sólo está en el cielo, sino que se encuentra en todas partes. Y aun habla, a pesar de la ignorancia del que le oye, queriendo atraerle poco a poco.

"Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también es necesario que sea levantado el Hijo del hombre: para que todo aquél que cree en El no perezca, sino que tenga vida eterna". (v. 14)

Crisóstomo, ut supra

Como había explicado el beneficio del bautismo, ahora aduce su causa, esto es, su cruz, diciendo: "Y como Moisés levantó la serpiente", etc.

Beda

El Señor invita con estas palabras al maestro de la Ley mosaica a que comprenda su sentido espiritual, recordándole la historia antigua, y demostrándole que ésta era figura de su pasión y de la salvación humana.

San Agustín, De peccat. mer. et remiss. cap. 32

Muchos morían en el desierto por las mordeduras de las serpientes. Y por ello Moisés, por orden de Dios, levantó en alto una serpiente de bronce en el desierto; cuantos miraban a ésta, quedaban curados en el acto. La serpiente levantada representa la muerte de Cristo, de la misma manera que el efecto se significa por la causa eficiente.

La muerte había venido por medio de la serpiente, la que indujo al hombre al pecado por el cual había de morir; mas el Señor, aun cuando en su carne no había recibido el pecado, que era como el veneno de la serpiente, había recibido la muerte, para que hubiese pena sin culpa en la semejanza de la carne del pecado, por lo cual en esta misma carne se paga la pena y la culpa.

Teofilacto

Véase aquí la figura y la realidad. En el primer caso se lee la semejanza de la serpiente con todas sus cualidades de animal, mas privándola del veneno; en el segundo caso Jesucristo, a pesar de estar libre del pecado, asumió la semejanza de la carne del pecado. Y al oír que era exaltado debe entenderse que quiere decir suspendido en lo alto y para que santificase el aire quien había santificado la tierra andando sobre ella. Entiéndase también por exaltación la gloria; porque aquella elevación en la cruz se convirtió en gloria de Jesucristo. Y en lo mismo que quiso juzgar, juzgó al príncipe de este mundo. Adán murió justamente porque pecó; mas el Señor, que había sufrido la muerte injustamente, venció a aquél que le había entregado a la muerte. Y fue vencido porque no pudo obligar al Señor, estando en la cruz, a que aborreciese a los que le crucificaban, sino que más les amaba y rogaba por ellos. De este modo la cruz de Jesucristo se convirtió en su exaltación y en su gloria.

Crisóstomo, ut supra

Y no dijo: conviene que el Hijo del hombre no esté colgado, sino: que sea levantado, porque esto parecía lo más prudente. Y así dijo esto por el que le oía y por lo que la cosa representaba, con el fin de que veamos la relación que las antiguas cosas tenían con las nuevas. Y aprendamos que no se entregó a la muerte contra su voluntad y que de aquí brotó la salud para muchos.

San Agustín, ut supra

Así como en otro tiempo quedaban curados del veneno y de la muerte todos los que veían la serpiente levantada en el desierto, así ahora el que se conforma con el modelo de la muerte de Jesucristo por medio de la fe y del bautismo, se libra también del pecado por la justificación, y de la muerte por la resurrección. Y esto es lo que dice: "Para que todo aquél que cree en El no perezca, sino que tenga vida eterna". ¿Y para qué se necesita que la muerte de Jesucristo se compare con el bautismo del niño, si no ha sido envenenado éste aún por la mordedura de la serpiente?

Crisóstomo, ut supra

Véase también que quiso ocultar su pasión, a fin de que no entristecieran sus palabras a aquél que le oía. Pero puso de manifiesto el fruto de su pasión. Y si los que creen en el crucificado no perecen, mucho menos perecerá el que está crucificado con Jesucristo.

San Agustín, In Ioannem tract., 12

Hay una diferencia entre la figura y la realidad, y es que aquellos eran curados sólo de la muerte temporal volviendo a una vida material, mas éstos obtienen la vida eterna.

"Porque de tal manera amó Dios el mundo, que dio a su Hijo Unigénito, para que todo aquél que cree en El no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque no envió Dios su Hijo al mundo para juzgarle, sino para que el mundo se salve por El. Quien en El cree, no es juzgado: mas el que no cree, ya ha sido juzgado, porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios". (vv. 15-18)

Crisóstomo, ut supra

Como había dicho: "Conviene que sea levantado el Hijo del hombre", en lo que daba a conocer ocultamente su muerte. Y para que el que oía no se entristeciese por estas palabras, creyendo que era humano cuanto a El se refería, y para que no creyese que su muerte no sería saludable, dijo, como para rectificar, cuando había insinuado que el Hijo de Dios sería entregado a la muerte, que su muerte sería la que alcanzaría la vida eterna. Por esto dice: "Porque de tal modo amó Dios al mundo, que dio a su Hijo Unigénito". No os admiréis de que yo deba ser levantado para que vosotros os salvéis, porque así agradó esto al Padre que tanto os amó, y que por estos siervos ingratos e indiferentes dio a su mismo Hijo. Y al decir: "De tal manera amó Dios al mundo", indicó la inmensidad de su amor, habiendo necesidad de reconocer aquí una distancia infinita. El que es inmortal, El que no tiene principio, El que es la grandeza infinita, amó a los que están en el mundo, que son de tierra y ceniza, y están llenos de infinitos pecados. Lo que pone a continuación demuestra la cualidad de su amor; porque no dio un siervo, ni un ángel, ni un arcángel, sino su propio Hijo. Por esto añade: "Unigénito".

San Hilario, De Trin. l. 6

Mas si la fe del amor había de medirse por entregar una creatura en bien de otra creatura, no sería de gran mérito el enviarle una creatura de naturaleza inferior. Las cosas de gran valor son las que dan a conocer la grandeza de amor y las cosas grandes se estiman por las cosas grandes. El Señor, amando al mundo, dio a su Unigénito y no a un hijo adoptivo. Era su Hijo propio por generación y verdad. No hay creación, no hay adopción ni falsedad. Aquí hay fe de predilección y de amor en favor de la salvación del mundo, dando a un Hijo que era suyo y que además era Unigénito.

Teofilacto

Me parece que, así como antes se ha dicho que el Hijo del hombre bajó del cielo aun cuando su carne no bajase de allí sino que en cuanto a la única persona de Jesucristo se atribuye lo que es de Dios al hombre, así también ahora al revés, lo que es del hombre se atribuye al Verbo de Dios, porque el Hijo de Dios permaneció impasible. Pero como no había más que una sola persona en virtud de la unión hipostática -el Hijo de Dios y el hombre que sufrió la pasión- se dice que es el Hijo entregado a la muerte quien en realidad padecía, no en su propia naturaleza pero sí en su carne propia. Se ha obtenido una utilidad inmensa en esta concesión. Tan grande es que excede a toda suposición humana. Y sigue: "Para que todo aquél que cree en El no perezca, sino que tenga vida

eterna". El Antiguo Testamento ofrecía una vida larga a los que cumplían sus preceptos, mas el Evangelio ofrece vida eterna e inacabable.

San Agustín

Debe observarse que explica lo mismo respecto del Hijo de Dios que lo anunciado respecto del Hijo del hombre exaltado en la cruz, diciendo: "Para que todo aquél que crea en El". Porque el mismo Redentor y Creador nuestro, el Hijo de Dios existente antes de todos los siglos, ha sido hecho Hijo del hombre por los siglos de los siglos, a fin de que quien por el poder de su divinidad nos había creado para gozar de la felicidad de la vida eterna, El mismo nos redimiese por medio de la fragilidad humana para que alcanzáramos la vida que habíamos perdido.

Alcuino

Y en realidad el mundo conseguirá la vida eterna por el Hijo de Dios, porque para esto precisamente vino al mundo. Y así sigue: "Porque no envió Dios a su Hijo", etc.

San Agustín, In Ioannem tract., 12

¿Por qué es llamado Salvador del mundo, sino para que salve al mundo? Luego un médico había venido a curar al enfermo. A sí mismo se mata el que no quiere cumplir los preceptos del médico, o los desprecia.

Crisóstomo, In Ioannem hom., 27

Y porque dice esto, muchos de los que viven sumidos en toda clase de pecados y en gran negligencia, abusando de la infinita misericordia divina, dicen que no hay infierno ni castigo, y que el Señor nos perdona todos los pecados. Pero debe tenerse en cuenta que hay dos venidas de Jesucristo: la que ya se ha realizado y la que habrá de realizarse. La primera no fue para juzgar lo que nosotros habíamos hecho, sino para perdonarlo. Mas la segunda será no para perdonar sino para juzgar. Respecto de la primera dice: "No he venido para juzgar al mundo", porque es compasivo, no juzga, sino que antes perdona los pecados por medio del bautismo y después por la penitencia. Porque si no lo hubiera hecho así todos estarían perdidos, pues que todos pecaron y necesitan de la gracia de Dios (Rom 34,23). Y para que alguno no creyese que podía pecar impunemente, habla de los castigos reservados a los que no creen: "Ya está juzgado" dijo antes. Mas el que cree en El no es juzgado. El que cree, dijo, no el que investiga. ¿Qué será, pues, si lleva una vida corrompida? Y con mayor razón, diciendo San Pablo que estos no son fieles. Dice, además: "Confiesan que conocen a Dios, y lo niegan con las obras" (Tit 1,16); pero esto significa que el que cree no será juzgado, pero que sufrirá el castigo de sus obras; sin embargo no padecerá por causa de infidelidad.

Alcuino

Y el que cree en El y se identifica con El, como los miembros con la Cabeza, no será juzgado.

San Agustín, ut supra

Pero ¿qué esperabas que dijese del que no cree sino que será juzgado? Pero véase lo que dice: "Mas el que no cree ya ha sido juzgado". No se ha manifestado aún el juicio, pero ya ha sido realizado. Porque conoce el Señor a los que son suyos, conoce a los que

perseverarán hasta obtener la corona y a los que serán contumaces hasta el fuego.

Crisóstomo, ut supra

Dice esto porque no creer en El es el suplicio del impenitente. Pues estar fuera de la luz, incluso en sí mismo, es el mayor castigo. O preanuncia lo que ha de suceder; porque así como quien mata a un hombre, aun cuando todavía no haya sido condenado por la sentencia del juez, está condenado por la misma naturaleza del crimen, asimismo el que es incrédulo, de la misma manera que murió Adán el mismo día en que comió el fruto prohibido.

San Gregorio, Moralium 26, 24

En el último juicio algunos no serán juzgados y perecerán. De éstos se dice aquí: "El que no cree ya está juzgado", pues entonces no será discutida su causa, porque ya se presentarán delante del severo juez con la condenación de su infidelidad. Y los que conservan su profesión de fe, pero carecen de obras, serán mandados a padecer. Mas los que no conservaron los misterios de la fe no oirán la increpación del juez en su último examen, porque prejuzgados ya en las tinieblas de su infidelidad, no merecerán oír la reconvención de Aquél a quien despreciaron. Y sucede también que un rey de la tierra, o el que rige una república, castiga de diferente modo al ciudadano que delinque en el interior que al enemigo que se rebela en el exterior. En el primer caso obra según sus propias leyes; pero la guerra lo mueve contra el enemigo, vengándose con iguales desastres de su malicia, porque tampoco hay necesidad de aplicarle la ley al que nunca estuvo sujeta a ella.

Alcuino

Y por qué está juzgado el que no cree, lo explica diciendo: "porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios", pues sólo en el nombre de Este se encuentra la salvación. Dios no tiene muchos hijos que puedan salvar; sólo tiene a su Unigénito, que es por medio de quien salva.

San Agustín, De peccat. mer. et remiss. cap. 1, 33

¿En dónde, pues, ponemos a los niños bautizados, sino entre los creyentes? Porque esto se les concede por virtud del sacramento y por la promesa de los padrinos. Y por esta razón colocamos a los que no están bautizados entre los que no han creído.

"Mas este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo hombre que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que obra verdad, viene a la luz para que parezcan sus obras, porque son hechas en Dios". (vv. 19-21)

Alcuino

Explica por qué no creyeron y por qué fueron condenados con justicia, diciendo: "Mas éste es el juicio: que la luz vino al mundo", etc.

Crisóstomo, ut supra

Como diciendo: ¿acaso ellos la buscaron o trabajaron para encontrarla? Esta luz vino a ellos, pero no la recibieron. Por eso sigue: "Y los hombres amaron más las tinieblas que la luz". Ahora los priva de toda excusa, porque vino a sacarlos de las tinieblas y a llevarlos a la luz. ¿Y quién merecerá el perdón de aquellos que no aceptaron esta luz?

Beda

Se llama a sí mismo luz Aquél de quien antes dijo el Evangelista: "Era la luz verdadera" (Jn 1,9), llamando a la vez tinieblas a los pecados.

Crisóstomo

Además, como creían algunos que era imposible lo que se había dicho y que ninguno que está en tinieblas honra a la luz, añade la causa porque sufren estas cosas, diciendo: "porque sus obras eran malas". Y si hubiese venido a juicio, esto tendría alguna razón de ser, porque el que conoce sus malas acciones acostumbra a huir del juez; pero los que faltaron deben buscar al que puede perdonarlos: era muy justo que todos aquellos que se reconocían reos de grandes pecados salieran al encuentro de Cristo, que venía a perdonar, como sucedió en muchos, porque los publicanos y los pecadores venían y se ponían a la mesa con Jesús. Pero como algunos son tan perezosos para trabajar en adquirir la virtud que quieren vivir en su malicia hasta el fin, para reprensión de éstos añade: "Porque todo hombre que obra mal, aborrece la luz", lo que se ha dicho especialmente de aquellos que prefieren vivir en la mala fe.

Alcuino

"Porque todo hombre que obra mal aborrece la luz", esto es, el que permanece en el propósito de pecar. Porque a quien le agrada el pecado aborrece la luz que descubre el pecado.

San Agustín, Confess. 10, 23

Y como no quieren engañarse y sí engañar a los demás, estiman la luz cuando se presenta por sí misma y la aborrecen cuando la luz los pone a ellos de manifiesto. Por tanto los recompensa poniéndolos de manifiesto aun cuando ellos no quieran y sin que ellos la vean. También estiman la verdad cuando brilla, y la aborrecen cuando les arguye. Por esto sigue: "Y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas", etc.

Crisóstomo, ut supra

Ninguno reprende a aquel que vive en el paganismo porque adora a sus dioses y obra según sus creencias. Pero los que son de Jesucristo y viven mal son acusados por todos los que viven bien. Mas si son gentiles y viven bien, yo no lo he visto claramente; y no se me hable de aquellos que son humildes y buenos por naturaleza (porque esto no es virtud) sino de los que sostienen la lucha contra sus pasiones y viven sabiamente; pero no se encuentran tales. Y si el anuncio de la gloria y la amenaza del infierno y otras tantas razones, con dificultad sostienen a los hombres en la virtud, es difícil que la practiquen quienes no creen en nada de esto. Y si algunos aparentan ser virtuosos, esto lo hacen únicamente con el objeto de obtener popularidad. Por esta razón, cuando pueden ocultarse, no prescinden de sus malos deseos. ¿Y qué utilidad obtienen cuando alguno que es sobrio y no roba se hace esclavo de la vanagloria? Esto no es vivir bien. Y no obra mejor, sino mucho peor, el que fornica. Y si hay alguno que viva bien entre los gentiles, ello no obsta a lo que venimos diciendo, porque esto no sucede con frecuencia sino rara vez.

Beda

Moralmente hablando, prefieren mejor las tinieblas que la luz aquellos que persiguen y calumnian a sus predicadores, que les enseñan la verdad.

Prosigue: "Mas el que obra la verdad, viene a la luz", etc.

Crisóstomo, ut supra

Esto no lo dice refiriéndose a los primeros cristianos, sino únicamente a aquellos que, procedentes de los gentiles o de los judíos, se estaban preparando para merecer la fe. Manifiesta también que ninguno puede elegir entre el error y la verdad si antes no se marca a sí mismo el camino recto que ha de seguir.

San Agustín, De peccat. mer. et remiss. cap. 1, 53

Aquél que viene al verdadero conocimiento dice que todas sus obras han sido hechas en Dios, porque conoce que su propia justificación no debe atribuirse a sus méritos, sino a la gracia de Dios.

San Agustín, In Ioannem tract., 12

Mas si Dios encuentra todas las obras malas, ¿cómo es que algunos han conocido la verdad y han venido a la luz, esto es, a Cristo? Pero ya había dicho antes el Salvador que amaban más las tinieblas que la luz; allí es donde se encuentra la fuerza del argumento. Muchos estiman sus pecados, muchos otros lo confiesan. Dios acusa tus pecados, mas si tú los acusas, te unirás con Dios. Conviene que aborrezcas en ti tus malas acciones y ames en ti la gracia de Dios. El principio de las buenas obras consiste en la confesión de las malas, y obras bien en verdad porque no te halagas ni te complaces a ti mismo. Mas vienes a la luz porque el pecado mismo que te desagradó no te hubiera desagradado si Dios no te lo hubiese dado a conocer, y su verdad no hubiera brillado en ti. Alguno obra bien cuando hace una verdadera confesión. Y viene a la luz por medio de sus buenas obras cuando observa que disminuyen los pecados de su lengua, o de sus pensamientos, o de su inmoderación, respecto de las gracias concedidas. Porque muchos pecados leves, si se toman con descuido, matan. Pequeñas son las gotas que aumentan el caudal de un

río, pequeños son los granos de arena; mas si se amontonan muchos granos, la arena comprime y oprime. Esto hace el descuido prolongado, porque da lugar a que los arroyos se desborden. Poco a poco entran por el agujero descuidado, pero entrando por mucho tiempo y no sacando el agua, ésta sumerge la nave. ¿Y qué quiere decir sacar fuera, sino hacer que desaparezcan los pecados por medio de las buenas obras, llorando, ayudando y perdonando?

Después de esto, vino Jesús con sus discípulos a la tierra de Judea: y allí se estaba con ellos y bautizaba. Y Juan bautizaba también en Ainón, junto a Salim; porque había allí muchas aguas; y venían y eran bautizados allí. Porque Juan no había sido aún puesto en la cárcel. Y se movió una cuestión entre los discípulos de Juan y los judíos, acerca de la purificación. Y fueron a Juan y le dijeron: "Maestro, el que estaba contigo de la otra parte del Jordán, de quien tú diste testimonio, mira que él bautiza, y todos vienen a El". (vv. 22-26)

Crisóstomo, In Ioannem hom., 28

Nada hay más claro, ni más fuerte que la verdad, la cual ni quiere estar oculta, ni teme el peligro, ni le amedrentan las amenazas, ni desea la gloria que muchos desean, ni es perjudicial para ninguno de los hombres. Por lo que el Señor subía con los discípulos a Jerusalén en las solemnidades, sin darse a conocer, ni buscando la vanagloria, sino para enseñar sus doctrinas a los demás y mostrar la utilidad de sus milagros. Mas después que concluían las solemnidades, bajaba frecuentemente al Jordán, porque allí acudían las muchedumbres. Por esto dice: "Después de esto vino Jesús", etc.

Beda

Y dice: "Después de esto". No en seguida después de la discusión con Nicodemo, que tuvo lugar en Jerusalén, sino después de transcurrido tiempo volvió de Galilea a Jerusalén.

Alcuino

Por Judea se significa: los que confiesan, a quienes visita Jesucristo. Porque donde se confiesan los pecados, o se cantan las divinas alabanzas, allí viene Jesucristo y sus discípulos (esto es, su doctrina y su luz), y allí se detiene, purificando de los vicios. Por esto sigue: "Y allí se estaba con ellos, y bautizaba".

Crisóstomo, ut supra

Diciendo el Evangelista poco después que Jesús no bautizaba, sino sus discípulos, se da a conocer que este lo dice así, porque sólo sus discípulos eran los que bautizaban.

San Agustín, In Ioannem tract., 13

Una vez bautizado el Señor, bautizaba también, pero no con el mismo bautismo con que El había sido bautizado, pues fue bautizado por su siervo, enseñando el camino de la humildad y conduciendo al bautismo del Señor, esto es, al suyo. Porque Jesús bautizaba como Señor e Hijo de Dios.

Beda

Cuando Jesús ya bautizaba todavía seguía bautizando San Juan, porque aun permanecía la sombra y no debía retirarse el precursor hasta que brillase la verdad. Por esto sigue: "Y Juan bautizaba también en Ennon", etc. Ennon quiere decir en hebreo: agua y explicando la etimología de este nombre, añade: "Porque había allí muchas

aguas". Salim es una ciudad, a la orilla del Jordán, en donde reinó Melquisedec.

San Jerónimo, Ad Evagrium epist. 126

Y no importa que diga Salem o Salim, porque los hebreos rara vez usaban de vocales en medio de las palabras y según la voluntad de los lectores o la variedad de regiones se pronunciaban unas mismas palabras con diversos sonidos y acentos. Prosigue: "Y venían, y eran bautizados allí".

Beda

Tanto como aprovecha a los catecúmenos que aun no han sido bautizados el conocimiento de la fe, tanto aprovechó el bautismo de San Juan, antes del bautismo de Jesucristo. Porque así como aquél predicaba penitencia, y anunciaba el bautismo de Cristo, y atraía al conocimiento de la verdad, y que ya había aparecido en el mundo, así los ministros de la Iglesia instruyen primeramente a los que vienen al conocimiento de la fe, después reprenden sus pecados y, por último, les ofrecen el perdón de ellos en el bautismo de Jesucristo, y así les atraen al conocimiento y al amor de la verdad.

Crisóstomo, ut supra

Cuando ya bautizaban los discípulos, no cesó San Juan de bautizar hasta que fue encarcelado, lo que cita el Evangelista cuando añade: "Porque Juan aún no había sido puesto en la cárcel".

Beda

Aquí demuestra claramente lo que hizo Jesucristo antes de que Juan fuese encarcelado, y que los demás evangelistas pasaban en silencio, empezando por aquello que sucedió después de que San Juan fue llevado a la cárcel.

San Agustín, ut supra

¿Y por qué bautizaba San Juan? Porque convenía que el Señor fuese bautizado. Pero fue también San Juan bautizado por El para que no se creyese que el bautismo de San Juan era mejor que el del Señor.

Crisóstomo, In Ioannem hom., 28

¿Y por qué bautizaba hasta entonces? Porque si hubiese cesado, se hubiera creído que hacía esto o por envidia o por ira. Pero continuando en ello, no sólo adquiría gloria para sí, sino que enviaba a sus oyentes a Jesucristo. Y hacía esto con mucha más eficacia que los discípulos de Jesucristo, porque su testimonio estaba libre de toda sospecha y gozaba de mayor gloria entre los demás. Por eso bautizaba todavía, para que sus discípulos no incurrieran en competencia con los de Jesús. Y yo creo que por esta razón permitió Dios la muerte de San Juan, porque una vez separado de entre los hombres, Jesús podía empezar a predicar. Y así todo el afecto de la muchedumbre se vino a Jesucristo y ya no se dividía la opinión. Se habían suscitado ciertos celos entre los discípulos de San Juan y los de Jesucristo y aun respecto del mismo Jesucristo, porque vieron que sus discípulos bautizaban también. Y empezaron a discutir contra aquellos que eran bautizados sobre si era mayor el mérito del bautismo de San Juan que el de los discípulos de Jesucristo. Por lo que añade: "Y se movió una cuestión", etc. Que ellos fueron quienes cuestionaron y no los judíos, el Evangelista lo da a conocer no diciendo

que los judíos la buscaron, sino que esta cuestión se suscitó entre los discípulos de San Juan.

San Agustín, ut supra

Entiéndase aquí que los judíos dijeron que Jesucristo era de más importancia, y que debía recibirse su bautismo. Mas los que aún no lo entendían defendían el bautismo de San Juan, y se recurrió al mismo San Juan para que resolviese la cuestión. Por esto sigue: "Y vinieron a Juan, y le dijeron: Maestro, el que estaba contigo de la otra parte del Jordán bautiza", etc.

Crisóstomo, ut supra

Esto es: aquél a quien tú bautizaste. No dijeron a quien tú bautizaste, porque estaban como obligados recordándose de aquella voz que se dejó oír sobre El, y por esto dicen: "Que estaba contigo", como diciendo: aquél que tenía carácter de discípulo, no distinguiéndose de nosotros, ahora, separándose de ti, bautiza. Añaden también: "De quien tú diste testimonio", como diciendo: a quien tú predicaste y diste a conocer. Cuando le dicen: "Mira que él bautiza" quieren decir: se atreve a hacer lo mismo que tú. Y no creyendo que sólo con esto le animarían a que, como ellos, reprobara lo que venía haciendo Jesús, añaden: "Y todos vienen a él".

Alcuino

Como diciendo: todos te dejan y vienen a recibir el bautismo de aquél a quien tú bautizaste.

Respondió Juan y dijo: "No puede el hombre recibir algo, si no le fuere dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de El. El que tiene la esposa es el esposo: mas el amigo del esposo, que está con él, y le oye, se llena de gozo con la voz del esposo. Así, pues, este mi gozo es cumplido. Es necesario que El crezca, y que yo mengüe". (vv. 27-30)

Crisóstomo, ut supra

Preguntado San Juan por sus discípulos, no les contesta con aspereza, temiendo que, separándose de él, hagan cosas que no sean buenas. Y se limita a contestarles con brevedad. Por esto dice: "Respondió Juan y les dijo: no puede el hombre recibir algo, si no le fuere dado del cielo". Como diciendo: si son admirables las obras de Jesucristo, y si todos, llenos de admiración, acuden a El, no hay que extrañarlo, porque es Dios quien hace esto. Las cosas humanas son criticables muchas veces, y carecen de importancia, desapareciendo en poco tiempo. Pero éstas no son de esa clase, porque no son inventadas por los hombres sino ordenadas por Dios. Si hablan bajamente de Jesucristo, no debe llamaros la atención; pues no era posible explicar en seguida todas las cosas a los que estaban poseídos de cierta pasión (esto es, de la envidia). Pero, entre tanto, quiere asustarlos, manifestándoles que se esfuerzan en vano y que en ello se presentan como enemigos de Dios.

San Agustín, In Ioannem tract., 13

San Juan decía esto refiriéndose a sí mismo. Porque aun cuando soy hombre, he recibido gracia del cielo. Y por lo mismo que he recibido el ser algo, ¿quisierais que fuera vano y hablase en contra de la verdad?

Crisóstomo, ut supra

Y véase cómo aquello que proponían para sublevarse contra Jesucristo, cuando dijeron: "De quien diste testimonio", lo convirtió contra ellos diciendo: "Vosotros mismos me sois testigos". Como si dijese: si habéis considerado como verídico mi testimonio, decid que yo debo anticiparme a honrarle. Por esto añade: "Y como he sido enviado antes que El", como diciendo: soy su ministro y predico lo que interesa a Aquél que me envió, no buscando en ello la estimación humana, sino sirviendo al Padre de Aquél que me envió.

Alcuino

Y si alguno dice: ¿Y si tú no eres el Cristo, quién eres, o quién es aquél de quien das testimonio? A esto responde: Aquél es el esposo y yo el amigo del esposo. Y he sido enviado para que la esposa sea preparada por mí para el esposo. Por esto añade: "El que tiene esposa es esposo". Llama esposa a la Iglesia, formada de todas las gentes, la cual es virgen por la integridad de su alma, por la perfección de su caridad, por la unidad de su fe católica, por la concordia de su paz y por la rectitud de su alma y de su cuerpo. Esta es la que quiere el esposo, de quien engendra todos los días.

Beda

Además, en vano se llamaría virgen respecto del cuerpo la que no fuese virgen en su mente. Jesucristo se asoció a esta esposa en el lecho de un vientre virginal, y la adquirió con el precio de su sangre.

Teofilacto

El esposo de todas las almas es Jesucristo: hay esponsales allí donde hay unión, y hay bautismo donde hay Iglesia. Le da las arras de esposa por medio del perdón de los pecados y la comunión del Espíritu Santo. En la otra vida concederá gracias aun mayores a los que sean dignos. No hay otro esposo más que Jesucristo, porque todos los doctores que existen como padrinos, representan al precursor. Ninguno dispensa gracias, sino únicamente el Señor. Los demás son dispensadores de las gracias que reciben de Dios.

Beda

El Señor encomendó su esposa a su amigo, esto es, a los predicadores, que no deben cuidarla para sí mismos sino para Jesucristo. Por esto añade: "Mas el amigo del esposo que existe", etc.

San Agustín, ut supra

Como diciendo: la esposa no es mía, ¿pero no podré también alegrarme en las bodas? Además, dice, gozo porque soy amigo del esposo.

Crisóstomo, ut supra

¿Y por qué razón el que dijo: "No soy digno de desatar la correa de su calzado" (Jn 1,27), ahora se llama a sí mismo amigo? No por la igualdad de su honor, sino por la grandeza de su gozo, que quería representar. En tal concepto no se alegran siempre los que sirven al esposo, sino los amigos del esposo. Además se llama amigo, condescendiendo con la ignorancia de aquellos. Y los que creían que iban a mortificarle por lo que sucedía ven que no sólo no se mortifica, sino que se alegra extraordinariamente con tal de que la esposa conozca al esposo.

San Agustín, ut supra

¿Y por qué subsiste? Porque no cae, por su humildad. Ve como permanece firme: "No soy digno de desatar la correa de su calzado". Está de pie y le oye, porque si cae no puede oírle. Luego el amigo del esposo debe estar en pie y oír, esto es, permanecer en la gracia que recibió y oír la voz en que debe gozarse. No dijo: me alegro por mi voz, sino por la voz del esposo. Yo gozo en oírle, y El en decir. Yo soy el oído, El la palabra. Y el que guarda a la esposa o la mujer de su amigo procura que ningún otro sea por ella amado. Y si quisiera él mismo amado ser en vez de su amigo y gozar con la que se le había confiado, ¡cuán detestable aparecería a la vista de todos los hombres! Yo conozco muchos adúlteros que quieren poseer a esta esposa obtenida a un precio tan caro y procuran con sus palabras ser amados por ella en vez del esposo.

Crisóstomo, ut supra

Cuando dice: "El que está con El", no lo dice sin una razón, sino indicando que sus propios negocios ya habían terminado y que únicamente le quedaba estar con el esposo y oírle. Y esto lo dice pasando de la parábola a su propósito. Como había hecho mención

del esposo y de la esposa, da a conocer cómo se verifican estos esponsales, por medio de la palabra y de la enseñanza, porque la fe entra por el oído y el oído se llena de la palabra de Dios (Rom 10,17). Y como sucedieron las cosas que El esperaba, añade: "Así, este mi gozo es cumplido", esto es: he concluido la misión que se me había confiado y ya no puedo hacer más en adelante.

Teofilacto

Por esto me alegro ahora de que todos le oigan. Porque si la esposa no se acercare al esposo, esto es: el pueblo, entonces yo, que soy el padrino, lo sentiría.

San Agustín, In Ioannem tract., 14

En esto se cumple mi gozo: en alegrarme de oír la voz del esposo. Tengo mi gracia y no tomo más para no perder lo que he recibido. Porque el que quiere alegrarse de sí mismo, está triste; mas el que quiere alegrarse en el Señor, se alegrará siempre, porque Dios es eterno.

Beda

Con gozo se alegra también el hombre cuando oye la voz del esposo; cuando comprende que no debe alegrarse de su sabiduría propia, sino de la sabiduría que recibió de Dios. El que no busca su propia gloria o su alabanza en los beneficios, y no apetece los bienes de la tierra sino los del cielo, éste es el amigo del esposo.

Crisóstomo, ut supra

Después separa de sí toda pasión de envidia, no sólo respecto de la vida presente sino también de la futura, diciendo: "Es necesario que El crezca, y que yo mengüe". Como diciendo: las cosas nuestras vivieron un momento y después perecieron, mas crecen las que son de Dios.

San Agustín, ut supra

¿Y qué quiere decir esto: "Es necesario que El crezca"? Dios ni crece ni disminuye, pero San Juan y Jesús, en cuanto a la carne, vivían en un mismo tiempo, y los meses que tenían de diferencia no establecen sensible diferencia de edad. Este misterio es grande. Antes que viniese el Señor, los hombres se gloriaban en sí mismos. Mas vino en forma humana para que disminuyese toda gloria humana y aumentase la gloria de Dios. Así pues, vino para perdonar los pecados y para que el hombre confesase, porque la confesión del hombre es lo mismo que la humildad del hombre, así como la compasión de Dios representa la elevación de Dios. Jesucristo y San Juan dieron a conocer esta verdad con sus padecimientos, porque San Juan fue degollado y Jesucristo levantado en una cruz. Además, Jesucristo nació cuando empezaban a crecer los días y San Juan cuando empezaban a disminuir. Crezca, por lo tanto, en nosotros la gloria de Dios y disminuya nuestra gloria, para que crezca en Dios la nuestra. Cuanto mejor conoces a Dios, tanto más parece que Dios crece en ti. Y no crece en sí porque siempre es perfecto. Así como cuando se curan los ojos de uno que ha padecido ceguera desde su nacimiento; desde que empieza a ver la luz poco a poco, viendo cada día un poco más, le parece que la luz crece aun cuando la luz es siempre la misma, ya sea que la vea o no la vea; así también el hombre interior adelanta en relación a Dios y Dios parece que crece

en él y él se disminuye cayendo de su gloria y levantándose en la gloria de Dios.

Teofilacto

Así como la luz de las antorchas parece que se extingue al venir el sol, aun cuando en realidad no esté extinguida sino eclipsada por otra luz mayor, así el precursor, como estrella eclipsada por el sol, se dice que disminuye. Mas Jesucristo crece, dándose a conocer poco a poco por medio de sus milagros, no porque creciese en las virtudes o porque adelantase -y esta es la opinión de Nestorio - sino según la manifestación de su divinidad.

"El que de arriba viene, sobre todos es. El que es de la tierra, terreno es y de la tierra habla. El que viene del cielo sobre todos es. Y lo que vio y oyó, eso testifica". (vv. 31-32)

Crisóstomo, In Ioannem hom., 29

Así como el gusano roe los troncos y el óxido destruye el hierro, así la vanagloria, fomentándose a sí misma, pierde al alma. Por lo tanto se necesita mucho cuidado para que destruyamos esta pasión, por lo que San Juan, respondiendo a los discípulos que tenían esta pasión, apenas con muchas razones los aplaca. Y después de lo que les había dicho antes los prepara con otras palabras diciendo: "El que de arriba viene, sobre todos es"; como diciendo: porque vosotros exageráis mi testimonio, y por él me consideráis como más digno de fe, es preciso que sepáis que el que viene del cielo es digno de más crédito que el que habita en la tierra. Y esto es lo que significa: "Sobre todos es", porque El se basta a sí mismo. Es incomparablemente mayor que los demás.

Teofilacto

Este es Jesucristo, que bajó del Padre y está sobre todos, diferenciándose de todos.

Alcuino

Vino de lo alto, esto es, de la altura de la naturaleza humana que tuvo antes del pecado del primer hombre, porque el Verbo de Dios tomó su carne humana de aquella elevación. No tomó la culpa aunque tomó la pena a ella correspondiente.

Prosigue: "El que es de la tierra, terreno es, y habla de tierra", o lo que es lo mismo, habla de cosas terrenas.

Crisóstomo, ut supra

Y en verdad que no todas las cosas que tenía eran terrenas; porque tenía un alma, y participaba del espíritu y no de la tierra. ¿Por qué dijo que era de la tierra? No quiso manifestar otra cosa, aunque en sentido misterioso, por medio de estas palabras, sino que es pequeño, como procedente de la tierra y nacido en la tierra, y de ningún modo puede compararse con Jesucristo, que ha venido de lo alto a nosotros. Y no dice: habla de la tierra, porque hablaba según su propia inteligencia, sino que dice que habla de la tierra en comparación de la doctrina de Cristo. Como diciendo: mis cosas son pequeñas y humildes comparadas con las de Jesucristo, como es conveniente tomar toda la naturaleza terrestre en comparación de Aquél en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios (Col 2,3).

San Agustín, In Ioannem tract., 14

Respecto de lo que dice que habla de la tierra, se refería al hombre y a cuanto pertenecía a él. Y si habla algunas cosas divinas es porque está iluminado por Dios, como dice el Apóstol: "No soy yo, sino la gracia de Dios que está conmigo" (1Cor 15,10). Luego San Juan, en cuanto a él se refiere, es de tierra y habla de la misma. Y si algo divino habéis oído de Juan, es porque ha sido inspirado y no porque lo ha recibido.

Crisóstomo, ut supra

Una vez destruida la envidia de los discípulos, habla de Jesucristo con más amplitud, puesto que antes de ahora hubiera sido vano ocuparse de esto, porque las inteligencias de sus oyentes no le hubieran podido comprender. Por esto sigue: "El que viene del cielo", etc.

San Agustín

Esto es: Viene del Padre. De dos maneras "está sobre todos": primeramente sobre toda la humanidad, de la que procede antes de que ella pecase; y en segundo lugar según la altura del Padre, la cual comparte.

Crisóstomo, ut supra

Después que dijo grandes alabanzas y cosas muy sublimes de Jesucristo, volvió a hablar de cosas humildes, diciendo: "Y lo que vio y oyó, eso testifica". Porque hemos sabido todo esto por medio de nuestros sentidos y estimamos como dignos de fe a los que son maestros respecto de las cosas que hemos recibido por la vista y aprendido por el oído. Queriendo San Juan demostrar esto mismo de Jesucristo, dice: "Y lo que vio y oyó, eso testifica", manifestando que nada de lo que se decía de El era falso, sino todo verdadero. Como diciendo: yo necesito oír lo que El dice, porque ha venido de lo alto, anunciando las cosas que había visto y oído, esto es, lo que únicamente El conoce de una manera terminante.

Teofilacto

Cuando oigas que Jesucristo dice lo que ha oído y visto respecto del Padre, no creas que necesite saberlo por el Padre, sino que todas las cosas que conoce por naturaleza propia las tiene por el Padre, y por esto se dice que sabe en virtud del Padre todo lo que sabe. ¿Pero qué quiere decir que el Hijo ha oído del Padre? ¿Acaso ha oído el Hijo la palabra del Padre? Antes bien el Hijo es el Verbo del Padre.

San Agustín, ut supra

Cuando concibes la palabra que vas a pronunciar, quieres decir la cosa y la misma concepción de la cosa que constituye ya el verbo en tu mente. Así como tienes tú en tu mente la palabra que hablas, y ella está en ti, así Dios concibió su palabra o, lo que es lo mismo, engendró al Hijo. Por lo tanto, siendo la palabra el Hijo de Dios, el Hijo nos ha hablado, no su palabra, sino la del Padre; quiso hablarnos lo que el Verbo del Padre hablaba. San Juan explicó cómo ocurrió esto y cómo debió suceder.

"Y nadie recibe su testimonio. El que ha recibido su testimonio, confirmó que Dios es verdadero. Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; porque Dios no le da el espíritu por medida. El Padre ama al Hijo, y todas las cosas puso en sus manos. El que cree en el Hijo, tiene vida eterna: mas el que no da crédito al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él". (vv. 32-36)

Crisóstomo, In Ioannem hom., 29

Había dicho San Juan: "Y lo que vio y oyó, testifica", como explicando para que no fueran consideradas falsas las cosas que Jesucristo dijese, porque habían de ser pocos los que creerían. Por esto añade: "Y nadie recibe su testimonio", esto es, pocos; pues tenía discípulos que recibían su testimonio respecto de lo que les decía. Mas en esto se refería a los discípulos, que aún no creían en El. Y asimismo manifiesta la insensibilidad de los judíos, como se había dicho en el principio del Evangelio: "Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron", porque especialmente los judíos eran los que le pertenecían.

San Agustín, ut supra

De otro modo: hay cierto pueblo preparado para sufrir el castigo de Dios y que ha de ser condenado con el diablo; de éstos ninguno recibe el testimonio de Dios. Fijaos en la separación que hay en el espíritu dentro del conjunto del género humano; pues lo que aun no está separado en cuanto al lugar, lo ha distinguido con la separación mental, y ha visto a dos pueblos: el de los fieles y el de los infieles. Se refiere al de los infieles y dice: "Y nadie recibe su testimonio". Pero se separa de la izquierda, mira a la derecha, y dice a continuación: "El que ha recibido su testimonio, lo confirmó".

Crisóstomo, ut supra

Esto es, lo demostró. Y a fin de aumentar el temor, añade: "Porque Dios es verdadero"; manifestando que no de otra manera puede alguno dejar de creer en El, sino llamando mentiroso a Dios que le envió, porque no habla cosa alguna que no corresponda al Padre. Y esto es lo que añade: "Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla".

Alcuino

De otra manera: lo ha sellado, esto es, puso una señal en su corazón, como un signo singular y especial de que era verdadero Dios el que padeció por la salvación de los hombres.

San Agustín, ut supra

¿Por qué se dice que Dios es veraz sino porque el hombre es mentiroso y Dios es veraz? Porque ninguno de los hombres puede decir qué es la verdad si no es iluminado por Aquél que no puede mentir. Luego, si Dios es veraz, Jesucristo es Dios. ¿Quieres probarlo? Examina el testimonio que de El se da, y lo encontrarás. Pero si aun no conoces a Dios, no has recibido todavía su testimonio. Entonces el mismo Jesucristo es Dios, es veraz, lo envió Dios. Dios envió a Dios: únelos a ambos y tendrás a un solo

Dios. Esto que San Juan decía de Cristo, que Dios le había enviado, lo decía para distinguirlo de sí mismo. ¿Cómo pues, acaso no envió Dios al mismo Juan? Pero observa lo que dice a continuación: "Porque Dios no le da el espíritu por medida". A los hombres sí se lo da con limitación, pero no a su único Hijo. A unos se les concede por medio del Espíritu la palabra de la sabiduría, a otros la de la ciencia; unos poseen un don, otros poseen otro distinto (1Cor 12). Esta medida es cierta distribución de los dones, pero los que da Jesucristo no los ha recibido por medida.

Crisóstomo, ut supra

Espíritu quiere decir aquí la acción del Espíritu Santo, y quiere significar que todos nosotros recibimos las acciones del Espíritu Santo con su medida. Mas Jesucristo recibió la gracia del Espíritu Santo; ¿cómo, pues, podrá nadie creerle digno de sospecha? Nada dice que no sea de Dios, ni del Espíritu. Y al paso que nada dice del Dios Verbo, fundamenta y confirma su doctrina en el Padre y en el Espíritu. Pues sabían que Dios existe y conocían asimismo la existencia del Espíritu, aunque no tenían formado de él un concepto conveniente, e ignoraban que existiera el Hijo.

San Agustín, ut supra

Y como había hablado del Hijo, y había dicho que Dios le había dado el Espíritu sin medida, añade: "El Padre ama al Hijo", y a continuación: "Y todas las cosas puso en sus manos". Para que se conociese que dijo aquí de distinto modo: "El Padre ama al Hijo". Porque si el Padre ama a Juan o a Pablo, y sin embargo no lo ha entregado todo a su dominio. El Padre ama a Hijo, pero como un padre ama a su hijo, y de ninguna manera como un dueño a su criado; como a su Unigénito, y no como a un hijo adoptado. Y así todo lo ha entregado en sus manos, para que sea tan grande el Hijo como grande es el Padre. Luego, cuando se ha dignado enviarnos a su Hijo, no creamos que Este, al ser enviado, es menos de lo que es el Padre.

Teofilacto

En este concepto, el Padre lo entregó todo al Hijo en cuanto a la divinidad, por naturaleza y no por gracia; y todo lo entregó a su dominio, en cuanto a la humanidad. Domina, pues, sobre todo aquello que existe en el cielo y en la tierra.

Alcuino

Y como todo está en su mano, también está la vida eterna. Por esto añade: "El que cree en el Hijo, tiene vida eterna".

Beda

No debe entenderse aquí la fe que se limita a palabras solas, sino la que se completa por medio de las obras.

Crisóstomo, In Ioannem hom., 30

No dice aquí que es bastante creer en el Hijo para obtener la vida eterna, puesto que El dice en otro lugar: "No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos" (Mt 7,21). Y además, refiriéndose a la blasfemia contra el Espíritu Santo, la juzga suficiente por sí sola para llevar al infierno. Y si alguno cree en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, no pensemos que esto es bastante para alcanzar la salvación.

Necesitamos también de una vida buena y de costumbres rectas. Además, conociendo que muchos no se dejan llevar tanto por la promesa de los beneficios como por el riesgo de sufrimientos terribles, concluye su discurso diciendo: "Mas el que no da crédito al Hijo, la ira de Dios estará sobre él". Véase cómo refiere al Padre lo que dice respecto del castigo, porque no dijo que la ira del Hijo de Dios (aun cuando éste sea juez), sino que citó al Padre como juez, queriendo aterrarlos más. Y no dijo "estará con él", sino "sobre él", dando a conocer que nunca se separará de él. Y para que no se crea que habla de la muerte temporal, dijo: "No verá la vida".

San Agustín, ut supra

Tampoco dijo: "la ira de Dios viene a él", sino: "permanece sobre él", porque todos los mortales que nacen traen consigo la ira de Dios, la que recibió el primer Adán. Vino el Hijo de Dios sin tener pecado alguno, y se vistió de nuestra mortalidad. Murió para que tú vivas. Por lo tanto, el que no quiere creer en el Hijo, tiene sobre sí la ira de Dios, de la que dice el Apóstol "que éramos hijos de ira por naturaleza" (Ef 2,3).

CAPÍTULO 4

Y cuando entendió Jesús que los fariseos habían oído que El hacía más discípulos y bautizaba más que Juan (aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos), dejó la Judea y se fue otra vez a Galilea. Debía, por tanto, pasar por Samaria. Vino, pues, a una ciudad de Samaria, que se llamaba Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José. Y estaba allí la fuente de Jacob. Jesús, pues, cansado del camino, estaba allí sentado sobre la fuente. Era como la hora de sexta. (vv. 1-6)

Glosa

Después que el Evangelista manifestó cómo San Juan reprimió la envidia de sus discípulos, envidia que habían concebido por el progreso de la predicación de Jesucristo, manifiesta aquí cómo Jesucristo enfrentó también la malicia de los fariseos, los cuales también eran agitados contra El por la misma causa: la envidia. Por esto dice: "Y cuando entendió Jesús que los fariseos habían oído", etc.

San Agustín, In Ioannem tract., 15

Ciertamente el Señor, si hubiera sabido que los fariseos habían conocido, respecto de El, que hacía muchos discípulos y que bautizaba a muchos, con el fin de que esto contribuyese a su salvación por su seguimiento, no hubiese abandonado Judea sino que hubiese permanecido allí por ellos. Mas como conoció su perversa intención y su envidia, y que no habían aprendido de El para seguirle sino para perseguirle, se marchó de allí. Podía, en verdad, quedarse allí, y no ser preso si no hubiera querido, pero en todo lo que hizo como hombre quiso dar ejemplo a todos los que habrían de creer en El, y para que no crea ningún siervo de Dios que peca si se va a otro lugar cuando ve el furor de los que le persiguen. Hizo, pues, esto aquel Maestro bueno, para enseñarnos, no porque tuviese temor.

Crisóstomo, In Ioannem hom., 30

Hizo esto también para calmar la envidia de aquéllos. Y era conveniente que hiciera esto para que no se dejase de creer que se había encarnado. Porque si hubiese sido preso y se hubiese escapado, la verdad de que se había encarnado hubiera sido sospechosa.

San Agustín

Acaso os parezca extraño que se diga: "bautizaba más que Juan", y a continuación se añada: "aun cuando Jesús no bautizaba". ¿Cómo es esto? ¿Era mentira lo que se había dicho y por esto se rectifica?

Crisóstomo, ut supra

No era el mismo Jesucristo el que bautizaba, sino que los que referían esto lo

contaban así a fin de despertar la envidia de aquellos que los oían, esto es, que Jesucristo bautizaba mucho más que San Juan. Y por qué razón El no bautizaba lo había predicho ya San Juan, diciendo: "El os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego" (Lc 3,16). Todavía no enviaba al Espíritu Santo; por lo tanto puede decirse con toda propiedad que no bautizaba. Lo hacían sus discípulos, queriendo atraer a muchos a la doctrina. Y para que no se reuniesen constantemente los que le seguían con los que habían de creer en El, como hizo con Simón y su hermano, determinaron bautizar; porque nada más tenía el bautismo de los discípulos que lo que tenía el bautismo de San Juan, pues uno y otros carecían de aquello que es propio del Espíritu de la gracia, y ambos reconocían una misma causa, a saber, conducir a Cristo los que eran bautizados.

San Agustín

Uno y otro bautismo eran verdaderos, porque Jesús bautizaba y no bautizaba; bautizaba, porque limpiaba de los pecados, y no bautizaba porque no derramaba el agua. Los discípulos ejercían el ministerio de las cosas corporales y El lo revestía de cierta majestad. Por tal razón se ha dicho: "Este es el que bautiza" (Jn v1,33).

Alcuino

Suele preguntarse también si se dispensaba en el bautismo de Cristo la gracia del Espíritu Santo, porque se dice: "El Espíritu Santo no se había concedido aún, puesto que Jesús todavía no había sido glorificado" (Jn 7,39). Pero debe tenerse en cuenta que se dispensaba la gracia del Espíritu Santo, aunque no de una manera tan evidente como se dio después de la Ascensión por medio de las lenguas de fuego. Porque así como Jesucristo siempre tenía el Espíritu en la humanidad que tenía consigo, sin embargo, el Espíritu Santo bajó sobre El en forma de paloma, de una manera visible, después de su bautismo. Y así, antes de la venida real y visible del Espíritu Santo, los buenos pudieron tenerle, aunque de una manera latente.

San Agustín, Ad Seleucianum epist. 108

Entendemos que los discípulos de Jesucristo ya habían sido bautizados, unos con el bautismo de San Juan, como opinan algunos, y otros (lo que es más creíble) con el bautismo de Jesucristo. Y no se desdeñó en administrarles el bautismo para tener a sus siervos bautizados, por medio de los cuales bautizaría a los demás, ya que tampoco consideró ministerio humillante el suyo cuando les lavó los pies.

Crisóstomo, ut supra

Marchándose Jesucristo de Judea, se aproxima de nuevo a los lugares que antes había dejado. Por esto añade: "Y otra vez se fue a Galilea". Porque así como los apóstoles fueron expulsados por los judíos y se marcharon a los gentiles, así Jesucristo se marchó donde los samaritanos y, sin embargo, quiso quitar todo motivo de excusa a los judíos dando a entender que no iba a los samaritanos sino como de paso, lo cual describe el Evangelista, aunque de modo implícito, diciendo: "Debía, pues, pasar por Samaria". Recibió esta denominación porque el monte de Samaria se llamaba Somer, por el nombre del que lo poseía. Los que allí habitaban en otro tiempo no se llamaban samaritanos, sino israelitas. Andando el tiempo ofendieron a Dios, y el rey de los asirios no quiso que

continuasen viviendo allí, sino que los llevó a Babilonia y a Media, e hizo habitar en Samaria a otras gentes que trajo de diversos lugares. Mas queriendo el Señor dar a conocer que no había entregado a los judíos por su ignorancia sino por sus pecados, envió sobre aquellos bárbaros una multitud de leones que los herían. Se dio conocimiento de esto al rey y entonces les envió un sacerdote para que los instruyese en la Ley del Señor. Y, sin embargo, no por ello desistieron en absoluto de aquella impiedad, sino sólo en parte. Con el transcurso del tiempo habían vuelto a caer algunos en la idolatría, aunque a la vez adoraban a Dios; éstos, por el nombre del monte, se llamaban a sí mismos samaritanos.

Beda

Y por lo tanto, era conveniente que Jesús pasase por Samaria, porque está colocada entre Judea y Galilea. Es Samaria una ciudad de la célebre provincia de Palestina, tan grande que toda la región asociada se llama Samaria. Y el Evangelista dice a qué parte de aquella región vino el Señor, cuando añade: "Vino, pues, a una ciudad de Samaria, que se llama Sichar".

Crisóstomo, ut supra

Aquel lugar se encontraba donde Leví y Simeón, por causa de Dina, hicieron la gran matanza (Gn 34).

Teofilacto

Después que los hijos de Jacob abandonaron aquella ciudad, matando a los sichimitas, dejaron la ciudad desierta, ciudad que mucho tiempo antes había dado Jacob en heredad a su hijo José. Por esto se dice en el Génesis: "Te doy una parte a más de lo que doy a tus hermanos, la que quité de mano del Amorrheo por medio de mi espada y de mi arco" (Gn 48,22). Y a esto añade: "Cerca del campo que dio Jacob a su hijo José".

Prosigue: "Y estaba allí la fuente de Jacob".

San Agustín, In Ioannem tract., 15

Era un pozo, pero todo pozo es fuente, aunque no toda fuente es pozo. Cuando el agua nace de la tierra y se ofrece ella misma a los que desean sacarla, se llama fuente, y si nace a mano o en la superficie de la tierra, se llama sólo fuente; pero si está en lo alto y en lo profundo, se llama pozo, pero no pierde el nombre de fuente.

Teofilacto

¿Y por qué el Evangelista hace mención de aquel campo y de aquella fuente? En primer lugar, para que cuando se oiga que dice aquella mujer: nuestro padre Jacob nos dio esta fuente, no te sorprendas. En segundo lugar, porque al citar el pozo y el campo se nos dice que todo lo que los patriarcas habían conocido por la fe que tenían en Dios, los judíos lo perdieron por su impiedad, y que sus lugares habían sido entregados a los gentiles. Por lo que nada nuevo sucede ahora, cuando los gentiles han sustituido a los judíos en la adquisición del reino de los cielos.

Crisóstomo, In Ioannem hom., 30

Y Jesucristo, al llegar a Samaria, rechazando la vida cómoda y tranquila y emprendiendo una laboriosa, no se sirve de animales de transporte. Marcha con

dificultad y se fatiga por el camino, dándonos a conocer que de tal manera seamos ajenos a las cosas superfluas que hasta nos privemos de muchas cosas que nos son necesarias. Y esto es lo que manifiesta el Evangelista cuando dice: "Jesús, pues, cansado del camino".

San Agustín, ut supra

Como diciendo: encontramos a Jesús fuerte y débil. Fuerte, porque en el principio era el Verbo (Jn 1,1) y débil, porque este Verbo se hizo carne (Jn 1,14). Y así, Jesús, como débil, fatigado del camino, estaba sentado junto a la fuente.

Crisóstomo, ut supra

Como diciendo: no en un trono, ni en almohadas, sino sencillamente como sucedía sobre la tierra. El sentarse tiene por objeto descansar del trabajo y esperar a sus discípulos, y porque ya hacía calor, refrescar su cuerpo junto a la fuente. Por esto sigue: "Era como la hora de sexta".

Teofilacto

Y para que nadie acuse al Señor por haber venido a Samaria, siendo así que El lo tenía prohibido a sus discípulos, explica la razón por la que estaba sentado cerca de aquel lugar: por el cansancio del camino.

Alcuino

En sentido espiritual, el Señor abandona Judea, esto es la infidelidad de aquellos que lo rechazaron; y con los apóstoles se marchó a Galilea, esto es, a la volubilidad de este mundo, enseñando a los suyos a pasar de los vicios a las virtudes. El campo yo creo que fue dejado a Jesucristo mejor que a José, cuya figura era Aquél a quien en realidad adoran el sol, la luna y todas las estrellas. A este campo vino el Señor, para que los samaritanos (que deseaban apropiarse la herencia del patriarca de Israel) conociesen a Jesucristo y se convirtiesen a El, porque era el heredero legítimo del patriarca.

San Agustín, ut supra

Su camino es la carne que ha tomado por nosotros. Porque el que está en todas partes, ¿a dónde va sino porque ha venido a nosotros y ha tomado la forma de nuestra carne visible? ¿Y cómo se fatigó del camino quien no podía fatigarse sino en la carne? ¿Y por qué en la hora sexta? Porque era en la sexta edad del mundo. Debe considerarse como una hora la primera edad desde Adán hasta Noé; la segunda, desde Noé hasta Abraham; la tercera, desde Abraham hasta David; la cuarta, desde David hasta la migración de Babilonia; la quinta, desde la migración de Babilonia hasta el bautismo de San Juan, y aquí empieza la sexta.

San Agustín, Lib 83 quaest. qu. 65

Nuestro Señor vino al pozo en la hora sexta. Yo veo en el pozo una profundidad oscura. Creo que debo entender las partes más profundas de este mundo, esto es, las terrenas, a donde vino nuestro Señor Jesucristo en la hora sexta, esto es, en la sexta edad del género humano, como en la vejez del hombre antiguo, del que se nos manda desnudarnos, para vestirnos de nuevo. Porque la sexta edad es tanto como la ancianidad; y la primera es como la infancia; la segunda como la infancia; la tercera como la

adolescencia; la cuarta como la juventud, y la quinta como la virilidad. También en la hora sexta vino el Señor al pozo, esto es, en medio del día, porque ya principió este sol visible a declinar hacia su ocaso. Porque se nos disminuye la complacencia de las cosas visibles a nosotros, los llamados por Jesucristo, para que el hombre interior, recreado por el afecto de las cosas invisibles, se vuelva a la luz interior que nunca se apaga. Y en cuanto a que se sentó, representa la humildad. O, siendo que así es como acostumbran a sentarse los doctores, manifiesta la persona del Maestro.

Vino una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dijo: "Dame de beber, porque sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer". Y aquella mujer samaritana le dijo: "¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer samaritana?" Porque los judíos no tienen trato con los samaritanos. Respondió Jesús, y le dijo: "Si supieres el don de Dios, y quién es quien te dice dame de beber, tú de cierto le pidieras a El, y te daría agua viva". La mujer le dijo: "Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo: ¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dio este pozo, y él bebió de él, y sus hijos, y sus ganados?" (vv. 7-12)

Crisóstomo, In Ioannem hom., 30

Y como desobedece lo mandado por Sí mismo, al hablar con los samaritanos, puso el Evangelista muchas causas por las que tuvo para hablar con aquella mujer. No había ido intencionadamente para hablar con los samaritanos, pero tampoco debía rechazar a la que venía a El. Por esto dice: "Vino una mujer de Samaria, a sacar agua". Y véase cómo da a conocer a la mujer que viene a buscar agua por el calor.

San Agustín, In Ioannem tract., 15

Esta mujer representa la Iglesia, no justificada, sino ya para serlo. Contiene también la imagen de la cosa que procede de los extraños. Los samaritanos eran extraños, aunque habitaban lugares próximos; asimismo había de venir la Iglesia de los gentiles, distinta de los judíos por su origen.

Teofilacto

Encontró el Salvador ocasión oportuna de hablar con aquella mujer que vino al pozo, hablando de la sed. Por esto sigue el Evangelista: "Jesús le dijo: dame de beber". Porque tenía sed en cuanto a la naturaleza humana, tanto por el cansancio del camino cuanto por el calor.

San Agustín, Lib. 83 queast. qu. 64

En realidad lo que tenía Jesús era sed de la fe de aquella mujer. Siempre tiene el Señor sed por la fe de aquellos por los cuales ha derramado su sangre.

Crisóstomo, ut supra

Aprendemos en esto del Salvador, no sólo a tener la fortaleza suficiente en los caminos, sino también a olvidarnos acerca de lo que habremos de comer, porque los discípulos del Salvador no llevaban viandas. Por esto añade: "Porque sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer". De aquí que también el Evangelista manifiesta que Jesucristo es humilde, en cuanto se queda solo. Y en verdad que podría, si hubiera querido, o no enviar a todos, o tener otros que le acompañasen cuando se marchasen sus discípulos. Pero no lo quiso porque así acostumbraba a sus discípulos a prescindir de toda soberbia. Pero se dirá: ¿cómo puede llamar la atención que los

discípulos fueran humildes, si eran pescadores y albañiles? Pero de pronto se hicieron más respetables que todos los reyes, en cuanto empezaron a tratar y a seguir al Señor de todo el orbe. Especialmente sucede que cuando algunos salen de familias humildes y obtienen dignidades, fácilmente se hacen soberbios, como no acostumbrados a tanto honor. Mas reteniendo el Salvador a sus discípulos en el estado humilde que antes tenían, les enseñaba a que se dominasen en todos los conceptos. La mujer que oye: "Dame de beber", se vale sagazmente de las palabras de Cristo para formular la pregunta que siguió. Por lo que continúa el Evangelista: "Díjole la mujer: ¿Cómo tú, siendo judío", etc.? Presumió que era judío por el aspecto exterior y por el lenguaje. Obsérvese el carácter inquisitivo de esta mujer, porque aunque Jesucristo debía tomar precauciones para comunicarse con ella, no le sucedía a ella lo mismo respecto de Jesucristo. Puesto que no dice el Evangelista que los samaritanos no debían comunicarse con los judíos, sino que indica antes: "porque no comunican los judíos con los samaritanos". Los judíos, al volver de la cautividad, miraban con recelo a los samaritanos, considerándolos como extranjeros y enemigos, dado que no se servían de todas las Escrituras, no aceptando sino los libros de Moisés, sin cuidarse para nada de los libros de los Profetas. Ponían todo su empeño en inmiscuirse con la nobleza judía, en tanto que los judíos los miraban con el mismo horror con que abominaban a las demás naciones.

San Agustín, In Ioannem tract., 13

Se abstenían completamente de servirse de sus vasijas. Por tal razón aquella mujer, que era la que llevaba la vasija para sacar el agua, queda sorprendida porque un judío le pidió agua para beber, cosa que no acostumbraban hacer los judíos.

Crisóstomo

¿Y cómo Jesús le pidió agua para beber, si la Ley no se lo concedía? Si alguno dijere que porque ya sabía de antemano que ella no se la había de dar, se dirá que ni aun por esto convenía pedírsela. Hay que decir, pues, que se la pidió porque en realidad era indiferente prescindir en adelante de tales observancias.

San Agustín, ut supra

Aquél que pedía de beber tenía sed de la fe de la mujer aquella. Por esto sigue: "Respondió Jesús, y le dijo: si supieres el don de Dios", etc.

Orígenes, In Ioannem tom., 14

Es una especie de dogma: que nadie recibe gracia de Dios si no la pide. El Padre manda al mismo Salvador que pida y le dará, según aquellas palabras del salmo: "Pídeme, y te daré a todas las gentes por heredad" (Sal 2,8). Y el mismo Salvador dice: "Pedid y se os dará" (Lc 11,9) y por lo tanto, dice claramente, si hubieses pedido te hubiese dado.

San Agustín, Lib 83, quaest. qu. 84

Y en esto da a conocer que no había pedido aquella agua que la mujer entendía, sino que El tenía sed de la fe de ella y que deseaba comunicarle el Espíritu Santo. Entendemos perfectamente por agua viva lo que es un don de Dios, como El mismo dice: "Si conocieres el don de Dios", etc.

San Agustín, ut supra

Se llama vulgarmente agua viva la que sale de una fuente. Y aquella que se coge de la lluvia en lagunas o aljibes no se llama así, aunque haya mandado de alguna fuente y haya sido recogida en algún lugar, aun cuando no se sepa de dónde haya nacido, sino que haya caído de las nubes. Como está separada de la comunicación con fuente alguna no se llama agua viva.

Crisóstomo, ut supra

También la Sagrada Escritura en unas ocasiones llama fuego a la gracia del Espíritu Santo, y en otras agua, manifestando que estos nombres no representan la esencia de la cosa sino su acción. El nombre de fuego representa que éste se levanta y causa la gracia y que consume los pecados de una manera misteriosa. Y cuando le llama agua significa la purificación que experimenta el alma y el gran consuelo que produce en los que le reciben.

Teofilacto

Llama agua viva a la gracia del Espíritu Santo, esto es, vivificante, refrescante y motriz, porque la gracia del Espíritu Santo siempre mueve a aquél que obra bien, disponiendo cosas elevadas en su corazón.

Crisóstomo, ut supra

Entre tanto el Señor quería separarla de toda sospecha baja según la cual creería aquella mujer que El sería uno de tantos. Pues la mujer, creyendo honrarle mucho, le llama Señor. Sigue, pues: "La mujer le dijo: no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo: ¿de dónde, pues, tienes el agua viva?"

San Agustín, In Ioannem tract., 15

Véase cómo entendió el agua viva, esto es, el agua que brota de una fuente. Como diciendo: tú me quieres dar agua viva, siendo así que yo llevaba con qué sacarla y tú no. Por lo tanto tú no puedes darme de esta agua viva, porque no tienes de dónde sacarla; acaso me la ofreces de otra fuente. "¿Por ventura eres tú mayor que nuestro Padre Jacob?", etc.

Crisóstomo, ut supra

Como diciendo: no puedes decir que Jacob nos dio esta fuente y que él se sirvió de otra, porque él y todos los que le pertenecían bebían de ésta, lo cual no hubiera sucedido si hubieran tenido otra mejor; luego no puede dar agua esa otra fuente; no puedes decir que tienes otra mejor sino presentándote como mayor que Jacob. Por lo tanto, ¿de dónde tienes esa agua que ofreces darnos?

Teofilacto

Cuando dice: "Y sus ganados", se demuestra la abundancia del pozo. Como diciendo: no sólo es buena el agua, puesto que Jacob la bebía y sus hijos, sino que además es tan abundante que podía saciar la sed de todos los rebaños de aquel patriarca.

Crisóstomo, ut supra

Véase cómo se incluyó a sí misma en el linaje de los judíos. Porque los samaritanos reconocían a Abraham como su progenitor, porque había vivido en Caldea; y llamaban

padre a Jacob, que era su nieto.

Beda

Llama padre suyo a Jacob, porque también vivía sometido a la Ley de Moisés y porque poseía el campo que Jacob había dado a su hijo José.

Orígenes, In Ioannem tom., 14

En sentido espiritual la fuente de Jacob son las Sagradas Escrituras; porque los que están instruidos en ellas beben en las mismas como Jacob y sus hijos. Y los que son sencillos e ignorantes beben como los rebaños de Jacob.

Jesús respondió, y le dijo: "Todo aquél que bebe de esta agua volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed; pero el agua que yo le daré se hará en él una fuente de agua que saltará hasta la vida eterna". La mujer le dijo: "Señor, dame esa agua, para que no tenga sed ni venga aquí a sacarla". Jesús le dijo: "Ve, llama a tu marido y ven aquí". La mujer respondió, y dijo: "No tengo marido". Jesús le dijo: "Bien has dicho no tengo marido: porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido: esto has dicho con verdad". (vv. 13-18)

Crisóstomo, In Ioannem hom., 31

Cuando la mujer había preguntado: "¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Jacob?" no dijo el Salvador: soy mayor, para que no apareciese que quería vanagloriarse. Sin embargo lo manifestó por lo que dijo en seguida. Prosigue: "Jesús respondió, y le dijo: Todo aquél que bebe de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed, y se hará en él una fuente", etc. Como diciendo: si Jacob fue admirable porque dio esta agua, si yo te doy una mejor que ésta, ¿qué dirás? Y no hace esta comparación a modo de desprecio, sino en relación a su alta dignidad. Y no dice que esta agua es mala ni despreciable, sino que dice aquello mismo que la naturaleza atestigua, a saber: que todo el que bebe de esta agua volverá a tener sed.

San Agustín, In Ioannem tract., 15

Lo cual es verdadero, ya se trate del agua material o ya de aquella que ésta representa; porque el agua está en el pozo, y las pasiones del mundo en una profundidad oscura, de donde las sacan los hombres con la vasija de sus pasiones. Porque el que no realiza los deseos, no puede llegar a los placeres. Y cuando alguno llega hasta los placeres de esta vida, ¿no tiene sed de nuevo? Luego el que bebe de esta agua tendrá sed otra vez. Mas si recibe agua de mí, no tendrá sed eternamente. ¿Y cómo tendrán sed otra vez los que estén embriagados por la abundancia de la casa de Dios? (Sal 35). Prometía, por lo tanto, cierto alimento y la saciedad del Espíritu Santo.

Crisóstomo, ut supra

Manifiesta la grande excelencia de esta agua, a saber: porque todo el que bebiese de ella no tendría sed eternamente, por lo que dice a continuación. Prosigue, pues: "Pero el agua que yo le daré se hará en él una fuente de agua que saltará hasta la vida eterna". Como si dijera: así como el que tiene una fuente dentro de sí mismo nunca puede ser afligido por la sed, del mismo modo el que tiene esta agua, esto es, la que yo le daré.

Teofilacto

Porque el agua que yo doy, constantemente se multiplica. El fundamento y el principio lo reciben los santos por medio de la gracia y luego ellos mismos negocian y trabajan por su aumento.

Crisóstomo, ut supra

Véase cómo aquella mujer era conducida poco a poco a la altura de los grandes misterios. Porque primeramente creyó que el Salvador era algún malvado de los judíos. Después, oyendo decir "agua viva", creyó que se trataba del agua material. Después, diciendo que se trataba de cosas espirituales, creyó, en verdad, que podía haber una agua capaz de apagar para siempre la sed. Aunque todavía no sabía qué agua sería ésta, la pedía creyendo que sería mejor que todas las aguas materiales. Por esto añade: "La mujer le dijo: Señor, dame esa agua para que no tenga sed ni venga aquí a sacarla". En este concepto le cree superior al patriarca Jacob, de quien tenía formada una opinión tan alta.

San Agustín,ut supra

O de otra manera: aún se fijaba en lo material aquella mujer. Se complacía en no tener sed y creía que era esto lo que el Señor le había ofrecido, pero en sentido material. Dios había concedido en una ocasión a su siervo Elías que no tuviese ni hambre ni sed en el espacio de cuarenta días. Y el que puede hacer esto por cuarenta días, ¿no podría darlo para siempre? (1Re 9). Complacida, pues, con tal obsequio, le ruega que le dé agua viva. Por esto sigue: "La mujer le dijo: Señor, dame esa agua para que no tenga sed ni venga aquí a sacarla". La pedía por evitarse el trabajo, porque, como persona débil, rehusaba el trabajar. Ojalá que hubiese oído: "Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os aliviaré" (Mt 11,28). Y esto lo decía Jesús para que ya no trabajase; pero ella aún no lo entendía. Finalmente, quiso el Señor que le entendiese. Por esto sigue: "Jesús le dijo: Ve, llama a tu marido y ven acá". ¿Qué es esto? ¿Acaso quería darle aquella agua por medio de su trabajo? Pero ella aún no lo entendía; quería enseñarla por medio de su marido, así como dice el Apóstol, refiriéndose a las mujeres: "que si alguna quiere aprender pregunte a su marido en su casa" (1 Cor 11,35). Pero lo que allí se dice era para cuando no estuviese Jesús que enseñe. Mas como el mismo Señor era el que estaba presente, ¿qué necesidad había de hablarle por medio de su marido? ¿Acaso habló por medio de su marido a María Magdalena, que estuvo sentada junto a los pies del Salvador?

Crisóstomo, In Ioannem hom., 31

Mas como la mujer lo pedía, deseando recibir el agua ofrecida, le dijo el Señor: "llama a tu marido", dando a entender que también él debía participar de aquello. Mas ésta, deseando recibir el agua y ocultando su mala vida, creía aún que hablaba solamente a un hombre. Por esto dice: "La mujer respondió, y dijo: No tengo marido". Habiendo oído esto el Salvador, cree llegado el momento de exponerle sobre las demás cosas, porque le cuenta cuántos maridos ha tenido y le reprende por el que ahora ocultaba. Prosigue: "Jesús le dijo: bien has dicho, no tengo marido".

San Agustín, In Ioannem tract., 15

Entiéndase, en verdad, que esta mujer no tenía entonces marido, pero tenía tratos ilícitos con no sé qué marido ilegítimo. Por esto le habla oportunamente diciendo: "Has tenido cinco maridos".

Orígenes, In Ioannem tom., 13

Ve ahora si es posible que el pozo de Jacob represente todas las Sagradas Escrituras. El agua de Jesús, las cosas ocultas que motivaron la revelación, y que no es permitido a todos poder escrutar; porque lo que está escrito ha sido dictado por los hombres y lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni puede caber en el alma humana, no puede reunirse en las Sagradas Escrituras; pero pueden brotar de la fuente del agua que salta para la vida eterna (por disposición del Espíritu Santo), y entonces se dan a conocer a aquellos que ya no tienen un alma material, y que pueden decir con el Apóstol: "Nosotros conocemos a Jesucristo" (1Cor 2,16). Por lo tanto, el que no conoce lo profundo de sus palabras, aun cuando se contente con poco, otra vez dudará insistiendo. Mas el que bebe el agua de Jesucristo es elevado a tal altura, que la fuente de todo lo que desea brota en él, y los que desean agua en lo alto, volando su imaginación, llegan a conseguir esta agua, que salta hasta la vida eterna. Aquella mujer quería vivir sin el agua de Jacob de una manera angelical y aprender la verdad de manera sobrehumana, porque los ángeles no necesitan del pozo de Jacob para beber; pero cualquiera comprende que la fuente del agua que brota hasta la vida eterna, procedía del mismo Verbo; y por esto es que añade: "Señor, dame esa agua". Pero es imposible aquí, sin recurrir a aquella que se saca del pozo de Jacob, tomar el agua que es concedida por el Verbo. Por esto parece que Jesús dice a la samaritana, cuando se la pide, que se la daría, pero no en otro lugar sino en la fuente de Jacob. Por esto sigue: "Le dice Jesús: Ve, llama a tu marido, y ven acá". Por lo tanto, si tenemos sed, es muy conveniente tomar agua en primer lugar del pozo de Jacob. Y además, como dice el Apóstol, "el marido del alma, es la Ley" (Rom 7).

San Agustín, Lib. 83, quaest. qu. 64

Los cinco maridos representan los cinco libros que se han escrito por Moisés. Así lo creen algunos. Respecto a lo que dijo: "Y el que ahora tienes no es tu marido", creen algunos que el Salvador decía esto refiriéndose a sí mismo. Porque éste sería el sentido: primeramente has obedecido a los cinco libros de Moisés, como si hubieran sido cinco maridos; mas el que tienes ahora (esto es, el que oyes) no es tu marido, porque todavía no crees en él. Mas como era detenida todavía por aquellos cinco maridos (esto es, por aquellos cinco libros), no creyendo aún en Jesucristo, puede preguntarse cómo pudo decir: "has tenido cinco maridos", como si ahora no los tuviese. Además, cómo puede entenderse que el hombre pueda separarse de aquellos cinco libros para creer en Jesucristo, cuando el que cree en Jesucristo no debe abandonar aquellos cinco libros, sino entenderlos mejor en sentido espiritual. Luego esto, debe entenderse también de otro modo.

San Agustín, In Ioannem tract., 15

Viendo Jesús que aquella mujer no le entendía, y deseando que le entendiese, le dice: "Llama a tu marido", esto es: presenta tu inteligencia. Porque cuando la vida está ordenada, el entendimiento dirige al alma, perteneciendo al alma misma; el entendimiento no es cosa distinta del alma, sino algo de ella. Esto mismo que se llama entendimiento e inteligencia del alma, es alumbrado por una luz superior. Y esta luz era la que hablaba cuando hablaba con aquella mujer; pero faltaba el entendimiento en ella. Y el Señor, como si dijese: quiero iluminar y no tengo a quien, le dijo: "Llama a tu marido". Esto es:

trae el entendimiento, por medio del cual comprenderás, por quien serás dirigida. Mas ella, aun sin llamar aquel marido, no lo entendió. Me parece que los cinco primeros maridos del alma podemos interpretarlos por los cinco sentidos corporales; antes que cada cual tenga uso de razón, no es dirigido por otra cosa que por los sentidos de la carne. Mas cuando el alma es capaz de sentir, o es dirigida por la sabia razón o por el error. Pero el error no rige, sino que pervierte. Después de aquellos cinco sentidos, aquella mujer aún erraba; mas aquel error no era su legítimo marido, sino un adúltero. Por lo tanto, le dice Jesús: "Quita este adúltero que te corrompe, y llama a tu marido para que me entiendas".

Orígenes, In Ioannem tom., 13

¿Y dónde era más oportuna esta refutación de Jesús, en relación al marido de la samaritana, sino junto a la fuente de Jacob? Puede también entenderse que el marido del alma es la Ley, porque la samaritana, por la inconveniente interpretación de las palabras de la Ley, se sujetaba al rito de los infieles como a su marido ilegítimo. Y ahora es llamada a la Palabra de la verdad, que habría de resucitar de entre los muertos, y que no había de morir ya después.

La mujer le dijo: "Señor, veo que tú eres profeta: nuestros padres, en este monte adoraron, y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar en donde se debe adorar". Jesús le dijo: "Mujer, créeme que viene la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén, adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis: nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los judíos. Mas viene la hora, y ahora es cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque el Padre también busca tales que le adoren. Dios es espíritu, y es menester que aquéllos que le adoran le adoren en espíritu y verdad". (vv. 19-24)

Crisóstomo, In Ioannem hom., 31

Aquella mujer, reprendida por Jesucristo, no se afligió, ni abandonándole se marchó. Sino que se admiraba y se detenía y perseveraba. Por esto sigue el Evangelista: "La mujer le dijo: Veo, Señor, que tú eres profeta". Como diciendo: como me has demostrado lo que yo tenía oculto, me has dado a conocer que eres un profeta.

San Agustín, In Ioannem tract., 15

Aunque empezaba a venir a ella su marido, aun no había venido del todo. Ya consideraba al Señor como a un profeta, y en realidad que lo era. Pero, refiriéndose a sí mismo, el Señor dice que ningún profeta es criticado en ninguna parte más que en su patria (Mt 13,57).

Crisóstomo, ut supra

Además, como ella había sospechado esto, no le preguntó cosa alguna, ni mundana ni temporal, ni que perteneciese a la vida de la tierra. No le hablaba de la salud del cuerpo, ni de dinero, ni de abundancias, ni de riquezas, sino únicamente de doctrinas; porque la que antes era molestada a causa de la sed, ahora andaba solícita de otra cosa: a saber, de la doctrina.

San Agustín, ut supra

Y empieza a preguntar lo que más le llama la atención, diciendo: "Nuestros padres, en este monte adoraron, y vosotros decís que en Jerusalén está el sitio donde es menester adorar". Había disentimientos entre los samaritanos y los judíos, porque los judíos adoraban a Dios en el templo levantado por Salomón y, por lo tanto, se creían mejores. Mas los samaritanos decían a esto: ¿cómo os jactáis vosotros de que tenéis un templo que nosotros no tenemos? ¿Acaso nuestros padres, que ayer agradaron a Dios, le adoraron en aquel templo? Mejor rogamos nosotros en este monte a Dios, porque nuestros padres le adoraron en él.

Crisóstomo, ut supra

Cuando dice "nuestros padres" se refiere a aquellos que vivieron en el tiempo de Abraham, porque dicen que allí ofreció a su hijo.

Orígenes, ut supra

Los samaritanos creían que era santo el monte que se llama Garizim (junto al que vivió Jacob), y en él adoraban a Dios; mas los judíos creían que el monte Sión era sagrado, y que aquél era el sitio elegido por Dios. Mas así como los judíos, de quienes procedía la salud, servían de modelo para los que hablaban en el sentido recto, los samaritanos servían para los que opinaban de diferente modo. Por esto es que muy oportunamente los samaritanos se daban a conocer en el monte Garizim, que quiere decir "distinción" o "división", mas los judíos en el monte Sión, que quiere decir "lugar de observación".

Crisóstomo, ut supra

Mas Jesucristo no resuelve la cuestión en seguida, sino que lleva a aquella mujer al conocimiento de cosas más elevadas, de las que no le había hablado antes, hasta que ella le confesó como profeta, para que oiga con gran certeza lo que habría de decirle en adelante. Por esto sigue: "Jesús le dijo: Mujer, créeme", etc. Y le dice "créeme", porque en toda ocasión nos es necesaria la fe, como madre de todos los bienes, puesto que ella es la medicina de la salvación, sin la que nada grande puede alcanzarse. Mas los que tientan se parecen a aquellos que sin nave alguna intentan atravesar el mar, porque como saben nadar un poco, creen que con esto es bastante; pero cuando han avanzado algo quedan sumergidos.

San Agustín, ut supra

Con razón, estando ya presente el marido, oye aquella mujer: "créeme". Ya hay en ti quien crea. Empezaste a tener conocimiento, mas si no creyereis, no entenderéis (Is 7,9).

Alcuino

Cuando dice "que viene la hora" se refiere al tiempo de la predicación del Evangelio (que ya estaba próximo). Porque en esta época, habiendo desaparecido ya la sombra de las figuras, podría la verdad ilustrar con su luz pura las inteligencias de los que creyesen.

Crisóstomo, In Ioannem hom., 32

Era inútil que Jesucristo explicase el por qué los padres adoraban en el monte y los judíos en Jerusalén. Por lo tanto, nada dijo acerca de esto, sino que únicamente manifestó que los judíos eran más dignos de consideración, no por el lugar, sino por la inteligencia. Por esto añade: "Vosotros adoráis lo que no sabéis, pero nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los judíos".

Orígenes, In Ioannem tom., 14

Cuando dice vosotros, por la significación material de la palabra se entiende los samaritanos. Y en cuanto al sentido de analogía, se entiende aquellos que opinan de diferente modo respecto de las Sagradas Escrituras, o creen cosas diversas de lo que nosotros creemos y, por lo tanto, viven en el error. La palabra "nosotros", en su significado literal, designa a los judíos. Y en cuanto a la alegoría, al Verbo divino y a todos aquellos que han sido conformados por El en la verdad, obteniendo la salvación mediante las tradiciones judías.

Crisóstomo, ut supra

Los samaritanos adoraban lo que no conocían, creyendo que Dios estaba

circunscrito a ciertos sitios y que era un Dios particular, no teniendo formada de El otra opinión que la que tenían formada de los ídolos. Y, por tanto, confundían el culto de Dios con el culto de los demonios. Mas los judíos estaban libres de este error porque sabían que Dios era el dueño de todo el Universo. Por esto dijo: "Nosotros adoramos lo que sabemos". Se cuenta a sí mismo en el número de los judíos, hablando según la opinión de la mujer, que le creía un profeta de los judíos. Por esto dijo: "Adoramos", siendo así que es bien sabido que El es adorado por todos. Y cuando dice: "Porque la salud viene de los judíos", no manifiesta otra cosa que de allí habría de salir para todo el mundo todo lo más saludable y puro. Allí comenzó a conocerse a Dios y a detestarse a los ídolos. Y de allí nacieron otros dogmas. También allí tuvo principio lo que es para nosotros, y fue para los judíos, motivo de adoración. Llamó "salud" a su presencia, cuando dice que procede de los judíos, según aquellas palabras del Apóstol: "De quienes procede Jesucristo, según la carne" (Rom 9,5). Véase cómo alaba el Antiguo Testamento, al que considera como el fundamento de todos los bienes, demostrándose a sí mismo en todas las ocasiones como no contrario a la Ley.

San Agustín, ut supra

Mucho había concedido a los judíos, de quienes dijo: "Nosotros adoramos lo que sabemos". Pero no refiriéndose a la persona de los judíos malvados, sino a aquéllos de quienes procedían los apóstoles, como habían sido los profetas, y como fueron todos aquellos santos que pusieron a los pies de los Apóstoles el íntegro de todas sus cosas (Hch 4).

Crisóstomo, ut supra

Así pues, los judíos os aventajan ¡oh mujer! en el modo de adorar, pero también este modo de adorar ha de tener su fin. Por esto añade: "Mas viene la hora (y ahora es), cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad". Y como los profetas habían predicho ya mucho tiempo antes lo que habían predicho, dice: "Y ahora es", para que no se crea que esta profecía era de las que habían de cumplirse después de mucho tiempo. La cosa ya apremia y está a la puerta. Y en otro lugar dijo también: "Los verdaderos adoradores", para distinguirlos de los falsos. Porque hay algunos que son falsos adoradores, como son los que piden cosas temporales y caducas en la oración, o aquéllos que empiezan a obrar de un modo diferente a como eran antes.

Crisóstomo, ut supra

Cuando dice: "Verdaderos", excluye a los judíos con los samaritanos. Porque aun cuando los primeros eran mejores que los segundos, sin embargo, para los que habían de venir habrían de ser mucho menores, como lo es la figura respecto de la verdad. Son, pues, verdaderos adoradores los que no circunscriben el culto de Dios (o sea su adoración) a lugar alguno, y adoran a Dios en espíritu. Por esto San Pablo dice: "A quien sirvo en mi espíritu", etc. (Rom 1,9).

Orígenes, ut supra

Se dice por dos veces: "Viene la hora". Primeramente, se dice de un modo sencillo, "Viene", y no se añade: "y ahora es"; mas en el segundo lugar, se dice: "Y ahora es". Y

yo creo que primero se hace conocer la adoración que, despojados del cuerpo, hemos de dar a Dios en la perfección; mas en el segundo lugar se habla de aquella adoración que sucede ahora en la vida presente, en cuanto lo permite la naturaleza humana. Mas cuando llegue la hora de la que habla el Señor, debe prescindirse del monte de los samaritanos, y Dios debe ser adorado en Sión, que es donde está Jerusalén, de la que Jesucristo dice que es la del excelso príncipe. Y ésta es la Iglesia en donde la oblación sagrada y las víctimas espirituales son ofrecidas en la presencia de Dios por aquellos que comprenden la Ley en sentido espiritual. Y cuando venga la plenitud de los tiempos no podrá pensarse que el verdadero culto dado en Jerusalén (esto es, en la presente Iglesia) pueda seguirse practicando, porque los ángeles no adoran al Padre en Jerusalén. Mas cuando llegue esa hora todo hombre se presentará como hijo al Padre. Por ello no dijo adoraréis a Dios, sino adoraréis al Padre. Mas al presente, adoran al Padre en espíritu y en verdad los verdaderos adoradores.

Crisóstomo, In Ioannem hom., 32

Dice esto respecto de la Iglesia, en la que se presta a Dios la adoración verdadera y conveniente. Por esto añade: "Porque el Padre también busca a aquellos que le adoran". Y aun cuando ya en otro tiempo quería a esos tales, permitió que se quedasen entre los antiguos y les concedió que sirviesen de figura. Hizo esto únicamente condescendiendo con aquellos, para que por este medio viniesen al conocimiento de la verdad.

Orígenes, In Ioannem tom., 14

Mas si el Padre busca, busca por medio de Jesús, quien vino a buscar y a salvar lo que había perecido, y a quienes, instruyéndolos, convirtió en verdaderos adoradores. En cuanto a lo que añade: "Dios es espíritu", creo que se refiere a aquello que nos lleva a la verdadera vida, porque aun en la vida corporal somos vivificados por el espíritu.

Crisóstomo, ut supra

También indica que Dios es incorpóreo. Conviene, por tanto, que su culto sea también incorpóreo, esto es, que nos ofrezcamos a El por medio del alma y por la pureza de intención. Por esto añade: "Y es menester que aquellos que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad". Y como los samaritanos y los judíos despreciaban el alma y se cuidaban mucho del cuerpo, procurando limpiarle de toda inmundicia, por tanto dice que no por medio de la limpieza del cuerpo, sino por medio de lo incorpóreo que existe en nosotros (esto es, por medio del entendimiento, al cual denomina espíritu), Dios incorpóreo es adorado.

San Hilario, De Trin. l. 2

Cuando enseñó que Dios espíritu debe ser adorado en espíritu, manifestó la libertad y la ciencia, como también la infinidad de los que habrían de adorarle, según aquellas palabras del Apóstol: "Donde está el espíritu de Dios, allí está la libertad" (2Cor 3,17).

Crisóstomo, ut supra

Conviene adorar a Dios en verdad, porque las primeras adoraciones eran figuras, como eran la circuncisión, los holocaustos y los perfumes; mas ahora sólo hay verdad.

Teofilacto

Pero hay muchos que creen que ellos adoran a Dios en espíritu (esto es, por el alma), sin que tengan de Dios ideas rectas, como son los herejes. Por esto añade: "Y en verdad". Acaso alguno dirá que se indica en lo dicho los dos ámbitos del conocimiento que existen en nosotros, a saber: la acción y la contemplación. Y así por medio del espíritu se indicaría la actividad según aquellas palabras del Apóstol: "Los que obran según el espíritu de Dios", etc. (Rom 8,14). Por medio de la verdad se referiría a la contemplación. O de otra manera: creían los samaritanos que Dios sólo estaba en un lugar determinado y que allí debía adorársele, contra los que dicen que los verdaderos adoradores no adoran en un lugar determinado, sino en el espíritu. Para los judíos, todo se encontraba bajo figura y en sombra. Y por tanto se dice que los verdaderos adoradores no adorarán en figura, sino en verdad. Y como Dios es espíritu, busca adoradores espirituales; siendo El la verdad, busca a los verdaderos.

San Agustín, ut supra

Buscabas, acaso, un monte para orar con el fin de estar más cerca de Dios. Pero el que habita en lo alto se acerca a los humildes; luego, desciende para que asciendas. Ascensiones son en su corazón, dijo el salmista, las ascensiones del que llora en el valle de lágrimas, que representa la humildad. ¿Quieres orar en el templo? (Sal 83,6). Pues ora en ti, mas primero sé templo de Dios.

La mujer le dijo: "Yo sé que viene el Mesías, que se llama Cristo; y cuando viniere El, nos aclarará todas las cosas". Jesús le dijo: "Yo soy, que hablo contigo". (vv. 25-26)

Crisóstomo, In Ioannem hom., 32

Mas aquella mujer, fatigada por la elevación de lo que se le decía, se asustó. Por esto sigue: "La mujer le dijo: yo sé que viene el Mesías", etc.

San Agustín, In Ioannem tract., 15

En latín, se llama ungido; en griego, Cristo; y en hebreo, Mesías. Sabía, por lo tanto, que habría uno que podría enseñarle, pero no conocía aún al que ya le enseñaba. Por esto añade: "Y cuando viniere, él nos declarará todas las cosas", etc. Como diciendo: ahora los judíos polemizan acerca de su templo y nosotros, acerca de nuestro monte; pero cuando venga aquél, despreciará el monte, destruirá el templo y nos enseñará cómo debemos adorarle en espíritu y en verdad.

Crisóstomo, ut supra

¿Pero de dónde venía a los samaritanos esperar el advenimiento de Jesucristo? Sin duda habían tomado la Ley de Moisés y de los escritos de Moisés habían conocido esto; mas Jacob, profetizando acerca de Jesucristo, había dicho: "No faltará un príncipe de la casa de Judá, ni un capitán que proceda de él mientras que no venga el que ha de ser enviado" (Gn. 49,10). Pero Moisés dijo también: "Dios levantará entre vosotros un profeta, de entre vuestros hermanos" (Dt 18,18).

Orígenes, In Ioannem tom., 14

Y no debe desconocerse que así como Jesucristo se levantó de entre los judíos, no sólo diciendo que él era el Cristo sino probándolo, así entre los samaritanos un tal Dositeo aseguraba que él era Cristo.

San Agustín, Lib 83 quaest. qu. 64

Para indicar a los que entienden que los cinco sentidos corporales se representaban con el nombre de cinco hombres, después de las cinco contestaciones carnales que antes se han visto en el sentido literal, ahora se nombra Jesucristo en la sexta contestación.

Crisóstomo, ut supra

Mas Jesucristo se da a conocer a aquella mujer, y por esto sigue: "Jesús les dijo: yo soy, que hablo contigo" (Jn 10,24). Y en verdad, si en el principio hubiese dicho esto a la mujer, le hubiera parecido que hablaba por vanidad; mas ahora, poco a poco, la había traído a la memoria de Cristo. Y por esto se dio a conocer con toda oportunidad. Pero cuando los judíos le preguntaban: "Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente", no se dio a conocer, porque no le buscaban para aprender de El, sino para injuriarle. Mas ésta hablaba con intención sencilla.

Y al mismo tiempo llegaron sus discípulos y se maravillaban de que hablaba con una mujer. Pero ninguno le dijo: "¿Qué preguntas o qué hablas con ella?" La mujer, pues, dejó su cántaro, se fue a la ciudad y dijo a aquellos hombres: "Venid y ved a un hombre que me ha dicho cuantas cosas he hecho: ¿si quizá es éste el Cristo?" Salieron entonces de la ciudad y vinieron a El. (vv. 27-30)

Crisóstomo, ut supra

Concluida su explicación, llegaron los discípulos muy a tiempo. Por esto dice: "Y al mismo tiempo llegaron sus discípulos y se maravillaban", etc. Se maravillaban, en verdad, pero era de la gran mansedumbre y humildad de Jesucristo; porque siendo tan esclarecido y respetable, no tuvo inconveniente en hablar con tanta humildad a aquella mujer pobre y samaritana.

San Agustín, In Ioannem tract., 15

Como el que había venido a buscar lo que había perecido buscaba a la mujer perdida, los Apóstoles que se maravillaban de esto admiraban lo bueno, sin sospechar nada malo.

Crisóstomo, ut supra

Y, sin embargo, aunque estaban admirados, no le preguntaron la causa. Por esto añade el Evangelista: "Pero ninguno le dijo, ¿qué hablas con ella?" Sabían los discípulos guardar las buenas formas, porque le temían y le respetaban. En otras ocasiones parece que le preguntaban en confianza, porque debían saber que los preocupaba; mas ahora nada de lo que sucedía les preocupaba.

Orígenes, ut supra

El Señor se valió de esta mujer, acaso como de un apóstol para con sus conciudadanos, de tal modo que, inflamándola por medio de sus palabras, dejó el cántaro y corrió a la ciudad a referirlo a sus conciudadanos. Por esto sigue: "La mujer, pues, dejó su cántaro", etc., no cuidándose de su cuerpo, ni de su oficio pobre, impulsada por la utilidad de muchos. También a nosotros interesa omitir y dejar las cosas del cuerpo y marchar a distribuir a otros los bienes adquiridos.

San Agustín, ut supra

Hydria, que viene de un nombre griego, se usa como vaso para el agua.

Crisóstomo, In Ioannem hom., 33

Y así como los apóstoles dejaron las redes inmediatamente después de que fueron llamados, así ésta dejó su cántaro e hizo los oficios de los evangelistas. Y no llamó a uno solo, sino a toda la ciudad. Por esto sigue: "Y se fue a la ciudad, y dijo a aquellos hombres: venid y ved a un hombre que me ha dicho cuantas cosas he hecho".

Orígenes, ut supra

Los reúne para que vengan a ver a aquel hombre que habla palabras superiores a las

de los demás hombres. Todo lo que hizo aquella mujer era el haber vivido mal con cinco maridos y su trato, después de ellos, con un sexto, que no era su propio marido. Abandonando y tomando un séptimo, dejó su cántaro, volviéndose pudorosa.

Crisóstomo, ut supra

No se avergonzó de decir esto, porque el alma, cuando se halla inflamada por el fuego divino, ya no se preocupa de las cosas de la tierra, y se fija en los demás, y no busca su gloria ni su desvergüenza, sino que una sola cosa es quien la detiene y la llama. Mas quería atraerlos, no sólo por su anuncio, sino porque ellos mismos le oyesen y para hacerlos partícipes de las enseñanzas de Jesucristo. Por esto dijo: "Venid y ved a un hombre". No dijo: venid y creed, sino: venid y ved, lo que era más fácil. Sabía claramente que en cuanto gustasen de la fuente misma, experimentarían lo mismo que ella había experimentado.

Alcuino

Poco a poco vino a predicar a Jesucristo. Primeramente le llama hombre, porque si le hubiere llamado el Cristo, los oyentes se hubiesen irritado y no hubiesen querido ir.

Crisóstomo, ut supra

De aquí se desprende también que no anunció al Cristo de una manera terminante, ni lo calló en absoluto, sino que dijo: "¿Si quizá es éste el Cristo?". Y, por lo tanto, aceptaron sus palabras, según sigue el Evangelista: "Salieron entonces de la ciudad y vinieron a El".

San Agustín, Lib 83 quaest. qu. 64

No debe pasarse en silencio que aquella mujer se marchó dejando su cántaro. Porque el cántaro representa el afecto de cosas mundanas, esto es, la concupiscencia, por medio de la cual los hombres sacan su voluptuosidad de la profundidad oscura, representada por el pozo. Convenía, por lo tanto, que aquella mujer, cuando creyó en Jesucristo, renunciase al mundo. Y así, abandonando el cántaro, demostró que abandonaba las pasiones de la vida.

San Agustín, ut supra

Abandonó la lascivia y marchó a anunciar la verdad. Aprendan aquí los que quieran predicar, cómo deben arrojar primero el cántaro a lo profundo del pozo.

Orígenes, ut supra

Aquella mujer también, convertida en receptáculo de la más sana doctrina, abandonó, despreciándolo todo, lo que antes sabía.

Entretanto le rogaban sus discípulos, diciendo: "Maestro, come": Jesús les dijo: "Yo tengo para comer un manjar, que vosotros no sabéis". Decían, pues, los discípulos unos a otros: "¿Si le habrá traído alguno de comer?" Jesús les dijo: "Mi comida es, que haga la voluntad del que me envió, y que cumpla su obra". (vv. 31-34)

San Agustín, In Ioannem tract., 15

Habían ido los discípulos del Salvador a comprar comida y habían venido. Por esto dice: "Entretanto le rogaban sus discípulos, diciendo: Maestro, come".

Crisóstomo, In Ioannem hom., 33

Viéndole cansado del camino y por el calor que hacía, le rogaban, aunque de un modo vulgar. Y este cuidado acerca de su Maestro no era nacido de falta de respeto, sino del amor.

Orígenes, ut supra

Creían que era tiempo adecuado para comer el que mediaba entre que la mujer había ido a la ciudad y la venida de los samaritanos. Porque no le ofrecían entonces de comer en presencia de ningún extraño. Por lo cual está bien puesto: "entretanto".

Teofilacto

Mas el Señor, como sabía que la samaritana había de traerle toda la ciudad, lo expresó a los discípulos con lo que sigue: "Y Jesús les dijo: Yo tengo para comer un manjar, que vosotros no sabéis.

Crisóstomo, ut supra

Aquí llamó comida a la salvación de los hombres, manifestando cuán grande es el deseo que tiene de nuestra salvación. Pero véase que no manifiesta esto enseguida, sino que lleva al que le oye a que dude poco a poco, y empiece a buscar lo que dice, y trabaje para que así adquiera mayor deseo.

Teofilacto

Y dice: "Un manjar que vosotros no sabéis". Esto es: "desconocéis que yo llamo comida a la salvación de los hombres, y también desconocéis que los samaritanos habrán de creer y se habrán de salvar". Mas los discípulos aun dudaban. Y por esto sigue: "Decían, pues, los discípulos unos a otros: ¿le habrá traído alguno de comer?".

San Agustín, ut supra

¿Qué de particular tiene que aquella mujer no entendiese a qué agua se refería el Salvador? He aquí que los discípulos no entendían lo que decía respecto de la comida.

Crisóstomo, ut supra

En verdad que respetaban y honraban a su Maestro como tenían de costumbre. Por eso hablaban ellos entre sí y no se atrevían a preguntarle.

Teofilacto

Respecto de lo que decían sus discípulos: "¿Si le habrá traído alguno de comer?",

debe tenerse en cuenta que el Señor acostumbraba a recibir alimentos de quien se los ofrecía. No porque necesitaba de servicio extraño quien da de comer a toda carne (Sal 146), sino para que adquiriesen mérito los que se lo ofrecían. Además quería dar a conocer que no se avergonzaba de la pobreza, ni miraba mal el que otros le alimentasen. Es propio y hasta necesario de todos los que enseñan, tener quienes cuiden de su alimento, para que estando exentos de cuidados realicen con mayor solicitud su predicación.

San Agustín, ut supra

El Señor oyó los pensamientos de los discípulos, y los enseñó como Maestro. No por medio de rodeos, como lo había hecho con aquella mujer, sino con toda claridad. Por esto sigue: "Jesús les dijo: mi comida es, que haga la voluntad del que me envió".

Orígenes, ut supra

Este era un alimento adecuado al Hijo de Dios, puesto que se manifiesta como ejecutor de la voluntad de su Padre, queriendo hacer en sí mismo lo que quería el Padre. Por tanto sólo el Hijo es capaz de cumplir con exactitud la voluntad paterna. Pero los santos no hacen otra cosa que la voluntad divina. Mas el que dijo: "Mi comida", etc., es quien cumple la voluntad de Dios plena y absolutamente. Es demostradamente su propia comida. Qué es lo que quiere el Padre, lo dice a continuación: "Que cumpla su obra". Se dice sencillamente que la obra es el mandato de quien la ordena. Y que aquellos que edifican o abren cimientos no hacen sino ejecutar la obra de aquel que los mandó. Mas si la obra de Dios se ejecuta por medio de Jesucristo, era necesario que antes de ser realizada por El estuviese imperfecta. ¿Y cómo podría ser imperfecta esta obra, siendo obra de Dios? La perfección de la obra era el perfeccionamiento de la naturaleza racional, y el Verbo hecho carne fue quien contribuyó a la perfección de esta obra, porque estaba imperfecta. Además, aunque el hombre había sido hecho perfecto, por su pecado perdió su perfección, y por esto fue enviado el Salvador. Primero, para cumplir la voluntad de Aquel que lo envió. Y en segundo lugar, para concluir la obra de Dios, con el fin de que se convierta en una comida a propósito para ser aceptada.

Teofilacto

Perfeccionó también la obra de Dios (esto es, el hombre) el Hijo de Dios, llevando en sí mismo nuestra propia naturaleza, pero sin pecado, manifestando que la naturaleza humana aparecía así perfecta e incorruptible en toda su extensión. También perfeccionó la obra de Dios (esto es, la Ley), porque el fin de la Ley es Jesucristo, haciéndo concluir sus efectos (después de realizar cuanto en ella se contenía), trayéndolos del culto material al espiritual (Rom 10).

Orígenes, ut supra

En sentido espiritual, después de haberse ocupado de la bebida, y habiendo hablado de la diferencia de las aguas, era natural que se hablase de la comida. La samaritana a quien Jesús pide de beber, no podía ofrecerle la bebida en un vaso digno; mas sus discípulos, habiendo encontrado alimentos humildes entre los extraños, se los ofrecieron, rogándole que comiese. Y véase si acaso temen que la palabra de Dios les falte por

carecer de los alimentos necesarios. Los discípulos, se proponen alimentar al Verbo con todo lo que encuentran, para que así, nutrido y robustecido, permanezca entre los que lo nutren. Y así como los cuerpos que carecen de alimento no se nutren con unas mismas comidas, ni una misma cantidad es bastante para alimentarlos, así debe entenderse respecto de lo que está sobre lo corporal, porque de los cuerpos hay algunos que necesitan poco alimento, y otros más, a causa de su diversa capacidad; esto es o porque se diferencian en sus proporciones, o porque no tienen la misma medida. Mas lo mismo sucede respecto de aquellos que se alimentan de palabras, de ideas contemplativas, o de acciones, porque la misma calidad no es apropiada para todos. Sucede que los niños recién nacidos apetecen la leche como su alimento propio; pero que los que ya están desarrollados, apetecen alimentos sólidos (1Pe 2). Por lo tanto hablaba Jesús con verdad cuando decía: "Yo tengo para comer un manjar que vosotros no sabéis" (Heb 5). Siempre acostumbra a decir esto el que cuida enfermos, a los que no quieren ver, que no son lo mismo que los que están sanos.

"¿No decís vosotros, que aun hay cuatro meses hasta la siega? Pues yo os digo: Alzad vuestros ojos, y mirad los campos, que están ya blancos para segarse. Y el que siega, recibe jornal y allega fruto para la vida eterna: para que se gocen a una el que siembra y el que siega. Porque en esto el refrán es verdadero, que uno es el que siembra y otro es el que siega. Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis: otros lo labraron, y vosotros habéis entrado en sus labores". (vv. 35-38)

Crisóstomo, In Ioannem hom., 33

Se conoce perfectamente cuál es la voluntad del Padre por lo que dice después: "¿No decís vosotros que aun hay cuatro meses hasta la siega?"

Teofilacto

Esto es, la siega material; pues yo os digo que la siega que debe entenderse ya está a la vista; esto lo decía por los samaritanos, que ya venían. Por esto añade: "Alzad vuestros ojos, y mirad los campos, que están ya blancos para segarse".

Crisóstomo, ut supra

Otra vez vuelve a levantarlos al conocimiento de cosas grandes por medio de palabras conocidas. La región y la siega representan aquí a la multitud de almas que estaban preparadas para recibir la predicación. Les dice "los ojos", refiriéndose no sólo a los de la inteligencia, sino también a los del cuerpo. En cuanto a los demás, veían aquella multitud de samaritanos que se acercaba. Llama muy oportunamente regiones blanqueadas a estas predisposiciones de los hombres; y así como las espigas, cuando ya están blancas, están dispuestas para la siega, así éstos estaban preparados para la salvación. Pero ¿por qué no dice claramente que los hombres están preparados para recibir la divina palabra? Por dos motivos o razones: lo uno para que su predicación se comprenda mejor y lleve con más facilidad al conocimiento de lo que dice por medio de lo que se ve; y lo otro, para que su narración sea más dulce y dure más en la memoria de aquellos con quienes habla.

San Agustín, In Ioannem tract., 15

Deseaba emprender la obra y se apresuraba a mandar operarios. Por esto añade: "Y el que siega recibe jornal, y allega fruto para la vida eterna, para que se gocen a una el que siembra y el que siega".

Crisóstomo, ut supra

Por medio de lo que dice aquí distingue las cosas terrenas de las del cielo. Y así como antes había dicho respecto del agua, que el que beba de su agua no tendrá sed, así dice ahora: "El que siega allega fruto para la vida eterna", y después: "El que siembra se alegra con el que siega". Los profetas son los que siembran; pero no segaron ellos, sino los apóstoles. Y como dirá después que uno es el que siembra y otro es el que siega, no lo dice porque los profetas que sembraron se queden sin recompensa, porque entonces se entendería una cosa extraña y ajena de las cosas sensibles; mas respecto de éstas, si

sucede que uno es el que siembra y otro es el que siega, no se alegran los dos a la vez, porque entonces se quejan los que siembran de que trabajan para otros, y se alegran únicamente los que siegan. Pero aquí no sucede esto, porque aunque no son unos mismos los que siegan y los que siembran, se alegran juntamente con los que siegan, puesto que perciben la misma recompensa.

San Agustín, ut supra

Es verdad que los apóstoles y los profetas trabajaron en diferente tiempo, pero participan de un mismo gozo, porque han de recibir juntos la misma recompensa, que es la vida eterna.

Crisóstomo, ut supra

Respecto de lo que había dicho, adujo un proverbio general. Por esto añade: "En esto el refrán es verdadero: que uno es el que siembra y otro es el que siega". Esto se decía vulgarmente cuando unos trabajaban y otros cogían el fruto. Pero aquí esta palabra está llena de verdad, porque los profetas trabajaron, pero vosotros cogéis el fruto de los trabajos de aquéllos. Por esto añade: "Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis".

San Agustín, ut supra

¿Qué es esto? Envía segadores y no sembradores. ¿Y a dónde envía esos segadores? A donde ya habían predicado los profetas. Leed sus trabajos, en todos ellos encontraréis profecías respecto de Jesucristo. Luego ya estaba preparada la siega en Judea, cuando tantos miles de hombres ofrecían el valor de sus propiedades, y poniéndolo a los pies de los apóstoles, seguían a Jesucristo, dejando caer de sus hombros los sacos de los cuidados del mundo. De esta mies fueron diseminados algunos granos y sembraron todo el orbe y brotó otra mies que había de segarse al fin de los siglos (Hch 4), y a cuya siega no serán enviados los apóstoles, sino los ángeles. Los segadores, dice, son los ángeles (Mt 13,39).

Crisóstomo, ut supra

Dice, pues: "Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis". Como diciendo: "donde hay menor trabajo, allí hay mayor complacencia; y yo os he reservado para esto". Y lo que era más difícil lo hicieron los profetas, como fue el hacer la siembra. Por esto añade: "Otros labraron, y vosotros habéis entrado en sus labores". Por medio de todo esto, quiere manifestar que los profetas desearon que los hombres se acercasen a Dios, y esto era lo que ordenaba la Ley. Además, aquéllos sembraron para que brotase este fruto. Manifiesta, pues, que El los envió, y que hay grande unión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Orígenes

Por esto viene bien lo que dice: "Alzad vuestros ojos", etc., lo que decía en sentido alegórico, y Cuando dice: "¿No decís vosotros que aún hay cuatro meses hasta la siega?", ¿acaso esto no lo decía en sentido alegórico? Creemos, por lo tanto, que esto se refiere a lo que dicen los discípulos, que quedan cuatro meses para que llegue la siega, significa algo así. Pues muchos de los discípulos del Verbo, esto es, del Hijo de Dios, advirtiendo

que aquella verdad era incomprensible a la naturaleza humana, cuando dedujeron que había otra vida distinta de la presente que está sujeta a decepción, porque tenía como sometidos los cuatro elementos, representados en los cuatro meses y creían que únicamente después de esta vida podría conocerse la verdad. Dicen, pues, los discípulos, respecto de las mieses, que son como el término de las operaciones que conducen al conocimiento de la verdad, porque habrían de concluir después de estos cuatro meses. Refutando esta opinión como nada sana, dijo el Verbo Encarnado a aquellos que opinaban de este modo: "¿No decís vosotros que aun hay cuatro meses hasta la siega? Pues yo os digo, alzad vuestros ojos". En muchos lugares de la Sagrada Escritura se lee lo mismo, mandándonos la palabra divina levantar y elevar nuestras consideraciones y los pensamientos adheridos a la tierra, pero manifestándonos que no podemos levantarnos sin la ayuda de Jesús. Porque ninguno que vive esclavo de sus pasiones y obra según la carne puede cumplir con este precepto; por lo que, quien así vive, no verá si los campos ya están blancos para la siega. Los campos blanquean, en verdad, para la siega, cuando el Verbo de Dios esclarece las regiones de las Sagradas Escrituras y cuando viene Jesús las hace ricas y fecundas con su venida. Y también todas las cosas que son sensibles están como los campos blancos, preparados para la siega, encontrándose dispuestos para que los vean todos aquellos que levantan sus ojos por medio de la inteligencia, la que se fija en todo lo que existe para poder observar en todas partes el brillo de la verdad. Además dice que el que siega estas mieses recibe dos premios: uno cuando recibe su recompensa, por esto dice: "Y el que siega, recibe el premio", lo cual creo que se ha dicho haciendo relación a las futuras recompensas; y el otro, lo que sigue: "Y allega fruto para la vida eterna", denota cierto hábito bueno de su inteligencia, que es el fruto que nace de su propio esfuerzo. Y yo creo que siembra en toda doctrina el que establece sus principios; los que son aceptados por otros y bien recibidos uniendo a ellos lo nuevo que hayan podido inventar, sirven para lo venidero por medio de su invención, para que sieguen y reúnan los frutos cuando ya están maduros. ¿Y cuánto más debe entenderse esto respecto de la que es arte de las artes? Porque si Moisés y los profetas son los que siembran, anunciando la venida de Jesucristo, los que siegan son los Apóstoles, que le recibieron y vieron su gloria. Por lo tanto la semilla era el conocimiento por medio de la revelación del misterio escondido en tiempos pasados y ofuscado por el silencio. Mas las regiones, esto es, las escrituras legales y proféticas, todavía no habían brillado para aquéllos que aún no eran dignos de ver la venida del divino Verbo. Respecto de que se gocen a una el que siembra y el que siega, lo decía porque se realizará, cuando desaparezcan la tristeza y la angustia en la otra vida. Mas cuando Jesús se transfiguró en su gloria, a la vez que los segadores Pedro, Santiago y Juan, los sembradores Moisés y Elías se alegraban juntamente cuando vieron la gloria del Hijo de Dios. Observa, sin embargo, si esto que yo digo puede entenderse de otro modo, por la diversa manera en que viven los hombres que están justificados. Para que así pueda decirse que uno es el que obedece a la Ley y otro el que obedece al Evangelio. Y, sin embargo, se alegran a la vez, porque tienden a un mismo fin, que es el mismo Dios, por medio del mismo Cristo y en el mismo Espíritu Santo. Los apóstoles vinieron después de los trabajos de los

profetas y de Moisés, porque Jesús les enseñó a segar y a recoger el entendimiento en el granero de su alma, depositado en los escritos de aquéllos, y siempre sucede que los que reciben con buena intención las primitivas enseñanzas, perfeccionan aquellos trabajos, en cuyo caso, no trabajan únicamente los que sembraron.

Y creyeron en El muchos samaritanos de aquella ciudad, por la palabra de la mujer, que atestiguaba, diciendo: "Que me ha dicho todo cuanto he hecho". Mas como viniesen a El los samaritanos, le rogaron que se quedase allí. Y se detuvo allí dos días. Y creyeron en El muchos más por la predicación de El. Y decían a la mujer: "Ya no creemos por tu dicho, porque nosotros mismos lo hemos oído, y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo". (vv. 39-42)

Orígenes, In Ioannem tom., 17

Después que se les dijo a los discípulos cuanto llevamos dicho, cita lo que dice la Sagrada Escritura, respecto de aquellos que venían de la ciudad a Jesús y que habían creído por lo que la mujer había dicho.

Crisóstomo, In Ioannem hom., 33

Así como en la siega se reúnen los frutos con facilidad y así como en un momento se llena la era de haces, así sucede ahora. Por esto dice: "Y creyeron en El muchos samaritanos de aquella ciudad", etc. Creían, pues, que aquella mujer no le hubiese admirado por un puro capricho, cuando se le habían manifestado los delitos que había cometido, si no fuese grande y excelente aquél que era predicado por ella.

Crisóstomo, In Ioannem hom., 34

Así pues, creyendo únicamente por sólo el testimonio de la mujer, aun cuando no vieron ningún prodigio, salieron rogando a Jesucristo que permaneciese entre ellos. Y esto es lo que dice a continuación: "Mas como viniesen a El los samaritanos, le rogaron que se quedara allí". Mas los judíos, que habían visto sus milagros, no le invitaron a quedarse sino que hicieron lo posible por obligarle a salir de su propio territorio. No hay cosa peor que el odio y la envidia, ni hay cosa más importuna que la vanagloria, porque desvirtúa todas las buenas obras. Y en verdad que los samaritanos querían detener siempre consigo al Redentor, pero El no lo consintió, sino que se quedó con ellos sólo por dos días. Y esto es lo que añade: "Y se detuvo allí dos días".

Orígenes, ut supra

No estará fuera de razón si alguno arguye: ¿cómo el Salvador permanece con los samaritanos cuando había mandado que no se entrase en su ciudad? (Mt 10). Y El entró con sus discípulos a la vista de todos. A esto debe decirse que el caminar por la senda de los gentiles es dejarse imbuir en sus dogmas y vivir en ellos; y así, entrar en la ciudad de los samaritanos equivalía a aceptar la falsa religión de los que habían recibido los libros de la Ley, las profecías y los sermones evangélicos y apostólicos. Mas al dejar ellos su falsa doctrina y volverse a Jesús, era entonces lícito habitar con ellos.

Crisóstomo, In Ioannem hom., 34

Y los judíos, en verdad, a pesar de los milagros que veían, no se enmendaban. Mas éstos demostraron gran fe respecto del Salvador, aun sin milagros; únicamente habían oído. Por esto sigue: "Y creyeron en El muchos más por la predicación de El". ¿Y por

qué los evangelistas no citan estos discursos? Para que veamos cómo pasaron en silencio muchas cosas grandes. Mas por el fin conseguido lo manifestaron todo, dado que persuadió a toda la ciudad por medio de lo que dijo. Cuando los que oyen no se convencen, entonces los evangelistas se ven obligados a decir todo lo que se ha dicho sobre aquel particular, para que nadie atribuya a defecto del que predica lo que sólo es falta de atención en los que oyen. Ellos mismos, cuando llegaron a ser reconocidos como discípulos de Jesucristo, abandonaron a su maestra. Por esto sigue: "Y decían a la mujer: ya no creemos por tu dicho, porque nosotros mismos le hemos oído, y sabemos que éste es, en efecto, el Salvador del mundo". Véase cómo entendieron en seguida que había venido a libertar a todo el mundo y que viniendo para procurar la salvación de todos, no debía circunscribir su providencia a sólo los judíos, sino extender por todas partes su celestial doctrina. Y cuando dijeron que era el Salvador del mundo, manifestaron que el mundo estaba perdido, porque en él había muchos males. También habían venido a salvarle los profetas y los ángeles, pero Este es el verdadero Salvador, que da la salvación, no sólo temporal, sino también eterna. Ved aquí por qué, al oír a aquella mujer que decía con tono de duda: "¿será éste acaso el Cristo?", no dijeron ellos: "Porque nosotros así lo sospechamos", sino: "Porque lo sabemos". Y no sencillamente, sino que dijeron: "real y verdaderamente es el Salvador del mundo", no se creyese que le reconocían como a uno de muchos cristos. Cuando con sólo oír sus palabras tales cosas confesaron, ¿qué hubiesen dicho si hubieran visto sus muchos y grandes milagros?

Orígenes, ut supra

Por otra parte, si recordamos las cosas ya dichas, no será difícil conjeturar el porqué, al oír la palabra nueva de Jesús, abandonan las otras doctrinas y dejan la ciudad de los falsos dogmas, al salir de la cual obran de un modo muy conveniente a su salvación. Opino que anduvo muy acertado Juan al no decir: "le rogaban los samaritanos que solamente entrase en la ciudad", sino que también: "permaneciese allí". Puesto que Jesús permanece al lado de los que le suplican y principalmente siempre que los que suplican lo hagan saliendo de la ciudad para acercarse a El.

San Agustín, In Ioannem tract., 15

Permanece entre ellos dos días, esto es, les enseña los dos preceptos de la caridad.

Orígenes, ut supra

Tampoco eran acreedores a que les concediese un tercer día, pues no estaban ansiosos de ver algún milagro, como aquellos que habían estado con Jesús en el mismo convite en Caná de Galilea después del tercer día. La palabra de la mujer fue para muchos el principio de la creencia. Porque la iluminación que se verifica en el entendimiento por la Palabra divina, cuando ella habla, no es la misma que cuando se recibe por referencias.

San Agustín, ut supra

Así pues, conocieron a Cristo, primero por su fama, después por la presencia. Como actualmente sucede con aquéllos que son extranjeros y aún no son cristianos, a quienes se anuncia Jesucristo por medio de cristianos amigos, como sucedió que fué anunciado

por aquella mujer, esto es, por la Iglesia, que es la que anuncia, para que vengan a Jesucristo y crean por medio de esta mujer. Pero creen en El muchos más y con más firmeza, porque en realidad es el Salvador del mundo.

Orígenes, ut supra

Es imposible, por lo tanto, que experimente la misma impresión el que ve la cosa por medio del entendimiento, que el que es instruido por medio de otro que ha visto. Más vale vivir guiado por la esperanza que por la fe. Por lo tanto, éstos no sólo creen por el testimonio de un hombre, sino también por la misma verdad.

Y dos días después salió de allí, y se fue a la Galilea. Porque el mismo Jesús dio testimonio, que un profeta no es honrado en su patria. Y cuando vino a la Galilea le recibieron los Galileos, porque habían visto todas las cosas que había hecho el día de la fiesta en Jerusalén, pues ellos también habían asistido a la fiesta. (vv. 43-45)

Alcuino

Después de dos días que estuvo en Samaria, se marchó a Galilea, en donde se había criado. Por esto dice: "Y dos días después", etc.

San Agustín, In Ioannem tract., 16

Mas llama la atención por qué dice el Evangelista enseguida: "Que el mismo Jesús dio testimonio, que un profeta no es honrado en su patria". Mejor hubiera podido decir que el profeta no tiene honra en su patria, si hubiera dejado de ir a Galilea y permaneciendo en Samaria. Yo creo esto: que en Samaria estuvo dos días, y los samaritanos creyeron en El. Estuvo tantos días en Galilea, pero los galileos no creyeron en El. Por esta razón dijo "que un profeta no es honrado en su patria".

Crisóstomo, In Ioannem hom., 34

Se añadió esto porque se marchó, no a Cafarnaúm, sino a Galilea y a Caná, como se dirá después. Y yo creo que en este lugar llamaba patria suya a Cafarnaúm. Porque como no recibió allí honor alguno, dijo por medio de San Mateo: "Y tú, Cafarnaúm, que has sido levantada hasta el cielo, bajarás hasta el infierno" (Mt 11,23). Pero ahora llama patria suya a aquélla en que se convierte mayor número.

Teofilacto

El Señor salió de Samaria y vino a Galilea. Para que no hubiese quien dudase y preguntase por qué causa no había estado siempre en Galilea, dice que porque no había recibido allí honor alguno, lo cual atestigua el mismo Salvador cuando dice: "Que ningún profeta es honrado en su patria".

Orígenes, In Ioannem tom., 17

Debemos examinar el sentido de estas palabras. Es verdad que la patria de los profetas era Judea. Y es bien sabido que nunca fueron honrados por los judíos, en virtud de lo que dice el Señor por medio de San Mateo: "¿A cuál de los profetas no han perseguido vuestros padres?" (Mt 23,31). Es admirable también la verdad de estas palabras, porque se referían no sólo a los profetas santos, menospreciados por los suyos y al mismo Señor nuestro; sino que se extendía también a otros que habían seguido ciertas doctrinas filosóficas, que habían sido despreciados por sus conciudadanos y conducidos a la muerte.

Crisóstomo, ut supra

¿Cómo es eso? ¿No vemos también a muchos que llegan a ser admirados por los suyos? Así sucede en verdad; pero no debemos hacer extensivo a muchos lo que sucede

rara vez. Porque aun cuando algunos sean honrados en su propio país, lo son mucho más en país extraño. La costumbre suele hacer a los hombres despreciables. Cuando Jesús vino a Galilea, los galileos le recibieron. Por esto sigue: "Mas cuando vino a Galilea, los galileos le recibieron". Y aquellos que se llamaban malos se les ve que salen a recibir en primer término al Salvador. Mas se dice, respecto de los galileos: "pregunta, y verás que ningún profeta ha salido de Galilea" (Jn 17,53). Mas le vituperaron porque había estado entre los samaritanos y le dijeron: "Samaritano eres tú, y tienes el demonio" (Jn 8,48). Pero los samaritanos y los galileos creen, para confusión de los judíos. Los galileos eran mejores que los samaritanos, porque los primeros creyeron por los milagros que Jesús hacía, mas los segundos sólo creyeron por las palabras de la mujer. Por esto sigue: "Porque habían visto todas las cosas que había hecho en Jerusalén en el día de la fiesta".

Orígenes, ut supra

Como Jesús arrojó del templo a los que vendían ovejas y bueyes, le guardaron tanta consideración que los galileos le recibieron por este motivo, respetando y adorando su majestad. Y la verdad que no aparecía menor su poder en esta ocasión que cuando daba vista a los ciegos y oído a los sordos. Pero yo creo que no hizo entonces esto solamente, sino que hizo otros milagros.

Beda

Y de dónde tomaron ocasión para ver todo aquello, lo manifiesta cuando dice: "Pues ellos también habían asistido a la fiesta". En sentido espiritual puede decirse que, una vez confirmados los gentiles en la fe por medio de los dos preceptos de la caridad, Jesucristo volverá a su patria, cerca del fin del mundo, esto es, a los judíos.

Orígenes, In Ioannem tom., 14

Conviene, por tanto, que Galilea (esto es, "la que emigra") acuda a las fiestas de Jerusalén, adonde se encuentra el templo del Señor, y que vea allí todos los milagros que hace Jesucristo. Pues ésta es la razón por la que los galileos reciben al Hijo de Dios cuando viene hacia ellos. De otro modo no lo hubiesen recibido, o El no hubiese venido cuando ellos preparaban su recepción.

Vino, pues, otra vez a Caná de Galilea, en donde había hecho el agua vino. Y había en Cafarnaúm un señor de la corte, cuyo hijo estaba enfermo. Este, habiendo oído que Jesús venía de la Judea a la Galilea, fue a El y le rogaba que descendiese y sanase a su hijo, porque se estaba muriendo. Y Jesús le dijo: "Si no viéreis milagros y prodigios, no creéis". El de la corte le dijo: "Señor, ven antes que muera mi hijo". Jesús le dijo: "Ve, que tu hijo vive". Creyó el hombre a la palabra que le dijo Jesús, y se fue. Y cuando se volvía, salieron a él sus criados y le dieron nuevas, diciendo que su hijo vivía. Y les preguntó la hora en que había comenzado a mejorar, y le dijeron: "Ayer a las siete le dejó la fiebre". Y entendió entonces el padre que era la misma hora en que Jesús le dijo "Tu hijo vive", y creyó él y toda su casa. Este segundo milagro hizo Jesús otra vez, cuando vino de la Judea a la Galilea. (vv. 46-54)

Crisóstomo, In Ioannem hom., 34

En primer lugar, el Señor (como ya se ha dicho antes) había venido a Caná de Galilea llamado a unas bodas. Ahora va a esta ciudad por su propia voluntad, y dejando su patria, a fin de atraerlos más a la fe. Para que la fe, que ya había penetrado en ellos desde su primer milagro, se hiciese más fuerte con su presencia.

San Agustín, In Ioannem tract., 16

Allí, pues, creyeron en El sus discípulos cuando convirtió el agua en vino. Y estando la casa llena de invitados, y siendo el milagro tan grande, no creyeron en El sino los discípulos. Por esta causa retorna a aquella ciudad, a saber: para que ahora crean los que no creyeron por las razones primeras.

Teofilacto

Nos recuerda el evangelista el milagro realizado en Caná de Galilea, del agua convertida en vino, para dar más fuerza a la predicación de Cristo. Porque los galileos recibieron a Jesús, no sólo por los milagros hechos en Jerusalén, sino también por los llevados a cabo entre ellos, aduciendo al mismo tiempo la razón de que en El hubiese creído, sin conocer la dignidad de que Jesús estaba revestido, un cortesano. De donde prosigue: "Y había allí un cortesano cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm".

Orígenes, ut supra

Pensará acaso alguno que ese cortesano era uno de los generales de Herodes, o alguno de los de la familia del César que ejerciera por aquel tiempo un cargo en Judea; porque no se dice que fuera judío.

Crisóstomo

Llámase "cortesano", o porque fuese de familia real, o porque tuviese dignidad de príncipe, por lo que recibía tal denominación. Por ello creen algunos que éste fue el mismo centurión que se cita en San Mateo. Pero se manifiesta por otra parte que era

distinto de aquel otro. Porque aquel otro, cuando Jesús quería ir a su casa, le ruega que no se moleste; pero éste no le ofrecía nada, y lo llevaba hacia su casa. Mas aquél salió al encuentro de Jesús bajando de un monte, y entró en Cafarnaúm; y éste se unió con Jesús cuando venía a Caná. El hijo de aquél estaba paralítico, mas el hijo de éste padecía fiebre. Acerca de este cortesano se dice: "Este, habiendo oído que Jesús venía de la Judea a la Galilea, fue a El y le rogaba", etc.

San Agustín, ut supra

El que rogaba, ¿aún no creía? ¿Qué esperas oír de mí? Pregunta al Salvador qué opinaba de él. Por esto sigue: "Y Jesús le dijo: si no viereis milagros y prodigios, no creéis". Reprende a aquel hombre como perezoso y frío en la fe, o de que no tenía fe alguna pero deseando probarle quién era Cristo, cuál era y cuánto podía, lo tienta por medio de la salud de su hijo. Se llamó prodigio como cosa dicha de lejos, porque "que se dice de lejos" significa la cosa con prioridad, y se extiende a lo futuro.

San Agustín, De cons. evang, 4, 10

Tanto desea el Señor ensalzar el alma del que cree sobre todas las cosas mudables, que no quiere que los fieles duden acerca de aquellos milagros que se hacen por el divino poder, en la mutabilidad de los cuerpos.

San Gregorio, In Evang. hom., 28

Pero acordaos también de lo que pide, y conoceréis claramente que dudó acerca de la fe. Porque pidió que bajase a sanar a su hijo. Por esto sigue: "Le dice el Cortesano: Señor, ven antes que muera mi hijo". Por lo tanto, no había creído en El, porque no creyó que podría darle la salud si no estaba presente de una manera material.

Crisóstomo, ut supra

Véase cómo aun trae a Jesucristo de una manera física, como si no pudiese resucitar a su hijo después de muerto. Mas que viniese aun cuando no creía y le rogase, nada tiene de particular, porque los padres acostumbran, efecto de su gran cariño, no sólo a hablar a los médicos en quienes confían, sino también en quienes desconfían, no queriendo callar nada de cuanto pueda contribuir a la salud de sus hijos. Pero si hubiese creído realmente en el poder de Jesucristo, no hubiese dejado de ir a Judea.

San Gregorio, ut supra

Pero como el Señor es rogado para que vaya, nos indica que no asiente a la invitación, y con sólo mandarlo, le devuelve la salud El que creó todas las cosas por su propia voluntad. Por esto sigue: "Y Jesús le dijo: ve, que tu hijo vive". Aquí se reprende nuestra soberbia; porque en tanto precio tenemos los honores y las riquezas los que cuidamos poco de nuestra verdadera naturaleza (en virtud de la cual hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios). Mas nuestro Redentor, para manifestar que las cosas más apreciables entre los hombres son despreciadas por los santos, no quiso ir a casa del hijo del Cortesano, siendo así que estaba dispuesto a ir a casa del siervo del centurión.

Crisóstomo, ut supra

Porque allí estaba la fe bien asegurada y, por lo tanto, ofreció ir para que conozcamos la piedad de aquel hombre; mas éste aun era imperfecto y, por lo tanto, aún

no conocía claramente que podría curarle estando lejos; pero como Jesús no fue, añade esto. Prosigue: "Creyó el hombre a la palabra que le dijo Jesús y se fue". Sin embargo, no se iba muy contento ni tranquilo.

Orígenes, In Ioannem tom., 14

Se manifestó desde luego su alta posición y su cargo, porque salieron los criados a encontrarle. Por esto sigue: "Y cuando se volvía, salieron a él sus criados", etc.

Crisóstomo, ut supra

Los que le salieron al encuentro no vinieron sólo para anunciarle, sino porque creyeron que ya era inútil la presencia de Jesucristo, quien esperaban que vendría. Y que el cortesano no había creído perfectamente ni de buena fe, se conoce de un modo terminante por lo que sigue: "Y les preguntó la hora en que había comenzado a mejorar". Por lo tanto, quería saber si esta mejoría se debía a la casualidad o al precepto de Jesucristo. Sigue: "Y le dijeron: ayer, a las siete, le dejó la fiebre". Véase aquí cómo se demuestra el milagro, porque no de una manera sencilla, ni como sucede con el que se libra del peligro, sino que de repente y a un mismo tiempo. Para que se vea que lo sucedido no era efecto de la naturaleza, sino del poder de Jesucristo. Por esto sigue: "Conoció, pues, el padre, que era la misma hora en que Jesús le dijo: Tu hijo vive, y creyó él y toda su casa".

San Agustín, In Ioannem tract., 16

Por tanto, si creyó porque se le dijo que su hijo había sido curado y comparó la hora de los que se lo decían con la del que se lo vaticinaba, cuando rogaba, no creía.

Beda

En esto se da a conocer que hay grados en la fe como en las demás virtudes, en las cuales hay principio, desarrollo y perfección. El principio de la fe de éste estuvo cuando pidió la salud de su hijo; su incremento, cuando creyó en la palabra del Salvador, que le dijo: "Tu hijo vive"; y obtuvo la perfección cuando se lo anunciaron sus criados.

San Agustín, ut supra

Con la sola palabra creyeron muchos samaritanos, mas con aquel milagro sólo creyó la casa donde tuvo lugar. Después añade el Evangelista: "Este segundo milagro hizo Jesús otra vez cuando vino de la Judea a la Galilea".

Crisóstomo, In Ioannem hom., 35

Y no añadió esto sin falta de misterio, sino dando a entender que, habiendo hecho este segundo milagro, todavía no habían llegado los judíos a la altura de los samaritanos, que no habían visto ninguna señal.

Orígenes, In Ioannem tom., 18

Esta frase encierra una anfibología, porque en primer término manifiesta que, cuando Jesús venía de Judea a Galilea hizo dos milagros, de los cuales el segundo fue el del hijo del cortesano. Y por otra parte, existiendo dos milagros que Jesús hizo en Galilea, hizo el segundo viniendo de Judea a Galilea, y éste es el verdadero sentido.

En sentido místico puede decirse como Jesús vino a Galilea dos veces, manifestando en ello las dos venidas del Salvador al mundo: la primera, llena de misericordia, como

sucedió con el milagro del vino, para alegrar a los convidados; y la segunda, resucitando al hijo del cortesano, que ya estaba casi muerto, o lo que es lo mismo, al pueblo judío, el cual, después que hayan entrado todos los gentiles, vendrá a salvarse cuando el mundo esté próximo a su fin. Grande es el Rey de los reyes, que ha sido constituido por Dios en la cumbre de su monte santo de Sión (Sal 2). Y los que vieron el día de Este y se alegraron son reconocidos como los de la corte (Jn 8). Y nosotros creemos que el cortesano representaba a Abraham; que su hijo enfermo era la imagen del pueblo de Israel, debilitado respecto del culto divino, pero que se calentó tanto, quemadas las espigas de su enemigo, y que, por ello, se cree que empezó a enfervorizarse. Y también aparece que, estando los santos por delante después que dejaron el vestido de la carne, salvaron a su pueblo. Por esto se lee en el libro de los Macabeos, después de la muerte de Jeremías: "Este es Jeremías, el profeta de Dios, que ruega mucho por el pueblo" (Mac 15,14). Luego, Abraham ruega que el pueblo enfermo sea favorecido por el Salvador. Y en verdad que la palabra del poder nació de Caná, en donde se dijo: "Tu hijo vive"; pero la realización de la palabra tuvo lugar en Cafarnaúm, porque allí fue donde el hijo del cortesano se curó, como si viviese en el campo del consuelo. Esto representa a cierto género de hombres débiles, no del todo privados, sin embargo, de acciones buenas. Y aquellas palabras: "si no veis milagros y prodigios no creéis", se le dijo a aquél, que se refieren a muchos de sus hijos, y a él mismo en cierto modo. Y así como San Juan esperaba que se realizase la señal que se le había dado, a saber: "Sobre aquél en que vieres que baja el Espíritu Santo" (Jn 1,33), así los santos que ya habían muerto, esperaban que se daría a conocer la venida de Jesucristo en nuestra carne mortal por medio de milagros y de prodigios. Mas este cortesano tenía, no sólo aquel hijo, sino también criados, por medio de los que se significa cierta clase de personas que creen poco y con poca firmeza. Y no dejó la fiebre al hijo en la hora séptima por una casualidad, sino que este número siete representa el día del descanso.

Alcuino

También puede decirse que, por medio de los siete dones del Espíritu Santo se concede el perdón de los pecados. Y el número siete, partido en tres y en cuatro, significa la Santísima Trinidad y las cuatro estaciones del año, o las cuatro partes del mundo, los cuatro elementos.

Orígenes, ut supra

También pueden representar las dos venidas de Jesucristo al alma. La primera, cuando hizo el vino del agua, dando esta alegría al alma del convite espiritual. Y la segunda, cuando destruya todas las consecuencias de las tristezas y de la muerte.

Teofilacto

Mas el cortesano es todo hombre, no sólo porque se acerca al Rey de todas las cosas, en cuanto al alma, sino porque él tiene el dominio de todo, cuyo hijo (esto es, la mente) tiene fiebre por todas las malas pasiones y deseos. Y se acerca a Jesús rogándole que baje, esto es, que use de la condescendencia de su misericordia y perdone los pecados, antes que sea muerto por la debilidad de sus pasiones. Pero el Señor le dice: "Ve", esto es: "manifiesta tu marcha continua en dirección del bien, porque entonces tu

hijo vivirá; pero si cesas de andar, te mortificará tu conciencia acerca de la ejecución del bien".

CAPÍTULO 5

Después de estas cosas, era el día de fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén. Y en Jerusalén está la Piscina Probática, que en hebreo se llama Betsaida, la cual tiene cinco pórticos. En éstos yacía grande muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, esperando el movimiento del agua. Porque un ángel del Señor descendía en cierto tiempo a la piscina, y se movía el agua. Y el que primero entraba en la piscina, después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese. Y estaba allí un hombre que había treinta y ocho años que estaba enfermo. Y cuando Jesús vio que yacía aquel hombre, y conoció que estaba ya de mucho tiempo, le dijo: "¿Quieres ser sano?" El enfermo le respondió: "Señor; no tengo hombre que me meta en la piscina cuando el agua fuere revuelta, porque entretanto que yo voy, otro entra antes que yo". Jesús le dijo: "Levántate, toma tu lecho, y anda". Y luego fue sano aquel hombre, y tomó su camilla y caminaba. Y era sábado aquel día. Dijeron entonces los judíos al hombre que había sido sanado: "Sábado es, y no te es lícito llevar tu camilla". Les respondió: "Aquél que me sanó me dijo: Toma tu camilla y anda". Entonces le preguntaron ¿quién es aquel hombre que te dijo toma tu camilla y anda? Y el que había sido sanado no sabía quién era, porque Jesús se había retirado del tropel de gente que había en aquel lugar. (vv. 1-13)

San Agustín. De cons. evang 4, 10

Después del milagro que hizo Jesús en Galilea, volvió a Jerusalén. Por esto dice: "Después de estas cosas, era el día de fiesta", etc.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 35

Según mi parecer, era el día de la fiesta de Pentecostés. Subió Jesús a Jerusalén, como siempre en los días de las fiestas, para que los judíos, viendo que las celebraba con ellos, no lo considerasen como enemigo de la Ley. Y por esta razón podría atraer a la multitud sencilla por medio de milagros y de enseñanzas, especialmente en los días de fiesta, que era cuando concurrían y se ponían cerca de El.

Prosigue: "Y en Jerusalén está la Piscina Probática", etc.

Alcuino

Probatón quiere decir oveja, luego Piscina Probática significa de los ganados. Era allí en donde los sacerdotes lavaban los cuerpos de las víctimas.

Crisóstomo, ut supra

Convenía, por tanto, que se diese a conocer el bautismo, limpiando de los pecados, cuya imagen quedó representada en la piscina, así como de otras maneras. Primeramente dio el Señor el agua que limpia las inmundicias de los cuerpos y las maldades que, aunque no existen en realidad, se cree que existen, como son las que provienen de los

cadáveres corruptos y de la lepra, y que se consideran como contagiosas. Además, hizo que pudiesen curarse varias enfermedades por medio del agua. Por esto sigue: "En estos yacía grande multitud de enfermos", etc. Y queriendo el Señor llevar consigo la gracia del bautismo, no sólo cura los pecados, sino que también las enfermedades. Y así como los ministros que están cerca del rey son más estimados que los que están lejos, así acontece también en los milagros. Mas no curaba sencillamente con el sólo tacto de las aguas -aun cuando esto siempre sucedía-, sino por medio de la bajada de un ángel. Por esto sigue: "Porque un ángel del Señor descendía en cierto tiempo a la piscina, y se movía el agua". Así sucede en los bautizados, que no es el agua únicamente la que opera, sino que cuando recibe la gracia del Espíritu Santo, entonces es cuando purifica todos los pecados. Cuando bajaba el ángel, movía el agua y le comunicaba la virtud de sanar, para que sepan los judíos que con mucha mayor razón el Señor de los ángeles podría curar todas las enfermedades del alma. Pero allí la enfermedad era un obstáculo para el que deseaba curarse, pues añade: "y el que primero entraba en la piscina, después del movimiento del agua, quedaba sano", etc. Pero ahora todos pueden acercarse al bautismo, porque no es un ángel quien mueve las aguas, sino el Señor de los ángeles, que todo lo hace. Y aun cuando vengan los hombres de todo el mundo, la gracia no se consume, sino que se conserva igual; y así como los rayos del sol alumbran todo el día y no se consumen ni disminuye su luz porque alcance a muchos, así la acción del Espíritu Santo mucho menos disminuye en los que la reciben, por grande que sea la multitud de aquéllos sobre quienes descansa. Y solamente se curaba uno después del movimiento de las aguas, para que aprendiesen que con el agua se curaban las enfermedades del cuerpo. De esta forma, ejercitados por mucho tiempo, creerían también que por medio del agua se pueden curar las enfermedades del alma.

San Agustín, in Ioannem trat. 17

Es mucho más el que Jesucristo curase las enfermedades de las almas, que el que sanase las enfermedades de los cuerpos que habrían de morir. Pero como esta alma no conocía a Aquél por quien habría de ser curada, y como tenía los ojos de la carne para ver las cosas corporales, y aún no tenía sanos los ojos del alma para que pudiese conocer a Dios -aunque oculto-; hizo lo que podía ser visto para que se curase lo que no podía verse. Entró en aquel lugar en donde había muchos enfermos, y de ellos eligió uno para curarlo. Acerca de esto, prosigue: "Y estaba allí un hombre", etc.

Crisóstomo, in Ioannem hom. 36

No le cura en seguida en cuanto entra, sino que primero se le hace amigo y, por medio de preguntas, le presenta el camino de la fe, que habría de tomar después. Y no prueba su fe, como lo hizo respecto de los ciegos, cuando les decía: "¿Creéis que yo puedo hacer esto?" (Mt 9,28). Porque éste aún no lo conocía claramente. Unos conocían su poder en otras cosas y oían esto muy convenientemente, pero a otros, que aun no lo conocían sino que lo harían por medio de sus signos, se les preguntó acerca de su fe después de ocurrido el milagro. Por esto sigue: "Y cuando Jesús vio que yacía aquel hombre y conoció que estaba ya hace mucho tiempo", etc. No le pregunta esto para saberlo, porque esto sería innecesario, sino para dar a conocer la paciencia del hombre en

el espacio de treinta y ocho años y que todos los años acudía esperando quedar libre de su enfermedad, y para que conozcamos también la razón por qué, prescindiendo de los demás, se fijó en éste. Y no dice "si quieres, te curaré", porque aun no esperaba cosa grande de Jesucristo. Y no se turbó por la pregunta, ni dijo: has venido a injuriarme, cuando me preguntas si quiero ser sano, sino que le responde con mansedumbre. Por esto sigue: "El enfermo le respondió: Señor, no tengo hombre", etc. No había conocido quién era el que preguntaba, ni que podría curarle; únicamente creía que Jesucristo serviría para introducirle en el agua. Pero el Señor le manifestó que todo podía hacerlo con su palabra. Por esto sigue: "Jesús le dijo: Levántate, toma tu lecho, y anda".

San Agustín, ut supra

Le dijo tres cosas, pero el decir "levántate" no fue mandato de obra, sino ejecución de la curación. Ya una vez sano, le mandó dos cosas: "Toma tu lecho, y anda".

Crisóstomo, ut supra

Véase aquí la superabundancia de la sabiduría divina, que no sólo cura, sino que le manda llevar el lecho, para que se vea que era verdadero el milagro y para que ninguno creyese que era falso lo que había sucedido. Porque si los miembros no estuviesen bien fuertes, no hubiesen podido llevar el lecho. Mas como oyese el enfermo que le había dicho con cierto poder y como mandándole "Levántate, toma tu lecho", no se burló diciendo: únicamente se cura uno solo cuando el ángel baja y mueve el agua, pero tú que no eres más que hombre, ¿esperas que con sólo tu mandato habrás de poder más que un ángel?; sino que en cuanto lo oyó no dejó de creer al que lo mandó y se curó. Por esto sigue: "Y luego fue sano aquel hombre", etc.

Beda

Hay mucha diferencia entre la salud que concede el Señor y la que se obtiene por medio de los médicos. Y ahora sucede así, porque la de éstos generalmente necesita mucho tiempo para llegar a su perfección.

Crisóstomo, ut supra

Y si esto es admirable, lo que sigue es mucho más. Porque al principio, en verdad, cuando nadie molestaba, no era tan difícil creer como cuando ensañándose y acusándole los judíos obedeció a Jesucristo. Por esto sigue el Evangelista diciendo: "Y era sábado aquel día. Decían, pues, los judíos a aquel hombre que había sido curado", etc.

San Agustín, in Ioannem trat. 17

No vituperaban al Señor porque lo había curado en sábado, puesto que hubiera podido responderles, que si el asno de cualquiera de ellos hubiese caído en un pozo, lo hubieran sacado y lo hubieran librado, a pesar de ser día de sábado. Pero al que llevaba su lecho le decían que si su curación no había de retardarse, ¿qué necesidad tenía de cumplir inmediatamente lo que le había mandado? Pero él oponía el autor de su curación a los que le calumniaban. Por esto sigue: "Les respondió: aquél que me sanó, me dijo: toma tu camilla, y anda"; como diciendo: ¿por qué no he de obedecer lo que me manda aquél que me ha curado?

Crisóstomo, ut supra

Además, si hubiese querido contestar mal, pudo haber dicho: si hay culpa, acusad a aquél que lo mandó. Pero también hubiese ocultado la curación, porque sabía que a ellos no les molestaba por la profanación del sábado, sino por la curación de la enfermedad. Así es que no la ocultó ni pidió perdón, sino que con voz clara confesó el beneficio recibido, a pesar de que aquéllos preguntaban con malicia. Por esto sigue: "Entonces le preguntaron: ¿quién es el hombre que te dijo: toma tu camilla y anda?" No le dicen: ¿quién es el que te ha curado?, sino que le recriminan, considerando aquello como una infracción de la Ley. Prosigue: "Y el que había sido sanado, no sabía quién era, porque Jesús se había retirado del gentío que había en aquel lugar". Se había retirado, en primer lugar porque estando ausente, su testimonio no era sospechoso; y el que había alcanzado la salud era buen testigo del beneficio recibido. En segundo lugar para que no se enconase más el furor de los judíos, pues la sola presencia de aquél a quien se envidia enciende gran hoguera. Y por eso, alejándose, les permitió que examinaran el milagro por sí mismos. Otros creían que este paralítico es aquél de quien habla San Mateo (Mt 9), pero no lo es, porque aquél tenía muchos que le cuidasen y le llevasen, mas éste no tenía a nadie. Además, el lugar donde se encontraba era diferente.

San Agustín, ut supra

Si consideramos con corazón mezquino y humano ingenio al que hace este milagro, nos parecerá que en cuanto a su poder no hizo cosa grande, y que era poco para mostrar su benignidad. Tantos estaban tendidos, y sólo fue curado uno, siendo así que con una palabra pudo curarlos a todos. ¿Cómo, pues, debe entenderse esto, sino porque aquel poder y aquella bondad se esforzaba más por la salud eterna del alma, que por la curación material que necesitaban los cuerpos. En aquellos milagros, pues, todo lo que se curaba en los miembros corporales, al final desapareció, mas el alma que creyó pasó a la vida eterna. Aquella piscina y aquella agua me parece que indicaban al pueblo de los judíos, porque con el nombre de aguas son significados pueblos según el Apocalipsis de San Juan (Ap 17,15).

Beda

Se cita muy oportunamente que aquella piscina era Probática, porque aquel pueblo se designaba con el nombre de oveja, como se dice en el salmo 94 (Sal 94,17): "Nosotros somos tu pueblo, y oveja de tu rebaño".

San Agustín, ut supra

Mas aquella agua, esto es, aquel pueblo, estaba aprisionado, como por cinco puertas, por los cinco libros de Moisés. Pero aquellos libros estaban ya lánguidos y no curaban, porque la Ley convencía a los que pecaban, pero no los absolvía.

Beda

Finalmente, muchas clases de enfermos se encontraban tendidos alrededor de la piscina, a saber: los ciegos, que carecen de la luz de la ciencia; los cojos, que no tienen fuerza para cumplir lo que se les manda; y los tullidos, que carecen de las riquezas del amor de Dios.

San Agustín, ut supra

Mas vino Jesucristo al pueblo de los judíos, y haciendo cosas grandes y enseñando cosas útiles, turbó con su presencia a los pecadores (esto es, el agua), y los levantó hasta el conocimiento de su pasión. Pero los turbó ocultándose; porque si lo hubiesen conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria (1Cor 2,8). Mas de repente el agua se veía turbada, y no se veía quién la movía. Bajar al agua una vez movida, es tanto como creer humildemente en la pasión del Señor. Mas allí se salvaba uno solo, dando a conocer la unidad de la Iglesia. Después, ninguno de los que llegaban se curaba, porque todo el que estaba fuera de la unidad, no podía curarse. ¡Ah de aquéllos que aborrecen la unidad y dividen en partes (esto es, en sectas), a los hombres! Permanecía, pues, treinta y ocho años en su enfermedad aquél que fue curado, mas este número corresponde más bien a la enfermedad que a la salud. El número cuarenta se nos presenta como significando cierta perfección. La Ley está dividida en diez preceptos, y como había de predicarse por todo el mundo, que se considera dividido en cuatro partes, el número diez, multiplicado por cuatro, forma el número cuarenta. Y la Ley se cumplió por medio del Evangelio, que se compone de cuatro libros. Por tanto, si el número cuarenta lleva consigo la perfección de la Ley, y si la Ley no se cumple sino por medio de los dos preceptos de caridad, ¿por qué nos admiramos que estuviese lánguido el que no llegaba a cuarenta y le faltaban dos años? Le era necesario un hombre para que le curase. Mas aquel hombre, que es Dios, porque lo encontró caído por falta de dos años, completó lo que tenía de menos, mandándole dos cosas. Porque en los dos preceptos del Señor se encuentran los dos mandamientos de caridad, esto es, el amor de Dios y del prójimo. Y en realidad el amor de Dios es el primero según se manda, aunque el amor del prójimo es lo primero que se ejecuta. Dice pues: "Toma tu lecho", como si le dijera: cuando estabas lánguido te llevaba tu prójimo, mas ahora has sido curado y debes llevar tú al prójimo. Le dice también: "Anda", pero ¿por dónde caminas si no te diriges al Señor tu Dios?

Beda

¿Qué quiere decir levántate y anda, sino, levántate de la tibieza y la pereza en que estabas tendido y aprende el modo de adelantar en las buenas obras? Toma tu lecho, esto es, a tu prójimo y llévalo con paciencia.

San Agustín, ut supra

Lleva, pues, a aquél con quien andas, para que puedas llegar a aquél en quien deseas descansar. Mas aquél aún no había conocido a Jesús, pero nosotros creemos en El a pesar de que no le vemos. Y para que no sea visto se sale de entre las multitudes. Dios se deja conocer en cierto silencio de intención, pero la turba siempre lleva consigo el ruido, y este acto de verle necesita silencio.

Después le halló Jesús en el templo, y le dijo: "Mira, que ya estás sano: no quieras pecar más, porque no te acontezca alguna cosa peor". Fue aquel hombre y dijo a los judíos que Jesús era el que le había sanado. Por esta causa los judíos perseguían a Jesús, porque hacía estas cosas en sábado. Y Jesús les respondió: "Mi Padre obra hasta ahora, y yo obro". Y por esto los judíos tanto más procuraban matarlo: porque no solamente quebrantaba el sábado, sino porque también decía que era Dios su Padre, haciéndose igual a Dios. (vv. 14-18)

Crisóstomo, in Ioannem hom. 37

Una vez curado aquel hombre, no se mezcla en los negocios, ni se entrega a las pasiones ni a la vanagloria, sino que se queda en el templo, lo cual es signo de gran religiosidad. Por esto dice: "Después le halló Jesús en el templo".

San Agustín, in Ioannem trat. 17

El Señor, esto es, Jesús, le veía tanto entre las multitudes como en el templo. Mas aquel enfermo, que no conocía a Jesús entre las multitudes, le conoció en el templo, que era lugar sagrado.

Alcuino

Por lo tanto, si queremos conocer la gracia del Salvador, debemos venir a verle, huyendo de la turba de nuestros malos pensamientos y afectos. Debemos prescindir también de la unión con los malos y debemos acogernos al templo, para que así aprendamos a convertirnos en templo de Dios, y el Señor nos visite y se digne habitar en nosotros.

Prosigue: "Y le dijo: mira, que ya estás sano; no quieras pecar más, porque no te suceda alguna cosa peor".

Crisóstomo, ut supra

En estas palabras conocemos que aquella enfermedad le había venido por sus pecados. Porque muchas veces sucede que tenemos el alma enferma y no lo sentimos, pero en cuanto experimentamos una pequeña lesión en el cuerpo, hacemos los mayores esfuerzos por librarlo de aquella enfermedad. Además, el Señor permite muchas veces que el cuerpo sufra por lo que peca el alma. En segundo lugar, aprendemos que es verdad lo que se dice respecto del infierno, y en tercer lugar, que el castigo que allí se sufre es largo y no tiene fin. Pero dicen algunos: ¿por qué cuando peco por poco tiempo he de ser atormentado para siempre? Pero éste, según vemos, estaba atormentado mucho tiempo por sus pecados, en atención a que los pecados no se juzgan según el tiempo que se emplea en cometerlos, sino según la naturaleza de ellos. En todo esto aprendemos también que si sufrimos grande castigo por los primeros pecados y después volvemos a caer en los mismos, sufriremos castigos mayores. Y esto es muy justo, el que no se enmienda por los castigos, se hace incorregible en adelante, y como todo lo desprecia, es atormentado en mayor escala. Por tanto, si no sufrimos aquí lo que

debemos por nuestros pecados, no confiemos. El no padecer aquí por sus pecados, es señal de mayor castigo en la eternidad. Porque no todas las enfermedades provienen de los pecados, sino que unas provienen de la dejadez y otras se permiten para probarnos, como le sucedió a Job. Pero ¿por qué Jesucristo no le dijo algo a este paralítico, respecto de sus pecados? Algunos, queriendo vituperar al paralítico, dicen que fue uno de los que acusaron a Jesucristo, y que por esto oyó estas palabras. ¿Y qué dicen del paralítico del cual se habla en San Mateo (Mt 9,2)? Porque también se le dijo: se te perdonan tus pecados; pero Jesucristo no le reprende por lo pasado, sino que le prepara para el porvenir. Cuando curó a otros, no hizo mención de sus pecados, porque estos no padecían enfermedades por sus culpas, sino que, como otros, padecían alguna enfermedad natural. Pero por medio de éstos amonesta a los demás. Aparte de esto, también puede decirse que vio tanta paciencia en este paralítico, que podía sufrir la amonestación, y Jesús le amonestó. Pero le dio a conocer su propia divinidad, diciéndole "no peques más", en lo que le manifiesta que conoce todos los pecados que había cometido.

San Agustín, ut supra

Pero ahora, después que éste vio a Jesús y conoció que era quien le había curado, no fue perezoso en hablar de aquél a quien había visto. Por esto sigue: "Fue aquel hombre, y dijo a los judíos que Jesús era quien le había sanado".

Crisóstomo, ut supra

No sería tan insensible, que después de aquel gran beneficio y la advertencia que se le había hecho, habría de decir esto con mal fin. Porque si hubiese querido perjudicarle callándose respecto de la curación, únicamente hubiese hablado de la transgresión, pero no lo hizo así, porque no dijo que Jesús era el que le había dicho: "Toma tu lecho" (lo cual parecía culpable entre los judíos), sino que dijo: Jesús es quien me ha curado.

San Agustín, in Ioannem trat. 18

Así sucedía que el paralítico anunciaba a Jesús mientras que los judíos se enfurecían contra El. Sigue: "Por esta causa los judíos perseguían a Jesús, porque hacía estas cosas en sábado". Es bien sabido que la transgresión cometida a los ojos de los judíos, no era la curación del cuerpo, sino la carga del lecho, que no les parecía fuese tan necesaria como la salud del cuerpo. Pero Jesús les había explicado el misterio del sábado y les había dicho que era una señal concedida a los judíos para que guardasen este día por cierto tiempo, pero que el cumplimiento de este mandato había concluido con su venida. Por esto sigue: "Y Jesús les respondió: Mi Padre obra hasta ahora, y yo obro". Pero se dice que Dios descansó por que ya no hizo ninguna otra criatura después de las que habían sido hechas. Por esto la Sagrada Escritura le llamó descanso, para advertirnos que después de las buenas obras debemos quedar tranquilos. Y así como Dios, después que hizo al hombre a su imagen y semejanza, y concluyó todas sus obras, que eran muy buenas, descansó en el día séptimo, del mismo modo nosotros no debemos esperar descanso hasta que volvamos a la semejanza de quien fuimos hechos (la cual perdimos por el pecado) haciendo buenas obras.

San Agustín, Super Genesim 4, 1

Puede decirse también, que el sábado fue guardado por los judíos como sombra del día que venía después. Era, pues, figura del descanso espiritual que Dios ofrece con el ejemplo misterioso de su descanso a todos los fieles que hacen buenas obras.

San Agustín, Super Ioannem

Vendrá el sábado cuando pasen seis edades, porque son seis los días del siglo, y entonces habrá de venir el descanso ofrecido a los santos.

San Agustín, Super Genesim, 4, 12

El misterio de este descanso ya lo demostró el mismo Jesús con su sepultura. Descansó precisamente en el mismo día de sábado en el sepulcro, después de haber concluido todas sus obras en el día sexto, cuando dijo (Jn 19,30): "Todo está concluido". ¿Por qué llama la atención, pues, que Dios, queriendo también anunciar de este modo el día en que Jesús había de estar en el sepulcro, descansó de sus obras en un solo día? También puede entenderse que el Señor descansó de hacer toda clase de criaturas, porque ya en adelante no creó ningún género nuevo. Además sucede que en adelante y hasta nuestros tiempos y hasta el fin, hace toda clase de criaturas, pero de aquellas mismas clases que entonces fueron hechas. Por tanto, no concluyó en el día séptimo su poder para gobiernar el cielo y la tierra y todo lo que había creado. De ser así, todo se hubiera derrumbado en seguida, mas el poder del Creador es la causa por la que subsisten todas las criaturas, porque si en alguna época cesare de gobernar lo que había creado, también concluirían las clases de éstas, y toda naturaleza. Y así como sucede que cuando alguno construye una casa no la abandona en cuanto la concluye, porque si él deja de cuidarla se destruye, de la misma manera el mundo apenas puede subsistir un momento si Dios deja de gobernarle. Por esta razón dice el Señor: "Mi Padre obra hasta ahora", manifestando cierta continuación de su obra, con la que contiene y gobierna toda criatura. Porque de otro modo podría entenderse si dijera: y ahora obra, en lo cual no sería necesario entender que se refería a la continuación de lo que había creado; pero, por otra parte, nos obliga a comprender esto cuando dice: "Hasta ahora"; esto es, desde aquel tiempo en que trabajó, cuando hizo todas las cosas.

San Agustín, In Ioannem, tract. 17

Y dijo a los judíos: ¿por qué creéis que no debo trabajar en sábado? El día sábado se os mandó que lo santificarais, para que en él me prefiguraseis. Fijaos en las obras de Dios, por mí han sido hechas todas las cosas. El Padre ha hecho la luz, pero habló para que fuese hecha; y cuando habló, obró por medio de su palabra, y su palabra soy Yo. Y si mi Padre obró cuando hizo el mundo, también sigue obrando hasta ahora, puesto que gobierna el mundo. Luego cuando lo hizo, lo hizo por mí; y por mí lo gobierna, cuando lo gobierna.

San Juan Crisóstomo, ut supra

Y en verdad que Jesucristo, cuando convenía excusar a sus discípulos, citaba como ejemplo a David, como compañero de ellos. Mas cuando se le acusaba a El, se refugiaba en el Padre. Debe observarse que no se excusa únicamente como hombre, ni sólo como

Dios, sino que en ciertas ocasiones lo hace de este modo y en otras de otro, porque quería que se creyesen las dos cosas: la gracia de su venida y la grandeza de la divinidad. Por esto manifiesta su igualdad con el Padre y lo llama Padre, en singular. Porque dice: mi Padre, y cuando obra dice lo mismo respecto de El, porque dijo: "Y yo obro". Por esto sigue: "Por cuya razón los judíos tanto más procuraban matarlo: porque no solamente quebrantaba el sábado, sino porque también decía que era Dios su Padre".

San Agustín, ut supra

No de cualquier manera, sino ¿cómo se hace igual a Dios? porque todos decimos a Dios: "Padre nuestro que estás en los cielos" (Mt 6,9); y leemos que los judíos decían: "Siendo tú nuestro Padre" (Is 63,16). Por lo tanto, no se incomodarían porque Jesús llamaba a Dios su Padre, sino porque lo llamaba de un modo muy diferente de como lo llaman los hombres.

San Agustín, De cons. evang. 4, 10

Y diciendo: "Mi Padre obra hasta ahora, y yo obro", da a conocer que era igual a El. Por tanto, se sigue que manifestando que el Padre obra y el Hijo también, es porque el Padre nada hace sin el Hijo.

Crisóstomo, ut supra

Pero si el Hijo no fuese engendrado, ni de la misma sustancia que el Padre, esta razón sería más poderosa para acusarle. No podría un hombre que quebrantase la Ley huir de la justicia, si cuando fuese acusado se excusase diciendo que el Rey no cumple con la Ley. Pero como es igual la dignidad del Padre y la del Hijo, es muy propia la razón que expone. Y así como el Padre, trabajando en el sábado no falta, tampoco el Hijo.

San Agustín, in Ioannem tract. 17

Ve aquí cómo entienden los judíos lo que no comprendieron los arrianos. Porque los arrianos dicen que el Hijo no es igual al Padre, y de aquí la herejía que combate a la Iglesia.

Crisóstomo in Ioannem hom. 37

Pero los que no quieren entender esto con buen espíritu, dicen que Jesucristo no se hacía igual a Dios, sino que los judíos lo creían así. Pero respecto de esto podemos decir lo que ya llevamos dicho: es bien sabido, pues, que en realidad los judíos perseguían a Jesucristo porque quebrantaba el sábado y porque decía que Dios era su Padre. De donde lo que consecuentemente se añade -"Haciéndose igual a Dios"- está unido en la verdad a lo dicho anteriormente.

San Hilario De Trin 1, 7

Esta exposición nos manifiesta la causa que tiene el Evangelista para demostrar por qué los judíos querían matar al Señor.

Crisóstomo, ut supra

Y además, que si El no hubiera querido demostrar esto mismo, sino que los judíos lo hubieran sospechado sin fundamento, Dios no los hubiese dejado en el error, sino que los hubiera corregido. Pues el Evangelista no hubiese callado esto, así como antes no había

callado respecto de lo que dijo el Salvador (Jn 2,19): "Destruid este templo".

San Agustín, ut supra

Pero los judíos no comprendieron que Jesús era Hijo de Dios, sino que entendieron por las palabras de Jesucristo, que se presentaba como Hijo de Dios, puesto que se hacía igual a Dios. Y, como no lo conocían, entendían que El se anunciaba como tal y por lo tanto dice: "Haciéndose igual a Dios". Pero no era El quien se hacía igual, sino que el Padre le había engendrado igual.

Y así Jesús respondió, y les dijo: "En verdad, en verdad os digo: Que el Hijo no puede hacer por sí cosa alguna, sino lo que viere hacer al Padre: porque todo lo que el Padre hiciere, lo hace también igualmente el Hijo. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que El hace, y mayores obras que éstas le mostrará, de manera que os maravilléis vosotros". (vv. 19-20)

San Hilario De Trin 1, 7

Respecto de la violación del sábado que se le imputaba, había dicho: "Mi Padre obra hasta ahora, y yo obro" (Jn 5,17). Y esto lo dijo con el fin de que se entendiese que lo hacía autorizado por su ejemplo, dando a entender que lo que El hacía debía considerarse como obra de su Padre, porque lo que obraba el Padre lo obraba por su mediación. Y además, en contra de la envidia que podría surgir, porque se hacía igual a Dios usurpando el nombre del Padre, respondió queriendo confirmar su nacimiento y el poder de su naturaleza. Por esto sigue: "Y así Jesús les dijo: en verdad, en verdad os digo, que el Hijo no puede hacer por sí cosa alguna", etc.

San Agustín in Ioannem tract. 20

Algunos que se quieren tener por cristianos (los herejes arrianos), cuando dicen que el mismo Hijo de Dios que tomó carne es menor que el Padre, ponen como fundamento de su calumnia estas palabras, y nos responden: ya veis que al ver Jesús que los judíos se alborotaban porque se hace igual a Dios Padre, añadió estas palabras y demostró que El no era igual. Dicen además: porque el que no puede hacer por sí nada si no lo viere hacer al Padre, es menor, y no igual; pero si Dios era el Verbo, y hay Dios mayor y Dios menor, entonces tendremos dos dioses, y no un solo Dios.

San Hilario, ut supra

Y para que esta igualdad no le quitase lo que le correspondía por haber nacido, que es el nombre de Hijo, dice que el Hijo nada puede hacer por sí.

San Agustín in Ioannem tract. 18

Como diciendo: ¿por qué os escandalizáis cuando llamo a Dios mi Padre y cuando me hago igual a Dios? Yo soy igual a El, tanto que El me ha engendrado. Y soy tan igual, que El no es por mí, sino que yo soy por El, y para el Hijo tanto es el existir como el poder. Y por cuanto la esencia del Hijo le viene del Padre, así también viene del Padre el poder del Hijo. Y como el Hijo no es por sí, no puede obrar por sí. En este concepto "el Hijo no puede hacer por sí cosa alguna, sino lo que viere hacer al Padre", porque el ver del Hijo, le viene de ser engendrado por el Padre. No ha recibido del Padre distinta manera de ver ni otra esencia: todo lo que es, lo es por el Padre.

San Hilario, ut supra

Para que permaneciera intacto el sentido de nuestra confesión salvadora del Padre y del Hijo, muestra la naturaleza que le corresponde por el origen de su nacimiento, en virtud de la cual, no recibe el poder de obrar por el aumento de fuerzas que se le conceden para cada acto, sino que lo ha adquirido de antemano en virtud del

conocimiento. Y no lo ha adquirido de ningún modelo de una obra material, como si el Padre hiciera algo previamente para que el Hijo lo pudiera hacer después, sino que el Hijo ha nacido del Padre, consciente de que en sí mismo tiene la fuerza y naturaleza del Padre. El da testimonio de que el Hijo nada puede hacer por sí mismo, más que lo que ha visto hacer al Padre.

San Agustín De Trin 2, 1

Por tanto, si aceptáramos lo que se ha dicho, en sentido de que el Hijo es menor en la forma tomada de la criatura, deberíamos aceptar como consecuencia que el Padre primero hubiera andado sobre las aguas y que hubiera hecho todo lo demás que hizo el Hijo entre los hombres mientras que vivió en carne mortal, para que el Hijo pudiera hacerlo. Pero ¿quién en su sano juicio puede admitir este absurdo?

San Agustín Super Ioan. tract., 20.

Aquel paseo de la naturaleza humana sobre el mar, lo hacía el Padre por medio del Hijo. Porque cuando la carne andaba y la divinidad del Hijo gobernaba, el Padre no estaba ausente. Por eso el Hijo dice: "Permaneciendo el Padre en mí, El es quien hace las cosas". Y como había dicho antes, "no puede el Hijo hacer cosa alguna por sí mismo", para que no se entendiese que esto lo decía en sentido natural y para que no se creyese que obraba sólo como hombre, como si fueran dos artistas, uno maestro y otro discípulo, como cuando sucede que el maestro hace una arca, y el discípulo otra, prosiguiendo dice: "Porque todo lo que el Padre hiciere, lo hace también igualmente el Hijo" (Jn 14,10). Y no dice, todo lo que hace el Padre, el Hijo lo hace igual, sino unas mismas cosas. El Padre ha hecho el mundo, el Hijo ha hecho el mundo y el Espíritu Santo ha hecho el mundo. Si un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y un solo mundo ha sido hecho por el Padre, por medio del Hijo y en el Espíritu Santo, es porque los tres hacen una misma cosa. Añade también igualmente, para que no naciese otro nuevo error. Parece que el cuerpo hace lo mismo que el alma, pero no de la misma manera, porque el alma manda al cuerpo. El cuerpo es visible, el alma no lo es. Como sucede cuando un siervo hace algo que su amo le manda, así sucede cuando el cuerpo y el alma hacen lo mismo. ¿Pero acaso lo hacen del mismo modo? No así el Padre y el Hijo, que hacen las mismas cosas, y las hacen del mismo modo; para que comprendamos que el Hijo hace las mismas cosas que el Padre y con el mismo poder. Pues el Hijo es igual al Padre.

San Hilario De Trin 1, 7

Dijo todas las cosas y lo mismo, para manifestar el poder de su naturaleza. Hay, por tanto, igual naturaleza cuando de la misma naturaleza es el poder. Sin embargo, cuando se hacen las mismas cosas por medio del Hijo, la semejanza de las acciones no admite la identidad de quien las ejecuta. Ahí está la comprensión de la verdadera generación y el misterio perfecto de nuestra fe, que confiesa en la unidad de la naturaleza divina la verdad de una sola e igual divinidad en el Padre y en el Hijo. Con este modo de hablar las cosas hechas de modo semejante dan testimonio de la generación, y los mismos hechos, de la naturaleza.

Crisóstomo in Ioannem hom. 37

Todo lo que dice de que: "El Hijo no puede hacer por sí cosa alguna", debe entenderse que no puede hacer cosa alguna contraria al Padre, ni que pueda oponérsele. Y por lo tanto no dice que haga alguna cosa contraria, sino que no puede hacerla, y con esto demuestra la conformidad y la certeza de igualdad. Y esto no demuestra debilidad en el Hijo, sino su gran poder. Así como cuando decimos que es imposible que Dios peque, no demostramos en ello que Dios sea débil, sino que con ello atestiguamos su poder inefable, así también cuando dice el Hijo: "No puedo hacer cosa alguna por mí mismo", dice esto porque es imposible que El pueda hacer algo contrario a su Padre.

San Agustín Contra serm. Arian, cap. 14

Y esto no es propio del que es mudable, sino del que permanece en cuanto que ha nacido del Padre; y es tan conveniente que el Omnipotente no pueda cambiar, como lo es que el Omnipotente no pueda morir. El Hijo podría hacer lo que no viese que el Padre hacía, si pudiese hacer lo que el Padre no hace por medio del Hijo, esto es, si pudiese pecar; pero ello no convendría a aquella naturaleza invariablemente buena, que ha sido engendrada por el Padre. Mas esto de que no puede, no debe entenderse de que no pueda por defecto, sino por potencia.

Crisóstomo, ut supra

Y para demostrar que es verdad cuanto se ha dicho, dice a continuación: "Porque todo lo que el Padre hiciere lo hace igualmente el Hijo". Y si el Padre todo lo hace por sí mismo y el Hijo también lo hace por sí mismo, conste que esto lo dice igualmente respecto de los dos. Y véase cómo su inteligencia es elevada, como lo son las palabras de su humildad. Mas no nos llame la atención que pronuncie ciertas palabras de la mayor humildad, porque a los que le perseguían por oír de El cosas grandes, y creyéndole contrario a Dios, los serenaba algún tanto por medio de estas palabras.

San Agustín In Ioannem tract., 21.

Y habiendo dicho que El hace las mismas cosas y del mismo modo que las hace el Padre, añade: "Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todas las cosas que El hace". Y respecto de lo que El había dicho antes, que no hacía más que lo que veía hacer al Padre, parece que debe entenderse en el sentido de que le muestra todo lo que hace. Pero la imaginación humana se perturba otra vez. Porque dirá alguno: el Padre obra aparte, para que el Hijo pueda ver lo que el Padre hace, como sucede cuando el artífice enseña su propio arte a un hijo suyo y le dice cómo lo hace para que él pueda hacer lo que ve que hace el padre. Por tanto, ¿cuando el Padre hace alguna cosa no la hace el Hijo, para que éste pueda ver lo que hace el Padre?

San Agustín In Ioannem tract., 19.

Mas si tenemos presente y fijo en nuestra imaginación que el Padre todo lo hace por medio del Hijo, claro está que le da a conocer todas las cosas antes de hacerlas.

San Agustín In Ioannem tract., 21.

¿Y en dónde demuestra el Padre al Hijo lo que hace, sino por medio del mismo Hijo, por quien lo hace? Pero si el Padre da ejemplo y el Hijo está atento respecto de cómo

obra la mano del Padre, ¿en qué consiste entonces la inseparabilidad de la Trinidad?

San Agustín In Ioannem tract., 23.

Es que el Padre no demuestra al Hijo haciendo, sino que demostrando hace por el Hijo. Mas el Hijo ve al Padre que le demuestra antes que haga cosa alguna; y por medio de la demostración del Padre, y por la presencia del Hijo, sucede todo lo que hace el Padre por medio del Hijo. Pero se dirá: yo manifiesto a mi hijo lo que quiero hacer, y él lo hace, pero yo lo hago por medio de él. Pero aún incurres en gran desemejanza, porque antes que hagas alguna cosa, das a conocer a tu hijo lo que quieres hacer para que, dándoselo a conocer antes que lo haga, haga lo que le has demostrado, pero por tu mediación. Pero las palabras que tú has de decir a tu hijo, no son lo mismo que tú, ni son lo mismo que él. Y en este concepto ¿creemos que Dios Padre habla a su Hijo por medio de palabra de otro? Y siendo el Hijo la palabra del Padre, ¿había de hablar con palabras a la Palabra? ¿Acaso porque el Hijo es la gran Palabra habían de mediar palabras de menor importancia entre el Padre y el Hijo? ¿Por ventura podría decirse que algún otro sonido, como alguna otra criatura temporal, habría de salir de la boca del Padre y habría de herir el oído del Hijo? Prescindamos de todo lo corporal y comprendamos que todo es simplicidad, si obras sin doblez. Y poco después, si no puedes comprender lo que es Dios, comprende lo que no es Dios. Mucho aprovecharás, si no juzgas respecto de Dios otra cosa distinta de lo que El es. Y además considera en tu mente lo que yo quiero decir, respecto de lo que veo en ella: la memoria y el pensamiento. La memoria propone a tu pensamiento la ciudad de Cartago, y lo que estaba en la memoria antes que dirigieses tu mente a ella, se lo muestra a la atención de tu pensamiento cuando se vuelve hacia ella. Entonces la memoria hace una demostración y se produce una visión en el pensamiento, sin que medien palabras ni se reciba ninguna sensación corporal. Y sin embargo, todo lo que tenemos en la memoria lo hemos recibido de fuera. El Padre no ha recibido de fuera lo que da a conocer al Hijo. Todo lo hace dentro de Sí mismo, y no habría ninguna de las criaturas fuera de El si el Padre no hubiese hecho esto por el Hijo. Mas el Padre hace todo esto dando a conocer que lo hace por medio del Hijo que lo ve. Así, pues, demostrando el Padre, engendra la visión del Hijo del mismo modo que el Padre engendra al Hijo. Pues la demostración engendra la visión y la visión no engendra la demostración. Si pudiéramos conocer más perfectamente, acaso encontraríamos que no es diferente el Padre de su misma demostración, ni otra cosa el Hijo que el acto de verle.

San Hilario De Trin., 1, 7

Por tanto, no debemos afirmar que el Unigénito Dios necesita la doctrina de la demostración, porque la demostración de sus obras no nos proporciona otra cosa que la fe en su generación, para que creamos al Hijo que subsiste por el Padre, que también subsiste.

San Agustín, ut supra

Ver al Padre es para Aquél el ser Hijo. Por tanto, así el Padre demuestra al Hijo todo lo que hace para que el Hijo vea todas las cosas, como procediendo del Padre. Pues viendo ha sido generado y por El es aquel ver del que es aquel ser, tanto el ser generado como el permanecer.

San Hilario, ut supra

Y no dijo esto sin cuidado, no fuera que la representación de una naturaleza diferente produjera alguna ambigüedad con motivo de lo que había dicho. Dice que las obras del Padre le han sido mostradas al Hijo, pero no que se le haya dado el poder de la naturaleza divina con el fin de que las pudiera hacer; así se enseña que la demostración de las obras pertenece a la esencia misma del que es engendrado, pues a El es innato, por el amor del Padre, el conocimiento de las obras que Este quiere que se realicen por medio del Hijo.

San Agustín, ut supra

Pero he aquí que Aquél que hemos llamado coeterno con el Padre, que ve al Padre y que existe viéndole, vuelve a nombrarnos los tiempos. Porque sigue: "Y mayores obras que éstas le mostrará". Por tanto, si las mostrará, esto es, si se las ha de mostrar, es que aún no se las ha mostrado, y se las mostrará al Hijo entonces, cuando las muestre a los demás. Sigue, pues: "De manera que os maravilléis vosotros". Y es difícil ver esto: de qué modo el Padre, siendo eterno, muestre al Hijo coeterno, en algunas ocasiones y de un modo temporal, para que conozca todas las cosas que hay en el Padre. Y que estas cosas sean de la mayor importancia, se comprende fácilmente por lo que añade: "Porque así como el Padre resucita a los muertos", etc. Es de mayor importancia resucitar muertos que curar enfermos. Pero el que poco antes hablaba como Dios, empezó a hablar como hombre. Porque demostró como cosa propia de un hombre que vive en el tiempo que hay obras de mayor importancia, como es la resurrección de los cuerpos. Porque los cuerpos resucitarán por gracia temporal de la humanidad del Hijo de Dios, pero las almas se levantarán en virtud de la esencia eterna de Dios. El alma es hecha feliz por participación de Dios. El alma enferma no es hecha feliz por participación de un alma santa, y tampoco una alma santa por participación de un ángel. Porque del mismo modo que el alma -que es inferior a Dios- da vida a todo lo que a ella es inferior -esto es, el cuerpo-, así no vivifica y hace feliz al alma sino aquello que es superior a ella misma -esto es, Dios-. Por esto se ha dicho antes que "el Padre ama al Hijo y le muestra todas las cosas que El hace". En efecto, el Padre da a conocer al Hijo que las almas serán resucitadas, pues son resucitadas por el Padre y el Hijo, y no pueden vivir si Dios no es su vida. Y esto nos lo ha de demostrar el Padre y no el Hijo. Y por esto añade: "De manera que os maravilléis". En lo que dio a conocer lo que quiso decir: "Y mayores obras que éstas le mostrará". ¿Y por qué no dijo, “os” demostrará, sino al Hijo? Porque nosotros somos miembros del Hijo, y El conoce en cierto sentido por medio de sus miembros, como también padece en nosotros. Y así como dijo: "Que lo que disteis a uno de estos mis pequeñuelos, lo disteis a mí" (Mt 25,40), así, cuando fuese preguntado por nosotros: ¿Cuándo enseñarás, puesto que tú enseñas todas las cosas? responderá: cuando aprende uno de estos mis pequeñuelos, yo aprendo.

"Porque así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así el Hijo da vida a los que quiere. Y el Padre no juzga a ninguno; mas todo el juicio ha dado al Hijo, para que todos honren al Hijo, como honran al Padre: quien no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió". (vv. 21-23)

San Agustín In Ioannem tract., 21.

Como había dicho que el Padre daría a conocer al Hijo acciones mayores que éstas, explica a continuación cuáles son, y dijo: "Porque así como el Padre resucita a los muertos", etc. y en realidad que esto es mucho mayor, porque es mucho más difícil que resucite un muerto, a que un enfermo sane. Y además, no entendamos esto en el sentido de que creamos que unos han de ser resucitados por el Padre y otros por el Hijo, sino que debemos creer que los mismos que el Padre resucita y vivifica, son los que el Hijo vivifica y resucita. Y para que no haya quien diga que el Padre resucita a los muertos por medio del Hijo, Aquél como poderoso, y Este como utilizando el poder ajeno -como cuando un siervo hace algo-, dio a conocer el poder del Hijo diciendo: "Así el Hijo da vida a los que quiere". Ved aquí, no sólo el poder del Hijo, sino también su propia voluntad. Es, pues, la misma la potestad y la voluntad del Padre y del Hijo. Porque el Padre no quiere otra cosa distinta de la que quiere el Hijo, y así como los dos tienen una misma esencia, así tienen una misma voluntad.

San Hilario De Trin., 1, 7

El acto de querer pertenece a la libertad de la naturaleza, que permanece con la voluntad de su libre albedrío para -en libertad- obtener la felicidad de la perfecta virtud.

San Agustín, ut supra

¿Pero quiénes son estos muertos a quienes el Padre y el Hijo vivifican? Quiere darnos a conocer la resurrección de los muertos que todos esperamos y no aquélla que han tenido algunos para que creyesen los demás. Porque resucitó Lázaro que había de morir otra vez. Nosotros resucitaremos y venceremos para siempre con Jesucristo. Y para que cuando dijo "como el Padre resucita a los muertos y les da vida", no entendiéramos que era aquella resurrección de muertos que hizo por medio de un milagro, aunque no resucitaban para la vida eterna, dice a continuación: "Y el Padre no juzga a ninguno", etc., para dar a conocer que hablaba de aquella resurrección de los muertos que habrá de tener lugar en el día del juicio. Se ha dicho respecto de la resurrección de las almas: "Porque así como el Padre resucita a los muertos", etc. Así habla de la resurrección de los cuerpos, como cuando dice: "Y el Padre no juzga a ninguno", etc., porque la resurrección de las almas se verifica por la esencia eterna del Padre y del Hijo. Y por lo tanto, esto lo hacen a la vez el Padre y el Hijo. Mas la resurrección de los cuerpos se verifica por la gracia de la humanidad de Jesucristo, que no es coeterna con el Padre. Y véase como el Verbo de Cristo lleva a nuestra imaginación aquí y allá, y no la deja descansar en ninguna cosa material para que así, agitándola,

pueda ejercitarla, ejercitándola la limpie, y limpiándola la haga capaz y llene El a los que son capaces. Y poco antes, cuando decía: "Que el Padre demuestra al Hijo todo lo que hace", veía yo al Padre cómo obraba, y al Hijo cómo esperaba. Pero ahora veo al hijo cómo obra, y al Padre cómo descansa.

San Agustín De Trin., 1, 13

Y no porque dice: "Mas todo el juicio ha dado al Hijo", se ha de entender como se ha dicho en aquella frase: así concedió al Hijo el que tuviese vida en sí mismo, para significar de este modo, que lo había engendrado. Y si así se entendiese, no se diría que el Padre no juzga a ninguno. Según esto, pues, porque el Padre ha engendrado al Hijo, juzga con El. Y en virtud de esto se ha dicho que en el día del juicio no aparecerá con la forma de Dios sino con la del Hijo del hombre, no porque no juzgará el que ha dado al Hijo el poder de juzgar, sino porque el Hijo dice respecto de El: "Hay quien examine y juzgue" (Jn 8,50). Y así se ha dicho que el Padre no juzga a ninguno, como si se dijese que ninguno verá al Padre en el día del juicio, pero todos verán al Hijo. Porque es Hijo del hombre para que pueda ser visto por los malvados, para que ellos comprendan entonces a quién ofendieron (Zac 21,10).

San Hilario De Trin., 1, 7

Y había dicho: "Y el Hijo da vida a los que quiere", no para que creyesen que no tenía esta potestad en sí, en virtud de la naturaleza en que había nacido, sino que la tenía en virtud del poder que no tenía principio, añadió a continuación: "Y el Padre no juzga", etc. Y en el mismo hecho de que se le ha concedido todo el poder de juzgar, se da a conocer su naturaleza y su origen, porque el tener todas las cosas es propio únicamente de la naturaleza indivisa con el Padre. De origen no puede tener cosa alguna si no le ha sido dada.

Crisóstomo in Ioannem hom. 38

Y así como el Padre dio vida (esto es, engendró al que vive), así le dio el poder de juzgar o, lo que es lo mismo, le engendró juez y le concedió que subsistiese, de tal modo, que no creamos que éste era ingénito, ni que tenía dos padres. Dice pues: "todo el juicio", porque el Señor es quien castiga y premia cuando quiere.

San Hilario, ut supra

Se le ha concedido todo el juicio, porque da vida a los que quiere. Y no puede pensarse que el poder de juzgar se le haya quitado al Padre, porque El no es quien no juzga, aun cuando el juicio del Hijo proviene del juicio del Padre. Todo el poder de juzgar lo ha recibido del Padre, pero la causa de habérselo concedido no está oculta, porque sigue: "Para que todos honren al Hijo como honran al Padre".

Crisóstomo, ut supra

Y para que cuando oímos que tiene al Padre por autor no creamos que hay diferencia de esencia ni disminución de honor, encadena (o une) el honor del Hijo con el honor del Padre, dando a conocer que es uno mismo el del Padre y el del Hijo. ¿Pero acaso le llamaremos Padre? De ninguna manera, porque el que le llama Padre no honra al Hijo como al Padre, sino que le confunde.

San Agustín

Y en verdad que antes el Hijo aparecía como un siervo y el Padre era honrado como Dios, pero después aparecerá el Hijo igual al Padre con el fin de que todos honren al Hijo como honran al Padre. ¿Y qué diríamos si se encuentran algunos que honren al Padre y no al Hijo? Mas esto no puede suceder. Por esto sigue: "Quien no honra al Hijo, tampoco honra al Padre que le envió". Una cosa es cuando se nos presenta Dios porque es Dios y otra cuando se nos presenta Dios porque es Padre. Cuando se nos presenta porque es Dios, se nos presenta como Padre y se nos presenta como omnipotente, y entonces se nos presenta como un espíritu sumo, eterno, invisible e inmutable. Mas cuando se nos presenta porque es Padre no lo hace con otro fin que con el de presentarnos al Hijo, porque no puede llamarse padre el que no tiene hijo. Pero si alguna vez honramos al Padre como mayor y al Hijo como menor, entonces no se honra al Padre, porque se cree que el Hijo es menor. Y si alguno admite esto, tendría que admitir que el Padre, o no quiso engendrar a un Hijo igual a Sí mismo, o no pudo. Si no quiso, tuvo envidia; y si no pudo, le faltó poder.

San Agustín, In Ioannem tract. 23

Cuando dice: "Para que todos honren al Hijo, como honran al Padre", se refirió a la resurrección de las almas, que llevan a cabo tanto el Hijo como el Padre. Pero añade acerca de la resurrección de los cuerpos: "El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió". No dijo "del mismo modo", pues es honrado Cristo hombre, pero no como Padre Dios.

San Agustín, In Ioannem tract. 21

Mas dirá alguno: fue enviado el Hijo, luego es mayor el Padre que le envió. Prescindamos de la carne, oigamos que dice misión y no separación. Las cosas humanas engañan a los hombres, las divinas los purifican. Aun en las mismas cosas humanas sucede muchas veces que dan testimonio contra sí mismas. Así, cuando alguno quiere pedir una mujer y no puede hacerlo por sí, envía un amigo de mayor importancia que la pida. Y sin embargo, observa qué distinto es en otros asuntos humanos. ¿Acaso el hombre va con aquél a quien envía? Pero el Padre que envió al Hijo no se separó de El, porque dice: "No estoy solo, porque el Padre está conmigo" (Jn 16,32).

San Agustín De Trin., 4, 21

No porque el Hijo ha nacido del Padre se dice que el Hijo ha sido enviado, sino porque apareció en el mundo, habiéndose hecho carne el Verbo. Por esto dice: "Salí del Padre, y vine a este mundo" (Jn 16,28). O también cuando la mente percibe en el tiempo su asistencia, como está escrito: "Envíala del trono de tu grandeza, para que esté conmigo y trabaje conmigo" (Sab 9,10).

San Hilario, ut supra

Todo se ha cerrado contra el ingenio de la furiosa herejía. Es Hijo, porque nada hace por sí mismo. Y es Dios, porque todo lo que hace el Padre lo hace El. Son una sola cosa, porque están igualados en el honor. No es el Padre, porque fue enviado.

"En verdad, en verdad os digo: Que el que oye mi palabra, y cree a Aquél que me envió, tiene vida eterna; y no viene a juicio, mas pasó de muerte a vida". (v. 24)

Glosa

Como había dicho que el Hijo da vida a los que quiere, manifiesta a continuación cómo se llega por medio del Hijo a la vida, cuando dice: "En verdad, en verdad os digo, que el que oye mi palabra", etc.

San Agustín in Ioannem tract. 21

Alguna vez sucede que la vida eterna consiste en oír y creer, y mucho más en comprender. Pero la escalera de la santidad es la fe, y el fruto de la fe el entendimiento. Y no dijo: el que cree en mí, sino: el que cree en Aquél que me envió. ¿Por qué escuchas tu palabra y le crees a otro? ¿Qué quiso decir sino que su Palabra estaba en El? ¿Y qué quiere decir: oye a mi palabra, sino que me oye a mí? ¿Y qué quiere decir: y cree en Aquél que me envió? Porque el que en El cree, cree en su palabra, mas cuando se cree en su palabra, se cree en El, porque el Hijo es la Palabra del Padre.

Crisóstomo in Ioannem hom. 28

Y no dijo: el que oye mis palabras y cree en mí. Porque hubiesen creído que esto era soberbia y vanagloria de palabras. Mas como dijo: cree en Aquél que me envió, hacía que sus palabras fueran aceptables. De dos modos conseguía que su predicación fuese aceptable, porque así creía en el Padre todo el que le oía, y porque con ello adquirían muchos beneficios los que le escuchaban. Por esto sigue: "Y no viene a juicio".

San Agustín in Ioannem tract. 22

¿Pero quién sería éste? Sin duda sería alguno mejor que el apóstol San Pablo, que dice (Rom 14; 2Cor 5,10): "Conviene que todos nosotros nos presentemos ante el tribunal de Jesucristo". Alguna vez sucede que el juicio se llama sentencia, pero otras veces el juicio significa elección. Por lo tanto, en el segundo sentido es como conviene que todos nosotros nos presentemos ante el tribunal de Jesucristo. Pero aquí habla el Señor del juicio de condenación. Dice que no viene a juicio, esto es no viene a condenar. Prosigue: "Mas pasó de muerte a vida". No pasa ahora, sino que ya pasó de la muerte de la infidelidad a la vida de la fe, y de la muerte de la iniquidad a la vida de justicia. O de otro modo, para que no creyeses que no habrías de morir según la carne, sino que sepas que habrás de pagar con la muerte que debes, según el castigo impuesto a Adán. Refiriéndose a ésta, en la que todos incurrimos, dijo (Gen 2,17): "Morirás de muerte", y no podrás escapar de la divina sentencia. Pero debes comprender que, cuando hayas pagado el tributo a la muerte del hombre antiguo, entrarás en la vida del hombre nuevo y así pasarás de la muerte a la vida. ¿A qué vida? A la vida eterna. Porque resucitarán después que haya concluido este mundo los que hubieren muerto, y pasarán a la vida eterna. Y además, esta vida ni aun debe llamarse vida, porque no es verdadera vida más que la vida eterna.

San Agustín De verb. Dom. serm., 64.

Vemos, pues, que los hombres amantes de la vida presente, temporal y pasajera, se afanan tanto por ella que cuando llegan a temer la proximidad de la muerte hacen todo lo que pueden, no para escapar de ella, sino para dilatarla en lo posible. Por lo tanto, si se procura con tanto empeño, con tanto trabajo y con tanto esfuerzo el vivir aquí un poco más, ¿cuánto debe hacerse por vivir eternamente? Y si se llaman prudentes aquéllos que hacen los mayores esfuerzos por dilatar la muerte y por vivir unos pocos días más, ¡qué necios son aquéllos que viven de tal modo que pierden el día eterno!

"En verdad, en verdad os digo: que viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren, vivirán. Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo el tener vida en sí mismo". (vv. 25-26)

San Agustín In Ioannem tract., 23.

Podría decir alguno: si el Padre da vida al que cree en El, ¿de qué sirves tú? ¿No das vida? Pero sépase que el Hijo da vida a los que quiere. Por esto dice: "En verdad, en verdad os digo que viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios y los que la oyeren, vivirán".

Crisóstomo in Ioannem hom. 38.

Como dice: "Que viene la hora", para que no se crea que pasará mucho tiempo, añadió: "Y ahora es". Y así como en la futura resurrección resucitaremos en cuanto oigamos la voz del que lo manda, así sucedió entonces.

Teofilacto.

Mas dijo esto refiriéndose a aquéllos que había de resucitar de entre los muertos, esto es, la hija del jefe de la sinagoga, al hijo de la viuda, y a Lázaro.

San Agustín In Ioannem tract., 22.

Y para que no se crea que al decir "pasó de la muerte a la vida" entendamos esto respecto de la resurrección final, y queriendo manifestar cómo pasa el que cree, añadió: "En verdad, en verdad os digo: que viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán". No dijo que viven y oyen, sino que resucitarán cuando oigan. ¿Y qué quiere decir que oirán, sino que obedecerán? Porque los que creen y obran según la verdadera fe viven y no están muertos, mas los que o no creen, o creen viviendo mal, no teniendo caridad, más bien deben considerarse como muertos. Y sin embargo, aun se trata ahora de esta época, que es la misma que habrá de durar hasta el fin del mundo, como dice San Juan: "Esta es la hora novísima" (Jn 1,2-18).

San Agustín De verb. Dom. serm., 64.

Cuando los muertos (esto es, los infieles) oigan la voz del Hijo de Dios (esto es, el Evangelio), los que la oigan (esto es, los que la obedecieron) vivirán (esto es, se justificarán y ya no serán infieles).

San Agustín In Ioannem tract., 22.

Mas preguntará alguno: ¿tiene el Hijo vida, de la que vivan los que creen? La tiene. Oye lo que dice El mismo: "Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo tener vida en sí mismo". Por lo que su vivir es suyo propio, no lo toma de otro. No es ajeno, no es prestado, como el que participa de la vida, que no es otra cosa más que El mismo; sino que tiene vida en sí, y El es esa misma vida. Mucho más adelante: ¿qué es tu alma, no la tenías muerta? Oye al Padre por medio del Hijo: levántate para que recibas vida en El, la cual no tienes en ti. El Padre es por lo tanto

quien te vivifica. El Hijo también te vivifica porque tiene vida en sí mismo, y ésta es la primera resurrección. Y otra vez más adelante: "Mas esta vida que tienen el Padre y el Hijo, pertenece a tu alma; porque el cuerpo no conoce aquella vida de sabiduría, sino el alma racional".

San Hilario De synodis defin. 6.

Encerrados los herejes en los testimonios de las Sagradas Escrituras, conceden tan sólo que el Hijo sea igual al Padre únicamente en el poder, pero no en la naturaleza; no comprendiendo que la semejanza en el poder procede de la semejanza de la naturaleza. Y nunca sucede que la naturaleza inferior se una con otra naturaleza superior más poderosa que ella. Mas no puede negarse que el Hijo de Dios pueda hacer lo mismo que hace el Padre, porque El mismo ha dicho que lo mismo que hace el Padre esto hace el Hijo. Y a la igualdad del poder sucede la igualdad de la naturaleza, cuando dijo: "Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo tener vida en sí mismo". El significado de la naturaleza y la esencia está en la vida, que así como se tiene, así se enseña que es dada para tenerla. Y que hay vida en uno y otro, lo demuestra la esencia de uno y de otro. Y la vida que se engendra como vida -esto es, la esencia que nace de la esencia-, mientras no nace de un modo diferente -esto es, cuando nace una vida de lo que es vida-, tiene en sí la naturaleza identidad de origen.

San Agustín De Trin., 15, 27

Se entiende, pues, que el Padre dio la vida al Hijo cuando ya existía, no sin vida. Porque como lo engendró en la eternidad, la vida que el Padre dio al Hijo engendrándole, es coeterna con la vida de Aquél que la dio.

San Hilario De Trin., 1, 7

Porque ha nacido del viviente como viviente es que se produce el efecto del nacimiento sin novedad en la naturaleza. Pues no es algo nuevo lo que se engendra del que vive como vivo, porque la vida no se suscita de la nada para que se dé el nacimiento, y la vida que recibe de la vida su nacimiento ha de vivir necesariamente en el viviente y ha de tener en sí como vivo al viviente, a causa de la unidad de naturaleza y del misterio de su nacimiento inefable y perfecto. Y ciertamente la fragilidad de la naturaleza humana se forma con elementos distintos y se mantiene unida para vivir con elementos inanimados. Por otro lado, lo que en ella es concebido no vive inmediatamente, ni vive por entero siendo partícipe de la vida, pues hay muchas cosas que se separan por entero antes de haber crecido sin darse cuenta. Pero todo cuanto hay en Dios vive, pues Dios es la vida, y de la vida no puede salir nada más que lo vivo.

San Agustín in Ioannem tract. 22

Luego, cuando se dice: "Dio al Hijo", es lo mismo que si se dijese engendró al Hijo, porque dio engendrando. Y así como le concedió el que existiese, así le concedió que fuese vida en sí mismo, para que no la necesitase de ninguna otra parte, sino que El mismo fuese la plenitud de la vida de donde pudiesen vivir los que creyesen mientras vivieren. ¿Qué diferencia hay entre Aquél que la dio y Aquél que la recibió?

Crisóstomo in Ioannem hom. 38

Véase aquí la semejanza, manifestando la diferencia en uno solo. Porque cuando existe éste, existen el Padre y el Hijo.

San Hilario De synodis defin. 6

Hay diferencia entre la persona que recibe y la que da, porque no puede entenderse que sea uno mismo el que diera y el que recibiera. Porque uno vive para sí y otro confiesa que vive por el que le ha dado vida.

"Y le dio poder de hacer juicio, porque es Hijo del hombre. No os maravilléis de esto, porque viene la hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios. Y los que hicieron bien, irán a resurrección de vida; mas los que hicieron mal, a resurrección de juicio". (vv. 27-29)

Teofilacto

No solamente concedió el Padre al Hijo el poder de dar vida, sino que también pueda juzgar. Por esto dice: "Y le dio poder de hacer juicio".

Crisóstomo. in Ioannem hom. 38

¿En obsequio de quién se hace esto constantemente? Me refiero al juicio, a la resurrección y a la vida, porque todo esto es lo que puede conducir a la fe al oyente más rebelde. Porque el que vive persuadido de que resucitará y dará al Hijo la satisfacción de aquellas faltas que cometió, aunque no viere alguna otra señal, andará mirando este signo, procurando hacerse bueno ante el juez.

Prosigue: "Porque es Hijo del hombre. No os admiréis de esto". Mas Pablo de Samosata lo dice de este modo: "Le dio potestad de hacer juicio, porque es hijo del hombre". Pero en esto, dicho así, no hay lógica alguna, pues no recibió la facultad de juzgar por ser hombre. Porque entonces, ¿quién puede prohibir que todos los hombres sean jueces? Pero como el Hijo de Dios es inefable, por tanto es juez. Y así, cuando se lee: "porque es Hijo del hombre, no os maravilléis de esto". Además, como parecía que para los que oían estas cosas servía de dificultad lo que se les explicaba porque no creían que Jesucristo fuese más que un puro hombre y las cosas que se les decía eran superiores a lo que alcanza la esfera humana y aun a la de los ángeles, pues eran propias de sólo Dios, queriendo deshacer esta duda dijo: "No os maravilléis de esto" porque es Hijo del hombre. Y añade la causa por qué no debe llamar la atención, diciendo: "Porque viene la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios". Y ¿por qué no dijo: 'No os maravilléis, porque es Hijo del hombre; y en efecto, es el mismo Hijo de Dios?' Y así habló de la resurrección -como explicando la acción que es propia de Dios-, dando a los oyentes motivo para discutir que era Dios e Hijo de Dios. En efecto, quienes confunden los argumentos, cuando discutiendo las partes demostraren claramente lo que se busca, en muchas ocasiones no llevan a la conclusión. Pero obteniendo mejor victoria, abandonan a aquel que contradice, para que se decida la cuestión en favor de ellos. Por tanto no habló del juicio el que recordaba la resurrección de Lázaro, porque Lázaro no resucitó para el juicio. Por esto sigue: "Y los que hicieron bien, irán a la resurrección de vida: mas los que hicieron mal a resurrección de juicio". Y como antes había dicho: "El que oye mi palabra y cree en Aquél que me envió, no viene a juicio", para que no crea alguno que es bastante para salvarse el tener fe, añadió aquí sobre la vida diciendo: "Y los que hicieron bien... y los que hicieron mal".

San Agustín, ut supra

Como el Verbo estaba en Dios desde el principio, recibió de Dios el tener vida en sí

mismo, pero como el Verbo se hizo carne, tomándola de la Virgen María, una vez hecho hombre era también Hijo del hombre. Y como era Hijo del hombre recibió poder de juzgar, lo cual se verificará al fin del mundo. Dios, por tanto, resucita las almas por medio de Jesucristo, Hijo de Dios, y resucita a los cuerpos por medio del mismo, en cuanto es Hijo del hombre. Por esto añade: "Porque es Hijo del hombre", pues en cuanto Hijo de Dios, siempre la ha tenido.

San Agustín De verb. Dom. serm., 64.

Mas a juzgar vendrá con forma humana, y juzgará aquella forma que fue juzgada. Se sentará como juez el que fue sometido a un juez. Condenará a los verdaderos reos el que falsamente fue considerado como reo, y será muy justo para que los que han de ser juzgados conozcan la justicia, porque serán juzgados los buenos y los malos. Faltaba que en el juicio apareciese en la forma de siervo para los buenos y para los malos, y que la forma de Dios la guardase únicamente para los buenos. Por tanto, bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

San Agustín In Ioannem tract., 22.

Y todos aquéllos que fundaron alguna secta o religión falsa, no podrán negar la resurrección de las almas (en virtud de la que serán mejores, o de malas se convertirán en buenas), aunque muchos hayan negado la resurrección de la carne. Y si tú, Señor Jesús, no nos lo hubieres enseñado, ¿qué razón presentaríamos a los que la impugnan? Para demostrarla añadió: "No os maravilléis de esto". Esto es, de que haya dado potestad al Hijo del hombre para que juzgue: "Porque viene la hora", etc.

San Agustín De verb. Dom. 62.

Y aquí no añade: "Y ahora es", porque esta hora llegará al fin del mundo. Digo que no os maravilléis porque he dicho conviene que los hombres sean juzgados por un hombre. Pero ¿a qué hombres? No sólo a los que encuentre vivos, pues añade: "Viene la hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios".

San Agustín In Ioannem tract., 22.

¿Qué cosa más evidente? Los cuerpos están en los sepulcros, pero no las almas. También antes cuando dijo: "Viene la hora", y cuando añade "y ahora es", dijo a continuación: "Cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios". No dijo todos los muertos. Quiso referirse únicamente a los muertos malvados, porque no todos los inicuos obedecen al Evangelio. Mas al fin, todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán. No quiso decir: y vivirán, como había dicho antes cuando quiso que se comprendiera la vida eterna y bienaventurada, la cual no podrán alcanzar todos los que salen de los sepulcros. Has recibido, en verdad, el poder de juzgar porque eres Hijo del hombre. Resucitarán los cuerpos; sobre el mismo juicio di algo y escucha esto: "Y los que hicieron bien, irán a la resurrección de la vida", esto es, a vivir con los ángeles del Señor, "mas los que hicieron mal, a resurrección de juicio". Aquí se dice juicio en lugar de pena.

"No puedo yo de mí hacer cosa alguna: Así como oigo, juzgo, y mi juicio es justo; porque no busco mi voluntad, sino la voluntad de Aquél que me envió". (v. 30)

San Agustín In Ioannem tract., 22.

Deberíamos decir a Jesucristo: tú juzgarás, pero el Padre no, ¿pero juzgarás según el Padre? Y a esto contesta: "No puedo yo de mí mismo hacer cosa alguna", etc.

Crisóstomo in Ioannem hom. 38.

Esto es, veréis que no sucede nada extraño ni diferente de lo que el Padre quiere que yo haga. "Pero así como oigo, juzgo", en lo cual no manifiesta otra cosa, sino que es imposible que El quiera algo que el Padre no quiera. Esto es, juzgo así, como si fuera el mismo Padre quien juzgara.

San Agustín In Ioannem tract., 23.

Y cuando se trataba de la resurrección de las almas, no decía: oigo, sino: veo. Y ahora dice: oigo, como la voz del Padre que manda. Por lo tanto, habla como hombre, en lo que el Padre es mayor.

San Agustín Contra Arianos cap. 13.

Dice el Hijo, "como oigo, juzgo", ya según la humana sumisión, porque es Hijo del hombre, y ya según aquella naturaleza simple e inmutable que existe de tal modo en el Hijo y que le viene del Padre, en cuya naturaleza el oír, el ver y el existir no es diferente de aquel de quien ha recibido la esencia. Y así como oye juzga, porque así como el Verbo fue engendrado para que el mismo Verbo sea la verdad, así juzga según la verdad. "Y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad", etc. Y diciendo esto, quiso llamar nuestra atención sobre todo hombre que, buscando el cumplimiento de su voluntad (y no la de Aquél por quien ha sido hecho), no juzgó rectamente de sí mismo, pero fue hecho juicio recto acerca de él. Porque éste, haciendo su voluntad (y no la de Dios), creyó que no habría de morir, pero este juicio suyo no fue justo. Finalmente, la hizo y murió, porque el juicio de Dios es justo, juicio que realiza el Hijo de Dios, no buscando su propia voluntad, puesto que también es Hijo del hombre. No porque carezca de voluntad cuando juzga, sino porque su voluntad no es de tal manera propia, que sea ajena de la voluntad del Padre.

San Agustín In Ioannem tract., 22.

Yo no busco mi propia voluntad (esto es, la del Hijo del hombre) que se oponga a la voluntad de Dios. Porque los hombres hacen su propia voluntad y no la de Dios, cuando hacen lo que quieren y no lo que Dios manda. Mas cuando hacen lo que quieren con el fin de cumplir la voluntad de Dios, no hacen su voluntad propia. Por esto dice: "No busco mi voluntad". Porque Jesucristo no es por sí mismo, sino por su Padre.

Crisóstomo, ut supra

Manifiesta, por lo tanto, que la voluntad de su Padre no se diferencia de la suya, sino que es una misma la de los dos. Si decimos esto de su humanidad no se admiren, puesto

que los judíos hasta ese momento lo consideraban un simple hombre. Y, por lo tanto, dijo que su juicio era justo, para que no hubiese nadie que se excusara diciendo: el que quiere establecer sus cosas propias, se hace sospechoso de que corrompe la justicia. Pero el que no se apoya en su propio testimonio, ¿cómo podrá tener ocasión de juzgar cosas injustas?

San Agustín In Ioannem tract., 21.

El único Hijo dice: "No busco mi voluntad"; pero los hombres hacen su propia voluntad. Hagamos, pues, la voluntad del Padre, de Cristo y del Espíritu Santo, porque la voluntad de éstos es una sola, como uno solo es el poder y una sola es la majestad.

"Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Otro es el que da testimonio de mí, y sé que es verdadero el testimonio que da de mí. Vosotros enviasteis a Juan, y dio testimonio a la verdad. Mas yo no tomo testimonio de hombre; pero digo esto para que vosotros seáis salvos. El era una antorcha que ardía y alumbraba. Y vosotros quisisteis por breve tiempo alegraros con su luz. Pero yo tengo mayor testimonio que Juan. Porque las obras que el Padre me dio que cumpliese, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me envió, El dio testimonio de mí, y vosotros nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su semejanza. Ni tenéis en vosotros estable su palabra, porque al que me envió, a éste, vosotros no creéis. Escudriñad las Escrituras, en las que vosotros creéis tener la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí. Y no queréis venir a mí para que tengáis vida". (vv. 31-40)

Crisóstomo in Ioannem hom. 39.

Como Jesucristo había anunciado cosas grandes de sí mismo y no las había demostrado, para probar lo que había dicho sigue hablando con el fin de excitar la oposición de los judíos, diciendo: "Y si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero". ¿Quién no se admirará cuando oiga que Jesucristo dice esto? Porque en muchas ocasiones aparece como dando testimonio de sí mismo. Y si todo esto no es verdad, ¿qué esperanza puede quedarnos de poder alcanzar la salvación? ¿En dónde encontraremos la verdad cuando la misma Verdad dice "mi testimonio no es verdadero"? Mas dijo esto: "no es verdadero", no en cuanto a su dignidad, sino en cuanto a lo que sospechaban aquéllos a quienes se dirigía. Podían los judíos contestarle, por lo tanto: por eso no te creemos, porque ninguno que da testimonio de sí es digno de ser creído. Además, después de esta oposición les da otras contestaciones muy claras y muy terminantes, citando tres testigos de lo que había dicho: las obras que había realizado, el testimonio del Padre y la predicación de San Juan; poniendo en primer término al menor, esto es, el testimonio de San Juan. Por esto dice: "Hay otro que da testimonio de mí", etc.

San Agustín De Verb. Dom. serm. 43.

El sabía que el testimonio que daba de sí mismo era verdadero, pero a causa de aquella gente ignorante e incrédula, el que era el Sol buscaba antorchas auxiliares. Porque como aquéllos no veían bien, no podían resistir la fuerza de los rayos del sol. Por lo tanto, se destinó a San Juan para que diese testimonio de la verdad. Los mártires ¿no son testigos de Jesucristo para que den testimonio de la verdad? Pero si consideramos esto bien, cuando los mártires dan testimonio de El, El mismo es quien da testimonio de sí mismo, porque El habita en los mártires para que den testimonio de la verdad.

Alcuino.

Como Jesucristo era Dios y hombre, manifestó que tenía propiedades de las dos naturalezas, hablando en alguna ocasión acerca de que había tomado la naturaleza humana, y en otras dando a conocer la majestad de su divinidad. Por tanto, cuando dice: "Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero", etc., esto debe entenderse respecto de la humanidad. Y éste es el sentido: si yo, hombre, doy testimonio de mí mismo (esto es, prescindiendo de Dios), mi testimonio no es verdadero. Por esto sigue: "Otro es el que da testimonio de mí". Porque el Padre es quien da testimonio de Jesucristo, puesto que en su bautismo se oyó la voz del Padre, como también en el monte, cuando Jesucristo se transfiguró. Prosigue: "Y sé que es verdadero el testimonio de El", porque Dios es la verdad. Y el testimonio de la verdad ¿puede menos de ser verdadero?

Crisóstomo, ut supra

Pero según antes se entiende, pueden decirle: si no es verdadero tu testimonio, ¿cómo dices: he conocido que es verdadero el testimonio de Juan? Por tanto, para contestar a las sospechas de éstos, les responde diciendo: "Vosotros enviasteis a Juan", etc., como si dijera: no hubiérais enviado donde Juan si no hubiéseis creído que era digno de fe. Y lo que es más, no le enviaron a preguntar acerca de Cristo, sino acerca de él mismo. Porque los enviados no dijeron: ¿qué dices de Jesucristo?, sino: ¿tú quién eres? ¿qué dices de ti mismo? Por tanto, tenían formado un alto concepto de aquel hombre.

Alcuino

Mas aquél dio testimonio, no de sí, sino de la verdad, y por ser amigo de la verdad dio testimonio de la verdad, esto es, de Cristo. Y no rechazó el Señor el testimonio de Juan, que ciertamente fue necesario, sino que manifestó que no debían los hombres dirigirse a San Juan sin darse cuenta que Jesucristo era el único de quien necesitaban. Por esto añade: "Mas yo no tomo testimonio de hombre".

Beda

Porque no lo necesito. Mas Juan, aun cuando dio testimonio, no lo dio para aumentar la gloria de Jesucristo, sino para mover a los hombres a conocerle mejor.

Crisóstomo, ut supra

También el testimonio de Juan era el testimonio de Dios, que hablando por medio de él dijo lo que dijo. Y para que no digan: ¿de dónde consta que Juan aprendió de Dios lo que aprendió?, diciendo esto, aclaró la duda de aquéllos: "Mas digo esto para que os salvéis", como si dijera: Yo en realidad soy Dios que existo por mí mismo, y no necesitaba de esta especie de testimonio humano. Pero como vosotros creéis más bien a Juan y le creéis más digno de fe que a todos los demás, y como no me creéis ni aun cuando hago milagros, por esto os recuerdo su testimonio. Y para que no digan ¿qué hay con que aquél lo haya dicho si nosotros no lo hemos recibido?, les manifiesta que efectivamente no habían aceptado lo que había dicho San Juan. Por esto sigue: "El era una antorcha que ardía y alumbraba, y vosotros quisisteis por breve tiempo alegraros con su luz". Respecto a esto que dijo: "Por breve tiempo", dio a conocer la facilidad con que habían creído y la prontitud con que habían olvidado lo que le habían oído. Lo cual, si

no hubiese sucedido, hubiesen sido llevados hasta Jesús como de la mano. Llamándole antorcha, da a conocer que no tenía luz propia, sino que la recibía de la gracia del Espíritu Santo.

Alcuino

Porque Juan era antorcha, iluminado por Jesucristo, que era la verdadera luz. Juan ardía en la fe y en el amor, y brillaba por la palabra y por la obra, y había sido enviado antes para confundir a los enemigos de Jesucristo, según aquellas palabras del salmo (Sal 131,17-18): "He preparado la antorcha para mi Cristo, y llenaré de confusión a todos sus enemigos".

Crisóstomo, ut supra

Os cito a San Juan, no porque necesite de su testimonio, sino para que os salvéis. Porque yo tengo un testimonio mayor que el de Juan. Y esto es lo que dice a continuación: "Pero yo tengo mayor testimonio que Juan", y éste es el que procede de las obras. Por esto sigue: "Mas las obras que me dio el Padre para que yo las ejecute, ellas mismas son las que dan testimonio de mí".

Alcuino

Como da vista a los ciegos, oídos a los sordos, palabras a los mudos, arroja a los demonios y resucita a los muertos, todas estas obras dan testimonio de Jesucristo.

San Hilario De Trin., 1, 7

El Dios Unigénito no sólo da testimonio del nombre, sino que enseña también por el testimonio del poder que es el Hijo de Dios. Porque las obras que practica atestiguan que ha sido enviado por el Padre, y así la obediencia del Hijo y la autoridad del Padre se conocen perfectamente en el que ha sido enviado. Pero como las obras no son de suficiente testimonio para los incrédulos, prosigue: "Y el Padre que me envió dio testimonio de mí". Registrad los Evangelios y examinad todas sus obras. No hay otro testimonio del Padre respecto del Hijo en los sagrados libros, sino aquél en que manifiesta que Este es su Hijo. ¿Por qué se trata ahora de mentir, diciendo que sólo hay adopción de nombre, para decir que Dios miente y que ha inventado nombres vanos?

Beda In Ioannem c. 5

La misión debe entenderse como su Encarnación. Finalmente manifiesta que Dios no tiene cuerpo, porque no puede ser visto con los ojos de la carne. Por esto sigue: "Y vosotros nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su imagen".

Alcuino

Mas los judíos podían decir: nosotros únicamente acostumbramos a oír su voz en el monte Sinaí, y lo hemos visto en la forma de fuego; por tanto, si Dios diera testimonio de ti, nosotros hubiéramos conocido su voz. Pero contra esto dice: yo tengo testimonio del Padre aunque vosotros no lo comprendáis, porque vosotros "nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su imagen".

Crisóstomo hom. 39

¿Cómo, pues, Moisés pregunta si aconteció alguna vez que un pueblo oyera la voz de Dios que hablaba en medio del fuego como tú le has visto y has oído?, y ¿cómo se

dice que Isaías y otros muchos le vieron? ¿Qué es, pues, lo que ahora dice Cristo? Los conduce a una doctrina filosófica, enseñándoles poco a poco que no hay en Dios ni voz ni figura, sino que es muy superior a tales formas y al lenguaje material. Así, cuando dice: "Ni habéis oído su voz", no expresa que Dios tenga una voz que sin embargo no puede oírse; y lo mismo al decir: "Ni habéis visto su figura", no indica que Dios tenga forma sensible y visible, sino al contrario, que nada de esto hay en Dios.

Alcuino

No puede Dios ser conocido por los oídos carnales, sino por espiritual inteligencia mediante la gracia del Espíritu Santo. No oían, pues, la voz espiritual, porque no querían amarle y obedecer sus preceptos, ni ver su figura, porque ésta no puede ser contemplada con los ojos carnales, sino con la fe y el amor.

Crisóstomo, ut supra

Tampoco les era posible asegurar que hubiesen recibido y guardado sus preceptos, de aquí es que añade: "Y no tenéis estable en vosotros su palabra". Esto es, los preceptos de Dios, aunque Dios los ha constituido, sin embargo no están entre vosotros. Si es así que las Escrituras enseñan en todas partes que creáis en mí y vosotros no creéis, es cosa clara que su palabra se ha apartado de vosotros. Y por esto añade: "Porque al que El envió, a Este no creéis".

Alcuino

No tienen en sí constantemente al Verbo que era en el principio, los que oyendo la palabra de Dios desdeñan el tenerla siempre presente y ajustar a ella sus obras. Había dicho que El tenía el testimonio de Juan, el de sus obras y el del Padre. Y ahora añade que también la Ley, que fue dada por Moisés, da testimonio de El, diciendo: "Examinad las Escrituras en las cuales creéis tener la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí". Como diciendo: vosotros, que creéis tener la vida eterna en las Escrituras y me rechazáis como contrario a Moisés, podéis comprender que yo soy Dios por las palabras del mismo Moisés, si examináis cuidadosamente las mismas Escrituras. Toda la Escritura da testimonio de Jesucristo, ya por medio de figuras, ya por medio de los profetas, ya por medio de los ángeles. Pero los judíos no creyeron que todo esto se refería a Jesucristo y, por lo tanto, no pueden alcanzar la vida eterna. Por esto sigue: "Y no queréis venir a mí, para que tengáis vida", como diciendo: las Escrituras dan testimonio, y sin embargo no queréis venir a mí, a pesar de tanto testimonio. Esto es, no queréis creer en mí, y buscar en mí la eterna salvación.

Crisóstomo In Ioannem hom. 39

También puede continuarse hablando de este modo: podrían decir aquéllos, ¿si no hemos oído su voz, cómo podremos saber que Dios da testimonio de ti? Y por esto dice: "Examinad las Escrituras", manifestando que Dios ha dado testimonio de El por medio de las Escrituras. También en el Jordán y en el monte dio testimonio de El, mas no oyeron la voz que resonó en el monte. Y aunque oyeron la que resonó en el Jordán, no le prestaron atención. Por esto los remite a las Escrituras, manifestando que el testimonio del Padre está en ellas. Mas no los remitía a la simple lectura de las Escrituras, sino que

les encargaba el examen detenido, porque lo que en las Escrituras se encontraba respecto de El estaba velado por encima y no se expresaba en la superficie, sino que estaba escondido en lo profundo, a manera de un tesoro. Y no dice: en las cuales tenéis la vida eterna, sino: en las que creéis tenerla, manifestando que no sacaban el grande y noble fruto de las Escrituras, creyendo que podrían salvarse únicamente con leerlas sin fe. Por lo que añade: "Y no queréis venir a mí", porque no querían creer en El.

Beda, ut supra

El salmista manifiesta por qué usó de la palabra venir en lugar de creer, cuando dice: "Aproximaos a El y seréis iluminados" (Sal 33,6). Añade también: "Para que tengáis vida", porque si el alma que peca muere, aquéllos tenían muerta el alma y la inteligencia. Por lo tanto, les ofrecía la vida del alma, o de la eterna felicidad.

"No recibo gloria de hombres. Mas yo os he conocido que no tenéis el amor de Dios en vosotros. Yo vine en nombre de mi Padre, y no me recibís: si otro viniere en su nombre, a aquél recibiréis. ¿Cómo podéis creer vosotros que recibís la gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria, que de sólo Dios viene? No penséis que yo os he de acusar delante del Padre: otro hay que os acusa: Moisés, en quien vosotros esperáis. Porque si creyéseis a Moisés, también me creeríais a mí: pues él escribió de mí, mas si a sus escritos no creéis, ¿cómo creeréis a mis palabras?" (vv. 41-47)

Crisóstomo in Ioannem hom. 40

Como el Señor había hecho mención antes del testimonio de San Juan, del de Dios y del de las obras de sus siervos para atraerlos más hacia sí, era probable que muchos creyesen que decía esto porque deseaba la gloria de los hombres. Y con este fin, dice en contra de esto: "No recibo la gloria de los hombres". Esto es, no necesito, porque mi naturaleza no es de tal manera que necesite la gloria que procede de los hombres. Y si el sol no recibe aumento de luz de la luz de otra antorcha, con mucha más razón no necesito de la gloria humana.

Alcuino

Ni recibo gloria alguna de los hombres, esto es, no busco la alabanza humana, porque no he venido a recibir honra material de los hombres, sino a dar honra espiritual a los hombres. Por tanto, no digo esto para buscar mi propia gloria, sino que me compadezco de vosotros, que vivís en el error, y deseo traeros al camino de la verdad. Por esto dice: "Mas yo he conocido que no tenéis el amor de Dios en vosotros.

Crisóstomo, ut supra

Como diciendo: y por eso he dicho esto, para convenceros de que no me perseguís porque amáis a Dios; porque El da testimonio de mí por medio de las obras y por medio del Espíritu Santo. Sucedería, pues, que así como me despreciáis, creyendo que soy enemigo de Dios, ahora vendríais a mí si amaseis a Dios, pero no le amáis. Y les dio a conocer que esto era verdad, no sólo por lo que había pasado, sino por lo que habría de suceder, diciendo: "Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me habéis recibido: si otro viniere en su nombre, le recibiréis". Y dice que ha venido en nombre del Padre para deshacer toda ocasión de impiedad.

Alcuino

Como si dijera: he venido al mundo para que el nombre de mi Padre sea glorificado por mí, puesto que todo lo atribuyo al Padre. Como no tenían amor de Dios, no querían recibir a Aquél que venía a hacer la voluntad del Padre. Mas el Anticristo vendrá, no en el nombre del Padre, sino en el suyo propio, y no buscando la gloria del Padre, sino la suya. Y como los judíos no quisieron recibir a Jesucristo, se les castigará su pecado con mucha razón, haciéndoles que reciban el Anticristo, para que los que no quisieron creer en la verdad crean en la mentira.

San Agustín De verb. Dom. serm. 45

Pero oigamos también lo que dice San Juan: "Habéis oído que viene el Anticristo, y ahora hay muchos que se han hecho anticristos" (1Jn 2,18). ¿Qué hay de temer en el Anticristo, sino que su nombre habrá de ser honrado y el nombre de Dios despreciado? ¿Qué otra cosa hace el que dice: "soy yo el que justifica" y "si no fuésemos buenos, habríais perecido?" ¿Ha de depender de éste mi vida, y mi salvación estar ligada a la suya de este modo? ¿No habría olvidado lo quién es mi fundamento? ¿Acaso no es Jesucristo la piedra?

Crisóstomo, ut supra

De este modo, pues, pone de relieve la falta de religiosidad de aquéllos. Como diciendo: si me perseguís porque amáis a Dios, mucho más conviene que lo hagáis con el Anticristo. Porque él no dirá que ha sido enviado por el Padre, ni que ha venido para hacer la voluntad de El, sino que por el contrario, usurpando lo que no le pertenece, dirá que es Dios, y que está sobre todas las cosas. Por lo que se da a conocer que perseguían a Jesucristo por envidia, y por su aversión a Dios. Además expone la causa de su infidelidad, diciéndoles: "¿Cómo podéis creer vosotros, siendo así que aceptáis mutuamente la gloria, y no buscáis la gloria que sólo viene de Dios?" Aquí les manifiesta repetidamente que no tendían hacia las cosas de Dios, sino que querían defender sus propias pasiones.

Alcuino

Es un pecado grave la jactancia y la ambición de la humana alabanza, que quiere que se la crea adornada de las prendas que no tiene. Por tanto, no pueden creer, porque tienen ambición de gloria mundana; ¿y qué otra cosa es la ambición de la humana alabanza, sino la hinchazón del alma soberbia? Como diciendo: que el alma de aquéllos, que era soberbia, deseaba ser alabada y ensalzada sobre todos los demás.

Beda

No puede precaverse este vicio de otro modo que entrando dentro de nosotros mismos, y considerando que no somos más que polvo, y que si comprendemos que en nosotros hay algo bueno, no creamos que procede de nosotros mismos, sino que debemos atribuirlo a Dios. Se nos enseña también que debemos portarnos siempre como deseamos ser tenidos por los demás. Finalmente, podrían responder: ¿Luego nos acusarás delante de tu Padre? Y por lo tanto, previniendo esta pregunta, añade: "No penséis que yo os he de acusar", etc.

Crisóstomo, ut supra

Esto es, porque no he venido a condenar, sino a salvar. "Otro hay que os acusa; Moisés, en quien vosotros esperáis". Así como de la Escritura había dicho antes "en la que vosotros suponéis la vida eterna", así dice de Moisés, "en quien esperáis", encerrándoles en sus propios argumentos. Pero dirían: ¿Y cómo nos acusará aquél? ¿Qué de comparable hay entre tú y Moisés, siendo así que no guardas el sábado? Y por esto añade: "Porque si creyéseis a Moisés, también me creeríais a mí; pues él escribió de mí". Esto tiene sus fundamentos en las anteriores pruebas. Y estando demostrado por mis

obras, por el testimonio de Juan, y por el de mi Padre, que he venido de Dios, comprenderéis que Moisés os acusará, porque dijo: "Si viene alguno haciendo milagros, encaminando hacia Dios y prediciendo con verdad lo que ha de suceder, convendrá obedecerle". Y Jesucristo hizo todo esto, y sin embargo no le creyeron.

Alcuino

Acaso dijo esto ateniéndose a nuestro modo de pensar, y no porque pueda caber duda en Dios. Moisés, pues, escribió acerca de Jesucristo, diciendo: "El Señor os levantará un profeta de entre vuestros hermanos; y así como a mí, también le oiréis a El" (Dt 18,15).

San Agustín Contra Faustum 16, 9

Pero todo lo que escribió Moisés, lo escribió refiriéndose a Jesucristo. Esto es, todo pertenece a Jesucristo: ya sea que lo anuncie por medio de figuras en las cosas, en las acciones, o en las palabras, o ya sea que recomiende su gracia y su gloria.

Prosigue: "Mas si a sus escritos no creéis, ¿cómo creeréis a mis palabras?"

Teofilacto

Como diciendo: El, además, escribió y dejó sus libros entre vosotros, para que si os olvidaseis, podáis recordarlo fácilmente; y si no habéis creído en lo que está escrito, ¿cómo creeréis en mis palabras que no están escritas?

Alcuino

De aquí se deduce que los que leen los preceptos (que prohiben el robar y otras acciones malas) y dejan de cumplirlos, no pueden cumplir tampoco los mandatos del Evangelio, que son más perfectos y sublimes.

Crisóstomo, ut supra

Y en realidad, si se fijaran en lo que se les decía, le hubieran rogado que dijera qué era lo que Moisés había escrito acerca de El, pero se callaron. De tal condición es la maldad, que por más que vea u oiga continúa guardando siempre su veneno.

CAPÍTULO 6

Después de esto, pasó Jesús a la otra parte del mar de Galilea, que es de Tiberíades. Y le seguía una grande multitud de gente, porque veían los milagros que hacía sobre los enfermos: Subió, pues, Jesús, a un monte, y se sentó allí con sus discípulos. Y estaba cerca la Pascua, día de la fiesta de los judíos. Y habiendo alzado Jesús los ojos, y viendo que venía a El una gran multitud, dijo a Felipe: "¿De dónde compraremos pan para que coman estos?" Esto decía por probarle: porque El sabía lo que había de hacer. Felipe respondió: "Doscientos denarios de pan no les basta, para que cada uno tome un poco". Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: "Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces: mas ¿qué es esto para tanta gente?" Y dijo Jesús: "Haced sentar a la gente. En aquel lugar había mucho heno. Y se sentaron a comer, como en número de cinco mil hombres. Tomó Jesús los panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados: y asimismo de los peces, cuanto querían. Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado, que no se pierdan. Y así recogieron y llenaron doce canastos de pedazos de los cinco panes de cebada, que sobraron a los que habían comido. Aquellos hombres, cuando vieron el milagro que había hecho Jesús, decían: "Este es verdaderamente el profeta que ha de venir al mundo". (vv. 1-14)

Crisóstomo in Ioannem hom. 41

Así como las flechas cuando caen sobre algún cuerpo duro rebotan con gran fuerza e ímpetu, y cuando no tienen algo que les estorbe van a parar en seguida al sitio donde se las envía y allí descansan, así, cuando disputamos con hombres atrevidos y con algún calor, se enfurecen más; pero si concedemos lo que ellos dicen, fácilmente calmamos su rabia. Por este medio Jesucristo consiguió, retirándose, calmar el furor que se levantaba contra El por las palabras que precedían y se marchó a Galilea y no a aquellos mismos sitios de donde había subido a Jerusalén. Por esto no se marchó a Caná de Galilea, sino que se pasó a la otra orilla del mar. Por esto dice el evangelista: "Después de esto, pasó Jesús a la otra parte del mar de Galilea, que es de Tiberíades".

Alcuino

Este mar tiene diferentes nombres, según los diferentes sitios por donde se extiende, pero en cuanto a su situación presente, se llama mar de Galilea por la provincia y Tiberíades por la ciudad. Se dice mar, no porque el agua sea salada, sino según a la costumbre hebrea, que denomina mares a todas las grandes reuniones de agua. Este mar lo pasó repetidas veces el Señor para esparcir la palabra de su doctrina entre todos los pueblos que habitan junto a él.

Teofilacto

Pasa de pueblo en pueblo con el fin de probar la voluntad de los hombres y con el de volverles más ávidos y solícitos en la fe. De aquí es que sigue: "Y le seguía una gran multitud, porque veían los milagros que hacía en todos los que estaban enfermos".

Alcuino

A saber, volvía la vista a los ciegos y hacía otras cosas por el estilo. Y ha de tenerse en cuenta que a todos los que sanaba del cuerpo los regeneraba en el espíritu.

Crisóstomo in Ioannem hom. 40

Gozando de tan alta doctrina, sólo se fijaban en los hechos extraordinarios, porque sus entendimientos estaban oscurecidos, pues los hechos extraordinarios, como dice San Pablo (1Cor 14,22), no fueron dados a los fieles, sino a los infieles. Eran, pues, más sabios aquellos que, según San Mateo (Mt 7,28-29), quedaban estupefactos ante la grandeza de su doctrina. Pero ¿por qué no dice: "cuando lo veían ejecutar maravillosos milagros"? Porque este evangelista puso su mayor esmero en prestar atención a las predicaciones del Señor, llenando con ellas la mayor parte de su libro. Sigue: "Ascendió, pues, al monte, Jesús, y allí estaba sentado con sus discípulos". Subió al monte a causa del milagro que pensaba realizar, pero hizo subir consigo a los discípulos, en lo cual iba envuelta una reprensión a la muchedumbre que no lo seguía. Subió también al monte para enseñarnos a hacer silencio en el interior, huyendo de los tumultos y de la agitación de las cosas mundanas. Porque la soledad es muy a propósito para la contemplación (o para el conocimiento de las cosas sublimes y la meditación de las cosas divinas). Prosigue: "Y estaba cerca la Pascua, día de la fiesta de los judíos". Véase cómo, tratando de un año entero, no nos refiere el evangelista más que dos milagros de Jesucristo: la curación del paralítico y la del hijo del funcionario real. Y no se ocupó de hablar de todos, porque eligió de entre ellos, aunque pocos, los más grandes. ¿Y por qué no subió en el día de la fiesta? Derogaba poco a poco la Ley, tomando ocasión para ello de la malicia de los judíos.

Teofilacto

Y como los judíos lo perseguían, tomó ocasión para retirarse, por no cumplir con la Ley, dejando adivinar a los que la observaban que cuando venía la realidad debía cesar toda figura y que no estaba sujeto a las leyes hasta el punto de tener que acudir a las fiestas legales. Y ve que esto no era una fiesta de Jesucristo, sino de los judíos.

Beda in Marc cap. 6

Si alguno examina detenidamente las palabras del evangelista conocerá con facilidad que sólo medió un año entre la degollación del Bautista y la pasión del Señor, siendo así que dice San Mateo que el Señor cuando supo la muerte de San Juan, se retiró a un lugar desierto y allí dio de comer a las multitudes. Y San Juan dice que estaba próxima la Pascua de los judíos cuando dio de comer a las multitudes, por lo cual se demuestra sin género de duda que San Juan fue degollado cerca de la Pascua. Habiendo transcurrido el lapso de un solo año, fue cuando Jesucristo sufrió la pasión en la misma festividad.

Teofilacto

Prosigue: "Y habiendo alzado Jesús los ojos", para que conozcamos que no levantaba sus ojos para mirar a cualquier parte, sino que estaba sentado decorosa y atentamente con sus discípulos.

Crisóstomo in Ioannem hom. 41

Y no estaba simplemente sentado con sus discípulos, sino que les hablaba alguna cosa con cuidado y los atraía hacia sí. Después, mirando a lo lejos, vio una multitud que se acercaba. ¿Con qué fin pregunta a Felipe? El sabía en verdad que aquella reunión de discípulos necesitaba de más amplios conocimientos, como sucedía con Felipe, que dijo después: "danos a conocer al Padre, y con esto tenemos bastante", por cuya razón lo instruye antes del suceso, porque si el milagro se hubiera verificado sencillamente, no hubiese brillado tanto. Y así ahora, antes del acontecimiento, lo obliga a confesar la carencia de pan, para que conozca mejor la magnitud del milagro. Por esto sigue: "Esto decía por probarle".

San Agustín De verb. Dom. serm., 11.

Hay una tentación que nos lleva hasta el pecado, pero ésta no es con la que Dios tienta, porque en cuanto a ésta se dice en la carta de Santiago (St 1) que Dios no tienta para lo malo y hay otra tentación que es para probar la fe, según lo que dice en el Deuteronomio (Dt 13): "El Señor, vuestro Dios, os tienta". Y así debe comprenderse lo que Jesucristo preguntaba en el Evangelio tentando a aquel discípulo.

Crisóstomo iterum ut supra.

No porque ignoraba lo que aquél debía contestarle, sino que esto lo dijo utilizando una manera común de expresarse. Cuando se dice "el que sondea los corazones de los hombres" (1Cro 28) se manifiesta que los sondea no por ignorancia, sino con perfecto conocimiento. Así, cuando aquí dice que lo tentó, no dice otra cosa más que lo que ya sabía ciertamente. Pero debemos decir que deseaba hacerlo testigo calificado por medio de esta pregunta, proponiéndose llevarlo al mejor conocimiento de aquel milagro. Por esto el evangelista, para que no sufriese detrimento tu comprensión a causa de poca energía en la frase, añadió: "Porque El sabía lo que había de hacer".

Alcuino.

Pregunta, por lo tanto, no para enseñarle lo que ignora, sino para manifestar a su discípulo -hasta el momento ignorante- su tardanza para creer, la cual él no podía apreciar por sí mismo.

Teofilacto.

O bien para manifestar a los otros esto mismo, como conocedor que era de su corazón.

San Agustín De cons. evang. 2, 46

Mas si el Señor, según lo que refiere San Juan, preguntó a Felipe de dónde podría darles de comer, a fin de probarlo cuando vio las multitudes, este hecho puede inducirnos a creer lo que cuentan otros: que los discípulos dijeron primero al Señor que despidiese a las multitudes, a los cuales respondió, según dice San Mateo (Mt 14,16): "No tienen necesidad de irse; dadle vosotros de comer". Se comprende, por lo tanto, que después de

estas palabras fue cuando el Señor vio a la multitud y dijo a Felipe lo que refiere Juan. Mas otros pasaron esto en silencio.

Crisóstomo, ut supra

Aquello es una cosa y esto es otra, y se verificaron en diversos momentos.

Teofilacto

Probando el Señor a Felipe para ver si tenía fe, encontró que todavía estaba sujeto a las pasiones humanas, como se demuestra por lo que sigue: "Felipe le respondió: doscientos denarios de pan no les bastan para que cada uno tome un poco".

Alcuino

En lo que manifestó su tardanza para creer. Porque si hubiese conocido claramente que Aquél era el Creador, no hubiese desconfiado de su poder.

San Agustín, ut supra

Mas lo que aquí responde Felipe según San Juan, es lo mismo que San Marcos dice que respondieron sus discípulos, queriendo dar a entender que Felipe respondió esto por inspiración de los demás, aun cuando el evangelista pudo hablar en plural en vez de singular, como acostumbraba en muchas ocasiones.

Teofilacto

Pero el Señor vio que Andrés era parecido a Felipe, aunque su pensamiento se elevaba un poco más. Sigue, pues: "Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces".

Crisóstomo, ut supra

Creo, en verdad, que el Apóstol no dijo esto sin algún fin, porque había oído el milagro que Eliseo había hecho con los panes de cebada, pues alimentó a cien hombres con veinte panes (2Re 4). Se levantó mentalmente a algo más elevado, pero no pudo llegar a la cumbre, lo cual se manifiesta por lo que sigue: "¿Mas qué es esto para tanta gente?" Creía, por lo tanto, que de pocos había de hacer pocos y de muchos muchos, el que hacía milagros, pero esto no era verdad. De igual manera le era fácil alimentar a las multitudes, ya fuera de pocos, ya de muchos (porque El no necesitaba de una materia limitada). Y para que no pareciese que las criaturas eran ajenas a su poder, utiliza las cosas creadas para hacer milagros.

Teofilacto

Confúndanse los maniqueos, que dicen que los panes y todas las demás cosas por el estilo han sido creadas por el dios malo, porque el Hijo del Dios bueno, Jesucristo, multiplicó los panes. Mas si las criaturas fuesen malas, el Bueno nunca hubiese multiplicado las cosas malas.

San Agustín De cons. evang. 2, 44

Juan consigna que Andrés fue el que sugirió lo de los dos panes y los cinco peces. Los otros evangelistas hablan en plural, no en singular, en atención a los demás discípulos.

Crisóstomo in Ioannem hom. 41

Los que nos fijamos demasiado en los placeres de la vida comprendamos por lo tanto en esto qué es lo que comían aquellos hombres admirables y grandes y la cantidad de lo que se les ofrecía y lo despreciable de su mesa. Y aún no se habían presentado aquellos panes, cuando mandó sentarse a las gentes, para que se conozca que le están sometidos los seres que no existen, lo mismo que los que existen, según dice San Pablo (Rom 4,17): "El que llama a aquellas cosas que existen como a las que no existen". Prosigue: "Y dijo Jesús: haced sentar a las gentes".

Alcuino

Ateniéndonos a la letra: que se sienten los hombres, lo decimos en el sentido de que se recuesten para comer, según acostumbraban los antiguos; por esto sigue: "En aquel lugar había mucho heno".

Teofilacto

Esto es, hierba verde, porque la Pascua se celebraba en el primer mes de la primavera. Prosigue: "Y se sentaron a comer, como en número de cinco mil hombres". El evangelista cuenta únicamente los hombres, porque seguía la costumbre legal. Así como Moisés computó el pueblo por los que habían cumplido veinte años y no hizo mención de las mujeres (Nm 1), teniendo en cuenta que todo lo que lleva carácter viril y juvenil es digno y agradable delante de Dios.

Prosigue: "Tomó, pues, Jesús los panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados: y asimismo de los peces, cuanto querían".

Crisóstomo, ut supra

¿Y por qué cuando iba a curar al paralítico no ora, ni cuando resucita a los muertos, ni cuando calma la tempestad del mar y aquí ora y da gracias? Para manifestar que aquéllos que empiezan a comer, deben dar gracias a Dios. O de otro modo: ora en las cosas pequeñas, para que se vea que no ora por necesidad. Porque si necesitase orar, esto lo haría con mucha más razón en los milagros de mayor importancia. Pero como los hacía con autoridad propia, da a entender que aquí ora por acomodarse a nuestro modo de ser y además, como había mucha gente delante, convenía enseñarles que esto sucedía por la voluntad de Dios. Y, por tanto, no oraba cuando hacía algún milagro en secreto, pero ora en presencia de muchos, para que no crean que es enemigo de Dios.

San Hilario De Trin., 1, 3

Se le ofrecen, pues, cinco panes a la multitud y se le distribuyen. Pero se observa que se aumentan los pedazos en las manos de los que los distribuyen. No se hacían más pequeños porque los partían, sino que siempre los pedazos llenaban las manos de los que estaban distribuyendo. Ni los sentidos, ni la vista podían seguir la marcha de aquello que sucedía. Es lo que no era, se ve lo que no se comprende y sólo queda de creer que Dios puede hacer todas las cosas.

San Agustín In Ioannem tract., 24.

Como multiplica las plantas por medio de unas pocas semillas, también multiplicó los cinco panes en las manos de los que los distribuían. El poder estaba en las manos de Jesucristo. Multiplicó aquellos cinco panes que eran como las semillas no arrojadas a la

tierra, sino multiplicadas por Aquél que hizo la misma tierra.

Crisóstomo, ut supra

Véase en esto cuán grande es la diferencia que hay entre el siervo y el Señor. Porque los profetas, como tenían la gracia limitada, hacían milagros sujetos a estos límites. Mas Jesucristo, como obraba con poder absoluto, hacía todas las cosas con gran superabundancia. De donde sigue: "Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: recoged los pedazos que han sobrado, que no se pierdan". Esta ostentación, en verdad, no era inútil, antes servía para que no creyesen que los había hecho sufrir una ilusión. Hizo aquel milagro sobre la materia que le estaba sometida. ¿Mas por qué razón no dio a las multitudes los trozos que habían sobrado para que se los llevaran, sino a los discípulos? Porque quería enseñarles de una manera especial, puesto que habían de ser los maestros de todo el mundo. Y yo no sólo admiro la multitud que resultó de estos panes, sino también la exactitud de los trozos que sobraron, porque quiso que en lo sobrante no hubiese ni exceso ni defecto, sino únicamente cuanto quería, a saber: doce canastos, en atención al número de los doce apóstoles.

Teofilacto

Aprendemos también en este milagro a no apocarnos cuando nos veamos acosados por la pobreza.

Beda

Mas las multitudes, cuando vieron el milagro que había hecho el Señor, se admiraban, porque todavía no habían comprendido que Jesús era Dios. Y por eso añade el evangelista: "Aquellos hombres, -como eran carnales, y todo lo entendían en sentido material-, decían: éste es verdaderamente el profeta que ha de venir al mundo".

Alcuino

Aun no creían con verdadera fe los que llamaban profeta al Señor, porque aun no habían aprendido a llamarle Dios. Mas ya habían adelantado mucho por razón de aquel milagro, puesto que lo designaban con el nombre de profeta, pero distinguiéndolo de los demás profetas. Sabían, por tanto, en aquel pueblo que los profetas habían hecho milagros en algunas ocasiones y no se equivocan cuando le llaman profeta, porque el mismo Señor se llamaba así cuando decía (Lc 13): "Porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén".

San Agustín In Ioannem tract., 24.

Por lo tanto, Jesucristo es profeta y Señor de los profetas, así como es Angel y Señor de los ángeles. En cuanto anunció lo que estaba presente, era ángel; en cuanto anunció lo que había de suceder, era profeta; y en cuanto el Verbo se hizo carne, era el Señor de los ángeles y de los profetas; porque no ha habido profeta alguno sin palabra divina.

Crisóstomo in Ioannem hom. 41.

Y respecto de lo que decían: "que habrá de venir al mundo", daban a entender que esperaban un cierto profeta especial. Y cuando dicen: "Este es verdaderamente el profeta", se da a entender por la adición del artículo griego que era diferente de los

demás profetas.

San Agustín, ut supra

Debe tenerse en cuenta lo que generalmente se dice, a saber: que Dios no es de tal naturaleza que pueda ser visto con los ojos, y que sus milagros, con los que sostiene a todo el mundo y alimenta todas las criaturas, no llaman la atención, por la frecuencia con que se repiten. Pero se ha reservado algunos milagros para hacerlos con oportunidad fuera del curso y del orden regular de la naturaleza, no porque sean mayores, sino porque se ejercen menos frecuentemente, y así admiran por esta circunstancia más que aquéllos que se están realizando diariamente. Realmente es mayor milagro el gobierno de todo el mundo que el saciar a cinco mil hombres con cinco panes, y sin embargo, nadie se admira de este gobierno. Pero los hombres se admiran del otro milagro, no porque es mayor, sino porque es raro. Y no basta fijarnos en esto respecto de los milagros de Jesucristo.

Alcuino

En sentido espiritual, sucede muchas veces que con el nombre de mar turbulento se designa este mundo. Ahora bien, Jesucristo -naciendo- abordó al mar de nuestra mortalidad; navegó en él (muriendo); lo atravesó (resucitando) y lo siguieron las multitudes de los que creían en El y que había reunido de uno y otro pueblo (creyéndole e imitándole).

Beda

El Señor subió al monte cuando subió al cielo, el cual se designa con el nombre de monte.

Alcuino

Al dejar las multitudes en el llano y subir a los lugares más altos con sus discípulos, dio a entender que a los más ignorantes deben confiárseles únicamente los preceptos más sencillos y a los mejor instruidos deben enseñárseles los más sublimes. Cuando les dio de comer a la proximidad de la Pascua, quiso significar que todo aquél que desea alimentarse con el pan de la divina palabra y con la sangre de nuestro Señor Jesucristo, debe celebrar la Pascua espiritual o, lo que es lo mismo, salir de los vicios y entrar en las virtudes (porque Pascua quiere decir tránsito). Mas los ojos del Señor son gracias espirituales, que cuando el Señor concede por su misericordia a sus escogidos, entonces dirige hacia ellos sus ojos, o lo que es lo mismo, les dispensa la gracia de su caridad.

San Agustín Lib. 83 quaest. qu. 81

Los cinco panes de cebada representan la Ley antigua, ya porque aun no se había dado la Ley a los hombres espirituales, sino únicamente a los hombres carnales, esto es, a los que están dedicados a sus cinco sentidos corporales (porque aquellas multitudes se componían de cinco mil hombres), o ya porque la Ley había sido dada por Moisés y Moisés escribió cinco libros. Y como los panes eran de cebada, dio a entender que aquella Ley había sido dada con el fin de que se fomentase la vida del espíritu, a la vez que se fomentaba la del cuerpo por medio de los Sacramentos. Porque los granos de cebada tienen la médula cubierta por medio de una paja muy adherida y el pueblo aun no

se había despojado de los deseos de la carne, a los cuales estaba fuertemente adherida su alma, como lo está la paja al grano de cebada.

Beda

Y este alimento de cebada es propio de los asnos y sirve también de comida a las gentes más pobres. Por esto la Ley antigua se había dado para los siervos y los asnos, esto es, para los hombres carnales.

San Agustín, ut supra

Aquellos dos peces que daban al pan cierto sabor agradable representan, sin duda, aquellas dos clases de personas por medio de las que se regía aquel pueblo, a saber: la real y la sacerdotal. Dos clases de personas que prefiguraban a nuestro Señor, porque El había asumido los poderes de ambas.

Alcuino

También pueden representar aquellos dos peces lo dicho y lo escrito por los profetas y por los salmistas. Y como el número cinco se refiere a los cinco sentidos del cuerpo, así mil se refiere al grado más alto de perfección. Todos aquéllos que procuran gobernar bien los cinco sentidos de su cuerpo se llaman varones por la virilidad o fuerza, ya que la debilidad de carácter no los corrompe, sino que viven con sobriedad y castidad, y así merecen ser recreados con la dulzura de la sabiduría celestial.

San Agustín In Ioannem tract., 24.

El muchacho que tenía estas cosas, representa acaso al pueblo de Israel, que traía todas estas cosas con afecto de niño y no comía. Mas aquellas cosas que él llevaba, y aquella canasta que llevaba estas cosas cuando estaba cerrada pesaba; cuando estaba abierta alimentaba.

Beda.

Muy oportunamente dice Andrés: "¿Mas qué es esto para tantos?" Porque la Ley antigua aprovechaba poco, hasta el que Señor la tomó en sus manos (esto es, hasta que la cumplió con sus obras) y enseñó que debía entenderse en sentido espiritual. Porque la Ley a nadie conducía a la perfección (Heb 7,19).

San Agustín, ut supra

Partiendo los panes, se multiplicaron. Porque eran cinco los libros de Moisés y los hicieron muchos libros cuando los expusieron, como partiéndolos (esto es, dividiéndolos).

San Agustín Lib. 83, quaest, qu. 61

El Señor, como dividiéndolos también y manifestando lo que era oscuro y estaba cerrado en la Ley, sació a sus discípulos cuando les explicó las Escrituras después de la resurrección.

San Agustín In Ioannem tract., 24.

Como el pueblo ignoraba lo que la Ley quería decir, por esto la tentación del Señor demostraba la ignorancia del discípulo. Y estaban sentados sobre la hierba, porque les agradaban las cosas de la tierra, y descansaban en las cosas materiales. Está escrito que toda carne es paja. Mas ellos fueron alimentados por los panes del Señor, porque los que

escuchan por los oídos cumplen con las obras (Is 40,6).

San Agustín, ut supra

¿Qué representan aquellos trozos que sobraron, sino aquellas cosas que el pueblo no ha podido comprender? ¿Y qué queda sino que aquellos secretos de la inteligencia que la multitud no puede comprender, sean creídos por aquéllos que estaban destinados y debían enseñar a los demás, como eran los Apóstoles? Por esto se llenaron doce canastas.

Alcuino y Beda

Los oficios más bajos se administran con las canastas. Luego las canastas son los Apóstoles y sus imitadores, los cuales, aunque en la vida presente no son bien conocidos, sin embargo, están repletos interiormente por las riquezas de las gracias espirituales. Y se dice que los Apóstoles eran como las canastas, porque por medio de ellos había de predicarse la fe de la Santísima Trinidad en las cuatro partes del mundo. Como no quiso hacer panes nuevos, sino que reunió los trozos que habían sobrado, dio a conocer que no despreciaba la Antigua Escritura, sino que la explicaba exponiendo su sentido.

Y Jesús cuando entendió que habían de venir para arrebatarle, y hacerle rey, huyó otra vez al monte El sólo. Y como se hiciese tarde, descendieron sus discípulos al mar. Y habiendo entrado en un barco, pasaron de la otra parte del mar, hacia Cafarnaúm: y era ya oscuro, y no había venido Jesús a ellos. Y se levantaba el mar con el viento recio que soplaba. Y cuando hubieron remado como unos veinte y cinco o treinta estadios, vieron a Jesús andando sobre el mar, y que se acercaba al barco, y tuvieron miedo. Mas El les dice: "Yo soy, no temáis". Y ellos quisieron recibirle en el barco. Y el barco llegó luego a tierra a donde iban. (vv. 15-21)

Beda

Las multitudes, cuando vieron aquel milagro tan grande, supieron que era bueno y poderoso el que lo había hecho y por tanto lo quisieron hacer rey. Porque los hombres quieren tener un rey que sea bueno para mandar y poderoso para defender. Mas el Señor, conociendo esto mismo, huyó a un monte, esto es, subió con precipitación. Por esto dice: "Y Jesús, cuando entendió que habían de venir para arrebatarle y hacerle rey, huyó otra vez al monte El solo". En esto se da a conocer que cuando el Señor estaba sentado en el monte con los discípulos y vio que las multitudes venían hacia El, había bajado y les había dado de comer en las partes inferiores: ¿Porque cómo podía suceder que otra vez huyese al monte, si antes no hubiese bajado de él?

San Agustín De cons. evang. 2, 47

Y no se opone a esto lo que dice San Mateo "que subió solo a orar al monte" (Mt 14,23), porque la causa de orar no es contraria a la causa por la cual huía. En algunas ocasiones, y aquí especialmente, el Señor nos da a conocer, que hay gran motivo para orar cuando nos vemos obligados a huir.

San Agustín, In Ioannem tract., 25

Y sin embargo, era Rey el que temía que lo hicieran rey. Y no era un rey de tal condición que podía ser elegido por los hombres, sino quien daba a los hombres un reino. Porque El siempre reina con el Padre, en cuanto que es Hijo de Dios. Los profetas habían anunciado su reino, en cuanto que Jesucristo se hizo hombre. E hizo que sus fieles fueran cristianos, porque son su reino, el cual, o bien se forma, o bien se compra con la sangre de Jesucristo. Sucederá alguna vez que su reino sea bien conocido, cuando la santidad de sus escogidos sea bien conocida, después del juicio que El habrá de celebrar. Mas los discípulos y las multitudes que creían en El, entendían que había venido ya, pero para reinar. Y por esto querían arrebatarlo y hacerlo rey, previniendo de este modo el tiempo en que el Señor se ocultaba.

Crisóstomo in Ioannem hom. 41

Véase cuánto es el poder de la ambición. No se fijan ya en si quebranta el sábado ni tienen celo por la gloria de Dios, sino que todo esto lo miran como accidental cuando tienen el vientre lleno. Y cuando ya tenían al profeta entre ellos, quieren entronizarlo

como rey. Mas Jesucristo huyó, enseñándonos de este modo a despreciar los honores humanos. Y así Jesucristo dejó a sus discípulos y se subió al monte. Mas ellos, abandonados por su Maestro, y como ya era tarde, se bajaron al mar. Y esto es lo que añade: "Y como se hiciese tarde", etc. Y en realidad esperaron hasta la caída de la tarde, creyendo que el Señor volvería. Mas cuando ya concluyó la tarde, no se cansaron ya en buscarlo (¡tanto los detenía su amor!) y por eso, abrasados por aquel amor, subieron a la nave. Por esto sigue: "Y habiendo entrado en un barco, pasaron a la otra parte del mar, a Cafarnaúm". Y vinieron a aquella ciudad, creyendo que allí lo encontrarían.

San Agustín, ut supra

Así explicó primero el final de aquel acontecimiento, y volvió para exponer de qué manera habían llegado: que habían pasado de una orilla a otra navegando a través del lago. Y recuerda lo que sucedió mientras navegaban, diciendo: "Y era ya oscuro", etc.

Crisóstomo, ut supra

No deja de tener un motivo el evangelista al citar el tiempo en que esto sucedió, porque así dio a conocer el amor ferviente de los discípulos hacia el Salvador. Por esto no dijeron: ya es tarde y la noche se acerca, sino que, encendidos por su amor, entraron en el barco. Eran muchas las razones que los detenían con cierta necesidad, especialmente la del tiempo. Por esto dice: "Y ya era oscuro". Y también por la tempestad, por lo que continúa: "Y se levantaba el mar con el viento fresco que soplaba". Y también por el lugar, porque no estaban cerca de la tierra, por esto dice: "Y cuando hubieron remado como unos veinte y cinco a treinta estadios".

Beda in Ioannem in c. 5

Con este modo de hablar con que nos expresamos cuando tenemos dudas; solemos decir, casi veinticinco, o cerca de treinta.

Crisóstomo, ut supra

Y al final sucedió lo que menos se esperaba. "Vieron a Jesús andando sobre el mar, y que se acercaba al barco". Reaparece después que les había dejado, dándoles a conocer con esto lo que representa su abandono y exhortándolos a que lo amen más. Y aquí manifiesta también su gran poder. Por ello es que se asustaban. Por esto sigue: "Y tuvieron miedo". Mas el Señor se dio a conocer a los que estaban asustados para animarles. Por esto sigue: "Mas El les dice: yo soy, no temáis".

Beda

Y no dijo: Yo soy Jesús, sino únicamente: "Yo soy", porque eran sus amigos muy cercanos y con sólo oír su voz ya podían conocer a su maestro, o (lo que es más), para dar a conocer que El era aquel mismo que dijo a Moisés (Ex 3,14): "Yo soy el que soy".

Crisóstomo in Ioannem hom. 42

Y se apareció así a éstos, para manifestar que El es quien calma la tempestad, y esto lo demuestra el evangelista cuando añade: "Y ellos quisieron recibirle en el barco; y el barco llegó en seguida a la tierra a donde iban". Luego les concedió una navegación tranquila. Y no subió al barco, queriendo hacer que el milagro fuese mayor y demostrar con más evidencia su divinidad.

Teofilacto

Véase, pues, cómo hizo tres milagros: el primero era que andaba sobre las aguas; el segundo, que calmó las olas y el tercero, porque encaminó al punto el barco a la tierra a donde iban, de la que todavía estaban muy distantes cuando el Señor se les apareció.

Crisóstomo, ut supra

No se dio a conocer a la multitud cuando andaba por el mar, porque esto excedía a lo que podían comprender, de modo que ni aun por sus discípulos fue visto en muchos días, porque en cuanto hizo esto desapareció de entre ellos.

San Agustín De cons. evang. 2, 47

No se opone esto a lo que antes dijo San Mateo, que mandó a sus discípulos que entrasen en el barco y que fuesen delante de él atravesando el lago mientras despedía las multitudes; y que después, cuando hubo despedido a las multitudes, se subió solo a orar a un monte. Pero San Juan dice en primer lugar que huyó solo al monte, y después dice: "Y como se hiciese tarde, descendieron sus discípulos al mar, y habiendo entrado en un barco, etc.". ¿Y quién no comprende esto mismo, recopilando lo que San Juan dice que habían hecho los discípulos según las instrucciones que Jesús había dado antes de huir al monte?

Crisóstomo, ut supra

O de otro modo: me parece que este milagro es diferente del que refiere San Mateo, porque entonces no lo recibieron inmediatamente y ahora sí. Y entonces la tempestad continuó sin embargo combatiendo la nave y ahora se calmó en cuanto oyó su voz. Porque muchas veces repetía los mismos milagros, haciéndolos así más comprensibles.

San Agustín In Ioannem tract., 25 et seq.

En sentido espiritual, el Señor temió a las multitudes y huyó al monte, y así se había anunciado respecto de El, pues dice el salmo (Sal 7,8): "La reunión de los pueblos te rodeará, y por esta causa te volverás a lo alto", esto es, cuando te rodee la multitud de pueblos, vuelve a lo alto. ¿Y por qué se ha dicho: "huyó", supuesto que no queriendo El no podría ser detenido? Tenemos otro significado para huyendo, porque en verdad no pudo ser comprendido por su elevación: cuando no comprendes alguna cosa dices: "Esto escapa a mi razón". Por esto huyó solo al monte, porque subió más arriba de todos los cielos. Pero en cuanto El se posó en lo alto, sus discípulos sufrieron la tormenta en el barco. Aquella nave representaba la Iglesia. Ya habían aparecido las tinieblas y con razón, porque no existía la luz y no había venido Jesús a ellos. En tanto que se acerca el fin del mundo, crece la maldad y aumentan los errores. Mas la luz es la caridad, según aquellas palabras de San Juan (1Jn 2,9): "el que aborrece a su hermano vive en tinieblas". Las mismas olas que turban la nave, las tempestades y los vientos, representan los clamores de los réprobos. Por esto la caridad se enfría y se aumentan las agitaciones y la nave peligra. Y sin embargo ellos, a pesar del viento, de la tempestad y de las olas, procuraban que la nave no zozobrase ni se sumergiese, porque el que perseverare hasta el fin se salvará (Mt 10,22). El número cinco se refiere a la Ley y los libros de Moisés son cinco. Luego el número veinticinco también representa la Ley, puesto que cinco

veces cinco hacen veinticinco. Pero a esta Ley, antes que apareciese el Evangelio, le faltaba la perfección, que se comprende en el número seis. Multiplíquese el mismo número cinco por seis, para que la Ley se cumpla por medio del Evangelio, y se completa el número treinta multiplicando seis por cinco. Y para aquéllos que cumplen la Ley, vino Jesucristo pisando las olas, esto es, poniendo bajo sus pies a todas las vanidades del mundo, rebajando todas las elevaciones del siglo. Y sin embargo quedan tantas tribulaciones, que aun los mismos que creen en Jesucristo temen perecer.

Teofilacto.

Cuando los hombres o los demonios se esfuerzan en abatirnos por temor, oigamos lo que dice Jesucristo: "Yo soy, no temáis". Esto es: yo sin cesar os defiendo, y como Dios, subsisto siempre y nunca falto; no perdáis la fe en mí, asustados por falsos temores. Véase también cómo el Señor no acudió en los primeros momentos del peligro, sino en los últimos. Porque permite que nos encontremos en medio de los peligros, para que así, peleando en las tribulaciones, nos volvamos mejores y recurramos únicamente a El solo, que es quien puede librarnos cuando menos se espera. No pudiendo la inteligencia humana acudir con el oportuno remedio en las grandes tribulaciones, viene entonces a auxiliarnos la gracia divina. Y si queremos también que Jesucristo pase a nuestra nave (esto es, habite en nuestros corazones) inmediatamente nos encontraremos en la tierra a donde queremos ir (esto es, en el cielo).

Beda.

Y como esta navecilla no conduce a los perezosos, sino a los que reman con firmeza, se da a entender que en la Iglesia, no los desidiosos ni los comodones, sino los fuertes y perseverantes en las buenas obras, son los que llegan al puerto de la salvación eterna.

Al día siguiente, la gente que estaba en la otra parte del mar vio que no había allí sino un solo barco, y que Jesús no había entrado en el barco con sus discípulos, sino que sus discípulos se habían ido solos. Y llegaron otros barcos de Tiberíades, cerca del lugar en donde habían comido el pan, después de haber dado gracias al Señor; pues cuando vio la gente que no estaba allí Jesús ni sus discípulos, entraron en los barcos, y fueron a Cafarnaúm en busca de Jesús. Y cuando le hallaron de la otra parte del mar, le dijeron: "¿Maestro, cuándo llegaste acá?" Jesús les respondió, y dijo: "En verdad, en verdad os digo: Que me buscáis, no por los milagros que visteis, mas porque comisteis del pan y os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, mas por la que permanece para vida eterna, la que os dará el Hijo del hombre. Porque a Este señaló el Padre el Dios". (vv. 22-27)

Crisóstomo in Ioannem hom. 42.

El Señor, aun cuando no manifestó a las multitudes de una manera clara cómo había andado por encima del agua, les dio a entender, aunque de una manera velada, lo que había sucedido. Y el evangelista explica esto mismo, diciendo: "El día siguiente, la turba que estaba de la otra parte del mar, vio que Jesús no había entrado en el barco", etc. ¿Qué quería decir esto, sino que sospechaba que había atravesado el mar andando por encima de sus aguas? Y no hay por qué decir que habría ido en otro barco, porque allí únicamente se encontraba una nave, en la que se embarcaron los discípulos, con los cuales no había entrado el Señor.

San Agustín In Ioannem tract., 25.

Se les insinuó que se había verificado aquel gran milagro. Vinieron, pues, otros barcos junto a la orilla de aquel lugar en donde habían comido el pan y lo habían seguido las multitudes. Y esto es lo que añade: "Y llegaron otros barcos; etc. y fueron a Cafarnaúm en busca de Jesús".

Crisóstomo in Ioannem hom. 42.

Y sin embargo, viniendo ellos después de un milagro tan grande, no le preguntaron cómo había pasado el mar, ni se cuidaron de conocer este milagro. Sigue, pues: "Y cuando le hallaron de la otra parte del mar, le dijeron: ¿Maestro, cuándo llegaste acá?" A no ser que alguno diga que aquí debe entenderse cuándo por cómo. Digno es de notarse en estas palabras la falsedad de aquellas gentes, porque mientras decían: éste es un profeta y se proponían llevárselo y hacerlo rey, cuando lo encontraron no le dijeron nada.

San Agustín, ut supra

He aquí a aquél que en el monte huía de las multitudes, (porque no quería que lo hiciesen rey), hablando con las mismas multitudes, expuesto a que lo detengan y lo proclamen rey. Pero El, después del misterioso milagro, les predica con el fin de saciar sus almas con su palabra, así como había saciado sus cuerpos con el alimento corporal.

Alcuino

El que nos dio ejemplo para que huyésemos de la alabanza y del dominio terrenal, da ejemplo a los que deben enseñar de cómo deben insistir en la predicación.

Crisóstomo in Ioannem hom. 43

Pero la mansedumbre y la bondad no siempre son útiles. Con el discípulo desaplicado y torpe conviene usar del aguijón del estímulo. Esto es lo que hace aquí el Hijo de Dios. Cuando vinieron las multitudes y lo halagaban diciendo: "Maestro, ¿cuándo llegaste acá?", para manifestar que no ambiciona el honor que procede de los hombres, sino que únicamente se propone la salvación de los demás, les contesta reprendiéndoles, no sólo a fin de corregirles, sino queriendo darles a conocer aun lo mismo que pensaban. Prosigue: "Jesús les respondió y les dijo: en verdad, en verdad os digo que me buscáis, no por los milagros que habéis visto", etc.

San Agustín In Ioannem tract., 25.

Como diciendo: me buscáis por cosas materiales y no con fines espirituales.

Crisóstomo, ut supra

Después de esta reprensión, les añade la predicación de su celestial doctrina, diciendo: "Trabajad, no por la comida que perece", etc. Como diciendo: Vosotros buscáis la comida temporal y yo he alimentado vuestros cuerpos para que por medio de esta comida busquéis lo que no produce la vida temporal, sino la eterna.

Alcuino

El alimento temporal únicamente robustece la parte material del hombre exterior y no basta recibirlo una vez, sino que es necesario tomarlo diariamente. Mas el alimento espiritual subsiste siempre y produce la saciedad perpetua y la inmortalidad.

San Agustín, ut supra

Insinúa que El mismo es este alimento espiritual, como se evidencia en lo que sigue. Como si dijera: me buscáis por otra cosa; buscadme por mí mismo.

Crisóstomo, ut supra

Pero como algunos gustan vivir de la holganza, abusan de esta palabra; y debemos citarles las palabras de San Pablo (Ef 4,28): "El que robaba, que ya no robe, sino que procure más bien trabajar con sus manos y así tendrá con qué poder remediar las necesidades de la vida". Y él mismo, cuando iba hacia Corinto, se detenía en casa de Aquilas y Priscila y allí trabajaba. (Hch 18) Y diciendo "no os afanéis por el alimento que se pierde", no es que dé a entender que se deba ser perezoso, sino que conviene trabajar y dar a los demás. Esta es la comida que no se pierde. Porque procurar la comida que se pierde es lo mismo que aficionarse a los cuidados del mundo. Y esto lo dice porque aquéllos no se ocupaban de la fe, sino que únicamente querían llenar su vientre sin trabajar y a esto oportunamente lo llamó la comida que se pierde.

San Agustín, ut supra

Así como había dicho a la Samaritana: "Si conocieses quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a El, y te daría un agua viva", así ahora añade (Jn 4,10): "La que os dará el Hijo del hombre".

Alcuino

Cuando recibes el cuerpo de Jesucristo de manos del sacerdote, no atiendas al sacerdote a quien miras, sino a Aquél a quien no ves. El sacerdote es quien administra este alimento, pero no es el autor. El Hijo del hombre se nos da a sí mismo con el fin de permanecer en nosotros y que nosotros permanezcamos en El. No queráis recibir a este Hijo del hombre como recibís a los demás hijos de los hombres, porque Este está separado de los demás por medio de cierta gracia y está fuera del número de todos. Porque este Hijo del hombre es también Hijo de Dios. Esto es lo que añade: "Porque a Este señaló el Padre el Dios". Señalar es tanto como poner un sello, como diciendo: no me despreciéis porque soy el Hijo del hombre; porque así y todo, el Padre me ha distinguido, esto es, me ha dado algo propio para que no me confundiese con el género humano, sino para que éste fuese redimido por mí.

San Hilario De Trin., 1, 8

La naturaleza de los signos lleva consigo la propiedad de explicar la especie impresa en ellos, sin que pierdan nada de sí en el acto de sellar, porque a la vez que reciben cuanto en ellos se imprime, comunican también todo lo impreso. Este ejemplo no tiene suficiente capacidad para poder explicar la generación divina, porque en los signos hay materia previa, diversidad e impresión, por medio de las que se imprimen ciertas semejanzas de otras cosas superiores. Mas el Unigénito de Dios, que se hizo Hijo del hombre por el misterio de nuestra salvación, queriendo dar a conocer que posee en sí mismo la imagen del Padre, dice que ha sido sellado por El. Y por esto puede entenderse que le fue dado poder para que nos preparase el alimento adecuado para conseguir la vida eterna, puesto que llevaba en sí toda la plenitud de la forma del Padre.

Crisóstomo in Ioannem hom. 43

O lo que es lo mismo, señaló: esto es, lo envió con el fin de que nos trajese esta comida, o lo señaló: esto es, lo dio a conocer por medio de su testimonio.

Alcuino

Hablando en sentido espiritual, puede decirse que al día siguiente -esto es, después de la Ascensión de Jesucristo-, estando de pie la multitud -en las buenas acciones y no recostada en las pasiones de la tierra-, espera que venga Jesús a ella. Había una sola nave, y ésta es la Iglesia. Porque las demás naves que vinieron después son las sectas de los herejes, las cuales buscan sus propios intereses y no la gloria de Jesucristo (Flp 2,21). Por esto muy oportunamente se les dice: "Me buscáis porque habéis comido el pan".

San Agustín, ut supra

¡Cuántos hay que no buscan a Jesús sino por los beneficios temporales que les granjea! Uno busca el negocio por la mediación de los sacerdotes, otro huye a esconderse en la iglesia cuando es perseguido por el más fuerte. Apenas si se busca a Jesús por Jesús.

San Gregorio Moralium 23, 26

Por la persona de éstos, el Señor aparta también a los que dentro de su propia Iglesia y habiéndose acercado al El por las sagradas órdenes, no buscan en ellas los méritos de

las virtudes, sino la satisfacción de los asuntos del mundo. El haber seguido al Señor después de saciados, equivale a haber recibido de la Iglesia los alimentos necesarios. Y no siguen al Señor por sus milagros, sino por los alimentos, creyendo que cumplen con el deber de la religión ansiando los auxilios corporales, sin que se cuiden del fomento de las virtudes.

Beda

Y aquéllos también que no buscan en la oración las cosas eternas, sino las temporales, buscan a Jesús no por Jesús, sino por alguna otra cosa. Se da a conocer, por tanto, en sentido espiritual, que los conciliábulos de los herejes carecen de la asistencia de Jesucristo y de sus discípulos. Y cuando aquí se dice que han venido otras naves, significa que han brotado de repente otras herejías. Y por la multitud que conoció que Jesús no estaba allí ni tampoco sus discípulos, se designan aquéllos que, conociendo los errores de los herejes, los abandonan para venir a la verdadera fe.

Y le dijeron: "¿Qué haremos para hacer las obras de Dios?" Respondió Jesús, y les dijo: "Esta es la obra de Dios: que creáis en Aquél que El envió". Entonces le dijeron: ¿Pues qué milagro haces, para que lo veamos y te creamos? ¿Qué obras tú? Nuestros Padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer". Y Jesús les dijo: "En verdad, en verdad os digo, que no os dio Moisés pan del cielo. Mas mi Padre os da el pan verdaderamente del cielo. Porque el pan de Dios es aquél que descendió del cielo, y da vida al mundo". Ellos, pues, le dijeron: "Señor, danos siempre este pan". (vv. 28-34)

Alcuino

Entendieron que esta comida que dura hasta la vida eterna era obra de Dios y por esto le preguntan lo que han de hacer para poder conseguir este alimento (esto es, la obra de Dios). Y esto es lo que da a entender respecto de lo que dijo el evangelista: "Y le dijeron: ¿Qué haremos para hacer las obras de Dios?"

Beda

Esto es, ¿qué mandamientos deberemos observar para que podamos cumplir los deseos de Dios?

Crisóstomo in Ioannem hom. 44

Y decían esto, no para aprender y obrar, sino queriendo obligarlo a que les diese a conocer aquella clase de comida.

Teofilacto

Mas Jesucristo, aunque conocía que de nada les aprovechaba, les contestó sin embargo, para utilidad de los demás. Y les dio a conocer (como a todos los demás hombres) cuál es la obra de Dios. Por esto sigue: "Respondió Jesús y les dijo: ésta es la obra de Dios, que creáis en Aquél que El envió".

San Agustín In Ioannem tract., 25.

Y no dijo, para que le creáis a El, sino para que creáis en El. Pues el que le cree a El, no cree en El en seguida. Porque los demonios le creían, pero no creían en El y nosotros creemos a Pablo, pero no creemos en Pablo. Por lo tanto, creer en El es amarlo creyendo, y creyendo adorarle, y creyendo ir a El e incorporarse con sus miembros (Gal 3,25). Esta es la fe que el Señor exige de nosotros y que obra por medio del amor. La fe se distingue, pues, de las obras, como dice el Apóstol (Rm 3,28): "Que el hombre se justifica por medio de la fe sin las obras de la Ley". Y hay algunas obras que parecen buenas sin la fe de Jesucristo y no son buenas, porque no se refieren a aquel fin de donde deriva su bondad. Porque el fin de la Ley es Jesucristo, para justificación de todo creyente. (Rm 10,4) Y por tanto, no quiso distinguir la fe de la obra, sino que dijo que la misma fe es la obra de Dios, pues esta misma fe es la que obra por medio del amor. Y no dijo (2Cor 3,17): ésta es vuestra obra, sino: ésta es la obra de Dios, a fin de que creáis en

El, para que el que se gloría, se gloríe en el Señor. Luego creer en El es comer aquel alimento que permanece hasta la vida eterna. ¿Para qué preparas tu diente y tu vientre? Cree y ya has comido. Mas aunque los invitaba a creer, ellos todavía pedían milagros para creer. Y esto es lo que sigue: "Entonces le dijeron: ¿pues qué milagro haces", etc.

Crisóstomo, ut supra

Nada más opuesto a la razón que decir esto como si no hubiese hecho ningún prodigio, cuando tenían un milagro ante los ojos. Y no le permiten al Señor que elija la clase de milagro que quiera hacer, sino que lo quieren obligar a que no haga ningún otro que no sea aquél que se hizo en beneficio de sus padres. Por esto añaden: "nuestros Padres comieron el maná en el desierto".

Alcuino

Y para que no parezca que era de despreciar el maná en alguna manera, lo ensalzan con las palabras del salmo, diciendo (Sal 78,24): "como está escrito: Pan del cielo les dio a comer".

Crisóstomo, ut supra

Habiendo hecho muchos milagros en Egipto, en el mar Rojo y en el desierto, sólo hacen mención de éste, porque era el que deseaban más por la tiranía del vientre. Y no dicen que Dios hizo esto, para que no parezca que lo comparan con Dios; y no citan a Moisés, para que no se crea que humillan a Jesucristo, sino que adoptan el término medio, diciendo: "nuestros padres comieron el maná".

San Agustín In Ioannem tract., 25.

Jesús nuestro Señor hablaba de sí de tal modo, que se hacía superior a Moisés, porque Moisés nunca se había atrevido a decir que daría una comida que no concluiría jamás. Sabía aquella gente todo lo que había hecho Moisés y sin embargo querían ver cosas mayores. De modo que casi puede entenderse que decían al Señor: tú ofreces un alimento que nunca se acaba, y sin embargo, nada haces de lo que hizo Moisés; porque aquél no nos dio panes de cebada, sino maná bajado del cielo.

Crisóstomo in Ioannem hom. 44.

El Señor podía haberles dicho que Moisés había hecho otros milagros mayores, pero ahora no era tiempo de hablar de esto, sino de procurar atraerlos al alimento espiritual. Por esto sigue: "En verdad, en verdad os digo, que no os dio Moisés pan del cielo", etc. Porque en realidad el maná no venía del cielo. ¿Y cómo se dice del cielo? Del mismo modo que se dice aves del cielo (Sal 8; Sal 17,14; Eclo 46): "Tronó el Señor desde el cielo". Dice que aquel pan no era verdadero, no porque hubiese sido falso el milagro del maná, sino porque sólo era figura y no realidad. No dijo: no dio Moisés, sino yo. Y en lugar de Moisés pone a Dios Padre y en vez de maná se ofrece a sí mismo.

San Agustín, ut supra

Como diciendo: aquel maná representaba esta comida (esto es, aquella comida de que os he hablado antes), y todas aquellas cosas eran figuras mías. Habéis amado las figuras y despreciáis lo significado por ellas. Pues Dios concedió el pan que el mismo maná había representado, esto es, a nuestro Señor Jesucristo. Por esto sigue: "Mas el pan

de Dios es aquél que descendió del cielo y da la vida al mundo".

Beda

Pero no a los elementos, sino a los hombres que habitan en el mundo.

Teofilacto

Hablaba de sí mismo como pan verdadero, porque lo que principalmente se representa por medio del maná, es el Hijo Unigénito de Dios hecho hombre. Maná es vocablo que significa ¿qué es esto? (Ex 26) Porque los judíos, cuando lo veían, se decían asombrados los unos a los otros: ¿qué es esto? Mas el Hijo de Dios hecho hombre es el maná más poderoso y admirable, de modo que a cualquiera se le ocurre preguntar: ¿qué es esto? ¿Y cómo el Hijo de Dios es Hijo del hombre? y ¿cómo puede ser que de dos naturalezas se forme una sola persona?

Alcuino

El, que siendo divino, descendió del Cielo asumiendo la humanidad y para la vida al mundo.

Teofilacto

Y este pan existe como vida según su naturaleza (como Hijo del Padre vivo). Hace obras propias, porque da vida a todas las cosas. Y así como el pan de la tierra conserva la naturaleza débil de nuestra carne, así Jesucristo, por medio de las operaciones del Espíritu, da vida al alma y hace también al cuerpo incorruptible, pues por su resurrección comunica la incorruptibilidad al cuerpo y de aquí el decir que da la vida al mundo.

Crisóstomo, ut supra

No sólo a los judíos, sino a todo el mundo. Mas ellos se fijaban aún en las cosas más bajas. Por esto sigue: "ellos, pues, le dijeron: Señor, dadnos este pan". Y habiendo dicho El: mi Padre es quien da este pan, no le dijeron: ruégale que nos lo dé, sino: dánosle.

San Agustín, ut supra

Y así como la Samaritana, a quien dijo el Señor: "El que bebiere de esta agua nunca volverá a tener sed" (Jn 4,14), tomando esto mismo en sentido material y queriendo ponerse a cubierto de la indigencia, también había dicho: "dame de esta agua"; éstos dicen: "Danos este pan"; que nos alimente y que no falte.

Y Jesús les dijo: "Yo soy el pan de la vida: el que viene a mí no tendrá hambre: y el que en mí cree, nunca jamás tendrá sed. Mas ya os he dicho que me habéis visto, y no creéis. Todo lo que me da el Padre, a mí vendrá, y aquél que a mí viene, no le echaré fuera. Porque descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquél que me envió. Y ésta es la voluntad de aquel Padre, que me envió: Que nada pierda de todo aquello que El me dio, sino que lo resucite en el último día. Y la voluntad de mi Padre, que me envió, es ésta: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en El tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día". (vv. 35-40)

Crisóstomo in Ioannem hom. 44

En lo que sigue el Señor los va a iniciar en el conocimiento de los misterios. En primer término, habla de su divinidad, por lo que les dice: "Y Jesús les dijo: yo soy el pan de la vida". Y no dijo esto refiriéndose a su cuerpo, porque de esto habló más adelante cuando dijo: "el pan que os daré, es mi propia carne". Pero ahora habla de su divinidad, porque su carne es pan por la Palabra de Dios, que se convierte en pan celestial para todo aquél que recibe su mismo espíritu.

Teofilacto

Y no dijo: yo soy el pan de alimento, sino de la vida. Y como todas las cosas estaban muertas, Jesucristo nos da vida por medio de sí mismo. Luego es un pan, no de la vida ordinaria, sino de aquélla que no concluye con la muerte. Por esto añade: "El que a mí viene, no tendrá hambre; y el que en mí cree, nunca jamás tendrá sed".

San Agustín In Ioannem tract., 25.

El que viene a mí, esto es, el que cree en mí. Y cuando dijo: no tendrá hambre, debe entenderse esto mismo, y cuando dice que nunca tendrá sed, con una y otra cosa significa aquella saciedad eterna en donde nunca hay hambre.

Teofilacto.

No se tendrá sed ni hambre, esto es, de oír la palabra de Dios, ni se cansará, ni será mortificado con sed intelectual, como sucedería cuando no tuviera el agua del bautismo y la santificación por el Espíritu Santo.

San Agustín, ut supra

Vosotros pues deseáis el pan del cielo, el mismo que tenéis a la vista, pero no lo coméis. Por esto sigue: "Mas ya os he dicho que me habéis visto, pero que no me creéis".

Alcuino

Como diciendo: no he dicho esto porque yo piense que seréis saciados con este pan, sino más bien lo digo para que os avergoncéis de vuestra incredulidad, porque veis y no creéis.

Crisóstomo, ut supra

O acaso en aquellas palabras "os he dicho", da a conocer el testimonio de las Escrituras, al cual se había referido antes, cuando decía: "Ellas son las que dan testimonio de mí" (Jn 5,39). Y en otro lugar les había dicho: "porque he venido en nombre de mi Padre, y no me habéis recibido" (Jn 5,43). Y en cuanto a lo que les dijo: "Y que me habéis visto", etc., se refiere, aunque de una manera oculta, a los milagros.

San Agustín, ut supra

No soy yo quien ha perdido al pueblo de Dios, porque vosotros me habéis visto y no me habéis creído. Por esto sigue: "Todo lo que me da el Padre, a mí vendrá, y aquél que a mí viene, no le echaré fuera".

Beda

Dice "Todo" en absoluto para designar la plenitud de los fieles. Porque éstos son los que el Padre da al Hijo, cuando por medio de una inspiración interior les hace creer en el Hijo.

Alcuino

Todo aquél a quien el Padre traiga con el fin de que crea en mí, vendrá a mí por medio de la fe, de tal modo, que a mí se una. Y a todo aquél que venga a mí por medio de la fe y de las buenas acciones, no lo echaré fuera, esto es, habitará conmigo en el secreto de su conciencia limpia y al fin lo recibiré en la eterna bienaventuranza.

San Agustín, ut supra

Aquel interior de donde no se sale fuera es un gran santuario, un dulce apartamiento sin tedio, sin la amargura de los malos pensamientos y sin la interposición de las tentaciones y de los dolores. Del cual se dice: "Entra en el goce de tu Señor" (Mt 25,21).

Crisóstomo, ut supra

En lo que dice: "Todo lo que me da el Padre", demuestra que no es una cosa contingente el creer en Jesucristo, ni se consigue por medio de la sola razón humana, sino que necesita de aquella revelación que procede de lo alto, aun en el alma piadosa que recibe la revelación. Por donde no están exentos de culpa aquéllos a quienes el Padre no da, porque también necesitamos de la voluntad propia para creer. Por medio de esto refuta la incredulidad de aquéllos, manifestando que el que no cree en El se opone a la voluntad del Padre. Mas San Pablo dice que el Hijo los traerá al Padre (1Cor 15,24), esto es, cuando entregue el reino a Dios y al Padre. Y así como el Padre cuando da no se priva de nada, así tampoco el Hijo cuando entrega. Y se dice que el Hijo entrega, porque somos llevados al Padre por medio de El, y respecto del Padre se ha dicho: "Por medio del que habéis sido llamados a vivir en sociedad con su Hijo. Y así, el que viene a mí se salvará, porque he venido y he tomado carne en beneficio de éstos" (1Jn 2;1Cor 1,9). Por esto sigue: "Porque descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió". Pero, ¿qué dices?, ¿unas cosas son tuyas y otras cosas son de El? Y para que nadie vaya a pensar cosa parecida, añadió: "Y ésta es la voluntad de aquel Padre que me envió: que todo aquél que ve al Hijo, tenga vida eterna". Y por esto quiere también el Hijo, porque Este da la vida a los que quiere. ¿Qué es, pues, lo que dice? No he venido a hacer más que lo que el Padre quiere, como no teniendo separada mi

voluntad de la del Padre; todas las cosas que son del Padre son mías. Pero no dijo esto, porque lo deja para el fin. Y entretanto oculta las cosas superiores.

San Agustín In Ioannem tract., 25.

Y por qué no arrojará fuera, lo explica diciendo: "Porque descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquél que me envió". El alma se separó de Dios porque era soberbia y así por la soberbia fuimos arrojados. Pero volvemos por medio de la humildad, pues el médico, cuando estudia la enfermedad, si cura lo que ha sido producido por una causa y no extirpa la causa misma, manifestará que sólo cura por un poco de tiempo, mas durará la enfermedad mientras no desaparezca la causa. Con el fin de curar las causas de todas las enfermedades (esto es, la soberbia), bajó el Hijo de Dios y se hizo humilde. ¿Por qué, pues, ¡oh hombre! te ensoberbeces? El Hijo de Dios se ha hecho humilde por ti. Pudieras avergonzarte quizá de imitar a un hombre humilde. Imita al menos a un Dios humilde y ésta es la recomendación de la humildad: "No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquél que me envió". Porque la soberbia hace su propia voluntad y la humildad hace la voluntad de Dios.

San Hilario De Trin., 1, 3

Y no dice esto porque hace lo que no quiere, puesto que da a conocer que su obediencia está subordinada a la voluntad del Padre, queriendo El cumplir la voluntad del Padre.

San Agustín, ut supra

Y por tanto, no arrojaré fuera al que viene a mí porque no he venido a hacer mi voluntad. Siendo humilde he venido a enseñar la humildad y el que viene a mí se incorpora conmigo y se hace humilde, porque no hace su voluntad, sino la de Dios; y no será arrojado fuera. Si lo había sido antes, fue porque era soberbio, y a mí no puede venir el que no sea humilde. Lo que se arroja fuera es la soberbia; el que observa la humildad, no se separa de la verdad. Por lo tanto, no arrojará fuera al que viene a El, porque no viene a hacer su voluntad, como manifiesta cuando añade: "Y ésta es la voluntad de aquel Padre que me envió; que nada pierda de lo que me dio el Padre". Le fue dado todo aquél que observa la humildad (Mt 18,14). No hay voluntad en el Padre de que perezca siquiera uno, aunque sea de los más pequeñuelos. De los soberbios puede perecer alguno, pero de los pequeños ninguno perece. Porque si no os hacéis como este pequeñuelo, no entraréis en el reino de la gloria (Mt 18,3).

San Agustín De correptione et gracia, cap. 9

Mas los que en los misterios providentísimos de Dios han sido designados, predestinados, llamados, justificados y glorificados (aun cuando aún no hayan sido regenerados, ni aún nacidos), ya son hijos de Dios y no pueden perecer; y éstos son los que vienen verdaderamente a Jesucristo. Y Jesucristo es quien les da la perseverancia en el bien hasta el fin. Y no se concede ésta sino a aquéllos que no perecerán, porque los que no perseveran, perecerán.

Crisóstomo in Ioannem hom. 44

Respecto a lo que dijo "que nada pierda de todo aquello", no da a entender que

necesite cuidar de ellos, sino que dice esto para que obtengan su salvación. Y después que había dicho: "que nada pierda de aquello, y no lo echaré fuera", añade: "Sino que lo resucitaré en el último día". Porque en el día de la resurrección serán arrojados todos los malos, según dice por San Mateo (Mt 22,13): "Cogedlo, y arrojadlo a las tinieblas exteriores". Porque ellos mismos serán los que se perderán, como dice también por medio de San Mateo (Mt 10,28): "Quien puede perder su cuerpo y su alma en el infierno". Y por esto, muchas veces les habla de la resurrección, para que no juzguen la providencia de Dios sólo por las cosas presentes, sino también atendiendo a la otra vida.

San Agustín In Ioannem tract., 25.

Y ved cómo habla aquí de aquellas dos resurrecciones: el que viene a mí, resucita ahora, haciéndose humilde en mis miembros; pero lo resucitaré en el último día. Y para probar lo que había dicho: "que todo aquello que el Padre me dio" y respecto de lo que dijo después: "que nada se pierda", añade: "Y la voluntad de mi Padre que me envió, es ésta: que todo aquél que vea al Hijo y crea en El, tenga vida eterna". Antes dijo también (Jn 5,24): "El que oye mi palabra y cree en Aquél que me envió", y ahora dice: "El que ve al Hijo y cree en El". No dijo: y cree en el Padre, porque lo mismo es creer en el Hijo que creer en el Padre, puesto que así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también concedió al Hijo que tuviera vida en sí mismo; (Jn 5,26) para que éste concediera que todo aquél que vea al Hijo y crea en El tenga vida eterna, y creyendo y pasando la vida, pase como aquella primera resurrección. Y como esta vida no es la única, habla también de la segunda: "Y yo lo resucitaré en el último día".

Los judíos, pues, murmuraban de El, porque había dicho: "Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo". Y decían: "¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Pues cómo dice éste: que del cielo descendí?" Mas Jesús respondió, y les dijo: "No murmuréis entre vosotros: Nadie puede venir a mí, si no le trajere el Padre que me envió: y yo lo resucitaré en el postrimero día. Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados de Dios. Todo aquél que oyó del Padre y aprendió, viene a mí. No porque alguno ha visto al Padre, sino aquél que vino de Dios, éste ha visto al Padre". (vv. 41-46)

Crisóstomo in Ioannem hom. 45.

Mas los judíos, creyendo que se trataba de la comida material, no se disgustaron hasta que se convencieron de lo contrario. Por esto dice: "Los judíos, pues, murmuraban de El, porque había dicho: Yo soy el pan vivo", etc. Parece que se disgustaban también porque dijo que había bajado del cielo, pero esto no era lo que producía su disgusto, sino que ya no esperaban saciarse de un alimento corporal. Sin embargo aún lo consideraban porque estaba reciente el milagro y por tanto no lo contradecían abiertamente, sino que manifestaban su disgusto murmurando. Y dice lo que murmuraban cuando añade: "Y decían: ¿No es éste Jesús el hijo de José", etc.

San Agustín In Ioannem tract., 26.

Muy alejados estaban éstos del pan del cielo y no sabían experimentar hambre de El, porque este pan supone el hambre del hombre interior.

Crisóstomo, ut supra

Es bien sabido, pues, que aún no conocían su generación admirable. Por eso aún lo llaman hijo de José y sin embargo, no los increpa. Así, no les respondió: no soy hijo de José, puesto que no podían tener conocimiento de su generación prodigiosa. Y si no podían entenderlo claramente cuando hablaba respecto de la generación humana, con mucha más razón no lo comprenderían cuando hablase de otra naturaleza más elevada.

San Agustín, ut supra

Tomó carne de los hombres, pero no a la manera de los demás hombres, porque teniendo Padre en el Cielo, eligió Madre en la tierra, y allí nació sin madre, y aquí sin padre. "Los judíos pues murmuraban de El", etc. ¿Que responde ante tales murmuradores? "No murmuréis entre vosotros". Como si dijese: sé por qué no sentís este hambre y por qué no comprendéis ni buscáis este pan. "Nadie puede venir a mí, si no lo trajere el Padre que me envió". ¡Noble excelencia de la gracia! Ninguno viene si no es traído. ¿A quién trae y a quién no trae? El porqué, no debéis investigarlo si no queréis errar. Acéptalo y entonces entiéndelo. Y si acaso no has sido traído aún, ruega para que lo seas.

Crisóstomo, ut supra

Aquí se levantan los maniqueos diciendo que nada se deja a nuestra propia libertad, pero esto no destruye lo que en nosotros hay, sino que manifiesta que necesitamos del auxilio divino. Manifiesta pues aquí, que no se refiere a aquél que viene como obligado, sino a aquél que viene venciendo muchas contrariedades.

San Agustín, ut supra

Si a pesar nuestro somos traídos a Jesucristo, se sigue que a pesar nuestro creemos. Luego se nos hace violencia, no se mueve la voluntad. Pero alguno podrá entrar en la Iglesia no queriendo, mas no podrá creer si no quiere, "porque con el corazón se cree en la justicia" (Rm 10,10). Así pues, si viene obligado el que es traído, no cree; y si no cree, no viene; porque no nos encaminamos hacia Jesucristo andando, sino creyendo; y no nos aproximamos a El moviendo el cuerpo, sino por la voluntad del alma. Por tanto, eres traído voluntariamente. ¿Y qué es ser traído voluntariamente? "Complácete en el Señor, y alcanzarás de El lo que pide tu corazón" (Sal 36,4). Hay cierto goce en nuestra alma para la cual es muy satisfactorio aquel pan del cielo. Además, si fue lícito al poeta decir que el placer de cada uno es lo que lo atrae, ¿con cuánta más razón debemos decir nosotros que el hombre es traído a Jesucristo cuando se deleita en la verdad, cuando se deleita en la santidad, cuando se deleita en la justicia y cuando se deleita en la vida eterna? Y todo esto es Jesucristo. Los sentidos del cuerpo tienen sus placeres, ¿el alma carecerá de ellos? Dame un hombre que ama, uno que desea, uno que es fervoroso, uno que tiene hambre, uno que anda con esta solicitud y que tiene sed y que suspira por llegar a la fuente de la vida eterna. Este hombre comprenderá lo que digo. Porque el Señor quiso decir: "a quien el Padre trajere". Si hemos de ser traídos seámoslo por Aquél a quien dice el que lo ama (Cant 1,3): "Tráeme en pos de ti". Pero veamos cómo debe entenderse aquella sentencia. El Padre trae al Hijo a aquéllos que creen en el Hijo porque conocen que Este tiene a Dios por Padre, puesto que Dios Padre engendró al Hijo igual a sí. Y el que piensa y cree en la fe y examina que el Hijo es igual al Padre, en quien cree, es traído por el Padre al Hijo. Arrio pensó que sólo era una criatura; el Padre no lo trajo. Fotino dijo: Jesucristo únicamente es hombre; como creyó esto, no lo trajo el Padre. Trajo a Pedro, que dijo: "Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo" (Mt 16,16). Por esto se le contestó: "La carne y la sangre no te han revelado esto, sino mi Padre que está en los Cielos" (Mt 16,17). Esta revelación es la atracción misma. Si atraen aquellas cosas que se revelan a los que se aman entre las delicias terrenas, ¿no atraerá Jesucristo revelado por el Padre? ¿Qué otra cosa mejor desea el alma que la verdad? Pero aquí los hombres tienen hambre, allí serán saciados. Por esto añade: "Y yo le resucitaré en el postrimero día". Como diciendo: será saciado, porque aquí tiene sed y en la resurrección de los muertos yo le resucitaré.

San Agustín De quaest. nov. et vet. testam. qu. 79

O bien atrae el Padre hacia el Hijo por medio de los milagros que hacía por El.

Crisóstomo in Ioannem hom. 45

No es pequeña la dignidad del Hijo si el Padre atrae y El resucita, no separando sus obras de las del Padre, sino manifestando la igualdad que existe entre la virtud y el poder del Padre con su poder. Manifiesta a continuación el modo con que el Padre atrae,

diciendo: "Escrito está en los profetas: y serán todos enseñados por Dios". He aquí el honor que concede la fe, puesto que no viene de los hombres, ni por medio de los hombres, sino que deben aprenderla del mismo Dios. Porque un maestro, cuando preside una clase, está dispuesto a comunicar toda su ciencia, para inculcar a todos su enseñanza. Mas si el Señor nos enseña a todos, ¿cómo es que algunos no creen? Y esto se dice respecto de muchos, o sea de todos los que mueren.

San Agustín De praedest. Sanct. cap. 8

Hablamos con propiedad cuando decimos de algún maestro que enseña las letras humanas y está solo en la ciudad: éste enseña aquí todas las letras; no porque todos aprendan, sino porque ninguno de los que allí están aprenden sino de él. Y así decimos con propiedad: Dios manifiesta a todos cómo deben venir a Jesucristo, no porque todos vengan, sino porque no pueden venir de otro modo.

San Agustín In Ioannem tract., 25.

Todos los hombres de aquel reino serán enseñados por Dios y no podrán oír estas cosas de los hombres. Y aun cuando aquí oyen de los hombres, lo que comprenden se les concede interiormente, interiormente brilla, e interiormente se les revela. Yo, por ejemplo, lanzo un estrépito de palabras en vuestros oídos, pero si no revela el que está dentro, ¿qué digo? ¿qué hablo? Dice, pues: "Y todos serán enseñados por Dios". Como diciendo: ¿Cómo podéis conocerme, oh judíos, siendo a quienes el Padre no ha enseñado?

Beda.

Dice en plural: en los profetas, porque todos éstos estaban llenos de un mismo espíritu. Y aunque vaticinaban cosas diferentes, se encaminaban a un mismo fin, estando los unos conformes con los pensamientos de los otros y con las palabras del profeta Joel: "Serán todos enseñados por Dios".

Glosa.

Esto no se encuentra así en Joel, sino de una manera parecida, porque allí se dice: "Hijos de Sion, regocijaos y alegraos en el Señor nuestro Dios, porque os ha dado un doctor" (Jl 2,33). Más expresivo está en Isaías cuando dice: "Yo tomaré a todos tus hijos enseñados por el Señor" (Is 54).

Crisóstomo, ut supra

Lo cual es una cosa de verdadera importancia, porque antes aprendían por ministerio humano las cosas que atañen a Dios, y ahora por el Hijo único de Dios y por el Espíritu Santo.

San Agustín De praedest. Sanct. cap. 8 et seqq

Todos los que son enseñados por Dios vienen al Hijo, porque oyeron y aprendieron del Padre por el Hijo. De aquí que añada: "Todo el que oyó del Padre y aprendió, viene a mí". Si el que oyó las cosas del Padre y aprendió viene, en verdad que el que no oyó del Padre no aprendió. La escuela donde el Padre es oído y enseña que se vaya a su Hijo está muy alejada de los sentidos del cuerpo. Porque esta operación no la realiza por los oídos de la carne, sino del espíritu, en donde está el mismo Hijo, dado que es su Verbo

por el que el Padre enseña del modo antedicho. Está también el Espíritu Santo, porque hemos aprendido que las operaciones de la Trinidad son inseparables, y se le atribuye esto principalmente al Padre, porque de El es el Hijo y procede de ambos el Espíritu Santo. Y así la gracia que se concede por la divina magnificencia a los corazones humanos por caminos ocultos, no puede ser rechazada por un corazón duro, supuesto que su primer movimiento es quitar la dureza de corazón. ¿Y por qué enseña a todos para que vengan a Jesucristo, sino porque aquéllos a quienes enseña les enseña por su misericordia y aquéllos a quienes no enseña lo hace porque ellos se hacen acreedores a tal pena? Y si dijéramos que quieren aprender aquellos a los que no enseña, nos responderá: ¿Y dónde están cuando se le dice: "Señor, si tú nos miras, nos darás vida" (Sal 84,7)? Y si Dios no hace que quieran aquéllos que no quieren, ¿por qué ruega la Iglesia por sus perseguidores, conforme a lo que Dios le tiene ordenado? Por tanto, no puede decir alguno: he creído para ser llamado por esta causa, siendo así que la gracia de Dios prepara a aquél que es llamado para que crea.

San Agustín In Ioannem tract., 26.

He aquí cómo el Padre atrae enseñando la verdad y no imponiendo la necesidad, porque el atraer es propio de Dios: "Todo el que oyó la voz del Padre y aprendió, viene a mí". ¿Cómo así? ¿Jesucristo nada enseñó? ¿Cómo, si los hombres no vieron a su maestro el Padre, vieron al Hijo? El Hijo, pues, hablaba, pero el Padre enseñaba. Y si yo, siendo hombre, enseño a aquél que ha oído mi palabra, el Padre también enseña a aquél que oye a su Verbo. El mismo da a conocer esto y nos enseña lo que dijo, expresándose a continuación en estos términos: "No porque alguno ha visto al Padre, sino aquél que oyó la voz del Padre". Como diciendo: no sea que acaso, cuando esto os digo, que todo el que ha oído y aprendido del Padre, digáis entre vosotros: nunca hemos visto al Padre; ¿cómo podemos aprender de El? Oídlo de mí mismo. Yo he conocido al Padre, vengo de El, del mismo modo que la palabra es de aquél de quien la concibe, no porque suena y pasa, sino porque se queda con el que habla y atrae al que oye.

Crisóstomo, ut supra

Y en verdad que todos somos hijos de Dios y lo que es muy esencial y propio del Hijo, de esto no habló por la debilidad de los que le oyesen.

"En verdad, en verdad os digo: que aquél que cree en mí tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que desciende del cielo, para que el que comiere de él no muera. Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente. Y el pan que yo os daré es mi carne por la vida del mundo". (v. 47-52)

San Agustín In Ioannem tract., 26.

El Señor quiso dar a conocer lo que El era. Por esto dice: "En verdad, en verdad os digo, que aquél que cree en mí, tiene vida eterna". Como diciendo: el que cree en mí, me tiene. ¿Y qué es tenerme? Tener la vida eterna. Y la vida eterna es el Verbo que en el principio estaba con Dios y la vida era la luz de los hombres. La vida asumió a la muerte, para que la muerte fuese destruida por la vida.

Crisóstomo in Ioannem hom. 45.

Y como las multitudes instaban pidiendo el alimento corporal, acordándose de aquel alimento que se había concedido a sus padres, con el fin de manifestarles que todo aquello no fue otra cosa más que una figura de la verdad que tenían presente, hace mención de la comida espiritual diciendo: "Yo soy el pan de la vida". Se llama a sí mismo pan de la vida, porque encierra en sí nuestra vida toda, tanto la presente como la venidera.

San Agustín, ut supra

Mas como ellos se enorgullecían hablando del maná, añade: "Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron". Y por esto, vuestros padres eran como vosotros. Murmuradores eran los padres de los hijos murmuradores, porque se dice que en nada ofendió tanto aquel pueblo a Dios, como murmurando contra Dios. Y por esta razón murieron, porque creyeron sólo lo que veían y no creían ni entendían lo que no veían.

Crisóstomo, ut supra

Y no sin causa añadió: "en el desierto", manifestando de una manera oculta que no fue largo aquel periodo en que se concedió el maná y que además no llegó con ellos hasta la tierra prometida. Pero como veían que el pan que Jesucristo les había dado era de poco mérito en comparación del que habían recibido sus padres, (puesto que aquél bajaba del cielo y el que Jesucristo les dio, aunque por un milagro, era de la tierra), por esto añadió: "Este es el pan que desciende del cielo".

San Agustín, ut supra

El maná prefiguró a este pan y el altar del Señor también. Tanto en éste como en aquél se prefiguran los sacramentos. En las figuras hay diferencia, mas en la cosa que se figura hay paridad. Oigamos al Apóstol (1Cor 10,3): "Todos comieron la misma comida espiritual".

Crisóstomo, ut supra

Después manifiesta (lo que podía convencerles más) que ellos eran de mejor condición que sus padres, porque éstos, habiendo comido el maná, murieron, y por esto añade: "Para que el que comiere de él no muera". Por el fin da a conocer la diferencia de uno y otro pan. En este lugar llama pan a los misterios salvíficos y a la fe, que es su objeto propio, o bien se refiere a su cuerpo, pues todas estas cosas sostienen el alma.

San Agustín, ut supra

¿Pero nosotros, no comeremos del pan que baja del cielo? Aquellos murieron, como nosotros también hemos de morir en cuanto a la muerte de este cuerpo, visible y material. Pero en cuanto a la muerte del espíritu, de la que murieron los padres de éstos, Moisés comió el maná y muchos otros que agradaron a Dios y no murieron porque aquella comida visible fue entendida por ellos en sentido espiritual. Tuvieron de ella hambre espiritual, la gustaron en espíritu y espiritualmente quedaron saciados. Y nosotros hoy también recibimos un alimento visible, pero una cosa es el sacramento y otra la virtud del sacramento. ¿Cuántos hay que reciben este pan del altar, y mueren a pesar de ello? Por esto dice el Apóstol (1Cor 11,29): "Que come y bebe su propia condenación". Por tanto, comed el pan del cielo en espíritu y llevad vuestra inocencia ante el altar. Los pecados, ya que son diarios, que no sean mortales. Antes que os aproximéis al altar, ved lo que hacéis, ved lo que decís: perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mt 6,12). Si perdonas, te serán perdonadas. Aproxímate tranquilo, es pan, no veneno. Y si alguno comiese de este pan, no morirá, pero respecto de la virtud del sacramento y no en cuanto se refiere al sacramento visible; esto es, el que lo come interiormente y no exteriormente.

Alcuino

Y por eso no muere el que come este pan, porque "Yo soy el pan vivo que bajé del cielo".

Teofilacto

Con este fin se encarnó; y no fue primero sólo hombre y después tomó la divinidad, como dice Nestorio, mintiendo.

San Agustín, ut supra

También el maná bajó del cielo, pero el maná era sombra y este pan es la realidad.

Alcuino

Mi vida es la que vivifica. Por esto sigue: "Si alguno comiere de este pan, vivirá", no sólo en la vida presente por medio de la fe y de la santidad, sino "vivirá eternamente. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo".

San Agustín

Explica el Señor a continuación por qué se llama a sí mismo pan, no sólo en lo que toca a la divinidad que todo lo nutre, sino también a la naturaleza humana que asumió el Verbo de Dios, cuando añade: "El pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo".

Beda

El Señor concedió este pan cuando instituyó el sacramento de su cuerpo y su sangre y lo dio a sus discípulos y cuando se ofreció a Dios Padre en el ara de la cruz. Cuando

dice: "Por la vida del mundo", no debemos entender que por los elementos, sino por todos aquéllos que se designan en el nombre del mundo.

Teofilacto

Cuando dice: "Que yo daré" da a conocer su poder, porque no fue crucificado como siervo del Padre y menor que El, sino voluntariamente. Pues aunque se dice que fue entregado por el Padre, se entregó El a sí mismo. Y véase cómo el pan que nosotros recibimos en el sacramento no es la figura del cuerpo de Jesucristo, sino el mismo verdadero cuerpo de Jesucristo. Porque no dijo: el pan que yo daré lleva la imagen de mi cuerpo, sino: es mi propia carne. Se transforma este pan por las palabras inefables, por la bendición y habitación mística del Espíritu Santo en el cuerpo de Jesucristo. ¿Y por qué no vemos su cuerpo? Porque si lo viésemos, nos horrorizaríamos de comerlo. Por cuya razón, condescendiendo con nuestra fragilidad, vemos esta comida espiritual en la manera que convenía a nuestro modo de conocer. Entregó su carne por la vida del mundo, porque muriendo destruyó la muerte. Yo también entiendo la resurrección en aquellas palabras "por la vida del mundo". Porque la muerte del Señor concedió la resurrección general a todo el género humano. Y acaso a la vida, que consiste en la santificación y en la perfección según el espíritu, la llamó vida del mundo. Aunque no todos hayan recibido la vida que se encuentra en la santificación y en el espíritu, sin embargo, el Señor se entregó por el mundo y cuanto hay en él, por lo que todo el mundo se santifica.

San Agustín In Ioannem tract., 26.

¿Y cómo iba a entender el hombre que llamase pan a su carne? Conocen, pues, los fieles que es el cuerpo de Jesucristo y no deben despreciarlo. Háganse cuerpo de Jesucristo, si quieren vivir del espíritu de Jesucristo, porque no vive del espíritu de Jesucristo sino el cuerpo de Jesucristo. ¿Acaso mi cuerpo vive de tu espíritu? El Apóstol da a conocer este pan diciendo (1Cor 10,17): "Muchos somos un solo cuerpo, todos los que participamos de este solo pan". ¡Oh sacramento de piedad! ¡Oh signo de unidad! ¡Oh vínculo de caridad! El que quiere vivir, tiene de dónde vivir; acérquese, crea, incorpórese para que sea vivificado.

Comenzaron entonces los judíos a altercar unos con otros, y decían: "¿Cómo nos puede dar éste su carne a comer?" Y Jesús les dijo: "En verdad, en verdad os digo: Que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna: y yo le resucitaré en el último día". (vv. 53-55)

San Agustín In Ioannem tract., 26.

Y como los judíos no entendían cuál era aquel pan de concordia, disputaban entre sí. Por esto dice: "Comenzaron entonces los judíos a altercar unos con otros", etc. Mas los que comen de este pan, no discuten entre sí, puesto que por medio de este pan Dios hace habitar a todos unidos en su casa.

Beda.

Creían pues los judíos, que el Señor dividiría en trozos su propia carne y se la daría a comer; por esto disputaban porque no entendían.

Crisóstomo in Ioannem hom. 46.

Y como decían que esto era imposible, esto es, que diese a comer su propia carne, les dio a entender que no sólo no era imposible, sino muy necesario; por esto sigue: "Y Jesús les dijo: en verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne", etc. Como diciendo: de qué modo se da y cómo debe comerse este pan, vosotros no lo sabéis, mas si no lo comiereis, no tendréis vida en vosotros.

San Agustín, ut supra

Como si dijese: vosotros ignoráis de qué manera alguien puede ser comido y cuál sea el modo de comer aquel pan, pero aun así "si no comiéreis la carne del Hijo del hombre y bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros".

Beda

Y para que no creyesen que esto se decía para ellos solos, formuló a continuación una sentencia general, diciendo: "Que el que come mi carne y bebe mi sangre", etc. Y para que no entendiesen que se refería a esta vida y cuestionasen acerca de ello, añadió: "Tiene vida eterna". Mas no la tiene el que no come esta carne ni bebe esta sangre, puesto que podemos tener la vida temporal prescindiendo de El, pero de ninguna manera la vida eterna. No sucede así respecto de la comida que tomamos para alimentar esta vida temporal, porque los que no la reciben, no viven, ni tampoco vivirá el que la tome, puesto que sucede que mueren todos los que la toman, o por enfermedad, o por ancianidad, o por cualquier otra causa. Mas respecto de esta comida y esta bebida, esto es, del cuerpo y la sangre del Señor, no sucede así. Porque el que no la toma no tiene vida eterna y el que la toma tiene vida y ésta es eterna.

Teofilacto

Porque no es carne de un mero hombre, sino de Dios, quien deseando hacer al hombre divino, como que lo embriaga en su divinidad.

San Agustín De civ. Dei. 22, 19

Hay algunos que, por lo que dice aquí, ofrecen la salvación a los hombres purificados por el bautismo de Jesucristo, con tal que participen de su cuerpo (aunque vivan de cualquier modo). Pero les contradice el Apóstol, diciendo: "son bien conocidas las acciones de la carne, como son la fornicación, la inmundicia" (Gal 5,19), etc. Acerca de lo que os predico, como ya os llevo dicho, que los que así obran, no alcanzarán el reino de Dios. Por esta razón se pregunta con fundamento cómo debe entenderse lo que aquí dice. El que vive unido con su cuerpo -esto es, en unión con los miembros cristianos, de cuyo cuerpo suelen participar todos los fieles que se acercan al altar-, ése puede propiamente decirse que come el cuerpo y bebe la sangre de Jesucristo. Por esto los herejes y los cismáticos, que están separados de la unidad del cuerpo, pueden recibir este sacramento, pero no les aprovecha, antes al contrario, les perjudica, porque son considerados como más pecadores y hay más dificultad para perdonarlos. Y ellos no deben considerarse como seguros por sus costumbres malas y depravadas, porque por la maldad de su vida abandonaron la misma santidad de la vida, que es Jesucristo, ya fornicando, o ya haciendo otras cosas por el estilo. Y no puede decirse que éstos coman el cuerpo de Jesucristo, porque ni aun deben contarse entre los miembros de Jesucristo. Y pasando otras cosas en silencio, no pueden ser a la vez miembros de Jesucristo y miembros de una mujer impúdica.

San Agustín In Ioannem tract., 26.

Quiere que se entienda por esta comida y esta bebida la unión que hay entre su cuerpo y sus miembros, como es la Iglesia en sus predestinados, en los llamados, en los justificados, en los santos glorificados y en sus fieles. Este sacramento (esto es, la unidad del cuerpo y la sangre de Jesucristo), que en algunos lugares se prepara todos los días en la mesa del Señor y en otros, sólo de tiempo en tiempo y se recibe de la mesa del Señor, para unos es vida, para otros condenación. Pero la entidad de aquello que constituye el sacramento, da vida a todo hombre, y a ninguno sirve de condenación, cualquiera que sea el que de ella participa. Y para que no creyesen que por medio de esta comida y esta bebida se ofrecía la vida eterna de tal modo que aquéllos que la recibiesen ya no morirían ni aun en cuanto al cuerpo, saliendo al encuentro de esta idea, continuó diciendo: "Y yo le resucitaré en el último día", con el fin de que tenga entre tanto la vida eterna, según el espíritu, en el descanso donde se encuentran las almas de los justos. Mas en cuanto al cuerpo, ni aun éste carecerá de vida eterna, porque en la resurrección de los muertos, cuando llegue el último día, la tendrá.

"Porque mi carne verdaderamente es comida: y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me come, él mismo vivirá en mí. Este es el pan que descendió del cielo. No como el maná que comieron vuestros padres, y murieron. Quien come este pan, vivirá eternamente". Esto dijo en la Sinagoga, enseñando en Cafarnaúm. (vv. 56-60)

Beda.

Había dicho ya: "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna", y para manifestar cuánta diferencia hay entre la comida y bebida material y el sacramento espiritual de su cuerpo y su sangre, añadió: "Porque mi carne verdaderamente es comida", etc.

Crisóstomo in Ioannem hom., 46.

Y dice esto, o bien para que crean en lo que estaba diciendo y no que era enigma o parábola, sino para que comprendan que conviene en absoluto comer el cuerpo de Jesucristo; o bien quiere decir que es verdadera comida ésta que salva al alma.

San Agustín In Ioannem tract., 26.

Como los hombres desean conseguir mediante la comida y bebida saciar para siempre su hambre y su sed, esto en realidad no lo satisface nada sino esta comida y esta bebida, que hace inmortales e incorruptibles a aquéllos que la reciben; esto es, a la misma sociedad de los santos, en donde se encontrará la paz y unidad plena y perfecta. Por lo tanto, nuestro Señor recomendó su cuerpo y su sangre como cosas que se reducen y refieren a cierta unidad, porque de muchos granos se forma otro cuerpo (esto es, el pan), que es un solo todo y lo mismo sucede respecto del vino, que se forma por la reunión de muchos racimos. Después manifiesta en qué consiste comer su cuerpo y beber su sangre, diciendo: "El que come mi carne, etc., permanece en mí y yo en él". Esto es, pues, comer aquella comida y beber aquella bebida, a saber: permanecer en Cristo y tener a Cristo permaneciendo en sí. Y por esto el que no permanece en Cristo y aquél en quien Cristo no permanece, sin duda alguna ni come su carne ni bebe su sangre, sino que, por el contrario, come y bebe sacramento de tan gran valía para su condenación.

Crisóstomo, ut supra

De otra manera puede explicarse la continuación: como había ofrecido la vida eterna a los que lo comiesen, para confirmarlo, añadió: "El que come mi carne, etc., permanece en mí".

San Agustín De verb. Dom. serm. 11

Y en realidad, muchos que comen aquella carne y beben aquella sangre hipócritamente, se hacen apóstatas. ¿Acaso permanecen en Cristo y Cristo en ellos? Pero hay cierta manera de comer aquella carne y de beber aquella sangre, para que el que la coma y la beba permanezca en Cristo y Cristo en él.

San Agustín De civ. Dei. 21, 25

Esta es el haber recibido el Cuerpo de Cristo no sólo sacramentalmente, sino efectivamente, por estar incorporados en su cuerpo.

Crisóstomo, ut supra

Y como yo vivo, es cosa clara que él también vivirá. Y para probar esto añade: "Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre".

San Agustín De verb. Dom serm. 11

Como diciendo: Yo vivo como el Padre. Y para que no se crea que es ingénito, añadió: "por el Padre", manifestando, aunque veladamente, que el Padre es su principio. Y cuando dice: "Así también el que come, él mismo vivirá por mí", no dice esto sencillamente de la vida, sino de la vida de santidad. Porque viven también los infieles, aunque no comen de aquella carne. Y tampoco dice esto en cuanto a la resurrección general, porque también resucitarán; sino que habla de la vida de la gloria y que tiene recompensa.

San Agustín In Ioannem tract., 26.

Mas no dice: del mismo modo que como al Padre y yo vivo por el Padre, el que me come también vive por mí. Porque el Hijo no se hace mejor porque participa del Padre, mientras que por la participación del Hijo, que es lo que significa aquel acto de comerlo nosotros, nos hacemos mejores, uniendo a nosotros su cuerpo y su sangre. Y si dijo: "Vivo por el Padre", es porque es de la misma esencia y esto se dice sin detrimento de la igualdad. Y sin embargo, diciendo: "El que me come vivirá por mí", no afirma nuestra igualdad respecto de El, sino que muestra la gracia del mediador. Mas, si según esto oímos: "Vivo por el Padre", como aquello que dice en otro lugar, "Y el Padre es mayor que yo" (Jn 14,28), dijo también: "Como me envió el Padre", lo cual equivale decir: para que yo viva por el Padre, esto es, para que mi vida se refiera a El como a lo más grande, fue hecha mi humillación, la causa que me enviara. Pues para que cada uno viva por mí, ha de participar de mí, comiéndome.

San Hilario De Trin., 1, 8

No queda lugar a duda acerca de la verdad de la carne y la sangre de Jesucristo. Mas ahora, según dice el mismo Dios y nuestra fe nos enseña, es verdadera carne y verdadera sangre. Y ésta es la causa de nuestra vida, porque tenemos a Jesucristo viviendo en nosotros, que somos carnales, por medio de la carne, debiendo vivir también nosotros por medio de El, del mismo modo que El vive por el Padre. Y si nosotros vivimos por El de una manera física, según la carne, esto es, habiendo recibido la naturaleza de la carne, ¿cómo dejará de tener en sí al Padre, en cuanto al espíritu, siendo así que El vive por el Padre? Pero vive por el Padre porque su generación no añadió nada ajeno a su naturaleza.

San Agustín In Ioannem tract., 26.

Y bajó del cielo para que vivamos comiendo aquel pan los que no podemos obtener la vida eterna por nosotros mismos. Por esto sigue: "Este es el pan que descendió del cielo".

San Hilario De Trin., 1, 10

Aquí El se denomina pan. Y para que no se crea que sufrió menoscabo el poder y la naturaleza del Verbo al asociarse con la carne, dijo que el pan era su carne, para que por medio de esto, bajando este pan del cielo, no se creyese que el origen de su cuerpo procedía de la concepción natural, manifestando que su cuerpo era del cielo. Mas como el pan es suyo, manifiesta que ha tomado aquel cuerpo por medio del Verbo.

Teofilacto

Por lo tanto, no comemos a Dios en su pura esencia, porque es impalpable e incorpóreo, como tampoco comemos la carne de un puro hombre, que de nada nos podría aprovechar. Mas como Dios unió a sí la carne humana, su carne tiene propiedades que dan vida, no porque se haya convertido en naturaleza divina, sino como sucede al hierro candente, que permanece hierro y tiene las propiedades del fuego. Pues así la carne del Señor es dadora de vida como carne del Verbo.

Beda

Y para manifestar la diferencia de la sombra y de la luz, de la figura y la realidad, añadió: "No como el maná que comieron vuestros padres, y murieron".

San Agustín, ut supra

Aquello de que murieron, quiere que se entienda en el sentido de que no viven eternamente, porque ciertamente en lo temporal también morirán los que comen a Jesucristo, pero vivirán eternamente, porque Jesucristo es la vida eterna.

Crisóstomo, ut supra

Y si fue posible que sin siega y sin grano y otras cosas por el estilo, conservasen la vida aquéllos por espacio de cuarenta años, con mucha más razón puede hacer esto ahora por medio de la comida espiritual, de la cual eran figuras aquellos sucesos. Con frecuencia, pues, ofrece la vida, porque no hay cosa más apreciable para los hombres. Por esto en el Antiguo Testamento se ofrecía la vida larga y ahora se ofrece una vida que no tiene fin. Además quiere demostrar por medio de esto que rompía ahora el decreto de muerte que había dado por el pecado primero, ofreciendo por el contrario la vida eterna. Prosigue: "Esto dijo en la Sinagoga cuando enseñaba en Cafarnaúm", en donde había hecho muchos milagros. Mas enseñaba en la Sinagoga y en el templo, queriendo atraer la multitud y manifestando que no es contrario al Padre.

Beda

En sentido místico, Cafarnaúm -que quiere decir villa hermosísima 2- representa al mundo, mas la Sinagoga representa al pueblo judío. Y por esto se explica que al aparecer el Señor en el mundo por el misterio de su encarnación, enseñó al pueblo judío muchas cosas que comprendió.

Mas muchos de sus discípulos que esto oyeron, dijeron: "Duro es este razonamiento. ¿Y quién lo puede oír?" Y Jesús, sabiendo en sí mismo que murmuraban sus discípulos de esto, les dijo: "¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué, si viereis al Hijo del hombre subir a donde estaba antes? El espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha. Las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son. Mas hay alguno de vosotros que no cree". Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar, y decía: "Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado de mi Padre". Desde entonces, muchos de sus discípulos volvieron atrás y no andaban ya con El. Y dijo Jesús a los doce: "¿Y vosotros queréis también iros?" Y Simón Pedro le respondió: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo Hijo de Dios". Jesús le respondió: "¿No os escogí yo a los doce, y el uno de vosotros es diablo?" Y hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón: porque éste, que era uno de los doce, le había de entregar. (vv. 61-72)

San Agustín In Ioannem tract., 27.

Diciendo esto Jesucristo, no creían que hablaba de cosas grandes y que encerraban algún misterio aquellas palabras; mas lo entendieron como quisieron (tal es la condición humana), creyendo que Jesús o podía o se disponía a distribuir la carne con que estaba vestido el Verbo, repartiéndola entre los que creyeran en El. Por esto dice el evangelista: "Mas muchos" de los que oían, no de sus enemigos sino "de sus discípulos", dijeron: duro es este razonamiento".

Crisóstomo in Ioannen hom. 46.

Esto es difícil de comprender porque sobrepasa la capacidad de los que oían. Entendían, por tanto, que el Salvador se refería a cosas más elevadas, que excedían sus posibilidades y dijeron: "¿Y quién lo puede oír?", como respondiendo por sí mismos lo que no debían.

San Agustín., ut supra.

Y si los discípulos consideraban como duro aquel razonamiento, ¿cómo lo considerarían sus enemigos? Y sin embargo, así convenía que se explicase y que no fuese entendido por todos. El misterio de Dios debe hacer a los hombres atentos y no enemigos.

Teofilacto.

Y cuando oímos que sus discípulos murmuraban, no creamos que se trataba de aquéllos que eran discípulos suyos en acto, sino de aquéllos que eran instruidos por El en el hábito y en la forma. En efecto, entre sus discípulos había algunos de la plebe que se llamaban sus discípulos únicamente porque estaban mucho tiempo con ellos.

San Agustín, ut supra

Y por esto se expresaban en estos términos, hablando entre sí para no ser oídos por otro. Mas Aquél que conocía el interior de ellos, los oía dentro de sí mismo, por esto sigue: "Y Jesús, sabiendo en sí mismo que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: ¿esto os escandaliza?"

Alcuino

Esto es, lo que os he dicho: comer mi carne y beber mi sangre.

Crisóstomo in Ioannem hom. 46

Esto equivalía a dar una señal de su divinidad, poniendo de manifiesto los misterios más ocultos. Por esto sigue: "¿Pues qué si viereis al Hijo del hombre a donde estaba antes"?, a lo que añado: ¿qué diríais? Esto hizo también con Natanael, diciéndole: "Porque te dije te he visto debajo de la higuera, crees: verás mayores cosas que éstas" (Jn 1,50). No mezcla, pues, unas cuestiones con otras, sino que se propone interesarlos por la grandeza y la multitud de los misterios. Mas si hubiera dicho sencillamente que bajó del cielo y no hubiese añadido cosa alguna, hubiese escandalizado más a los que lo oían. Pero disipó toda duda diciendo que su carne es la vida del mundo y que así como había sido enviado por el Padre vivo, así vive por el Padre y añadiendo de nuevo a todo esto que bajó del cielo. Y no dijo esto queriendo escandalizar a sus discípulos, sino queriendo disipar su escándalo. Porque mientras lo consideraban como hijo de José, no entendían lo que se les decía, mas los que habían de creer que bajó del cielo y que a él subiría, atienden con más diligencia a las cosas que se les dicen.

San Agustín, ut supra

Con esto deshizo las dudas que los agitaban, porque creían que el Salvador habría de destruir su propio cuerpo. Mas El les dijo que subiría entero al cielo, por esto les dice: "Cuando viereis al Hijo del hombre subir a donde estaba antes". En verdad que entonces veréis cómo no destruye su cuerpo como vosotros pensáis, porque su gracia no se corrompe, sino que el Hijo del hombre, Jesucristo, habiendo nacido de la Virgen María, empezó a existir aquí en el mundo cuando tomó carne de la tierra. Por lo tanto, ¿qué quiere expresar cuando dice: "Si viereis al Hijo del hombre subir a donde estaba antes", sino para que comprendamos que hay una sola persona en Cristo Dios y hombre y no dos, para que no versara nuestra fe en cierta cuaternidad, sino en la Trinidad? Por lo tanto, lo mismo estaba el Hijo del hombre en el cielo, que el Hijo de Dios estaba en la tierra. El Hijo de Dios en la tierra, en la carne que había tomado; el Hijo del hombre en el cielo, en la unidad de persona.

Teofilacto

Y no se crea por esto que el cuerpo de Jesucristo bajó del cielo (como dijeron los herejes Marción y Apolinar), sino que es uno y el mismo el Hijo de Dios y el Hijo del hombre.

Crisóstomo, ut supra

A causa de esto presenta otra solución, diciendo: "El espíritu es el que da vida: la carne nada aprovecha". Lo que El dice es esto: conviene oír con el espíritu las cosas que me conciernen, porque quien las entiende de una manera carnal, nada aprovecha.

Equivale a entender de una manera carnal el ver sencillamente lo que el Salvador había dicho, sin elevar el pensamiento. Mas conviene no juzgar de este modo, sino ver todos los misterios con los ojos del espíritu, lo que siempre debe entenderse en sentido espiritual. Y era carnal el dudar acerca de cómo podría darnos a comer su carne. ¿Qué, no es verdadera carne? Sí, en verdad, y por esto dice: "La carne nada aprovecha", no refiriéndose a su carne, sino a aquéllos que entendían en sentido carnal lo que El les decía.

San Agustín In Ioannem tract., 27.

También puede entenderse esta frase: "La carne nada aprovecha", en el sentido que aquéllos la comprendieron, porque creyeron que se trataba de la carne que se corta en un cadáver, o de la que se vende en la plaza, y no en cuanto es vivificada por el espíritu. Unase el espíritu con la carne y ésta aprovechará mucho. Mas si la carne nada hubiese aprovechado, el Verbo no se hubiese hecho carne para habitar entre nosotros, pero el espíritu ha hecho bastante por medio de la carne en beneficio nuestro y por nuestra salvación.

San Agustín De civ. Dei 3, 24

Y no es que la carne santifica por sí misma, sino por medio del Verbo, por quien fue tomada, el cual (como es el principio de todo), al haber tomado alma y cuerpo, santifica el alma y el cuerpo de los que creen. Por lo tanto, el espíritu es el que da vida, la carne nada aprovecha, en el sentido que aquéllos entendieron la carne. No es así como doy yo a comer mi carne, ni debemos saborear esta carne como tal carne. Por esto dice: "Las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son".

Crisóstomo, ut supra

Esto es: son espirituales, no teniendo nada carnal, ni consecuencia natural, porque están exentas de la necesidad que rige a la cosas de la tierra y de las leyes a que están sometidas.

San Agustín In Ioannem tract., 27.

Luego si las habéis entendido en sentido espiritual, serán para vosotros espíritu y vida. Y si las entendéis en sentido carnal, ellas en sí son espíritu y vida, pero no para vosotros. Hemos dicho, pues, que el Señor ha invitado a comer su carne y a beber su sangre, para que existamos en El y El en nosotros: ¿quién puede hacer esto sino la caridad? Porque la caridad de Dios se encuentra extendida en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que nos ha sido dado, como dice el Apóstol: luego el espíritu es quien vivifica (Rm 5,5).

Crisóstomo, ut supra

Y como había hablado de un modo que excedía a la comprensión carnal, añadió: "Mas hay algunos de vosotros que no creen". Diciendo algunos exceptuó a sus discípulos y da a conocer su alta dignidad, descubriendo las cosas más ocultas.

San Agustín, ut supra

Y no dijo hay algunos entre vosotros que no entienden, sino que explica la causa por qué no entiendan. Pues el profeta dijo: "Si no creyereis, no entenderéis" (Is 7,9), porque

quien se resiste, ¿cómo podrá ser vivificado? Este adversario no vuelve el rostro ante el rayo de luz con que debe ser penetrado, sino que cierra su inteligencia. Crean, abran y serán iluminados.

Crisóstomo, ut supra

Y para que se comprenda, que Jesucristo había conocido esto antes de estas palabras y no después que murmuraron y se escandalizaron, lo da a entender por lo que dice a continuación su evangelista: "Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían", etc.

Teofilacto

El Evangelista se proponía manifestarnos con estas palabras que lo conocía todo antes de la creación, lo cual es propio únicamente de la divinidad.

San Agustín, ut supra

Y después que el Señor distinguió los que creían y los que no creían, expuso la razón por qué no creen. Por esto sigue: "Y decía: por esto os he dicho que ninguno puede venir a mí, si el Padre no le trae".

Crisóstomo, ut supra

Como diciendo: no me asustan ni me llaman la atención los que no creen, porque sé perfectamente a quiénes el Padre se lo ha concedido. Y dijo esto para manifestar que no se expresaba en estos términos deseando la alabanza de aquéllos, sino para convencerles que debían comprender que Dios era su Padre y no José.

San Agustín In Ioannem tract., 27.

Luego también se nos concede el creer y esto es una gracia especial. Y si esto es una cosa grande, alégrate porque has creído y no te ensoberbezcas. Porque ¿qué tienes que no hayas recibido? (1Cor 4,7)

San Agustín De praedest. sanctor. cap. 9.

Esta gracia se concede a unos y a otros no, lo cual no puede dudar el que no quiere oponerse a lo que dicen claramente las Sagradas Escrituras. Y el que no se conceda a todos, no debe inquietar al fiel que cree que todos fueron condenados justísimamente de modo que no podría vituperarse a Dios aunque ninguno se librara de ello. Por lo tanto, se considera como una gracia especial el que muchos se libren. Y por qué se libre uno y no el otro, no puede comprenderse, porque "son inescrutables sus juicios y desconocidos sus caminos" (Rm 11).

Prosigue: "Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás", etc.

Crisóstomo, ut supra

No dijo que se separaron, sino que se volvieron atrás de aquel oír que es conforme a la virtud y perdieron también la fe que antes tenían.

San Agustín, ut supra

Y como se separaron del cuerpo, perdieron la vida, porque ya no pertenecían a aquella corporación y se consideraron como pertenecientes al número de los que no creían. Volvieron atrás no pocos, sino muchos en pos de Satanás y no en pos de

Jesucristo, como dice el Apóstol hablando de ciertas mujeres: "Algunas volvieron atrás en pos de Satanás" (1Tim 5,15). Mas el Señor no rechazó a Pedro para que fuese en pos de Satanás, sino que hizo que viniese en pos de sí.

Crisóstomo in Ioannem hom. 45

Preguntará alguno, cuándo era tiempo de explicar aquellas palabras que no edificaban, sino que más bien perjudicaban a los que estaban edificados. Mas prestaban en verdad gran utilidad y necesidad, porque como instaban pidiendo un alimento corporal acordándose de aquél que se había concedido a sus padres, había necesidad de demostrarles que todo aquello no era más que una figura y por esto les hace mención de la comida espiritual. Por tanto, no debían escandalizarse, sino que era oportuno preguntar. Por cuya razón sirvió de escándalo a su demencia la falta de explicación de todas aquellas cosas que se les decían, según ellos querían entender.

San Agustín, ut supra

Y esto sin duda sucedió así para nuestro consuelo, porque alguna vez ocurre que hable un hombre la verdad y no se entiende lo que dice y por esto los que lo oyen se escandalizan y se marchan, y entonces se arrepiente aquel hombre de haber dicho lo que era verdad; y dice entre sí: no he debido decir esto de esta manera. Pues así sucedió a nuestro Señor. Habló y se quedó sin muchos. Pero no por esto se turbó, porque desde el principio había conocido a los que no habrían de creer. Pero si esto nos sucede a nosotros, nos disgustamos. Busquemos consuelo en el Señor y hablemos con precaución.

Beda

Sabía pues el Señor que de aquellos discípulos que se quedaron, habría algunos que se querrían marchar. Sin embargo les preguntó, para que de este modo se conociese su fe y se propusiese a la imitación de otros. Por esto sigue: "Y dijo Jesús a los doce: ¿Y vosotros queréis también iros?"

Crisóstomo in Ioannem hom. 46

Convenía atraerlos por este medio, porque si los hubiese halagado, hubiesen creído que aquello tenía algo de humano, entendiendo que hacían una gracia a Jesucristo no dejándole. Pero manifestando que no necesitaba de su obsequio ni de que lo siguiesen, los retuvo más y por esto no les dijo marchaos, porque esto hubiese sido tanto como despedirlos, sino que les preguntó si querían marcharse, apartando de ellos toda fuerza y necesidad y no queriendo que se detuvieran por la vergüenza, porque el retenerlos por necesidad sería lo mismo que si se marchasen. Mas Pedro, amante de sus hermanos, conservador de la amistad, respondió a nombre de todo el grupo. Por esto sigue: "Y Simón Pedro le respondió: ¿A quién iremos?".

San Agustín In Ioannem tract., 27.

Como diciendo: ¿nos despides de ti? pues danos otro a quien vayamos, si te dejamos.

Crisóstomo, ut supra

Esta frase encierra el concepto de una gran amistad, porque, según ella, Jesucristo era para sus Apóstoles mejor que los padres y que las madres. Además, y para que no

apareciese que decían esto porque no habría quien les recibiese, añadió: "Tú tienes palabras de vida eterna". Porque como había oído que su Maestro decía: yo lo resucitaré y tendrá vida eterna, manifiesta que se acuerda de las palabras que ha dicho. Y los judíos, en verdad, decían: éste es el hijo de José, mas San Pedro dice: "Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios".

San Agustín, ut supra

Hemos creído para conocer. Porque si primero hubiésemos querido conocer y después creer, no hubiésemos podido conocer ni creer. Esto hemos creído y conocido, que tú eres el Cristo Hijo de Dios, esto es, que tú eres la misma vida eterna y no das en tu carne y en tu sangre sino lo que eres.

Crisóstomo, ut supra

Mas como San Pedro había dicho: "Y nosotros hemos creído", el Señor exceptuó a Judas del número de los que creían. Por esto sigue: "Jesús le respondió: ¿no os escogí yo a los doce, y uno de vosotros es el diablo?" Y es notable esto que dice. No creáis que porque me habéis seguido, no castigaré a los malos. Muy justo es que éste pregunte, porque ahora los discípulos nada dicen. Pero asustados después exclaman: "Señor, ¿acaso soy yo?" (Mt 26,22). Pero San Pedro aun no había oído: "Retírate, Satanás" (Mt 16,23), y por esto no temió. Ahora tampoco dijo el Señor: uno de vosotros me entregará, sino: ¿no es diablo? Y por lo tanto ignoraban lo que se les decía, creyendo que únicamente se vituperaba su malicia. Pero los gentiles vituperan a Jesucristo con motivo de este suceso, porque su elección no se hacía por la fuerza en cuanto lo que había de suceder, sino que está en la voluntad el ser salvo o perecer.

Beda

O bien debe decirse que eligió a los once para una cosa y al uno para otra. Once, para que perseveraran en la dignidad apostólica y uno para que por medio de su traición se realizase la salvación de todo el género humano.

San Agustín, ut supra

Este fue elegido para que por su medio, aunque no lo quisiera ni lo conociera, se realizase un gran bien. Y así como los malos utilizan mal las buenas obras de Dios, así, por el contrario, Dios utiliza muchas veces las malas acciones de los hombres. ¿Quién peor que Judas? Sin embargo, el Señor utilizó su maldad para hacer un bien. Le permitió que lo entregase para redimirnos. Puede entenderse también lo que dice: "He elegido a doce", porque había sido consagrado el número doce con el fin de que se anunciase el misterio de la Trinidad a las cuatro partes del mundo; y no porque uno de ellos sucumbió ha perdido su primitivo honor este número, porque en lugar del que sucumbió fue elegido otro.

San Gregorio Moralium 3, 17

Se valora el cuerpo de acuerdo a la realidad de la cabeza, como cuando se dice respecto de aquel hombre malo: "Uno de vosotros es el diablo". Explicando lo cual el evangelista añadió: "Hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón, porque éste lo había de entregar, a pesar de que era uno de los doce".

Crisóstomo, ut supra

Véase la sabiduría de Jesucristo, porque ni dio a conocer quién era aquel hombre, para que no perdiese el temor y así se hiciese más enemigo suyo, ni quiso que quedara oculto, para que creyendo que no se sabía lo entregase sin temor.

CAPÍTULO 7

Y después de esto, andaba Jesús por la Galilea, porque no quería pasar a la Judea, por cuanto los judíos le buscaban para matarle. Y estaba próxima la fiesta de los judíos, llamada de los Tabernáculos. Y sus hermanos le dijeron: "Quítate de aquí, y ve a la Judea para que tus discípulos vean también las obras que haces. Pues ninguno hace cosa en oculto, y procura ser conocido en lo público: si esto haces, manifiéstate al mundo"; porque ni aún sus hermanos creían en El. Y Jesús les dijo: "Mi tiempo aún no ha venido: mas vuestro tiempo siempre está preparado. No puede el mundo aborreceros a vosotros, mas a mí me aborrece porque yo doy testimonio de él que sus obras son malas. Subid vosotros a esta fiesta: yo no subo todavía a esta fiesta, porque mi tiempo no es aún cumplido. (v. 1-8)

San Agustín, in Ioanem tract. 28

Podría suceder que algún fiel de Cristo se escondiese para que no le encontrasen sus perseguidores y para que no se le imputase como crimen el haberse escondido. Sucedió antes en la Cabeza lo que después se confirmaría en los miembros. Por esto dice: "Y después de esto andaba Jesús por la Galilea, porque no quería pasar a la Judea.

Beda

Esta unión de palabras es de tal naturaleza, que en ella debemos comprender que pudieran realizarse y suceder muchas cosas entretanto. Porque la Judea y la Galilea son provincias de la Palestina. La Judea se llamaba así por la tribu de Judá; se llamaba también Judea, además de la que comprendía la tribu de Judá, aquella otra región que poseía la tribu de Benjamín, aunque de la tribu de Judá procedían los reyes. Y se llama Galilea, porque engendra un pueblo parecido a la leche, esto es, blanco, en griego, quiere decir lac en latín, que significa leche.

San Agustín, ut sup

Y el Señor dijo esto como no pudiendo andar entre los judíos, para no ser muerto por ellos, mas demostró su poder cuando quiso; aunque daba ejemplo a nuestra debilidad, El no había perdido su poder.

Crisóstomo, in Ioanem hom. 47

Pero debemos decir que daba a conocer lo que era propio de la divinidad y lo que era propio de la humanidad, toda vez que huía de sus perseguidores como hombre, y aparecía ante ellos como Dios, siendo así que era una y otra cosa.

Teofiactus

También se había retirado ahora a la Galilea, porque aún no había llegado el tiempo de su pasión. Por cuya causa creía inútil permanecer entre sus enemigos, excitándolos más al odio; con este motivo se explica a continuación el tiempo en que esto sucedía, cuando añade: "Y estaba próxima la fiesta de los judíos, llamada de los Tabernáculos".

San Agustín, ut sup

Hacían los judíos para aquella fiesta de los Tabernáculos unas tiendas de campaña, a imitación de aquellas en que habitaron cuando luego de sacados de Egipto peregrinaban por el desierto. Celebraban con este motivo aquel día de fiesta en memoria de los beneficios recibidos del Señor, aquellos mismos que se proponían matarle.

Crisóstomo, ut sup

Manifiesta el evangelista por medio de esto, que pasó en silencio mucho tiempo. Porque cuando el Señor se sentó en el monte, estaba próximo el día festivo de la Pascua y ahora hace mención de la fiesta de los Tabernáculos. Durante esos cinco meses que mediaron no se refiere ninguna otra cosa más que el milagro de los panes y el sermón que predicó a los que los comieron. Pero, como hacía milagros sin interrupción y exponía su doctrina, no podían los evangelistas referirlo todo. Por ello cuidaron de relatar aquellas cosas en que resaltaba más la queja de los judíos o la contradicción en que éstos querían cogerle, lo cual se conoce en estos sucesos.

Teofiactus

Y como sus hermanos habían visto que El no se disponía a subir a Jerusalén, añade: "Y sus hermanos le dijeron: Márchate de aquí, y ve a la Judea".

Beda

Como si dijeran: tú haces milagros, y son pocos los que los ven. Márchate de aquí a la ciudad de los reyes, allí donde se encuentran los príncipes, para que viendo ellos tus milagros consigas que te alaben. Mas como no todos los discípulos seguían siempre al Señor, porque muchos estaban en la Judea, por esto añaden: "Para que tus discípulos vean también las obras que tú haces".

Teofiactus

Esto es, las muchedumbres que te siguen. Por tanto, no se refieren a los doce discípulos, sino más bien a otros muchos que trataban con el Señor.

San Agustín, in Ioanem tract. 28

Cuando se lee hermanos *(Hebraismo por pariente. (Léon-Doufur) En "hebreo, como en otras muchas lenguas, se aplica por extensión a los miembros de una misma familia (**Gn** 13,8; **Lv** 10,4. Ver **Mc** 6,3), de una misma tribu (**2Sm** 19,13), de un mismo pueblo (**Dt** 25,3; **Jue** 1,3)". También sirve para designar el vínculo espiritual (ver **Hch** 2,29; **2Re** 9,2). En hebreo **ah** designa con un único vocablo a los hermanos, mediohermanos, primos, cuñados, parientes en general. La versión del Antiguo Testamento en griego, los Setenta, (adelfos, literalmente "hermanos") para referirse a toda esta variedad de relaciones familiares. Así, a la luz de la Revelación que nos enseña que María Santísima sólo concibió un hijo, sería más correcto y adecuado traducir "parientes" en vez de "hermanos" (hebraismo))* del Señor, debe entenderse que se trataba de parientes consanguíneos de María, porque de ella no nació ningún otro. Así como en el sepulcro en donde estuvo el cuerpo del Señor no fue colocado ningún otro muerto, ni

antes ni después, así las entrañas de María no concibieron ningún otro mortal, ni antes ni después de Jesucristo. Y en verdad que las obras de Jesucristo no eran desconocidas para sus discípulos, pero los que no estaban ahí no las veían. Por esto decían aquéllos: "Para que tus discípulos vean también las obras que haces". Hablaba, pues, la prudencia de la carne al Verbo hecho carne, y por esto añaden: "Pues ninguno hace cosas en oculto, y procura ser conocido en público". Como diciendo: una vez que haces milagros, date a conocer a los hombres, para que puedas ser apreciado por ellos, porque los que los ven estudian el modo de alabarlos. Y como ellos buscaban gloria humana, no creían en El. Por esto sigue: "Porque ni aún sus hermanos creían en El". Pudieron algunos ser parientes de Jesucristo, pero se resistían a creer en El a causa de este mismo lazo de parentesco.

Crisóstomo, ut sup

Es digno de notarse el modo de obrar de los evangelistas, tan en armonía siempre con la verdad. Como no temían decir aquellas cosas, que en cierto sentido podían ofender la imagen de su maestro, no dejaron de decir cosa alguna. Y en verdad que no podría menos que considerarse ofensivo el que sus "hermanos" no creyesen en El. Y parece, en realidad, que en un principio se muestran como amigos por lo que empiezan a decir. Sin embargo, le servían de mucha amargura algunas de las cosas a que se referían, porque le hacen aparecer como temeroso y deseoso de la gloria. Porque dicen: "Ninguno hace cosa en oculto", lo cual implicaba el temor de los que acusan y al par sospechan no ser verdaderos los milagros que hacía. Respecto a lo que dicen: "Y procura ser conocido en lo público", hacen pensar de que El abriga cierto deseo de vanagloria. Mas Jesucristo les responde con mansedumbre, enseñándonos que no debemos tomar a mal si se nos atribuye alguna mala acción. Sigue, pues: "Jesús les dijo: Mi tiempo aún no ha venido, mas vuestro tiempo está preparado".

Beda

Y para que no parezca que se opone a lo que dice el apóstol a los gálatas: "Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo" (Gal 44), etc., lo que aquí se dice no debe referirse al tiempo de su natividad, sino al de su glorificación.

San Agustín, ut sup

Le aconsejaban que adquiriese gloria, como hablándole mundanamente e impulsados por el afecto terreno, para que no apareciese como plebeyo y viviese desconocido. Pero el Señor quiso allanarles el camino para que subiesen a la mayor altura por medio de la humildad. Por esto les dice: "Mi tiempo (esto es, el de mi gloria por medio de la que habré de subir a la mayor altura para juzgar), aún no ha venido, pero vuestro tiempo (esto es, la gloria mundana), siempre está preparado". Y como nosotros somos el Cuerpo del Señor, cuando nos ofendan los amantes del mundo debemos decirles: vuestro tiempo ya está preparado, nuestro tiempo aún no ha venido; la patria está muy alta, el camino está muy bajo, el que prescinde del camino ¿para qué busca la patria?

Crisóstomo, ut sup

Y aún me parece que quiere decir otra cosa oculta: acaso se propondrían darlo a

conocer y entregarlo a los judíos. Por esto dice: "Mi tiempo aún no ha venido (esto es, el tiempo de la cruz y de mi muerte); mas vuestro tiempo siempre está preparado"; porque aunque vosotros siempre estáis con los judíos, no os matarán, porque pensáis lo mismo que ellos. Por esto sigue: "No puede el mundo aborreceros a vosotros, mas a mí me aborrece; porque yo doy testimonio de él, que sus obras son malas". Como diciendo: ¿Cómo puede el mundo aborrecer a aquellos que quieren lo mismo que él, y tienden a lo mismo que él? Mas a mí me aborrece porque lo reprendo. Entretanto, no busco la gloria de los hombres, porque no dejo de reprenderlos, aun cuando sé que por esto me aborrecerán e intentarán darme la muerte. Con estas palabras manifiesta también que el odio de los judíos contra El era excitado por sus reprensiones públicas, y no porque dejaba de respetar el sábado.

Teofiactus

Mas el Señor aduce dos razones contra las dos cosas que le argüían aquellos que le hablaban. Contra el temor que suponían en El, dice que reprende las acciones del mundo, esto es las acciones de aquellos que se proponen fines humanos (lo cual no haría si tuviera miedo) y contra la vanagloria los envía a la fiesta. Por esto sigue: "Subid vosotros a esta fiesta". Si en verdad hubiera estado animado por la pasión de la vanagloria, los hubiese detenido a su lado; y efectivamente, que los que desean la gloria acostumbran tener a muchos que los sigan.

Crisóstomo, ut sup

Dice esto también manifestando que no desea halagarlos, en cuanto les permite que obren conforme a las costumbres de los judíos.

San Agustín, ut sup

"Subid vosotros a esta fiesta" en la que buscáis la gloria humana, donde queréis participar de las alegrías del mundo y no pensar en las cosas eternas. Prosigue: "Yo no subo a esta fiesta".

Crisóstomo, ut sup

A saber: ahora, con vosotros, "porque mi tiempo aún no es cumplido". En la Pascua siguiente era en la que habría de ser crucificado.

San Agustín, in Ioanem tract. 28

De otro modo: mi tiempo aún no ha llegado (esto es, el de mi gloria), aquél será mi día festivo. Día festivo que no pasará como pasan estos días, sino que durará eternamente. Será esta misma festividad un goce sin fin, una eternidad sin trabajo y una serenidad sin nube alguna.

Y habiendo dicho esto, se quedó El en la Galilea. Mas después que sus hermanos hubieron subido, El entonces subió también a la fiesta, no públicamente, mas como en oculto. Y los judíos le buscaban en el día de la fiesta, y decían: "¿En dónde está aquél?" Y había grande murmullo acerca de El entre la gente. Porque los unos decían: "bueno es", y los otros, "no, antes engaña a las gentes". Pero ninguno hablaba abiertamente de El por miedo de los judíos. (vv. 9-13)

Teofiactus

Como había dicho el Señor:"Yo no subo con vosotros", rehusó subir en el primer momento, evitando así la rabia de los enfurecidos judíos. Por esto sigue: "Y habiendo dicho esto, se quedó El en la Galilea"; mas después, subió también. Por esto continúa: "Mas después que sus hermanos hubieron subido, El entonces subió también".

San Agustín, ut sup

Subió, en realidad, no para gloriarse de una manera temporal, sino a enseñar algo que fuera provechoso, hablando sobre la fiesta eterna.

Crisóstomo, in Ioanem hom. 47

Puede decirse también que subió, no para padecer, sino para enseñar a otros. Y subió de oculto, porque aunque podía subir en público y contener su furor, como en otras ocasiones había hecho, no quería hacer esto continuamente para no evidenciar su divinidad, con el fin de que así fuese mejor conocida la realidad de su encarnación, y nos enseñase a practicar la virtud. Y para que sepamos qué es lo que nosotros debemos hacer cuando no podemos detener a nuestros perseguidores, quiso subir de oculto. Y no dijo de oculto, sino casi de oculto, dando a conocer que hacía esto así para nuestro ejemplo, porque si obrase en todas las cosas como Dios, no podríamos saber cómo convendría obrar cuando caemos en algún peligro.

Alcuino

Acaso subió el Señor de oculto porque no busca el favor de los hombres, ni se complace en las pompas de los cortejos populares.

Beda

Hablando en sentido místico, se da a entender que el Señor permanece en Galilea, por todos aquellos hombres materiales que buscan la gloria humana, porque Galilea quiere decir transmigración hecha (esto es, en sus miembros) que pasan de los vicios a las virtudes, y progresan en éstas. Y así, poco después subió el Señor, porque los miembros de Jesucristo no buscan la gloria de esta vida (Sal 44), sino la de la eterna. Y en secreto sube el Señor, porque toda su gloria es interior, esto es, nace de un corazón puro, de una conciencia limpia y de una fe no fingida (1Tim 1,5).

San Agustín, ut sup

Mas cuando sube de un modo oculto, quiso dar a entender algo; porque todas las

cosas que se le habían comunicado al antiguo pueblo de Israel fueron sombras de lo que habría de suceder, y la fiesta de los Tabernáculos también era una sombra de las fiestas que más adelante se celebrarían. Y en verdad que todo lo que era figura se nos da a conocer por medio de la realidad. Subió, pues, de oculto, para significarnos que también El estaba oculto. Jesucristo se ocultaba en el mismo día de fiesta, indicando que aquel día festivo los miembros de Jesucristo habrían de peregrinar. La scenopegia era, en verdad, la celebración de los Tabernáculos.

Prosigue: "Y los judíos le buscaban el día de la fiesta, y decían: ¿En dónde está Aquél?"

Crisóstomo, in Ioanem hom. 48

Por el mucho odio y gran enemistad que le profesaban, ni aun quieren llamarlo por su nombre; pues en verdad, si tenían grande respeto a la fiesta, en ellos no había religiosidad, porque con pretexto de la fiesta se proponían prender a Jesucristo arteramente.

Prosigue: "Y había grande murmullo", etc.

San Agustín, ut sup

El murmullo era por las disputas que entre ellos había, lo que expone el evangelista muy oportunamente diciendo: "Porque los unos decían, bueno es; y los otros, no, antes engaña a las gentes". De todo aquel en quien brilla alguna gracia, dicen unos, bueno es; y los otros, no, antes engaña a las gentes. Que esto se diga de Dios debe servir de consuelo para todo aquel cristiano de quien se diga lo mismo. Y en verdad, si el seducir es engañar, ni Jesucristo es seductor, ni cristiano alguno debe serlo; mas si seducir a alguno quiere decir sacarlo por medio de la convicción de una cosa a otra, debemos investigar de dónde se lo trae, y a dónde se lo lleva, si se lo atrae de lo bueno a lo malo, el seductor será malo; pero si se atrae de lo malo a lo bueno, el seductor será bueno. ¡Ojalá que en este sentido podamos todos llamarnos seductores!

Crisóstomo, ut sup

En este sentido creo que hablaban las muchedumbres que decían que Jesús era bueno, y en el otro los príncipes y los sacerdotes, los que decían lo contrario; lo cual se demuestra cuando dicen: "seduce a las muchedumbres, y no dicen nos seduce a nosotros".

Prosigue: "Pero ninguno hablaba abiertamente de El, por miedo de los judíos".

San Agustín, ut sup

Esto es, de aquellos que decían "bueno es", y no respecto de los que decían "seduce a las turbas", esto lo decían claramente, pero "bueno es", lo susurraban a escondidas.

Crisóstomo, ut sup

Véase aquí la corrupción de los que mandan, pues aquellos que están sujetos a los gobernantes, ciertamente conocen las cosas con claridad, aunque no tienen libertad para decir lo que sienten, lo cual siempre es propio de la muchedumbre.

Y al medio de la fiesta subió Jesús al templo y enseñaba. Y se maravillaban los judíos y decían: "¿Cómo sabe éste letras, no habiéndolas aprendido?" Jesús les respondió y dijo: "Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me ha enviado. El que quisiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina si es de Dios, o si yo hablo de mí mismo. El que de sí mismo habla, busca su propia gloria: mas el que busca la gloria de Aquel que le envió, éste veraz es, y no hay en él injusticia". (vv. 14-18)

Crisóstomo, ut sup

Deseando el Señor hacer más atentos con su tardanza a los que le oían, no subió los primeros días, sino cuando estaba la fiesta a la mitad. Por esto sigue: "Y al medio de la fiesta, subió Jesús al templo", etc. Y entonces, los que lo buscaban en los primeros días, viéndolo presente de repente, prestaban más atención a sus palabras, tanto los que decían que era bueno, como los que decían que era malo, los primeros, en verdad, para ganar algo y admirarse; mas los segundos con el fin de encontrar ocasión para prenderlo.

Teofiactus

Porque al principio de la fiesta se fijaban más bien en lo que atañía a la misma fiesta, y de aquí el que después oían a Jesucristo con más atención.

San Agustín, in Ioanem tract. 28

Se comprende que aquella festividad duraba muchos días, y por esta razón dice: "Y al medio de la fiesta", esto es, que faltaban tantos días para que concluyese la fiesta cuantos habían pasado ya; y así se cumplía lo que había dicho: "Yo no subo todavía a esta fiesta", esto es, en el día que vosotros queréis, al primero o al segundo; pero subió después, cuando la fiesta se encontraba a la mitad.

San Agustín, de quest nov et testam qu 78

Y subió entonces, no a la fiesta, sino a ilustrar. Porque ellos habían subido como a gozar de las delicias de las fiestas; pero en verdad el día de fiesta fue para Jesucristo aquél en que redimió al mundo por medio de su pasión.

San Agustín, in Ioanem tract. 29

Aquel que antes se escondía, ahora enseñaba y hablaba en público, y sin embargo no era detenido. Cuando se ocultaba, lo hacía para ejemplo, y cuando hablaba, para mostrar su poder.

Crisóstomo, ut sup

No nos dice el evangelista lo que enseñaba, pero sí que enseñaba admirablemente; y era tanto el poder del que enseñaba que aquellos que antes habían dicho "engaña a las gentes", ahora se veían transformados a causa de la admiración. Por esto sigue: "Y se maravillaban los judíos y decían: ¿cómo sabe éste letras, no habiéndolas aprendido?" Obsérvese la admiración, llena de malicia, porque no dice que se admiraban de la doctrina, sino que cayeron en otra admiración, a saber, de dónde podía haber aprendido

aquello, etc.

San Agustín, ut sup

Y yo creo que todos se admiraban, pero no todos se convertían. ¿Y de dónde aquella admiración? Porque muchos sabían dónde había nacido y cómo se había criado. Nunca lo habían visto estudiar, y sin embargo, lo oían disputar acerca de la Ley, citando testimonios de ella, de tal forma que ninguno podría citarlos sin leerlos, y ninguno leerlos sin haber aprendido a leer. De esto nacía su admiración.

Crisóstomo, ut sup

Por esta duda debían comprender que la ciencia que en El había no era humana, sino divina; mas esto no querían decirlo ellos, sino que se contentaban con admirarlo. Mas el Señor lo dio a conocer en seguida. Prosigue: "Jesús les respondió y dijo: mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me ha enviado".

San Agustín, ut sup

Parece que en esto hay alguna contradicción, porque dijo "mía" y "no mía", pues si hubiese dicho, esta doctrina no es mía, no habría cuestión. Pero, ¿cuál es la doctrina del Padre, sino el Verbo del Padre? Y el mismo Jesucristo es la doctrina del Padre, porque es el Verbo del Padre. Pero como la palabra no puede dejar de ser de alguien, dijo que la doctrina era El mismo, y no que era suya, porque El es el Verbo del Padre. ¿Qué cosa hay más tuya que tú mismo? ¿Y qué cosa menos tuya que tú mismo, si ya tú eres de alguien? En mi concepto, dijo en obsequio de la brevedad: "Mi doctrina no es mía", como si dijere, yo no dependo de mí mismo. Este concepto destruye la herejía de los sabelianos, que se atrevieron a decir que el Padre y el Hijo son una misma cosa, dos nombres, pero una sola persona.

Crisóstomo, in Ioanem hom. 48

O bien dice que es doctrina suya, porque la enseñaba, y no era suya, porque la doctrina era del Padre. Mas si todo lo que es del Padre era suyo, en el mero hecho de ser del Padre también debía ser suyo. Mas, en cuanto dice no es mía, demuestra con toda evidencia que la doctrina era suya y de su Padre; como si dijera, nada he modificado ni cambiado, sino que hago como digo, para que no se crea que yo digo o hago cosa alguna diferente del Padre.

San Agustín, de Trin 1,11

Quizá en un concepto dijo que la doctrina era suya, y en otro que no era suya. En cuanto era Dios, era suya; pero en cuanto era hombre, la doctrina no era suya.

San Agustín, in Ioanem tract. 29

Y si alguno entiende esto poco, oiga el consejo que da el Señor a continuación, diciendo: "El que quisiere hacer su voluntad", etc. ¿Qué quiere decir "si alguno quisiere hacer su voluntad"? Esto es creer en El, porque el Salvador había dicho antes, "Esto es obra de Dios, el que creáis en Aquel que El ha enviado". ¿Y quién desconoce que es hacer la voluntad de Dios obrar como El obra? Y conocerlo es tanto como entenderlo. Luego no pretendas comprender para creer, sino antes cree para comprender, porque si no crees no puedes entenderlo (Is 7,9).

Crisóstomo, ut sup

Acaso habló así como diciéndoles: Prescindid de la ira, de la envidia, del odio que sin causa alguna tenéis contra mí, y entonces no habrá motivo alguno que os impida conocer que son palabras de Dios las que yo hablo. Después aduce otro argumento indestructible de lo que sucede entre los hombres, instruyéndonos por este medio. Por esto sigue: "El que de sí mismo habla, busca su propia gloria". Como diciendo, el que quiere establecer alguna doctrina propia, no quiere hacer esto por otra causa que por adquirir gloria. Y si yo busco la gloria de Aquel que me envió, ¿cómo querría enseñaros cosas ajenas de Aquél en cuyo obsequio predico? Y esto es lo que añade: "Mas el que busca la gloria de Aquel que me envió, éste es veraz y no hay en él injusticia".

Teofiactus

Como si dijera: soy veraz, porque mi doctrina encierra la verdad, y no hay injusticia en mí, porque no usurpo la gloria de otro.

San Agustín, ut sup

El que busca su propia gloria, es el anticristo. Mas nuestro Señor nos ha dado grande ejemplo de humildad, porque mientras vivió como hombre buscó la gloria del Padre y no la suya; y tú, cuando haces algo bueno, buscas tu propia gloria, y cuando haces algo malo, tratas de atribuirlo a Dios.

Crisóstomo, ut sup

Véase cómo busca el medio de hablar de sí humildemente, diciendo que crean que no desea su propia gloria, ni su propia elevación; y cómo también, por la ignorancia de los que le oyen, se propone enseñar a los hombres que sepan lo que puedan comprender, y que no hablen de sí cosas grandes, sino siempre las más humildes.

"¿Por ventura no os dio Moisés la Ley y ninguno de vosotros hace la Ley? ¿Por qué me queréis matar?" Respondió la gente, y dijo: "Demonio tienes: ¿quién te quiere matar?" Jesús les respondió, y dijo: "Hice una obra, y todos os maravilláis. Por esto os dio Moisés la circuncisión: (no porque ella es de Moisés, sino de los padres), y circundáis al hombre en sábado. Si recibe el hombre la circuncisión en sábado porque no se quebrante la Ley de Moisés, ¿os ensañáis contra mí porque sané en sábado a todo un hombre? No juzguéis según lo que aparece, mas juzgad justo juicio". (vv. 19-24)

Crisóstomo, in Ioanem hom. 48

Dos recriminaciones presentaban los judíos contra Jesucristo: una, porque no respetaba el sábado; otra, porque decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios. Respecto de la segunda, ya probó que no era enemigo de Dios, porque enseñaba lo mismo que El. Respecto de la profanación del sábado, les arguye diciendo: "¿Por ventura no os dio Moisés la Ley, y ninguno de vosotros hace la Ley?" Como si dijese: la Ley dice no matarás, y vosotros matáis, que es lo que expresa a continuación: "¿Por qué me queréis matar?". Como si dijese: porque aunque yo haya quebrantado la Ley curando a un hombre, esta transgresión fue para bien; pero vosotros quebrantáis la Ley para mal, por lo que no debo ser juzgado por vosotros acerca de la infracción de la Ley. Por tanto, los impugnó por dos razones, diciendo "¿por qué me queréis matar?" y manifestando que los que traman la muerte de alguien no son dignos de juzgar a otro.

San Agustín, in Ioanem tract. 30

Y dice esto, porque si hubiesen obrado con arreglo a la Ley, hubiesen conocido a Jesucristo por las mismas palabras de la Ley, y no le hubiesen muerto, teniéndole presente. Mas la turba le dio una respuesta, inspirada, no por el amor del orden, sino del desorden. Prosigue, pues: "Respondió la turba y dijo: demonio tienes: ¿quién te quiere matar?". Decían que tenía el demonio el mismo que arrojaba a los demonios. Mas el Señor no se turbó, sino que permaneció tranquilo en su verdad, y no devolvió maldición por maldición, sino que respondió con mansedumbre.

Beda

En lo cual nos dejó un ejemplo de paciencia, para que siempre que seamos objeto de imputaciones falsas, levantadas por alguno, las suframos con paciencia y no opongamos las verdades que podamos presentar en defensa nuestra, sino que demos consejos saludables. Sigue, pues: "Jesús les respondió y dijo: hice una obra, y todos os maravilláis".

San Agustín, ut sup

Como si dijere: ¿qué sucedería si vieseis todas mis obras? Porque obras suyas eran las que veían en el mundo, pero no lo veían a El, que era el que hizo todas las cosas: hizo una sola cosa, y todos se maravillaron porque curó a un hombre en día de sábado: como si aquel enfermo curado en sábado pudiese haberlo curado otro que Aquel que los

maravilló porque había curado a un hombre en sábado.

Crisóstomo, in Ioanem hom. 48

Y esto es lo que dice: "Os maravilláis", esto es, os turbáis y os alborotáis. Y véase cómo les arguye prudentemente por medio de la Ley: quiere, pues, dar a conocer, que cuando hizo esto, no quebrantó la Ley, porque hay otras muchas cosas más esenciales que la observancia del sábado, con las cuales la Ley no se quebranta, sino que se cumple. Y añade: "Por esto os dio Moisés la circuncisión, no porque ella es de Moisés, sino de los padres, y circuncidáis al hombre en sábado".

San Agustín, ut sup

Como diciendo: bueno es que hayáis recibido la circuncisión de Moisés, no porque ésta es de Moisés, sino de los patriarcas, puesto que Abraham fue el primero que recibió del Señor la orden de la circuncisión, y circuncidáis en sábado. Moisés mismo os confunde: sabéis por la Ley que podéis circuncidar en el octavo día, y sabéis también por la Ley que debéis descansar en el día séptimo. Mas si el octavo día del que ha nacido coincide con el día séptimo, que es el sábado, circuncidáis al hombre, porque la circuncisión es un signo de salvación, y los hombres no deben prescindir de la salvación ni aun en el día del sábado.

Alcuino

Por tres motivos se había establecido la circuncisión: primero, para que sirviese de recuerdo de la gran fe de Abraham; segundo, para que por ella los judíos se distinguiesen de las demás naciones; y tercero, para que recibiéndola en los órganos que indican la virilidad, conociesen que debían guardar castidad, tanto de alma como de cuerpo. Y servía entonces la circuncisión, cuando ahora sirve el bautismo, salvo que la puerta (del cielo) aún no estaba abierta. De estas premisas deduce: y si el hombre recibe la circuncisión en sábado, sin que por ello quebrante la Ley de Moisés, ¿cómo os indignáis contra mí porque he curado a un hombre en día sábado?

Crisóstomo, ut sup

Como diciendo: la no observancia del sábado por la circuncisión, es el cumplimiento de la Ley; y así yo, curando un hombre en sábado, he cumplido también con la Ley: vosotros, que no sois legisladores, defendéis la Ley con exageración, pero Moisés manda que se quebrante la Ley en virtud del mandato que no estaba incluido en ella, sino que procedía de los padres. Y respecto a lo que dice: "He curado completamente un hombre en sábado", da a entender que la circuncisión cura solamente en parte.

San Agustín, ut sup

Tal vez aquella circuncisión, prefiguraba al mismo Señor; porque, ¿qué es circuncisión, sino despojo de la carne? Significa, pues, la separación de las pasiones carnales del corazón: y no se mandó sin causa alguna que consistiese en la sección de la carne por donde se procrea la criatura de los mortales, porque por un sólo hombre entró el pecado en el mundo (Rm 5,12). Y por tanto, todo hombre nace con pecado, porque trae consigo el vicio de su propagación, y no purifica Dios del vicio con que cada uno nace, ni de los vicios que se acumulan viviendo mal, sino por medio de Jesucristo: y ésta

es la razón porque circuncidaban con cuchillos de piedra, y figuraban a Jesucristo con el nombre de "la piedra". Y por eso debía verificarse, en el octavo día, después de haber nacido la criatura, porque el Señor resucitaría después del día séptimo, que era el sábado, o sea en el domingo. La misma resurrección nos circuncida, esto es, nos quita los apetitos carnales. Comprended que la obra buena que yo he realizado en sábado, al salvar por completo a un hombre, tiene esta significación: porque fue curado para que sanase del cuerpo, y creyó para sanar del alma. Se os ha prohibido trabajar en cosas serviles en el día de sábado: ¿acaso es obra servil curar a un hombre en sábado? Coméis, ciertamente, y bebéis en sábado, porque esto afecta a la salud, en lo cual probáis que las obras que atañen a la salud no deben omitirse en el día de sábado.

Crisóstomo, ut sup

Y no dijo, yo he hecho una cosa mejor que la circuncisión, sino únicamente refirió el suceso, dejándolos que juzgasen. Por esto sigue: "No juzguéis según lo que aparece, mas juzgad justo juicio"; como diciendo: no porque Moisés es más considerado entre vosotros que yo, debéis sentenciar según la importancia de las personas, sino que debéis hacerlo atendiendo a la naturaleza de las cosas, y esto quiere decir juzgar con justicia. Nadie ha censurado a Moisés porque haya mandado quebrantar el sábado con motivo de la circuncisión, lo cual equivalía a establecerlo como Ley: luego Moisés es más digno de fe para nosotros, cuando manda que se quebrante la Ley por medio de un mandato no legal.

San Agustín, ut sup

Mas esto que el Salvador hizo notar con este motivo, parece que cuesta gran trabajo dejar de hacerlo en este mundo, o sea el no juzgar personalmente. El Señor amonesta con esto a los judíos y a nosotros; mas lo que resonaba como muy bueno en la boca del Señor, se ha escrito para nosotros, y se predica por nosotros: el Señor está arriba, pero también el Señor aquí existe como verdad, y el cuerpo del Señor, en que resucitó, puede estar en un solo lugar, pero su verdad está difundida en todas partes. ¿Quién es, pues, el que no juzga personalmente? El que ama del mismo modo; y cuando honramos a los hombres de diverso modo, según sus dignidades, debe temerse que hagamos acepción de personas: muchas veces juzgamos entre un padre y un hijo, y no igualamos al hijo con el padre en cuanto al honor, sino que lo preferimos si es mejor la causa del hijo que la del padre, guiándonos por la verdad, concediéndole así el honor debido, para que la justicia no pierda su mérito.

Y decían algunos de Jerusalén: "¿No es éste el que los judíos buscan para matarle? Pues ved aquí que habla en público y no le dicen nada: ¿Por ventura han reconocido los príncipes que éste es el Cristo? Mas éste sabemos de dónde es: y cuando viniere el cristo, ninguno sabe de dónde sea". Y Jesús alzaba la voz en el templo, enseñando y diciendo: "Vosotros me conocéis y sabéis de dónde soy: empero yo no vine de mí mismo, mas es veraz el que me envió, a quien vosotros no conocéis. Yo le conozco, y si dijere que no le conozco seré mendaz semejante a vosotros. Mas yo le conozco; porque de El soy, y El me envió". Y le querían prender: mas ninguno le echó la mano, porque todavía no era llegada su hora. (vv. 25-30)

San Agustín, in Ioanem tract. 31

Ya se ha dicho antes de ahora, que el Señor había subido de oculto a la fiesta, no porque temía ser detenido, puesto que tenía poder para evitarlo, sino para dar a entender también que se ocultaba en el día mismo de la fiesta que celebraban los judíos, y que esto encerraba su misterio. Mas ahora aparece el poder que antes se consideraba como cobardía: hablaba en público en el día de la fiesta, de tal modo que las gentes se admiraban. Por esto sigue: "Y decían algunos de los de Jerusalén", etc. Sabían que se le buscaba con mala intención, y se maravillaban pensando en virtud de qué poder no era aprehendido.

Crisóstomo, in Ioanem hom. 49

Y añadió el evangelista, "de los de Jerusalén", porque los que habían presenciado mayor número de milagros eran precisamente los que creían menos, puesto que viendo la señal más evidente de la divinidad de Jesucristo sometían todas las cosas al parecer de sus príncipes corrompidos. ¿Y no era una gran señal de esto, que estando furiosos y buscándolo para matarlo, lo tuviesen en sus mismas manos y de pronto se calmasen?

San Agustín, ut sup

Por tanto, no conociendo claramente el poder de Jesucristo, lo creyeron efecto de la ciencia de sus príncipes, que lo perdonaron porque conocieron que era el Cristo. Por esto añade: ¿Por ventura han reconocido los príncipes que éste es el Cristo?

Crisóstomo, ut sup

Mas aquellas gentes ni aun se someten a la decisión de sus príncipes, sino que aceptan otro parecer erróneo y digno de su propia locura. Por esto añade: "Mas éste sabemos de dónde es: y cuando viniere el Cristo ninguno sabe de dónde sea", etc.

San Agustín, ut sup

Esta opinión nació entre los judíos, y no sin fundamento; sin embargo, encontramos que las Escrituras dijeron, hablando de Cristo, que se llamaría Nazareno (Mt 2,23). Luego habían predicho de dónde vendría. Además, los judíos dijeron a Herodes cuando lo buscaban, que el Cristo había de nacer en Belén de Judá, y citaron el testimonio de los

profetas. ¿De dónde nace ahora esta opinión entre los judíos, de que cuando venga el Cristo nadie sabrá de dónde procede? Porque las Escrituras habían dicho lo uno y lo otro; en cuanto hombre, predijeron de dónde nacería; pero en cuanto Dios, se ocultaba a los impíos y buscaba a los buenos. Sin duda formaron esta idea porque habían leído en Isaías: "¿Quién podrá contar su generación?" (Is 53). Pero el Señor contestó a una y a otra cosa, tanto a los que sabían de dónde había venido, cuanto a los que no lo sabían. Por esto sigue: "Y Jesús alzaba la voz en el templo, enseñando y diciendo: vosotros me conocéis y sabéis de dónde soy". Lo cual quiere decir: sabéis de dónde he venido, pero no sabeis de dónde procedo, sabéis de dónde he venido porque soy Jesús de Nazaret, cuyos padres también conocéis. En este asunto sólo se les ocultaba el parto de la Virgen, a excepción de lo cual sabían todo lo que afectaba a Jesús en cuanto hombre. Por esto dijo, con mucha razón: "Y vosotros me conocéis, y sabéis de dónde soy"; esto es, en cuanto a la humanidad y a la forma de hombre que tenía. Pero en cuanto a la Divinidad, dijo el Salvador: "Empero, yo no vine de mí mismo, mas es veraz el que me envió".

Crisóstomo, ut sup

Por medio de ello les revela lo que ellos pensaban. Como si dijese: no soy de aquellos que han venido a este mundo sin causa, sino que es veraz el que me ha enviado; y si es veraz, me ha enviado en verdad, y el que ha sido enviado debe ser también veraz. Además los convence con sus mismas razones, porque decían: cuando venga el Cristo, ninguno sabrá de dónde procede; y en esto manifiesta que El es el Cristo, porque ha venido del Padre, a quien ellos no conocen; y por esto añade: "A quien vosotros no conocéis".

San Hilario, De Trin 1,6

¿Pues no es verdad que todo hombre, aunque por la carne no nace de Dios, según el espíritu, conforme todos creen, procede de Dios? ¿Y cómo dice que los que le oyen no pueden saber de dónde procede, si no se entiende con esta palabra "de dónde" el autor de su naturaleza? Porque aquellos cuya procedencia se ignora implica por este sólo hecho la manifestación de su naturaleza; El que procede de la nada, no puede ignorarse de dónde viene, y al conocerse que de la nada viene, ya no tiene la ignorancia de su origen. Es desconocido lo que El es en sí, en cuanto que se ignora de dónde procede. No dice que es Hijo suyo aquel que niega que ha sido de El, ni comprende que no ha nacido aquel que cree que procede de la nada.

Crisóstomo, ut sup

El Señor llama ignorancia aquí a lo que revelan las obras, como dice San Pablo: "Alardeando que conocen a Dios, y le niegan en sus obras". Por esto, los reprende en dos sentidos: en primer lugar porque hablaban en secreto, esto lo dice en público y lo dice en voz alta para avergonzarlos.

San Agustín, ut sup

Por último, para manifestarles cómo podían conocerlo, añadió: "Yo le conozco"; por tanto, preguntadme y así le conoceréis: porque no conoce al Padre nadie más que el Hijo y aquél a quien el Hijo quiera darle a conocer, como dice por medio de San Mateo.

"Porque si os digo que no le conozco, seré mentiroso como vosotros".

Crisóstomo, ut sup

Lo cual es imposible, porque si es veraz el que me envió, también debe serlo el que ha sido enviado; en todas ocasiones reivindica para sí solo el conocimiento del Padre, porque es del Padre. Por esto sigue: "Yo le conozco, porque de El soy".

San Hilario, ut sup

Y pregunto si da a conocer que sea de El por creación o por generación; porque si es por creación, también todo lo que ha sido creado viene de Dios. ¿Mas cómo es que todas las cosas no conocen al Padre, siendo así que el Hijo lo conoce por lo mismo que es de El? Si, pues, es propio de Aquél, porque es del Padre, el conocerle, ¿cómo no lo será también de Aquel que inmediatamente es de El, esto es, del que participa de la naturaleza de Dios como su verdadero Hijo? Tiene, pues, la propiedad del conocimiento, como consecuencia de la propiedad de la generación. Sin embargo, con el fin de que la herejía no tomase argumentos del tiempo de su venida, añadió a continuación: "Y El me envió". Conservó así el orden del misterio evangélico, diciendo que había nacido y que había sido enviado.

San Agustín, ut sup

Dijo además: De El mismo soy, como un Hijo de su Padre; y aunque me veis vestido de la humanidad, El me ha enviado. En ello no debemos ver la diversidad de naturaleza, sino la autoridad del generador.

Crisóstomo

Los judíos se incomodaron cuando oyeron decir al Señor: "A quien vosotros no conocéis", porque aparentaban que le conocían. Por esto sigue el evangelista: "Y le querían prender", etc. Y véase aquí refrenado de una manera invisible el furor de los judíos. Pero el evangelista, queriendo hablar con más suavidad y humildad, con el fin de que se conociera por esto que Jesucristo era hombre, no dijo que los detuvo de una manera invisible, sino que añadió: "Porque todavía no era llegada su hora".

San Agustín

Esto es, porque no quería, porque Dios no nació bajo el influjo del fatalismo. Esto ni aun del hombre debe creerse; ¿cuánto menos respecto de Aquél por quien ha sido hecho? Si nuestra última hora depende de su voluntad, ¿qué otra cosa es su hora sino su voluntad? No dijo en la hora en que se vería obligado a morir, sino en la que se dignaría dejarse matar.

Y muchos del pueblo creyeron en El y decían: "¿Cuando viniere el Cristo hará más milagros que los que éste hace?" Oyeron los fariseos estos murmullos que había en el pueblo acerca de El: y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos enviaron ministros para que le prendiesen. Y Jesús les dijo: "Aún estaré con vosotros un poco de tiempo, y voy a Aquél que me envió. Me buscaréis, y no me hallaréis: y donde yo estoy, vosotros no podéis venir". Dijeron los judíos entre sí mismos: "¿A dónde se ha de ir éste, que no le hallaremos? ¿Querrá ir a las gentes que están dispersas, y enseñar a los gentiles? ¿Qué palabra es esta, que dijo me buscaréis, y no me hallaréis: y donde yo estoy vosotros no podéis venir?" (vv. 31-36)

San Agustín, in Ioanem tract. 31

El Señor salvaba a los pobres y a los humildes. Por esto dice el evangelista: "Y muchos del pueblo creyeron en El", etc. La plebe fue la que conoció en seguida su propia enfermedad, y conoció pronto la medicina de El.

Crisóstomo, in Ioanem hom. 49

Mas en éstos tampoco había una fe completa, sino que hablaban vulgaridades, como hablan las muchedumbres. Prosigue: "Y decían: cuando viniere el Cristo, ¿hará más milagros que los que éste hace?". Porque decir cuando venga el Cristo, era tanto como no creer firmemente que Jesús era el Cristo. O también decir esto equivale a manifestar que El era el Cristo, como si dijesen: ¿Acaso aquél, cuando venga, podrá ser mejor y hacer más milagros? Porque los más ignorantes más bien se dejan llevar de los milagros que de la doctrina.

San Agustín, ut sup

También podían entender que si no había dos, éste sería el Cristo. Pero los príncipes no pensaban bien. Y por esto no sólo no lo consideraban como médico, sino que trataban de matarle. Por esto sigue: "Oyeron los fariseos estos murmullos que había en el pueblo y enviaron guardias para que le prendiesen".

Crisóstomo, ut sup

El Señor había hablado antes muchas cosas, y nada le hicieron. Lo que más les mortificaba, era que las muchedumbres glorificasen a Jesucristo: aquello de que profanaba el sábado, no era más que una excusa que trataban de alegar. Y ellos mismos no se atrevían a prender a Jesús, por el peligro a que se exponían; por esto envían a los guardias, porque estaban expuestos a los peligros.

San Agustín, ut sup

Pero como no podían prenderle si El no quería, le enviaron los guardias sólo para que oyesen lo que enseñaba. Prosigue el evangelista: "Y Jesús les dijo: Aun estaré con vosotros un poco de tiempo".

Crisóstomo, ut sup

Estas palabras están llenas de humildad, y equivalen a decir: ¿por qué os apresuráis a matarme? Esperad un poco de tiempo.

San Agustín, ut sup

O lo que es lo mismo: ya haréis dentro de poco lo que queréis hacer; pero no ahora, porque yo no quiero; debo llenar todo mi tiempo, y después sufrir mi pasión.

Crisóstomo, ut sup

Con esto aterró a la turba más audaz, y a la que le era afecta la hizo más ávida de su palabra, en atención al poco tiempo que se les concedía para gozar de tal doctrina. Y no dijo sencillamente: aquí estoy, sino: con vosotros; esto es, como diciendo: aunque me persigáis, no cesaré de concederos lo que os concierne, y de enseñaros cuanto afecta a vuestra felicidad, aconsejándoos. Respecto a lo que dijo: "Y voy a Aquel que me envió", decía lo bastante para asustarlos.

Teofiactus

Dando a entender que el Padre habría de pedirles cuenta acerca de ellos; porque si trataban mal al que había sido enviado, no hay duda que también tratarían mal a quien le había enviado, etc.

Beda

Y dice: "Y voy a Aquél que me envió", como si dijere: cuando suba, volveré al Padre que me mandó encarnar, indicando que iba a aquel lugar, de donde nunca se había separado.

Crisóstomo, ut sup

Y que necesitaban de El, lo manifiesta por estas palabras: "Me buscaréis y no me hallaréis". ¿Pero cuándo buscaron los judíos al Salvador? San Lucas lo dice: "Cuando las mujeres lloraban sobre El" (Lc 23). Y es probable que a muchos otros les sucediera lo mismo: especialmente cuando ocurrió el sitio de la ciudad, muchos se acordarían de Jesucristo y de sus milagros, y pedirían que se presentase.

San Agustín, in Ioanem tract. 31

También predijo aquí su resurrección, porque después de ella habrían de buscarle arrepentidos; y como no habían querido conocerle cuando estaba presente, después le buscaban cuando vieron que muchos creían en El: por lo que muchos, como arrepentidos, dijeron: ¿qué haremos? Vieron a Jesucristo morir por la maldad de ellos, y creyeron en Cristo cuando perdonaba sus pecados, y desesperaron de su salvación, hasta que bebieron la sangre que habían derramado.

Crisóstomo, in Ioanem hom. 49

Y para que no se creyese que El saldría de este mundo por medio de la muerte, como salen los demás hombres, añadió: "Y donde yo estoy, vosotros no podéis venir". Si hubiese permanecido en la muerte, todos hubiesen podido ir a donde El estaba, porque allí vamos todos.

San Agustín, ut sup

Y no dijo: "donde yo estaré", sino "en donde estoy". Siempre estaba Jesucristo allí

adonde había de volver, y volvió, pero sin dejarnos, porque estaba Jesucristo sobre la tierra en cuanto a la carne visible; mas estaba en el cielo y en la tierra según la majestad invisible. No dijo, pues, no podréis, sino no podéis venir; entonces eran de tal condición, que no podían. Y para que se comprenda que no decía esto para que desesperasen, a sus discípulos les dijo una cosa parecida: a donde yo voy, vosotros no podéis venir; pero al final explicó esto a San Pedro, diciéndole: a donde yo voy, no podéis seguirme ahora, pero me seguiréis después.

Crisóstomo, ut sup

Dijo todo esto queriendo atraerlos, porque el poco tiempo que quedaba, y el gran deseo que de El tendrían después que se marchase, eran suficientes para invitarlos a que creyesen en El. Respecto de lo que dijo: "Voy a Aquel que me envió", manifiesta que no sufriría daño alguno por las asechanzas de sus enemigos, y que la pasión la sufría porque quería. Estas palabras del Salvador produjeron alguna sensación en los judíos, y se preguntaban entre sí a dónde iría, lo cual no era propio de aquellos que deseaban ser redimidos por El. Prosigue: "Dijeron los judíos entre sí mismos: ¿Adónde se ha de ir éste que no le hallaremos? ¿Querrá ir a las gentes que están dispersas y enseñar a los gentiles?" Los judíos llamaban gentiles a las otras naciones, gloriándose de sí mismos en gran manera, pues los gentiles se hallaban dispersos por todas partes y mezclados entre sí. Pero los judíos sufrieron después esta misma afrenta y fueron dispersados por todo el mundo. Antiguamente todo su pueblo se encontraba reunido, pero después los judíos se dispersaron por toda la tierra y se mezclaron con los gentiles. Así pues, el Señor no hubiera dicho: "Adonde yo voy vosotros no podéis venir", si se hubiese estado refiriendo a los gentiles.

San Agustín, ut sup

Mas el Señor había dicho: "a donde yo voy" refiriéndose al seno del Padre. Pero ellos no entendieron esto en manera alguna. Y, sin embargo, vaticinaron con este motivo nuestra salvación, anunciando que el Salvador habría de ir a estar entre los gentiles, no con la presencia de su cuerpo, sino con sus pies. Porque nos envió sus miembros, y nos convirtió en miembros suyos.

Crisóstomo, ut sup

Y no dijeron que iría a los gentiles para hacerles daño, sino para enseñarles. Ya habían domeñado su ira y habían creído. Si no hubiesen creído, en vano le hubiesen buscado para sí mismos: "¿Y qué quiere decir con aquellas palabras que dijo: me buscaréis y no me encontraréis; y en donde yo estoy, vosotros no podéis venir?".

Y en el último grande día de la fiesta, estaba allí Jesús, y decía en alta voz:" Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su vientre correrán ríos de agua viva". Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyesen en El; porque aún no había sido dado el Espíritu, por cuanto Jesús no había sido aún glorificado. (vv. 37-39)

Crisóstomo, In Ioannem, hom. 50

Y para cuando volviesen a sus casas, después de celebradas las fiestas, el Señor les da para el camino el alimento de la salvación. Por esto dice: "Y en el último grande día de la fiesta", etc.

San Agustín, in Ioanem tract. 32

Entonces se celebraba la fiesta que se llamaba scenopegia, esto es, la construcción de las tiendas.

Crisóstomo, ut sup

La cual se celebraba por siete días; pero el primero y el último se celebraban con gran pompa, conforme a la Ley; y a esto se refería el evangelista cuando dice: "En el último día grande de la fiesta", porque los días intermedios los dedicaban a los placeres. Y por esto no habló el Salvador a los judíos en esta forma, ni en el próximo día, ni en el segundo, ni en el tercero, para que no fuesen perdidas sus enseñanzas, sumidos como estaban en la voluptuosidad. Levantaba la voz porque era mucha la gente que había.

Teofiactus

También lo hacía así para hacerse oír y para inspirar confianza, porque a nadie temía.

Crisóstomo, ut sup

Y dice el Salvador: "Si alguno tiene sed", como si dijese: a nadie atraigo por violencia; únicamente llamo al que tenga un gran deseo.

San Agustín, ut sup

Habla de la sed que es interior, porque él es hombre interior, y consta también que estima más al hombre interior que al exterior. Por tanto, si tenemos sed, vengamos, no con los pies, sino con los afectos; no andando, sino amando.

Crisóstomo, ut sup

Que habla de bebida intelectual, lo demuestra por esto que aduce después: "El que cree en mí, como dicen las Escrituras, de su vientre correrán ríos". Pero ¿dónde dice esto la Escritura? En ninguna parte. ¿Cómo entenderlo, pues? Separando: "El que cree en mí, como dice la Escritura", para añadir después: "De su vientre correrán ríos de agua viva", manifestando que se debe tener un conocimiento recto, y así por los milagros y las Escrituras creer en El. Por eso dijo antes "Escudriñad las Escrituras".

San Jerónimo, in prologo genes

Este testimonio se tomó de los Proverbios (Pr 5,16), donde se dice: "Salgan fuera tus

fuentes, y distribuye tus aguas por las plazas".

San Agustín, ut sup

El vientre del hombre interior es la conciencia de su corazón. Bebida esta agua, reanímase la conciencia purificada, y el que bebe tendrá la fuente, y él mismo será la fuente. ¿Cuál es esta fuente, o mejor, cuál es este río que mana del vientre del hombre interior? La benevolencia, por la cual busca el bien del prójimo. Beben, pues, los que creen en el Señor. Mas si el que bebe cree que sólo debe saciarse él, no correrá de su vientre el agua viva; si, por el contrario, se apresura a hacer bien a su prójimo, no se seca, porque mana.

San Gregorio, super Ez. hom. 10

Cuando las palabras de la santa predicación descienden de la mente de los fieles, son como ríos de agua viva que de allí corren. ¿Qué otra cosa son los órganos del vientre sino las interioridades del alma? Esto es la recta intención, el santo deseo, y la voluntad humilde para con Dios y piadosa para con el prójimo.

Crisóstomo, ut sup

Dijo ríos, y no río, para denotar la abundancia copiosa de sus aguas. Llama agua viva a la que obra siempre, porque la gracia del Espíritu Santo, cuando entra en un alma y allí se detiene, brota más que cualquier fuente, y no disminuye, ni se seca, ni aun se detiene. Esto podrá verlo cualquiera que examine la sabiduría de Esteban, la predicación de Pedro y la prodigalidad de Pablo, porque nada les detenía, sino que a manera de ríos se desbordaban con gran fuerza, y todo lo atraían hacia sí.

San Agustín, in Ioanem tract. 32

El evangelista manifiesta a qué clase de bebidas invita el Señor, cuando dice: "Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en El". ¿De qué espíritu habla sino del Espíritu Santo? Porque cada hombre tiene en sí su propio espíritu.

Alcuino

Ofreció a sus apóstoles el Espíritu Santo, antes de su ascensión, y después de la ascensión se lo dio en lenguas de fuego. Por esto dice: "Que habían de recibir los que creyesen en El".

San Agustín, ut sup

Era, pues, el Espíritu de Dios, pero aún no habitaba en aquellos que creyeron en Jesús. Así dispuso no concederles este Espíritu sino después de su resurrección. Por esto sigue: "Porque aún no había sido dado el Espíritu", etc.

Crisóstomo, in Ioanem hom. 50

Los apóstoles, en verdad, al principio no arrojaban los demonios en virtud del Espíritu, sino por el poder que Jesucristo les concedía. Y cuando les enviaba, no se dice "les dio el Espíritu Santo", sino "les dio poder". Mas respecto de los profetas, es sabido por todos que se les concedía el Espíritu Santo: mas esta gracia se había retirado del mundo.

San Agustín, De Trin 4,20

¿Y cómo se dice de San Juan Bautista que estará lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre? Y de Zacarías también se dice que, lleno del Espíritu Santo, dijo aquellas palabras tan sublimes (Lc 1,15). María también estuvo llena del Espíritu Santo, para profetizar maravillas tan grandes del Señor. Simón y Ana, ¿si no hubiesen estado inspirados por el Espíritu Santo, cómo hubiesen conocido la majestad de Jesucristo, cuando aun era un niño? ¿Cómo, pues, se comprende, sino porque después de la glorificación de Jesucristo, se había de dar una posesión del Espíritu Santo tal que nunca antes se había conocido? Habría de tener, pues, ciertas propiedades en su venida, que antes no había tenido, porque en ningún sitio leemos que los hombres hayan hablado en lenguas que no conocían, aun descendiendo el Espíritu Santo a ellos, como entonces sucedió, puesto que debía demostrar su venida por medio de señales sensibles.

San Agustín, in Ioanem tract. 33

Y siendo así que ahora se recibe el Espíritu Santo, ¿cómo es que nadie habla en las lenguas de todas las gentes? Porque ya la Iglesia habla en todos los idiomas y el que no pertenece a ella ahora tampoco recibe el Espíritu Santo. Si amas la unidad también tiene para ti, el Espíritu Santo, porque cada uno tiene en ella algo. Despójate de la envidia y es tuyo lo que tengo. El aborrecimiento separa, la caridad une; ten caridad y todo lo tendrás, porque sin ella nada podrá aprovechar cuanto pudieres tener. Mas la caridad de Dios se encuentra difundida en nuestras almas por medio del Espíritu Santo que se nos ha concedido (Rm 5,5). Pero, ¿qué motivo tuvo el Señor para dar el Espíritu Santo después de su resurrección? El de que en el día de nuestra resurrección, brille nuestra caridad, nos separemos del afecto de las cosas terrenas y corramos derechamente hacia Dios. Cuando dijo: "El que crea en mí, venga y beba, y ríos de agua viva correrán de su vientre", prometió la vida eterna, donde nada debemos temer, y donde no podemos morir. Y como todo esto es lo que ofreció a los que ardiesen en la caridad del Espíritu Santo, por esto no quiso dárselo sino después que El fue glorificado, para prefigurar en su cuerpo aquella vida que ahora no tenemos, pero que esperamos después de la resurrección.

San Agustín, contra faustum 32,17

Y si ésta era la causa por que aún no les daba el Espíritu Santo, a saber, porque aún no había sido glorificado Jesucristo, cuando Jesús fuese glorificado debía dárseles al punto sin duda alguna. Los catafrigas dijeron que ellos habían recibido el Espíritu Santo prometido, y por esto se separaron de la fe católica. También los maniqueos atribuyen a Maniqueo todo esto de la promesa del Espíritu Santo, como si antes el Espíritu Santo no hubiese sido concedido a otros.

Crisóstomo, ut sup

De otro modo: la glorificación de Jesús era la cruz, porque como éramos enemigos, la gracia no se concede a los enemigos, sino a los amigos, y convenía antes que todo ofrecer el sacrificio, para que, destruida la enemistad en la humanidad, los que se habían hecho amigos de Dios recibieran aquella gracia.

Muchas, pues, de aquellas gentes, habiendo oído estas palabras, decían: "Este verdaderamente es el Profeta". Otros decían: "Este es el Cristo". Mas algunos decían: "¿Pues qué, de la Galilea ha de venir el Cristo?" Así, que había disensión en el pueblo acerca de El. Y algunos de ellos le querían prender: mas ninguno puso la mano sobre El. Volvieron los ministros a los príncipes de los sacerdotes, y a los fariseos. Y éstos le dijeron: "¿Por qué no le habéis traído?" Respondieron los ministros: "Nunca así habló hombre como este hombre". Los fariseos les replicaron: "¿Pues qué, vosotros habéis sido también seducidos? ¿Por ventura ha creído en El alguno de los príncipes o de los fariseos?" Sino esas gentes del vulgo que no saben la Ley, malditas son. Nicodemo, aquel que vino a Jesús de noche, que era uno de ellos, les dijo: "¿Por ventura nuestra Ley juzga a un hombre, sin haberle oído primero, y sin informarse de lo que ha hecho?" Le respondieron y le dijeron: "¿Eres tú también galileo? Escudriña las Escrituras, y entiende, que de la Galilea no se levantó jamás profeta". Y se volvieron cada uno a su casa. (vv. 40-53)

San Agustín, in Ioanem tract. 33

Habiendo invitado el Señor a los que creyesen en El a que participasen de la gracia del Espíritu Santo, se suscitó una cuestión acerca de ello entre la turba. Por esto dice: "Muchas, pues, de aquellas gentes, habiendo oído estas palabras, decían: éste verdaderamente es el profeta".

Teofiactus

Esto es, el que se esperaba. Mas otros (a saber, el pueblo) decían: "Este es el Cristo".

Alcuino

Estos ya habían empezado a beber espiritualmente de aquella agua, y ya habían dejado la sed de la infidelidad. Mas otros aún permanecían en lo árido de su infidelidad, de quienes añade el evangelista: "Mas algunos decían: ¿pues qué, de la Galilea ha de venir el Cristo?" ¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén en donde estaba David, ha de venir Cristo? Conocían, pues, lo que habían anunciado los profetas acerca de Jesucristo, pero ignoraban que todo se había cumplido en El; y aun los que sabían que se había criado en Nazaret, ignoraban en dónde había nacido, ni creían que la profecía que se leía estaba cumplida en El.

Crisóstomo, in Ioanem hom. 51

Concedido que ignorasen el lugar de su nacimiento, ¿ignoraban acaso su familia? Porque en realidad había nacido de la casa y de la familia de David. Cómo es que decían: ¿no ha de venir el Cristo del linaje de David? Pero querían ocultar esto, diciendo todas las cosas con malicia porque Jesús se había criado en Nazaret. Por esto no se acercan al

Salvador preguntándole: ¿cómo es que las Escrituras dicen que el Cristo ha de venir de Belén y tú has venido de Galilea? Pero todos lo decían capciosamente. Y porque no se fijaban bien en lo que se les decía, ni tenían ánimo de aprender, Jesucristo nada les contestó. Pero alabó a Natanael, cuando dijo: "De Nazaret puede salir algo bueno" (Jn 1,46), y le alabó como a verdadero israelita que buscaba la verdad, instruido profundamente en las cosas antiguas.

Prosigue: "Así que había disensión en el pueblo por causa de El".

Teofiactus

No entre los príncipes, porque éstos tenían un solo pensamiento, a saber: no considerarlo como el Cristo. Y los que eran más moderados en la malicia, únicamente se oponían a la gloria de Jesucristo con las palabras. Pero los peores eran los que deseaban poner sus manos sobre El. Con relación a éstos añade el evangelista: "Y algunos de ellos le querían prender".

Crisóstomo, ut sup

El evangelista hace mención de esto, manifestando que hablaban no por conocer la verdad, ni aun queriéndola decir. Prosigue: "Mas ninguno puso las manos sobre El".

Alcuino

Esto es, porque El no lo permitió, porque tenía bajo su dominio los esfuerzos de aquéllos.

Crisóstomo, ut sup

Y esto era suficiente para que se arrepintieran, pero no se arrepintieron. De tal condición es la maldad: no quiere confiar en nadie y se fija sólo en realizar la muerte de aquél a quien puso asechanza.

San Agustín, ut sup

Mas los guardias que habían sido enviados a prenderle volvieron sin cometer el crimen que se les había ordenado, y llenos de admiración. Respecto de los cuales añade: "Volvieron los ministros a los príncipes de los sacerdotes y a los fariseos y éstos les dijeron: ¿por qué no le habéis traído?".

Alcuino

Los que no habían podido detener al Salvador cuando le quisieron apedrear, reprenden a los guardias porque no le habían traído preso.

Crisóstomo, ut sup

Y he aquí cómo los fariseos y los escribas, viendo los milagros y leyendo las Escrituras, nada adelantaron, mientras que sus enviados, careciendo de todo esto, quedaron convencidos con sola una entrevista. Y cuando habían ido con el fin de atarle, volvieron atados de un modo milagroso. Y no dijeron: no hemos podido porque nos lo han estorbado las gentes, sino que se convirtieron en predicadores de la sabiduría de Jesucristo, pues sigue el evangelista: "Respondieron los guardias: nunca así habló hombre como este hombre".

San Agustín, ut supra

Habló de esa manera porque era Dios y hombre.

Crisóstomo, ut sup

Y no sólo debe admirarse su buen sentido, ya que no necesitaron de milagros, y quedaron cautivos por la sola doctrina, pues no dijeron ningún hombre ha hecho jamás tales milagros, sino que "nunca así habló hombre"; sino también debe admirarse la firmeza de ellos, porque volvieron a los fariseos, que tanto odiaban a Jesucristo, y les hablaron de aquella manera. Y no habían oído ningún sermón largo, sino uno corto. Porque cuando el alma no tiene malicia no necesita de largos razonamientos.

San Agustín, ut sup

Mas los fariseos rechazaron el testimonio de ellos. Porque sigue el evangelista: "Los fariseos les replicaron: ¿Pues qué, vosotros habéis sido también seducidos?". Como diciendo: Vemos que os habéis complacido en sus palabras.

Alcuino

Y en realidad habían sido seducidos de un modo laudable, porque abandonando su infidelidad habían abrazado la fe.

Crisóstomo, in Ioanem hom. 51

Y aún les argüían como si la razón que habían dado no hubiera sido suficiente, porque sigue: "¿Por ventura ha creído en El alguno de los príncipes o de los fariseos? Pero esas gentes del vulgo que no saben la Ley, malditas son". Y esta era la acusación que hacían, que la turba había creído, pero no ellos.

San Agustín, ut sup

Los que no conocían la Ley creían en Dios, que era el que había dictado la Ley, y aquellos que enseñaban la Ley eran los que lo condenaban, de modo que se cumpliese lo que el Señor había dicho por medio de San Juan: "Y viene a este mundo para juicio: para que vean los que no ven, y los que ven sean hechos ciegos" (Jn 9,39).

Crisóstomo, in Ioanem hom. 51

¿Y cómo es que son maldecidos aquellos que creen en la Ley, o que la obedecen? Pero quería decir: vosotros sois más malditos, porque no observáis la Ley.

Teofiactus

Por cuya razón los fariseos hablan a los guardias con suavidad y dulzura, para que no se separen de ellos y se adhieran a Jesucristo.

Crisóstomo, ut sup

Como habían dicho que ninguno de los príncipes había creído en El, para evitar que esto fuese creído, añade el evangelista: "Nicodemo (aquél que vino a Jesús de noche, y que era uno de ellos) les dijo".

San Agustín, ut sup

Este no era incrédulo, sino pusilánime, y por esto venía de noche a buscar la luz, porque quería ser iluminado, pero temía que se supiese: "Pues éste respondió a los judíos: ¿Por ventura vuestra Ley juzga a un hombre sin haberle oído primero, y sin informarse de lo que hace?". Y creía, pues, que si quisiesen oírle, aunque fuera poco

tiempo, sin impaciencia, acaso les sucediera lo mismo que a aquellos que habían mandado para detenerle, o mejor para prenderle, y habían optado por creer. Pero más querían, aquellos malvados, condenarlo que oírlo.

San Agustín, De civ. Dei. 22,1

Mas dice: "nuestra Ley", refiriéndose a la Ley que procede de Dios, porque Dios la ha dado a los hombres.

Crisóstomo, ut sup

Y así manifiesta Nicodemo que los fariseos ni conocían la Ley ni obraban conforme a ella. Cuando hubiera sido lo más juicioso el que demostrasen que no habían obrado injustamente al mandar prenderle, le contradicen muy ruda y ásperamente con estas palabras: "Le respondieron y dijeron: ¿Tú también eres galileo?"

San Agustín, in Ioanem tract. 33

Esto es: ha sido seducido por el galileo. El Señor era llamado galileo, porque sus padres eran de la ciudad de Nazaret; digo sus padres refiriéndome sólo a María y no al linaje paterno.

Crisóstomo, ut sup

Después, en tono insultante, como si desconociese las Escrituras, le dijeron: "Escudriña las Escrituras, y entiende que de la Galilea no se levanta profeta". Como diciendo: "ve y aprende".

Alcuino

No se fijaban en el lugar donde había nacido, sino en donde predicaba. Por esto, no sólo no lo consideraban como el Mesías, sino que ni aun como profeta.

San Agustín, ut sup

Es verdad que no sale ningún profeta de Galilea, pero sale de allí el Señor de los Profetas.

Prosigue: "Y se volvieron cada uno a su casa".

Alcuino

Sin haber realizado nada (esto es, vacíos de fe, y privados por ende de toda utilidad). Se volvieron a la casa de su impiedad y de su infidelidad.

CAPÍTULO 8

Y se fue Jesús al monte del Olivar; y otro día, de mañana, volvió al templo, y vino a El todo el pueblo, y sentado los enseñaba. Y los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio; la pusieron en medio, y le dijeron: "Maestro, esta mujer ha sido ahora sorprendida en adulterio; y Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas tales. ¿Pues tú qué dices?" Y esto se lo decían tentándole, para poderlo acusar. Mas Jesús, inclinado hacia abajo, escribía con el dedo en la tierra. Y como porfiasen en preguntarle, se enderezó, y les dijo: "El que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero". E inclinándose de nuevo, continuaba escribiendo en la tierra. Ellos, cuando esto oyeron, se salieron los unos en pos de los otros, y los más ancianos los primeros. Y quedó Jesús sólo, y la mujer que estaba en pie en medio. Y enderezándose Jesús, le dijo: "Mujer, ¿en dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?" Y dijo ella: "Ninguno, Señor"; y dijo Jesús: "Ni yo tampoco te condenaré: Vete, y no peques más". (vv. 1-11)

Alcuino

El Señor tenía la costumbre, especialmente poco antes de su pasión, de predicar la palabra de Dios durante el día en el templo que había en Jerusalén, acompañando su predicación con señales y milagros. Y cuando llegaba la tarde se volvía a Betania, hospedándose en la casa de Lázaro y sus hermanas, de donde volvía a la mañana siguiente a la misma actividad. Y como hubiese estado el último día de la scenopegia ocupado en la predicación, a la tarde se marchó al monte de los Olivos. Y esto es lo que dice: "Y Jesús se fue al monte del Olivar", etc.

San Agustín, in Joannem, tract. 33

Y ¿en dónde debía predicar Jesús sino en el monte de los Olivos, en el monte del ungüento, monte del crisma? El nombre Cristo quiere decir crisma; y crisma en griego quiere decir unción. Y en verdad que nos ungió, porque nos puso en condiciones de pelear contra el diablo.

Alcuino

La unción de aceite suele hacerse a los cansados y sirve de alivio a los que padecen dolores en sus miembros. El monte de los Olivos también significa la sublimidad de la piedad divina, porque eleos en griego, quiere decir misericordia. También corresponde la naturaleza del óleo al misterio de que se trata, se queda encima de todos los demás líquidos, y como dice el Salmista: "Las misericordias del Señor están por encima de todas sus obras" (Sal 144,9). Prosigue: "Y otro día de mañana volvió al templo", esto es, a dar a conocer su misericordia, y a ofrecérsela a sus fieles, cuando empezaba a mostrarles la luz del Nuevo Testamento (en su templo). Porque el volver al amanecer designa que comenzaba el día de la nueva gracia.

Beda

Significaba que después que empezó a habitar en el templo por medio de la gracia (esto es, en la Iglesia), todas las gentes empezaron a creer en El. Por esto sigue: "Y vino a El todo el pueblo, y sentado les enseñaba".

Alcuino

El acto de estar sentado representa la humildad de la Encarnación. Y cuando el Señor estaba sentado, el pueblo venía a El, porque después que se hizo visible por la naturaleza humana que tomó, empezaron a oírle muchos y a creer en El, porque veían que se había aproximado a ellos por medio de la humanidad. Mientras que los pacíficos y sencillos admiraban las palabras del Salvador, los escribas y los fariseos le preguntaban, no para aprender, sino para estorbar a la verdad. Por esto sigue: "Y los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio, la pusieron en medio, y le dijeron: 'Maestro, esta mujer ha sido ahora sorprendida en adulterio'".

San Agustín, ut sup

Habían conocido que el Salvador era enormemente bondadoso, porque de El estaba escrito: "Pasa y reina por medio de la verdad, de la mansedumbre y de la justicia" (Sal 44,5). Trajo por lo tanto la verdad como Doctor, la mansedumbre como Libertador y la justicia como Conocedor. Cuando hablaba, era conocida la verdad, como no se irritaba contra los enemigos, era alabada su mansedumbre. Por ello tentaron su justicia, poniendo a su vista un escándalo. Dijeron para sí: "si juzga que debe dejársela estar, no tiene justicia". La Ley no podía mandar lo que no era justo y por esto invocan la Ley, diciendo: "Moisés nos mandó en la Ley apedrear estas tales". Pero como no debía abandonar la mansedumbre, por medio de la que ya se había hecho amar de las gentes, habrá de decir, que debe dejársela estar. Por esto exigen su determinación, diciendo: "Tú, pues, ¿qué dices?". Se proponían con esto encontrar ocasión de poderlo acusar, haciéndole aparecer como infractor de la Ley. Por esto añade el Evangelista: "Y esto lo decían tentándole, para poderle acusar".

Pero el Señor obrará en justicia al contestar, y no abandonará su mansedumbre. Prosigue: "Mas Jesús, inclinado hacia abajo, escribía con el dedo en la tierra".

San Agustín, de cons. Evang. 4, 10

Para manifestar que aquéllos únicamente debían escribirse en la tierra, y no en el cielo, donde había dicho que sus discípulos se alegrarán de haber sido inscritos. También puede decirse que, humillándose (como lo demostraba en la inclinación de su cabeza), hacía señales en la tierra; o que ya era tiempo de que su Ley se escribiese en la tierra y fructificase (y no en piedra estéril, como antes).

Alcuino

Por la tierra debe entenderse el corazón humano, que suele dar su fruto por medio de acciones buenas o malas. Con el dedo, que es flexible en sus articulaciones, se expresa la sutileza del discernimiento. Nos da a conocer en esto que cuando veamos una acción mala en nuestro prójimo, no debemos condenarla en seguida, sino que primeramente, volviendo al secreto de nuestro corazón, examinémosla con cuidado y solicitud.

Beda

Por lo que respecta a la historia, al escribir en tierra con el dedo sin duda quiso dar a entender que en otro tiempo había escrito su Ley en una piedra.

Prosigue: "Y como porfiasen en preguntarle, se enderezó".

San Agustín, in Joannem, tract. 33

No dijo no sea apedreada, para que no pareciese que hablaba contra la Ley. Tampoco dijo sea apedreada, porque había venido, no a perder lo que había encontrado, sino a buscar lo que se había perdido. ¿Pues qué responderá? "El que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero". Esta es la voz de la justicia. Sea castigada la pecadora, pero no por los pecadores. Cúmplase la Ley, pero no por medio de los mismos que la quebrantan.

San Gregorio, Moralium 14, 15

El que no se juzga a sí mismo antes, desconoce lo recto al juzgar a otro, y si esto lo sabe únicamente de oídas no podrá juzgar rectamente los méritos ajenos, porque la conciencia de su inocencia propia no le suministra la regla del juicio.

San Agustín, ut sup

Y habiéndoles herido con los rayos de la justicia, ni se dignó de verlos caer, sino que separó de ellos su mirada. Por esto sigue: "E inclinándose de nuevo, continuaba escribiendo en la tierra".

Alcuino

Puede muy bien entenderse que el Señor hizo esto, como tenía costumbre, para que así como si El estuviera ocupado en otras cosas y mirando a otra parte, pudieran irse más cómodamente. En esto nos enseña, de un modo figurado, que antes de corregir la falta de un hermano, así como después de haberle corregido, examinemos con detenimiento si estamos exentos de aquella culpa que reprendimos, o de algunas otras culpas.

San Agustín, ut sup

Así pues, aquéllos, heridos por la voz de la justicia como por una flecha, y encontrándose culpables, uno tras otro se retiraron todos. Y esto es lo que dice en seguida: "Ellos, cuando esto oyeron, se salieron los unos en pos de los otros, y los ancianos primeros".

Glosa

Los que eran quizá más culpables o conocían mejor sus faltas.

San Agustín, ut sup

Unicamente quedaron dos, la miseria y la misericordia, pues sigue: "Y quedó solo Jesús, y la mujer que estaba en pie, en medio". Yo creo que aquella mujer se quedó aterrada, porque esperaba ser castigada por Aquél en quien no se podía encontrar culpa alguna. Mas Aquél que había rechazado a sus adversarios con la lengua de la justicia, levantando hacia ella sus ojos de mansedumbre, le preguntó: "Y enderezándose Jesús, le dijo: mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?" Dijo ella: ninguno, Señor". Hemos oído antes la voz de la justicia; oigamos ahora la voz de la

mansedumbre: "Y Jesús, ni yo tampoco te condenaré". Esto dice aquél por quien, acaso, has temido ser condenada, por ser el único en quien no has encontrado culpa. ¿Qué es esto, Señor? ¿Fomentas los pecados? No, en verdad. Véase lo que sigue: "Vete, y no peques ya más". Luego el Señor condenó, pero el pecado, no al hombre. Porque si hubiese sido fomentador del pecado, hubiese dicho: "vete, y vive como quieras; está segura que yo te libraré; yo te libraré del castigo y del infierno, aun cuando peques mucho". Pero no dijo esto. Fíjense los que desean la mansedumbre en el Señor, y teman la fuerza de la verdad, porque el Señor es dulce y recto a la vez (Sal. 24,8).

Y otra vez les habló el Señor diciendo: "Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, mas tendrá la lumbre de la vida". (v. 12)

Alcuino

Como había absuelto a aquella mujer de su culpa, para que no dudasen de si podría perdonar pecados quien aparecía como puro hombre, se dignó demostrar más claramente el poder de su divinidad. Por esto dice: "Y otra vez les habló Jesús diciendo: "Yo soy la luz del mundo".

Beda

En lo que debe observarse que no dice yo soy la luz de los ángeles, o del cielo, sino la luz del mundo, esto es, de los hombres, que habitan en las tinieblas, según dicen aquellas palabras: "Para alumbrar a aquellos que están sentados en la sombra y en las tinieblas de la muerte" (Lc 1,79).

Crisóstomo, in Ioannem, hom.51

De otro modo, como le atribuían por patria a Galilea, y dudaban si sería alguno de los profetas (o que sería un profeta cualquiera), quiso demostrar que no era un profeta, sino el dominador de todo el universo. Por esto dice: "Y otra vez les habló Jesús diciendo: "Yo soy la luz del mundo", no sólo de Galilea, ni de Palestina, ni de Judea.

San Agustín, in Joannem, tract. 34

Los maniqueos creyeron que ese sol visible a los ojos de la carne era Nuestro Señor Jesucristo, pero la Iglesia católica desaprueba tal error, porque no es el Señor un sol creado, sino quien creó al sol. Todas las cosas fueron creadas por El, y para nosotros se hizo esa Luz que estando debajo del sol produjo el sol. Pero está encubierta con la nube de la carne, no para que se oscurezca, sino para mitigar sus rayos. Hablando a través de la nube de la carne, la luz que no puede faltar, la luz de la sabiduría, dice a los hombres: "Yo soy la luz del mundo" (Jn 1,3).

Teofilacto

Pueden aducirse en contra de Nestorio estas palabras; porque no dijo que en mí está la luz del mundo, sino que yo soy la luz del mundo, porque el que parecía sólo hombre era el Hijo de Dios y la luz del mundo. Por tanto el Hijo de Dios no habitaba (como afirma Nestorio con mucha palabrería) en un simple hombre.

San Agustín, ut sup

Y hace que separes tus miradas de la carne, y te lleva a la visión del espíritu cuando añade: "El que me sigue, no anda en tinieblas, mas tendrá la lumbre de la vida". No cree suficiente el decir, "Tendrá la luz", sino que añade "de la vida". Estas palabras del Señor están conformes con las del salmo: "Con tu luz veremos la luz, porque en ti se encuentra la fuente de la vida" (Sal 35,10). En los usos de la vida corporal una cosa es la luz y otra la fuente; la boca busca la fuente, los ojos la luz. Pero en cuanto a Dios lo mismo es la luz que la fuente. El mismo que te alumbra para que veas, es el que mana para que bebas. Las promesas que hace las expresa con un futuro, mas fijó el tiempo presente

para lo que debemos hacer. Dice: "El que me sigue, tendrá". Ahora sigue por la fe; después poseerá en la realidad. Sigamos al sol visible, y entonces le seguiremos hacia el Occidente, que es hacia donde camina; y porque si no, él te abandonará aunque tú no quieras dejarle. El Señor está todo en todas partes; si no te separas de El, El nunca se ocultará para ti. Deben temerse las tinieblas de las costumbres, no de los ojos. Y si de los ojos, no de los exteriores, sino de los interiores, por los que no se distingue lo blanco de lo negro, sino lo justo de lo injusto.

Crisóstomo, ut supra

En sentido espiritual, dijo: "No anda en tinieblas", esto es, no permanece en el error. Por eso alaba a Nicodemo y a los sirvientes y les enseña a vencer los engaños (o a prevenir los fraudes) que hay en el error, pero que no eclipsarán a la luz.

Y los fariseos le dijeron: "Tú das testimonio de ti mismo: tu testimonio no es verdadero". Jesús les respondió, y dijo: "Aunque yo de mí mismo doy testimonio, verdadero es mi testimonio; porque sé de dónde vine y a dónde voy; mas vosotros no sabéis de dónde vengo, ni a dónde voy. Vosotros juzgáis según la carne: mas yo no juzgo a ninguno; y si juzgo yo, mi juicio es verdadero, porque no soy solo: mas yo y el Padre que me envió. Y en vuestra Ley está escrito, que el testimonio de dos hombres es verdadero: yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y testimonio da de mí el Padre que me envió". (vv. 13-18)

Crisóstomo, In Ioannem,hom. 51

Como el Señor había dicho: "Yo soy la luz del mundo, y el que me sigue no anda en tinieblas", los judíos quisieron contradecir esto. Por ello sigue: "Y los fariseos le dijeron: "tú das testimonio de ti mismo", etc.

Alcuino

Hablaron como si sólo fuese el Señor quien diese testimonio, cuando consta que mandó antes de tomar carne muchos testigos, que predijeron todos sus misterios.

Crisóstomo, ut sup

Pero el Señor destruyó cuanto ellos habían dicho. Por esto sigue: "Jesús les respondió y dijo: aunque yo de mí mismo doy testimonio, verdadero es mi testimonio". Esto lo dijo para deshacer aquella idea que tenían, creyendo que era un mero hombre, y dice a continuación la causa: "Porque sé de dónde vine y a dónde voy", esto es, soy de Dios, soy Dios e Hijo de Dios. No dijo esto terminantemente porque siempre mezcla lo humilde con lo grande. El mismo Dios es el mejor testigo de sí mismo y el más digno de fe.

San Agustín, in Joannem, tract. 35

Verdadero es el testimonio de la luz, ya se manifieste a sí misma, ya dé a conocer los objetos. El profeta dijo verdad; pero ¿de dónde la tomó si no la hubiese bebido en la fuente de la verdad? Luego, idóneo es Jesús cuando da testimonio de sí mismo. Y diciendo: "Porque sé de dónde vine y a dónde voy", da a entender que se refería al Padre. El Hijo daba gloria al Padre, por quien había sido enviado. ¿Cuánto, pues, debe glorificar el hombre a Aquél por quien ha sido creado? Mas cuando vino no se separó del cielo, ni cuando volvió a él nos ha abandonado. ¿Qué os admiráis? Es Dios, no puede hacer lo que El ese sol que nos alumbra, porque cuando va al Occidente abandona el Oriente. Pero así como el sol ilumina del mismo modo el rostro del que ve como el del ciego, aunque con su luz ve uno y no el otro, así la sabiduría de Dios (el Verbo de Dios) en todas partes está presente (aun entre los infieles). Pero éstos no la ven, porque no tienen ojos en su alma. Mas para distinguir el Señor a sus fieles de sus enemigos los judíos (como queriendo separar la luz de las tinieblas), añadió: "Pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni adónde voy". Estos judíos veían al hombre, pero no veían a Dios. Por

esto el Señor añadió: "Vosotros juzgáis según la carne", a saber, cuando decís: "Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no es verdadero".

Teofilacto

Como si dijese: "Vosotros, como veis mi carne, creéis que soy sólo carne y no Dios, pero juzgáis con las falacias de la carne".

San Agustín, in Joannem, tract. 36

Como no conocéis a Dios y veis al hombre, de aquí que yo os parezca soberbio, porque doy testimonio de mí mismo, pues todo hombre aparece soberbio y arrogante cuando pretende dar testimonio laudable de sí mismo. Porque los hombres somos débiles y podemos mentir y decir verdad; pero la luz no puede mentir.

Crisóstomo, ut sup

Así como cuando se vive según la carne se vive mal, así, cuando se juzga según la carne se juzga injustamente. Y como hubieran podido decir: "Si juzgamos injustamente, ¿por qué no nos convences de ello? ¿por qué no condenas?", añadió: "Mas yo no juzgo a nadie".

San Agustín, ut sup

Esto puede entenderse de dos maneras. Dice: "Yo no juzgo a nadie", de la misma manera como dice en otro lugar: "Yo no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo" (Jn 3,17); no lo decía negando que habría de juzgar, sino dilatándolo. Y, como había dicho: "Vosotros juzgáis según la carne", y añadió: "Yo no juzgo a nadie"; para que entiendas que Jesucristo no juzga según la carne, como El fue juzgado por los hombres; mas para que se sepa que Jesucristo es juez, añade: "Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero".

Crisóstomo, ut sup

Como diciendo: "por esto he dicho no juzgo, como no pretendiendo juzgar, porque si juzgase, os condenaría con justicia; pero ahora no es tiempo de juzgar". Pero da idea del juicio futuro, cuando añade: "Porque yo no soy solo; mas yo y el Padre que me envió", manifestando que no los condenará El solo, sino también el Padre. Esto lo dijo respondiendo a sus sospechas, porque no creían que el Hijo era digno de fe si el Padre no daba testimonio de ello.

San Agustín, ut sup

Mas si el Padre está contigo, ¿cómo te ha enviado? Señor, entonces tu misión es tu Encarnación. Aquí estaba Jesucristo según la carne, pero no se había separado del Padre, porque el Padre y el Hijo se encontraban en todas partes. Avergüénzate, sabeliano; porque no dijo yo soy el Padre y yo mismo soy a la vez el Hijo, sino "No soy solo", porque está conmigo el Padre. Distingue, por lo tanto, las personas; distingue la inteligencia; conoce que el Padre es el Padre y el Hijo es el Hijo; pero no digas que el Padre es mayor y el Hijo es menor. Son una sola esencia, una sola coeternidad, una igualdad perfecta. Luego es verdadero mi juicio, dijo, porque soy Hijo de Dios. Y para que se comprenda que el Padre está conmigo, no soy Hijo de tal naturaleza que haya de dejar al Padre; he tomado la forma de siervo, pero no he perdido la de Dios. Había

hablado del juicio; ahora va a tratar del testimonio. Por esto sigue: "Y en vuestra Ley está escrito", etc.

San Agustín, contra Faustum, 16, 13

¿Pretenden, acaso, los maniqueos fundar sus calumnias en que Jesús no dijo: "en la Ley de Dios", sino: "está escrito en vuestra Ley"? Ante lo cual, ¿quién no conoce el espíritu de las Sagradas Escrituras? Dijo, pues, "en vuestra Ley", esto es "en la que os ha sido dada". Del mismo modo como el Apóstol decía: "mi Evangelio", el que asegura haber recibido, no de los hombres, sino por la revelación de Jesucristo.

San Agustín, in Joannem, tract. 36

Enciérrase una importante cuestión, que aparece velada de gran misterio, en las palabras del Señor, cuando dijo: "En la boca de dos o tres testigos se encuentra toda palabra de verdad" (Dt 17,6), porque puede suceder que mientan dos. La casta Susana estuvo en peligro por dos testigos falsos; todo el pueblo mintió contra Jesucristo; ¿cómo puede entenderse que en la boca de dos o tres testigos se encuentra toda palabra de verdad, sino diciendo, que de este modo se da a conocer la Santísima Trinidad por medio del misterio, porque en Ella se encuentra la constante estabilidad de la verdad? Por tanto dirá: "aceptad nuestro raciocinio, para que no experimentéis el castigo". Dejo para después el juicio, pero no el testimonio; por esto sigue: "Yo soy el que doy testimonio de mí mismo", etc.

Beda

En muchas ocasiones el Padre da testimonio de su Hijo, como cuando dice: "Yo te he engendrado hoy" (Sal 2,7), "Este es mi Hijo muy amado" (Mt 3,17).

Crisóstomo, ut sup

Si se toma simplemente lo que se lleva dicho, resulta una cuestión: que se ha ordenado entre los hombres que haya verdad en la boca de dos o tres testigos, porque uno solo no es digno de fe. ¿Pero cómo vamos a hacer extensiva a Dios esta razón? De otro modo no podría ser verdad lo que se dice: que entre los hombres, cuando dos dan testimonio de algo ajeno, su testimonio es verdadero (esto es, al atestiguar dos); pero si uno de ellos da testimonio de sí mismo, no puede decirse que hay dos testigos. No dijo esto con otro fin que con el de manifestar que El no era menor que el Padre; de otro modo no hubiera dicho: "Yo, y el Padre que me envió". Véase también que su poder en nada ha sido disminuido por el Padre. El hombre, cuando es digno de fe por sí mismo, no necesita de testimonio, pero esto es cuando se trata de cosas ajenas; respecto de lo que a El le toca, al necesitar de testimonio ajeno no se consideraría como digno de fe. Pero aquí sucede todo lo contrario, porque atestiguando de cosa propia y teniendo el testimonio de otro, dijo que El era digno de fe.

Alcuino

También puede entenderse lo que dijo en este sentido: si vuestra Ley aprueba el testimonio de dos hombres, que pueden ser engañados y mentir, o atestiguar muchas cosas falsas e inciertas, ¿por qué razón no creéis que es verdadero mi testimonio y el de mi Padre, que es firme con estabilidad suprema?

Y le decían: "¿En dónde está tu Padre?" Respondió Jesús: "Ni me conocéis a mí ni a mi Padre. Si me conocierais a mí, en verdad os digo que conoceríais también a mi Padre". Estas palabras dijo Jesús en el gazofilacio, enseñando en el templo: y ninguno le echó mano, porque aun no había venido su hora. (vv. 19-20)

San Agustín, in Joannem, tract. 37

Aquéllos que habían oído decir al Señor: "Vosotros juzgáis según la carne", demostraron que habían escuchado porque creyeron que el Padre de Jesús era de carne. Por esto sigue: "Y le decían, ¿dónde está tu Padre?", etc. Como diciendo: "Te hemos oído decir: "Yo no soy sólo, sino que somos yo y el Padre que me ha enviado"; pero nosotros te vemos solo: manifiéstanos que tu Padre está contigo".

Teofilacto

Algunos indican que los judíos dijeron esto en tono de injuria o de desprecio; le vituperan como si fuera hijo de fornicación, y de padre desconocido, o como aludiendo a la humilde condición del que se creía su padre, esto es, de José. Como diciéndole: "tu padre es vil y desconocido, ¿por qué nos lo citas con tanta frecuencia?" Como no le preguntaban deseando aprender, sino tentándole, no respondió a la pregunta anterior. Por esto sigue: "Respondió Jesús; ni me conocéis a mí, ni a mi Padre".

San Agustín, ut sup

Como si dijera: "Preguntáis ¿en dónde está tu Padre? como si ya me conocierais a mí; como si yo fuera sólo lo que veis. Pues porque no me conocéis, yo no os manifiesto a mi Padre. Y así como a mí me creéis hombre, creéis que mi Padre es también hombre. Sabed que según lo que vosotros veis soy una cosa, y según lo que no veis, otra. Yo hablo de mi Padre oculto, estando yo también oculto; primero debéis conocerme, y después conoceréis a mi Padre". Y esto es lo que añade: "Si me conocieseis a mí, en verdad que conoceríais a mi Padre.

Crisóstomo, in Ioannem, hom.51

Y dice esto para manifestar que de nada les aprovecha decir que conocen al Padre si no conocen al Hijo.

Orígenes, in Ioannem, tom. 18

Parece que está en contradicción lo que ahora dice Jesús: "Ni me conocéis a mi ni a mi Padre" con lo que en otra ocasión había dicho: "Me conocéis, y sabéis de dónde vengo" (Jn 7,28). Pero cuando dice "me conocéis" lo dice a ciertos jerosolimitanos que decían: "¿Por ventura han creído verdaderamente nuestros príncipes que éste es el Cristo?"; mas cuando dijo: "No me conocéis", lo dijo a los fariseos. A los jerosolimitanos había dicho: "Es veraz el que me ha enviado, a quien vosotros no conocéis" (Jn 7,28). Mas alguno preguntará, ¿cómo es verdad lo que dice: "Si me conocieseis, también conoceríais a mi Padre", siendo así que los jerosolimitanos a quienes dijo "me conocéis" (Jn 7,28) no conocían al Padre? A esto debe contestarse, que el Salvador hablaba de sí

unas veces refiriéndose a la naturaleza humana, y otras a la divina. Por ello, cuando dice: "Me conocéis" habla de sí como hombre; y cuando dice: "No me conocéis", habla de sí como Dios.

San Agustín, in Joannem, tract. 37

¿Qué quiere decir: "Si me conocieseis, también conoceríais en verdad a mi Padre", sino que "yo y el Padre somos una misma cosa" (Jn 10,30)? Cuando vemos a uno que se parece a otro generalmente decimos: "si has visto a uno ya has visto al otro". Y se dice así, por la semejanza que hay entre ellos. Pues lo mismo da a entender el Señor cuando dice: "Si me conociereis, en verdad que también conoceríais a mi Padre"; no porque el Padre es el Hijo, sino porque el Hijo es semejante al Padre.

Teofilacto

Avergüéncese Arrio, porque si, según él, el Hijo es criatura, ¿cómo el que conoce a la criatura conoce a Dios?* Ni aun el que conoce la naturaleza del ángel conoce la naturaleza divina, pero si el que conoce al Hijo también conoce al Padre, es porque el Hijo es consustancial con el Padre. * Los arrianos sostenían que el Hijo es la primera y suprema criatura de Dios, creado directamente por el Padre para crear a través de El todo el universo. El Padre le participa sus prerrogativas divinas como don por su fidelidad. "El primer Concilio Ecuménico de Nicea, en el año 325, confesó en su Credo que el Hijo de Dios es "engendrado, no creado, de la misma substancia [***homousios***] que el Padre" y condenó a Arrio que afirmaba que "el Hijo de Dios salió de la nada" y que sería "de una substancia distinta de la del Padre." (***Catecismo de la Iglesia Católica***, 465)

San Agustín, ut sup

Aquí la palabra "acaso" implica una especie de increpación, aunque parece palabra dubitativa. Muchas veces sucede entre los hombres que hablan con duda de lo que conocen con certeza, empleando palabras que la indican, como cuando uno se disgusta con un criado, y le dice: "Me despreciais; reflexiona: quizá soy tu amo". Así hace también el Señor cuando reprende a los infieles y dice: "Acaso conoceríais también a mi Padre".

Orígenes, ut sup

Conviene saber aquí que los herejes opinan que con esto se prueba claramente que no es Padre de Jesucristo el Dios a quien los judíos adoraban, porque dicen: "si el Salvador hablaba a los fariseos que adoraban a Dios como autor del Universo, es evidente que el Padre de Jesús es otro distinto del autor del Universo, a quien los fariseos no habían conocido". Pero dicen esto, sin atender al modo de expresarse de las Sagradas Escrituras. Y así, si alguno no obra según el conocimiento que de Dios le dieron sus padres, y no vive bien, decimos de éste que no tiene conocimiento de Dios. Del mismo modo como se dice de los hijos de Heli, que no conocían a Dios por su mucha malicia, se dice también que los fariseos no conocían al Padre, porque no vivían conforme a lo ordenado por el Creador. Tiene otro significado esto de conocer a Dios, porque una cosa es conocer a Dios y otra creer en El sencillamente. Dice en el Salmo: "Reposad, y ved

que yo soy el Dios" (Sal 45,11). ¿Quién no entiende que esto se dice para un pueblo que cree en su Creador? Hay, pues, mucha diferencia entre creer conociendo, y solamente creer. Pero cuando dice el Salvador a los fariseos: "Ni me conocéis ni a mi Padre", pudo decirles con mucha razón: "no creéis siquiera en mi Padre, porque quien niega al Hijo no tiene conocimiento del Padre; esto es: ni por la fe ni por la razón". Además, dice la Escritura en otro lugar que aquéllos que viven junto a otro, le conocen. Adán conoció a Eva cuando estuvo junto a ella. Y si conoce a su mujer el que vive junto a ella, el que está cerca de Dios participa de su mismo espíritu, y conoce a Dios. Y si esto es así, los fariseos no conocían ni al Padre ni al Hijo (1S 2). A pesar de esto, puede suceder que alguno conozca a Dios y no conozca al Padre (esto es, que alguno tenga en realidad noticias de Dios y no del Padre), porque en las muchas oraciones que vemos en la Ley antigua, no encontramos que ninguno diga al orar: "Dios Padre", y sin embargo le rogaban como a Dios y Señor, sin anticipar la gracia que se había de dispensar a todo el mundo, por medio de Jesucristo, que había de juntarlos a todos en esta filiación, al tenor del salmo (Sal 21,23): "Anunciaré tu nombre a mis hermanos".

Prosigue: "Estas palabras dijo Jesús en el gazofilacio*, enseñando en el templo".*(*El gazofilacio era el lugar donde se recogían las limosnas, rentas y riquezas, en el templo de Jerusalén.)*

Alcuino

Gaza, en el idioma persa, quiere decir riquezas y filattein, guardar, porque era un lugar del templo en donde se guardaban los tesoros.

Crisóstomo

Hablaban en el templo por orden los maestros, y allí hablaba Jesús; sobre esto murmuraban y le acusaban, porque se hacía igual al Padre.

San Agustín, ut sup

Gran confianza tenía, y no mostraba temor, porque en realidad no había de padecer hasta que El quisiera. Por esto sigue: "Y ninguno le echó mano, porque aun no había venido su hora", etc. Cuando algunos oyen esto creen que Jesús vivió bajo la presión del hado. Mas si hado, tal como algunos lo entendieron, viene de fado (que equivale a hablar), ¿cómo el Verbo de Dios podía estar sujeto al hado? ¿Dónde están los hados*? Dirás que en el cielo, en el orden y giro de los astros. ¿Y cómo puede estar sujeto al hado Aquél por quien han sido hechos el cielo y los astros, siendo así que tu voluntad (si te conduces rectamente) puede ir más allá de los astros? ¿Acaso porque sabes que la humanidad de Jesucristo estuvo debajo del cielo, crees que el poder de Jesucristo estuvo subordinado al cielo? Mas no había venido aún su hora. No la hora en la que se viera obligado a morir, sino en la que se dignase dejarse matar.

**El "hado" es una divinidad o fuerza desconocida que, según algunos paganos, obraba irresistiblemente sobre las demás divinidades, y sobre los seres humanos y los sucesos. Para algunos filósofos eran una serie y orden de causas íntimamente ligadas entre sí que necesariamente producen su efecto.*

Orígenes, ut sup

En casi todos los lugares se ve la siguiente adición: "Estas palabras dijo Jesús en tal sitio". Si reflexionas un poco, encontrarás la oportunidad de la adición. Es, pues, el gazofilacio un lugar donde se guarda el dinero ofrecido para gloria de Dios y socorro de los pobres. Las monedas tienen palabras diversas y llevan impresa la imagen de algún rey grande. Contribuya, pues, cada cual a la edificación del templo, llevando al gazofilacio espiritual todo lo que pueda, para la gloria de Dios y el bien general. Eran de mucha más utilidad las ofrendas que Jesús llevó al gazofilacio del templo que todas las que habían ofrecido los demás, porque ofrecía palabras de vida eterna. Cuando Jesús habló en el gazofilacio nadie le detuvo, porque sus palabras eran más fuertes que aquéllos que le querían prender, no habiendo debilidad alguna en las palabras que habló el Verbo de Dios.

Beda

Habló el Señor en el gazofilacio, porque se dirigía a los judíos por medio de parábolas. Y empezó como a abrir el gazofilacio cuando manifestó a sus discípulos las cosas del cielo. Por esto el gazofilacio estaba en el templo, porque lo que la Ley y los profetas habían dicho, por medio de figuras, se refería a Dios.

Y en otra ocasión les dijo Jesús: "Yo me voy y me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado. A donde voy yo, vosotros no podéis venir". Y decían los judíos: "¿Por ventura, se matará a sí mismo, pues ha dicho a donde yo voy vosotros no podéis venir?" Y les decía: "Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Por eso os dije que moriríais en vuestros pecados: porque si no creyereis que yo soy, moriréis en vuestro pecado". (vv. 21-24)

San Agustín, in Joannem, tract. 38

Como ya se ha dicho, ninguno le echó mano, porque aún no había llegado su hora. Habla en seguida a los judíos de su pasión, que no estaba sujeta a la necesidad, sino a su voluntad. Por esto sigue el evangelista: "Y en otra ocasión les dijo Jesús yo me voy", porque la muerte del Salvador no fue otra cosa que el regreso al cielo, de donde había venido y de donde había salido.

Beda

Esta encadenación de palabras es de tal naturaleza, que parece se pronunciaron en un mismo tiempo y en un mismo lugar (y también en distintos tiempos y lugares), porque tanto puede entenderse que en el intervalo nada medió, como que pudieron mediar muchas cosas.

Orígenes, in Ioannem, tom. 19

Pero alguien podrá objetar: Si decía esto a los que permanecían en la incredulidad, ¿cómo les dice: "y me buscaréis"? Porque buscar a Jesucristo es buscar la verdad y la sabiduría. Pero se dirá que también algunas veces, refiriéndose a sus perseguidores, se decía que buscaban el modo de prenderlo. Efectivamente, hay mucha diferencia entre los que buscan a Jesús; no todos le buscan para su propia salvación ni por su propia utilidad. Por esto sólo encuentran la paz aquéllos que le buscan con buen fin, y se dice que le buscan con buen fin aquellos que buscan al Verbo como era en el principio cuando estaba con Dios, y para que los lleve al Padre.

San Agustín, ut sup

"Me buscaréis, dice el Señor, pero no con piadoso afecto, sino por odio". Y en verdad que le buscaron cuando desapareció de la vista de los hombres, tanto los que le aborrecían cuanto los que le amaban; los primeros, persiguiéndole; los segundos, deseando tenerle consigo. "Y no creáis que me buscaréis con buen fin, por esto moriréis en vuestro pecado". Esto quiere decir buscar mal a Jesucristo, morir en pecado; esto quiere decir aborrecerle, porque de El solo puede venirnos la salvación. Pronunció su sentencia de antemano, diciendo que morirían en su pecado.

Beda

Adviértase que pone pecado en singular, y vuestro en plural, para manifestar que el pecado de todos era uno mismo.

Orígenes, ut sup

Pregunto yo ahora: "¿por qué dice el Evangelista más adelante que, diciendo estas cosas el Señor "creyeron muchos en El"? ¿Pues no dijo a todos los que tenía presentes: "moriréis en vuestro pecado"?" Decía esto a aquéllos que sabía no habían de creer en El, y que por esto morirían en su pecado, y no podrían seguirle. Por esta razón continúa: "A donde yo voy vosotros no podéis venir". Esto es: a donde se encuentra la verdad y la sabiduría o, lo que es lo mismo, donde se encuentra Jesús. Dice que no pueden, porque no quieren, porque si hubiesen querido y no hubiesen podido, sin razón les hubiera dicho: "moriréis en vuestro pecado".

San Agustín, in Joannem, tract. 38

Dijo el Señor esto mismo a los apóstoles en otro sitio, pero no les dijo moriréis en vuestro pecado, sino "a donde yo voy no podéis vosotros venir ahora". No les quitó la esperanza, sino que les predijo la dilación.

Orígenes, in Ioannem, tom. 18

Estas palabras expresan la insoslayable retirada de Jesucristo. Pero mientras tanto guardemos en nuestras almas las semillas de verdad que allí sembró. No se separa de nosotros el Verbo de Dios. Mas si por malicia nuestra caemos en la culpa, entonces se nos dice: "Yo me voy", y cuando queramos buscarle no le hallaremos, sino que moriremos en nuestro pecado sorprendidos por la misma muerte. No conviene escuchar con negligencia lo que dice: "Moriréis en vuestros pecados". Si esto se toma en general, se verá claramente que los pecadores mueren en sus propios pecados, y los justos en la gracia. Y si se dice: "moriréis", en el sentido que muere el que peca mortalmente, es cosa clara que aquéllos a quienes esto se decía no estaban muertos, pero vivían con la enfermedad del alma, y esta enfermedad les conducía a la muerte. Y como el médico veía que estaban gravemente enfermos, decía: "moriréis en vuestro pecado". Y así es también evidente esto otro: "A donde yo voy vosotros no podéis venir", porque cuando alguno muere en su pecado, no puede ir a donde va Jesús. Ninguno que esté muerto puede seguir a Jesús, como dice en el Salmo: "Señor, los muertos no te alabarán" (Sal 113,17).

San Agustín, ut sup

Oídas estas palabras, preguntaron, como suelen preguntar los hombres carnales. Prosigue: "Y decían los judíos: ¿Por ventura, se matará a sí mismo? Porque ha dicho: A donde yo voy, vosotros no podéis venir". Palabras necias. Pues qué, ¿no podían ellos ir a donde el Señor iría si se matase? Pues ellos ¿no habían de morir también? Dijo "a donde yo voy", y no adonde se va por medio de la muerte, sino adonde iría el Señor después de su muerte.

Teofilacto

Por estas palabras dio a entender que resucitaría revestido de gloria, y se sentaría a la derecha de Dios.

Orígenes, ut sup

Examinemos si los judíos decían esto del Salvador con alguna mira elevada. Porque ellos solían explicarse muchas cosas, ya por la tradición, ya por medio de escritos

apócrifos. Pero, en realidad, lo que sabían acerca del Cristo, lo sabían por las más sanas tradiciones, como eran los escritos de los profetas, en los que leían que Jesús nacería en Belén. También sabían, acerca de su muerte, que debía pasar de esta vida en la forma que el Señor dice: "Ninguno me quita el alma, mas yo la pongo por mí mismo" (Jn 10,18). Mas como aquí dicen acaso se matará, no lo dicen en vano los judíos, sino según alguna tradición que tendrían acerca del Cristo. Y aparece el poder del Salvador, cuando dice: "yo me voy", porque en ello se ostenta el poder que tenía de morir voluntariamente, dejando el cuerpo cuando quisiese. Mas yo creo que lo dijeron por burla, en virtud de lo que sabían por algunas tradiciones que hasta ellos habían llegado acerca de la muerte de Jesús. Y no dijeron por darle honra: "¿por ventura, se matará a sí mismo?". Si lo hubieran dicho con ánimo de darle gloria, se hubiesen expresado así: ¿Acaso el alma de Este abandonará su cuerpo cuando a El le plazca?

Mas el Señor habla a los apegados a la tierra, como a hombres terrenos. Por esto sigue el Evangelista: "Y les decía: vosotros sois de abajo", esto es, sabéis a tierra, y no tenéis el corazón elevado hacia lo alto.

Crisóstomo, in Ioannem, hom.52

Como diciendo: "No me llama la atención que penséis de este modo, porque sois carnales, y nada entendéis en el orden espiritual, pero yo soy de arriba".

San Agustín, ut sup

¿Qué quiere decir de arriba? Del mismo Padre, sobre el cual nada hay. Pero vosotros sois de este mundo, y yo no, ¿cómo había de ser del mundo el mismo que lo había creado?

Beda

Ni el que existía antes que el mundo. Mas los judíos eran del mundo, porque fueron creados después que el mundo ya existía.

Crisóstomo, ut sup

También pudo decir el Señor que no era de este mundo, en atención a las vanidades y deseos de los mundanos.

Teofilacto

Y como no aparentaba cosa alguna que pareciese mundana, no podía decirse que llegaría a tal demencia que pensara en matarse. Mas Apolinar, interpretando mal este relato, dice que el cuerpo de Jesús no era de este mundo, sino que lo trajo de lo alto, del cielo.* ¿Acaso también los apóstoles, a quienes dijo el Señor: "Vosotros no sois de este mundo" (Jn 15,19), obtuvieron el cuerpo del cielo? Así pues, debe entenderse este concepto en el sentido de que cuando dice el Señor, "yo no soy de este mundo", quiere decir no soy del número de los vuestros, que tanto os cuidáis de las cosas de este mundo.

* "*Apolinar de Laodicea afirmaba que en Cristo el Verbo había sustituido al alma o al espíritu. Contra este error la Iglesia confesó que el Hijo eterno asumió también un alma racional humana". (**Catecismo de la Iglesia Católica**, 471)*

Orígenes, ut sup

No son equivalentes las frases de abajo y de este mundo. Cuando se dice "de abajo",

se entiende que se habla de un lugar determinado. Pero el mundo material puede decirse que se entiende en diversos lugares, todos los cuales respecto de lo inmaterial e invisible, están abajo. Mas si comparamos los diversos sitios que en el mundo se encuentran, podemos decir que unos están más elevados y otros más bajos. Donde está el tesoro de cada cual, allí está su corazón (Mt 6), de modo que si alguno atesora en la tierra, puede decirse que es de abajo, mas si atesora para el cielo, pertenece a arriba, y si se eleva sobre todo lo creado, se le encontrará en lo último, entre los bienaventurados. Además, el que ama las cosas del mundo procura complacer al mundo, pero el que no ama al mundo ni las cosas del mundo, no pertenece a él. Hay otro mundo fuera de este visible, en donde se encuentra todo lo invisible, de cuyo aspecto y hermosura disfrutarán los que sean limpios de corazón. También puede llamarse mundo Aquél mismo que existía ya antes que ninguna criatura, en cuanto es la suprema sabiduría, por quien han sido hechas todas las cosas. En El estaba todo el mundo, pero un mundo que se diferenciaba de éste material en tanto cuanto difiere la razón prototipo purificada de toda materia del mundo material. Por consiguiente, el alma de Jesucristo dice "yo no soy de este mundo", porque en realidad no vive en él.

San Agustín, in Joannem, tract. 38

Nuestro Señor explicó el sentido en que dijo: "Vosotros sois de este mundo". Eran pecadores, puesto que todos nacemos en pecado, y cuando vivimos añadimos nuevos pecados a aquél con el que hemos nacido. Toda la infidelidad de los judíos consistía no en tener pecado, sino en morir en sus pecados. Por esto añade el Salvador: "Por eso os dije, que moriréis en vuestros pecados". Creo que habría muchos de los que oían al Salvador que creerían en El, y que no diría para todos aquella sentencia terrible: "moriréis en vuestro pecado". Si fuera así, quitaría también la esperanza a aquéllos que creerían en El. Pero les dio esperanza añadiendo: "Porque si no creyereis que yo soy, moriréis en vuestro pecado"; luego, si creéis que yo soy, no moriréis en vuestro pecado.

Crisóstomo, ut sup

Y si había venido a destruir el pecado y no podía conseguirlo por medio de la purificación, no podría suceder que el que no cree pueda salir de esta vida teniendo el hombre viejo, o sea el pecado, no sólo por no haber creído, sino porque conservando sus anteriores pecados volvió hacia atrás.

San Agustín, ut sup

Y cuando dice "si no creyereis que yo soy", aunque nada añadió, dio a entender mucho; porque también Dios dijo a Moisés: "yo soy el que soy" (Ex 3,14). ¿Y cómo oigo, "yo soy el que soy", y "si no creyereis que yo soy", como si no existieran otros seres? Considerando que cualquier otro ser, por grande que sea su mérito, si es mudable, en realidad no es. Examinemos el cambio de las cosas, y veremos que ellas fueron, y que serán. Pero fíjate en Dios y encontrarás que es, y en El no cabe tiempo pasado. Mas para que tú existas has de traspasar el tiempo. Y eso que añadió: para que no muramos en nuestros pecados, no parece que quiere decir otra cosa que: "si no creyereis que yo soy", esto es, si no creéis que yo soy Dios. Demos gracias a Dios, que dijo si no creyereis, y no dijo si no comprendiereis. ¿Quién comprendería esto?

Orígenes, in Ioannem, tom. 18

Es bien sabido que el que muere en sus pecados, aunque diga que cree en Jesucristo, no cree en realidad, porque quien cree en su justicia, no comete ninguna injusticia. El que cree en su sabiduría, no hace ni dice cosa inconveniente. Y así, si se examinan los demás atributos de Jesucristo, te convencerás de que el que no cree en Jesucristo, muere en sus pecados, porque inclinándose a lo contrario de lo que admitimos en Cristo, muere en sus pecados.

Y le decían: "Tú ¿quién eres?" Jesús les contestó: "El principio, el mismo que os hablo. Muchas cosas tengo que decir de vosotros, y que juzgar. Mas el que me envió, es verdadero: y yo, lo que oí de El, eso hablo en el mundo". Y no entendieron que a su Padre llamaba Dios. (vv. 25-27)

San Agustín, in Joannem, tract. 39

Como el Señor había dicho ya: "Si no creéis que yo soy, moriréis en vuestros pecados", le preguntaban para saber en quién deberían creer, para no morir en su pecado. Por esto sigue el Evangelista: "Y le decían: ¿tú quién eres?". Porque cuando has dicho "si no creéis que yo soy", no has añadido quién eres. Sabía el Señor que allí habría algunos que habían de creer, y por esto, cuando le dijeron: "¿tú quién eres?", para que supiesen que debían creer en El, les contestó: "Yo soy el principio, que os hablo". No como diciendo soy el principio, sino creed que soy el principio, como aparece terminantemente en el texto griego, en donde la palabra "principio" es del género femenino. Por lo tanto, creed que soy el principio, no sea que muráis en vuestros pecados; porque el principio es inmutable, subsiste por sí, y renueva todas las cosas. Y además parece que es un absurdo llamar principio al Hijo y no al Padre; no puede haber dos principios, como no hay dos dioses. El Espíritu Santo es espíritu del Padre y del Hijo, y no es ni el Padre ni el Hijo. Sin embargo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son un solo Dios, una sola luz, un solo principio. Y añade el Salvador: "El mismo que os hablo", porque habiéndome humillado por vosotros, he descendido a hablar en estos términos. Por tanto, creed que soy el principio. Porque para que creáis esto no sólo soy el principio, sino quien hablo con vosotros. Porque si el principio, tal y como es, permaneciese con el Padre y no hubiera tomado la forma de siervo, ¿cómo le habían de creer, siendo así que las almas débiles no pueden percibir la palabra, sin el eco sensible de la voz?

Beda

Y en verdad que se encuentra escrito en algunos ejemplares: "Y el que os hablo". Pero es más conveniente leer de otro modo, para que sea éste el sentido: "creed que yo soy el principio, y que por vosotros he descendido a hablar en esta forma".

Crisóstomo, in Ioannem, hom.59

Pero debe verse aún la necedad de los judíos, quienes, después de tanto tiempo, tantos milagros y tanta predicación, aun preguntan: "¿Tú quién eres?" ¿Y qué les contestó el Salvador? "Desde el principio os lo vengo diciendo", como si dijera: "No sois dignos de escuchar mis palabras; ¿merecéis, acaso, que os diga quién soy? Vosotros todo lo decís con el fin de tentarme, y yo podría argüiros sobre ello y castigaros". Por esto sigue: "Muchas cosas tengo que decir de vosotros, y que juzgar".

San Agustín, in Joannem, tract. 39

Antes había dicho el Salvador que El no juzgaba a nadie. Así aparece cierta contradicción entre "no juzgo" y "tengo que juzgar". "No juzgo", lo dice refiriéndose al

tiempo presente, y cuando dice que tiene que juzgar se refiere al porvenir. Que es como si dijera: "seré verdadero en el juicio, porque como soy hijo del que es veraz, soy la misma verdad". Por esto sigue: "Mas el que me envió es verdadero". El Padre es veraz, no por participación, sino engendrando la verdad. ¿Acaso podemos decir, más es la verdad que el que es veraz? Si dijéramos esto, empezaríamos por decir que el Hijo era mayor que el Padre.

Crisóstomo, ut sup

Y dice esto, para que no crean que a pesar de oír tantas cosas Nuestro Señor, no castiga porque no puede o porque no conoce las intenciones y los insultos que contra El se dirigen.

Teofilacto

Como había dicho Jesús: "Muchas cosas tengo que decir de vosotros y que juzgar", da a entender que se reserva su juicio para la otra vida, por lo que añade: "Mas el que me envió, es veraz", como diciendo: "Y si vosotros sois infieles, mi Padre es verdadero y tiene prefijado el día en que os dará lo merecido".

Crisóstomo, ut sup

Me ha enviado el Padre no a que juzgue al mundo, sino a que salve al mundo. El Padre es veraz, por esto no juzgo ahora a ninguno, mas digo lo que afecta a vuestra salvación, y no lo que puede influir en vuestra condenación. Por esto sigue: "Y yo, lo que oí de El, eso hablo en el mundo".

Alcuino

Haber oído del Padre es tanto como ser del Padre; ha oído a Aquél de quien ha recibido la esencia.

San Agustín, ut sup

El Hijo, siendo igual al Padre, le da gloria, como lo insinúa cuando da a entender que da gloria a Aquél de quien es Hijo; ¿cómo tú te ensoberbeces contra Aquél de quien eres siervo?

Alcuino

Cuando los judíos le oyeron decir: "es veraz el que me ha enviado", no comprendieron de quién hablaba. Por esto sigue: "Y no entendieron que llamaba Padre a Dios". Aún no tenían bien abiertos los ojos de su alma, y por ello no podían comprender la igualdad que existe entre el Padre y el Hijo.

Jesús, pues, les dijo: "Cuando alzareis al Hijo del hombre, entonces entenderéis que yo soy, y que nada hago de mí mismo: mas como mi Padre me mostró, esto hablo: y el que me envió, conmigo está, y no me ha dejado solo: porque yo hago siempre lo que a El agrada". Diciendo El estas cosas, muchos creyeron en El. (vv. 28-30)

San Agustín, in Joannem, tract. 49

Habiendo dicho el Señor: "El que me envió es verídico", no comprendieron los judíos que les decía esto refiriéndose a su Padre. Mas veía allí algunos que habrían de creer después de su pasión, y por esto sigue: "Cuando alzareis al Hijo del hombre, entonces entenderéis que yo soy. Recordad aquello del Exodo: 'Yo soy el que soy' (Ex 3,14), y comprenderéis lo que quiere decir 'Yo soy'. Dejo para entonces vuestro conocimiento, para que así pueda realizarse mi pasión. Según vuestro modo de entender, comprenderéis quién soy yo, cuando levantéis en alto al Hijo del hombre". Habla de la exaltación de la cruz, porque en ella fue exaltado cuando pendió de ella. Y convenía que esto se realizase por manos de aquéllos mismos a quienes ahora dice esto, pero que luego habían de creer en El. ¿Y por qué, sino para que nadie desesperase por grave que fuese el delito que cometiese, recordando que el Señor había perdonado a aquéllos el homicidio que cometieron, matando al mismo Cristo?

Crisóstomo, in Ioannem, hom.52

También porque como no podía convertirlos a fuerza de tantos milagros y de predicaciones tan sublimes, les habla de la cruz, diciéndoles: "Cuando levantéis", etc. Como diciendo: "creéis que os libraréis de mí particularmente cuando me matéis, y yo digo que entonces conoceréis, tanto por los milagros cuanto por mi resurrección y por vuestro cautiverio, que yo soy el Cristo Hijo de Dios, y que no soy enemigo de Dios". Por lo que añade: "Y que nada hago de mí mismo: sino como mi Padre me mostró", etc., dando a conocer en esto la igualdad de esencia y que nada decía sin que el Padre lo supiere. "Porque si yo fuese contrario a Dios, no hubiese excitado tanto la indignación en contra de los que no creen en mí".

San Agustín, ut sup

Como había dicho el Salvador: "Entonces conoceréis quién soy yo", y dado que toda la Trinidad participaba de la misma esencia, para no dar margen al error de los sabelianos añadió a continuación: "Y nada hago de mí mismo", como diciendo: "no he nacido de mí mismo; porque el Hijo es del Padre, y es Dios. Y por esto añade: "Mas lo que mi Padre me mostró, esto hablo". A ninguno de vosotros se le debe ocurrir la idea de que esto lo decía según se entiende entre los humanos. No os imaginéis que tenéis a la vista dos hombres, el Padre y el Hijo, y que el Padre habla al Hijo como haces tú cuando dices alguna cosa a tu hijo. ¿Y qué palabras podía decir al único Verbo? Mas si el Señor habla a nuestros corazones sin que se aperciba el eco, ¿cómo hablará a su Hijo? De una manera espiritual habla el Padre al Hijo, como le había engendrado también de una

manera espiritual. Y no le enseñó como si le hubiera engendrado ignorante, sino que le enseñó del mismo modo que le engendró, ya sabio. Si es única la naturaleza de la verdad, del mismo modo es propio del Hijo saberlo todo. Así pues, de la misma manera que el Padre dio la existencia al Hijo engendrándole, le dio también al engendrarle el poder de que lo supiese todo.

Crisóstomo, ut sup

Después dio el Salvador otro giro más humilde a su discurso. Por esto sigue: "Y el que me envió está conmigo". Y para que no se creyera que cuando dijo: "me envió" hablaba de que su naturaleza era inferior, dijo: "está conmigo"; porque lo uno indica humildad, lo otro divinidad.

San Agustín, ut sup

Uno y otro son iguales, y sin embargo uno es el enviado y otro el que envía. Porque la misión es la Encarnación misma, y la Encarnación es propia del Hijo y no del Padre. Luego dijo: "El que me envió", esto es, Aquél por cuya autoridad paterna, me he encarnado. Por tanto, el Padre envió al Hijo, y el Padre había dicho por boca de Jeremías: "lleno el cielo y la tierra" (Jer 23,24). Y por qué no le dejó lo explica a continuación: "Porque hago siempre lo que a El agrada", y no desde cierto principio, sino sin principio ni fin, porque la generación divina no tiene principio de tiempo.

Crisóstomo, ut sup

Y como siempre estaban diciendo que no procedía de Dios, y que no guardaba el sábado, dijo contra esto: "Porque hago siempre lo que a El agrada", manifestando que lo que ellos entendían por quebrantar el sábado agradaba a Dios. En muchas ocasiones pone toda su intención en manifestar que nada hacía en contra de la voluntad del Padre. Y como dijo esto con más claridad, añade el Evangelista: "Diciendo El estas cosas muchos creyeron en El". Como diciendo: "no os llame la atención oír algunas expresiones que revelen humildad, cuando habla Jesucristo, porque los que no se convencieron después de tanta predicación, escuchan palabras más humildes, y se persuaden". Luego creyeron algunos, pero no como debían, sino sencillamente como alegrándose y descansando en la humildad de las palabras. Y esto es lo que demuestra el Evangelista en las palabras siguientes, en que se refiere que le injuriaban otra vez.

Y decía Jesús a los judíos que en El habían creído: "Si vosotros perseverareis en mi palabra, verdaderamente seréis mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres": Le respondieron: "Linaje somos de Abraham, y nunca servimos a ninguno. ¿Pues, como dices tú seréis libres?" Jesús les respondió: "En verdad, en verdad os digo, que todo aquél que hace pecado, esclavo es del pecado. Y el esclavo no queda en casa para siempre, mas el Hijo quedará para siempre. Pues si el Hijo os hiciere libres, verdaderamente seréis libres". (vv. 31-36)

Agustín, In Ioannem trac. 40

Sin duda el Señor quiso fundamentar bien en lo profundo la fe de aquellos que habían creído, para que no creyesen de una manera superficial. Y por eso "les decía Jesús a los judíos que habían creído en El: si vosotros perseverareis en mi palabra, verdaderamente seréis mis discípulos", etc. Respecto a lo que dijo: "Si perseverareis", da a conocer lo que aquéllos encerraban en su corazón, porque sabía que algunos habían creído, pero que no habían perseverado. Y les ofreció una gran cosa, a saber: hacerlos verdaderos discípulos suyos, en lo cual se refiere a algunos que ya habían creído y que se habían vuelto a separar de El. Aquéllos le oyeron y le creyeron, mas luego se separaron, porque no perseveraron.

San Agustín, serm. 48

Y todos nosotros tenemos un solo maestro y bajo El somos condiscípulos. Y no somos maestros porque hablemos desde un lugar más elevado, sino que el maestro de todos es aquel que está en todos nosotros. Poco es el acercarse al discípulo mas es necesario que permanezcamos en el maestro, porque si no lo hacemos así, caeremos. El trabajo es corto. Es breve por la palabra pero grande es el mérito si permanecéis en él. Y ¿qué es permanecer en las palabras de Dios, si no el no caer en ninguna tentación? Si no hay trabajo, recibes gratis el premio, pero si lo hay, espera una recompensa grande.

"Y conoceréis la verdad".

San Agustín, in Joannem, tract. 40

Como diciendo: "así como ahora creéis, perseverando veréis. No creyeron porque habían comprendido, sino que creyeron para comprender. ¿Y qué es la fe sino creer lo que no se ve, y qué la verdad sino ver lo que has creído? Pues si se permanece en lo que se cree, se llega a lo que se ve, esto es, a contemplar la misma verdad, tal y como es, no por medio de palabras que suenan sino por el resplandor de la luz. La verdad es infalible, es pan que alimenta las almas y nunca se acaba, transforma en sí al que le come. Pero ella no se transforma en el que la come. Y la misma verdad es el Verbo de Dios: esta verdad ha sido revestida de carne, y estaba oculta en la humanidad por nosotros, no porque se nos negase, sino para que continuase y sufriese en la carne con el fin de que la carne del pecado fuese redimida".

Crisóstomo, in Ioannem, hom.53

"Y conoceréis la verdad", esto es, a mí, porque yo soy la verdad. Todas las cosas de los judíos eran figuras; pero la verdad la conoceréis en mí.

San Agustín, serm 48

Acaso se dirá: "¿de qué me aprovecha conocer la verdad?" Y por esto añade: "Y la verdad os hará libres". Como diciendo: "si no os complace la verdad, os gustará la libertad". Liberar quiere decir hacer libre, como sanar quiere decir recobrar la salud. Y esto se ve con más claridad en el texto griego, porque según se acostumbra en el idioma latino, generalmente solemos oír que uno queda libre cuando se entiende que ha podido librarse de los peligros y que nada le molesta.

Teofilacto

Así como antes dijo a los infieles "moriréis en vuestros pecados", así ahora anuncia a los que perseveren en la fe, que se les perdonarán los pecados.

San Agustín, De Trin. 4, 18

¿Y de qué nos librará la verdad, sino de la muerte, de la corrupción y de la mutabilidad? Porque la verdad es inmortal, es incorruptible, y siempre permanece inmutable; la verdadera inmutabilidad no es otra cosa que la misma eternidad.

Crisóstomo, ut sup

Los que creían debían tolerar los reproches, pero éstos más bien se irritaron al momento. Y convenía que se disgustasen en el principio. Y más conveniente era que se turbasen cuando dijo el Salvador: "Conoceréis la verdad", para que contestasen: "Luego, ahora no conocemos la verdad y, por tanto, la Ley es mentira, como también nuestro modo de conocer". Pero de nada de esto se preocupaban, y únicamente se dolían de las cosas mundanas, y en verdad que no conocían otra esclavitud más que la del mundo. Por esto sigue el Evangelista: "Le respondieron: linaje somos de Abraham y nunca servimos a ninguno: ¿Pues cómo dices tú?", etc. Como diciendo que no convenía llamar siervos a los que procedían del linaje de Abraham, porque nunca habían servido.

San Agustín, in Joannem, tract. 41

Respondieron esto, no los que ya habían creído, sino los que había entre la muchedumbre, que aun no creían. Y en esto mismo de que a nadie habían servido jamás, según se entiende la libertad en el mundo, ¿cómo dijeron la verdad? ¿Pues no fue vendido José? ¿No fueron también reducidos los santos profetas a la esclavitud? ¡Oh ingratos! ¿Cómo podéis dudar que sea verdad lo que dice Dios, quien os ha librado de la casa de la esclavitud, si no habéis servido a nadie? Y vosotros mismos, que habláis, ¿por qué pagáis los tributos a los romanos si nunca habéis servido a nadie?

Crisóstomo, ut sup

Pero como el Señor no se proponía inclinar a los judíos a la vanagloria con sus palabras, sino encaminarlos hacia la salvación, no quiso probarles que eran siervos de los hombres, sino del pecado, que es la esclavitud más difícil, de la cual sólo Dios puede librar. Por esto sigue: "Jesús les respondió: en verdad, en verdad os digo", etc.

San Agustín, ut sup

Le da gran importancia a lo que dice en esta forma; es como si hiciese una especie

de juramento. Amén quiere decir verdad, y sin embargo, no se ha interpretado así, porque ni el intérprete griego ni el latino se han atrevido a decirlo. Porque esta palabra amén es hebrea. Y no se ha interpretado, para que se le guarde cierto respeto bajo el velo del misterio, no para tenerla como encerrada, sino para que no perdiese su valor al ser explicada. Puede comprenderse cuánta importancia tiene cuando se la repite dos veces: "y digo la verdad", "la verdad lo dice". Aunque no explicase cuando dice "digo la verdad", no podría mentir de ninguna manera. Parece como que lo repite, despertando en cierto sentido a los que duermen, porque no quiere que se desprecie la palabra que dice, que todo hombre, ya sea judío, ya griego, ya rico, ya pobre, ya gobernador, ya mendigo, si peca, es esclavo del pecado.

San Gregorio, Moralium, 4, 42

Y aun aquél que se deja llevar por un mal deseo, somete al dominio de la iniquidad los cuellos libres de su alma*. Pero sacudimos este dominio, cuando conseguimos librarnos de la maldad que nos dominaba, cuando resistimos con firmeza a una mala costumbre, cuando reparamos el pecado por medio de la penitencia, cuando lavamos las manchas de nuestras maldades con nuestras propias lágrimas. **Los cuellos libres del alma parecen hacer alusión -haciendo un analogía con el cuello de una vasija ancha por la base y de boca estrecha- a aquella dimensión de la persona en contacto con la realidad exterior que la rodea.*

San Gregorio, Moralium, 25, 20

Con cuanta mayor libertad se dedican algunos a obrar mal, siguiendo su deseo, tanto más sometidos se encuentran a la esclavitud.

San Agustín, ut sup

¡Oh miserable esclavitud! El que vive esclavo de otro hombre, cansado alguna vez del pesado yugo que le impone su amo, descansa huyendo de él; pero el esclavo del pecado ¿a dónde huirá? Lo lleva siempre consigo a cualquier parte que huya, porque el pecado que cometió es interior. La pasión cesa, pero el pecado no pasa; se acaba lo que deleita, pero subsiste lo que punza. Únicamente puede librarnos del pecado el que vino sin pecado y se convirtió en sacrificio para destruir el pecado. Y prosigue: "Y el esclavo no queda en casa para siempre". La Iglesia es la casa; el esclavo es el pecador; muchos pecadores entran en la Iglesia. Y no dijo: "el esclavo está en la casa," sino "no permanece siempre en la casa". ¿Y si ningún siervo estará allí, quién estará allí? ¿Quién se gloriará de estar libre del pecado? Mucho nos asustó con estas palabras, pero añadió: "mas el Hijo queda para siempre". Luego sólo Jesucristo estará siempre en la casa. ¿Acaso cuando habló del Hijo, no se refirió también a su cabeza y a su cuerpo? Luego, no asustó sin razón, pero dio esperanza; nos asustó para que no amásemos el pecado, y dio esperanza para que no desconfiemos del perdón del pecado. Por cuya razón nuestra esperanza consiste en confiar en ser libres por aquel que ya es libre. El dio el precio de nuestro rescate, no plata, sino su propia sangre; y por esto añade: "Pues si el Hijo os hiciera libres, seréis verdaderamente libres".

San Agustín, serm. 48

El Salvador manifestó con estas palabras no que quedaríamos libres de los bárbaros, sino del demonio; no de la cautividad del cuerpo, sino de la perfidia del alma.

San Agustín, in Joannem, tract. 41

La primera libertad consiste en carecer de pecados; pero ésta, una vez empezada, no es verdadera libertad, porque la carne se levanta contra el espíritu, y así no hacéis lo que deseáis hacer (Gal 6). Mas la libertad plena y perfecta consiste en no tener enemistad alguna, como sucede cuando la muerte, la última enemiga, es destruida (1Cor 15,26).

Crisóstomo, in Ioannem, hom.53

Y como había dicho: "Todo aquél que hace pecado, esclavo es del pecado", para que no se anticipen y digan: "sacrificios tenemos y ellos pueden librarnos", añadió: "El siervo no queda en casa para siempre". Habla de la casa, designando con este nombre el reino del Padre, manifestando, a semejanza de las cosas humanas, que así como el dueño tiene dominio sobre su casa, así Dios tiene dominio sobre todas las cosas. En cuanto a lo que dijo: "no queda", dio a entender que no tenía poder para dar; pero el Hijo, que es dueño de la casa, sí tiene ese poder. Por lo que los sacerdotes del Antiguo Testamento no tenían poder de perdonar los pecados por medio de los sacramentos legales, puesto que todos pecaron (Rm 7,23), incluso los sacerdotes, que, como dice el Apóstol, necesitaban ofrecer sacrificios por sí mismos (Heb 7,27). Mas el Hijo sí tiene esta potestad. Por esto concluye diciendo: "Pues si el Hijo os hiciere libres, verdaderamente seréis libres", manifestando que la libertad humana, de que tanto se gloriaban, no es verdadera libertad.

San Agustín, ut sup

Y así, no quieras abusar de la libertad para pecar libremente, sino usa de ella para no pecar; tu voluntad será libre si es buena, y quedarás libre del pecado si eres esclavo de la justicia.

"Yo sé que sois hijos de Abraham: mas me queréis matar, porque mi palabra no cabe en vosotros. Yo digo lo que vi en mi Padre: y vosotros hacéis lo que habéis visto en vuestro padre". Respondieron y le dijeron: "Nuestro padre es Abraham". Jesús les dijo: "Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham: mas ahora me queréis matar, siendo hombre, que os he dicho la verdad que oí de Dios: Abraham no hizo esto. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre". (vv. 37-41)

San Agustín, in Joannem, tract. 42

Los judíos se habían llamado libres, porque descendían de Abraham, y el Evangelista refiere lo que el Señor les contestó acerca de ello: "Yo sé que sois hijos de Abraham", como diciéndoles: "veo que sois hijos de Abraham, pero sólo en cuanto a la descendencia carnal, y no en cuanto a la fe del corazón," por cuya razón añade: "mas me queréis matar".

Crisóstomo, in Ioannem, hom.53

Añadió esto para que no pudieran decir no tenemos pecado. Por lo que, dejando de reprender la vida que llevaban, únicamente se ocupó de lo más próximo y de lo que aún se proponían hacer, por esto los excluye poco a poco de aquel linaje, enseñando con esto a ser humildes. Porque así como la libertad y la esclavitud se obtienen por medio de las acciones, así el parentesco. Y para que no dijesen: "hacemos esto con justicia," añadió la causa que los movía, diciendo: "Porque mi palabra no cabe en vosotros".

San Agustín, ut sup

Esto es, no arraiga en vuestra alma, porque no la recibe vuestro corazón. Porque la palabra de Dios es para los fieles lo que el anzuelo es para el pez, coge cuando el pez es cogido, pero no hace daño alguno a los que son cogidos, porque no lo son para su perdición, sino para su salvación.

Crisóstomo, ut sup

Y no dijo: "no comprendéis mis palabras", sino: "Porque mi palabra no cabe en vosotros", manifestando en ello lo elevado de sus enseñanzas. Pero podían decir: "¿pero tú hablas por ti mismo?" Y para evitarlo, añadió: "Yo digo lo que vi en mi Padre", porque no sólo tengo su misma esencia, sino que poseo la misma verdad que el Padre.

San Agustín, ut sup

El Señor quería dar a conocer que su Padre era Dios; como diciendo: "He visto la verdad y hablo la verdad porque soy la verdad". Si, pues, el Señor dice la verdad que ha visto en el Padre, se vio a sí mismo y se predicó a sí mismo, porque El es la verdad del Padre.

Orígenes, in Ioannem, tom. 20

Esta autoridad manifiesta que el Salvador veía todo lo que afectaba al Padre, mientras que los hombres a quienes lo revelaba no lo veían por sí mismos.

Teofilacto

En verdad que oyes a Dios cuando dice: "Digo lo que he visto", pero no creas que se trata de ver corporalmente, sino comprende en esto un conocimiento natural, verdadero y perfecto. Así como los ojos que ven, ven al objeto por entero y verdaderamente, sin engañarse, así yo digo con veracidad lo que vi en mi Padre.

Prosigue: "Y vosotros hacéis lo que visteis en vuestro Padre".

Orígenes, ut sup

Todavía no nombra al padre de ellos; poco más arriba mencionó a Abraham, pero va a decir que otro es el padre de ellos (a saber, el diablo), de quien eran hijos, no por ser hombres, sino por ser malos. Pues el Señor les reprende el mal que hacen.

Crisóstomo, ut sup

Otra versión dice: "Y vosotros, haced lo que visteis en vuestro padre". Como diciendo: "Así como yo muestro al Padre con palabras y la verdad, mostrad también vosotros a Abraham con vuestras acciones".

Orígenes, ut sup

Esto tiene también otra interpretación: "Vosotros también debéis hacer lo que sabéis por vuestro Padre". Pues habían escuchado del Padre lo que está escrito en la Ley y en los Profetas. Y el que habló de este modo contra aquellos que tenían una opinión diferente, demuestra que el que había dictado la Ley y enviado a los profetas era el mismo Dios, Padre de Jesucristo. Preguntemos entonces a aquellos que postulan dos naturalezas, una del Padre y otra del Hijo, que dicen que han oído cosas diferentes del Padre y que esto es imposible. Si estas naturalezas bienaventuradas eran del Salvador, ¿por qué querían matarlo, y cómo no entendían sus palabras?

Mas los judíos tomaron muy a mal el que dijera el Salvador quién había sido el padre de ellos, porque decían que aquél que es padre de muchas gentes, habría de ser su padre; por esto sigue el Evangelista: "Respondieron y le dijeron: nuestro padre es Abraham".

San Agustín, ut sup

Como diciéndole: "¿qué te atreverás tú a decir contra Abraham?" Parece que le provocaban para que dijese algo malo acerca de Abraham, y así les ofrecería ocasión de hacer lo que se proponían.

Orígenes, ut sup

Pero también el Salvador destruyó esto mismo, porque les daba a entender que aun esto lo decían con mal fin; por esto sigue: "Jesús les dijo: si sois hijos de Abraham, haced", etc.

San Agustín, ut sup

Y sin embargo, les había dicho antes: "Yo sé que sois hijos de Abraham"; por eso ahora no negó que descendieran de él, pero critica su modo de obrar. Su descendencia material, efectivamente venía de él, pero no estaba conforme su vida con la de Abraham.

Orígenes, ut sup

También puede decirse lo que dice en el texto griego: "sé que sois de la descendencia de Abraham". Mas para que esto se vea, veamos en primer lugar la diferencia que hay entre la descendencia corporal y el modo de obrar del hijo. Bien sabido es que la descendencia lleva consigo las disposiciones de aquél de quien se procede, cuyas propiedades aún continúan y se sostienen; y el hijo, aun después de engendrado por la unión del hombre y la mujer, aun después de alimentarse con sustancias extrañas, conserva el parecido de quien lo engendró. Y en cuanto al cuerpo, el padre subsiste en el hijo por la generación; mas si el hijo no lleva en sí algo de la naturaleza del padre, no puede decirse en absoluto que es hijo suyo. Y como los hijos de Abraham se conocen por sus obras, debe procurarse que no se crea que proceden de otros principios infundidos en algunas almas, en cuyo caso debamos comprender que son de la descendencia de Abraham. Por eso, no hay que imaginarse que todos los hombres descienden de Abraham, porque no todos los hombres tienen un mismo modo de pensar fijo en sus almas. Conviene, pues, que aquél que desciende de Abraham se haga asimismo hijo suyo por la semejanza, y es posible que destruya por su negligencia o desidia lo que hay en él de su primogenitor. Mas aquéllos a quienes el Salvador dirigía la palabra, vivían aún con la esperanza, por lo que Jesús sabía que aquéllos que aún eran hijos de Abraham, según la carne, no habían perdido la esperanza de poder hacerse verdaderos hijos de Abraham. Y así les dice el Salvador: "Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham", porque si además de ser hijos de Abraham hubieran podido añadir su gran fe, hubieran abrazado la doctrina del Salvador. Pero como no eran hijos de Abraham en este sentido, no entendieron las doctrinas, sino que quisieron matar al Verbo, y ver cómo destrozarle, porque no comprendían su grandeza. Si alguno de vosotros desciende de Abraham y aun no comprende al Verbo de Dios, no se proponga matarle, sino transfórmese en lo que debe ser un hijo de Abraham, y entonces comprenderá al Hijo de Dios. Algunos eligen una obra de las muchas de Abraham, como aquello (Gn 15,6): "Creyó Abraham en Dios, y se le consideró como digno de premio". Y para que puedan entender que la fe son obras, no se les dice en singular: "haced la obra de Abraham", sino en plural. Y yo creo que esto se les dijo en equivalencia de lo que es en realidad: "haced todas las obras de Abraham," para que según la historia de Abraham, tomada en sentido alegórico, imitemos sus obras en sentido espiritual. Pues en efecto no es lícito que el que quiera ser hijo de Abraham se case con esclavas, ni que después de la muerte de su mujer se case con otra siendo ya viejo.

Prosigue el Señor: "Mas ahora me queréis matar, etc.".

Crisóstomo, ut sup

Esto es porque era verdad que Jesús era igual al Padre. Por esto querían los judíos matarle. Y para demostrar que el decir esto no era contrario al Padre, añadió: "la verdad que oí de Dios".

Alcuino

Porque Aquél que es la verdad ha sido engendrado por el Padre, y oír le no es otra cosa que proceder del Padre.

Orígenes, ut sup

Dijo el Salvador: "Me queréis matar siendo hombre", como dando a entender: no digo Hijo de Dios, ni digo el Verbo, porque el Verbo no puede morir. Digo: aquello que veis, porque esto que veis es lo que podéis matar, y a quien no veis sólo podeis ofender".

Prosigue el Salvador: "Abraham no hizo esto".

Alcuino

Como diciendo: "probáis que no sois hijos de Abraham, porque hacéis cosas contrarias a las que hizo Abraham".

Orígenes, ut sup

Alguno puede decir que todo esto se dice sin necesidad, porque Abraham no hizo lo que en su tiempo no podía hacerse, puesto que Jesucristo no nació en su época. Pero debe contestarse que en tiempo de Abraham había nacido un hombre que predicaba la verdad que había oído de boca del Señor, y sin embargo no fue buscado por Abraham para matarle. Y sépase que la venida espiritual de Jesús no faltó a sus santos en ninguna época. Y por esto comprendo que todo hombre que, después de su regeneración y de las demás gracias que le ha concedido Dios, peca, vuelve a crucificar al Hijo de Dios, por el reato de culpa en que ha reincidido. Y esto no lo hizo Abraham.

Prosigue el Salvador: "Vosotros hacéis las obras de vuestro Padre".

San Agustín, ut sup

Pero aún no dice quién es el padre de ellos.

Crisóstomo, ut sup

Mas el Señor les dice esto, queriendo quitarles la vanagloria de la descendencia y convencerlos de que ya no pongan la esperanza de su salvación en la descendencia natural, sino sólo en la descendencia que obtendrán por la adopción. Y esto era precisamente lo que les impedía venir a Jesucristo, porque creían que con sólo descender de Abraham ya tenían segura su salvación.

Y ellos le dijeron: "Nosotros no somos nacidos de fornicación: un Padre tenemos que es Dios". Y Jesús les dijo: "Si Dios fuese vuestro Padre, ciertamente me amaríais. Porque yo de Dios salí y vine: y no de mí mismo, mas El me envió. ¿Por qué no entendéis este mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra". (vv. 41-43)

San Agustín, in Joannem, tract. 42

Los judíos, según parece, empezaban a comprender que el Señor no les hablaba de la generación natural, sino del modo de vivir. Las Sagradas Escrituras suelen llamar fornicación espiritual al acto por el que un alma se entrega como prostituta a muchos y falsos dioses. Por esto sigue el Evangelista: "Y ellos le dijeron: nosotros no somos nacidos de fornicación, un Padre tenemos que es Dios".

Teofilacto

Como si respondieran que buscaban vengar a Dios, y que por esto se declaraban contra El.

Orígenes, in Ioannem, tom. 22

Como habían sido argüidos de que no eran hijos de Abraham, responden peor que antes, insinuando con oculta intención que el Salvador había nacido de adulterio. Pero más me parece que respondieron deseando armar una discusión, porque habiendo dicho antes: "Nuestro padre es Abraham", y habiendo oído: "Si sois hijos de Abraham, haced sus obras", ahora dicen que tienen un padre mayor que Abraham (esto es, Dios), y que no han nacido por fornicación. Mas el demonio no procrea de esposa, sino de ramera, o sea de la materia, a aquéllos que, apoyados en las cosas carnales, se adhieren a la materia (puesto que nada hace por sí mismo).

Crisóstomo, in Ioannem, hom.53

¿Y vosotros, qué decis? ¿Que tenéis a Dios por Padre, y acusáis a Jesucristo porque dice esto mismo? Y lo más admirable consistía en que muchos de ellos habían nacido hijos de fornicación, porque se hacían muchos casamientos ilícitos. Mas no los reprendía por esto, sino que insiste para manifestar que no son hijos de Dios. Por esto sigue: "Y Jesús les dijo: si Dios fuese vuestro padre, ciertamente me amaríais, porque yo de Dios salí y vine".

San Hilario, De Trin 1, 6

Y no desaprueba el Hijo de Dios que tomen el nombre religioso aquéllos que se llaman a sí mismos hijos de Dios y dicen que Dios es su padre; pero reprende la temeraria usurpación de los judíos, que presumían tener a Dios por padre cuando a El no le querían. Y no es lo mismo poder decir que uno existe porque ha salido del Padre, que decir que viene del Padre. Pero como dice que tienen que amarle aquellos que afirman que tienen a Dios por Padre porque ha salido de El, explicó que la razón del amor estaba en la generación. Dice que ha salido de Dios para indicar el nacimiento incorpóreo, pues la fe que permite confesar a Dios como Padre ha de merecerse con el amor a Cristo, que

ha sido engendrado de El.

Y no puede ser bueno, respecto de Dios Padre, quien no ama al Hijo, porque la causa de amar al Hijo no es otra que el hecho de que el Hijo ha venido del Padre. Luego el Hijo es del Padre, no por haber venido al mundo, sino por haber sido engendrado por El. Y así todo amor podrá dirigirse al Padre, si se cree que el Hijo es de El.

San Agustín, ut sup

Así pues, la procesión del Verbo, respecto del Padre, es eterna, porque es de El como Verbo del Padre, y vino a nosotros porque el Verbo se hizo carne (Jn 1,14). Su venida es su humanidad, su mansión es su divinidad; llamáis a Dios Padre, pues consideradme como hermano.

San Hilario, ut sup

Pero da a conocer que no tuvo origen en sí mismo, cuando añade: "Y no vine de mí mismo, mas El me envió".

Orígenes, ut sup

Yo creo que dijo esto porque algunos venían por sí mismos y no eran enviados por el Padre. Acerca de esto se dice por Jeremías: "Yo no los enviaba y ellos corrían" (Jer 23,21). Y dado que aquellos que introducen dos naturalezas se valen de esta palabra, hay que decir en contra de ellos que San Pablo, cuando perseguía a la Iglesia de Dios aborrecía a Jesús y por esto le dijo el Señor: "¿por qué me persigues?" (Hch 9,4). Y si es verdad lo que se dice aquí: "Si Dios fuese vuestro Padre, me amaríais", también debe ser verdad lo contrario: "si no me amáis, de ningún modo podrá ser Dios vuestro Padre". San Pablo no amaba a Jesús al principio; por esto hubo un tiempo en que Dios no fue Padre de Pablo. Así pues, Pablo no fue hijo de Dios por naturaleza, pero fue hecho hijo de Dios poco después. Porque ¿cuándo puede ser Dios Padre de alguno, sino cuando cumple sus mandamientos?

Crisóstomo, ut sup

Y como los judíos muchas veces preguntaban diciendo: "¿Qué es esto que dice, a donde yo voy no podéis venir vosotros?", por esto añade: "¿Por qué no entendéis este mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra".

San Agustín, in Joannem, tract. 42

Y no podían oírlo, porque no querían enmendarse creyendo.

Crisóstomo

En primer lugar, debe practicarse la virtud, que es la que oye al divino Verbo, y así después podremos comprender todo lo que nos diga Jesús; porque mientras no somos curados del oído propio por el Verbo que dijo al sordo: "Abrete" (Mc 7), no se puede percibir cosa alguna por el oído.

"Vosotros sois hijos del diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre: él fue homicida desde el principio y no permaneció en la verdad; porque no hay verdad en él; cuando habla mentira, de suyo habla, porque es mentiroso y padre de la mentira. Mas aunque yo os digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios, oye las palabras de Dios. Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios". (vv. 44-47)

Crisóstomo, in Ioannem, hom.53

Con este raciocinio excluyó nuestro Señor a los judíos de la descendencia de Abraham; pero como se atrevieron a mayores diciendo que su Padre era Dios, no pudo resistirlo, y los increpó diciéndoles: "Vosotros tenéis por padre el diablo".

San Agustín, in Joannem, tract. 42

Al tratar de esto, debemos evitar el caer en la herejía de los maniqueos, que enseñan la existencia de cierta naturaleza del mal y que hay ciertas gentes que con sus jefes proceden de las tinieblas y que de ello toma su principio el diablo. De aquí aseguran que procede nuestra carne. Según estas creencias consideran lo que dijo el Señor: "Vosotros tenéis por padre al diablo". Ellos serían como la naturaleza del mal y procedían de la gente enemiga y de las tinieblas.

Orígenes, in Ioannem, tom. 23

También parece que incurrieron en el mismo error que aquellos que enseñaban que la esencia del ojo que ve es diferente de la esencia del ojo enfermo, o que se desvía. Y así como en éstos no hay diferencia en cuanto a la esencia, puesto que no hay otra cosa que la causa que hizo enfermar al ojo, así la esencia del hombre es una misma, tenga o no conocimiento.

San Agustín, ut sup

Los judíos eran hijos del diablo, porque lo imitaban, no porque hubiesen nacido de él. Por esto les dice el Señor: "Y queréis cumplir los deseos de vuestro padre". He aquí por lo que sois hijos suyos, porque deseáis lo mismo que él, y no porque hayáis nacido de él. Esta es la razón por la que me queréis matar a mí, que os digo la verdad, lo mismo que el demonio tuvo envidia al hombre y le mató. Por esto sigue: "El fue homicida desde el principio". Y, efectivamente, cometió homicidio en el primer hombre que pudo, porque el hombre no puede ser muerto si antes no es hecho hombre. Es verdad que el demonio no viene armado de espada con qué herir al hombre, pero sembró su palabra corrompida y con ella mató. Por tanto, no te creas que no hay homicidio cuando das un mal consejo a tu hermano. Mas vosotros herís en la carne, porque no podéis en el alma.

Orígenes, in Joannem, tract. 24

Y téngase en cuenta que no llama al diablo homicida desde el principio porque haya cometido algún crimen de esta especie, sino por todo el género humano, a quien dio la muerte, por cuanto en Adán todos morimos.

Crisóstomo, ut sup

Y no dijo "que hacéis sus obras", sino "que cumplís sus deseos", manifestando que tanto aquél como ellos estaban ávidos de hacer muertes. Y como constantemente acusaban al Señor diciendo que no procedía de Dios, les da a conocer, aunque de una manera embozada, que estas palabras suyas eran inspiradas por el diablo. Por esto sigue: "Y no permaneció en la verdad".

San Agustín, De civ. Dei. 11, 13 et 15

Quizá alguno diga que desde el principio de su existencia ya no existió en la verdad, y que por esta razón nunca pudo ser bienaventurado, ni encontrarse con los ángeles del Señor, puesto que rehusó estar sometido a su Creador, siendo por esto falso y mentiroso. También porque no quiso vivir bajo el yugo de una sujeción santa, que es la verdad, aparentando por la soberbia una supremacía que no tiene. Todo el que sigue esta doctrina, no puede estar de acuerdo con los maniqueos, que intentan probar que el demonio tiene desde el principio cierta naturaleza de mal género como naturaleza propia. Los que con tanta vanidad piensan así no se fijan en que no dijo el Señor que el diablo era ajeno a la verdad, sino que "no permaneció en la verdad". Allí demuestra que debe entenderse que cayó de la verdad, y también lo que dice San Juan en su epístola primera: "El diablo peca desde el principio" (1Jn 3,8). Si comprenden esto como de naturaleza, tienen que admitir que no hay pecado alguno en el diablo, puesto que le es natural obrar así. ¿Pero qué responderemos a los testimonios de los profetas? Ya lo dice Isaías, bajo la figura del rey de Babilonia, a quien designa como diablo: "Como se ocultó el lucero que había salido por la mañana" (Is 14,12); o lo que dice Ezequiel: "Que estuviste en las delicias del paraíso de Dios" (Ez 28,13), lo cual, si no puede entenderse en otro sentido, hay que admitirlo en el sentido de lo que se ya ha dicho: que no permaneció en la verdad, aunque estuvo en ella al principio. Y respecto de aquellas otras palabras, que "el diablo peca desde su principio", no puede entenderse respecto del principio en que fue creado, sino desde que empezó a pecar: el pecado comenzó en él, y él fue el principio del pecado.

Orígenes, ut sup

Es uniforme vivir siempre en la verdad, así como es diverso y variable no vivir en ella. Sucede que algunos, si cabe así decirlo, andan con pasos vacilantes y tratan de mantenerse en ella, mas no lo consiguen. Otros no sufren esto, sino que quedan firmes en el peligro, según aquellas palabras del Salmo: "Los pies se me han conmovido un poco" (Sal 72,2). Los demás se alejan de la verdad. Explica también el Salvador el motivo por qué el diablo no es afecto a la verdad, cuando dice: "porque no hay verdad en él"; esto es, porque inventa cosas vanas y es engañado por sí mismo, en lo cual es peor, porque los demás son engañados por él. Mas éste es el que se engaña a sí mismo. Pero debe examinarse por qué dice el Señor: "Que no hay verdad en él". Si es porque nunca tiene doctrina verdadera, sino que todas sus cosas son falsas, o porque no tiene participación con Jesucristo, que dijo: "Yo soy la verdad" (Jn 14,6). Parece imposible que una creatura racional opine falsamente sobre todas las cosas y que no piense rectamente sobre cosa alguna. Pero el diablo conoce, por lo menos en esto, la verdad, porque se

considera a sí mismo como ser racional. Por este motivo su naturaleza no se funda precisamente en admitir lo contrario a la verdad, esto es, el error y la desidia, como si nunca pudiera conocer la verdad.

San Agustín, De Civ Dei, 11, 14

Y cuando el Salvador dice que en el diablo no hay verdad, sujeta el juicio como si hubiésemos averiguado por qué no está en la verdad. A esto dice que es porque la verdad no está en él, pero el estaría en la verdad si hubiera permanecido en ella.

Prosigue: "Cuando habla la mentira, de suyo habla, porque es mentiroso y padre de la mentira".

San Agustín, in Joannem, tract. 42

En estas palabras quisieron ver algunos que el diablo tenía padre, e investigaron quién sería el padre del diablo; este error es de los maniqueos. El Señor llamó al diablo padre de la mentira. Pero, no todo el que miente es padre de su mentira, porque si admites una mentira de otro y la dices, tú mientes, es verdad, pero no eres el padre de aquella mentira. Mas aquél que no recibe la mentira de otro, sino que la pronuncia por sí mismo, es padre de la mentira, así como Dios es Padre de la verdad. La serpiente mató al hombre con la mentira, como si hubiere muerto con el veneno.

Teofilacto

El demonio recriminó a Dios ante los hombres, diciendo a Eva: "Porque os tiene envidia os ha prohibido comer de la fruta" (Gn 3). Y a los hombres en otro tiempo recriminó también ante Dios, cuando dijo de Job (1,9): "¿Acaso Job adora a Dios en balde?".

Orígenes, ut sup

Véase que este nombre: "embustero", se dice tanto respecto del diablo, que engendró la mentira (como aquí se dice) "porque es mentiroso", cuanto respecto del hombre, según aquellas palabras del salmo: "Todo hombre es mentiroso" (Sal 115,2). Porque si alguno no miente, no es hombre tan solamente; porque tanto a él como a los demás que así piensen puede decírseles: "yo he dicho que sois dioses" (Sal 81,6); por lo que, cuando alguno miente, lo hace por su propia cuenta. Mas el Espíritu Santo habla conforme con la verdad y la sabiduría, según aquel testimonio: "porque de lo mío tomará, y lo anunciará a vosotros" (Jn 16,14).

San Agustín, De quaest. Nov. et Vet Test., qu. 90

De otra manera el nombre "diablo" no es propio, sino común. En cualquier persona en que se noten acciones de diablo, debe decirse que aquella persona es diablo, porque este nombre viene de la acción y no de la naturaleza. Por esto llama a Caín padre de los judíos, porque, queriéndole imitar, éstos mataron al Salvador. De él recibieron la denominación de fratricidas, manifestando que mentía, aun acerca de lo suyo, para dar a conocer que cada uno peca sólo por su propia voluntad. Y como Caín fue imitador del diablo, dijo que el diablo era su padre, porque imitó sus acciones.

Alcuino

Pero como Dios es la verdad, el Hijo de Dios verdadero dice la verdad; mas los

judíos, como eran hijos del diablo, se separaron de la verdad. Y por esto sigue: "Mas aunque yo os digo la verdad, no me creéis".

Orígenes, in Ioannem, tom. 25

¿Y cómo dijo esto a aquellos judíos que creyeron en El? Mas considera que alguno puede creer en un sentido y no creer en otro, como sucede con aquéllos que creen en Aquél que fue crucificado, bajo el poder de Poncio Pilato, y no creen en El en cuanto ha nacido de la Virgen María. Luego creen en El y no creen. Así pues, éstos a quienes se dirigía creían en El porque veían que hacía milagros, y no creían en las doctrinas tan profundas que les predicaba.

Crisóstomo, in Ioannem, hom.53

Y como sois enemigos de la verdad y no podéis acusarme de nada, queréis matarme. Y por esto añade: "¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?"

Teofilacto

Como diciendo: "si sois hijos de Dios, también debéis aborrecer a los que pecan. Por lo tanto, si no podéis argüirme de pecado y me aborrecéis, sabido es que me aborrecéis con motivo de la verdad"; esto es, porque se llamaba Hijo de Dios.

Orígenes, in Ioannem, tom. 35

Esta palabra de Cristo implica una gran confianza en sí mismo, porque ningún hombre ha podido decir esto nunca con seguridad, sino sólo Nuestro Señor, que no ha cometido pecado alguno.

San Gregorio, in evang. hom. 18

Considerad aquí la mansedumbre del Señor. No desdeña manifestar por qué razón no es pecador, siendo así que, en virtud de su divinidad, podía santificar a los pecadores. Por esto añade: "El que es de Dios, oye las palabras de Dios; por eso vosotros no las oís", etc.

San Agustín, in Joannem, tract. 43

No veamos aquí la naturaleza, sino la malicia. Estos son de Dios y al mismo tiempo no lo son; en cuanto a la naturaleza, son de Dios; en cuanto a la malicia, no son de Dios. Mas esto no se dijo por aquellos que no sólo eran maliciosos por su pecado, porque esto era general a todos, sino respecto de aquellos ya conocidos porque no habrían de creer con la fe que debían para librarse de incurrir en pecado.

San Gregorio, ut sup

Cada uno pregúntese a sí mismo si percibe las palabras de Dios con el oído del alma, y comprenda de quién es. Porque hay algunos que no se dignan oír los preceptos de Dios por el oído de su cuerpo; y hay otros que los oyen por el oído de su cuerpo, pero que no los reciben con el deseo del alma. Y hay algunos que reciben con gusto las palabras de Dios, y así lloran con sus gemidos, pero cuando han pasado las lágrimas, vuelven a la iniquidad, y éstos, en verdad, no oyen la palabra de Dios, porque no quieren realizarla por medio de sus obras.

Los judíos respondieron, y le dijeron: "¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano, y que tienes demonio?" Jesús respondió: "Yo no tengo demonio, mas honro a mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado. Y yo no busco mi gloria, hay quien la busque y juzgue. En verdad, en verdad os digo, que el que guardare mi palabra no verá muerte para siempre". (vv. 48-51)

Crisóstomo, in Ioannem, hom.54

Cuando el Señor decía algo elevado, sus palabras parecían como necias ante los judíos, que eran sumamente insensibles, como se desprende de su contestación. Dice el Sagrado texto: "Los judíos respondieron, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano?", etc.

Orígenes, in Ioannem, tom. 26

Es digno de notarse que, siendo así que los samaritanos no creen en la existencia de la otra vida ni en la eternidad del alma, se atrevan los judíos a llamar al Salvador samaritano, siendo así que tantas y tan grandes cosas les había enseñado acerca de la resurrección y del juicio. Pero acaso digan esto con el fin de ofenderle, porque no enseña lo que ellos quieren.

Alcuino

Pero los samaritanos (gente aborrecida por el pueblo de Israel) ocuparon el territorio de ellos cuando las diez tribus fueron llevadas a la cautividad.

Orígenes, ut sup

Algunos opinan así porque, creyendo lo que creían los samaritanos, esto es, que nada quedaba a los hombres después de la muerte, hablaban, faltando a la verdad, acerca de la resurrección y de la vida eterna, con el fin de agradar a los judíos. Y decían que tenía el demonio, porque sus predicaciones excedían a lo que podía alcanzar la capacidad humana, puesto que en ellas aseguraba que Dios era su Padre, que El había bajado del cielo y otras cosas por el estilo. También muchos de ellos opinaban que el Salvador arrojaba a los demonios por medio de Belzebub, príncipe de los demonios.

Teofilacto

Le llamaban samaritano, además, porque destruía los ritos de los hebreos, como cuando quebrantaba el sábado; los samaritanos, en fin, no estaban conformes en absoluto con los judíos. Y como el Señor daba a conocer aun los pensamientos de ellos, sospechaban que tenía en sí al mismo demonio. Pero el Evangelista no dice en ninguna parte cuándo le llamaron samaritano, de lo que se desprende que los Evangelistas pasaron muchas cosas en silencio.

San Gregorio, in evang. hom. 18

Véase, pues, cómo el Señor, recibiendo esta injuria, no responde con palabras ofensivas. Sigue, pues, "Jesús respondió: Yo no tengo demonio". En lo cual nos enseña que cuando recibimos alguna ofensa o injuria de nuestros prójimos, omitamos aun las malas acciones de ellos, no sea que convirtamos el ministerio de la justa reprensión en

armas de furor.

Crisóstomo, ut sup

Y téngase en cuenta también que cuando convenía enseñarles y humillar la soberbia de los judíos era severo, mas cuando debía tolerar ultrajes los trataba con suma dulzura, enseñándonos que debemos defender siempre a Dios, pero despreciar lo que a nosotros atañe.

San Agustín, in Joannem, tract. 43

Y lo hizo con el fin de que el hombre imite, primero su paciencia, para que después llegue a alcanzar el poder. Mas aunque no devolvía maldición por maldición, fue oportuno que negase aquello. Le habían dirigido dos ofensas: "eres samaritano", y "tienes el demonio". No, contestó, no soy samaritano, aunque samaritano quiere decir custodio, y El sabía que era nuestro Custodio. Porque si le correspondió el redimirnos, ¿no le correspondería el defendernos? Finalmente, es samaritano aquél que se acerca al herido y le prodiga su caridad (Lc 18).

Orígenes, ut sup

De otra manera, también nuestro Señor, con más razón que San Pablo, quería hacerse todo para todos, para conquistarse a todos, o sea para ganar a todos (1Cor 8,22); y por eso no negó que era samaritano. Yo creo que únicamente Jesucristo es quien puede decir: "Yo no tengo demonio", etc. Así como aquellas palabras de San Juan: "Viene el Príncipe de este mundo, pero no tiene participación alguna conmigo" (Jn 14,30), porque aun los pecados más pequeños proceden de los demonios.

San Agustín, ut sup

Y después de toda esta afrenta, únicamente dijo algo de su gloria: "mas honro a mi Padre"; para que no me tengáis por arrogante, os digo que tengo a quien honrar.

Teofilacto

Y honró a su Padre vengándole, y no permitiendo que aquellos homicidas y embusteros se llamasen verdaderos hijos de Dios.

Orígenes, ut sup

Y en verdad que sólo Jesucristo es quien ha venerado perfectamente al Padre, porque ninguno que honra aquello que Dios no honra, puede decirse, en verdad, que honra a Dios.

San Gregorio, ut sup

Mas como todo aquél que arde de amor por la gloria de Dios es rechazado por los hombres malos, el Señor nos dio ejemplo de paciencia en sí mismo, cuando dice: "Y vosotros me habéis deshonrado".

San Agustín, ut sup

Como diciendo: Yo hago lo que debo, pero vosotros no hacéis lo que debéis.

Orígenes, ut sup

Y no dijo esto sólo para aquéllos, sino también para los que obran injustamente y ofenden a Jesucristo, quien es la justicia misma; y los que ofenden a la sabiduría también

ofenden a Jesucristo, porque es la sabiduría misma, y así de las demás cosas.

San Gregorio, ut sup

Y qué es lo que debemos hacer contra las injurias nos lo enseña con su ejemplo, cuando añade: "Mas yo honro", etc.

Crisóstomo, in Ioannem, hom.54

Como diciendo: "en virtud del honor que debo al Padre os he dicho todo esto, y por ello me habéis deshonrado; pero no me preocupa esta afrenta, porque a El pagaréis las injurias que por mí le hacéis oír".

Orígenes, in Ioannem, tom. 26

Dios busca la gloria en cada uno de los que creen en Jesucristo, la cual debe encontrar en aquéllos que obran según los impulsos de la virtud, y cuando no encuentra esta gloria, castiga a aquéllos en quienes debía encontrarla. Por esto dice el Salvador: "Hay quien la busque y juzgue".

San Agustín, in Joannem, tract. 43

¿A quién puede referirse con estas palabras sino a su Padre? Pero, ¿cómo dice en otro lugar, "el Padre no juzga a nadie, sino que ha concedido al Hijo el derecho de juzgar" (Jn 5,22)? Y téngase en cuenta que generalmente la palabra juicio se entiende por condenación; pero aquí se dice esto para explicar la diferencia, como diciendo: "existe el Padre, que distingue vuestra gloria de la mía, porque vosotros os vanagloriáis según el mundo, y yo no me glorío según el mundo". Distingue la gloria de los hombres de la gloria de su Hijo, porque aunque se había hecho hombre, no podía compararse con nosotros, porque nosotros somos hombres con pecado y El no tiene pecado, únicamente ha tomado de nosotros la forma de siervo, para que pueda decirse con propiedad: "En el principio era el Verbo" (Jn 1,1).

San Agustín, ut sup

Y siendo verdad que se dijo por el Salvador "todo lo mío es tuyo" (Jn 17,10), es cosa manifiesta, desde luego, que el juicio del Hijo es el mismo del Padre.

San Gregorio, in evang. hom. 18

Y cuando crece la iniquidad de los malos, no sólo no debe suspenderse la predicación, sino que, antes al contrario, debe aumentarse. Por esto el Señor, después que se le dijo que tenía al demonio, dispensa con más largueza los beneficios de su predicación, diciendo: "En verdad, en verdad os digo, que el que guardare mi palabra no verá la muerte", etc.

San Agustín, ut sup

"Verá" se ha dicho en vez de "experimentará". Pero ¿cómo el que ha de morir habla a los que han de morir diciéndoles: "El que guardare mi palabra no verá la muerte", sino porque veía otra muerte de la que había venido a salvarnos, cual es la muerte eterna, muerte de condenación con el diablo y sus ángeles? Y esta es la verdadera muerte, porque la otra no es sino un tránsito.

Orígenes, ut sup

Y así debe entenderse esta expresión: "El que guardare mi palabra no verá la muerte para siempre", como si dijere: "si alguno conserva mi antorcha, no verá las tinieblas". Y en cuanto dice "para siempre", generalmente debe tomarse para que se entienda de este modo: "Si alguno guardare mi palabra eternamente, no verá la muerte en toda la eternidad, porque ninguno habrá de ver la muerte en tanto que conserve la palabra de Jesús, pero cuando alguno falte a la observancia de lo que ha dicho, y sea negligente en cuanto a su custodia, cesa

San Agustín, ut sup

No temió, sino "deseó con ansia ver". Ciertamente creyendo, se alegró esperando. Y así vio con la mente mi día. Puede dudarse si se refería a la vida temporal del Señor en que había de venir en carne mortal, o si se refería al día del Señor, que no tiene principio ni fin. Pero yo no dudo que el padre Abraham lo sabía todo. Porque dijo a su siervo cuando le mandó a pedir esposa para su hijo Isaac: "Pon tu mano bajo mis muslos, y júrame por el Dios del cielo" (Gn 24,2). Luego, ¿qué significaba aquel juramento sino que daba a entender que de la descendencia de Abraham habría de venir en carne mortal el Dios del cielo?

San Gregorio, in Evang. hom. 15

Y entonces también vio Abraham el día del Señor, cuando dio hospitalidad a tres ángeles, en quienes vio la figura de la Trinidad beatísima.

Crisóstomo, in Ioannem, hom.54

Y también llamó su día al día de la crucifixión, el que prefiguró Abraham ofreciendo el carnero en vez de su hijo Isaac (Gn 22). Con esto se demostraba que no vino obligado a sufrir la pasión. Y manifestando que ellos no pensaban como Abraham, porque éstos se lamentan de aquello mismo de que aquél se alegraba.

San Agustín, ut sup

¿Y qué gozo no sería el de aquel corazón que vio al Verbo brillando en el esplendor de los santos a la vez que continuaba unido al Padre, y que en algún tiempo vendría hecho hombre sin separarse del seno del Padre, de custodiar a Dios, y entonces no ve la muerte respecto de algún otro, sino en sí mismo. Y así, una vez instruidos nosotros por el Salvador, podemos contestar al profeta, que pregunta: "¿Quién es el hombre que vivirá y no verá la muerte?" (Sal 88,49) El que guarda la palabra de Dios.

Crisóstomo, ut sup

Dice el que la guardare no sólo por medio de la fe, sino por medio de una vida pura. Y en esto les da a conocer, aunque de una manera embozada, que ningún daño pueden hacerle. Porque si el que guardare su palabra no morirá eternamente, con mucha más razón el que lo dice no puede morir.

Los judíos le dijeron: "Ahora conocemos que tienes al demonio. Abraham murió y los profetas: y tú dices: el que guardare mi palabra, no gustará muerte para siempre. ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió, y los profetas, que también murieron? ¿Quién te haces a ti mismo?" Jesús les respondió: "Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios, y no le conocéis, mas yo le conozco; y si dijere que no le conozco, seré mentiroso como vosotros. Mas le conozco y guardo su palabra. Abraham, vuestro Padre, deseó con ansia ver mi día: le vio y se gozó". (vv. 52-56)

San Gregorio, in evang. hom. 18

Como es necesario para los buenos convertirse en mejores por medio de los ultrajes, así generalmente los malos se convierten en peores por medio de los beneficios. Por esta razón los judíos, después de oída la predicación del Salvador, blasfeman contra El diciendo: "Ahora conocemos que tienes al demonio".

Orígenes, in Ioannem, tom. 26

Aquéllos que creen en las Sagradas Escrituras, conocen que aquello que hacen los hombres fuera de la recta razón, no lo hacen sin la cooperación de los demonios. Y así los judíos creían que Jesús hablaba impulsado por el poder del demonio, cuando dijo: "Si alguno guardare mi palabra no verá la muerte", etc. Y sufrieron este engaño porque no conocieron la virtud de Dios, porque Este había hablado de cierta muerte contraria a la razón, con la que sucumben los pecadores, y ellos suponían que se refería a la muerte natural en lo que decía, por cuya razón le increpan, tomando como argumento la muerte de Abraham y de los profetas. Por esto añade: Abraham murió y los profetas; y tú dices: si alguno guardare mi palabra, no gustará la muerte, etc. Y como hay alguna diferencia entre gustar y ver la muerte, en lugar de que no vería la muerte, dijeron "no gustará la muerte", como oyentes inhábiles que confundían la palabra del Señor. Pues así como Jesucristo puede ser gustado, porque es el pan vivo, en cuanto es la sabiduría, es de visible hermosura; y así su muerte, aunque contraria es apetecible y visible. Y cuando alguno gozara por medio de Jesucristo en algún estado espiritual, no gustará la muerte si conserva aquel estado, según dice San Mateo: "Hay de los que aquí están presentes, algunos que no gustarán la muerte" (Mt 16,28), pues cuando alguno reciba la palabra de Jesucristo y la guarde, no verá la muerte.

Crisóstomo, in Ioannem, hom.54

Otra vez, por su vanagloria, se refugian en el parentesco. Por esto sigue el Evangelista: "¿Acaso tú eres mayor que nuestro Padre Abraham, que murió?". También podían decir, ¿acaso tú eres mayor que Dios, cuya palabra han oído algunos y han muerto? Pero no dicen esto, porque también le consideraban como menor que Abraham.

Orígenes, ut sup

Y no distinguen que es mayor que Abraham el que ha nacido de una Virgen, y aun mayor que todo el que ha nacido de mujer. Los judíos, además, no decían verdad cuando dijeron que Abraham había muerto. Porque había oído la palabra de Dios y la había guardado. Lo mismo debemos decir de los profetas, de los cuales añaden: "y los profetas murieron", a pesar de que también guardaron la palabra del Hijo de Dios, cuando ésta se dirigió a Oseas o a Jeremías. Porque si algún otro la guardó, también la guardaron los profetas. Luego mintieron cuando dicen: "Ahora conocemos que tienes demonio", y cuando dicen: "Abraham murió y los profetas".

San Gregorio, ut sup

Y como empezaban a participar de la muerte eterna, no conociendo la muerte en que incurrían, viendo únicamente la muerte del cuerpo, no veían bien en aquellas palabras de verdad. Por esto añaden: "¿Quién te hace a ti mismo?"

Teofilacto

Como diciendo: "tú que no eres digno de consideración alguna, que sólo eres hijo de un carpintero de Galilea, usurpas para ti toda la gloria".

Beda

"¿Quién te haces a ti mismo?" Esto es, ¿de cuánto mérito y cuánta dignidad quieres que se te juzgue? Abraham había muerto en cuanto al cuerpo, pero vivía en cuanto al alma. De más importancia es la muerte del alma, que ha de vivir eternamente, que la del cuerpo, que ha de morir alguna vez.

Orígenes, ut sup

Esta objeción era propia de personas que estaban ciegas, porque lo que Jesús se hacía era lo que había recibido del Padre. Por esto sigue: "Respondió Jesús: si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 54

Dijo esto respondiendo a sus sospechas, como había dicho antes: "Mi testimonio no es verdadero, si doy testimonio de mí mismo" (Jn 5,31).

Beda

En estas palabras el Salvador da a conocer que nada es la gloria de la vida presente.

San Agustín, in Joannem, tract. 43

Y dijo esto refiriéndose a lo que le habían dicho: "¿Quién te haces a ti mismo?". Por esto refiere su propia gloria al Padre, de quien es, por cuya razón añade: "Mi Padre es el que me glorifica". Los arrianos nos arguyen por esta frase en cuanto a nuestra fe, y dicen: "He aquí cómo es mayor el Padre que glorifica al Hijo". Herejes, ¿no habéis leído que el mismo Hijo dice que glorifica a su Padre?

Alcuino

Glorificó el Padre al Hijo en el día de su bautismo (Mt 3), en el monte (Mt 17) y en el tiempo de su pasión; también se dejó conocer el eco de su voz en presencia de la multitud (Jn 12), y después de su pasión lo resucitó y lo colocó a la derecha de su Majestad (Ef 1; Heb 1). Y añadió: "El que vosotros decís que es vuestro Dios".

Crisóstomo, ut sup

Con esto les quiso dar a conocer el Salvador que no sólo no conocían a su Padre, sino que tampoco a Dios.

Teofilacto

Porque si conociesen verdaderamente al Padre, venerarían a su Hijo. Mas desprecian a Dios, quien prohibe el homicidio en la Ley, al clamar contra Jesucristo. Por esto añade: "Y no le conocisteis".

Alcuino

Como diciendo: "vosotros le llamáis de un modo material vuestro Dios, y le servís por las cosas temporales, pero no le conocisteis como debe ser conocido, y por eso no sabéis servirle espiritualmente".

San Agustín, ut sup

Dicen algunos herejes que Dios, tal como fue anunciado en el Antiguo Testamento, no era el Padre de Jesucristo, sino que Este era no sé qué príncipe de los ángeles malos. Y contra lo que ellos creían decía el Salvador que era su Padre Aquél a quien ellos llamaban su Dios. Y no le conocieron, porque si le hubiesen conocido hubiesen recibido a su Hijo. Por esto, hablando de sí mismo, añade: "Mas yo le conozco". Atendiendo al espíritu mundano, pudo dar motivo para que los que le juzgaban le considerasen como orgulloso. Pero no debe precaverse la soberbia hasta el punto de faltar a la verdad, por lo que añade: "Y si dijere que no le conozco, seré mentiroso como vosotros".

Crisóstomo, ut sup

Como diciendo: "así como vosotros mentís diciendo que le conocéis, mentiría yo si dijese que no le conocía". Pero la prueba de que efectivamente la conocía es que había sido enviado por El. Y esto es lo que dice a continuación: "Mas le conozco".

Teofilacto

Y en realidad tenía un verdadero conocimiento de El, porque era lo mismo que el Padre. Y por eso mismo, como se conocía a sí mismo conocía al Padre. Y da una prueba de que le conoce, añadiendo: "Y guardo su palabra", llamando palabra a sus mandamientos. Algunos entienden que cuando dice: "guardo su palabra", quiere decir la razón de su esencia. Porque es una misma la razón de la existencia del Padre y la del Hijo. Y así conozco al Padre. Y en cuanto al sentido en que esto se toma debe entenderse conozco al Padre, porque guardo su palabra y su razón.

San Agustín, ut sup

Además, hablaba las palabras del Padre, como Hijo suyo que es. Y Este mismo era el Verbo del Padre, que hablaba a los hombres.

Crisóstomo, ut sup

Y como habían dicho: "¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abraham?", nada dice de la muerte. Pero manifiesta a continuación que es mayor que Abraham, cuando añade: "Abraham, vuestro padre, deseó con ansia ver mi día, le vio y se gozó", a saber, por el beneficio que recibe de mí, como mayor.

Teofilacto

Es como si dijere que tuvo a su día como deseable y lleno de alegría, y no como alguna cosa de poco interés o casual.

San Agustín, ut sup

No temió, sino "deseó con ansia ver". Ciertamente creyendo, se alegró esperando. Y así vio con la mente mi día. Puede dudarse si se refería a la vida temporal del Señor en que había de venir en carne mortal, o si se refería al día del Señor, que no tiene principio ni fin. Pero yo no dudo que el padre Abraham lo sabía todo. Porque dijo a su siervo cuando le mandó a pedir esposa para su hijo Isaac: "Pon tu mano bajo mis muslos, y júrame por el Dios del cielo" (Gn 24,2). Luego, ¿qué significaba aquel juramento sino que daba a entender que de la descendencia de Abraham habría de venir en carne mortal el Dios del cielo?

San Gregorio, in Evang. hom. 15

Y entonces también vio Abraham el día del Señor, cuando dio hospitalidad a tres ángeles, en quienes vio la figura de la Trinidad beatísima.

Crisóstomo, in Ioannem, hom.54

Y también llamó su día al día de la crucifixión, el que prefiguró Abraham ofreciendo el carnero en vez de su hijo Isaac (Gn 22). Con esto se demostraba que no vino obligado a sufrir la pasión. Y manifestando que ellos no pensaban como Abraham, porque éstos se lamentan de aquello mismo de que aquél se alegraba.

San Agustín, ut sup

¿Y qué gozo no sería el de aquel corazón que vio al Verbo brillando en el esplendor de los santos a la vez que continuaba unido al Padre, y que en algún tiempo vendría hecho hombre sin separarse del seno del Padre?

Y los judíos le dijeron: "¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abraham?" Jesús les dijo: "En verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham fuese, yo soy". Tomaron entonces piedras para tirárselas: mas Jesús se escondió y salió del templo. (vv. 57-59)

San Gregorio, in Evang. hom. 18

Como los pensamientos de los judíos eran carnales, cuando oían las palabras de Jesucristo, no levantaban los ojos de la carne, porque no veían en El otra cosa que sólo la edad de la carne. Por esto sigue el Evangelista: "Y los judíos le dijeron: ¿aún no tienes cincuenta años y has visto a Abraham?" Como diciendo: "muchos años han pasado desde que murió Abraham; ¿y cómo vio tu día?" Pues entendían esto en sentido material.

Teofilacto

El Salvador tenía entonces treinta y tres años, ¿por qué no dijeron, pues, aún no tienes cuarenta años, sino que dijeron cincuenta? Esta pregunta es inútil. Sencillamente porque dijeron lo que se les ocurrió. Pero la contestan algunos diciendo que dijeron cincuenta en reverencia del año quincuagésimo, a que llamaban del jubileo. En este año daban la libertad a los cautivos y cedían las posesiones que habían comprado (Lv 26; Nm 23).

San Gregorio, ut sup

El Salvador consiguió con su bondad, levantar aquellos de las miras humanas a la contemplación de la divinidad. Por esto sigue: "Jesús les dijo: en verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham fuese, yo soy". Antes es el tiempo pasado, soy es el tiempo presente. Pero la divinidad no tiene tiempo pasado ni futuro sino que siempre es. Por esto no dijo antes que Abraham yo fui, sino que dijo "antes que Abraham fuese yo soy", de acuerdo con aquellas palabras del Exodo: "Yo soy el que soy" (Ex 3,14). Luego, antes y después de Abraham existió también, pero pudo acercarse por la manifestación de su presencia, y pudo retirarse por el curso de su vida.

San Agustín, in Joannem, tract. 43

Y por lo mismo que Abraham era criatura no dijo: "antes que Abraham fuese", sino: "antes que Abraham fuese hecho". Ni tampoco dijo: "yo he sido hecho, porque "en el principio existía el Verbo" (Jn 1,1).

San Gregorio, ut sup

Mas como las imaginaciones de los infieles no podían comprender estas palabras de eternidad, se propusieron abrumar a Aquél a quien no podían entender. Por esto sigue: "Tomaron entonces piedras para tirárselas".

San Agustín, ut sup

¿A dónde iba a recurrir la dureza de ellos, sino a sus semejantes (esto es, a las piedras)?

Teofilacto

Y después que el Señor había concluído de enseñarles todo lo que afectaba a su

persona, los judíos le arrojan piedras, pero los abandona como aquéllos que no admiten corrección. Por esto sigue el Evangelista: "Mas Jesús se escondió y se salió del templo". No se escondió en un ángulo del templo como temiendo, ni huyendo se entró en alguna choza, ni se ocultó a la espalda del muro, o a la sombra de alguna columna, sino que en virtud de su gran poder se hizo invisible para los que le tendían asechanzas, y salió por en medio de ellos.

San Gregorio, ut sup

Si hubiera querido ejercer el poder de su divinidad, los hubiese envuelto en sus propios golpes con el mandato tácito de su voluntad, o los hubiese sujetado a las penas de una muerte repentina; mas el que había venido a sufrir no quería juzgar.

San Agustín, ut sup

Debía más bien enseñar la paciencia que ejercitar el poder.

Alcuino

Y por esto huyó, porque aún no había llegado la hora de su pasión, y porque El no había elegido esta clase de muerte.

San Agustín, ut sup

Luego, como hombre huyó de las piedras, pero ¡ay de aquéllos, de cuyos corazones de piedra huye el Señor!

Beda

En sentido místico, cuando alguno se detiene en los malos pensamientos, arroja sobre Jesús tantas piedras cuantos son aquéllos pensamientos. Por tanto, en cuanto le corresponde, si pasa al delirio de la pasión, mata a Jesús.

San Gregorio, ut sup

¿Y qué dio a entender el Señor escondiéndose, sino que su misma verdad se esconde de aquellos que desprecian sus preceptos? Y la verdad huye de aquella alma a quien no encuentra humilde. ¿Y qué nos da a conocer con este ejemplo, sino que también debemos retirarnos humildemente ante la furia de los soberbios, aunque podamos resistir?

CAPÍTULO 9

Y al pasar Jesús, vio un hombre ciego de nacimiento, y le preguntaron sus discípulos: "Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, para haber nacido ciego?" Respondió Jesús: "Ni éste pecó ni sus padres: mas para que las obras de Dios se manifiesten en él. Es necesario que yo obre las obras de Aquél que me envió, mientras es de día. Vendrá la noche cuando nadie podrá obrar. Mientras que estoy en el mundo, luz soy del mundo". Cuando esto hubo dicho, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y ungió con el lodo sobre los ojos del ciego: Y le dijo: "Ve, lávate en la piscina de Siloé" (que quiere decir Enviado). Se fue, pues, y se lavó y volvió con vista. (vv. 1-7)

Crisóstomo, in Joan. Hom 55

Jesucristo curó al ciego al salir del Templo, porque los judíos no habían comprendido la sublimidad de sus palabras, queriendo con su retirada aplacar su furor y ablandar su dureza por medio de un milagro. Daba de esta manera testimonio de lo que se había dicho de El: "Y al pasar Jesús, vio un hombre ciego de nacimiento", etc. Debemos notar aquí, que lo primero que hace al salir del Templo es la obra que debía manifestarlo ante los hombres, porque El fue quien vio al ciego, no se acercó a El el ciego. Y con tanto cuidado lo miró, que al notarlo sus discípulos le preguntaron: "Maestro, ¿quién pecó?", etc.

San Agustín, in Joanem tract. 44

La palabra Rabbí quiere decir Maestro. Ellos le llaman Maestro, porque lo que querían era aprender, y por esto habían propuesto una cuestión al Señor, como a su Maestro.

Teofilato

Esta pregunta parece censurable, porque los discípulos no habían recibido las fábulas de los gentiles según las cuales, el alma, viviendo en otro mundo, pecó allí. Pero considerándola atentamente se ve que la pregunta no es sencilla.

Crisóstomo, ut supra

Ellos llegaron a hacer esta pregunta porque en otra ocasión, después de haber curado al paralítico, le había dicho (Jn 5,14): "Mira que ya estás sano, no quieras pecar más". Ellos, pues, pensando que aquel paralítico había perdido las fuerzas de sus miembros a causa de sus pecados, le preguntan ahora si éste había pecado, lo cual no era de creer, puesto que era ciego de nacimiento. O si habían pecado sus padres, pero ni aun esto, porque el hijo no sufre el castigo que sólo es debido al padre. "Respondió Jesús: Ni éste pecó, ni sus padres".

San Agustín, ut supra

¿Acaso había nacido él exento de la culpa original, o durante su vida no había cometido ninguna? Habían pecado él y sus padres, pero no había nacido ciego en castigo de su pecado. El mismo Salvador señala la causa por la que había nacido ciego: "A fin de

que las obras de Dios se manifiesten en él".

Crisóstomo, ut supra

No quiere decir con esto que otros han nacido ciegos por los pecados de sus padres pues no sucede que un hombre sea castigado por el pecado que otro ha cometido. Las palabras "para que las obras de Dios se manifiesten" no se refieren a la gloria de su Padre, sino a la suya propia, pues la gloria del Padre ya se había manifestado. ¿Pero acaso éste padecía injustamente su ceguera? Yo entiendo que para él fue un beneficio, porque por ella vio él con los ojos del alma. Es evidente que Aquel que le había dado el ser, sacándolo de la nada, tenía también poder para dejarlo así sin ningún género de injusticia. Según algunos expositores, la partícula ut no significa aquí la causa, sino el efecto, lo mismo que en aquel otro pasaje: Lex subintravit ut abundaret delictum, en el sentido de que el Señor, abriendo los ojos cerrados y curando otras enfermedades del cuerpo, hizo brillar su gloria por la manifestación de su poder.

San Gregorio, moralium praef. c. 5

Hay un castigo que hiere al pecador de tal suerte que no le queda retractación posible; hay otro que lo hiere para corregirlo. Otro hay que se aplica, no para castigo de las culpas pasadas, sino para prevenir las venideras; otro, que ni castiga las culpas pasadas ni previene las venideras, sino que se aplica para hacer amar más ardientemente el poder conocido del Salvador, cuando la salvación inesperada sigue al castigo.

Crisóstomo, ut supra

Y como El había dicho, hablando de sí mismo: "Para que las obras de Dios se manifiesten", añade: "Es necesario que yo obre las obras de Aquél que me envió"; es decir, es necesario que yo me manifieste a mí mismo y haga lo que me manifiesta, haciendo las mismas obras que mi Padre.

Beda

El Hijo, afirmando que hace las obras de su Padre, manifiesta así que sus obras son las mismas que las de su Padre, y son curar a los enfermos, fortalecer a los débiles e iluminar a los hombres.

San Agustín, ut supra

Por las palabras: "Aquél que me envió", da toda la gloria a Aquél de quien procede, porque el Padre tiene un Hijo que es suyo, mientras que El mismo no procede de alguien.

Crisóstomo, ut supra

Prosigue el texto sagrado: "mientras es de día", es decir, mientras es permitido a los hombres creer en mí, o mientras dure esta vida, "conviene que yo obre". Y esto mismo da a entender en las palabras siguientes: "Vendrá la noche cuando nadie podrá obrar". Se dice noche, según aquellas palabras de San Mateo (22,13): "Arrojadle en las tinieblas exteriores". Allí será noche en la que nadie podrá obrar, sino recibir el merecido de sus obras. Si has de hacer alguna cosa, hazla mientras te dura la vida, pues concluida ésta no habrá ya ni fe, ni trabajos, ni arrepentimiento.

San Agustín, ut supra

Si nosotros trabajamos durante esta vida, éste es el día, éste es Cristo. Por eso añade: "Mientras que estoy en el mundo". He aquí que El es el día mismo. Este día, que acaba con una vuelta del sol, tiene pocas horas. El día de la presencia de Cristo dura hasta la consumación de los siglos; porque El mismo dijo (Mt 28,20): "He aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos".

Crisóstomo, in Joanem, hom 55 et 56

Como por sus obras había hecho brillar la verdad de lo que acababa de decir, por eso el Evangelista añade: "Cuando esto hubo dicho, escupió en tierra e hizo lodo con la saliva y ungió con el lodo sobre los ojos del ciego". El que hizo de la nada sustancias mayores, pudo con más razón hacer ojos sin materia alguna, pero quiso enseñarnos que El era el mismo Creador, que al principio se sirviera de lodo para formar al hombre. Por eso no se sirve de agua para hacer el lodo, sino de saliva, para que no atribuyéramos nada a la virtud de la fuente y entendiésemos que por la virtud de su boca hizo y abrió los ojos. Por último, a fin de que la curación no se atribuyese a virtud de la tierra de que se había servido, le mandó que fuese a lavarse. "Y le dijo: ve, lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir Enviado)", para que sepas que yo no necesito de lodo para dar vista. Y como Cristo era el que comunicaba a la piscina de Siloé toda su virtud, el Evangelista nos da en seguida la interpretación de este nombre cuando añade "que significa Enviado", para enseñarnos que el que sana en ella es Cristo; porque así como el Apóstol nos dice que la piedra era Cristo (1Cor 10,4), así Siloé era una corriente de agua súbita espiritual, significando a Cristo, que se manifiesta contra toda esperanza. Pero, ¿por qué no lo hace lavarse al punto, sino que lo envía a Siloé? Para cerrar la boca a las imprudentes agresiones de los judíos. Convenía que todos lo vieran ir con el lodo sobre los ojos. Era conveniente también para manifestar que El no desconocía la Ley y el Antiguo Testamento. No era de temer que se atribuyese a Siloé la gloria de esta curación, porque muchos se habían lavado allí los ojos sin haber alcanzado tan gran beneficio. También para que aprendas a tener la fe del ciego, que no contradice lo más mínimo el mandato del Salvador, ni dijo en su interior: el lodo más bien produce la ceguera. Muchas veces me lavé en Siloé y jamás he sido curado; si alguna virtud tuviese, ya estaría yo sano; sino que obedeció al punto: "Se fue, pues, y se lavó y volvió con vista". De este modo manifestó su gloria, porque no es pequeña gloria el ser tenido por el autor de la creación, porque la fe que se tiene de las obras mayores sirve para tenerla de las menores. Entre todas las obras de la creación, la más noble es el hombre. Y entre todos los miembros que tenemos, el más noble es el ojo, porque es el que rige al cuerpo y adorna el rostro, y lo que es el sol en la tierra es el ojo en el cuerpo; por eso su lugar es el más elevado, colocado como en sitio real.

Teófilacto

Algunos opinan que este lodo no se cayó, sino que se convirtió en ojos.

Beda

En sentido místico significa el Señor, que expulsado del corazón de los judíos, pasó al punto al de los gentiles. Este paso o camino que ha recorrido es su descendimiento del cielo a la tierra. El vio al ciego en el momento en que lleno de compasión fijó su mirada

sobre el género humano.

San Agustín, ut supra

El género humano está representado en este ciego, y esta ceguedad viene por el pecado al primer hombre, de quien todos descendemos. Es, pues, un ciego de nacimiento. El Señor escupió en la tierra y con la saliva hizo lodo, "porque el Verbo se hizo carne" (Jn 1,14). Untó los ojos del ciego de nacimiento. Tenía puesto el lodo y aun no veía, porque cuando lo untó, quizá le hizo catecúmeno. Le envió a la Piscina que se llama Siloé, porque fue bautizado en Cristo, y fue entonces cuando lo iluminó. Tocaba al Evangelista el darnos a conocer el nombre de esta Piscina, y por eso dice: "Que quiere decir Enviado", porque si Aquél no hubiera sido enviado, ninguno de nosotros habría sido absuelto del pecado.

San Gregorio, Moralium 8, 21

La saliva significa el sabor de la contemplación íntima, la cual baja desde la cabeza a la boca, porque desde la altura de la gloria es de donde viene Dios a nosotros por las dulzuras de la revelación, mientras estamos en esta vida. El Señor mezcló su saliva con la tierra y devolvió así la vista al ciego de nacimiento; porque mezclando la contemplación de su verdad con nuestro pensamiento es como la gracia sobrenatural irradia en nosotros. Y sanando al hombre de su natural ceguera, ilumina su inteligencia.

Los vecinos y los que le habían visto antes pedir limosna decían: "¿No es éste el que estaba sentado y pedía limosna?" Los unos decían: "Este es"; y los otros: "No es ése, sino que se le parece". Mas él decía: "Yo soy". Y le decían: "¿Cómo te fueron abiertos los ojos?" Respondió él: "Aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo, y ungió mis ojos y me dijo: ve a la Piscina de Siloé y lávate: y fui, me lavé y veo". Y le dijeron: "¿En dónde está aquél?" Respondió él: "No sé". Llevaron a los fariseos al que había sido ciego. Y era sábado cuando hizo Jesús el lodo y le abrió los ojos. Y de nuevo le preguntaban los fariseos, cómo había recibido la vista. Y él les dijo: "Lodo puso sobre mis ojos, y me lavé y veo". Y decían algunos de los fariseos: "Este hombre no es de Dios, porque no guarda el sábado". Y otros decían: "¿Cómo puede un hombre pecador hacer estos milagros?" Y había disensión entre ellos. Y vuelven a decir al ciego: "Y tú, ¿qué dices de aquél que abrió tus ojos?" Y él dijo: "Que es profeta". (vv. 8-17)

Crisóstomo, in Joanem hom 56

Lo extraño del milagro debía dar lugar a la incredulidad, y por eso el Evangelista añade: "Los vecinos y los que le habían visto antes pedir limosna, decían: ¿No es éste el que estaba sentado y pedía limosna?" ¿A dónde descendía la infinita clemencia de Dios? Ella curaba con ternura a aquellos que pedían limosna. De esta manera cerraba la boca a los judíos, pues en su providencia consideraba dignos de sus gracias, no a los hombres insignes o ilustres por su nacimiento, sino a los pobres y humildes, pues había venido para salvar a todos. "Los unos decían: Este es". En efecto; aquéllos a quienes este prodigio había convertido en testigos irrecusables del milagro, no podían decir tampoco: No es éste. "Y los otros: no es ése, sino que se le parece".

San Agustín, in Joanem tract 44

Porque, abiertos los ojos, éstos habían cambiado su semblante. Mas él decía "Yo soy", expresión de gratitud y reconocimiento que lo libra de ser tenido por ingrato.

Crisóstomo, ut supra

Porque no se avergüenza de su primitiva ceguera, ni teme el furor de la plebe, ni rehúsa manifestarse él mismo para proclamar a su bienhechor. "Y le decían: ¿Cómo te fueron abiertos los ojos?" Ni nosotros sabemos el modo, ni tampoco lo sabe el que ha sido curado. El conocía el hecho, pero no podía comprender la manera como se había verificado. "Respondió él: Aquel hombre que se llama Jesús, hizo lodo y ungió mis ojos". ¡Mira cuán veraz es en sus palabras! No dijo con qué lo había hecho; no dijo tampoco lo que no sabía, porque él ignoraba que Jesús había escupido en la tierra. Por el sentido del tacto conoció que sus ojos habían sido untados de lodo, "Y me dijo: Ve a la Piscina de Siloé y lávate". También fue testigo de esto por el oído, pues reconoció su voz a causa de la disputa con los discípulos. Y como él se había preparado para una sola cosa, a

saber, para dejarse persuadir en todo por el que le mandaba, añade: "Y fui, me lavé y veo".

San Agustín, ut supra

He aquí cómo se hace mensajero de la gracia; he aquí cómo evangeliza y confiesa a los judíos. Este ciego confesaba y el corazón de los impíos estaba oprimido porque no tenían en el corazón lo que él ya tenía en el rostro. "Y le dijeron: ¿En dónde está aquél?"

Crisóstomo, ut supra

Ellos decían esto meditando su muerte, porque ya habían conspirado contra El; pero Cristo no estaba jamás cerca de aquellos a quienes curaba, porque no buscaba su gloria, ni tampoco hacía ostentación de sí mismo. Jesús, después de curar, se retiraba siempre para alejar toda sospecha de milagros, porque los que no lo conocían, ¿cómo habían de confesar que habían sido curados por El? "Respondió él: No sé".

San Agustín, ut supra

Al decir estas palabras se asemejaba al ungido, pero que aún no ve. Predica, mas no conoce a aquel a quien predica.

Beda

Es figura de los catecúmenos, que aun cuando creen en Cristo, todavía no le conocen, porque aun no están purificados.

A los fariseos pertenecía, pues, aprobar o desaprobar esta obra.

Crisóstomo, ut supra

Al preguntar los judíos: "¿Dónde está aquel?" querían encontrarlo para conducirlo a los fariseos; pero como no lo encontraron, llevaron al ciego delante de los fariseos para poder preguntarle con más insistencia. Y por eso añade el Evangelista: "Y era sábado", para demostrar la depravada intención de ellos y por qué causa lo buscaban, esto es, para alegar un motivo contra El y para poder manifestarse acusadores de este milagro, so pretexto de violación de la Ley. Esto es lo que confirman las palabras siguientes: "Y de nuevo le preguntaban los fariseos", etc. Mira cómo el ciego no se turba. Nada de extraño tenía el decir la verdad en presencia de las turbas que le preguntaban, sin que corriese peligro alguno. Lo admirable es que ahora, en presencia de los fariseos, cuando corre verdadero peligro, nada niega, ni dice lo contrario de lo que antes había afirmado. "Y él les dijo: lodo puso sobre mis ojos, y me lavé y veo". El cuenta el hecho de la manera más breve a hombres que ya lo habían escuchado. Calla el nombre del que le había dicho "Ve, lávate en la piscina"; antes bien, exclama desde luego: "Lodo puso sobre mis ojos", etc. De este modo obtuvieron un resultado contrario al que se habían propuesto, porque ellos le habían conducido para que negara el milagro, que él publicaba sin recelo alguno.

"Y decían algunos fariseos", etc.

San Agustín, ut supra

No todos, sino algunos, porque ya algunos empezaban a ser ungidos. Los que no veían, ni habían sido ungidos, decían: "Este hombre no es de Dios, pues que no guarda el sábado". Mejor guardaba el sábado el que estaba libre de pecado, pues guardar el sábado en sentido espiritual es estar libre de pecado, y esto es lo que Dios aconseja cuando

exhorta a santificar el día del sábado, diciendo (Ex 20,10): "No haréis obras serviles". Y he aquí lo que el Señor llama obra servil: todo el que hace un pecado, es esclavo del pecado (Jn 8,34); pero mientras ellos observaban carnalmente el sábado, espiritualmente lo violaban.

Crisóstomo, in Joanem hom 56

Maliciosamente ocultan el hecho y sólo hablan de la supuesta prevaricación; porque ellos no decían que había curado en el día del sábado, sino que no guarda el sábado. "Otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estos milagros?" Los milagros les llamaban la atención, pero sus corazones estaban mal dispuestos. Era conveniente manifestar de qué manera no se quebrantaba el sábado. Ninguno de ellos se atrevía a decir claramente lo que quería, sino que preferían dejarlo en la duda, los unos por debilidad y los otros por la humana ambición: "Y había discusión entre ellos". Esta división comenzó en el pueblo y después se propagó entre los principales.

San Agustín, ut supra

Cristo era el día que separó la luz de las tinieblas.

Crisóstomo, in Joanem hom 57

Aquellos que habían dicho: "Un hombre pecador no puede hacer estos milagros", queriendo cerrar la boca de sus adversarios, sacan en medio de ellos a aquel que había experimentado el poder de Cristo, con el fin de no aparecer aduladores. "Y vuelven a decir al ciego: Y tú, ¿qué dices de aquel que abrió tus ojos?"

Teófilacto

Mira con cuánta benevolencia le preguntan. No le dijeron: Tú, qué dices de aquel que no guarda el sábado, sino que refieren el milagro: ¿Cómo te abrió los ojos? Como si quisieran excitar el celo de este hombre curado, diciéndole: El ha sido tu salvador y, por lo tanto, debes ensalzar su poder y su gloria.

San Agustín, ut supra

O tal vez buscaban un medio de calumniar al hombre y arrojarlo de la sinagoga; pero él no manifestó más que lo que sentía. "Y él dijo: Que es profeta". Aunque ya estaba tocado su corazón, todavía, sin embargo, no confiesa al Hijo de Dios; pero no miente, porque el Señor había dicho de sí mismo "Que ningún profeta es acepto en su patria" (Lc 4).

Mas los judíos no creyeron de él que hubiese sido ciego y que hubiese recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista y les preguntaron y dijeron: "¿Es éste vuestro hijo, el que decís que nació ciego? ¿Pues cómo ve ahora?" Sus padres les respondieron y dijeron: "Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego: mas no sabemos cómo ahora tenga vista, o quien le haya abierto los ojos: nosotros no lo sabemos: preguntadlo a él: edad tiene: que hable él por sí mismo". Esto dijeron los padres del ciego, porque temían a los judíos: porque ya habían acordado los judíos que si alguno confesase a Jesús por Cristo, fuese echado de la sinagoga. Por eso dijeron sus padres: "Edad tiene, preguntadlo a él". (vv. 18-23)

Crisóstomo, in Joanem hom 57

No habiendo podido los fariseos acobardar al ciego, antes por el contrario, viéndolo proclamar a Jesús como a su bienhechor, pensaban que podrían deshacer el milagro por el testimonio de los padres. "Mas los judíos no creyeron hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista".

San Agustín, in Joanem tract 44

Esto es, del que había sido ciego y ahora veía.

Crisóstomo, ut supra

Sin embargo, tal es la fuerza de la verdad, que mientras más se la combate con falsos argumentos, más brilla y mayor fuerza tiene. La mentira se resiste a sí misma y no consigue otra cosa que esclarecer más y más la verdad por aquellos mismos medios con que intentaba oscurecerla, y esto es lo que aquí sucede. Para que nadie dijera que el testimonio del pueblo no tenía ningún valor, porque podía muy bien haberse dejado engañar por falsas apariencias, hacen que se presenten los padres, que mejor que nadie conocían a su propio hijo. Los colocan en medio de la asamblea y les preguntan con gran furor: "¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego?". Y no dicen que un tiempo ha estado ciego, sino que vosotros decís que nació ciego. ¡Oh hombres perversos! ¿Qué padre sería capaz de inventar semejantes mentiras contra su hijo? Lo único que no dicen es que vosotros lo hicisteis ciego. De dos maneras tratan ellos de inducirlos a que nieguen el milagro: o con las palabras "que decís ha nacido ciego" o con las que después añaden: "¿Cómo, pues, ve ahora?"

Teófilacto

Como si dijeran: o es falso que ahora vea, o bien es falso que haya nacido ciego. Pero es innegable que ve ahora; luego es falso que haya nacido ciego, como decís vosotros.

Crisóstomo, ut supra

De las tres preguntas que les hacen, a saber, si es hijo de ellos, si fue ciego y cómo

es que ahora ve, satisfacen a dos. Respondieron sus padres "Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego". Eluden la tercera, y por eso añaden: "Mas no sabemos cómo ahora tenga vista". Y esto lo confiesan, porque convenía para esclarecer la verdad, que exigía que nadie contestara más que aquel que había sido curado y que, por lo tanto, era digno de ser creído. "Preguntadlo a él. Edad tiene; que hable él por sí mismo".

San Agustín, ut supra

Nosotros estaríamos obligados a hablar por un niño que no pudiese hablar por sí mismo. Le hemos conocido ciego de nacimiento, pero no mudo.

Crisóstomo, ut supra

Cuán poco agradecidos se mostraron los padres, que callaron por temor a los judíos parte de lo que sabían. "Esto dijeron los padres del ciego por temor a los judíos". Otra vez el Evangelista manifiesta aquí el pensamiento y la intención de los judíos: "Porque ya habían acordado los judíos, que si alguno confesase a Jesús por Cristo, fuese echado de la sinagoga".

San Agustín, ut supra

Ya no era un mal el ser arrojado de la sinagoga. Los judíos arrojaban; Jesús recibía. Por eso dijeron sus padres: "Edad tiene, preguntadlo a él".

Alcuino

En lo cual el Evangelista muestra que ellos respondieron así, no por ignorancia, sino por miedo.

Teófilacto

Más débiles se mostraron que su hijo, el cual se presentó como intrépido testigo de la verdad, teniendo ya los ojos del alma iluminados por Dios.

Volvieron, pues, a llamar al hombre que había sido ciego, y le dijeron: "Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es pecador". El les dijo: "Si es pecador no lo sé: una cosa sé: que habiendo yo sido ciego, ahora veo". Y ellos le dijeron: "¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?" Les respondió: "Ya os lo he dicho y lo habéis oído: ¿por qué lo queréis oír otra vez? ¿Por ventura queréis vosotros también haceros sus discípulos?" Y le maldijeron y dijeron: "Tú seas su discípulo, que nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que habló Dios a Moisés; mas éste no sabemos de dónde sea". Aquel hombre les respondió y dijo: "Cierto que es ésta cosa maravillosa, que vosotros no sabéis de dónde es, y abrió mis ojos. Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; mas si alguno es temeroso de Dios y hace su voluntad, a éste oye. Nunca fue oído que abriese alguno los ojos de uno que nació ciego. Si éste no fuese de Dios, no pudiera hacer cosa alguna". Respondieron y le dijeron: "¿En pecado eres nacido todo, y tú nos enseñas?" Y le echaron fuera. (vv. 24-34)

Crisóstomo, in Joanem hom 57

Como los padres habían vuelto a enviar a los fariseos a aquel que había sido curado, de aquí el preguntarle por segunda vez. "Volvieron, pues, a llamar al hombre que había sido ciego". Ellos no le dicen claramente: niega que Cristo te ha curado, sino que so pretexto de celo por la religión, tratan de inducirle a ello. "Da gloria a Dios", esto es, confiesa que Cristo nada te ha hecho.

San Agustín, in Joanem tract 44

Es decir, niega lo que has recibido, lo cual ciertamente no es dar gloria a Dios, sino blasfemarlo.

Alcuino

De esta manera querían dar gloria a Dios, haciendo que llamase pecador a Cristo, como ellos mismos hacían, y por eso añaden: "Nosotros sabemos que ese hombre es pecador".

Crisóstomo, in Joanem hom 58

Por qué no le replicasteis cuando os dijo (Jn 8,46): "¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?".

Alcuino

Pero él, para no dar lugar a la calumnia ni tampoco ocultar la verdad, no dijo: sé que El es justo, sino que les contestó: "Si es pecador, no lo sé".

Crisóstomo, in Joanem hom 57

¿Cómo el mismo que había dicho "Que es profeta", ahora dice: "Si es pecador no lo sé"? ¿Es acaso que el ciego tiene ahora miedo? De ninguna manera. Pero él quiere que

éste sea el testimonio de la realidad que haga desaparecer la acusación contra Cristo. Quiere también dar a su respuesta la fuerza de su reconocimiento: "Una cosa sé: que habiendo yo sido ciego, ahora veo". Como si dijera: nada digo ahora de si es pecador, pero lo que puedo asegurar es lo que claramente sé. Como ellos no podían destruir el hecho, vuelven a la primera cuestión, inquiriendo de nuevo la manera de la curación, como perros que van olfateando la caza aquí y allí. Y ellos dijeron: "¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?" Esto es, ¿por ventura, valiéndose de alguna ligereza de manos? No le preguntaron: ¿De qué manera has visto?, sino ¿cómo te abrió los ojos?, dando ocasión para desvirtuar el milagro del Salvador. En tanto que las preguntas que se le hacían necesitaban explicación, él contesta con mesura; pero cuando ya había triunfado de las argucias malévolas de los fariseos, contesta con firmeza a las demás preguntas: "Ya os lo he dicho y lo habéis oído. ¿Por qué lo queréis oír otra vez?". Como si les quisiera decir: Vosotros no queréis hacer caso de lo que ya os he dicho y no responderé más a las preguntas que vanamente me hacéis, no para informaros de la verdad, sino para discurrir razones falsas. "¿Por ventura queréis vosotros también haceros sus discípulos?"

San Agustín, in Joanem tract 44

¿Qué quiere decir: "Por ventura también vosotros"? sino, puesto que yo soy su discípulo, por ventura, ¿queréis vosotros también haceros sus discípulos? Ya veo, pero no tengo envidia. El hablaba estas cosas indignado contra la dureza de los judíos; de ciego que había sido, ahora veía y no podía soportar a los ciegos.

Crisóstomo, ut supra

Así como la verdad tiene un poder irresistible, de la misma manera la mentira es débil; porque la verdad, aun cuando sean débiles aquellos que se amparan con ella, ella los robustece y los hace ilustres, mientras que la mentira hace débiles a los mismos poderosos.

Y prosigue: "Y le maldijeron diciendo: Seas tú discípulo de El".

San Agustín, ut supra

¡Aquí hay maldición si atiendes al corazón, no si examinas las palabras! Caiga tal maldición sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Y añadieron: "Nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que habló Dios a Moisés". ¡Ojalá supierais que habló Dios a Moisés! Entonces sabríais que Dios ha sido anunciado por Moisés. Porque el Señor os dice (Jn 5,46): "Si creyereis en Moisés, creeríais en mí, porque de mí es de quien ha escrito". ¿Así seguís al siervo, volviendo la espalda al Señor? Pues añadís: "Mas éste no sabemos de dónde sea".

Crisóstomo, ut supra

Preferís y dais más crédito a lo que oís que a lo que veis con vuestros mismos ojos, porque todas las cosas que decís que sabéis, las habéis recibido de vuestros padres. ¿Pero acaso no es más digno de fe Aquel que probó que venía de Dios por medio de milagros, de los que no sólo habéis oído hablar, sino que vosotros mismos habéis visto? Por eso: "Aquel hombre les respondió y dijo: 'Cierto que es ésta cosa maravillosa, que vosotros no sabéis de dónde es y abrió mis ojos'". En todas partes presenta el milagro,

porque éste no podrían alterarlo y ya habrían sido convencidos por él. Y como habían dicho que un hombre pecador no puede hacer estos milagros, él se refiere al juicio de ellos, trayéndoles a la memoria sus propias palabras. Por eso añade: "Sabemos que Dios no oye a los pecadores", como si dijera: mi opinión y la vuestra son iguales.

San Agustín, ut supra

Es aún el ungido el que habla, porque Dios oye también a los pecadores; pues si no los oyera, en vano diría el publicano: "Dios, muéstrate propicio a mí pecador" (Lc 18,13). Por aquella confesión mereció su justificación, de la misma manera que el ciego mereció ser iluminado.

Teófilacto

O bien hay que decir, que por estas palabras "que Dios no oye a los pecadores", se quiere significar que Dios no concede a los pecadores el poder de hacer milagros. Cuando los pecadores imploran el perdón de sus pecados, han sido trasladados del estado de pecadores al de penitentes.

Crisóstomo, ut supra

Y observad que lo que él dijo más arriba: "Si El es pecador, no lo sé", no lo dijo manifestando una duda. Pues aquí no sólo le excusa de pecados, sino que aún lo confiesa muy agradable a Dios. Y así dice: "Si alguno es temeroso de Dios y hace su voluntad, a éste oye". No basta, pues, conocer a Dios, sino que es preciso hacer su voluntad. En seguida publica y ensalza lo que se había hecho, diciendo: "Nunca fue oído que abriese alguno los ojos de uno que nació ciego". Si vosotros confesáis que Dios no oye a los pecadores, observad que este hombre ha hecho un milagro, y tal, que ningún hombre lo hizo jamás; es evidente que el poder en virtud del cual El ha hecho este milagro, es más grande que todo poder humano; y por esto añade: "Si Este no fuese de Dios, no pudiera hacer cosa alguna".

San Agustín, ut supra

Libremente, constantemente, verazmente. Estas cosas que han sido hechas por el Señor, ¿por quién habían sido hechas sino por Dios? ¿O cuándo las habrían hecho los discípulos si el Señor no habitara en ellos?

Crisóstomo, ut supra

Como que había dicho la verdad, en ninguna cosa le habían confundido. Sin embargo, cuando convenía principalmente que lo admiraran, entonces lo condenan: "Ellos le respondieron y dijeron: ¿en pecado eres nacido todo, y tú nos enseñas?"

San Agustín, ut supra

¿Qué quiere decir la palabra todo, sino aludiendo a la ceguera? Pero el que le ha curado la vista le ha curado de todo.

Crisóstomo, ut supra

O bien dicen todo, como si dijeran: Estás en pecado desde tus primeros años. Aquí, pues, le echan en cara su ceguera, manifestando que había estado ciego por sus pecados, lo cual no era cierto. Mientras ellos esperaban de él una negación. Lo creen digno de ser creído; pero ahora lo arrojan fuera.

San Agustín, ut supra

Ellos le habían hecho maestro, le habían preguntado muchas veces para aprender de él; pero ahora, ingratos, arrojan al que les enseña.

Beda

Esta es la costumbre de los mayores, que desdeñan aprender algo de los inferiores.

Oyó Jesús que le habían echado fuera: y cuando le halló, le dijo: "¿Crees tú en el Hijo de Dios?" Respondió él y dijo: "¿Quién es, Señor, para que crea en El?" Y Jesús le dijo: "Y lo has visto, y el que habla contigo, ése mismo es". Y él dijo: "Creo, Señor", y postrándose en tierra, le adoró. Y dijo Jesús: "Yo vine a este mundo para juicio: para que vean los que no ven, y los que ven sean hechos ciegos". Y lo oyeron algunos de los fariseos que estaban con él, y le dijeron: "¿Pues qué, nosotros somos también ciegos?" Jesús les dijo: "Si fuéseis ciegos no tendríais pecado: mas ahora, porque decís vemos, por eso permanece vuestro pecado". (vv. 35-41)

Crisóstomo, in Joanem hom 58

El mayor de los honores está reservado para aquellos que sufren injurias en defensa de la verdad y por confesar a Jesucristo. Esto es lo que vemos confirmado en el ciego. Los judíos lo arrojan del Templo, y el Señor del Templo, encontrándolo, lo recibe, de la misma manera que el que preside los juegos recibe al atleta que ha peleado legítimamente y ha merecido la corona. "Oyó Jesús que le habían echado fuera y cuando lo halló le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios?" El Evangelista manifiesta que Jesús había venido para hablarle. Cuando el Salvador le pregunta, lo hace no porque ignora cosa alguna, sino queriendo darse a conocer a sí mismo y manifestar en cuánto estimaba su fidelidad, como queriendo decir: la turba me ha ultrajado, pero no me da cuidado alguno. Una sola cosa quiero, y es que tú creas en mí; más vale un hombre que hace la voluntad de Dios, que diez mil inicuos.

San Hilario, De Trin. 1, 6

Si hubiera bastado una confesión cualquiera para la perfección de la fe, entonces se le habría dicho: ¿Crees tú en Cristo? Pero como casi todos los herejes habían de tener constantemente en sus labios este nombre para confesarlo como Cristo y sin embargo negarlo como Hijo de Dios, se exige para la fe lo que es característico de Cristo, a saber: que se crea en Cristo como Hijo de Dios. ¿De qué sirve creer en el Hijo de Dios, si se le cree como criatura, cuando la fe en Cristo exige de nosotros que creamos en Cristo no como criatura de Dios, sino en Cristo como Hijo de Dios?

Crisóstomo, ut supra

Todavía el ciego no había conocido a Cristo, porque era ciego antes de venir a Cristo y después de su curación había sido llevado aquí y allí por los judíos. "Respondió él y dijo: ¿quién es, Señor, para que crea en El?" Palabra de un alma llena de deseo y ansia de conocer a Aquel de quien tanto ha hablado y por quien con tanto ardor y entusiasmo ha disputado. Ella no le conoce. Aprende en El el amor a la verdad. El Señor no le ha dicho aún: "Yo te he curado"; solamente le ha hablado a medias: "Y lo has visto".

Teófilacto

El le habla así para traerle a la memoria su curación, pues de El había recibido la vista. Observad que el que habla ha nacido de María. El mismo es el Hijo de Dios, no es

otro ni diferente, según el error de Nestorio. "Y el que habla contigo, ése mismo es".

San Agustín, in Joanem tract 44

Ahora purifica su corazón. Por último, purificado el corazón y limpia la conciencia, lo reconoce, no ya como Hijo del hombre solamente (como antes lo había creído), sino como Hijo de Dios, que había tomado la forma humana. "Y él dijo: Creo, Señor". Poco es creer. ¿Quieres ver de qué manera cree? "Y postrándose le adoró".

Beda

Ejemplo que nos enseña que nadie debe rogar al Señor con la cabeza erguida, sino implorar su misericordia postrado en tierra.

Crisóstomo, ut supra

Así el ciego, juntando su actitud a sus palabras, confesó el poder divino. Pero el Señor hizo su fe más ferviente y alentó a los que le seguían. Y dijo Jesús: "Yo vine a este mundo para juicio".

San Agustín, ut supra

Porque El era el día, amanecido entre la luz y las tinieblas. Con razón, pues, añade: "Para que vean los que no ven", porque El disipa las tinieblas. ¿Pero qué significan las palabras que siguen: "Y los que ven sean hechos ciegos?" Escuchad lo que sigue: "Y lo oyeron algunos de los fariseos que estaban con El y le dijeron: ¿Pues qué, nosotros somos también ciegos?" Las palabras que a ellos perturbaban eran éstas: "Y los que ven sean hechos ciegos". Jesús les dijo: "Si fuereis ciegos, no tendríais pecado"; es decir, si conocieseis vuestra ceguedad, recurriríais a Aquel que puede curarla. "Mas por cuanto decís: vemos, vuestro pecado permanece", porque juzgándoos con vista, no buscáis al médico que os pudiera curar. Por eso permanecéis en vuestra ceguedad. Esto es lo que significa lo que poco antes he dicho: Yo he venido para que vean los que no ven (esto es, para que vean los que confiesan que no ven y buscan al médico) y los que ven sean hechos ciegos (esto es, los que creen que ven y por lo tanto no buscan al médico) permanezcan en la ceguedad. A esta separación es a la que El llamó juicio cuando dijo: "Yo vine a este mundo para juicio", pero no que trajo al mundo el verdadero juicio Aquel que juzgará a los vivos y a los muertos en el fin de los siglos.

Crisóstomo, ut supra

Puede también entenderse de este otro modo: "Para juicio", esto es, para mayor castigo, manifestando que los mismos que lo condenaron se han condenado a sí mismos. Las palabras: "Para que vean los que no ven, y los que ven sean hechos ciegos", tienen el mismo sentido que aquellas de San Pablo (Rm 9,30): "Porque las naciones que no buscaban la justicia, encontraron la justicia que procede de la fe de Cristo; pero Israel persiguiendo la Ley de la justicia se separó de ella".

Teófilacto

Como si dijera: He aquí que el que era ciego de nacimiento ya tiene abiertos los ojos del cuerpo y los del alma; mas los que creían ver, ésos han sido cegados en su entendimiento.

Crisóstomo, ut supra

Porque hay dos especies de vista y dos de ceguera: la de los sentidos y la de la inteligencia. Ellos suspiraban únicamente por las cosas sensibles y sólo se avergonzaban de la ceguera de los sentidos; de aquí el manifestarles que era preferible que fueran ciegos, y no que viesen de esta manera. Así les dice: "Si fueseis ciegos no tendríais pecado", porque vuestra condenación sería menos terrible; mas ahora decís que veis.

Teófilacto

No habiéndoos detenido a considerar el milagro hecho al ciego, no sois dignos de perdón, por no haber sido atraídos a la fe por tales milagros.

Crisóstomo, ut supra

El les demuestra como su mayor pecado lo que ellos creían que era su mayor gloria; y al mismo tiempo consoló al que había sido ciego desde su nacimiento, pero ciego corporalmente. No sin razón dice el Evangelista que: "Lo oyeron algunos de los fariseos que estaban con El"; pero para recordarnos que esos mismos eran los que en otra ocasión habían resistido a Cristo y después habían querido apedrearlo. Al parecer eran de los que le seguían, pero con la mayor facilidad se cambiaban en enemigos.

Teófilacto

"Si fueseis ciegos" (esto es, desconocedores de las Escrituras) no seríais responsables de tan grande pecado, porque pecabais por ignorancia; mas por cuanto ahora os tenéis por prudentes, sabios y peritos en la Ley, os condenáis vosotros mismos.

CAPITULO 10

"En verdad, en verdad os digo: que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, mas sube por otra parte, aquél es ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, pastor es de las ovejas. A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz, y a las ovejas propias llama por su nombre, y las saca. Y cuando ha sacado fuera sus ovejas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Mas al extraño no le siguen, antes huyen de él, porque no conocen la voz de los extraños". Este proverbio les dijo Jesús. Mas ellos no entendieron lo que les decía. (vv. 1-6)

Crisóstomo, in Joanem hom 58

Como el Señor había sostenido una disputa sobre la ceguedad de los judíos, a fin de que ellos no dijesen: no es por nuestra ceguedad por lo que no nos acercamos a ti, sino que nos apartamos como huyendo del error, quiere probar que El no es un impostor, sino que es el verdadero pastor, fijando las señales que distinguen al ladrón del pastor. Y en primer lugar enseña quién es el impostor y el ladrón, diciendo: "En verdad, en verdad os digo: que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, mas sube por otra parte, aquel es ladrón y salteador". El se refiere de una manera tácita a todos aquellos que vinieron antes que El y a los que vendrían después, al anticristo y a los falsos cristos. Llama puerta a las Escrituras, porque éstas enseñan el conocimiento de Dios; ellas son las que guardan las ovejas y no dejan que se acerquen los lobos, cerrando la entrada a los herejes. Así, pues, el que no usa de las Escrituras, sino que sube por otra parte, esto es, adopta otra vía distinta y no legítima, éste es un ladrón. Dice sube y no dice entra, a la manera del ladrón que trata de escalar el muro y hace todas las cosas rodeado de peligros. Dice por otra parte designando de una manera tácita a los escribas, que enseñaban las máximas y las doctrinas humanas, y al mismo tiempo violaban la Ley. No debe extrañarnos que El se llame a sí mismo puerta, porque se presenta a sí mismo también como pastor y como rebaño. El se llama puerta por ser el que nos conduce al Padre, y se llama pastor por ser el que nos guía.

San Agustín, in Joanem tract 45

O de otro modo: Hay muchos que por la manera ordinaria que tienen de obrar se llaman hombres buenos, que al parecer observan lo que en la Ley se manda; sin embargo, no son cristianos y las más de las veces se jactan como los fariseos: "Pues qué, ¿nosotros somos también ciegos?" (Jn 9,40). Como que ignorando a qué fin dirigir sus acciones, obran inútilmente; pero el Señor, bajo la figura de rebaño y de puerta por la que se entra al redil, les dice: "En verdad, en verdad os digo: que el que no entra por la puerta", etc. Digan en hora buena los paganos, digan los judíos o los herejes, nuestra vida es buena; si no entran por la puerta ¿de qué les sirve? La buena vida debe proporcionar a cada uno la vida eterna, y no puede decirse que viven bien los que ignoran por ceguedad el fin del bien vivir, o por orgullo lo menosprecian. Nadie puede tener esperanza de vivir siempre, si no conoce la vida (que es Cristo) y entra por esta

puerta en el redil. Todo aquel que quiere entrar en el redil, entre por la puerta; y no solamente predique a Cristo, sino busque su gloria y no la gloria propia. Pero Cristo es una puerta humilde; el que entra por esta puerta debe bajar su cabeza para que pueda entrar con ella sana. Mas aquel que no se humilla sino que se ensalza, ése quiere escalar el muro; por tanto, se eleva para caer. Muchas veces tales hombres pretenden persuadir a los demás a que vivan bien sin ser cristianos; éstos quieren subir por otra parte, robar y matar. Son, pues, ladrones, porque se apropian lo ajeno; son salteadores, porque matan lo que roban.

Crisóstomo, ut supra

Has visto cómo describe al ladrón; mira ahora la definición del pastor: "Mas el que entra por la puerta, pastor es de las ovejas".

San Agustín, De verb Dom. Serm 49

Entra por la puerta el que entra por Cristo, el que imita la pasión de Cristo, el que conoce la humildad de Cristo, que siendo Dios se ha hecho hombre por nosotros. Conozca el hombre que no es Dios, sino hombre, porque el que quiere parecer Dios siendo hombre, no imita a Aquel que siendo Dios se hizo hombre. Porque no se te ha dicho: seas algo menos de lo que eres; sino, reconoce lo que eres.

"A éste abre el portero".

Crisóstomo, ut supra

Nada impide llamar portero a Moisés, porque a él fue confiado el depósito de las palabras de Dios.

Teófilacto

O bien el Espíritu Santo es el portero que, abriéndonos las Sagradas Escrituras, nos muestra a Cristo.

San Agustín, in Joanem tract 46

O de otra manera: Por este portero debemos entender al mismo Señor. En las cosas humanas hay más diferencia entre un pastor y una puerta, que entre un portero y una puerta, y sin embargo, el Señor se llama a sí mismo pastor y puerta. ¿Por qué no hemos de ver en El al portero? El que se manifiesta a sí mismo, es el mismo que se abre. Si buscas que otro sea el portero, puedes reconocer, sin duda, bajo este nombre al Espíritu Santo, de quien el Señor dice: "El mismo os enseñará toda la verdad" (Jn 16,13). La puerta es Cristo, que es la verdad. ¿Quién abre la puerta sino el que enseña la verdad? Debemos cuidar, sin embargo, de no estimar más al portero que a la puerta, porque en las casas de los hombres el portero es más que la puerta, y no la puerta más que el portero.

Crisóstomo, ut supra

Como que ellos le habían tenido por un impostor y se empeñaban en probarlo por su misma infidelidad diciendo (Jn 7,48): "Quién de los príncipes creyó en El", enseña ahora que, puesto que no le escuchan, son excluidos de la condición de ovejas: "Las ovejas oyen su voz". Y si es propio del pastor entrar por la puerta verdadera, por la que El mismo entró, síguese que se separan del rebaño las ovejas que no oyen su voz.

"Y a las ovejas propias llama por su nombre".

San Agustín, in Joanem tract 45

Porque El conoce el nombre de los predestinados. Por eso ha dicho a sus discípulos (Lc 10,20): "Alegraos, porque vuestros nombres están escritos en el cielo". "Y las saca".

Crisóstomo, in Joanem hom 58

Sacaba a sus ovejas cuando las enviaba, no ya lejos de los lobos, sino en medio de ellos. Estas palabras parece que se dirigen al ciego de una manera indirecta, porque le sacó llamándole de en medio de los judíos.

San Agustín, ut supra

¿Y quién es el que saca las ovejas sino Aquel que perdona los pecados, para que desembarazados de sus duras cadenas puedan seguirle? "Y cuando ha sacado fuera sus ovejas, va delante de ellas".

Glosa

En verdad, las saca de las tinieblas de la ignorancia a la luz, cuando va delante de ellas como en columna de nube y de fuego.

Crisóstomo, ut supra

Los pastores hacen lo contrario, siguiendo ellos mismos a las ovejas; mas El dice de sí mismo lo contrario, conduciendo las ovejas a la verdad.

San Agustín, ut supra

¿Y quién es el que va delante de las ovejas sino Aquel que resucitando de entre los muertos no muere ya más (Rm 6,9), y dijo al Padre (Jn 17,24): "Quiero que aquellos que tú me diste estén conmigo en donde yo estoy".

"Y las ovejas le siguen, porque ellas conocen su voz. Mas al extraño no le siguen", etc.

Crisóstomo, ut supra

Llama extraños a Judas y a Teudas * y a los demás falsos apóstoles que debían venir después de ellos. Para no confundirse con ellos, se distingue en muchas cosas. En primer lugar por la doctrina de las Sagradas Escrituras, por las cuales Cristo atraía a sí a los hombres, mientras que ellos separaban a los hombres de esas mismas Escrituras. En segundo lugar, por la obediencia de las ovejas, pues los hombres creyeron en El no sólo durante su vida, mas a ellos los abandonaron inmediatamente. *(*Entre los falsos mesías, a que hace referencia Gamaliel en su discurso de **Hch** 5,36-37, están, Judas el Galileo, hijo de Ezquías, quien se sublevó hacia el 6 a.C.; y un tal Teudas, sobre cuya identidad hay cierta incertidumbre.)*

Teófilacto

Significa también el anticristo, que después de haber engañado un tanto a los hombres, no hará prosélitos después de su muerte.

San Agustín, ut supra

¿Pero cómo resolver esta cuestión? Algunas veces las que no son ovejas oyen la voz del pastor; tal aconteció a Judas, que aunque era lobo, oyó esta voz, y las ovejas no la

oyen; porque algunos de los que crucificaron a Cristo eran ovejas, y sin embargo, no oyeron su voz. Podrá decir alguno que aquellas no eran ovejas cuando no oían su voz; mas una vez que fue oída esta voz, fueron cambiados, de lobos que eran, en ovejas. Aún me asusta lo que el Señor, por boca de Ezequiel, reprende a los pastores, diciéndoles, entre otras cosas, acerca de las ovejas (Jn 34,6): "No llamaste a la que andaba errante". El le dice errante y la llama oveja; no andaría errante, si oyera la voz del pastor; por eso anda errante, porque oyó la voz del extraño. He aquí lo que yo digo: el Señor conoce los que son suyos, por presciencia (2Tim 2,19); conoce a los predestinados; éstos son las ovejas. Algunas veces no se conocen ellas mismas, pero el pastor las conoce; porque hay muchas ovejas fuera del redil, y muchos lobos están dentro. De los predestinados es de quien habla. Hay una cierta voz de pastor que las ovejas reconocen; no la del extraño; y en la que las que no son ovejas no oyen a Cristo. ¿Qué voz es ésta? "El que perseverare hasta el fin, éste será salvo" (Mt 10,22). Esta voz no la desprecia el hijo; no la oye el extraño. "Este proverbio les dijo Jesús. Mas ellos no entendieron lo que les decía", porque el Señor apacienta con palabras claras y ejercita con palabras oscuras. Cuando dos oyen las palabras del Evangelio, el uno piadoso y el otro impío, y lo que oyen es de tal naturaleza que ambos no lo entienden, el uno exclama: es verdad lo que dijo, es bueno lo que dijo, pero nosotros no lo entendemos. Este ya llama, porque cree; es digno de que se le abra si insiste en llamar. El otro dice: nada dijo; que oiga aun esta palabra: "Si no creyereis, no entenderéis" (Is 7,9).

Y Jesús les dijo otra vez: "En verdad, en verdad os digo que yo soy la puerta de las ovejas. Todos cuantos vinieron, ladrones son y salteadores, y no los oyeron las ovejas. Yo soy la puerta: quien por mí entrare será salvo, y entrará, y saldrá, y hallará pastos. El ladrón no viene sino para hurtar y para matar y para destruir. Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en más abundancia". (vv. 7-10)

Crisóstomo, in Joanem hom 58

Queriendo el Señor que se fijaran más los judíos, les explica lo que más arriba les había dicho: "Y Jesús les dijo otra vez: En verdad, en verdad os digo que yo soy la puerta de las ovejas".

San Agustín, in Joanem tract 45

He aquí que abre lo que estaba cerrado. El es la puerta; entremos, pues, y nos alegraremos de haber entrado.

"Todos cuantos vinieron, ladrones son y salteadores".

Crisóstomo, ut supra

No dijo esto de los Profetas, como pretenden los herejes, sino de los sediciosos. Por lo cual añade, alabando a las ovejas: "Pero no los oyeron las ovejas". En ningún lugar se observa que haya hecho elogios de aquellos que no obedecieron a los Profetas; antes, por el contrario, los vitupera severamente.

San Agustín, ut supra

Entiéndase en este sentido: Todos los que vinieron sin mí; porque no vinieron sin El los Profetas, porque vinieron con El los que vinieron con la palabra de Dios, y los que vinieron con El fueron veraces, porque El es la palabra y la verdad. El que había de venir enviaba sus heraldos, poseyendo los corazones de aquellos que enviaba. El que existe siempre, tomó carne en el tiempo. ¿Qué quiere decir siempre? "En el principio era el Verbo" (Jn 1,1). Los justos precedieron su venida en carne; creyeron que había de venir del mismo modo que nosotros creemos que vino. Los tiempos son diversos, no la fe; la misma fe une a los unos y a los otros, a aquellos que creyeron que vendría, y a los que creen que vino. Luego todos los que vinieron sin El fueron ladrones y salteadores; esto es, vinieron para robar y para matar. "Pero no los oyeron las ovejas", esto es, aquellos de quienes se ha dicho (2Tim 2,19): "El Señor conoce los que son de El". Las ovejas no oyeron a aquellos en quienes no estaba la voz de Cristo; a los que andan errando, a los mentirosos, a los seductores de infelices.

Por qué se llama a sí mismo puerta, lo manifiesta cuando añade: "Yo soy la puerta; quien por mi entrare será salvo".

Alcuino

Como si dijera: Las ovejas no les oyen; pero me oyen a mí, porque yo soy la puerta, y todo hombre verdadero, no hipócrita, que entrare por mí y perseverare, será salvo.

Teófilacto

El Señor conduce a las ovejas a los pastos por la puerta; por eso dice: "Y entrará, y saldrá, y hallará pastos". ¿Cuáles son estos pastos, sino el placer y el descanso futuro en que el Señor nos introduce?

San Agustín, ut supra

Pero ¿qué quiere decir "Entrará y saldrá"? Entrar en la Iglesia por la puerta misma es muy bueno; pero salir de la Iglesia, no lo es. Podemos, pues, decir que nosotros entramos cuando pensamos interiormente alguna cosa, y que salimos cuando hacemos alguna acción exterior, según aquello del Profeta (Sal 103,23): "Saldrá el hombre a su obra"

Teófilacto

O bien la palabra entrar se aplica a aquel que se ocupa del hombre interior, y la palabra salir a aquel que mortifica en Cristo al hombre exterior, esto es, a sus miembros, que están sobre la tierra (Col 3), porque éste es el que encontrará pastos en la vida futura.

Crisóstomo, ut supra

O bien estas palabras deben entenderse de los Apóstoles, que entraron y salieron con intrepidez, como señores de todo el mundo, y nadie pudo arrojarlos, y tuvieron alimentos.

San Agustín, ut supra

Pero más me complace el consejo que en cierta manera nos da cuando dice después: "El ladrón no viene sino para hurtar".

Alcuino

Como si dijera: Con razón las ovejas no oyen la voz del ladrón, porque el ladrón no viene sino para hurtar, apropiándose a sí lo que es de otro; no instruyendo a sus secuaces en los preceptos de Cristo, sino persuadiéndoles a que vivan siguiendo el ejemplo de ellos. Por eso añade el Evangelista: "Y para matar" (separando de la fe con doctrina engañosa), "y para destruir" (en la eterna condenación). Esos son, pues, los que hurtan y matan. "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en más abundancia".

San Agustín, ut supra

Me parece que debe entenderse: para que tengan vida, los que entran, esto es, que reciban la vida de la fe que obra por la caridad (Gal 5); fe que abre la puerta del redil en que está la vida, porque el justo vive de la fe (Rm. 1,17). "Y para que la tengan en más abundancia" los que salen, esto es, cuando mueren los verdaderos fieles y tienen una vida más abundante, en donde después no vuelven a morir. Aunque en esta vida no falten pastos, encontrarán pastos donde puedan saciarse, como los que encontró aquel a quien se dijo (Lc 23,43): "Hoy estarás conmigo en el paraíso".

San Gregorio, Super Ezech. hom 13

Entrará, pues, en la fe y saldrá a la visión de la naturaleza misma, y encontrará pastos en la eterna hartura.

Crisóstomo, ut supra

Cuando dice "El ladrón no viene sino para hurtar, y para matar, y para destruir", se refiere a los sediciosos, y esto se cumple a la letra en todos aquellos hombres muertos y perdidos que les seguían, privándolos de este modo de la vida eterna. "Yo he venido por la salvación de todos, para que tengan vida y para que la tengan en más abundancia en el reino de los cielos"; y ésta es la tercera diferencia por la que se distingue de los falsos profetas.

Teófilacto

En sentido místico, el ladrón es el diablo que con la tentación viene para robar por medio de malos pensamientos, mata por el consentimiento y destruye por las obras.

"Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. Mas el asalariado y que no es el pastor, del que no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebata y esparce las ovejas. Y el asalariado huye, porque es asalariado y porque no tiene parte en las ovejas". (vv. 11-13)

San Agustín, in Joanem tract 46 et 47

El Señor nos descubre dos cosas, que nos había propuesto en cierto modo encubiertas. Nosotros sabemos desde un principio que El mismo es la puerta; ahora nos enseña que es pastor, por estas palabras: "Yo soy el buen pastor". Más arriba nos había dicho que el pastor entraba por la puerta. Si, pues, El mismo es la puerta, ¿cómo entra por sí mismo? Así como El por sí mismo conoce al Padre y nosotros le conocemos por El, de la misma manera El entra en el redil por sí mismo y nosotros entramos allí por El. Nosotros, porque predicamos a Cristo entramos por la puerta. Pero Cristo se predica a sí mismo; porque su predicación le muestra a El mismo, muestra la luz y otras muchas cosas. Si aquellos que presiden la Iglesia, que son sus hijos, son pastores, ¿cómo es que no hay más que un solo pastor sino porque todos aquellos son miembros de un solo pastor? Y en verdad el ser pastor lo concedió a sus miembros; pues Pedro es pastor, y los demás Apóstoles son pastores, y todos los buenos obispos son pastores. Pero la prerrogativa de ser puerta no la concedió a ninguno de nosotros; la reservó para sí solo. No habría añadido a la palabra pastor la cualidad de bueno, si no hubiera pastores malos; ellos son ladrones y salteadores, o por lo menos mercenarios.

San Gregorio, in Evang hom 14

El añade la manera de ser del pastor bueno, para que nosotros le imitemos. "El buen pastor da su vida por sus ovejas". Hizo lo que aconsejó, manifestó lo que mandó, dio su vida por sus ovejas, para hacer de su cuerpo y de su sangre un sacramento para nosotros y para poder saciar con el alimento de su carne a las ovejas que había rescatado. Se nos puso delante el camino del desprecio de la muerte, que debemos seguir, y la forma divina a la que debemos adaptarnos. Lo primero que debemos hacer es repartir generosamente nuestros bienes entre sus ovejas, y lo último dar, si fuera necesario, hasta nuestra misma vida por estas ovejas. Pero el que no da sus bienes por las ovejas, ¿cómo ha de dar por ellas su propia vida?

San Agustín, in Joanem tract 47

Mas esto no lo hizo sólo Cristo; y sin embargo, si aquellos que lo hicieron son miembros de su redil, El fue el único que hizo estas cosas, porque El lo pudo hacer sin ellos, pero ellos no pudieron hacerlo sin El.

San Agustín, De verb dom. Serm 50

Sin embargo, todos los pastores fueron buenos, no solamente porque derramaron su sangre, sino porque la derramaron por las ovejas; pues no la derramaron por orgullo, sino por caridad. Los mismos herejes que por sus iniquidades y sus errores sufrieron algunos

trabajos, se jactan con el nombre del martirio, cubriéndose con esta capa para robar más fácilmente, porque son lobos. No de todos aquellos que entregaron sus cuerpos al martirio debe decirse que derramaron su sangre por las ovejas, sino más bien contra las ovejas, pues dice el Apóstol: "Si entregare mi cuerpo para ser quemado y no tuviere caridad, nada me aprovecha" (1Cor 13,3). ¿Cómo ha de tener siquiera sea una centella de caridad, aquel que formando parte de la comunión cristiana no ama la unidad? Recomendando el Señor esta unidad, no quiso nombrar muchos pastores, sino uno solo, diciendo: "Yo soy el buen Pastor".

Crisóstomo, in Joanem hom 59

Hablaba además el Señor de su pasión, enseñando que había venido al mundo por la salvación del hombre y no contra su voluntad. Después vuelve a indicar las señales que distinguen al pastor del mercenario: "Mas el asalariado y que no es el pastor, del que no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye".

San Gregorio, ut supra

Hay muchos que con razón no merecen el nombre de pastor, porque prefieren la recompensa terrestre a las ovejas. No puede llamarse pastor, sino mercenario, aquel que apacienta las ovejas del Señor por una recompensa pasajera y no por un amor íntimo; es mercenario el que ocupa el lugar del pastor, pero no busca el bien de las almas, desea con ansia las comodidades de la tierra, y se alegra con los honores de la prelacía.

San Agustín, De verb Dom. Serm 49

Busca otra cosa en la Iglesia, no busca a Dios; pues si buscase a Dios sería casto, porque el esposo legítimo del alma es Dios. El que busca en Dios otra cosa fuera de Dios, no busca a Dios castamente.

San Gregorio, ut supra

Si es pastor o mercenario, no puede conocerse con verdad si falta ocasión; porque en tiempo de tranquilidad, lo mismo el verdadero pastor que el mercenario están solícitos vigilando su rebaño; pero cuando viene el lobo demuestra cada uno con qué espíritu velaba sobre el rebaño.

San Agustín, ut supra

El lobo es el diablo y los que le siguen; porque dicho está (Mt 7,15) que vestidos de piel de ovejas, son por dentro lobos rapaces.

San Agustín, in Joanem tract 46

He aquí que el lobo coge a la oveja por la garganta; el diablo induce al adulterio al alma fiel; debe rechazársele, pero rechazado, será enemigo, pondrá asechanzas, hará tanto mal cuanto pudiere. Te callas, no le increpas; has visto venir al lobo y has huido; permaneciste con el cuerpo, huiste con el ánimo, porque el alma se mueve por los sentimientos, ensanchándose con la alegría, constriñéndose por la tristeza, marchando por el deseo y huyendo por el temor.

San Gregorio, ut supra

El lobo se arroja también sobre las ovejas cuando un hombre injusto y ladrón oprime a los fieles y humildes; pero el que parecía pastor y no lo era, abandona las ovejas y

huye, no atreviéndose a resistir a la injusticia en el momento en que ve el peligro, y huye, no mudando de lugar, sino dejando de acudir con el socorro. El mercenario no presta su auxilio en ninguno de estos peligros, y mientras busca sus comodidades exteriores, deja que por abandono el rebaño sufra pérdidas interiores. "Pero el mercenario huye", etc. Una sola razón hay para que el asalariado huya: porque es asalariado; como si dijera: no puede mantenerse firme cuando están en peligro las ovejas el que gobierna las ovejas, no por amor a ellas, sino por una ganancia terrenal, y por tanto, tiembla si se expone al peligro de perder lo único que ama.

San Agustín, ut supra

Si los Apóstoles fueron pastores y no mercenarios, ¿cómo es que huían cuando se veían perseguidos? Siguiendo el consejo del Señor (Mt 10,23): "Si os persiguieren, huid". Llamemos, que no faltará quien abra.

San Agustín, Ad Honoratum epist 180

Huyan, pues, de ciudad en ciudad, todos los siervos de Cristo, los ministros de su palabra y de su sacramento, cuando alguno de ellos en particular es buscado por sus perseguidores, a fin de que la Iglesia no sea abandonada por los que no son perseguidos del mismo modo. Pero cuando el peligro es común a todos, a obispos, a clérigos y seglares, los que están necesitados del auxilio de otros no sean abandonados por aquellos cuyos auxilios necesitan, o que todos pasen a sitios seguros, o que aquellos que tienen el deber de permanecer no sean abandonados por los que tienen el sagrado ministerio de la Iglesia. Entonces es cuando los ministros de Cristo, a la vista de la persecución, deben huir de los lugares en donde no han dejado un pueblo que tenga necesidad de un ministerio, o cuando ese mismo ministerio, tan necesario, puede ser desempeñado por otros que no tienen el mismo motivo para huir. Pero cuando el pueblo permanece y los ministros huyen, ¿no es ésta una huida inexcusable de pastores mercenarios que no tienen cuidado alguno de las ovejas?

San Agustín, in Joanem tract 46

Los pastores buenos se llaman puerta, portero, pastor y ovejas; y los malos, ladrones y salteadores, asalariados, lobo.

San Agustín, De verb Dom. serm. 49

Debemos amar al pastor, precavernos del ladrón y tolerar al mercenario. El mercenario es útil en tanto no vea al lobo, al ladrón o al salteador, pues apenas le ve, huye.

San Agustín, in Joanem tract 46

Ni se llamaría mercenario si no recibiese la paga de aquel a quien sirve. Los hijos esperan con paciencia la herencia del padre; el mercenario desea con ansia y con presteza la retribución temporal de su trabajo. Y sin embargo, por sus palabras unos y otros difaman la divina gloria de Cristo; su palabra es dañosa haciendo el mal, no predicando el bien. Coged el racimo, huid de las espinas; porque a veces el racimo que nace de la vid está pendiente de las espinas. Así, muchos buscando en la Iglesia bienes temporales, predican a Cristo y por ellos es oída la voz de Cristo, y la siguen las ovejas, pero no al

mercenario, sino a la voz del pastor por medio del mercenario.

"Yo soy el buen Pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen. Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre, y pongo mi alma por mis ovejas. Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco: es necesario que yo las traiga y oirán mi voz y será hecho un solo aprisco y un pastor. Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi alma para volverla a tomar. No me la quita ninguno, mas yo la pongo por mí mismo: poder tengo para ponerla, y poder tengo para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre". Y hubo nuevamente disensión entre los judíos por estas palabras. Y decían muchos de ellos: "Demonio tiene y está fuera de sí: ¿por qué le escucháis?" Otros decían: "Estas palabras no son de endemoniado: ¿por ventura puede el demonio abrir los ojos de los ciegos?" (vv. 14-21)

Crisóstomo, in Joanem hom 59

Más arriba el Señor dio a conocer dos clases de amos malos: uno que roba, mata y saquea; otro que no impide el mal, dando a conocer en el uno a los sediciosos, y confundiendo con el otro a los maestros de los judíos, que no tenían celo alguno por las ovejas que les estaban encomendadas. Pero Cristo se distingue de unos y de otros; de los que habían venido para hacer daño, se distingue por estas palabras (Jn 10,10): "Yo he venido para que tengan vida", y de los que desprecian las rapiñas de los lobos se diferencia diciendo, "que da su vida por sus ovejas". Y como conclusión de todo, añade (Jn 10,11): "Yo soy el buen Pastor", pero como que ya había dicho que las ovejas oyen la voz del pastor y le siguen, para que nadie pueda preguntarle: ¿Qué dices, pues, de los que no creen en ti? El añade: "Y conozco a mis ovejas", etc. Que es lo mismo que San Pablo dijo por estas palabras (Rm 11,2): "El Señor no rechazó a su pueblo, que había predestinado".

San Gregorio, in Evang. Hom 14

Como si dijera claramente: Yo amo a mis ovejas, y ellas, obedeciéndome, me aman, porque el que no ama la verdad, todavía no conoce.

Teófilacto

De aquí puedes deducir y conocer la diferencia entre el asalariado y el pastor; pues el asalariado no conoce a las ovejas porque las visita raras veces; mas el pastor conoce sus propias ovejas por la solicitud y cuidado que tiene por ellas.

Crisóstomo, ut supra

Por otra parte, para que no creas que es igual el conocimiento de Cristo y el de las ovejas, añade en seguida: "Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre", como si dijera: le conozco tan íntimamente como El me conoce a mí. Aquí hay paridad de conocimiento; allí no. Y añade: "Y pongo mi vida por mis ovejas".

San Gregorio, ut supra

Como si dijera claramente: Esta es prueba de que conozco al Padre y de que soy

conocido por el Padre; que pongo mi vida por mis ovejas, esto es, esa misma caridad con que muero por mis ovejas es un testimonio del amor con que amo al Padre.

Crisóstomo,ut supra

Dice esto también para enseñarnos que no es un impostor, porque también el Apóstol cuando quiso probar contra los falsos apóstoles que él era el verdadero maestro, sacó argumentos de los mismos peligros y de las muertes que le habían amenazado.

Teófilacto

Los seductores, en efecto, no expusieron su vida por las ovejas, sino que, como mercenarios, abandonaron a aquellas que les seguían. Mas el Señor, para que no fueran presos, dijo (Jn 18,8): "Dejad ir a éstos".

San Gregorio, ut supra

Como que El había venido no solamente para rescatar a Judea, sino también a la gentilidad, añade: "Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco".

San Agustín, De verb Dom. serm. 50

Se dirigía al primer rebaño, que era, por la sangre, de la raza de Israel, pero había otros rebaños que pertenecían por la fe a ese mismo Israel. Estaban fuera, diseminados en medio de las naciones; estaban predestinados, pero aún no estaban congregados. No son, pues, de este rebaño, porque no son por la sangre de la raza de Israel. Pero más tarde pertenecerán a este redil: "Es necesario que yo las traiga", etc.

Crisóstomo, ut supra

El muestra dispersos a los unos y a los otros y sin tener pastor: "Y oirán mi voz". ¿Por qué os admiráis cuando digo que éstos han de seguirme y han de oír mi voz cuando veis que otros me siguen y la oyen? Después predice la unión futura de unos y otros, diciendo: "Y será hecho un solo aprisco", etc.

San Gregorio, ut supra

El ha hecho de dos rebaños un solo redil, reuniendo en su fe al pueblo judío y al gentil.

Teófilacto

Porque todos tienen una misma señal, el bautismo; un solo pastor, el Verbo de Dios. Sépanlo los maniqueos: que el Nuevo y el Antiguo Testamento no tienen más que un solo pastor y un solo redil.

San Agustín, in Joanem tract 47

¿Qué significan, pues, las palabras "Yo no he sido enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel" (Mt 15,24), sino que no manifestó su presencia corporal más que al pueblo de Israel, no habiendo ido El mismo a los gentiles, sino que envió?

Crisóstomo, ut supra

Esta palabra es necesario no está puesta aquí como signo de fatalidad; expresa lo que ha de suceder. Mas como ellos decían que El era distinto del Padre, añade: "Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi alma para volverla a tomar".

San Agustín, in Joanem tract 37

Esto es: porque muero para resucitar. Gran importancia se da a estas palabras: Yo pongo. Que los judíos no se gloríen. Ellos han podido enfurecerse; si yo no hubiera querido poner mi alma, ¿qué habían de haber hecho enfureciéndose?

Teófilacto

El Padre ama al Hijo, no con un amor que será como el precio de la muerte que debe sufrir por nosotros, sino porque contempla en este Hijo, engendrado por El, su propia naturaleza, en virtud de la cual quiso morir por nosotros.

Crisóstomo, in Joanem hom 59

O es palabra de condescendencia, como queriendo decir: aun cuando no hubiese otro motivo, lo que me llevó a amaros es que vosotros de tal manera sois amados por mi Padre, que El me amaría porque doy mi vida por vosotros. Sin embargo, no es cierto que El no fuese antes amado por su Padre, ni que nosotros seamos la causa de este amor. El quiere demostrar que no subió al calvario contra su voluntad. Por eso añade: "No me la quita ninguno, mas yo la pongo por mí mismo".

San Agustín, De Trin. 3, 38

En lo cual demostró que no fue ningún pecado el que lo llevó a la muerte, sino que fue porque quiso, cuando quiso y de la manera que quiso: "Poder tengo para ponerla", etc.

Crisóstomo, ut supra

Como que ellos habían confabulado muchas veces para matarle, les dice que sin su voluntad todos sus esfuerzos serían estériles. Yo, les dice, tengo tal poder de librar mi alma, que nadie puede quitármela contra mi voluntad. Este poder no existe en los hombres, porque nosotros no tenemos poder de poner nuestra alma, sino matándonos a nosotros mismos, y sólo el Señor es quien tiene el poder de ponerla. De todo esto podemos deducir que cuando El quiere puede tomarla, y esto es lo que nos da a entender por estas palabras: "Y poder tengo para volverla a tomar"; demostración irrecusable de su resurrección. Pero para que al verlo sucumbir no pensasen que su Padre lo había abandonado, añade: "Este mandamiento recibí de mi Padre"; esto es, de poner mi alma y volverla a tomar. De donde podemos deducir que El no esperó esta orden ni tuvo necesidad de saberla, sino que manifestó su marcha voluntaria, y destruyó toda clase de sospecha de oposición por parte de su Padre.

Teófilacto

Este precepto no dice otra cosa que su concordia con su Padre.

Alcuino

No es por la palabra por donde la Palabra recibe este mandamiento; pero todo mandamiento está en la Palabra unigénita del Padre. Cuando se dice que el Hijo recibe todo lo que tiene de su naturaleza, no se disminuye el poder sino se muestra su generación. El Padre ha dado todo a su Hijo engendrándolo, porque el Padre lo engendró perfecto.

Teófilacto

Después de haber hablado de sí mismo cosas sublimes, manifestando la supremacía

que tiene sobre la muerte y sobre la vida, desciende luego a cosas humildes, uniéndolo todo en admirable consorcio, a fin de que no se le considere ni como menor que su Padre e inferior a El, ni como su adversario; sino participando de su mismo poder y de sus mismas determinaciones.

San Agustín, in Joanem tract 47

Por lo que nos dice de su alma, se nos previene contra los apolinaristas, que dicen que Cristo no tuvo alma humana, esto es, racional. Examinemos, pues, cómo el Señor pone su alma. Cristo es a la vez Verbo y hombre, es decir, Verbo y alma y carne. ¿Es, pues, como Verbo como pone el alma y la vuelve a tomar? ¿Es el alma humana que como tal se pone y se vuelve a tomar? O, por último, ¿es la carne que como carne pone el alma y la vuelve a tomar? En el primer caso, el alma habría estado separada algún tiempo del Verbo de Dios, porque la muerte separó el cuerpo del alma; mas yo no digo que el alma estuviese separada del Verbo. Si decimos que el alma misma se puso, este sentido es muy absurdo, porque si no estaba separada del Verbo, ¿cómo había de separarse de sí misma? La carne fue la que puso su alma y otra vez la volvió a tomar, no por su poder, sino por el poder del Verbo que habitaba en ella.

Alcuino

Y como la luz resplandecía en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron, el Evangelista añade: "Y hubo nuevamente disensión entre los judíos por estas palabras. Y decían muchos de ellos: Demonio tiene y está fuera de sí".

Crisóstomo, ut supra

Como que las cosas que El decía traspasaban lo humano, de aquí el que lo creyeran poseído del demonio. Pero otros manifiestan que no lo estaba, y la prueba eran las mismas cosas que hacía. "Otros decían: estas palabras no son de endemoniado; ¿por ventura puede el demonio abrir los ojos de los ciegos?". Esto es, las mismas palabras no parecen de un poseso. Si, pues, no os persuaden las palabras, persuadíos, al menos, por las obras. Y como el Señor había demostrado el hecho, por eso se callaba. Además, ellos no eran dignos de respuesta. Pero también nos enseñó a nosotros toda mansedumbre y toda longanimidad. Ellos también se refrenaban cuando divididos disputaban los unos contra los otros.

Y se celebraba en Jerusalén la fiesta de la Dedicación, y era invierno. Y Jesús se paseaba en el Templo por el pórtico de Salomón, y los judíos le cercaron y le dijeron: "¿Hasta cuándo nos acabas el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente". Jesús les respondió: "Os lo digo y no me creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí; mas vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco y me siguen. Y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, y ninguno las arrebatará de mi mano. Lo que me dio mi Padre es sobre todas las cosas, y nadie lo puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos una cosa". (vv. 22-30)

Alcuino

Hemos presenciado la paciencia de Dios y su predicación de salvación en medio de los oprobios de los judíos; pero éstos, endurecidos, más bien querían tentarlo que obedecerlo. "Y se celebraba en Jerusalén la fiesta de la Dedicación".

San Agustín, in Joanem tract 48

La palabra encaenia designa por ella toda dedicación* de alguna cosa nueva. * (***Dedicación****, en griego egkainia. Sustantivo derivado del verbo egkainizw:* ***renovar****. Los LXX se valen del sustantivo para designar la fiesta que recuerda la nueva dedicación del Templo en el año 165.)*

Crisóstomo, in Joanem hom 60

Esta palabra significa el día de la dedicación del Templo, o la vuelta de los judíos de la cautividad de Babilonia.

Teófilacto

Celebraban los judíos esta fiesta con esplendor, como recobrando la ciudad su propio brillo después de tan largo cautiverio.

Alcuino

O esta dedicación* era en memoria de la celebración que hizo Judas Macabeo. La primera dedicación fue celebrada por Salomón en el otoño; la segunda por Zorobabel y por el sacerdote Jesús en la primavera, y ésta en invierno: "Y era invierno". *(*La fiesta de la dedicación del Templo, en hebreo hanukka, consagración, celebra la renovada dedicación del Templo por Judas Macabeo, después de la victoria sobre los sirios, en el año 165 a.C. La primera consagración fue durante el reinado de Salomón (970-930 a.C.). Durante el gobierno Zorobabel, que fue gobernador de Judá bajo soberanía persa, siendo sumo sacerdote Josué, en el año 516 a.C. se dedicó nuevamente el Templo reconstruido tras el destierro.)*

Beda

Leemos que Judas Macabeo estableció que esta dedicación se celebrase en recuerdo con solemnes ceremonias.

Teofilacto

El Evangelista expone que era la estación del invierno, para dar a entender que se acercaba el tiempo de la pasión, porque en la primavera siguiente tuvo lugar la pasión del Señor, y por eso se hallaba entonces en Jerusalén.

San Gregorio, Moralium 1, 2

O bien tiene cuidado de expresar la estación del invierno para indicar los fríos sentimientos que existían en el corazón de los judíos.

Crisóstomo, ut supra

Cristo asistía a esta solemnidad con mucho empeño; por lo demás, iba a menudo a Judea, porque estaba próxima la pasión. "Y Jesús se paseaba en el Templo por el pórtico de Salomón".

Alcuino

Se llamaba pórtico de Salomón el lugar en que este rey se ponía para orar. Los pórticos que rodeaban el Templo solían tomar el nombre del Templo. Si, pues, el Hijo de Dios quiso pasearse en el Templo en que se le hacían ofrendas de animales irracionales, ¡con cuánta mayor razón se alegrará de venir a nuestra casa de oración, en la cual se consagra su carne y su sangre!

Teófilacto

Mientras dura el crudo invierno, es decir, la vida presente, azotada por las tormentas de la iniquidad, esfuérzate en celebrar las encaenias espirituales de tu templo, renovándote siempre a ti mismo, y preparando ascensiones en tu corazón. Entonces Jesús estará propicio a ti en el pórtico de Salomón, concediéndote una vida tranquila y pacífica bajo su propio techo, porque en la vida futura nadie podrá celebrar la solemnidad de una renovación.

San Agustín, in Joanem tract 48

Como el sentimiento de la caridad se había resfriado en el corazón de los judíos, y el afán de hacer mal se había despertado en su alma, no se acercaban tocados de la fe, sino que perseguían movidos por la rabia: "Y los judíos le cercaron y le dijeron: ¿hasta cuándo nos acabas el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente". Hablaban así los judíos, no por el deseo de saber la verdad, sino para preparar el camino a la calumnia.

Crisóstomo, ut supra

No pudiendo recriminar en nada sus acciones, andaban en acecho para cogerlo en las palabras. Y mira su perversidad. Cuando El les instruye con palabras, le dicen: "¿Qué milagro nos muestras?" Y cuando El se lo manifiesta con las obras, le dicen: "Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente", estando siempre en continua contradicción. Llenas de odio estaban las palabras que le dirigían: "Dínoslo abiertamente", y sin embargo, El lo decía todo en público, hallándose presente siempre a las solemnidades, y jamás hablaba nada en secreto. Mas con estas palabras intentan adularle, diciéndole después: "Hasta cuándo nos acabas el alma", provocándolo de este modo para ver si podían hacerle caer en algún lazo.

Alcuino

Alegan que les tiene los ánimos en suspenso y en la incertidumbre el que había venido para salvar las almas.

San Agustín, ut supra

Pretendían oír de los labios del Salvador estas palabras: "Yo soy el Cristo", y tal vez conocían a Cristo en cuanto hombre, pero no entendían su divinidad en los Profetas. Por esto, si El decía: "Yo soy el Cristo", según lo que ellos sabían de la descendencia de David, lo habrían calumniado de que se apropiaba el poder real.

Alcuino

Y así pensaban entregarlo a la potestad del gobernador para que lo castigara, como a usurpador del trono de Augusto; por lo cual el Señor templa su respuesta de tal modo que cierra los labios de los calumniadores, enseña a los fieles que El es Cristo, y descubre los misterios de su divinidad a los que preguntaban sobre su humanidad. Jesús les respondió: "Os lo digo y no me creéis", etc.

Crisóstomo, ut supra

Les echa en cara su malicia, porque fingían bastarles una sola palabra para persuadirse, los que no se habían persuadido con tantas obras; como si les dijera: ¿si no creéis en las obras, cómo habéis de creer en las palabras? Y cuál sea el motivo de su incredulidad lo dice al punto: "Mas vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas".

San Agustín, ut supra

Esto les dijo porque los veía predestinados a la muerte eterna, y no a la vida eterna que El les había conquistado con su sangre. Lo que hacen las ovejas es creer al pastor y seguirlo.

Teófilacto

Después de haberles dicho: "No sois de mis ovejas", les exhorta al punto para que se hagan sus ovejas, diciendo: "Mis ovejas oyen mi voz".

Alcuino

Esto es, siguen de corazón mis preceptos. "Y yo las conozco", es decir, yo las elijo. "Y ellas me siguen" aquí abajo, yendo delante de ellas por el camino de la mansedumbre y de la inocencia, y después entrando en los goces de la vida eterna: "Y yo les doy vida eterna".

San Agustín, ut supra

Estos son los pastos de que poco antes había dicho (Jn 10,9): "Y encontrará pastos". Buen pasto se dice de la vida eterna, en donde ninguna yerba se marchita; todo allí está verde. Mas vosotros echáis mano de la calumnia, porque sólo pensáis en la vida presente. "Y no perecerán jamás". Puedes sobreentender: Vosotros pereceréis para siempre, porque no sois de mis ovejas.

Teófilacto

Pero ¿cómo vemos a Judas perecer? Porque no perseveró hasta el fin. Empero, Cristo sólo había hablado de los que perseveraren, porque si alguno se separa del rebaño de las ovejas y deja de seguir al pastor, al punto cae en peligro.

San Agustín, ut supra

El añade por qué no han de perecer: "Y ninguno las arrebatará de mis manos". Habla de las ovejas, de las que se dice: El Señor conoce a aquellos que le pertenecen (2Tim 2,19); ni el lobo los arrebata, ni el ladrón los roba, ni el salteador los mata; seguro está del número de aquellos, el que sabe lo que ha dado por ellos.

San Hilario, De Trin 1, 7

Esta palabra es el testimonio de un poder, del cual tiene conciencia. Aunque estando en la naturaleza de Dios, debe ser considerado como naciendo de Dios, y por eso añade: "Lo que me dio mi Padre, es sobre todas las cosas". No oculta que El ha nacido del Padre y lo que recibió del Padre lo recibió al nacer, no después.

San Agustín, in Joanem tract 48

No por su crecimiento y desarrollo, sino por su nacimiento, es igual al Padre el que desde la eternidad nació Hijo del Padre, Dios de Dios. "Esto es lo que me dio el Padre", lo que es sobre todas las cosas, a saber: que yo soy su Verbo, que yo soy su Hijo único, que yo soy el brillo de su luz. "Y ninguno puede arrebatar las ovejas de mi mano", porque tampoco nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre: "Y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre". Si por mano entendemos el poder, uno es el poder del Padre y del Hijo, porque es una la Divinidad. Si por mano entendemos al Hijo, la mano del Padre es el Hijo mismo; lo que no decimos porque Dios tenga miembros corporales, sino porque Dios ha hecho todas las cosas por su Hijo. Así los hombres suelen decir también que sus manos son otros hombres por los cuales hacen lo que quieren. Alguna vez también suele llamarse la mano del hombre a la misma obra del hombre, porque se hace mediante la mano; a la manera que decimos que un hombre reconoce su mano cuando reconoce lo que ha escrito. En este lugar, por la mano del Padre y del Hijo, debemos entender su poder; no sea que después de haber tomado al Hijo por la mano del Padre, nuestro pensamiento carnal empiece a buscar al hijo del Hijo.

San Hilario, ut supra

A fin de que puedas comprender por una comparación material un poder de la misma naturaleza, se ha llamado a la mano del Hijo mano del Padre, porque la naturaleza y el poder del Padre se encuentran también en el Hijo.

Crisóstomo, in Joanem hom 60

Después, para que no pienses que El es débil, y que sólo por el poder del Padre es por lo que las ovejas están seguras, añade: "Yo y el Padre somos una misma cosa".

San Agustín, in Joanem tract 35

Escucha estas dos palabras, somos y una cosa, y te librarás de Escila y de Caribdis *. La palabra una cosa te libra de Arrio; la palabra somos te libra de Sabelio. Si una cosa, luego no es diferente; si somos, luego Padre e Hijo. *(*Escila y Caribdis, respectivamente escollo y remolino del estrecho de Mesina, Italia. Eran temidos por los navegantes antiguos. En Homero aparecen como habitados por ambos monstruos.)*

San Agustín, De Trin. 6, 2

Una cosa somos, se ha dicho: lo que El es, yo lo soy por esencia, no por relación.

San Hilario, de Trin. 1, 8

Como los herejes no pueden negar estas cosas, las tratan de corromper con las tremendas mentiras de su impiedad. Pretenden referir esto a la unidad de consentimiento, de manera que haya en ellos sólo la unidad de voluntad, mas no de naturaleza. Esto es, que el Padre y el Hijo son uno, no porque ellos son, sino porque quieren lo mismo. Pero son uno por unidad de generación, en la que Dios no pierde nada de sí por efecto de esta generación. Son uno, en tanto que no se quitan de la mano del Hijo las cosas que no se quitan de la mano del Padre. Mientras el Padre es obrado en su obrante, mientras El está en el Padre y el Padre permanece en El. Esto no es efecto de la creación, sino del nacimiento; no lo hace la voluntad, sino el poder; no la unanimidad que habla, sino la naturaleza. No negamos, pues, la unanimidad entre el Padre y el Hijo, como nos atribuyen los herejes, afirmando que nosotros admitimos solamente la concordia para la unanimidad. Pero oigan qué unanimidad es la que nosotros no negamos: El Padre y el Hijo son uno por naturaleza en honor y en poder, y siendo la misma la naturaleza, no pueden tener dos voluntades diversas.

Entonces los judíos tomaron piedras para apedrearle. Jesús les respondió: "Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre, ¿por cuál obra de ellas me apedreáis?" Los judíos le respondieron: "No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia, y porque tú, siendo hombre, te haces Dios a ti mismo". Jesús les respondió: "No está escrito en vuestra Ley: Yo dije, dioses sois. ¿Pues si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios, y la Escritura no puede faltar; a mí, que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Que blasfemas, porque he dicho, soy Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque a mí no me queráis creer, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí y yo en el Padre". (vv. 31-38)

San Agustín, in Joanem tract 48

Los judíos oyeron estas palabras: "Yo y el Padre somos una cosa" y no lo pudieron soportar. Y según su costumbre, endurecidos, acudieron a las piedras: "Entonces los judíos tomaron piedras para apedrearle".

San Hilario, De Trin. 1, 7

Ahora los herejes, con la misma impiedad, bramando de furor y rehusando obedecer a sus palabras, emplean contra el Señor, que está sentado en los cielos, su furor sacrílego; lanzan sus palabras, que son como piedras, y, si pudieran, lo volverían a traer de su trono a la Cruz.

Teófilacto

El Señor, para mostrarles que no tenían razón alguna para enfurecerse contra El, les recuerda los milagros que ha hecho. Jesús les respondió: "Muchas buenas obras os he mostrado", etc.

Alcuino

A saber, sanando enfermos, en la manifestación de mi doctrina y de mis milagros, que mostré eran del Padre, porque siempre busqué su gloria: "¿Por cuál obra de ellas me apedreáis?" Aunque contra su voluntad, se ven obligados a confesar que muchos beneficios les venían de Cristo; pero llaman blasfemia a lo que había dicho de su igualdad y de la de su Padre. "Los judíos le respondieron: No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia", etc.

San Agustín, ut supra

Es su respuesta a esta palabra: "Yo y el Padre somos una cosa". He aquí que los judíos entendieron lo que los arrianos no entienden, y se enfurecieron porque conocieron que no podía decirse "Yo y el Padre somos una cosa", a no ser que haya igualdad del Padre y del Hijo.

San Hilario, ut supra

El judío dice, siendo hombre; el arriano, siendo criatura. Uno y otro añaden: "Te

haces Dios". El arriano habla de un dios, de una sustancia nueva y extraña, de tal suerte, que resulta un dios de otro género, o ni aun dios siquiera, puesto que dice: "No es dios por nacimiento, no es dios en verdad; es una criatura superior a todas".

Crisóstomo, in Joanem hom 60

El Señor no destruyó la opinión de los judíos que creían que El se hacía igual a Dios; antes bien hace todo lo contrario. Jesús les respondió: "No está escrito en vuestra Ley".

San Agustín, in Joanem tract 48

Es decir, en la Ley que se os ha dado, "Yo dije: ¿dioses sois?". Dios dijo esto a los hombres por el Profeta en un Salmo, y el Señor llama generalmente Ley a todas aquellas Escrituras, aun cuando alguna vez la llame Ley, distinguiéndola de los Profetas, como se ve en aquel pasaje de San Mateo (22,40): "De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los Profetas". Alguna vez divide en tres las mismas Escrituras, cuando dice (Lc 24,26-27): "Convenía que se cumpliesen toda las cosas que de mí estaban escritas en la Ley, en los Profetas y en los Salmos". Aquí llama también a los Salmos con el nombre de Ley. He aquí su argumento: si El llamó dioses a aquellos a quienes se dirige la palabra de Dios, y la Escritura no puede faltar, ¿cómo podéis decir que blasfema Aquel a quien Dios santificó y envió al mundo, porque dijo: soy Hijo de Dios?

San Hilario, ut supra

Antes de demostrar que El y el Padre eran una misma cosa por naturaleza, comienza a refutar el ridículo y estúpido ultraje de acusarlo porque se llamaba Dios, no siendo sino hombre. Aplicando la palabra de Dios, este nombre a los hombres santos, y apoyando así en esta autoridad irrefragable la atribución hecha de este nombre a los mortales, ya no es un crimen que El se haga Dios siendo hombre, cuando la Ley llama dioses a aquellos que son hombres. Y si la usurpación de este nombre no es sacrílega entre los demás hombres, ¿por qué ha de parecer que la usurpa imprudentemente, al haberse llamado Hijo de Dios, Aquel a quien Dios santificó, pues aventaja a todos los demás que de manera impía se permiten llamarse dioses, porque El ha sido santificado para ser Hijo, como lo dice el Apóstol San Pablo por estas palabras (Rm 1,4): "Porque ha sido predestinado Hijo de Dios con poder según el espíritu de santificación". Toda esta respuesta concierne al Hijo del hombre en cuanto el Hijo de Dios es también Hijo del hombre.

San Agustín, ut supra

O de otra manera: Lo santificó, esto es, al engendrarlo le dio el ser santo, porque lo engendró santo. Ahora bien, si la palabra de Dios se ha hecho para los hombres a fin de que puedan llamarse dioses, el Verbo mismo de Dios ¿cómo no es Dios? Si los hombres, participando del Verbo de Dios se hacen dioses, ¿no ha de ser Dios el Verbo de donde toman la participación?

Teófilacto

O lo santificó, esto es, lo consagró para que se sacrificara por el mundo; en lo cual mostró que El no era Dios como los demás, porque salvar al mundo es una obra divina, pero no de un hombre deificado por la gracia.

Crisóstomo, in Joanem hom 60

O esperando que sus palabras fuesen recibidas, habló con más humildad. Pero después los lleva a cosas más elevadas, diciendo: "Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis", manifestando así que en nada era menor que el Padre. Como a ellos les era imposible ver su substancia, les da una prueba de la igualdad de su poder, produciendo la igualdad de las obras.

San Hilario, ut supra

¿Qué lugar hay aquí para la adopción, para conceder un nombre, de manera que no sea Hijo de Dios por naturaleza cuando la prueba de que es Hijo de Dios son las obras del poder de su Padre? Porque la creatura no se equipara a Dios, puesto que a El no se le puede comparar naturaleza alguna que le sea ajena. Da testimonio de que El cumple no lo que es suyo sino lo que es de su Padre, a fin de no destruir el hecho de su generación por la grandeza de sus actos. Y como bajo el misterio del cuerpo, tomado y nacido de María, no se veía la naturaleza del Hijo del hombre y de Dios, la fe nos lo avisa por los hechos, diciendo: "Mas si las hago, aunque a mí no me queráis creer, creed a las obras". ¿Por qué, pues, el misterio del nacimiento humano ha de impedir el conocimiento del nacimiento divino, cuando Aquel que ha recibido este nacimiento divino cumple todas sus obras, rodeado de esta humanidad que lo sigue? Haciendo, pues, las obras de su Padre, ha querido demostrar lo que debía creerse en las obras, porque añade: "Para que conozcáis y creáis que El está en mí, y yo en el Padre". Esto significan aquellas palabras: "Soy Hijo de Dios", y esto (Jn 10,30): "Yo y el Padre somos una cosa".

San Agustín, in Joanem tract 48

Porque el Hijo no dice: Mi Padre está en mí y yo en El, a la manera que lo pueden decir los hombres; pues por los buenos pensamientos estamos en Dios, y por medio de una vida santa vive en nosotros. Participando de su gracia e iluminados por su luz, estamos en El y Él está en nosotros. Mas el Hijo Unigénito de Dios está en el Padre y el Padre en El, de la misma manera que un igual en aquel que es su igual.

Y ellos querían prenderle: mas se salió de entre sus manos, y se fue otra vez a la otra ribera del Jordán, a aquel lugar en donde primero estaba bautizando Juan, y se estuvo allí. Y vinieron a El muchos, y decían: "Juan en verdad no hizo ningún milagro. Mas todas las cosas que Juan dijo de éste, eran verdaderas". Y muchos creyeron en El. (vv. 39-42)

Beda

El Evangelista muestra que los judíos aún perseveraban en su comenzada locura: "Y ellos querían prenderle".

San Agustín, in Joanem tract 48

No por la fe y por la inteligencia, sino por la ira y por la muerte. Tú lo prendes para poseerlo; ellos querían prenderlo para perderlo. Por eso añade: "Mas se salió de entre sus manos". No pudieron prenderlo porque no tenían las manos de la fe. Pero no era difícil al Verbo sacar su carne fuera de las manos de la carne.

Crisóstomo, in Joanem hom 60

Cuando Cristo ha hablado algo extraordinario, al punto se retira, para aplacar con su ausencia el furor de ellos. Esto es lo que hace ahora. "Y se fue otra vez a la otra ribera del Jordán". El Evangelista designa el nombre de este lugar para que recuerdes todas las cosas que allí hizo y dijo Juan, así como su testimonio.

Beda

Estas palabras: "En donde primero estaba", esto es, desde su primera edad. Él nos refiere que durante su retiro a este lugar, muchos vinieron a El: "Y vinieron a Él muchos, y decían: Juan, en verdad, no hizo ningún milagro".

San Agustín, ut supra

Esto es: no mostró ningún milagro. No lanzó a los demonios, no dio vista a los ciegos, no resucitó a los muertos.

Crisóstomo, ut supra

Mira qué razonamientos tan irrecusables hacen ellos. Juan, dicen, no hizo ningún milagro, pero Este los ha hecho; lo cual demuestra la preeminencia de Este. Después, para que no se rehúse el testimonio de Juan, so pretexto de que no hizo ningún milagro, añaden: "Mas todas las cosas que Juan dijo de Este eran verdaderas". Si hemos de creer en el testimonio de Juan, con mucha mayor razón debemos creer en el testimonio de Aquel que tiene a su favor la prueba de los milagros. "Y muchos creyeron en El".

San Agustín, ut supra

He aquí a los que prenden al que se queda, pero no como los judíos querían prender al que se retiraba. Y nosotros también sirvámonos de la lámpara para llegar al día, porque Juan era la lámpara y daba testimonio del día.

Teófilacto

Nótese que el Señor condujo frecuentemente a las turbas a los lugares solitarios,

arrancándolas de la sociedad de los impíos para hacerles dar más fruto, de la misma manera que sacó al pueblo al desierto para darle la Ley antigua. En sentido místico, el Señor retirándose de Jerusalén (esto es, del pueblo judío), se traslada a lugares en que había fuentes, esto es, desde los pueblos del gentilismo a la Iglesia que tiene la fuente del bautismo; por lo cual, a través del Jordán, muchos van a Cristo.

CAPÍTULO 11

Y había un enfermo llamado Lázaro, de Betania, aldea de María y Marta su hermana. Y María era la que había ungido al Señor con ungüento, y limpiado sus pies con sus cabellos, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo. Enviaron, pues, sus hermanas a decir a Jesús: "Señor, he aquí el que amas está enfermo". Y cuando lo oyó Jesús, les dijo: "Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella". Y amaba Jesús a Marta, y a María su hermana, y a Lázaro. (vv. 1-5)

Beda

El evangelista había dicho que el Señor había ido a la otra ribera del Jordán; entonces es cuando aconteció que Lázaro enfermó. "Y había un enfermo llamado Lázaro, de Betania". De aquí es que en algunos ejemplares se encuentre colocada la conjunción copulativa et para que se enlacen las palabras siguientes con las que preceden. Lázaro significa ayudado, y en efecto, entre todos los muertos resucitados por el Señor, éste fue el más ayudado, pues no sólo lo resucita muerto, sino cuatro días después de muerto.

San Agustín In Ioannem tract.,49.

La resurrección de Lázaro es el milagro que más se publica entre todos los que hizo el Señor. Pero si nos fijamos en quién lo hizo, más bien debemos alegrarnos que admirarnos. Resucitó al hombre el que hizo al hombre, y más es crearlo que resucitarlo. En Betania había enfermado Lázaro; por eso dice: "De Betania, aldea de María y de Marta", etc., cuya aldea estaba próxima a Jerusalén.

Alcuino.

Y como había muchas mujeres con este nombre, a fin de no errar, nos la señala por una acción muy conocida: "Y María era la que había ungido al Señor con ungüento", etc.

Crisóstomo In Ioannem hom., 61.

Es preciso notar que ésta no fue aquella meretriz de que nos hace mención San Lucas; pues ésta fue honesta y diligente en recibir a Cristo.

San Agustín De cons. evang., 2, 79

O bien al decir esto San Juan apoya a San Lucas, que refiere que este hecho tuvo lugar en casa de un cierto fariseo llamado Simón. Ya María había hecho esto; mas esto mismo que hizo en Betania por segunda vez, no lo cuenta San Lucas, pero lo refieren a la vez los otros tres evangelistas.

San Agustín De verb. Dom. serm., 52.

Una enfermedad mortal se había apoderado de Lázaro. El fuego abrasador de la fiebre devoraba de día en día el cuerpo de este desgraciado. Las dos hermanas estaban al lado del que se debilitaba, y llorando su desgracia no se separaban un momento del lecho del joven enfermo. Por eso dice de ellas el texto sagrado: "Enviaron, pues, sus hermanas a decir a Jesús: Señor he aquí que el que amas está enfermo".

San Agustín In Ioannem tract., 49.

Ellas no dijeron, ven y sánalo; ni se atrevieron tampoco a decir: mándalo desde ahí y aquí se hará la curación. "He aquí que el que amas está enfermo"; como diciendo: basta que lo sepas, porque no amas y abandonas.

Crisóstomo ut supra.

Por este medio ellas intentaban mover a compasión a Cristo, porque todavía lo miraban como hombre. Por eso no acudieron a El como el centurión y el funcionario, sino que envían a uno, porque por la mucha familiaridad que tenían con El tenían gran confianza. Además, la pena las retenía en casa.

Teofilacto.

Y porque eran mujeres, a las cuales no conviene salir de casa con frecuencia. Las palabras: "He aquí que el que amas está enfermo", expresan una gran piedad y gran fe. Creían que había un poder tan grande en el Señor, que parecía extraño que la enfermedad hubiera podido atacar a un hombre a quien El tanto amaba. "Y cuando lo oyó Jesús, les dijo: esta enfermedad no es para muerte".

San Agustín In Ioannem tract., 49.

Porque la misma muerte no era para la muerte, sino para hacer un milagro, mediante el cual los hombres creerían en Cristo y evitarían la verdadera muerte. Por eso el Señor añade: "Sino para gloria de Dios", en donde indirectamente el Señor se llama a sí mismo Dios, contra los herejes que dicen que el Hijo de Dios no es Dios. Escucha las palabras que siguen, y que se refieren a la gloria de este Dios: "Para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella", esto es, por la enfermedad.

Crisóstomo ut supra.

Aquí la partícula ut no es de causa, sino de efecto; pues la enfermedad tenía otra causa, y Jesús se valió de ella para procurar la gloria de Dios.

"Y amaba Jesús a Marta, y a María su hermana, y a Lázaro".

San Agustín ut supra.

El enfermo, ellas tristes, todos amados. Tenían, pues, esperanza, porque eran amados de quien es el consuelo de los afligidos y la salud de los enfermos.

Crisóstomo ut supra.

Aquí el evangelista nos enseña que no debemos afligirnos si vemos enfermos a los virtuosos y amigos de Dios.

Y cuando oyó que estaba enfermo, se detuvo aún dos días en aquel lugar. Y pasados éstos dijo a sus discípulos: "Vamos otra vez a Judea". Los discípulos le dijeron: "Maestro, ¿ahora querían apedrearte los judíos y vas allí otra vez?" Jesús respondió: "¿Por ventura no son doce las horas del día? El que anduviere de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo. Mas si anduviere de noche, tropieza porque no hay luz en él". (vv. 6-10)

Alcuino.

Después que la enfermedad de Lázaro le fue anunciada al Señor, esperó a que pasaran cuatro días para que después se descubriese más la grandeza del milagro. "Y cuando oyó que estaba enfermo", etc.

Crisóstomo ut supra.

Esto es, a fin de que muriese, fuese enterrado y dijeran ya hiede, para que nadie pudiera decir: No estaba muerto cuando lo resucitó, fue solamente un letargo y no muerte.

Y prosigue: "Y pasados éstos, dijo a sus discípulos: Vamos otra vez a Judea".

San Agustín ut supra.

En donde estuvo para ser apedreado, y de donde parecía haber huido para no serlo. Huyó como hombre, pero volvió allí como olvidándose de su debilidad y haciendo brillar su poder.

Crisóstomo ut supra.

En ninguna parte había dicho de antemano el Señor a sus discípulos a qué lugar había de ir, y aquí lo dice a fin de que no se sobrecogieran repentinamente de terror, pues temían tanto este viaje que le dicen: "Los discípulos le dijeron: Maestro, ¿ahora querían apedrearte los judíos, y vas allí otra vez?". Temían aún por El y por sí mismos, porque todavía no estaban afirmados en la fe.

San Agustín ut supra.

El Señor los corrige cuando siendo hombres pretenden dar consejo a Dios, y siendo discípulos a su Maestro. "Jesús respondió: ¿Por ventura no son doce las horas del día?". Para enseñarnos que El que es el día, eligió doce discípulos. En este número no preveía a Judas, sino a su sucesor, pues cuando él cayó lo sucedió Matías, y el número doce quedó íntegro. El día ilumina las horas para que por la predicación de las horas crea el mundo en el día. Seguidme a mí si no queréis tropezar. "El que anduviese de día no tropieza", etc.

Crisóstomo ut supra.

Como diciendo: el que no tiene conciencia de ningún crimen, no tendrá que temer ninguna astucia; pero el que obró mal, la sufrirá. Y así, no conviene tener mucho miedo, porque no hemos hecho nada que sea digno de muerte. O bien de otro modo: El que ve la luz de este mundo ha de estar seguro, y con más razón el que está conmigo, a no ser

que se separe de mí.

Teofilacto.

Algunos entienden por este día el tiempo que precede a la pasión, y por la noche la pasión misma. Les dice, pues: "Mientras es de día", esto es, mientras no se acerca el tiempo de la pasión, no tropezaréis, porque los judíos no os perseguirán. Pero cuando llegue la noche, es decir, mi pasión, entonces llegará para vosotros la noche de las penas.

Esto dijo, y después les dijo: "Lázaro, nuestro amigo, duerme: mas voy a despertarle del sueño". Y dijeron sus discípulos: "Señor, si duerme, será sano". Mas Jesús había hablado de su muerte, y ellos entendieron que decía del dormir de sueño. Entonces Jesús les dijo abiertamente: "Lázaro es muerto, y me huelgo por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Mas vamos a él". Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a los otros condiscípulos: "Vamos también nosotros, y muramos con El". (vv. 11-16)

Crisóstomo In Ioannem hom., 61.

El Señor, después de animar una vez a sus discípulos, los conforta de nuevo manifestándoles que no irán a Jerusalén sino a Betania. "Esto dijo, y después les dijo: Lázaro, nuestro amigo, duerme, mas voy a despertarle del sueño"; como si dijera: no voy para disputar otra vez con los judíos, sino para despertar a nuestro amigo. Por eso dice: nuestro amigo, para demostrar la necesidad de su viaje.

San Agustín In Ioannem tract., 49.

Dijo que dormía y era verdad, porque dormía para el Señor y sólo estaba muerto para los hombres, que no podían resucitarlo. Pero el Señor lo resucitaba del sepulcro con tanta facilidad como tú no tienes cuando despiertas a un hombre que duerme. Luego en virtud de su poder dijo que dormía, conforme a lo que dijo el Apóstol (1Ts 4,12): "No quiero que ignoréis respecto a los que duermen". Los llamó dormidos porque predijo que habían de resucitar. Pero así como entre los que diariamente duermen y se despiertan, cada uno sueña -unos tienen sueños alegres, otros atormentadores-, así, cada cual tiene su razón para dormir y su razón para levantarse.

Crisóstomo ut supra.

Los discípulos quisieron impedir su ida a Judea: "Y dijeron sus discípulos: Señor, si duerme, sanará". El sueño, para los que están enfermos, es casi siempre una señal de salud. Como si dijeran: si duerme, no es conveniente que vayas a despertarlo.

San Agustín ut supra.

Los discípulos respondieron según lo que habían entendido. "Mas Jesús había hablado de su muerte, y ellos entendieron que decía del dormir de sueño".

Crisóstomo ut supra.

Replicará alguno: ¿Cómo los discípulos no entendieron que había muerto por estas palabras "Voy a despertarle del sueño", ya que era insensato hacer una jornada tan larga para despertar a Lázaro de su sueño? A esto respondemos, que ellos creyeron ver en esto un enigma como otros que habían escuchado del Salvador.

San Agustín ut supra.

El les dice claramente lo que les había dicho de una manera misteriosa: "Entonces Jesús les dijo abiertamente: Lázaro ha muerto".

Crisóstomo ut supra.

No añadió aquí: "Voy a despertarle del sueño" porque no quería publicar con las palabras lo que quería significar con los hechos, enseñándonos a huir de la vanagloria y que no debemos contentarnos con prometer.

"Y me huelgo por vosotros de no haber estado allí".

San Agustín ut supra.

El había sido anunciado como enfermo, no como muerto. Pero ¿qué podía estar oculto a los ojos de Aquel que lo había creado, y a cuyas manos había ido el alma del difunto? El les dice: "Me huelgo por vosotros de no haber estado allí, para que creáis", a fin de que empezaran a admirarse de que el Señor decía que había muerto sin haberlo visto ni oído. Aquí debemos recordar que la fe de los discípulos aún se estaba formando por medio de milagros. No comenzaba la fe en ellos, sino que se desarrollaba. Las palabras "para que creáis" quieren decir: para que creáis con más fuerza.

Teofilacto.

Algunos han entendido este pasaje de este modo: Me alegro por vosotros, pues el que no haya yo estado allí hará que vuestra fe sea mayor; porque si hubiese estado lo habría sanado en su enfermedad (y hubiera sido una pequeña prueba de mi poder). Mas como ha sobrevenido la muerte estando yo ausente, os afirmaréis más en la fe en mí viendo que puedo resucitar a un muerto ya en putrefacción.

Crisóstomo ut supra.

Todos los discípulos temían a los judíos, principalmente Tomás: "Tomás, pues, llamado Dídymo, dijo entonces a los otros condiscípulos: vamos también nosotros y muramos con El". El era el más débil de todos y el menos firme en la fe. Más tarde llegó a ser el más fuerte y el más heroico, porque él solo recorrió todo el orbe, llevándolo su celo en medio de pueblos que querían su muerte.

Beda.

O bien los discípulos reprendidos con las anteriores palabras del Señor no se atrevieron a replicar más. Pero Tomás, sobre todos, exhortó a sus compañeros a ir a morir con El, en lo cual se deja ver su gran constancia, pues hablaba como si fuera él capaz de hacer lo que a los otros exhortaba, olvidándose de su fragilidad como Pedro.

Vino, pues, Jesús y halló que había ya cuatro días que estaba en el sepulcro. Y Betania distaba de Jerusalén como unos quince estadios. Y muchos judíos habían venido a Marta y a María para consolarlas de su hermano. Marta, pues, cuando oyó que venía Jesús, le salió a recibir, mas María se quedó en casa. Y Marta dijo a Jesús: "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Mas también sé ahora, que todo lo que pidieras a Dios te lo otorgará Dios". Jesús le dijo: "Resucitará tu hermano": Marta le dice: "Bien sé que resucitará en la resurrección en el último día". Jesús le dijo: "Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?" Ella le dijo: "Sí, Señor, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo que has venido a este mundo". (vv. 17-27)

Alcuino.

El Señor había diferido su llegada hasta que pasaran cuatro días para que la resurrección de Lázaro fuese más gloriosa: "Vino, pues, Jesús, y halló que había ya cuatro días que estaba en el sepulcro".

Crisóstomo In Ioannem hom., 61.

El Señor había tardado dos días, y dos días antes había llegado la noticia de la muerte de Lázaro. El llegó, pues, al cuarto día.

San Agustín In Ioannem tract., 49.

Muchas cosas pueden decirse sobre estos cuatro días, pues una misma cosa puede tener diversas significaciones. El pecado original con que el hombre nace, es el primer día de muerte; cuando el hombre infringe la ley natural, es el segundo día de muerte; la Ley de la Escritura dada por Moisés y de origen divino, cuando es menospreciada, es el tercer día de muerte. Viene, por fin, el Evangelio, y lo quebrantan los hombres; he aquí el cuarto día de su muerte. Pero el Señor no desdeña venir a resucitar a todos éstos.

Alcuino.

O bien, el primer pecado que existió fue la soberbia en el corazón, el segundo el consentimiento, el tercero el acto y el cuarto el hábito.

"Y Betania distaba de Jerusalén como unos quince estadios".

Crisóstomo ut supra.

Que equivalían a dos millas. El evangelista marca esta distancia para mostrar que era conveniente se hallasen presentes muchos judíos de Jerusalén, y por eso añade: "Y muchos judíos habían venido a Marta y a María para consolarlas", etc. Pero, ¿cómo estos judíos venían a consolar a las que eran amadas de Cristo, después de haber proclamado que si alguno confesase a Cristo fuera arrojado de la sinagoga? Esto era a causa de los oficios debidos a la desgracia o por respeto a la nobleza de estas mujeres, o porque los que allí se hallaban no eran malos, pues muchos de ellos creían. Todo esto

que dice el evangelista es para probar que Lázaro estaba realmente muerto.

Beda.

Todavía el Señor no había entrado en la aldea; Marta le salió al encuentro cuando aún estaba fuera de ella. "Marta, pues, cuando oyó que venía Jesús, le salió a recibir", etc.

Crisóstomo.

No toma a su hermana para ir a recibir a Cristo; quiere ella hablarle aparte y prevenirlo de lo que había ocurrido. Pero cuando el Señor la hace recobrar esperanza, entonces fue y llamó a María.

Teofilacto.

Al principio no lo descubre a su hermana, queriendo ocultar esto a los que estaban presentes, porque si adivinaba María que Cristo se acercaba, hubiera ido a su encuentro; los judíos que estaban presentes la habrían acompañado, y habrían sabido la venida de Jesús, lo cual Marta no quería.

"Y Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto".

Crisóstomo.

Porque creía en Jesús, pero no de la manera que convenía, pues todavía no conocía que era Dios, y por eso decía: "Si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto".

Teofilacto.

Como dudando que El, estando ausente, podía impedir si quisiera la muerte de su hermano.

Crisóstomo ut supra.

No conocía ella aún que podía hacer esto por propia virtud y esto se deduce de las palabras siguientes: "Mas también sé ahora, que todo lo que pidieres a Dios te lo otorgará Dios", expresándose así como si hablara con un hombre virtuoso y extraordinario.

San Agustín In Ioannem tract., 49.

No le dice: Te ruego que resucites a mi hermano, porque ¿cómo sabía ella que le era útil resucitarlo? Solamente dice: Sé que si quieres, puedes hacerlo; ahora bien, que lo hagas, eso queda a tu juicio, no al mío.

Crisóstomo ut supra.

El Señor la instruye en misterios que ella ignoraba: "Jesús le dijo: resucitará tu hermano". No dijo: pediré que resucite. Si hubiera dicho: no tengo necesidad de ayuda, todo lo hago en virtud de mi propio poder, hubiera sido demasiado duro para una mujer, mientras que decir "resucitará" era un término medio.

San Agustín ut supra.

La palabra resucitará fue ambigua, porque no dijo ahora, y por eso Marta le dijo: "Bien sé que resucitará en el último día". De aquella resurrección estoy cierta; de ésta no.

Crisóstomo In Ioannem hom., 61.

Esta mujer había oído hablar a Cristo muchas cosas acerca de su resurrección. Pero

el Señor manifiesta aún más su autoridad con estas palabras: "Yo soy la resurrección y la vida", enseñando que no tiene necesidad de la ayuda de nadie, pues si la tuviere, ¿cómo había de ser la resurrección? Si El mismo es la vida, no se circunscribe a un lugar determinado. Existiendo en todas partes, puede sanar en todos los lugares.

Alcuino.

Por eso "soy la resurrección", porque soy la vida. El mismo, en cuya virtud resucitará después con los demás, puede hacerlo resucitar ahora.

Crisóstomo ut supra.

Diciendo ella "todo lo que pidieres", El dice: "El que cree en mí, aunque hubiera muerto, vivirá", manifestando de este modo que El es el dispensador de los bienes y a El debemos pedir. Por este medio eleva su inteligencia, porque no era sólo la resurrección de Lázaro la que se pretendía, sino que todos los que estaban presentes fueran testigos de la resurrección.

San Agustín ut supra.

Dice, pues: "El que cree en mí, aunque hubiera muerto (en la carne), vivirá en el alma hasta que resucite la carne para no morir después jamás". Porque la vida del alma es la fe. "Y todo aquel que vive (en la carne) y cree en mí (aunque muera en el tiempo por la muerte del cuerpo) no morirá jamás".

Alcuino.

Por la vida del espíritu y la inmortalidad de la resurrección. Sabía el Señor, para quien nada hay oculto, que ella creía esto, pero la excita a hacer una confesión por la cual se salvara: "¿Crees esto?", le dice. "Sí, Señor, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo que has venido a este mundo".

Crisóstomo ut supra.

Me parece que esta mujer no entendió las palabras de Cristo, pero creyó que significaban algo grande, extraordinario. No conoció, sin embargo, lo que era. Por eso preguntada sobre una cosa, responde por otra.

San Agustín ut supra.

O bien, creyendo que tú eres el Hijo de Dios, he creído que tú eres la vida, porque aquel que cree en ti, aun cuando muera vivirá.

Y dicho esto, fue y llamó en secreto a María su hermana, y dijo: "El Maestro está aquí y te llama". Ella, cuando lo oyó, se levantó luego y fue a El. Porque Jesús aún no había llegado a la aldea; sino que se estaba en aquel lugar en donde Marta había salido a recibirle. Los judíos, pues, que estaban en la casa con ella, y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado apresurada, y había salido, la siguieron, diciendo: "Al sepulcro va a llorar allí". Y María, cuando llegó a donde Jesús estaba, luego que le vio, se postró a sus pies y le dice: "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto". (vv. 28-32)

Crisóstomo In Ioannem hom., 61.

Entre tanto, las palabras de Cristo tuvieron la virtud de poner fin al dolor de Marta, porque su misma devoción para con el Maestro no la dejaba sentir en su presencia lo que podía recordar la causa de su dolor. "Y dicho esto", etc.

San Agustín In Ioannem tract., 49.

Debe notarse que el evangelista llama silencio a la voz baja, porque ¿cómo es que calló cuando añadió, diciendo: "El Maestro está aquí y te llama"?

Crisóstomo In Ioannem hom., 62.

Por eso llama a su hermana en secreto; porque si los judíos hubieran sabido que Cristo venía, se habrían retirado y no habrían sido testigos del milagro.

San Agustín ut supra.

Debe notarse también, que el evangelista no dice dónde, cuándo y cómo el Señor llamara a María, a fin de hacernos comprender por las palabras de Marta lo que El omitiera en fuerza de la brevedad de la narración.

Teofilacto.

O juzgó ella la presencia de Cristo como un llamamiento hecho a su hermana, como si dijera: no puedes excusarte de ir a su encuentro estando El ahí.

Crisóstomo ut supra.

Estando todo el mundo allí, ella llorando y llena de aflicción, no esperó a que el Maestro viniese hacia ella, ni se ocupó de su dignidad propia, ni el llanto la detuvo; sino que, levantándose, al punto le salió al encuentro. "Ella, cuando lo oyó, se levantó luego y se fue a El".

San Agustín ut supra.

Donde se ve que Marta no se le habría anticipado si ella hubiera sabido la llegada de Jesús.

"Jesús aún no había llegado a la aldea", etc.

Crisóstomo ut supra.

Marchaba sin prisa, para que no pareciera que buscaba con afán la ocasión de hacer el milagro, sino para que fuera pedido por ellos. Y esto es lo que el evangelista parece

que quiere insinuar; o bien porque ella caminaba de prisa para anticipársele. No vino sola, sino trayendo consigo a todos los judíos, de donde se sigue: "Los judíos, pues, que estaban en la casa con ella, la siguieron", etc.

San Agustín ut supra.

Al evangelista le tocó decirnos esto, a fin de enseñarnos por qué motivo había allí muchos judíos cuando Lázaro fue resucitado, y era para que hubiese muchos testigos de un milagro tan grande como fue la resurrección de un muerto de cuatro días.

Prosigue: "Y María, cuando llegó a donde Jesús estaba, luego que le vio se postró a sus pies".

Crisóstomo ut supra.

Esta era más ferviente que su hermana: ni se avergonzó de la muchedumbre, ni temió nada de lo que muchos de ellos, que eran enemigos de Cristo, pudieran sospechar de El. Y menospreciando los respetos humanos se entregó por completo a la gloria de su Maestro, que allí estaba.

Teofilacto.

Aunque parece que se empequeñece con estas palabras: "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto".

Alcuino.

Mientras estuviste con nosotros, ningún mal, ninguna enfermedad osó aparecer en vuestra presencia, porque conocieron que teníamos por huésped y por habitante la vida misma.

San Agustín De verb. Dom. serm., 52.

¡Oh concierto desleal! ¡Tú estás aún sobre la tierra y el amigo Lázaro muere! ¿Si muere el amigo, qué sucederá al enemigo? Poco es que sólo las alturas no te obedezcan; he aquí que los infiernos han arrebatado a tu amado.

Beda.

No dijo María tanto como Marta había dicho, porque como es habitual en los que lloran, no pudo ella decir todo lo que quería, todo lo que tenía en su alma.

Jesús cuando la vio llorando y que también lloraban los judíos que habían venido con ella, gimió en su ánimo y se turbó a sí mismo. Y dijo: "¿En dónde le pusisteis?" Le dicen: "Ven y lo verás". Y lloró Jesús. Y dijeron entonces los judíos: "Ved cómo le amaba". Y algunos de ellos dijeron: "¿Pues éste abrió los ojos del que nació ciego, no pudiera hacer que éste no muriese?" Mas Jesús, gimiendo otra vez en sí mismo, fue al sepulcro. Era una gruta y habían puesto una losa sobre ella. Dijo Jesús: "Quitad la losa". Marta, que era hermana del difunto, le dice: "Señor, ya hiede, porque es muerto de cuatro días". Jesús le dijo: "¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?" Quitaron, pues, la losa. (vv. 33-41)

Crisóstomo In Ioannem hom., 62.

Mientras que María habla, nada le dice Cristo, y tampoco le dice lo que había hablado a su hermana, porque la muchedumbre era numerosa y el momento no era adecuado para tales palabras, sino que condesciende y se humilla, manifestando su humana naturaleza. En el momento de hacer un milagro tan grande y ganar así muchos discípulos, manifiesta su humanidad y atrae por medio de esta condescendencia a multitud de testigos: "Jesús cuando la vio llorando gimió en su ánimo y se turbó a sí mismo".

San Agustín In Ioannem tract., 49.

¿Quién podía turbarlo sino El mismo? Cristo se turbó porque quiso; tuvo hambre porque quiso. En su poder estaba el tener tal aflicción o no tenerla, porque el Verbo tomó un cuerpo y un alma, uniéndose toda la naturaleza humana en la unidad de persona; y por esto, allí en donde está el soberano poder, la debilidad no se turba sino al arbitrio de la voluntad.

Teofilacto.

Para hacer patente su naturaleza humana, le ordena realizar lo que es de su condición, mandándoselo por virtud del Espíritu Santo. Y El mismo domina sus emociones. El Señor nos muestra su naturaleza sufriendo todas estas cosas, ya dándonos pruebas de que era hombre verdadero y no en la apariencia, ya enseñándonos que es preciso poner límites tanto a la tristeza como a la alegría, porque no padecer y no entristecerse es propio de los brutos, así como la superabundancia de estos sentimientos es propio de la mujer.

Y dijo: "¿En dónde le pusisteis?".

San Agustín De verb. Dom. serm., 52.

No debemos suponer que esta pregunta fuese hecha porque ignorara el lugar de la sepultura, sino porque quería probar la fe del pueblo.

Crisóstomo ut supra.

El no quiere tomar la iniciativa en nada, sino saberlo todo por boca de otro y hacerlo

todo a ruegos de ellos, para no dar lugar a la más mínima sospecha.

San Agustín Lip 83 quaest qu 65.

Que El pregunte me parece significar así nuestra vocación, que se hace en secreto, porque la predestinación de nuestra vocación está oculta, y la señal de este secreto es la pregunta del Señor, como si ignorara cuando nosotros mismos lo ignoramos. O también quizá porque el Señor en otro lugar dice que ignora a los pecadores. "No os conocí" (Mt 7,23), porque los pecados traspasan su disciplina y sus preceptos. "Le dicen: Ven, Señor, y lo verás".

Crisóstomo ut supra.

Aun no había dado señal alguna de que iba a resucitarlo. Así, más parecía que iba a llorar que a resucitar, y por eso le dicen: "Ven y lo verás".

San Agustín ut supra.

El Señor ve, cuando se compadece, y por eso dice el profeta (Sal 24,18): "Mira mi humildad y mi fatiga, y perdona todos mis pecados".

"Y lloró Jesús", etc.

Alcuino.

El que era fuente de piedad lloraba como hombre al que iba a resucitar en virtud del poder de su divinidad.

San Agustín ut supra.

¿Por qué, pues, Cristo lloró, sino porque enseñó a los hombres que debían llorar?

Beda.

Los hombres suelen llorar en la muerte de los seres que les son queridos. Conforme a esta costumbre, los judíos pensaban que el Señor lloraba; "Y dijeron entonces los judíos ¡ved cómo le amaba!"

San Agustín ut supra.

¿Qué quiere decir "le amaba"? No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores, para que hagan penitencia (Mt 9,13). "Y algunos de ellos dijeron: ¿Pues éste, que abrió los ojos del que nació ciego, no podría hacer que éste no muriese?". Más es lo que va a hacer: que un muerto resucite.

Crisóstomo ut supra.

Los que así hablaron eran de sus enemigos. Lo que debía admirarlos sobre su poder -esto es, la vista dada a un ciego de nacimiento-, les sirve para infamarlo, y hablan como si no hubiera hecho tal milagro. Con esto ponen más de manifiesto su malicia, porque no habiendo llegado todavía Cristo al sepulcro empiezan las acusaciones, sin haber visto el fin de este suceso. "Mas Jesús, gimiendo otra vez en sí mismo, fue al sepulcro". El evangelista repite con intención que el Señor lloró y gimió, para manifestarnos que realmente se revistió de la naturaleza humana, y porque refiere prodigios mayores que los que cuentan los otros evangelistas. Por eso mismo, en orden a la naturaleza humana, dice cosas más humildes que los demás.

San Agustín In Ioannem tract., 49.

Gime en ti mismo si quieres revivir, se dice a todo hombre que está agobiado bajo el peso de una mala costumbre. "Era una gruta, y habían puesto una losa sobre ella". Muerto bajo la piedra, reo bajo la Ley, porque la Ley fue dada a los judíos escrita sobre piedra. Todos los reos están bajo la Ley, porque la Ley no se ha hecho para el justo (1Tm 1).

Beda.

Esta gruta estaba hecha en una roca. Se dice monumento (monumentum) porque instruye a la mente (mentem moneat) y le trae a la memoria los muertos.

"Dijo Jesús: Quitad la losa".

Crisóstomo ut supra.

Pero ¿por qué no lo resucitó cuando yacía bajo la losa? ¿Acaso el que con su voz hizo levantar a un muerto, no podía levantar la losa? No lo hizo para hacerlos testigos del milagro y para que no pudieran decir como dijeron del ciego: "No es éste". Las manos que separaban la losa y los hombres que se acercaban al sepulcro serían testigos de que él era.

San Agustín ut supra.

En sentido místico, las palabras: "Quitad la losa" quieren decir: Quitad el peso de la Ley; predicad la gracia.

San Agustín Lib. 83 quaest. qu. 61.

En cuyas palabras creo que están significados aquellos que querían imponer la ley de la circuncisión a los que venían a la Iglesia de en medio de los gentiles, o bien aquellos que viven en el seno de la Iglesia de una manera corrompida, y son escándalo para los que quieren creer.

San Agustín De verb. Dom. serm., 52.

Incluso María y Marta, hermanas de Lázaro, que habían visto a Cristo resucitar frecuentemente muertos, apenas creían que podría resucitar a su hermano. "Marta, que era hermana del difunto, le dice: Señor, ya hiede", etc.

Teofilacto.

Esto lo dice Marta desconfiando, como creyendo imposible ver resucitado a su hermano, a causa de los días que habían transcurrido desde su muerte.

Beda.

Estas palabras son de admiración y no de desesperación.

Crisóstomo In Ioannem hom., 62.

Estas palabras son un argumento poderoso para sellar los labios a los impíos a fin de que tengan por testimonios de este milagro las manos levantando la piedra, los oídos escuchando las palabras de Cristo, la vista que ve a Lázaro resucitar y el olfato que siente el hedor.

Teofilacto.

Cristo recuerda a esta mujer todas las cosas de que con ella había hablado, y lo hace como creyéndola olvidada de sus palabras: "Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si creyeres

verás la gloria de Dios?".

Crisóstomo ut supra.

Porque esta mujer no se acordaba de que Cristo le había dicho: "El que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá"; y a los discípulos también había dicho: "Para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella". Al hablar aquí de la gloria de Dios, alude a la gloria del Padre. La flaqueza de aquellos que lo escuchaban era el motivo de la diversidad en sus palabras. Entre tanto, el Señor no quería turbar a los que se hallaban presentes y por eso dice: "Verás la gloria de Dios".

San Agustín ut supra.

La gloria de Dios se manifiesta en resucitar a un cadáver de cuatro días y que hedía.

"Quitaron, pues, la losa".

Orígenes In Ioannem tom. 28.

La tardanza en quitar esta losa fue motivada por la hermana del difunto. Porque si no hubiera dicho "Ya hiede, porque es muerto de cuatro días", no se habría dicho: "Dijo Jesús: Quitad la losa: quitaron, pues la losa" con lo cual se retrasó el quitar la losa. Es más ventajoso no poner obstáculos entre los mandatos de Jesús y su ejecución.

Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: "Padre, te doy gracias porque me has oído. Yo bien sabía que siempre me oyes: mas por el pueblo que está alrededor, lo dije: para que crean que tú me has enviado". Y habiendo dicho esto, gritó en alta voz: "Lázaro, ven fuera". Y en el mismo punto salió el que había estado muerto, atados los pies y las manos con vendas, y cubierto el rostro con un sudario. Jesús les dijo: "Desatadle y dejadle ir". Muchos, pues, de los judíos, que habían venido a ver a María y a Marta, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en El. Mas algunos de ellos se fueron a los fariseos y les dijeron lo que había hecho Jesús. (vv. 41-46)

Alcuino.

Como Cristo en cuanto hombre era menor que el Padre, le pide la resurrección de Lázaro, y por eso dice que ha sido oído: "Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre", etc.

Orígenes In Ioannem tom.28.

Elevó, en verdad, los ojos a lo alto, porque elevó su inteligencia, haciéndola subir por medio de la oración a su excelso Padre. Por eso para orar siguiendo el ejemplo de Cristo es necesario elevar a lo alto los ojos de su corazón, apartándolos de las cosas presentes tanto en su memoria como en sus pensamientos e intenciones. Si se ha hecho, pues, una promesa a los que oran como es debido, según aquellas palabras: "Clamarás, y dirá: Aquí estoy" (Is 58,9), ¿qué habremos de pensar del Salvador? Iba a rogar por la resurrección de Lázaro, pero Aquel que sólo es buen Padre por excelencia, escuchó su oración antes de haberla concluido. Para terminar su oración, añade la acción de gracias diciendo: "Padre, te doy las gracias, etc., para que crean que Tú me has enviado".

Crisóstomo In Ioannem hom., 63.

Esto es, que no hay nada contrario entre tú y yo. No manifiesta que es menos que su Padre y que no tiene tanto poder, porque esto se dice a los amigos y a los iguales en dignidad. Así, para mostrar que no está necesitado de la oración, añade: "Yo bien sabía que siempre me oyes". Como si dijera: para que se haga mi voluntad no tengo necesidad de orar para persuadirte, porque una es nuestra voluntad. Pero El lo dice con palabras encubiertas, a causa de la necedad de los que lo escuchaban, porque Dios no mira tanto a su dignidad como a nuestra salvación. Por eso en sus predicaciones habla pocas cosas grandes -y ésas, ocultas-, mientras que abundan mucho las humildes.

San Hilario De Trin. lib. 10.

No tuvo necesidad de orar por sí, sino que rogó por nosotros, para que no ignorásemos que era Hijo del Padre. Por eso añade: "Mas por el pueblo que está alrededor lo dije, para que crean que Tú me has enviado". Estas palabras que no eran para El de utilidad alguna, eran de gran provecho para aumento de nuestra fe. El no tenía necesidad de socorro, pero nosotros sí de enseñanza.

Crisóstomo ut supra.

No dijo, pues, para que crean que soy menor -porque sin la oración yo nada puedo hacer-, sino: "Que Tú me has enviado". No dijo: Tú me has enviado débil, reconociendo mi servidumbre y sin poder hacer nada por mí mismo; sino: Me has enviado para que no crean que soy contrario a Dios, para que no digan: no es de Dios, y para manifestar que hago esta obra según tu voluntad.

San Agustín De verb. Dom. serm., 52.

Cristo vino al sepulcro en que Lázaro dormía y al punto lo llamó del sepulcro, no como si estuviera vivo o dispuesto a oírle: "Y habiendo dicho esto, gritó en alta voz: Lázaro, ven fuera". Lo llama por su nombre para que los demás muertos no se vean obligados a resucitar.

Crisóstomo ut supra.

No dijo: Resucita tú, sino, ven fuera, como hablándole a un vivo, a aquel que hacía poco había muerto. Y por eso no dijo: en el nombre del Padre, ven fuera; o: Padre resucítalo; sino que uniendo todas estas cosas y después de haber orado, hace brillar su poder por el acto mismo; porque ésta es la señal de su sabiduría: mostrar su poder por medio de sus acciones y su condescendencia por medio de sus palabras.

Teofilacto.

La voz alta del Salvador que resucitó a Lázaro es el signo de la gran trompeta que ha de sonar en la resurrección universal (1Cor 15,52). Elevó más la voz para refrenar la lengua de los gentiles, que imaginaban que las almas de los difuntos se encontraban en los sepulcros. Por eso lo llama fuera con un grito, como si estuviera algo distante. Y así como la resurrección universal se hará en un abrir y cerrar de ojos, así también se hizo esta resurrección singular. Por eso añade el evangelista: "Y en el mismo punto salió el que había estado muerto", etc. Lo cual no es más que una preparación para que se verifique lo que dice San Juan (Jn 5,25): "Viene la hora, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán".

Orígenes In Ioannem tom. 28.

No se dice que un grito lo despertara, y así se cumplió lo que acababa de decir (Jn 2): "Voy a despertarlo del sueño". Mas el Padre, que escuchó la oración de su Hijo, resucitó a Lázaro y de este modo la resurrección de Lázaro es la obra común del Hijo y del Padre que lo escuchó. Porque así como el Padre resucita a los muertos y los vivifica, así también el Hijo da la vida a aquellos que quiere.

Crisóstomo ut supra.

Lázaro salió atado (ligado) para que no se creyera que era un fantasma. En el hecho de salir ligado hace resplandecer una maravilla tan grande como la de su resurrección. "Jesús les dijo: Desatadle", a fin de que los que lo tocasen y se acercasen a él, se persuadieran de que era él y no otro. "Y dejadle ir". Esto lo hace por humildad, pues no lo conduce ni lo lleva consigo como prueba del milagro.

Orígenes ut supra.

El Señor había dicho más arriba (Jn 11,42): "Mas por el pueblo que está alrededor lo

dije, para que crean que tú me has enviado". Si ninguno de los que estaban presentes hubiera creído, entonces habría dicho esto como hombre que no conoce el porvenir. Para evitar esto añade el evangelista: "Muchos, pues, de los judíos creyeron en El; mas algunos de ellos se fueron a los fariseos y les dijeron lo que había hecho Jesús". Estas palabras son ambiguas, y no dicen claramente si los que fueron a los fariseos eran parte de aquella multitud que había creído en El y que fueron a proponer a los enemigos de Cristo que se reconciliaran con El, o bien eran de los que no creían, y que fueron para excitar contra Cristo la tenaz envidia de los fariseos. Yo creo que el evangelista quiso decir esto último, porque llama multitud a aquellos que habían creído en fuerza de los hechos de que habían sido testigos, como si fuesen pocos todos los demás, de los cuales añade: "Mas algunos de ellos", etc.

San Agustín Lib. 83 quaest. qu. 65.

Aunque nosotros creamos con fe sincera que la resurrección de Lázaro sea real en el sentido histórico, sin embargo yo no dudo que aquí se encierre una verdad en el sentido alegórico, pues cuando a los hechos se da un sentido alegórico, no por eso dejan de ser verdaderos.

San Agustín In Ioannem tract., 49.

Todo el que peca, muere; pero Dios, por su misericordia infinita, resucita las almas a fin de que no mueran por toda la eternidad. Así, pues, nosotros creemos que en los tres muertos que el Salvador resucitó en sus cuerpos, se nos da a entender algo relativo a la resurrección de las almas.

San Gregorio Moralium 4, 29

Porque resucita a la niña en la casa, al joven fuera de la puerta, y a Lázaro en el sepulcro. En efecto, yace muerto en la casa el que está en pecado, y es conducido como fuera de la puerta el que comete el pecado en público sin pudor alguno.

San Agustín ut supra

O bien, la muerte está dentro cuando el pensamiento del mal no se ha convertido en acto exterior por la obra; pero si pusiste por obra el mal pensamiento, llevaste la muerte fuera de la puerta.

San Gregorio ut supra

El que a la perpetración del crimen añade la costumbre del pecado está oprimido bajo el peso de la sepultura, pero la gracia divina ilumina con frecuencia a estos pecadores con los resplandores de su luz.

San Agustín Lib. 83 quaest. qu. 65

O bien, en Lázaro que yace en el sepulcro, vemos al alma agobiada bajo el peso de sus pecados.

San Agustín In Ioannem tract., 49.

Y sin embargo, el Señor amaba a Lázaro, porque si no amara a los pecadores, no hubiera bajado del cielo a la tierra. La expresión "ya hiede" cuadra perfectamente a aquel que tiene hábito de pecar, porque empieza a exhalar una reputación detestable y un hedor insufrible. Con razón dijo: "Es muerto de cuatro días", porque el último de los elementos

es la tierra. Esta expresión significa el abismo de los pecados terrenales, esto es, de los apetitos carnales.

San Agustín Lib. 83 quaest. qu. 65.

El Señor gimió en sí mismo, lloró, gritó en alta voz, porque con dificultad se levanta aquel a quien oprime el peso de la costumbre. Cristo se turba a sí mismo para que aprendas cómo debes turbarte cuando te veas agobiado bajo el peso de tantos pecados. Porque la fe del hombre que se disgusta a sí mismo debe gemir en la acusación de sus malas acciones, para que la costumbre de pecar ceda a la violencia del arrepentimiento. Cuando dice: yo hice aquello y Dios me lo ha perdonado, oí el Evangelio y lo menosprecié, ¿qué hago? Entonces gime Cristo, porque gime la fe. En la voz del que gime está la esperanza de la resurrección.

San Gregorio Moralium 13.

Se dice a Lázaro: "Ven fuera", para excitarlo a pasar de su pecado oculto a la confesión de su pecado por su propia boca, de manera que el que yace envuelto en su conciencia por el pecado, salga de él por medio de la confesión.

San Agustín Lib. 83 quaest. qu. 65.

Lázaro, saliendo del sepulcro, representa al alma separándose de sus apetitos carnales. El salir atados los pies y las manos con vendas, nos enseña que aun los que abandonan las cosas carnales y sirven de corazón la ley de Dios, mientras están revestidos de este cuerpo no están libres de las tentaciones de la carne. Y el estar su rostro cubierto con un sudario nos enseña que en esta vida no podemos tener plena inteligencia. "Desatadle y dejadle ir". Estas palabras nos anuncian que después de esta vida desaparecerán todos los velos para que podamos ver cara a cara.

San Agustín In Ioannem tract., 49.

O bien, de otra manera: cuando desprecias, yaces muerto; cuando confiesas, sales adelante. ¿Qué otra cosa es salir adelante, sino manifestarse saliendo de lugar oculto? Pero Dios hace que te confieses gritando en voz alta, esto es, llamándote por una gracia singular. El muerto que se adelanta está aún atado de pies y manos; es reo aún. Por eso, para que se desataran los pecados dijo a los ministros: "Desatadle y dejadle ir", es decir, lo que desatareis en la tierra será desatado en el cielo.

Alcuino.

Cristo resucita porque El es quien por sí mismo vivifica interiormente; los discípulos desatan porque por medio del ministerio de los sacerdotes, son absueltos los que son vivificados.

Beda.

Los que van a anunciar a los fariseos son aquellos que viendo las buenas obras de los siervos de Dios, los persiguen con su odio y se esfuerzan en infamarlos.

Y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos juntaron concilio y decían: "¿Qué hacemos? porque este hombre hace muchos milagros. Si lo dejamos así, creerán todos en El; y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y nación". Mas uno de ellos, llamado Caifás, que era el sumo pontífice de aquel año, les dijo: "Vosotros no sabéis nada. Ni pensáis que os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nación perezca". Mas esto no lo dijo de sí mismo, sino que siendo sumo pontífice aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación, y no solamente por la nación, mas también para juntar en uno los hijos de Dios, que estaban dispersos. Y así, desde aquel día pensaron cómo le darían la muerte. (vv. 47-53)

Teofilacto.

Era conveniente admirar y ensalzar a Aquel que tales prodigios obraba, pero ellos más bien maquinan darle la muerte. "Y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos juntaron concilio", etc.

San Agustín In Ioannem tract., 49.

Ellos no dicen: "Creemos". Estos hombres perdidos se ocupaban mejor de hacer daño y de matar, que de la manera de salvarse a sí mismos. Y, sin embargo, temían y se consultaban unos a otros: "¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchos milagros".

Crisóstomo In Ioannem hom., 64.

Todavía lo llaman hombre los mismos que acababan de tener una prueba tan grande de su divinidad.

Orígenes In Ioannem tom., 28.

Es de considerar, oídas sus palabras, su necedad y su ceguera. Su necedad, porque ellos habían sido testigos de los muchos milagros que había hecho y, sin embargo, creían poder conspirar contra El, como si El mismo no tuviera poder para burlar sus maquinaciones. En esto consistía también su ceguedad, porque era preciso que Aquel que había hecho tantos milagros se desembarazase de sus asechanzas, a no ser que creyesen que realmente hacía milagros, pero que estos milagros no los hacía en virtud del divino poder. Así, ellos determinaron no dejarlo ir, creyendo que esto sería un gran impedimento para los que creían en El, y que así los romanos no les quitarían su ciudad y nación. "Si lo dejamos así, creerán todos en El", etc.

Crisóstomo ut supra.

Con estas palabras querían atemorizar al pueblo, haciéndoles ver el peligro en que estaban de que se sospechase que querían declararse en poder independiente; palabras que equivalen a estas otras: Si los romanos lo ven seguido de la muchedumbre, sospecharán que queremos erigirnos en poder independiente, y destruirán la ciudad. Pero todo lo que decían era pura ficción, porque ¿cuáles eran los motivos para sospechar esto? ¿Iba El acaso rodeado de gente armada y seguido de escuadrones? ¿Acaso no

buscaba los desiertos? Pero para que no se pensara que esto lo decían con el intento de preparar su muerte, dicen que toda la ciudad está en peligro.

San Agustín ut supra.

O bien, temían que si todos creían en Cristo no quedase nadie para defender la ciudad y el templo de Dios contra los romanos, porque bien sabían que la doctrina de Cristo era contraria al mismo templo y a las leyes de sus antepasados. Temían, pues, perder los bienes temporales, y nada les importaba perder la vida eterna, en que no pensaban. Pero a pesar de todo esto, finalmente los romanos, después de la pasión y de la resurrección del Señor, hicieron desaparecer la ciudad, destruyéndola.

Orígenes ut supra.

Mas, según el sentido místico, los gentiles ocuparon el lugar de los circuncisos, pues por la caída de éstos vino la salvación a las naciones. En lugar de los gentiles son puestos los romanos, pasando de este modo la soberanía a quienes hasta entonces habían ejercido allí sus derechos. También la gente fue arrebatada de entre ellos, porque el que fue pueblo de Dios dejó de serlo.

Crisóstomo ut supra.

Pero mientras ellos vacilaban y proponían ese consejo para deliberar, diciendo: "¿Qué hacemos?", uno, descaradamente y con la mayor crueldad, gritó: "Mas uno de ellos, llamado Caifás, que era el sumo pontífice de aquel año".

San Agustín ut supra.

Podía uno preguntar, ¿cómo es que se dice que era pontífice de aquel año, siendo así que el Señor había establecido un único sumo sacerdote, que no debía tener sucesor sino después de su muerte? Es preciso admitir que la división y la ambición habían conducido más tarde a los judíos a tener muchos pontífices, que servían alternativamente cada año, y quizá en un mismo año había muchos, a los cuales sucedían otros en el año siguiente.

Alcuino.

Cuenta Josefo, que este Caifás había comprado por dinero el pontificado de aquel año.

Orígenes In Ioannem tom.,30.

Una prueba de la maldad de Caifás son las palabras "pontífice de aquel año", porque exponen que bajo su pontificado nuestro Salvador ejerció el ministerio de su pasión. Y sin embargo, como fuese pontífice de aquel año, les dijo: "Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que os conviene que muera un hombre".

Crisóstomo In Ioannem hom., 65.

Como si dijera: Vosotros estáis tranquilos y miráis esto con poco interés, pero tened en cuenta que es preciso despreciar la salvación de un solo hombre para salvar el bien común.

Teofilacto.

Esto lo dijo él con una intención depravada. Sin embargo, la gracia del Espíritu Santo se valió de sus palabras para presagio del porvenir: "Mas esto no lo dijo de sí mismo,

sino que siendo pontífice profetizó", etc.

Orígenes ut supra.

No todo el que profetiza es profeta, como no todo aquel que sigue la justicia es justo, como por ejemplo el que hace alguna obra por la gloria humana. Caifás, pues, profetizó, es verdad, y sin embargo no era profeta, como sucedió a Balaam (Nm 23). Alguno podrá decir que Caifás no profetizó por inspiración del Espíritu Santo, ya que el espíritu maligno puede también dar testimonio de Jesús y profetizar acerca de El conforme a aquellas palabras (Lc 4,34): "Sabemos quién eres, santo de Dios". Porque su intención no es hacer fieles a los que lo escuchan, sino incitar en el pretorio contra Jesús a los que confiaban en El, para hacerlo morir. Por otra parte, las palabras "os conviene" -que forman parte de su profecía-, o son verdaderas o falsas. Si son verdaderas, se sigue que se salvarán todos aquellos que se esfuerzan en el pretorio por incitar al pueblo contra Jesús y, después de su muerte por el pueblo, llegarán a conseguir lo que les conviene. Si no son verdaderas, es evidente que el Espíritu Santo no inspiró esta profecía, porque el Espíritu Santo no puede mentir. Pero si alguno cree que Caifás es en esto verídico, (Heb 2,9) hallará claro que Jesús ha abrazado la muerte por todos, y que El es Salvador de todos los hombres, principalmente de los fieles. Encontrará también que todas las palabras que están en este lugar, comenzando por aquellas (1Tim 4,10): "Vosotros nada sabéis", son una verdadera profecía. Porque nada sabían los que ignoraban que Jesús es la verdad, la sabiduría, la justicia y la paz. Y lo que a ellos convenía era que éste solo -en cuanto hombre- muriera por el pueblo, pero no en cuanto imagen de Dios invisible (Col 1,15), bajo cuyo respecto no está sujeto a la muerte. Y como poderoso que es, quiso destruir y borrar en sí mismo la culpa de todo el género humano. En las palabras "mas esto no lo dijo de sí mismo", se nos ha enseñado que nosotros, hombres, decimos algunas cosas por nosotros mismos sin que ninguna fuerza extraña nos induzca a ello, mientras que hay otras que las proferimos por influencia de otro poder, aun cuando nosotros no lo podamos apreciar en toda su extensión, disponiéndonos así a escuchar lo que se dice, pero sin fijarnos en la intención de las palabras. Así Caifás no dijo nada de sí, ni conoció que lo que decía era una profecía, porque ignoraba el sentido de las palabras que proferían sus labios (1Tim 1,7). Así, en la Epístola de San Pablo a Timoteo se encuentran algunos doctores de la Ley que ni saben lo que dicen ni lo que afirman.

San Agustín ut supra.

Aquí también podemos aprender que los hombres malos pueden también vaticinar lo futuro con espíritu profético, lo cual, sin embargo, el evangelista atribuye al sagrado ministerio, porque Caifás era pontífice, esto es, sumo sacerdote.

Crisóstomo ut supra.

¡Mira cuán grande es la virtud del Espíritu Santo, que de una inteligencia depravada hace salir palabras proféticas! Mira también cuán grande es la virtud y la dignidad del pontificado, pues hecho pontífice, aunque indigno, Caifás profetiza sin saber lo que dice. La gracia no toca más que a la boca, pero no llega al corrompido corazón.

San Agustín ut supra.

Caifás, pues, sólo profetizó de la nación judía, en la que estaban las ovejas de que el mismo Señor había dicho (Mt 15,2): "No soy enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel". Pero el evangelista sabía que había otras ovejas que no eran de este redil, a las cuales convenía conducir, y por eso añadió: "Y no solamente por la nación, mas también para juntar en uno los hijos de Dios que estaban dispersos". Esto se dijo de la predestinación, pues entonces no había ni ovejas ni hijos de Dios.

San Gregorio Moralium 6, 13

Los perseguidores hicieron, pues, todo lo que maliciosamente habían maquinado. Prepararon su muerte para arrancar la fe que en El tenían los creyentes, pero la fe creció por los mismos medios que los incrédulos habían empleado para extinguirla. No convirtió en obsequio de su piedad, lo que la crueldad humana fraguó contra El.

Orígenes

Llenos de ira por las palabras de Caifás, decretaron la muerte del Señor. "Y así, desde aquel día pensaron cómo le darían la muerte". Y en verdad, si Caifás no profetizó por inspiración del Espíritu Santo, fue otro espíritu el que pudo a la vez hablar por la boca de un impío y excitar a sus camaradas contra Cristo. Mas el que ve aquí la inspiración del Espíritu Santo, dirá que así como muchos para constituir su depravada doctrina, se acogen a la palabra de las Escrituras dirigidas al bien general, así los oidores de esta verdadera profecía pronunciada contra Cristo, no tomándola en su verdadero sentido, se reúnen en consejo para dar muerte a Cristo.

Crisóstomo ut supra

Primero lo buscaban para darle la muerte, y ahora dan la sentencia.

Por lo cual no se mostraba ya Jesús en público entre los judíos, sino que se retiró a un territorio cerca del desierto, a una ciudad llamada Efraím; y allí moraba con sus discípulos. Y estaba ya cerca la Pascua de los judíos; y muchos de aquella tierra subieron a Jerusalén antes de la Pascua, para purificarse. Y buscaban a Jesús, y se decían unos a otros estando en el templo: "¿Qué os parece de que no haya venido a la fiesta?" Y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían dado mandamiento, que si alguno sabía en dónde estaba, lo manifestara para prenderle. (vv. 54-56)

Orígenes In Ioannem tom.,28.

Después que los escribas y fariseos se juntaron para condenar a muerte a Jesús, El, teniendo más cautela, no conversaba ya con los judíos con tanta confianza. Y se retiró, no a una ciudad popular, sino a una que estaba lejos y apartada. "Por lo cual no se mostraba ya Jesús en público entre los judíos", etc.

San Agustín In Ioannem tract., 49.

No por defecto de su poder (el que, si hubiera querido, le habría permitido hablar en público con los judíos y no le habrían hecho nada); mas El dejó este ejemplo a sus discípulos, para enseñarles que no hay pecado en que sus fieles se aparten de las miradas de los perseguidores y, ocultándose, prefieran evitar el furor de los malvados, que sería más terrible manifestándose en público.

Orígenes ut supra.

Porque no es digno de censura para el que confiesa a Jesucristo el no evitar confusión en el momento del combate, y no rehusar la muerte por defender la verdad. Es asimismo prudente no dar ocasión exponiéndose a una prueba tan grande, no solamente por la incertidumbre del éxito de parte nuestra, sino también para no dar ocasión a los otros para que hagan mayor su impiedad y su perversidad. Porque si el que da ocasión de pecado, no se librará del castigo merecido, ¿qué castigo no merecerá aquel que no evita el pecado del perseguidor? El Señor no se fue solo. Antes bien, para no dar ocasión alguna a los que lo perseguían, llevó consigo a sus discípulos. "Y allí moraba con sus discípulos".

Crisóstomo In Ioannem hom., 64.

¿Qué impresión piensas que debió ser la de los discípulos, viéndolo humanamente salvado, es decir, viéndolo buscar como hombre un asilo que lo oculte y lo ponga a salvo de las manos de sus perseguidores? Mientras que todos se regocijan y celebran fiesta, ellos se ocultan y corren graves peligros; sin embargo, permanecen con El, conforme a aquellas palabras (Lc 22,28): "Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones".

Orígenes ut supra.

Místicamente hablando, debemos decir que Jesús andaba confiadamente en medio

de los judíos, cuando el Verbo divino estaba entre ellos por la profecía. Mas apenas marchó de allí y el Verbo de Dios no estuvo más con los judíos "se retiró a un territorio cerca del desierto" (Is 54,1). Los hijos de la mujer desierta, esto es, abandonada, son más numerosos que los de la desposada. Esta ciudad se llama Ephrem, que quiere decir fertilidad. Effraim fue hermano de Manasés, del antiguo pueblo entregado al olvido. Después que este pueblo fue relegado al olvido y abandonado, fue cuando surgió la abundancia de en medio de los gentiles. El Señor, abandonando a los judíos, vino a esta tierra del universo, a la Iglesia casi desierta, y cuyo nombre significa ciudad fecunda, y en ella permanece hasta ahora con sus discípulos.

San Agustín In Ioannem tract., 50.

Aquel que había bajado del cielo para sufrir, quiso acercarse al lugar de su pasión porque la hora de su muerte estaba cercana. Por eso el evangelista añade: "Y estaba ya cerca la Pascua", etc. Los judíos celebraban la Pascua en las tinieblas, nosotros en la luz. Con la sangre de su cordero se señalaron los umbrales de las casas de los judíos; nuestras frentes se señalan con la sangre de Cristo. Los judíos quisieron ensangrentar esta fiesta con la sangre del Salvador. En este mismo día de fiesta fue sacrificado el Cordero que consagró el mismo día con su propia sangre. La ley de los judíos mandaba que en el día de fiesta en que se celebraba la Pascua se reunieran de todas partes y se santificaran con la celebración de aquel día: "Y muchos de aquella tierra subieron a Jerusalén antes de la Pascua para purificarse".

Teofilacto.

Vinieron a Jerusalén antes de la Pascua para purificarse, porque todos aquellos que habían pecado, ya voluntariamente, ya contra su voluntad *, no celebraban la Pascua sin expiar antes, según costumbre, por medio de abluciones, ayunos, cortarse el cabello, y además haciendo algunas ofrendas determinadas a este fin. En el tiempo, pues, en que éstos celebraban la expiación, fue cuando tendían asechanzas al Señor: "Y buscaban a Jesús, y se decían unos a otros estando en el templo: ¿qué os parece de que no haya venido a la fiesta?" *(*Por haber "pecado contra su voluntad" ha de entenderse haber incurrido involuntariamente en mancha ritual, y no haber pecado propiamente. El pecado incluye el carácter voluntario. La Bula* ***Ex omnibus affictionibus*** *(1567) de San Pío V, condenó el error de Bayo, que afirmaba que "lo voluntario no pertenece a la esencia y definición de pecado").*

Crisóstomo ut supra.

Le ponían asechanzas y celebraban el día de la fiesta y el de la inmolación.

Orígenes ut supra.

Y por eso no dijo la Pascua del Señor, sino de los judíos, porque en ella el Salvador sufría asechanzas.

Alcuino.

Ellos no buscaban al Señor por una causa justa, pero nosotros lo buscamos estando en el templo, consolándonos mutuamente, exhortándonos y pidiendo que venga a nuestro día de fiesta y nos santifique con su presencia.

Teofilacto.

Si estas cosas hubieran sido obra exclusivamente de las turbas, podría creerse que su pasión era resultado de la ignorancia. Pero los fariseos mismos dan la orden de que sea preso: "Y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían dado mandamiento, que si alguno sabía en dónde estaba, lo manifestase para prenderle".

Orígenes ut supra.

Y notad que ellos ignoraban dónde está, porque se ha dicho que El se había retirado. Podrá decirse que los que tendían lazos a Jesús ignoraban dónde estaría y que dieron otros preceptos que los divinos, enseñando las ciencias y los mandatos de los hombres.

San Agustín ut supra.

Pero nosotros enseñamos a los judíos dónde está Jesús. ¡Ojalá quieran oírlo y apoderarse de Él! Vengan a la Iglesia, oigan dónde está Cristo y aprehéndanlo.

CAPÍTULO 12

Jesús, pues, seis días antes de la Pascua, vino a Betania, en donde había muerto Lázaro, al que Jesús resucitó. Y le dieron allí una cena: y Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados con El a la mesa. Entonces María tomó una libra de ungüento de nardo puro, de gran precio, y ungió los pies de Jesús, y le enjugó los pies con sus cabellos, y se llenó la casa del olor del ungüento. Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariotes, el que le había de entregar: "¿Por qué no se ha vendido este ungüento por trescientos denarios y se ha dado a pobres?" Y dijo esto, no porque él cuidase de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo sus bolsillos, traía lo que se echaba en ellos. Y dijo Jesús: "Dejadla que lo guarde para el día de mi entierro. Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros, mas a mí no siempre me tenéis". Entendió, pues, un crecido número de judíos que Jesús estaba allí, y vinieron, no solamente por causa de El, sino también por ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. Y los príncipes de los sacerdotes pensaron matar también a Lázaro. Porque muchos por él se separaban de los judíos y creían en Jesús. (vv. 1-11)

Alcuino.

Acercándose el tiempo en que el Señor había determinado padecer, se acercó también El al lugar en que había de terminar la obra de su pasión. Jesús, primero vino a Betania, después a Jerusalén. A Jerusalén, para padecer allí; a Betania para que la resurrección de Lázaro se grabara más profundamente en la memoria de todos: "En donde había muerto Lázaro al que Jesús resucitó".

Teofilacto.

En el décimo día del mes, toman los judíos un cordero para sacrificarlo en la fiesta de la Pascua. Entonces comienzan para ellos las solemnidades de esta fiesta. Por eso el día que hace el noveno del mes y que precede al día sexto antes de la Pascua, celebran grandes banquetes, y fijan en este día el principio de la fiesta, lo cual dio ocasión a que Jesús al ir a Betania fuese convidado a comer: "Y le dieron allí una cena". Presentándonos a Marta sirviendo a la mesa, nos da a entender el evangelista, que en su casa se celebra el convite. Pero observa la fidelidad de esta mujer; no cede ella este oficio a los criados, sino que ella misma lo desempeña. Por otra parte, el evangelista, queriendo darnos una señal de la resurrección de Lázaro, añade: "Lázaro era uno de los que estaban sentados con El a la mesa".

San Agustín In Ioannem tract., 50.

El vivía, hablaba, comía; la verdad resplandecía, la incredulidad de los judíos estaba confundida.

Crisóstomo In Ioannem hom., 64.

María no atendía al servicio general, y sólo se ocupaba de la gloria del Señor, y no se acercaba a El como a hombre, sino como a Dios. "Entonces María tomó una libra de ungüento de nardo puro, de gran precio, y ungió los pies de Jesús, y le enjugó los pies con sus cabellos", etc.

San Agustín tract. 55.

Debemos creer que la palabra "pistici" indica el lugar de donde era este precioso perfume.

Alcuino.

O también fiel y no adulterado con sustancias extrañas. Esta es aquella mujer, pecadora en otro tiempo, que vino al Señor en casa de Simón con un vaso de rico perfume.

San Agustín De cons. evang., 2, 79

Este hecho, que se repitió en Betania, no es el mismo que el que refiere San Lucas; pero San Juan, San Mateo y San Marcos lo refieren de la misma manera. Que San Mateo y San Marcos digan que fue la cabeza de Jesús la que ungió con el perfume y San Juan diga que los pies, debemos entenderlo en el sentido de que ungió la cabeza y lo pies. San Mateo y San Marcos, recapitulando aquel día, que era el sexto antes de la Pascua, se refieren nuevamente a Betania, y narran lo que San Juan sobre la cena y el perfume.

"Y se llenó la casa del olor del ungüento".

San Agustín In Ioannem tract., 50.

El sentido de este pasaje se ilumina con aquellas palabras del Apóstol: "A los unos en verdad olor de muerte para muerte; y a los otros olor de vida para vida" (2Cor 2,16). Finalmente, verás aquí cómo este bálsamo es para unos precioso olor que da la vida, y para otros olor corrompido que produce la muerte. Continúa diciendo: "Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote, el que le había de entregar: Por qué no se ha vendido este ungüento", etc.

San Agustín De cons. evang., 2, 79

Al decir los otros evangelistas que los discípulos murmuraron de que se hubiera derramado este rico perfume, mientras que San Juan sólo nombra a Judas, pienso que es a Judas a quien han querido referirse todos ellos, usando un plural por un singular. Puede también entenderse en el sentido de que los demás discípulos o sintieron esto o lo dijeron, o Judas hablándoles los persuadió con sus palabras, San Marcos y San Mateo expresan con palabras la voluntad de todos, pero Judas habló así porque era ladrón; los demás por solicitud para con los pobres. San Juan no tendría intención de hablar más que de Judas, aprovechando esta ocasión a fin de hacer constar el hábito que tenía Judas de robar, porque añade: "Y dijo esto no porque él cuidase de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo sus bolsillos traía lo que echaba en ellos".

Alcuino

Su cargo era llevar la bolsa; su crimen, robarla.

San Agustín In Ioannem tract., 50.

No pereció Judas en el momento en que recibió de los judíos el dinero para entregar al Señor; ya era un ladrón. Perdido este hombre, no seguía al Señor con el corazón sino con el cuerpo. Con esto nos quiso enseñar el Señor a sufrir a los malos para que no dividamos el cuerpo de Cristo. Aquel que roba algo a la Iglesia es semejante a Judas. Si eres bueno, tolera al malo para que obtengas la recompensa de los buenos y no incurras en el castigo de los malos. Toma el ejemplo del Señor mientras vivió en la tierra. ¿Por qué tenía depositarios Aquel a quien los ángeles servían la comida, sino porque su Iglesia había de tener necesidad de depositarios? ¿Por qué admitió ladrones sino con el fin de que su Iglesia, en tanto que tuviera ladrones supiera soportarlos? Pero aquel que acostumbraba a robar el dinero de la bolsa, no vaciló en vender por dinero al Señor.

Crisóstomo In Ioannem hom., 64.

El confió a este ladrón la bolsa de los pobres para quitarle toda ocasión, a fin de que no pudiera decir que por deseo de dinero había cometido aquella traición, toda vez que en la bolsa tenía bastante dinero con que apagar su codicia.

Teofilacto.

Opinan algunos que Judas tenía la administración del dinero, como el último de todos que era, porque la administración de las cosas temporales es inferior a la de la doctrina, conforme a las palabras que se leen en los Hechos de los Apóstoles (Hch 6,2): "No es justo que dejemos nosotros la palabra de Dios y que sirvamos a las mesas".

Crisóstomo ut supra.

Jesucristo, usando de mucha condescendencia con Judas, no le echó en cara sus robos, sino que lo disculpó: "Dejadla que lo guarde para el día de mi entierro".

Alcuino.

Da a entender su muerte, y que debía ser ungido con aromas. Por eso a María, a quien no le habría de ser lícito ungir el cuerpo muerto del Salvador, deseándolo tanto, se le concedió, estando vivo, este privilegio, que no hubiera podido participar después de muerto por la pronta resurrección.

Crisóstomo ut supra.

Otra vez por causa del traidor hace mención de su sepultura, como si quisiera decir: te soy grave y pesado, mas espera un poco y me iré. Y esto mismo manifiesta cuando añade: "Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros; mas a mí no siempre me tenéis".

San Agustín In Ioannem tract., 50.

El hablaba de su presencia corporal, pues en cuanto a su majestad, a su providencia, a su gracia inefable e invisible, se cumple lo que por El se ha dicho (Mt 28,20): "He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos". O de otro modo: en la persona de Judas están representados los malos en la Iglesia, porque si eres bueno tendrás la presencia de Cristo por la fe y por el sacramento, y lo tendrás siempre. Porque cuando salgas de este mundo, irás a Aquel que dijo al ladrón (Lc 23,43): "Hoy serás conmigo en el Paraíso". Pero si, por el contrario, vives mal, te parecerá tener presente a Cristo, porque estás bautizado con el bautismo de Cristo; te acercas al altar de Cristo,

pero viviendo mal, no lo tendrás siempre. El no dijo tienes, en singular, sino tenéis, en plural, porque un solo malo representa todo el cuerpo de los malos. "Entendió, pues, un crecido número de judíos, que Jesús estaba allí; y vinieron, no solamente por causa de El, sino también por ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos". La curiosidad los trajo, no la caridad.

Teofilacto.

Ellos deseaban ver al resucitado, esperando oír de la boca de Lázaro alguna cosa acerca del lugar de las almas.

San Agustín ut supra.

Como el milagro hecho por el Señor era tan grande, se había extendido por todas partes con tanta evidencia, y se había hecho tan público, que no pudiendo ni ocultar el hecho, ni negarlo, pensaron dar muerte a Lázaro. "Y los príncipes de los sacerdotes pensaron", etc. ¡Pensamiento insensato y ciega crueldad! Como si el Señor, que pudo resucitar a un muerto, no pudiera hacer lo mismo con un asesinado. He aquí que el Señor hizo las dos cosas, pues resucitó a Lázaro muerto, y se resucitó a sí mismo que había sido muerto.

Crisóstomo In Ioannem hom., 65.

Ningún milagro de Cristo los había enfurecido tanto. Este era el más notable de todos y se había obrado en presencia de mucha gente, y era increíble ver y oír hablar a un muerto de cuatro días. En otras circunstancias, ellos tramaban acusarlo de quebrantar el sábado y por este medio levantar las turbas contra El. Mas ahora, no encontrando motivo alguno para quejarse contra Jesús, dirigen sus ataques contra Lázaro; y aun con el ciego hubieran hecho ellos lo mismo, si no hubiesen tenido la acusación de la violación del sábado. O bien, al ciego que era de baja y humilde condición, lo echaron del templo, mientras que Lázaro era noble, lo cual se comprende por la multitud de personas que vinieron a consolar a sus hermanas. Esto les mortificaba sobremanera: ver que todos, sin cuidarse de la solemnidad próxima venían a Betania.

Alcuino.

En sentido místico, que viniera a Betania antes de seis días, significa que el que había hecho todas las cosas en seis días y en el séptimo había creado al hombre, había venido a rescatar al mundo en la edad sexta del mismo, en el día sexto y a la hora sexta. La cena del Señor es la fe de la Iglesia, que obra por la caridad. Marta sirve, cuando el alma fiel consagra al Señor las obras de su devoción. Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa, cuando aquellos que después de muertos por el pecado son resucitados a la vida de la gracia, se alegran de la presencia de la verdad con aquellos que permanecieron en su justicia y se alimentan de los dones de la gracia celestial. Y con razón esta fiesta se celebra en Betania, que significa casa de obediencia, pues la Iglesia es la casa de obediencia.

San Agustín ut supra.

El perfume con que María ungió los pies de Jesús fue la justicia, y por eso llevaba una libra. Este perfume era de precioso nardo líquido; en griego significa fe. ¿Quieres

obrar la justicia? El justo vive de la fe (Rm 1,17). Unge los pies de Jesús viviendo bien; sigue sus huellas; enjúgalas con tus cabellos. Si tienes algo superfluo, dalo a los pobres y habrás enjugado los pies del Señor, porque los cabellos parecen lo superfluo del cuerpo.

Alcuino.

Debemos notar que la primera vez sólo había ungido los pies, pero ahora ungió los pies y la cabeza. Allí se significan los principios, que son la penitencia; aquí la justicia de las almas perfectas, pues por la cabeza del Señor se entiende la sublimidad de la divinidad, y por los pies la humildad de la encarnación. O bien, por la cabeza se entiende el mismo Cristo y por los pies los pobres, que son sus miembros.

San Agustín ut supra.

Se llenó la casa de olor; el mundo se llenó de buen nombre.

Y el día siguiente, una grande muchedumbre de gente, que había venido a la fiesta, cuando oyeron que venía Jesús a Jerusalén, tomaron ramos de palmas y salieron a recibirle, y clamaban: "Hosanna, bendito, el que viene en el nombre del Señor, el rey de Israel". Y halló Jesús un jumentillo y se sentó sobre él, como está escrito: No temas, hija de Sión: he aquí tu rey, que viene sentado sobre un pollino de una asna. Esto no entendieron sus discípulos al principio; mas cuando fue glorificado, entonces se acordaron que estaban estas cosas escritas de El y que le hicieron estas cosas. Y daba testimonio la mucha gente que estaba con Jesús, de cuando llamó a Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos. Y por esto vinieron a recibirle las gentes; porque habían oído que El había hecho este milagro. Mas los fariseos dijeron unos a otros: "¿No veis que nada adelantamos? Mirad que todo el mundo se va en pos de El". (vv. 12-19)

Crisóstomo In Ioannem hom., 64.

Mandaba la Ley (Ex 12), que en el día décimo de la luna del primer mes se encerrara en casa un cordero o un cabrito hasta el día catorce de la luna del mismo mes, en que debería sacrificarse por la tarde. Por eso el verdadero cordero inmaculado, escogido entre todos los rebaños, debía ser sacrificado por la santificación del mundo; subió a Jerusalén antes de los cinco días, esto es, el diez de la luna.

San Agustín In Ioannem tract., 51.

Cuál había sido el resultado de su predicación, y cuál el rebaño que había escuchado la voz del pastor (de entre todos los que habían perecido de la casa de Israel), se puede deducir de las palabras que siguen: "Y el día siguiente, una grande muchedumbre de gente había venido a la fiesta, tomaron ramos de palmas", etc. Los ramos de palmas son alabanzas y significan la victoria que por su muerte había de conseguir el Salvador, conquistando del demonio los trofeos de la cruz.

Crisóstomo In Ioannem hom., 65.

Ellos demostraban así que creían de El que era más que Profeta. "Y salieron a recibirle y clamaban: Hosanna", etc.

San Agustín ut supra.

La palabra hosanna es una voz de súplica y expresa un sentimiento de afecto más bien que otra cosa alguna, a la manera de las interjecciones latinas.

Beda.

Esta palabra se compone de la raíz osi que significa salva, y de anna que es la partícula, interjección de súplica. Las palabras "Bendito el que viene en el nombre del Señor" deben entenderse en el nombre del Dios Padre, aun cuando podría entenderse también en su nombre, porque también El es el Señor. La primera interpretación nos parece más obvia, pues El nos dice por boca de San Juan (Jn 5,43): "Yo he venido en

nombre de mi Padre". El no pierde su divinidad cuando nos enseña la humildad.

Crisóstomo ut supra.

Esto es lo que más influyó para que todos creyeran en Cristo, que no es contrario a Dios. Y esto es lo que levantaba más el ánimo del pueblo, el decir El que venía del Padre. De estas palabras se deduce que El es Dios, porque hosanna significa sálvalos, y la Escritura sólo atribuye a Dios la salvación. Además, porque es verdaderamente Dios (dicen) aquel que viene, no aquel que es enviado; porque esto es en cierto modo propio de siervo; aquello es propio de señor. La misma significación tienen las palabras que añaden: "En el nombre del Señor", con las que claramente expresan que viene no en nombre de siervo, sino en el del Señor.

San Agustín ut supra.

¿Qué extraño había de ser que el Rey de los siglos se hiciera Rey de los hombres? Porque Cristo no se hizo Rey de Israel para imponer un tributo, o para armar un poderoso ejército; se hizo Rey de Israel para ilustrar las almas y conducirlas al reino de los cielos. El haber querido hacerse Rey de Israel, fue dignación suya, no exaltación; señal de compasión, no de poder, pues el mismo que es llamado Rey de los judíos en la tierra, es el Señor de los ángeles en el cielo.

Teofilacto.

Los judíos lo llamaban Rey de Israel, como soñando con un rey verdadero, pues esperaban que se levantaría un rey superior a la naturaleza humana que los librara del yugo de los romanos.

De qué manera entró el Señor, el evangelista lo dice: "Y halló Jesús un jumentillo", etc.

San Agustín ut supra.

Aquí se dice esto de una manera muy breve; en los otros evangelistas se encuentra bien explicado cómo se hizo esta entrada. En el pollino de una asna, en el que ningún otro se había sentado (circunstancia que hacen notar los otros evangelistas), está representado el pueblo gentil, que no había recibido la Ley del Señor; y en la asna (pues uno y otra fueron llevados al Señor), el que descendió del pueblo de Israel.

Crisóstomo ut supra.

Esto lo hizo en un sentido profético y figurativo, dando a entender que los gentiles, pueblo inmundo y grosero, debían someterse, y cumplir así una profecía.

San Agustín ut supra.

También se da a este hecho un sentido profético, para manifestar que los perversos príncipes de los judíos no lo entendían de Aquel en quien se estaba cumpliendo lo que ellos leían. Así, añade el evangelista: "Como está escrito: no temas, hija de Sión. He aquí tu Rey que viene sentado sobre un pollino de una asna". Aquel pueblo representaba la hija de Sión, esto es, Jerusalén, llamada Sión, que es a quien se dice: "No temas" (a El). Reconoce a Aquel a quien tú ensalzas y no tiembles cuando lo veas padecer, porque su sangre será derramada para expiación de tus pecados y para rescatar tu vida.

Crisóstomo ut supra.

O bien de esta manera: como sus reyes habían sido injustos con ellos y los habían expuesto a muchas guerras, confiad, les dice. Este no es así, sino que es dulce y lleno de mansedumbre; el asno sobre el que viene montado da testimonio de ello, pues no entraba rodeado de poderoso ejército, sino trayendo solamente un jumento.

Notad la sabiduría del evangelista, que no tiene reparo alguno en publicar el primitivo estado de ignorancia de ellos, puesto que añade: "Esto no entendieron sus discípulos al principio, sino cuando fue glorificado Jesús".

San Agustín ut supra.

Cuando hizo brillar la virtud de su resurrección, entonces se acordaron que estas cosas se habían escrito de El, y que éstas mismas eran las que ellos habían hecho en su honor, esto es, no más que las que estaban escritas sobre El.

Crisóstomo ut supra.

Ellos ignoraban esto, porque el Señor no se lo había revelado; porque los habría escandalizado si siendo Rey hubiera sufrido tales tormentos, y tampoco habrían comprendido en un principio de qué reino les hablaba, y hubieran creído que era de este reino temporal.

Teofilacto.

Mira las consecuencias de la pasión: Jesús resucitó a Lázaro, reservando este prodigio para el último de todos, y éste fue causa de que muchos vinieran y creyeran en El. "Y daba testimonio la mucha gente que estaba con Jesús, de cuando llamó a Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos. Y por esto vinieron a recibirle las gentes, porque habían oído, que El había hecho este milagro". De aquí la envidia y las maquinaciones. "Mas los fariseos dijeron unos a otros: ¿No veis que nada adelantamos? Mirad que todo el mundo se va en pos de El".

San Agustín ut supra.

La muchedumbre alborota a la muchedumbre. ¿Por qué causa esta turba ciega se llena de envidia al ver que todo el mundo va en pos de Aquel por quien el mundo ha sido hecho?

Crisóstomo ut supra.

Llama aquí turba al mundo. Me parece a mí que quiere referirse a la turba de aquellos que pensaban bien de Cristo, pero que no se atrevían a darlo a conocer. Además les hacía ver cuán inútiles eran los intentos de ellos, que se proponían cosas imposibles.

Teofilacto.

Como si dijera: Cuanto más maquinéis, tanto más se aumenta y extiende su gloria. ¿De qué han servido tantas asechanzas?

Y había allí algunos gentiles de aquellos que habían subido a adorar en el día de la fiesta. Estos, pues, se llegaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaban diciendo: "Señor, queremos ver a Jesús". Vino Felipe y lo dijo a Andrés, y Andrés y Felipe lo dijeron a Jesús. Y Jesús les respondió diciendo: "Viene la hora en que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo, que cae en la tierra, no muriese, él solo queda; mas si muriese, mucho fruto lleva. Quien ama su alma, la perderá; y quien aborrece su alma en este mundo, para vida eterna la guarda. Si alguno me sirve, sígame; y en donde yo estoy, allí también estará mi ministro. Y si alguno me sirviese, le honrará mi Padre". (vv. 20-26)

Beda.

El templo del Señor, construido en Jerusalén, era tan celebrado, que en los días de fiesta concurrían a él no solamente los vecinos, sino otras muchas gentes de lejanos países, como se lee en los Hechos de los Apóstoles del eunuco de Candace, reina de los etíopes. En fuerza de tal costumbre, habían venido aquí para adorar los gentiles de que nos ocupamos. "Y había allí algunos gentiles de aquellos que habían subido a adorar en el día de la fiesta".

Crisóstomo In Ioannem hom., 65.

De los que estaban dispuestos a hacerse luego sus prosélitos. Y así, habiendo oído hablar de Cristo, quieren verlo. "Estos, pues, se llegaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaban diciendo: Señor, queremos ver a Jesús".

San Agustín In Ioannem tract., 51.

He aquí que los judíos quieren matarlo, y los gentiles lo quieren ver. Pero, por otra parte, de entre los judíos eran los que clamaban (Jn 12,13): "¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!". Los unos se han sujetado a la ley de la circuncisión, los otros son incircuncisos. Son como dos murallas de distinto origen y que vienen a reunirse por un ósculo de paz en la misma fe de Cristo.

"Vino Felipe y le dijo a Andrés".

Crisóstomo ut supra.

Felipe le comunica el asunto a Andrés, pues éste le precedía. Pero él había escuchado esas palabras: "No vayáis a camino de gentiles" (Mt 10,5). Entonces refiere al Maestro lo que habla con el discípulo, de donde se sigue: Andrés y Felipe dijeron a Jesús.

San Agustín In Ioannem tract., 52.

Oigamos la voz de la piedra angular, que es la siguiente: "Y Jesús les respondió diciendo: viene la hora en que sea glorificado el Hijo del hombre". Quizá creerá alguno que El dijo glorificado porque los gentiles querían verlo. Pero no es así, sino que veía que los gentiles en todas las naciones habían de creer en El, después de su pasión y de su resurrección. Con ocasión, pues, de estos gentiles que deseaban verlo, anuncia la futura

plenitud de las naciones y promete que ya es llegada la hora de esta glorificación en los cielos, después de la cual las naciones habían de creer, conforme a aquellas palabras del profeta (Sal 56,6; 107,6): "Seas ensalzado, oh Dios, sobre los cielos, y sobre toda la tierra tu gloria". Pero convino que se manifestara la exaltación de su gloria de tal manera que estuviera precedida de la humildad de su pasión. Y por eso añade: "En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda él solo; mas si muere, lleva mucho fruto". El decía de sí que era el grano que debía triturar la infidelidad de los judíos, pero que la fe de las naciones debía multiplicar.

Beda.

Porque El ha sido sembrado en este mundo de la semilla de los profetas, esto es, se encarnó para que, muriendo, resucitase multiplicando. El murió solo y resucitó acompañado de muchos.

Crisóstomo ut supra.

Y como con las palabras no podía convencerlos suficientemente, se vale de un ejemplo, porque el trigo da mucho más fruto después que muere. Y si esto sucede en las semillas, con mayor razón en Mí. Por otra parte, como debía enviar a sus discípulos a las naciones y ve a los gentiles abrazar la fe, les manifiesta que ya es tiempo de acercarse a la cruz. No los envió a las naciones sin que antes los judíos se estrellasen contra El y lo crucificasen. Y como previó que sus discípulos habían de contristarse por lo que les había dicho acerca de su muerte, para mayor abundancia les dice: No solamente debéis soportar con paciencia mi muerte, sino que vosotros mismos debéis morir, si es que queréis conseguir algún fruto. Y esto es lo que quiere significar por aquellas palabras: "Quien ama su alma la perderá".

San Agustín ut supra.

De dos maneras puede entenderse este pasaje: el que ama, perderá; esto es, si amas perecerás; si deseas vivir en Cristo, no temas morir por Cristo. Y también de este otro modo: el que ama su alma, la perderá. No la ames en esta vida, para no perderla en la eterna. Este último me parece que es el sentido del Evangelio, pues añade: "Y el que aborrece su alma en este mundo", etc. Luego, lo dicho más arriba, se entiende en este mundo.

Crisóstomo In Ioannem hom., 66.

Ama su alma en este mundo aquel que pone por obra los deseos desordenados, y la aborrece el que resiste sus malas pasiones. Y no dijo aquel que no cede a ella, sino aquel que la aborrece. Y a la manera que nosotros no podemos ni aun soportar la voz ni la presencia de aquellos que aborrecemos, del mismo modo debemos apartar nuestra alma cuando nos induce a que hagamos cosas contrarias a Dios, y que por lo mismo le desagradan.

Teofilacto.

Mas como era demasiado duro oír que "es necesario aborrecer al alma", da el consuelo con las palabras "en este mundo", enseñando la circunstancia de tiempo, pues no manda que aborrezcamos eternamente al alma, y a continuación señala la

recompensa: "Para vida eterna la guarda".

San Agustín In Ioannem tract., 51.

Pero mira, no te asalte la tentación de querer matarte a ti mismo, entendiendo que de este modo aborreces en este mundo a tu alma; de aquí toman motivo muchos malignos y perversos homicidas para entregarse a las llamas, arrojarse al agua o por un precipicio, y perecen. No es esto lo que enseñó Cristo: antes, por el contrario, al diablo, que le sugería para que se arrojase desde una altura, le respondió (Mt 4,10): "Vete, Satanás". Pero cuando las circunstancias sean tales que se te ponga en la alternativa de obrar contra la Ley de Dios, o salir de esta vida amenazándote con la muerte el perseguidor, entonces es cuando debes aborrecer tu alma en este mundo para conservarla en la otra vida.

Crisóstomo ut supra.

Cara es esta vida para aquellos que están apegados a ella; pero si alguno elevase los ojos al cielo, considerando que allí es donde están todos los bienes, menospreciará pronto la vida presente. Porque cuanto más claro se viere lo mejor, se desprecia lo peor. Y esto es lo que Cristo quería infundirnos, cuando añade: "El que me sirve, sígame", esto es, imíteme. Dice esto de la muerte y de la imitación por medio de las obras, porque es preciso que el que sirve siga a aquel a quien sirve.

San Agustín ut supra.

Qué sea servir a Cristo, lo encontramos en sus mismas palabras: "Si alguno me sirve", etc. Ahora bien, sirven a Jesús los que no buscan su gloria propia, sino la de Jesucristo. Esto es lo que quiere decir "sígame"; ande mis caminos, no los suyos, haciendo por Cristo no solamente aquellas obras de misericordia que pertenecen al cuerpo, sino hasta aquélla de sublime caridad, que es dar la vida por sus hermanos. ¿Pero cuál será el fruto de esto? ¿Cuál la recompensa? Hela aquí: "Y en donde yo estoy, allí también estará mi ministro". Amese de balde a fin de que el precio de la obra con que se sirve sea estar con El.

Crisóstomo ut supra.

Manifiesta de esta manera que la resurrección sucederá a la muerte. "En donde yo estoy" dice, porque antes de la resurrección Cristo estaba en los cielos; elevemos, pues, allí, nuestro corazón y nuestra alma.

"Y si alguno me sirviese, le honrará mi Padre".

San Agustín ut supra.

Estas palabras debemos tomarlas como explicación de lo que antes había dicho: "Allí también estará mi ministro". Porque, ¿qué mayor honra puede recibir el hijo adoptado que la de estar allí en donde está el Unico?

Crisóstomo ut supra.

No dijo, pues, Yo le honraré, sino "le honrará mi Padre"; porque aún no tenían de El la opinión que convenía, y creían que era mayor la gloria del Padre.

"Ahora mi alma está turbada. ¿Y qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Mas por eso he venido a esta hora. Padre, glorifica tu nombre". Entonces vino una voz del cielo que dijo: "Yo lo he glorificado, y otra vez lo glorificaré". Las gentes que estaban allí, cuando oyeron la voz, decían que había sido un trueno. Otros decían: "Un ángel le ha hablado". Respondió Jesús, y dijo: "No ha venido esta voz por mi causa, sino por causa de vosotros. Ahora es el juicio del mundo; ahora será lanzado fuera el príncipe de este mundo. Y si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré a mí mismo". (Y decía esto para mostrar de qué muerte había de morir). (vv. 27-33)

Crisóstomo In Ioannem hom., 66.

Como el Señor había exhortado a sus discípulos a la muerte, a fin de que no se diga que viendo de lejos los sufrimientos, como hombre le es fácil filosofar sobre este punto y darnos consejos, quedándose El seguro de todo peligro, se nos manifiesta en su agonía, y no temiendo la muerte por los bienes inmensos que de ella había de reportar. Por eso dice: "Ahora mi alma está turbada".

San Agustín In Ioannem tract.

Yo creo escuchar: el que aborrece su alma en este mundo, para la vida eterna la guarda, y arde en deseos de menospreciar al mundo, y ante mi vista nada son los bienes de este mundo por muy duraderos que sean. Todas las cosas temporales me parecen viles y despreciables por amor a las eternas. Y otra vez vuelvo a escuchar al Señor, que dice: "Ahora mi alma está turbada". Me mandas que acompañe a tu alma y veo que tu alma está turbada; ¿cuál será mi fundamento si la piedra sucumbe? Reconozco, Señor, vuestra misericordia, porque turbándoos por un exceso de caridad, consoláis así a muchos que forman parte de vuestro cuerpo y que no pueden menos de turbarse a causa de debilidad. Vos les consoláis a fin de que no perezcan por la desesperación. Sobre sí, pues, quiso nuestra cabeza tomar todas las enfermedades de sus miembros, y por eso no ha sido turbado por nadie, sino que, como se indica, "se turbó a sí mismo" (Jn 11,33).

Crisóstomo ut supra.

Al aproximarse a la cruz, hace ver lo que en El hay de humano, y a la naturaleza que no quiere morir, porque está apegada a la vida actual, enseñando que El no está libre de las pasiones humanas, y que no es un crimen desear la vida presente, como tampoco lo es el tener hambre. Cristo tenía su cuerpo limpio de pecado, pero no estaba exento de las necesidades de la naturaleza. Esto era efecto de la economía de su encarnación y no pertenecía a la divinidad.

San Agustín ut supra.

Por último, el hombre que quiera seguir, oiga en qué hora debe hacerlo. La hora terrible se acerca quizá; se presenta la ocasión, o de cometer la iniquidad, o de soportar el sufrimiento. El alma débil se turba. Oye, pues, lo que añade: "¿Y qué diré?".

Beda.

¿Qué otra cosa es esto, sino instruir a mis seguidores? "Padre, sálvame de esta hora".

San Agustín ut supra.

Te he enseñado a quién debes invocar, y a cuya voluntad debes someter la tuya; y no te parezca que El se halla rebajado de su inefable alteza porque te eleva de lo profundo de tu bajeza, sino que tomó sobre sí las enfermedades humanas, a fin de poder enseñar al desgraciado a que exclame (Mc 14,36): "No lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres". Y luego añade: "Por eso vine en esta hora".

Crisóstomo ut supra.

Como si dijera: nada tengo que decir para sustraerme a vuestras súplicas, dado que para eso vine en esta hora; palabras que pueden interpretarse: aunque nuestra alma se vea turbada y tengamos que padecer muchos males, no nos es lícito huir la muerte; porque yo, turbado también ahora, no la evito, sino que estoy presto a sufrir lo que venga. No digo, líbrame de esta hora, sino al contrario: "Glorifica tu nombre". Enseñó también cómo se muere por la verdad, llamando a esto gloria de Dios, y así fue, en efecto; pues que había de suceder que después de la cruz todo el orbe se convertiría, y conocido el nombre del verdadero Dios, le adoraría. Esto redundaba en gloria, no sólo para su Padre Eterno, sino también para el Hijo, si bien El lo calla.

Y sigue: "Una voz se oyó que desde el cielo decía: Le he glorificado y de nuevo le glorificaré".

San Gregorio Moralium 28, 2

En estas palabras, Dios habla por ministerio de un ángel, de modo que si los ojos nada ven de su inefable esencia, los oídos escuchan las divinas palabras. Sin embargo, hablando de cosas celestiales, quiere que sus palabras sean escuchadas por todos, sirviéndose del intermedio de una creatura racional.

San Agustín In Ioannem tract., 52.

Glorifiqué, se refiere a una época anterior a la creación, y de nuevo le glorificaré, cuando resucite de entre los muertos. O, según otra interpretación: le glorifiqué, cuando nació del seno de una Virgen; cuando ejerció estupendos milagros; cuando el Espíritu Santo descendió sobre El, tomando forma de paloma. Y de nuevo le glorificaré, cuando resucite de entre los muertos; cuando suba a los cielos a manera de Dios que es, y cuando su gloria se esparza por los ámbitos del mundo.

"La turba que rodeaba, escuchando, decía que era un trueno".

Crisóstomo In Ioannem hom., 66.

La voz era bastante clara y significativa, pero pasó como un relámpago sobre aquellos hombres groseros, presa de la molicie y de la pereza. Estos escucharon tan sólo el sonido de la voz; otros pudieron entender que era voz articulada, a pesar de no comprender su significación, y a éstos se refiere cuando añade: "Otros decían: Un ángel le ha hablado".

"Respondió Jesús, y dijo: No por mí se ha dejado oír esa voz, sino por vosotros".

San Agustín ut supra.

Con estas palabras se manifiesta que esta voz no se dirigía a indicar a Jesús lo que ya sabía, sino a aquellos que tenían necesidad de que se les indicase. Y así es como la voz había hablado, no a causa de El, sino por ellos.

Crisóstomo ut supra.

La voz del Padre se dirigía a destruir la afirmación de los que decían que Jesús no procedía de Dios. ¿Cómo no ha de proceder de Dios Aquel que es glorificado por Dios? Considera que estas cosas humildes fueron hechas a causa de ellos, pero no porque el Hijo necesitase de tal auxilio. Dice "glorificaré", y manifiesta en seguida el modo de la glorificación. Y prosigue diciendo: "Ahora es el juicio del mundo".

San Agustín ut supra.

El juicio que se espera para el fin, será de premios y de penas eternas, y así hay dos clases de juicios: el de condenación y el de separación, y a éste se aludía; porque Jesús había segregado a los redimidos por El del poder del demonio. Tal es el sentido de lo que sigue: "Ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera". No vayamos a creer que el diablo sea llamado príncipe del mundo porque se le haya concedido poder alguno sobre el cielo o la tierra, sino que aquí se entiende por mundo las almas de los perversos que llenaban el mundo. Las palabras príncipe de este mundo, quieren, pues, decir de los hombres malos que habitan en el mundo. También se llama mundo con relación a los buenos, que asimismo llenan el mundo, y en este sentido dice el Apóstol (2Cor 5,19): "Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo". Estos son aquellos de cuyos corazones ha de desalojarse el príncipe del mundo; porque el Señor preveía que después de su pasión y glorificación habían de creer en El todos los pueblos de la tierra, en cuyos corazones el diablo tenía a la sazón alojamiento, y que sería arrojado de ellos cuando los hombres, renunciando al diablo, abrazaran la fe. Mas, ¿por ventura, no fue arrojado fuera de los corazones de los antiguos justos? ¿Cómo, pues, se dice que ahora se arrojará, sino en el sentido de que lo que antes se había hecho con pocos, ahora se predice que se hará con muchos y grandes pueblos? ¿Acaso, dirá alguno, porque el diablo sea arrojado fuera, ya no tienta a ninguno de los fieles? Antes al contrario, no cesa de tentarlos; pero una cosa es reinar dentro del alma, y otra sitiarla exteriormente.

Crisóstomo ut supra.

Cuál sea este juicio por el que el diablo es arrojado fuera, lo hará manifiesto con un ejemplo: Si un acreedor apalea y mete en la cárcel a sus deudores, usa de un derecho. Pero si impulsado por ciego furor hace lo mismo con otras personas que nada le deben, en ese caso tendrá que responder no sólo de éstos, sino de aquellos. Del mismo modo, el diablo será castigado de las cosas hechas contra nosotros, por haberse atrevido contra Cristo. Pero ¿cómo, dirá alguno, será arrojado fuera, si te ha vencido? Por eso continúa: "Cuando yo fuere elevado sobre la tierra, atraeré todas las cosas a mí". ¿Cómo ha de considerarse vencido el que lo atrae todo a sí? El decir esto es más que decir resucitaré, porque esto último no supone el atraer a los pueblos a sí; pero diciendo atraeré supone ambas cosas.

San Agustín ut supra.

¿Mas qué cosas son éstas que debe atraer sino las personas de quienes ha sido desalojado el diablo? Y adviértase que no dice todos, sino todas las cosas, porque no todos estarán en posesión de la fe, y porque no se refiere a todo el conjunto de los hombres, sino a la integridad de su naturaleza, esto es, al espíritu, al alma y al cuerpo; a aquello por cuyo medio entendemos, a aquello por cuyo medio vivimos, y a la parte física sujeta a los sentidos externos. Y si por la palabra todos hubiéremos de entender los mismos hombres, diremos que son los predestinados a la salvación, o aquella especie de hombres que, estando exentos de pecado, se distinguen de los demás hombres por innumerables diferencias específicas

Crisóstomo ut supra.

¿Y cómo dice Jesucristo en otra parte que el Padre atrae? Porque en realidad, el Padre atrae cuando atrae el Hijo. Dice atraeré, como si los hombres, aherrojados por un tirano, no pudiesen por sí mismos librarse del cautiverio para ir a El.

San Agustín ut supra.

Mas, "si yo fuere, dice, levantado de la tierra", esto es, cuando sea levantado. Puesto que Jesús no puede dudar de que se han de cumplir las cosas que ha venido a realizar, y su exaltación no es otra cosa que su muerte en la cruz. De aquí las palabras del evangelista, que añade: "Esto lo dijo, porque había de morir de muerte violenta".

La gente le respondió: "Nosotros hemos oído de la Ley que el Cristo permanece para siempre. ¿Pues cómo dices tú: Conviene que sea alzado el Hijo del hombre? ¿Quién es este Hijo del hombre?" Jesús les dijo: "Aún hay en vosotros un poco de luz; andad mientras que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; y el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va; mientras que tenéis luz, creed en la luz para que seáis hijos de la luz". Esto dijo Jesús, y se fue y se escondió de ellos. (vv. 34-36)

San Agustín In Ioannem tract., 52.

Cuando los judíos oyeron que Jesús hablaba de su muerte, le arguyeron cómo decía que había de morir. Por eso se dice: "Respondió la turba: Nosotros sabemos por la Ley, que Cristo permanece eternamente. ¿Y cómo dices tú: Conviene que el Hijo del hombre sea exaltado?" Ellos conservaban en la memoria que Cristo había dicho repetidamente que era el Hijo del hombre, porque en este lugar no dijo: "Si el Hijo del hombre fuese exaltado", como había dicho antes (Jn 12,23): "Llega ya la hora en que el Hijo del hombre sea glorificado"; mas no recordándolo, dicen: ¿Cómo puede suceder que el Hijo del hombre sea levantado de la tierra? Esto es, ¿cómo ha de morir en una cruz?

Crisóstomo In Ioannem hom., 67.

Aquí es de advertir, que los judíos comprendían muchas de las cosas que se les decían por parábolas, porque habiendo ya Jesús de antemano hablado de su muerte, ellos sospecharon que su exaltación se refería a la muerte que había profetizado.

San Agustín ut supra.

O comprendían que Jesús hablaba anticipándose a lo que ellos pensaban hacer. No fue, pues, la sabiduría infusa, sino su propia malicia la que interpretó aquellas oscuras palabras.

Crisóstomo ut supra.

Observa con cuánta malicia preguntan: "Nosotros sabemos por la Ley, que Cristo no padece (por pasión se entiende en muchos lugares de la Escritura una idea relacionada con la resurrección), sino que permanece eternamente", como si entre estas dos ideas hubiese contrariedad, y como si la pasión fuese un impedimento para la inmortalidad. Pero creían demostrar con esto que El no era el Cristo, porque Cristo permanece eternamente. Después añaden: "¿Quién es ese Hijo del hombre?". Estas palabras están llenas de malicia, porque es como si dijeran: no juzgues que por odio te decimos esto, sino porque no sabemos de quién hablas. Mas Cristo responde haciendo ver que no hay incompatibilidad entre su pasión y la eterna inmortalidad, y por esta razón continúa: "Díjoles Jesús: Aun la luz está entre vosotros por breve tiempo". Esto es: Yo, que soy la luz, debo permanecer entre vosotros algún tiempo. Manifestando de esta manera que su muerte no era otra cosa que un tránsito, a semejanza de la luz solar que no muere, sino que desaparece un poco para volver a brillar.

San Agustín ut supra.

O de otra manera: Aún existe alguna luz en vosotros, merced a la cual entendéis que Cristo permanece eternamente. Así, pues, "caminad (esto es, acercaos más a la luz, entendedlo todo, que Cristo morirá y vencerá eternamente) en tanto que estáis en posesión de la luz".

Crisóstomo ut supra.

Aquí habla de todo el tiempo, antes de la cruz, y después de la cruz, que es cuando muchos creyeron en El.

"Para que las tinieblas no os rodeen".

San Agustín ut supra.

A saber, si creéis la eternidad de Cristo de suerte que neguéis la humildad de su muerte.

Prosigue: "Y el que camina en tinieblas ignora a dónde va".

Crisóstomo ut supra.

¡Cuántas iniquidades cometen ahora los judíos ignorando que las cometen!, porque tal pasa a los que caminan en tinieblas: creen tomar el camino recto y en realidad toman el opuesto. Por esto continúa: "Mientras que tenéis luz, creed en la luz".

San Agustín ut supra.

Esto es, en tanto que sois dueños de alguna verdad, creed en la verdad, para que renazcáis a ella. Después sigue: "A fin de que seáis hijos de la luz".

Crisóstomo ut supra.

O lo que es lo mismo, hijos míos. Dijo en un principio el evangelista que nacieron de Dios (o sea del Padre) (Jn 1,13), y ahora dice Jesús que son hijos suyos, por donde puede verse que son una misma la acción del Padre y la del Hijo.

"Esto habló Jesús, y se retiró, y se ocultó de ellos".

San Agustín ut supra.

No de aquellos que habían empezado a creer, sino de los que veían y envidiaban. Y escondiéndose, no cedía de su infinito poder, sino que contemporizaba con nuestras debilidades.

Crisóstomo ut supra.

Pero no habiendo ellos tomado piedras, ni blasfemado, ¿para qué ocultarse? Porque explorados sus corazones había visto desencadenarse en ellos el furor, y no esperó a que se manifestase al exterior, sino que quiso mitigarlo ocultándose.

Mas aunque había hecho a presencia de ellos tantos milagros, no creían en El, para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro oído? ¿Y a quién ha sido revelado el brazo del Señor? Por esto no podían creer, porque dijo Isaías en otro lugar: Les cegó los ojos y les endureció el corazón, para que no vean de los ojos ni entiendan

de corazón, y se conviertan y los sane. Esto dijo Isaías, cuando vio su gloria y habló de El. Con todo eso, aun de los principales, muchos creyeron en El; mas por causa de los fariseos no lo manifestaban, por no ser echados de la sinagoga: porque amaron más la gloria de los hombres que la gloria de Dios. (vv. 37-43)

Crisóstomo In Ioannem hom., 67.

Jesús sabía que el ánimo de los judíos estaba excitado, y que tramaban su muerte, y por eso se ocultó. Esto mismo insinúa implícitamente el evangelista, cuando dice: "Habiendo realizado tantos milagros en presencia de ellos, no creían en El".

Teofilacto.

Y no era poca la maldad que suponía el no creer en tan grandes milagros. Estos eran los que ya se han dejado expuestos.

Crisóstomo ut supra.

Y no se diga que ellos ignoraban para qué fin había venido Cristo, porque para excluir ese error había Jesús testificado con los profetas que lo sabían, y dice: "Para que se cumpla la predicción de Isaías, cuando exclamó: Señor: ¿quién ha dado crédito a nuestras palabras? ¿Y a quién se ha manifestado el brazo de Dios?".

Alcuino.

El pronombre quién, expresa aquí la escasez de personas que creyeron, porque fueron poquísimos los que prestaron fe a lo que los profetas habían oído de Dios y predicado a los pueblos.

San Agustín In Ioannem tract., 53.

Harto demostró el Hijo de Dios que El era el brazo del Señor, no porque el Padre para manifestarse al mundo necesite de la carne, sino porque todas las cosas fueron hechas por Cristo; de aquí que fue llamado brazo del Señor. Así, si algún hombre gozase de tal potestad que sin mover ninguno de sus miembros realizase con su sola palabra cuanto quisiese, podría decirse que su palabra era su brazo. No vale, con todo, la objeción de los que dicen que si el Hijo es el brazo del Padre no existe nada más que el Padre, dado que el hombre y su brazo no son dos personas, sino una; porque demuestran no comprender la diferencia que hay entre usar las palabras en su recto significado o sólo para enunciar una semejanza.

Sostienen algunos, en son de murmuración, que los judíos no cometieron culpa, porque necesariamente habían de cumplirse las predicciones de Isaías. A éstos responderemos que Dios, conocedor de lo futuro, había predicho por Isaías la infidelidad de los judíos, pero no la había causado. Porque Dios, al prever los pecados que los hombres han de cometer, no los obliga a que los cometan. Eso sería prever, no los pecados de los hombres, sino los que Dios mismo había de cometer. Los judíos, pues, cometieron el pecado ya previsto por los profetas, y que a nadie se ocultaba.

Crisóstomo ut supra.

Cuando dice: "Para que se cumpla la predicción de Isaías", las partículas para que no indican la causa, sino el efecto; supuesto que ellos no dejaron de creer porque Isaías lo había predicho, sino que Isaías lo predijo porque ellos no habrían de creer.

San Agustín ut supra.

Ofrécese en los pasajes siguientes una cuestión más grave. Prosigue y dice: "Por tanto, no podían creer, pues así lo había predicho Isaías repetidamente: Cegó sus ojos y endureció su corazón, para que no vean con sus ojos, ni entiendan", etc. Si, pues, no podían creer, ¿qué pecado comete nadie no haciendo lo que no puede hacer? De donde (y esto es más grave) la causa del mal se achaca a Dios, puesto que El cegó sus ojos y endureció sus corazones. Y esto no se dice del demonio, sino de Dios. Pero ¿por qué no podían creer? Responde desde luego, que porque no querían, pues así como la excelencia superior de Dios consiste en no poder desmentirse jamás, así la impotencia para creer es culpa de la debilidad humana.

Crisóstomo ut supra.

Es común modo de decir: no podemos amarlo, atribuyendo a la voluntad un esfuerzo vehemente, que no es otra cosa que impotencia. El evangelista dice no podían, para enunciar la imposibilidad de que el profeta se hubiese engañado. Pero no por esto era imposible que ellos creyeran, y otra cosa hubiese predicho si ellos hubieran de creer.

San Agustín ut supra.

Sin duda alguien dirá que aquí el profeta quiso insinuar otro motivo, y no la voluntad de los judíos, porque "cegó sus ojos", etc. A esto respondo que la tal ceguera era un efecto merecido de su viciada voluntad, y que Dios ciega y endurece los corazones retirándoles su auxilio y no ayudándolos, merced a un juicio arcano y justo, pero nunca inicuo.

Crisóstomo ut supra.

Y nunca nos deja Dios si nosotros no queremos, según aquello de Oseas (Os 4,6): "Has olvidado la ley de tu Dios, y yo me olvidaré de ti". Esto lo dice para enseñarnos que siempre el abandono empieza por nosotros, y de aquí nace la causa de nuestra perdición. Al modo que el sol ofende la vista del enfermo, mas no por la naturaleza de las cosas, así sucede a aquellos que no atienden a las palabras divinas. Por eso dice la Escritura, espantando a los que oyen: "Cegó y endureció".

San Agustín ut supra.

Y cuando añade: "Y se conviertan y sanen", ¿no debe entenderse la negativa, esto es, para que no se conviertan? Porque, en verdad, la conversión es un efecto de la gracia, y acaso ¿no debemos considerar el castigo anterior como un designio misericordioso del médico supremo, a fin de que, por haber querido soberbiamente discutir su justicia, se ven privados de la vista y abandonados a sus propias fuerzas, y su faz se cubra de ignominia, y se estrellen contra la piedra del escándalo, y busquen en su humillación, no la justicia que hincha al soberbio, sino la justicia de Dios que justifica al impío? Esto mismo aprovechó para el bien a muchos que, arrepentidos de sus crímenes, creyeron después en Cristo. Sigue: "Esto dijo Isaías cuando vio la gloria de El". La vio,

no tal cual es, sino en virtud de aquellos signos que debían informar la visión profética. No os dejéis engañar por los que dicen que el Padre es invisible, pero que el Hijo es visible, que es mera creatura, puesto que en la forma de Dios, en que es igual al Padre, es también invisible el Hijo. Mas recibió la forma de siervo para que fuese visto por los hombres, y se sometió a los ojos humanos (antes de tomar carne) como le plugo en naturaleza creada, no como es en sí.

Crisóstomo ut supra.

Aquí por gloria se entiende la del que se sienta en el trono excelso, y otras cosas que en el mismo lugar se expresan. "Y habló de El". ¿Y qué habló? "Vi al Señor sentado" (Is 6,1). ¿Y qué oyó que le decía esta voz? "¿A quién enviaré y quién irá?" (Is 6,8).

Se sigue: "Sin embargo, muchos de los príncipes creyeron en El pero no lo confesaban por temor a los fariseos, o por no ser arrojados de la sinagoga; amaron más la gloria de los hombres que la gloria de Dios".

Alcuino.

La gloria de Dios es confesar públicamente a Cristo; la gloria de los hombres consiste en gloriarse con las cosas humanas.

San Agustín ut supra.

Por eso el evangelista reprende a éstos, que si caminasen con tal fe sólo por amor, podían desdeñar las cosas del mundo.

Y Jesús alzó la voz y dijo: "Quien cree en mí no cree en mí, sino en Aquél que me envió; y el que me ve a mí, ve a Aquel que me envió. Yo he venido luz al mundo, para que todo aquel que en mí cree no permanezca en tinieblas, y si alguno oyese mis palabras y no las guardase, no le juzgo yo, porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. El que me desprecia y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrimero. Porque yo no he hablado de mí mismo; mas el Padre que me envió, El me dio mandamiento de lo que tengo que decir y de lo que tengo que hablar. Y sé que su mandamiento es la vida eterna, pues lo que yo hablo, como el Padre me lo ha dicho, así lo hablo". (vv. 44-50)

Crisóstomo In Ioannem hom., 68.

Como el amor de la gloria humana era lo que impedía a los príncipes confesar la fe, el Señor les habla contra esta pasión: "Y Jesús alzó la voz y dijo: Quien cree en mí no cree en mí, sino en Aquel que me envió". Como si dijera: ¿Por qué teméis creer en mí? Vuestra fe llega a Dios por mí.

San Agustín In Ioannem tract., 54.

Como el hombre era el que aparecía en el momento en que Dios se ocultaba, con el fin de que no pensasen ellos que El era solamente lo que parecía, y queriendo que le creyesen tal como a su Padre y tan grande como El, dice: "Quien cree en mí, no cree en mí (esto es, en lo que ve) sino en Aquel que me envía" (esto es, en el Padre). Y en efecto, el que cree que el Padre no tiene más que hijos adoptivos según la gracia, y que no tiene un Hijo igual a El y coeterno, ése no cree en el Padre que lo ha enviado, porque el Padre que lo ha enviado no es lo que él cree. Pero para que no pensasen que quería hablar del Padre como de un padre de muchos hijos por la gracia y no del Verbo único que es igual a El, añade al punto: "El que me ve a mí", etc. Como diciendo: Tan ninguna diferencia hay entre El y entre mí, que aquel que me ve a mí, ve al que me ha enviado. Ciertamente el mismo Señor es el que envió a los apóstoles y, sin embargo, ninguno de ellos se atrevió jamás a pronunciar estas palabras: "El que cree en mí". Porque creemos al apóstol, pero no creemos en el apóstol. Con razón el Hijo unigénito dice: "Quien cree en mí no cree en mí, sino en Aquel que me envió", con cuyas palabras El no destruye la fe del creyente; antes por el contrario, eleva esta misma fe más allá de la forma de siervo.

Crisóstomo ut supra.

O las palabras "quien cree en mí no cree en mí, sino en Aquel que me envió", equivalen a estas otras: Quien bebe el agua de la corriente, no bebe la de la corriente, sino la de la fuente. Empero, para mostrar que el que no cree en El no cree en el Padre, añade: "El que me ve a mí, ve a Aquel que me envió". ¿Qué significa esto? ¿Dios tiene figura corporal? No; mas la consideración de la verdad que se adquiere por el entendimiento, se llama aquí visión. Después, en las palabras que siguen, manifiesta qué

clase de conocimiento se puede tener del Padre: "Y Yo, la luz, he venido al mundo". Como el Padre es llamado luz, El se sirve también de ese nombre. Y aquí en particular se llama luz, porque arranca el error y disipa las tinieblas al entendimiento. Y por eso añade: "Para que todo aquel que en mí cree, no permanezca en tinieblas".

San Agustín ut supra.

En lo cual El manifiesta de una manera clara, que ha encontrado a todo el mundo en las tinieblas; mas a fin de que no permanezca en las tinieblas, en que lo encontró, debe creer en la luz que vino al mundo. En otro lugar había dicho a sus discípulos (Mt 5,14): "Vosotros sois la luz del mundo". Pero no les había dicho: vosotros, luz, vinisteis al mundo, para que todo el que crea en vosotros no permanezca en las tinieblas. Todos los santos son luces, pero con su fe (creyendo) son iluminados por Aquel de quien si alguno se apartase caerá en las tinieblas.

Crisóstomo ut supra.

Pero para que ellos no pensasen que no tenía poder para castigar a los que lo menospreciaban y que por eso los dejaba ir impunes, añade: "Y si alguno oyese mis palabras y no las guardase, no le juzgo yo".

San Agustín ut supra.

Estas palabras deben entenderse de este modo: "Yo no le juzgo ahora", teniendo presente que en otro lugar dijo (Jn 5,22): "El Padre ha dado todo juicio al Hijo". Y en las palabras siguientes demuestra por qué ahora no juzga: "Porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo", es decir, para hacerlo salvar. Ahora es tiempo de misericordia; más tarde lo será de juicio.

Crisóstomo ut supra.

Después, para que con estas palabras no se hiciesen perezosos y negligentes, habla en seguida de su terrible juicio: "El que me desprecia y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue".

San Agustín In Ioannem tract., 54.

No dijo, yo no lo juzgaré en el último día, porque esto hubiera sido contrario a aquellas palabras (Jn 5,22): "El Padre ha dado todo juicio al Hijo". Porque después de haber pronunciado las palabras "el que me desprecia tiene quien le juzgue", como ellos esperasen saber quién fuese, añade: "La palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero", donde se manifiesta bien claramente que El mismo era el que los había de juzgar en el día postrero. Como quiera que habló de sí mismo y se manifestó a sí mismo, así de una manera serán juzgados los que oyeron, y de otra los que oyeron y despreciaron.

San Agustín De Trin.1, 12

He ahí por qué juzga la palabra que habló el Hijo; porque el Hijo no habló de sí mismo. O así: Yo no juzgaré conforme a la potestad humana, porque soy Hijo del hombre, sino que juzgaré según la potestad del Verbo de Dios, porque soy Hijo de Dios.

Crisóstomo In Ioannem hom., 68.

O de otra manera: "Yo no lo juzgo", esto es, no soy la causa de su perdición, sino él

mismo, que desprecia mis palabras; porque las palabras que acabo de pronunciar, estarán en frente de él como acusadoras para quitarle toda excusa. Y esto significa lo que añade: "La palabra que yo he hablado será su juez". ¡Y qué palabra! Porque yo no he hablado por mí mismo, sino el Padre que me envió me encomendó lo que había de decir y hablar. Todas estas cosas, pues, se dijeron contra ellos para que no tuviesen ninguna excusa.

San Agustín In Ioannem tract., 54.

El Padre dio el mandato, pero no porque el Hijo no lo tuviese, pues en la sabiduría del Padre, es decir en el Verbo del Padre, están todos los mandatos del Padre. Pero aún así se dice que el mandato le ha sido dado, pues El, a quien se da este mandato, no es por sí mismo. Y dar al Hijo aquello sin lo cual nunca ha estado significa lo mismo que engendrar al Hijo, que nunca no ha existido.

Teofilacto.

Siendo, pues, el Hijo la palabra del Padre que en toda su integridad revela, o esclarece y expone, dice que El ha recibido como mandato lo que ha de decir y hablar. Así también como nuestra palabra, si queremos expresar la verdad, profiere aquellas cosas que la mente sugiere.

"Y sé, prosigue, que su mandato es vida eterna".

San Agustín ut supra.

Si, pues, vida eterna es el Hijo y vida eterna es el mandato del Padre, ¿qué otra cosa se ha dicho sino yo soy el mandato del Padre? A esto obedece lo que añade: "Así, lo que yo hablo, lo hablo tal como dijo mi Padre". Y las palabras me dijo no deben entenderse en el sentido de que hubiese hablado a su Hijo único por medio de palabras. Habló el Padre al Hijo de la misma manera que le dio vida, no porque ignoraba o no tenía, sino porque era el Hijo mismo. ¿Qué otra cosa significa "según me dijo, así hablo", sino yo que soy el Verbo hablo? El me habló de esta manera porque es veraz, y yo así hablo porque soy la verdad. El Veraz engendró a la Verdad. ¿Qué podría entonces haber dicho a la verdad? Pues la Verdad no es imperfecta, como para que se le pueda añadir algo.

CAPÍTULO 13

Antes del día de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que llegó la hora en que pasara de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, les amó hasta el fin. Y hecha la cena, habiendo ya el diablo inspirado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariotes, que lo entregase, sabiendo que el Padre lo había entregado a su potestad y que de Dios salió y a Dios va, se levanta de la cena y depuso sus vestiduras; y tomando un paño se ciñó con él; después echó agua en una jofaina y empezó a lavar los pies de sus discípulos y a limpiarlos con el paño que se había ceñido. (vv. 1-5)

Teofilacto.

Como el Señor iba a emigrar de la presente vida, explica la amistad que profesaba a los suyos, por lo cual dice: "Antes del día festivo de la Pascua, sabiendo Jesús", etc.

Beda.

Los judíos tenían ciertamente muchas festividades, pero ninguna era tan insigne y celebrada como la festividad de la Pascua, por lo que dice expresivamente: "Antes del día festivo de la Pascua".

San Agustín In Ioannem tract., 3, 55

Pascua no es, como creen algunos, nombre griego, sino hebreo. Y muy oportunamente se da en ambas lenguas, respecto de esta palabra, cierta coincidencia de significación, porque en griego paschein significa padecer, y de aquí que Pascua quiera decir pasión, derivando este nombre de aquel verbo. Y en su lengua, o sea la hebrea, Pascua es tránsito, por la razón de que los judíos la celebraron por primera vez cuando habiendo salido de Egipto atravesaron el mar Rojo*. Y ahora aquella figura profética se completa en la realidad, porque Cristo es conducido al sacrificio como un cordero, con cuya sangre, pintadas nuestras puertas (esto es, hecho el signo de la cruz en nuestras frentes), somos libres de la perdición de esta vida, como aquellos de la cautividad egipcia. Y verificamos un tránsito en sumo grado saludable, pasando a Cristo desde el poder del diablo, y desde esta vida transitoria a aquel reino lleno de poderío. Por eso el evangelista, queriéndonos dar la interpretación de esta palabra Pascua, dice: "Sabiendo que llegó la hora en que había de pasar de este mundo al Padre"; he aquí la Pascua, he aquí el tránsito. *(*El vocablo pascua viene del hebreo **pésaj**. La voz se deriva de **pásaj**: pasar, saltar, que el AT relaciona con el paso del Señor en Egipto).*

Crisóstomo In Ioannem hom., 69.

No es que antes no lo supiera, sino desde antes. El tránsito es su muerte.

Cuando había de abandonar a sus discípulos, les demuestra superior amor. Y esto es lo que dice: "Habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin"; esto es, no dejó de practicar ninguna de aquellas cosas que debe hacer el que mucho ama. No hizo todas estas cosas desde un principio, pero a fin de aumentar la familiaridad y prepararles el consuelo para las cosas que habían de suceder posteriormente, añadió mayores muestras de amor. Los llama aquí suyos en razón a la familiaridad, porque en

razón a la condición llama también suyos a otros. Así, cuando dice (Jn 1,11): "Y los suyos no lo recibieron". Añade también "que estaban en el mundo", porque había otros suyos difuntos (Abraham, Isaac y Jacob), pero no estaban en el mundo. A los suyos que estaban en el mundo, los amó continuamente, y al fin los amó con dilección perfecta. Esto es lo que significa "al fin los amó".

San Agustín ut supra.

Los amó al final, para que por este amor pasasen de este mundo a El, que era su cabeza. ¿Qué fin es éste sino Cristo? Porque el fin de la ley es Cristo, fin que perfecciona a todo creyente (Rm 10,4), conduciéndolo a la justicia y no a la muerte. Paréceme, pues, que estas palabras puedan tomarse en significado humano, esto es, que Cristo amó a los suyos hasta el momento de su muerte. Pero no se entienda que este amor termina en la muerte de Aquel que no termina por la muerte. A no ser que se haya de entender así: los amó hasta la muerte, esto es, el amor de ellos lo condujo a la muerte.

Y sigue: "Hecha la cena", esto es, confeccionada y puesta en la mesa para el servicio de los convidados. Lo de hecha la cena no debe tomarse en el sentido de que ya estuviese consumida o terminada, porque todavía se estaba cenando cuando se levantó y lavó los pies a los discípulos; porque después volvió a sentarse y dio al traidor el bocado de pan. Al decir: "Habiendo ya el diablo inspirado en el corazón", etc., si quieres averiguar qué es lo que inspiró en el corazón de Judas, te diré que el hacer entrega de El. Esta tentación espiritual se llama sugestión. El diablo inspira sugestiones y las mezcla con los pensamientos humanos. Estaba ya decidido en el corazón de Judas, por la sugestión del diablo, el entregar a su Maestro.

Crisóstomo ut supra.

Aquí el evangelista, lleno de admiración, introduce en la narración el hecho de que el Señor lavó los pies de aquel que ya había determinado entregarlo. Manifiesta también la maldad del traidor, a quien ni siquiera detuvo la comunidad en la misma mesa, cosa que fue siempre obstáculo para cometer alguna maldad.

San Agustín ut supra.

Habiendo de tratar el evangelista de la humildad del Señor, primero quiso encomiar su grandeza, y a esto se refiere lo que añade: "Sabiendo que el Padre había puesto todas las cosas bajo su potestad", etc. Entre esas cosas estaba el mismo traidor.

San Gregorio Moralium 3, 12

Sabía, por lo tanto, que había recibido bajo su potestad hasta a los mismos perseguidores, a fin de torcer hacia la piedad la malicia de aquellos que El había permitido en contra de sí mismo.

Orígenes In Ioannem tom. 32

Todas las cosas le habían sido entregadas por el Padre bajo su potestad, esto es, bajo su operación y poderío. "Mi Padre, dijo, ha obrado hasta ahora (Jn 5,17), y yo también obro". El Padre puso bajo su poder todas las cosas, para que todos estuviesen a su servicio.

Crisóstomo ut supra

Aquí, por entregar, se significa la salvación de todos los fieles, y cuando oyereis esta palabra, no la interpretéis en sentido humano. Es aquí la gloria del Padre y su unión con el Hijo, porque así como el Padre le entregó todas las cosas, El se entregó al Padre. Por donde San Pablo dijo (1Cor 15,24): "Cuando hubo entregado el reino a Dios y al Padre".

San Agustín ut supra

Sabiendo también que salió del Padre y a Dios va, ni por eso dejó a Dios cuando de El salió, ni a nosotros al volver a El.

Teofilacto

Por lo mismo que el Padre confió a su poder todas las cosas (esto es, la salvación de los fieles), juzgaba conveniente manifestarles todas aquellas cosas que respectan a la salvación. Sabiendo que de Dios salió y a Dios va, no podía de ninguna manera considerar su gloria disminuida con lavar los pies a sus discípulos. Ni tampoco usurpó gloria alguna, porque aquellos que usurpan algún honor, no condescienden con nada, no sea que pierdan lo que usurparon sin derecho.

San Agustín ut supra

Y habiendo puesto el Padre todas las cosas en sus manos, El lavó a sus discípulos, no las manos, sino los pies. Y sabiendo que había salido de Dios y a Dios iba, ejerció los deberes, no de Dios Señor, sino de hombre siervo.

Crisóstomo ut supra

Esto era lo digno, supuesto que salió de Dios y a Dios iba, el destruir toda soberbia. De aquí sigue: "Se levantó de la cena y depuso las vestiduras, y tomando un paño, se ciñó con él; después echó agua en una jofaina y empezó a lavar los pies de los discípulos y a limpiarlos con el paño que se había ceñido". Considérese cuánta humildad manifestó, no sólo lavando los pies, sino en otro concepto; porque se levantó, no cuando estaban para sentarse, sino cuando ya todos se habían sentado. Además, no sólo lavó, sino que dejó sus vestiduras, se ciñó con un paño y llenó la jofaina y no mandó que otros la llenaran, sino que por sí hizo todas estas operaciones, enseñando con cuánto cuidado debían hacerse todas estas cosas.

Orígenes ut supra

En sentido místico, el almuerzo, que es la primera comida, es también conveniente para aquellos que están en los principios de la vida espiritual que se simboliza en la presente vida; mas la cena es la última comida, que sólo se sirve a los que han progresado más en ella. También se puede entender de otra manera, diciendo que el almuerzo es la comprensión de las Escrituras antiguas, y la cena simboliza los misterios que se encierran en el Nuevo Testamento. Paréceme que aquellos que cenan en compañía de Cristo y han de convivir con El en el último día de la vida presente, necesitan ser lavados, no ciertamente en cuanto a las partes (si así puede decirse) primeras del cuerpo y del alma, sino en cuanto a las más inferiores, que necesariamente se ligan a la tierra. Dice que empezó (puesto que después dio la última mano al lavatorio) a lavar los pies de sus discípulos, porque estaban manchados según aquello de San Mateo (Mt 26,13): "Todos vosotros os escandalizaréis esta noche en mí". Después

completó la operación de lavarlos, para purificarlos y que después no volviesen a mancharse.

San Agustín ut supra

Dejó sus vestiduras el que siendo Dios se anonadó a sí mismo. Se ciñó con una toalla el que recibió forma de siervo. Echó agua en la jofaina para lavar los pies de sus discípulos, el que derramó su sangre para lavar con ellas las manchas del pecado. Limpió con el paño los pies que había lavado, el que confortó los pasos de los evangelistas con la carne de que estaba revestido. Y, para ceñirse con el paño, dejó primero las vestiduras que tenía. Mas para tomar la forma de siervo, cuando se humilló hasta la nada, no dejó lo que tenía, sino que tomó lo que no tenía. Para ser crucificado tenía que ser despojado de sus vestiduras; después de muerto envuelto en sábanas, y toda su pasión tenía que servir para purificarnos.

Vino, pues, a Simón Pedro. Y díjole Pedro: "Señor, ¿tú me lavas los pies?" Respondió Jesús y dijo: "Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora, mas lo sabrás después". Díjole Pedro: "No me lavarás jamás los pies". Respondióle Jesús: "Si no te lavare, no tendrás parte conmigo". Díjole Simón Pedro: "Señor, no solamente los pies, sino también las manos y la cabeza". Dícele Jesús: "El que ha sido lavado no necesita sino de que se lave los pies, porque está todo limpio; y vosotros estáis limpios, pero no todos"; porque sabía quién era el que lo había de entregar: por esto dijo no estáis todos limpios. (vv. 6-11)

Orígenes In Ioannem tom. 32

Como el médico que teniendo que atender a muchos enfermos empieza sus especiales cuidados por aquellos que están más graves, así también Cristo, al lavar los pies manchados de sus discípulos, empieza por aquellos que más contaminados estaban, y así llegó en último término a Pedro, que necesitaba menos que los otros del lavatorio de pies. Por esto dice: "Vino a Simón Pedro", que se resistía a ser lavado por la conciencia que tenía de que sus pies no estaban manchados. Y así continúa: "Y díjole Pedro", etc.

San Agustín In Ioannem tract., 56.

¿Qué quiere decir aquí tú? ¿Qué quiere decir a mí? Estas cosas más bien pueden concebirse que expresarse, no sea que la lengua no sepa significar con dignidad lo elevado que el pensamiento haya concebido.

Crisóstomo In Ioannem hom., 69.

Y si Pedro estaba en primer término, habrá que decir que el traidor insensato se había colocado antes que él, lo que significó el evangelista diciendo: Empezó a lavar los pies, después vino a Pedro.

Teofilacto.

De donde se colige que no lavó a Pedro el primero. Y, sin embargo, ninguno de los otros discípulos pretendería ser lavado antes que Pedro.

Crisóstomo ut supra.

Alguno deseará saber cómo ninguno de los otros se opuso al lavatorio, sino sólo Pedro, lo cual era signo no pequeño de amor y de modestia. De esto parece deducirse que antes de Pedro sólo fue lavado el traidor, y que después llegó a Pedro, y que, por otra parte, los demás discípulos quedaron reprendidos en él. Porque si hubiera empezado el lavatorio por cualquiera de los otros, todos lo hubieran rehusado y dicho lo que dijo Pedro.

Orígenes ut supra.

Todos exhibían sus pies, considerando que maestro tan sabio no lavaría sus pies sin razones de mucho peso. Sólo Pedro, posponiendo todas las razones a la veneración que profesaba a Jesús, no se prestaba a que sus pies fuesen lavados. Y, en efecto, la Escritura

nos da a conocer frecuentemente a Pedro como el más entusiasmado para inculcar lo que parece mejor o más útil.

San Agustín ut supra.

No debemos creer que Pedro desaprobase y recusase entre todos una acción que ya los demás habían permitido de buen grado antes de él. Y así, no puede entenderse que ya otros hubiesen sido lavados antes que él, y que Jesús llegase a él después de los otros (¿quién ignora que Pedro era reputado como el primero de los apóstoles?), sino que empezó por él. Así, cuando empezó a lavar los pies, vino a aquel por el cual empezó (esto es, Pedro), y entonces Pedro rehusó maravillado una acción que cualquier otro hubiera rehusado.

Prosigue: "Respondió Jesús, y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora, mas lo sabrás después".

Crisóstomo ut supra.

Es ésta la humildad de su enseñanza; y, como la humildad, basta para llevarnos a Dios.

Orígenes ut supra.

O bien insinúa el Señor que en esto había misterio. Lavando y secando sus pies, los tornaba purificados, a ellos, que debían predicar la santidad (Rm 10; Is 52), para que puedan enseñar el camino santo y marchar por aquel que dijo: "Yo soy el camino" (Mt 14,6). Convenía que Jesús, deponiendo sus vestidos, lavase los pies de sus discípulos, para limpiar más a los que ya estaban limpios. O a fin de tomar sobre sí en su propio cuerpo la inmundicia de los pies de sus discípulos, mediante el paño que tenía rodeado, porque El echó sobre sí todas nuestras debilidades. Obsérvese que, debiendo lavar los pies de los discípulos, no quiso elegir otra oportunidad sino cuando el diablo ya había entrado en el corazón de Judas para que lo entregase a sus enemigos, cuando estaba próximo su sacrificio en favor de los hombres. Porque antes de esto no era oportuno el que Jesús lavase a sus discípulos los pies. ¿Quién hubiera lavado sus pies y sus manchas en el tiempo que mediaba hasta la pasión? Pero ni aun en el tiempo de la pasión, porque no había otro Jesús que lavase sus pies; ni aun tampoco después de la pasión, porque entonces, por la venida del Espíritu Santo, fueron lavados sus pies. Así, pues, de este misterio (dijo el Señor a Pedro) tú no eres capaz, pero ya lo entenderás cuando suficientemente ilustrado lo comprendieres.

San Agustín ut supra.

Sin embargo, él, asombrado ante la grandeza del Señor, no permitía que se hiciera aquello cuya razón ignoraba, sin que pudiera tolerar que la humildad del Señor llegase hasta lavarle los pies. Y así sigue: "Dícele Pedro: No lavarás jamás mis pies", esto es, jamás lo permitiré, porque se dice que jamás se hará una cosa, cuando nunca se hace.

Orígenes In Ioannem hom., 32.

De esto podemos tomar ejemplo, cuán posible sea adoptar una resolución como justa, y decir por ignorancia aquello que va contra nuestros intereses. Porque Pedro, ignorando la conveniencia del acto, primeramente casi avergonzado y con mucha

suavidad dice: "Señor, ¿me vas tú a lavar los pies?"; pero luego dice: "Tú, jamás me lavarás los pies", lo cual era impedir la obra que lo llevaría a tener parte alguna con Jesús. Con lo cual arguye, no solamente a Jesús que lavaría a sus discípulos los pies sin deber hacerlo, sino también a sus compañeros, que se prestan a ser lavados indignamente. Mas como la respuesta de Pedro le era perjudicial, no permitió Jesús que se realizase su deseo. Así prosigue: "Díjole Jesús: Si no te lavare los pies, no tendrás parte conmigo".

San Agustín ut supra.

Al decir si no te lavare, tratándose sólo de los pies, es lo mismo que decir: me pisas, siendo sólo la planta del pie la que pisa.

Orígenes ut supra.

A los que no quieren explicar este y otros puntos semejantes en sentido figurado o en la esfera moral, no se les alcanza como probable siquiera el que no tuviese parte con el Hijo de Dios aquel que dijo con reverencia: "No me lavarás jamás los pies", como si el no dejar que le lavase los pies fuese un crimen. Pero para esto debemos dejarnos lavar los pies, esto es los afectos del alma, a fin de que sean embellecidos. Y en primer lugar, para ser enumerados entre los que evangelizan las buenas doctrinas, trabajamos por adquirir los dones sublimes.

Crisóstomo ut supra.

No dijo la razón por la que obraba así, sino que formuló una amenaza, porque de otra manera no se hubiera persuadido. Cuando Pedro oyó: "Lo sabrás después", no contesta: enséñamelo, pues, y te lo permitiré, sino que lo permitió desde el punto en que fue amenazado en lo que más él temía (a saber, ser separado de El).

Orígenes ut supra.

Usamos de esta frase contra aquellos que proyectan llevar a cabo determinaciones que no les son provechosas, porque manifestándoles que no tendrán parte con Jesús en tanto que persistan en su soberbia decisión, los conminamos que no perseveren en su mal concebido proyecto, aun cuando lo hubieren ratificado con juramento.

San Agustín ut supra.

El, confundido entre el amor y el temor, más se horrorizó de no tener parte con Cristo, que de que Este le lavase los pies humildemente. Por lo cual sigue: "Señor, no solamente los pies, sino también las manos y la cabeza".

Orígenes ut supra.

Jesús no quería lavar las manos, despreciando aquello que decían sus enemigos (Mt 15,2) (porque tus discípulos no se lavan las manos cuando comen). No quería sumergir la cabeza, porque en ella reside la imagen y la gloria del Padre. Le bastaba que le presentasen los pies. De donde sigue: "Díjole Jesús: Quien fue lavado, no necesita sino que se le laven los pies, porque está todo limpio".

San Agustín.

Todo, excepto los pies; o lo que es lo mismo, sólo necesita lavarse los pies. Porque el hombre, por el bautismo, no queda todo lavado menos los pies, sino que queda lavado por completo. Sin embargo, viviendo en lo sucesivo entre las cosas humanas, pisa con

ellos la tierra. Así, pues, los afectos humanos, sin los que no se puede vivir en esta vida mortal, simbolizan los pies. Y, en esta vida, de tal modo somos afectados por las cosas humanas, que si dijéramos que éstas no nos afectaban, nos engañaríamos a nosotros mismos, afirmando que no tenemos pecado (1Jn 1,8). Mas si confesamos nuestros pecados, Aquel que lavó los pies a sus discípulos nos los perdona, hasta los pies, con los cuales comunicamos con la tierra.

Orígenes ut supra.

Creo imposible que no se contaminen las partes inferiores del alma, por muy perfecto que cualquiera se crea en cuanto a hombre. Porque muchos, después del bautismo, se llenan del polvo de las maldades hasta la cabeza. Pero los que son sus discípulos, con justo título no necesitan ser lavados sino en sus pies.

San Agustín Ad Seleucianum epist. 118.

De esto que aquí se dice, se deduce que San Pedro ya estaba bautizado. Entendemos también que sus discípulos mediante los cuales bautizaba, lo estaban a su vez; o bien con el bautismo de Juan, como algunos creen, o bien, como es más creíble, con el bautismo de Cristo. Puesto que no desdeñó el ministerio de bautizar con el fin de tener siervos bautizados que pudiesen bautizar a los otros, Aquel que no faltó al ministerio de la humildad cuando les lavó los pies. Por esto prosigue: "Y vosotros estáis limpios, pero no todos".

San Agustín In Ioannem tract., 58.

No preguntemos qué sea esto, cuando el mismo evangelista lo dice claramente a continuación: "Pues sabía quién era el que había de entregarle; por lo mismo dijo: No todos estáis limpios".

Orígenes ut supra.

Cuando dice "Vosotros estáis limpios", se refiere a los once. Y cuando añade "pero no todos", se refiere a Judas, que estaba manchado; en primer lugar, porque no atendía a los pobres, antes era ladrón; por último, porque habitaba el diablo en su corazón, a fin de que entregase a Jesús. Les lava los pies, aun estando puros, porque la gracia de Dios sobreabunda en las cosas necesarias, y, como dice San Juan: "Que el limpio se limpie más aún" (Ap 22,11).

San Agustín ut supra.

O bien porque estando ya lavados sus discípulos no necesitaban sino de lavarse los pies, porque mientras el hombre vive en este mundo, parece que al tocar la tierra con sus pies atrae algo de ella con lo cual es manchado.

Crisóstomo ut supra.

O de otra manera: No dice que están limpios porque los juzgue libres de pecado antes del sacrificio, sino que se refiere a la claridad del entendimiento, porque ya estaban exentos del error judaico.

Luego que les lavó los pies, tomó sus vestidos; y cuando se hubo sentado, díjoles de nuevo: "¿Sabéis lo que he hecho con vosotros?; vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien: lo soy, en efecto: si pues yo, el Señor y Maestro he lavado vuestros pies, también vosotros debéis lavaros mutuamente los pies: os he dado el ejemplo, para que así como yo hice a vosotros, así también vosotros lo hagáis. En verdad, en verdad, os digo: no es el siervo mayor que su señor, ni el apóstol es mayor que aquél que le envió. Si sabéis estas cosas, seréis bienaventurados practicándolas. No digo de todos vosotros: Yo sé a quiénes he elegido; sino que ha de cumplirse la Escritura. El que come pan conmigo, pondrá su pie sobre mí. Desde ahora os lo digo, antes de que suceda; para que cuando haya sucedido, creáis quien soy yo. En verdad, en verdad os digo: el que recibe a aquél que yo enviaré, a mí me recibe, y quien me recibe, recibe a Aquel que me ha enviado". (vv. 12-20)

San Agustín ut supra.

Acordándose el Señor de que había prometido a Pedro la explicación del hecho realizado, diciendo "después sabrás" (qué es lo que yo he hecho), empieza ya a enseñarlo. Por esto se dice: "Después que les lavó los pies, tomó sus vestidos, y habiéndose sentado empezó a hablarles de nuevo en esta forma: Sabéis lo que he hecho con vosotros".

Orígenes In Ioannem tom. 32.

Profiere estas palabras, o bien en tono interrogativo para encomiar la grandeza de su acción, o bien imperativamente para elevar sus entendimientos.

Alcuino.

En sentido espiritual, hecha la purificación de nuestra redención al derramar su sangre, tomó sus vestiduras cuando resucitó del sepulcro al tercer día, vestido ya con su mismo cuerpo inmortal, y al sentarse significó su ascensión al cielo para sentarse a la derecha del Padre, de donde ha de venir a juzgar.

Crisóstomo In Ioannem hom., 70.

Hasta ahora no ha hablado sólo a Pedro, sino a todos. Como diciendo: "Vosotros me llamáis Maestro y Señor". Aquí aduce sus palabras propias, y después, para que no crean que se las aplican por favor especial, añade: "Y decís bien: lo soy en verdad".

San Agustín ut supra.

Se ha mandado al hombre (Pr 27,2): "No te alabe tu propia boca, sino que te alabe la boca de tu prójimo", porque es peligroso que se complazca en sí mismo el que quiere evitar la soberbia. Mas aquel que está sobre todas las cosas, por mucho que se alabe, no se ensalzará demasiado, ni puede decirse rectamente que en Dios haya arrogancia. Porque el conocer a Dios aprovecha únicamente a nosotros, no a El; ni nadie lo conoce si El mismo no se da a conocer. Luego, si por huir de la arrogancia no se hubiese

alabado, nos hubiera privado de su conocimiento. ¿Y cómo la verdad ha de temer incurrir en arrogancia? Nadie puede reprender el que se considere Maestro, aun el que sólo lo mire bajo el concepto del hombre, porque hay que conceder que aun los mismos hombres son llamados maestros, y toleran la denominación sin arrogancia en las artes que profesan. ¿Y podrá reprochársele el que se considere Señor de sus discípulos, tratándose de hombres que en el concepto vulgar carecían de ilustración? Porque cuando es Dios el que habla, nunca hay arrogancia en tanta excelsitud; nunca mentira en la verdad. El estar sometidos a tanta grandeza, el servir a la verdad, es para beneficio nuestro. Y así, "decís bien al llamarme Maestro y Señor, porque lo soy". Y si no lo fuera, diríais mal en lo que decís.

Orígenes ut supra.

No hacen bien en decir (Mt 7,23): "Señor", aquellos a quienes se ha dicho: "Apartaos de mí, vosotros que obráis la iniquidad". Pero los apóstoles decían rectamente: Maestro y Señor. No dominaba en ellos la maldad, sino el Verbo de Dios.

"Si, pues, yo que soy Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavároslos mutuamente".

Crisóstomo ut supra.

Toma el ejemplo de cosas mayores, para que nosotros obremos en las menores. Porque ciertamente El es el Señor, y nosotros lo haremos con nuestros consiervos, si lo hiciéremos. Por eso añade: "Os he dado ejemplo, para que, así como yo lo he hecho con vosotros, vosotros también hagáis".

Beda.

Primeramente el Señor realizó en sus hechos lo que después enseñó con palabras, según aquello (Hch 1,1): "El Señor empezó por obra".

San Agustín In Ioannem tract., 58.

Esto es, oh bienaventurado Pedro, lo que ignorabas; esto que prometió que después sabrías.

Orígenes ut supra.

Hay que considerar ahora si es de absoluta necesidad, para perfeccionarse en la doctrina de Jesús, el tomar como precepto absoluto el lavatorio sensible de los pies. Por esto dice: "Debéis lavaros mutuamente los pies". Pero esta costumbre, o no se practica, o se practica raras veces.

San Agustín ut supra.

Existe entre muchos esta costumbre de humildad, cuando mutuamente se reciben en hospedaje. Y hacen esto los hermanos unos con otros aun de una manera visible. Y así será mejor, y sin género de controversia más conforme a la verdad, el que se haga de mano propia, para que ningún cristiano se desdeñe en hacer lo que practicó Cristo. Porque al inclinar la cerviz delante de un hermano, despertamos en su corazón los efectos de humildad, o si ya los tenía los hacemos más fervorosos. Pero, prescindiendo de este sentido moral, ¿podrá, acaso, alguien librar a su hermano del contagio del pecado? De esta manera, confesémonos mutuamente nuestros pecados; perdonémonos

los unos las faltas de los otros; oremos mutuamente para que nos sean perdonados, y así mutuamente nos lavemos los pies.

Orígenes ut supra.

Este lavatorio espiritual de pies (del cual se ha hablado), no puede realizarse con perfección sino por el mismo Jesucristo, y de una manera secundaria por sus discípulos, a los cuales dijo: "Vosotros debéis lavaros mutuamente los pies". Jesús lavó los pies de sus discípulos como Maestro, y de sus siervos como Señor, porque el fin del Maestro es hacer a sus discípulos semejantes a El. Lo cual se ve en el Salvador con más claridad que en ningún otro maestro o señor, pues quiere que sus discípulos sean como su Maestro y Señor, no teniendo un espíritu de servidumbre, sino un espíritu de la filiación con el que claman: "Abba, Padre" (Rm 8,15). Mas antes de hacerse semejantes a su Maestro y Señor, necesitan del lavatorio de pies, como discípulos imperfectos que conservan resabios del espíritu de servidumbre. Cuando, pues, alguno de ellos llegare al grado de maestro y señor, podrá entonces imitar al que lavó los pies de sus discípulos, y lavar los pies con la doctrina, como maestro.

Crisóstomo ut supra.

Aún los exhortaba a que lavasen los pies, cuando añadió: "En verdad, en verdad os digo: no es el siervo mayor que su señor, ni el apóstol mayor que el que le envió", como diciendo: "Luego, si yo he hecho estas cosas, con mayor razón conviene que vosotros las hagáis".

Teofilacto.

Aconseja aquí a los discípulos por necesidad, dado que ellos habían de llegar a las dignidades, unos en un grado, otros en otro. Y para que no se encelen mutuamente, les serena las conciencias.

Beda.

Porque el conocer el bien y no ejercerlo, no es cosa que pertenece a la felicidad, sino a la condenación, según aquello (St 4,17): "Al que conoce el bien y no lo practica, el pecado está con él", y añade: "Si sabéis estas cosas, seréis bienaventurados al ejecutarlas".

Crisóstomo ut supra.

Porque el saber es propio de todos, pero el obrar no es de todos. Después reprendió al traidor, no de una manera clara, sino velando las palabras, cuando añadió: "No hablo de todos vosotros".

San Agustín In Ioannem tract., 59.

Como diciendo: entre vosotros hay quien no será bienaventurado, ni obrará aquellas cosas. Yo sé a quiénes he elegido. ¿A quiénes sino a aquellos que serán bienaventurados haciendo lo que El manda? Luego Judas no es de los elegidos. Cómo, pues, dice en otro lugar (Jn 6,71): "¿Acaso yo no os he elegido a los doce?". Es porque él fue elegido, para otra cosa necesaria, pero no para la bienaventuranza acerca de lo que se dice: "Bienaventurados seréis si hacéis estas cosas".

Orígenes In Ioannem tract., 32.

No creo que pueda rectamente referirse la frase "No lo digo de todos vosotros", a aquella otra de "Seréis bienaventurados si hacéis estas cosas", porque todo esto puede aplicarse a Judas como a cualquier otra persona, al decir "Bienaventurado será el que haga estas cosas". Así esta frase debe relacionarse con aquella otra (Jn 13,16): "No es el siervo mayor que su señor, ni el apóstol mayor que el que le envió"; porque Judas como era siervo del pecado, no lo era del Verbo de Dios; ni apóstol, pues el diablo había penetrado en su corazón. Y así, conociendo el Señor a los suyos, no conoce a los que no lo son. Por esto no dice yo conozco a todos los presentes, sino "Yo conozco a los que he elegido", como diciendo: conozco a mis elegidos.

Crisóstomo In Ioannem hom., 70.

Después, para no llenar de tristeza a muchos con sus palabras, añade: "Pero para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo, levantará su pie contra mí", manifestando que no era entregado ignorantemente, cosa que era muy suficiente para retener a Judas. Y no dijo me entregará, sino "levantará contra mí su pie", queriendo desfigurar el engaño y el ocultamiento de las asechanzas.

San Agustín ut supra.

¿Qué otra cosa significa "levantará su pie sobre mí", sino me pisoteará? En lo cual se alude a Judas traidor.

Crisóstomo ut supra.

Y dijo: "Quien come conmigo pan", esto es, quien ha sido alimentado por mí, el que comió en mi mesa; para que no nos escandalicemos jamás si sufrimos alguna injuria de los criados o de personas de inferior calidad, atendiendo al ejemplo de Judas que, habiendo gozado de bienes infinitos, pagó tan mal a su bienhechor.

San Agustín ut supra.

Los que habían sido elegidos comían al Señor, y él comía el pan del Señor contra el Señor; aquéllos la vida, éste la pena: "Porque el que come indignamente come su propio juicio" (1Cor 11,29).

"Os lo digo, prosigue, antes de que suceda, para que, cuando se realice, creáis que yo soy", a saber, de quien predijo la Escritura.

Orígenes ut supra.

Y no se dijo a los apóstoles para que creáis, como si ellos no creyesen, sino que esta locución equivale a decir para que, creyendo, obréis. Perseverando en vuestra creencia, no toméis ningún pretexto para la repulsa, porque entre todas las cosas que fortalecían en la fe a los discípulos, consideraba en primer término el cumplimiento de las profecías.

Crisóstomo In Ioannem hom., 71.

Y como los discípulos habían de salir a predicar y sufrir muchos martirios, los consuela de dos maneras. De una manera, por sí mismo, diciendo (Jn 13,17): "Seréis bienaventurados, si hacéis estas cosas". Por otro lado, los consuela con el ejemplo de los demás, hablándoles de los muchos medios con que serían ayudados por los hombres, y por esto añade: "En verdad, en verdad os digo, que el que os recibiere a vosotros a mí me recibirá".

Orígenes ut supra.

Porque el que recibe al que envía Jesús, recibe al mismo Jesús, que existe en su enviado. Mas el que recibe a Jesús, recibe al Padre. Luego, el que recibe al que envía Jesús, recibe al Padre que envía. También puede entenderse de este otro modo: El que recibe a quien yo enviare, se hace digno de recibirme a mí. Mas el que me recibe no por intermediación del apóstol que yo enviaré, sino que me recibe a mí cuando me dirijo a las almas, recibe también al Padre, de tal modo, que no sólo yo moro en él, sino también el Padre.

San Agustín In Ioannem tract., 59.

Pero los arrianos, cuando oyen esto, recurren a los dogmas de su fe, que no los conducen a la salvación, sino que los precipitan en la perdición, diciendo: "Tanto dista el Hijo del Padre, cuanto el apóstol difiere del Señor". Pero donde Este dijo: "Mi Padre y yo somos una sola cosa" (Jn 10,30), no deja ninguna idea de distancia. Y al aceptar ahora estas palabras del Señor, "Quien me recibe a mí recibe al que me envió", al entender que una misma es la naturaleza del Padre y del Hijo, sería lógico que en la locución "Si recibe al que yo enviare me recibe a mí", se entendiera también que una misma es la naturaleza del Hijo y la del apóstol. Y así, parece que debió decir: "Quien recibe al que yo enviare, me recibe a mí como a hombre, y el que me recibe como Dios, recibe al que me ha enviado". Mas cuando esto decía, no hacía alusión a la unidad de naturaleza, sino que recomendaba su propia autoridad, residente en el enviado. Si, pues, atiendes en Pedro a Cristo, verás al Maestro en el discípulo; y si miras en el Hijo al Padre, verás al Padre en el Unigénito.

Cuando esto hubo dicho Jesús, se turbó en el espíritu y protestó, y dijo: "En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me entregará". Y los discípulos se miraban los unos a los otros, dudando de quién decía. Y uno de sus discípulos, al cual amaba Jesús, estaba recostado a la mesa, en el seno de Jesús. A éste, pues, hizo una seña Simón Pedro, y le dijo: "¿Quién es de quien habla?" El entonces, recostándose sobre el pecho de Jesús, le dijo: "Señor, ¿quién es?" Jesús le respondió: "Aquél es a quien yo diere el pan mojado"; y mojando el pan se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariotes. Y tras el bocado entró en él Satanás. Y Jesús le dijo: "Lo que haces, hazlo presto". Mas ninguno de los que estaban a la mesa supo por qué se lo decía. Porque algunos pensaron que, porque Judas traía la bolsa, le había dicho Jesús, compra lo que habemos menester para el día de la fiesta, o que diese algo a los pobres. Y cuando él hubo tomado el bocado, se salió fuera luego. Y era de noche. (vv. 21-30)

Crisóstomo In Ioannem hom., 71.

Como el Señor estaba consolando a los apóstoles, que debían recorrer todo el mundo, y los fortalecía con doble consuelo, al pensar que el traidor estaba privado de ambos, se entristeció. Y esto significa el evangelista, cuando dice: "Y se entristeció en su espíritu", etc.

San Agustín In Ioannem tract., 60.

No hizo mención de esto anteriormente, pero como ya debía descubrir al traidor para que no se ocultara entre los demás, se entristeció en su espíritu. Y como el mismo traidor ya estaba a punto de salir para conducir allí a los judíos, a quienes había de hacer entrega de Jesús, lo entristeció su próxima pasión y el peligro inminente, y la mano amenazante del traidor, de quien ya se conocía su intención. El Señor se dignó también dar a conocer con su turbación que cuando una causa urgente obliga a separar antes de recogerse la mies a algunos de los falsos hermanos, no puede hacerse esto sin que la Iglesia se entristezca. Se turbó, no en cuanto a la carne, sino en el espíritu; porque las personas espirituales, en tales ocasiones de escándalo, no se turban por la perversidad, sino por la caridad, no sea que al cortar las malas cizañas se arranque de raíz el trigo. Y además, aun teniendo misericordia del mismo Judas, que había de perecer, se turba, no por debilidad de su alma, sino por su propia voluntad. Porque no se turba porque alguien lo obligue, sino que se turbó a sí mismo (como se ha dicho antes). En el hecho de turbarse consuela a los débiles en su propio cuerpo (esto es, en su Iglesia), para que si alguno se turba con la muerte de los suyos, no se crea por esto condenado.

Orígenes In Ioannem tom. 32.

Dice que se turbó en el espíritu. Esto, como es cosa humana (esto es, la pasión), provenía de la exuberancia de espíritu. Porque si algún santo vive en el espíritu y obra y

padece, ¿cuánto más ha de decirse esto de Jesús, que es el primero de todos los santos?

San Agustín ut supra.

Caigan, pues, por tierra los argumentos de los estoicos, que dicen que en el sabio no cabe la perturbación de los ánimos. Así como juzgan a la verdad vanidad, así llaman estupor a la salvación. Túrbese, pues, el ánimo cristiano, no por la miseria, sino por la misericordia.

San Agustín In Ioannem tract. 61

"Uno de vosotros", por el número, no por el mérito; en apariencia, no en realidad.

Crisóstomo In Ioannem hom., 71.

Y como no lo determinó por el nombre, de aquí nació en todos el temor. Por esto sigue: "Se miraban mutuamente los discípulos, dudando de quién hablase", no teniendo conciencia de tal maldad y, sin embargo, creyendo que la afirmación de Cristo era más digna de creerse que sus propios pensamientos.

San Agustín In Ioannem tract., 61.

De tal modo era piadoso el amor que alimentaban hacia su Maestro, que su propia debilidad humana los estimulaba a los unos contra los otros.

Orígenes ut supra.

Se acordaban de que eran hombres y que era variable el sentimiento más perfecto, y susceptible el apetito de querer lo contrario de lo que antes había querido.

Crisóstomo ut supra.

Temblando todos, y aun el mismo que era cabeza (a saber, Pedro), Juan, que era el amado, se reclinó en el seno de Jesús. Por esto sigue: "Estaba, pues, recostado en el seno de Jesús uno de sus discípulos a quien Jesús amaba".

San Agustín ut supra.

Este era Juan, de quien es este Evangelio, como después se manifiesta. Era costumbre entre todos aquellos que nos han legado las Escrituras, que, cuando cuenta algo de ellos la divina narración, al ocuparse de sí mismos hablan como si fuera de otros. ¿Y qué pierde con esto la verdad, si se dice la misma cosa y se evita la jactancia del que la cuenta?

Crisóstomo ut supra.

Si quieres, pues, aprender la causa de esta familiaridad, sabe que era el amor; por eso dice "a quien amaba Jesús". Porque aunque los otros también eran amados, sin embargo, éste era más que los otros.

Orígenes ut supra.

Opino, pues, que el recostarse Juan en el seno del Verbo, significa como si habitase en sus más recónditos pensamientos.

Crisóstomo ut supra.

Quiere, pues, manifestar, que él era ajeno al crimen, y dice también esto para que no se piense que Pedro recurrió a él como a su superior, puesto que sigue: "Hízole señas Simón Pedro, y dícele: "¿Quién es ése de que habla?". En todas partes se encuentra

Pedro impetuoso en el amor, y aunque fue el primero en preguntar, no habló, sino que quiso saber mediante Juan. En todas ocasiones la Escritura manifiesta a Pedro entusiasta, y teniendo familiaridad con Juan.

San Agustín ut supra.

Se ha de notar aquí la locución de decir algo, no por sonidos, sino tan sólo por señas: "hace señas, y dice", esto es, dice haciendo señas. Si, pues, con sólo pensar se dice algo, según aquello "dijeron entre sí" (Jn 12,19), ¿cuánto más haciendo señas, cuando ya se manifiesta expresamente, por medio de signos, lo que se ha concebido interiormente?

Orígenes In Ioannem tract., 32.

En primer lugar, hizo signos, y luego, no contentándose con las señas, dijo: "Pregúntale de quién habla".

"Y así, habiéndose recostado sobre", etc.

San Agustín In Ioannem tract., 61.

Esto mismo que dice ahora "sobre el pecho", más arriba lo había dicho en el seno.

Orígenes ut supra.

O de otra manera: Habiendo descansado primero sobre el seno, después subió y lo hizo sobre el pecho de Jesús; como si al contentarse con el regazo y no elevarse hasta el pecho, esto hubiera sido un obstáculo para que Jesús le confiase lo que Pedro deseaba saber. Por esto de que posteriormente se reclinó sobre el pecho, se expresa que era discípulo especial de Jesús por mayor y más superabundante gracia.

Beda.

El descansar en su regazo y en su pecho, no sólo fue un indicio de amor presente, sino también signo de algo futuro, a saber: para que allí escuchase la voz, que después diese a conocer a los siglos.

San Agustín ut supra.

¿Qué otra cosa puede significarse en el pecho sino lo más oculto y secreto? Porque, ciertamente, el interior del pecho es el secreto de la sabiduría.

Crisóstomo ut supra.

Ni aun entonces expresó nominalmente el Señor quién era el traidor, pues sigue: "Respondió Jesús: Aquel es a quien yo daré el pan mojado". Y este modo de denunciarlo era para convertir, porque ya que no se avergonzó por la comunidad de la mesa, debió hacerlo por la participación del pan.

"Y cuando hubo mojado el pan, lo dio a Judas, hijo de Iscariote".

San Agustín ut supra.

Judas, contrario a lo que piensan algunos que leen con poco cuidado, no recibió solamente el cuerpo de Cristo, porque se entiende que ya el Señor había distribuido a todos ellos el sacramento de su cuerpo y sangre, entre los cuales estaba incluido el mismo Judas. Y por fin, se llega al punto en que, según la narración de Juan, el Señor manifestó al traidor por un trozo de pan que mojó y le dio. Tal vez por el hecho de mojar el pan se significa la traición de Judas, porque no todas las cosas quedan lavadas por mojarlas, sino

que algunas se mojan para mancharlas. Y si es que el mojar el pan designa algún bien, no sin razón seguirá la condenación al que desagradece este bien.

"Y tras el bocado, penetró en él Satanás".

Orígenes In Ioannem tract., 32.

Atiéndase que Satanás no penetró primero en Judas, sino que inspiró en su corazón que entregase al Maestro. Mas después del pan penetró en él. Por lo cual hemos de cuidar que Satanás no logre introducir en nuestro corazón ninguna de sus flechas, porque si alguna penetrara, él formaría asechanzas hasta introducirse.

Crisóstomo ut supra.

En tanto que formaba parte de la asamblea, no se atrevía el diablo a invadirlo, contentándose con inspirarle desde el exterior, pero cuando Jesús lo desenmascaró y expulsó, ya con toda libertad se apoderó de él.

San Agustín ut supra.

O bien, entró en él para poseerlo plenamente como entregado a discreción, sin que por eso dejase de estar en él cuando pactó con los judíos el precio a que había de entregar al Señor. Cuando San Lucas dice: "Y Satanás entró en Judas, y éste habló con los príncipes de los Sacerdotes" (Lc 22,3-4), ya había llegado al sitio de la cena de esta manera. Pero después entró en él, no para tentarlo como si hasta entonces le hubiera sido extraño, sino para poseerlo como cosa propia.

Orígenes ut supra.

Convenía, según creo, por la oferta del pan, retirar del malvado el bien que él juzgaba tener; y privado de este bien, quedó expedito para que Satanás lo invadiese.

San Agustín In Ioannem tract., 62.

Aquí dicen algunos: ¿Cómo es esto? ¿El pan que Cristo le entregó de su mesa, merecía que después de él penetrase Satanás? A lo que respondemos, que por esto debemos aprender cuánto debe evitarse el recibir el bien de mala manera. Porque si se pierde el que no aprecia el cuerpo del Señor (esto es, no lo discierne de las demás comidas), ¿cómo debe ser castigado el que se acerca a su mesa fingiéndose amigo, siendo enemigo?

"Y dice Jesús: Lo que haces, hazlo presto".

Orígenes ut supra.

Cabe dudar a quién se dirijan estas palabras, porque lo mismo a Judas que a Satanás pudo haber dicho el Señor "Lo que haces, hazlo presto", provocando al adversario a la lucha, o al traidor, para que ayudase a su pasión, que había de ser la salvación del mundo, lo que no quería se retardase ni evitase, sino que se apresurase cuanto fuera posible.

San Agustín ut supra.

Sin embargo, no aconsejó el mal, sino que lo predijo no para cooperar a la perdición del pérfido, sino consultando a la salvación de los fieles.

Crisóstomo ut supra.

Esto que dice, "Lo que haces, hazlo presto", no es a modo del que manda o aconseja, sino del que reprueba y manifiesta que El no quería impedir la traición. "Esto no lo comprendió ninguno de los convidados", etc. Cualquiera que se fije, dudará en este pasaje. Al preguntarle los discípulos"¿Quién es?" (Jn 13,24), dijo: "A quien yo dé el pan mojado" (Jn 13,26), y sin embargo no lo entendieron. Puede suponerse que Jesús lo dijo secretamente para que nadie lo oyera, y por lo mismo Juan pregunta inclinado sobre el pecho, como quien dice, al oído; porque acaso Pedro lo hubiera matado, si Jesús lo descubre. Y así dice que ninguno de los convidados se había enterado, ni aun Juan, que de ninguna manera pensaba que un discípulo llegase a tal grado de iniquidad, de la cual, como él estaba tan lejos, no hacía a nadie capaz ni por sospechas. Ignoraron, pues, la causa de las cosas que había dicho Cristo. Qué era lo que ellos creían, lo manifiesta posteriormente San Juan: "Algunos pensaban (porque Judas llevaba la bolsa) que había querido decirle: Compra lo que sea necesario", etc.

San Agustín ut supra.

El Señor, por lo tanto, tenía bolsa para conservar lo que los fieles le daban, y para atender a las necesidades de los suyos y a los demás necesitados. Entonces se instituyó la forma de los bienes eclesiásticos, para que entendiéramos lo que se nos preceptuaba (Mt 6), de que no debíamos pensar en el día de mañana. Y no es esto prohibir que los santos tengan algún dinero, sino que a Dios no ha de servirse por estas miras, ni que se abandone el camino de la justicia por temor a la pobreza.

Crisóstomo In Ioannem hom., 71.

En verdad ninguno de sus discípulos llevaba dineros, pero, por lo que aquí se dice, se insinúa que algunas mujeres los alimentaban de sus haberes. Y así, el que recomendaba que no llevemos ni manto, ni báculo, ni dinero, llevaba, sin embargo, bolsa para atender a los menesterosos, para que aprendamos que por muy pobres y crucificados para el mundo que estemos, debemos siempre cuidarnos de este ministerio. Jesús obraba muchas cosas para nuestra enseñanza.

Orígenes ut supra.

De este modo hablaba el Salvador a Judas: "Lo que haces, hazlo presto". Y el traidor en esto solo le obedece por lo pronto, porque apenas recibió el pan, no se detuvo un instante. "Y así, cuando recibió el trozo de pan, salió al punto". Y en verdad salió, no sólo alejándose de la casa en que estaba, sino separándose de Jesús por completo. En mi sentir, Satanás, que había penetrado en él tras el pan, no toleraba que Judas perseverase con Jesús, porque entre Jesús y Satanás no puede haber relación alguna. No será fuera de propósito el preguntar por qué al decir "Recibiendo el pan", no se añade "Y comiéndole". ¿Es acaso que Judas, recibió el pan y no lo comió? Quizá el diablo, que lo había inspirado que hiciese traición a su Maestro, temió que, recibido el pan por Judas, si lo comía se desvaneciese el influjo que en su corazón había inspirado, y, por tanto, al punto que lo recibió se entró en él, e inmediatamente Judas dejó la casa. Puede también opinarse, que así como el que come el pan del Señor indignamente, o bebe su cáliz, come y bebe su propia condenación, también el pan que Jesús dio, para unos fue de salvación, pero para Judas fue de condenación, de tal manera, que tras el pan se

introdujo Satanás.

Crisóstomo ut supra.

Y añade: "Era de noche", para manifestar la osadía de Judas, a quien no pudo detener ni cohibir lo importuno de la hora de su primer impulso.

Orígenes In Ioannem tract., 32.

La noche sensible es la imagen de la confusa noche que había invadido el alma de Judas.

San Gregorio Moralium 2, 2

Por la cualidad del tiempo se expresa el fin de la acción. Judas, que no había de implorar el perdón, aprovecha la noche para la perfidia.

Y como hubo salido, dijo Jesús: "Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en El. Si Dios es glorificado en El, Dios también lo glorificará a El en sí mismo, y luego le glorificará". (vv. 31-32)

Orígenes In Ioannem tom. 32

Después de los prodigios que se habían realizado por los milagros y por la transfiguración, la gloria del Hijo del hombre empieza desde el momento en que Judas sale llevando consigo a Satanás, que lo había invadido, fuera del lugar en que estaba Jesús. Por esta razón dice: "Cuando hubo salido, dijo Jesús: Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre", etc. Y aquí no se habla de la gloria del Verbo Unigénito, sino del hombre que descendía de la estirpe de David. Porque si se dice con verdad en la muerte de Cristo, que glorifica a Dios: "Despojó los principados y las potestades, triunfando en el leño de su cruz" (Col 2), y aquello otro: "Conciliando por la sangre de Cristo todas las cosas, las del cielo y las de la tierra" (Col 1). En todo esto fue glorificado el Hijo del hombre y Dios también es glorificado en El. Por esta razón continúa: "Y Dios ha sido glorificado en El". Porque no puede glorificarse Cristo, sin que lo sea al propio tiempo el Padre. Mas como todo el que es glorificado lo es por alguien, si se pregunta por quién lo es el Hijo del hombre, veremos la respuesta en lo que sigue: "Si Dios es glorificado en El, también Dios lo glorificará en sí mismo".

Crisóstomo In Ioannem hom., 71.

Esto es, por sí mismo, no por medio de otra persona. "Y al punto le glorificará". Como diciendo: No largo tiempo después, sino inmediatamente aparecerán en la cruz todas las cosas dignas de gloria; porque el sol retrocedió, las piedras se abrieron, y muchos cuerpos de aquellos que dormían, resucitaron. De esta suerte levantó de nuevo los pensamientos de sus discípulos, que se habían abatido, y les aconseja que no se entristezcan, antes se alegren.

San Agustín In Ioannem tract., 63.

Por la salida del inmundo, todos quedaron purificados con el que los purificaba. Algo semejante acontecerá cuando, separada la cizaña del trigo, resplandezcan los justos como el sol, en el reino de su Padre (Mt 13,43). Previendo el Señor que esto mismo aconteció al separarse Judas, que era la cizaña, dijo a los santos apóstoles, que habían quedado como el trigo: "Ahora es glorificado el Hijo del hombre", etc., como diciendo: He aquí lo que acontecerá en mi glorificación, donde no habrá ninguno de los malos, ni perecerá ninguno de los buenos. Por esto no dijo: ésta es la señal de la glorificación del Hijo del hombre, sino: "Ahora es glorificado el Hijo del hombre". Como tampoco se dijo que la piedra simbolizaba a Cristo, sino: "La piedra era Cristo" (1Cor 10,4). La Escritura suele denominar las cosas que significan algo, por los nombres de lo significado. Mas la glorificación del Hijo del hombre es que Dios sea glorificado en El, y de aquí que añada: "Y Dios es glorificado en El". Por último, como para esclarecer este punto, prosigue: "Si el Hijo es glorificado en El (porque no vino a hacer su propia voluntad, sino la voluntad del que le envió), también Dios lo glorificará en sí mismo", refiriéndose a la naturaleza

humana, que había sido tomada por el Verbo y dotada de eternidad interminable. "Y al punto lo glorificará", dice, manifestando su propia resurrección, que no sería como la nuestra al fin del mundo, sino inmediatamente. Y hasta puede entenderse de esta glorificación la frase: "Ahora es glorificado el Hijo del hombre", diciendo ahora no por su próxima pasión, sino por su futura resurrección, como si ya hubiese sucedido lo que tan próximo consideraba.

San Hilario De Trin. lib. 2.

Que "Dios es glorificado en El", se refiere a la gloria del cuerpo, por la cual se manifiesta la gloria de Dios, como tomando el cuerpo su propia gloria por los consuelos que le comunicaba la naturaleza divina. Y como Dios es glorificado en El, por la misma razón lo glorificó en sí. Y lo glorificó Dios en sí por el incremento de gloria que recibió, de la misma suerte que el que reina en la gloria (que es la gloria de Dios), pasa por este hecho a la gloria de Dios. Y así tenía que permanecer todo en Dios, en cuanto es permitido a la naturaleza humana. Tampoco quiso pasar en silencio el tiempo, para significar como cosa de presente, al salir el traidor Judas a realizar su traición, la gloria que después de la pasión le estaba reservada por la resurrección, y distinguirla de aquella con que Dios lo glorificaría en sí posteriormente. Aquélla era la gloria de Dios manifestada por la resurrección; ésta la que gozaría permaneciendo en el seno de Dios.

San Hilario De Trin. lib. 9.

A mi juicio no hay ninguna ambigüedad en la interpretación de estas palabras: "Ahora es glorificado el Hijo del hombre". Esta gloria pertenecía a la carne, no al Verbo. Lo que yo me pregunto es qué significa en esto que sigue: "Y Dios es glorificado en El". Y no siendo uno el Hijo del hombre y otro el Hijo de Dios (porque el Verbo se hizo carne) (Jn 1,14), pregunto quién es glorificado por el Hijo del hombre (que es también Hijo de Dios). Veamos ahora qué significa lo tercero: "Si Dios es glorificado en El, también Dios lo glorificará en sí mismo". El hombre ciertamente no se glorifica por sí mismo. Por el contrario, en el hombre, aunque reciba la gloria, es glorificado por Dios. Pero El es Dios mismo. Y por tanto es necesario, o que sea Cristo el que se glorifica en la carne, o el Padre el que se glorifica en Cristo. Si Cristo, Cristo que se glorifica en la carne es Dios; si el Padre (también Dios), tendremos el misterio de la unidad, porque el Padre se glorifica en el Hijo. Pero porque Dios glorifique en sí mismo a Dios glorificado en el Hijo del hombre, ¿cómo puede deducirse la conclusión impía de que Cristo no es Dios según la verdad de naturaleza, como si estuviera fuera de sí, porque glorifica en sí? Así, al que el Padre glorifica, hay que confesarlo en igual gloria, y el que se ha de glorificar en la gloria del Padre, debe también participar de todo aquello que está en el Padre.

Orígenes In Ioannem tom. 32.

El nombre gloria no se toma aquí en el sentido de los paganos, que la definen como un conjunto de alabanzas que se tributa por muchos. Es cosa clara que aquí se trata de algo diferente, según las palabras del Exodo (Ex 40,32-33), que dice que el tabernáculo está lleno de la gloria de Dios, y que la presencia o rostro de Moisés se había llenado de gloria. En efecto, en sentido literal hubo en el tabernáculo cierta presencia divina, lo mismo que en el rostro de Moisés mientras hablaba con Dios. Pero en sentido espiritual,

la gloria de Dios es la que alumbra el entendimiento haciéndolo elevarse y sobreponerse a todas las cosas materiales, deificándolo por la visión divina que escudriña y en las cosas que contempla. Por esto, figuradamente fue Moisés glorificado, en el hecho de tornarse divino por el entendimiento. Pero no puede establecerse comparación entre la excelencia de Cristo y el conocimiento de Moisés, que glorificó su faz, porque creo que el Hijo es el resplandor de toda la gloria divina, como dice San Pablo: "Siendo el cual el esplendor de la gloria", etc (Hb 1,3). Además, de este foco luminoso de gloria proceden los resplandores singulares, reflejándose en las creaturas racionales, y por eso no creo que nadie pueda recibir todo el esplendor de la gloria divina, sino el Hijo. En cuanto el Hijo no era conocido por el mundo, no era tampoco glorificado en el mundo. Mas como el Padre dio a algunos de los que estaban en el mundo el conocimiento de Jesús, fue glorificado entonces el Hijo del hombre en aquellos que lo conocieron. De aquí que transmitió su gloria a los que lo conocían. Porque los que contemplan con pura mirada la divina gloria, se transfiguran, a su imagen, de la gloria del glorificado en gloria de glorificadores. Cuando se aproximaba la hora en que debía realizarse el prodigio de que el mundo, mediante su conocimiento, mereciera la gloria glorificándole, dijo: "Ahora es glorificado el Hijo del hombre". Y como nadie ha conocido al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo hubiese revelado, el Hijo, por gracia natural, debía revelar al Padre (Mt 11,27). Por esta causa se conoce que Dios es glorificado en El. O bien puede entenderse que Dios es glorificado, si conocemos con perfección a Jesús: "El que a mí me ve, ve también a mi Padre" (Jn 14,19). Porque se verá en el Verbo, siendo este Dios e imagen invisible de Dios, el Padre que lo engendró. De este modo se entenderá más claramente todo lo que aquí se dice. Porque así como el nombre de Dios es blasfemado por algunos entre los gentiles, así el nombre excelso del Padre es ensalzado por las buenas obras de los santos que resplandecen ante los hombres. ¿En quién ha aparecido mejor la gloria de Dios, que en Jesús? Jamás cometió pecado, y en su boca no hubo dolo. Siendo, pues, el Hijo de tal condición, fue glorificado, y Dios se glorifica en El. Y si Dios se glorifica en El, el Padre da al Hijo algo mayor de lo que hizo el Hijo del hombre. Porque es muy superior y de más subido precio la gloria que recae en el Hijo del hombre cuando lo glorifica el Padre, que la del Padre cuando se glorifica en El. Y así, convenía que la gloria del más poderoso superase a la otra. Además, como estas cosas debían acontecer en seguida (me refiero a que el Hijo del hombre fuese glorificado en Dios), continúa así: "Y al punto le glorificará".

"Hijitos: aún estoy un poco con vosotros. Me buscaréis, y así como dije a los judíos: A donde yo voy, vosotros no podéis venir, lo mismo digo ahora a vosotros. Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros, así como yo os he amado, para que vosotros os améis también entre vosotros mismos. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros". (vv. 33-35)

San Agustín In Ioannem tract., 64.

Habiendo dicho más arriba: "Y al punto le glorificará", para que no creyesen que Dios lo iba a glorificar de tal forma que no pudiese estar unido a ellos en la convivencia que existe en la tierra, dijo en seguida: "Hijitos, aún estoy un poco con vosotros". Como diciendo: al punto seré glorificado por la resurrección, pero no ascenderé al cielo inmediatamente, como está escrito en los Hechos de los Apóstoles: "Estuvo con ellos cuarenta días después de la resurrección". Estos cuarenta días los significó diciendo: "Aún estaré un poco con vosotros".

Orígenes In Ioannem tract., 32.

Cuando dice hijitos, designa la infancia en que estaban aún sus almas, porque éstos que ahora son llamados hijitos, después de la resurrección son hermanos, así como antes de ser hijitos fueron siervos.

San Agustín ut supra.

Puede también interpretarse así: Aún estoy yo como vosotros en la enfermedad de esta carne, a saber, hasta que muriese y resucitase. Después que resucitó, estuvo con ellos en cuanto a la presencia corporal, pero no en cuanto a la debilidad de la carne. Según otro evangelista, dijo después de la resurrección (Lc 24,44): "Os dije esto, cuando aún estaba con vosotros", esto es, cuando yo existía en carne mortal como vosotros. Mas ahora estaba ciertamente vestido de la misma carne, pero no participaba con ellos de la mortalidad. Hay también otra presencia divina, inaccesible a los sentidos mortales, de la que El mismo dice: "He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos" (Mt 28,20). Esto no significa: aunque estoy un poco con vosotros, pues no es poco hasta la consumación de los siglos. Y si esto es todavía poco porque a los ojos de Dios mil años son como un solo día, no parece que ha querido significar aquí esto cuando sigue diciendo: "A donde yo voy, vosotros no podéis venir". ¿Por ventura no podían ir a donde El vaya en el último día? De los cuales diría después: "Padre, quiero que éstos estén conmigo donde yo estoy" (Jn 17,24).

Orígenes In Ioannem tom. 32.

Esto se puede explicar de una manera muy sencilla, diciendo que ya no había de estar con sus discípulos. Pero profundizando algo más, quizá pueda decirse que en realidad dejó de estar con ellos no mucho tiempo después, no porque estuviera ausente de ellos, según la presencia corporal, sino porque pasado muy poco tiempo, "vosotros os escandalizaréis en mí esta noche" (Mc 14,24). Y en ese sentido no estaba con ellos quien

tan sólo mora plenamente en los que están en gracia. Pero aunque no estaba con ellos, ellos, sin embargo, habían de buscar a Jesús, como Pedro, que después de negarlo, lloraba tristemente buscándolo. Por esta razón sigue: "Me buscaréis, y así como dije a los judíos donde yo voy, vosotros no podéis venir". Buscar a Jesús, es buscar al Verbo, la sabiduría, la justicia, la verdad, la virtud divina: todo esto es Cristo. A los discípulos que quieren seguir a Jesús -no corporalmente, como creen las personas rudas, sino en la forma que recomendaba en estas palabras (Lc 14,27): "Quien no toma su cruz y me sigue no puede ser discípulo mío"- les dice aquí el Señor: "Donde yo voy, vosotros no podéis venir". Porque aunque hubieran querido seguir al Verbo y confesarlo, no tenían aún poder para esto. Aún no se les había dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado (Jn 7,39).

San Agustín ut supra.

O dice esto porque no estaban dispuestos todavía para seguir a Jesús, muriendo por la justicia. ¿Cómo, pues, lo iban a seguir si no estaban preparados para el martirio? ¿Y cómo iban a seguir a Jesús, que caminaba a la inmortalidad de la carne, ellos que morirían en cualquier tiempo para no resucitar hasta el último día? ¿Y cómo podrían seguir a Jesús, que iba al seno de su Padre, cuando nadie puede gozar de tal felicidad si no se perfecciona en el amor? Cuando esto dijo a los judíos, no añadió: "ahora"; mas ellos no podían ir en ese momento, pero podían ir después. Y por tal razón continuó: "Y a vosotros os digo, ahora".

Orígenes In Ioannem hom., 71.

Como diciendo: A vosotros os hablo, no sin aducir el adverbio ahora. Porque los judíos, como preveía que habían de morir en sus maldades, en breve tiempo no podían marchar a donde Jesús iba, pero los discípulos podían seguir al Verbo después de algún tiempo.

Crisóstomo In Ioannem hom., 71.

Como los discípulos habían oído que Jesús había dicho aquello a los judíos, para que no creyesen que también se les decía a ellos de la misma manera, dijo, hijitos.

Crisóstomo ut supra.

Dijo esto para levantar el amor de sus discípulos, porque cuando hemos visto ausentarse a las personas amadas, nos llenamos de pena, y más cuando no podemos nosotros ir al lugar a que ellos van. También demostró que su muerte es cierta traslación a sitio más conveniente, inaccesible a los cuerpos mortales.

San Agustín In Ioannem tract., 64 et 65.

Para enseñarles cómo podían ellos llegar a ser idóneos para habitar los lugares a donde El les precedía, añadió: "Un mandato nuevo os doy, que os améis mutuamente". ¿Acaso no estaba ya prescrito así en la Ley antigua? En ella se escribió: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Lv 19,18). ¿Por qué el Señor lo llama mandato nuevo? Acaso porque, desprendiéndonos del hombre viejo, nos vistió del nuevo. Sin duda es porque el amor renueva al hombre; pero no todo amor, sino aquél de que, para distinguirlo del amor carnal, dijo el Señor: "Como yo os he amado, para que vosotros os

améis mutuamente". No a la manera en que se aman los hombres corruptos, ni en la forma en que los hombres aman en cuanto a hombres, sino como se aman todos los que son de Dios e hijos del Altísimo, para que sean hermanos de su Unigénito, amándose con aquel amor con que El los ha amado, a fin de conducirlos al fin en que todos sus deseos queden satisfechos de bienes.

Crisóstomo ut supra.

Os amé, no como una deuda que yo había contraído por méritos antecedentes, sino por mi propia iniciativa, y así conviene que vosotros obréis el bien aun sin deber nada.

San Agustín ut supra.

No se crea que se prescinde de aquel superior mandato en que se prescribe que amemos al Señor nuestro Dios. Para los que entienden rectamente, ambos preceptos están incluidos en cada uno de ellos. Porque el que ama a Dios, no puede despreciar su voz cuando le manda amar al prójimo; y el que de una manera soberana y espiritual ama al prójimo, ¿a quién otro ama en él sino a Dios? Este es el amor que, para distinguirlo de cualquier otro mundano, recomendó el Señor diciendo: "Como yo os he amado". ¿A quién sino a Dios amó en nosotros? No al Dios que teníamos, sino al Dios que habíamos de tener. Así nos debemos amar los unos a los otros para que en la medida de nuestras fuerzas nos atraigamos mutuamente a la posesión de Dios.

Crisóstomo ut supra.

Sin mencionar los milagros que ellos obrarían, los designa tan sólo por el amor: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos", si os tenéis mutuo amor. Esta es la señal que da mejor a conocer a los santos. Dice que éstos son sus discípulos.

San Agustín ut supra.

Como diciendo: Los que no son míos, tienen con vosotros y en común ciertos dones míos, como son, no sólo la naturaleza, la vida, el sentido, la razón y toda otra propiedad que se encuentre en los hombres y en los brutos, sino también el lenguaje, los sacramentos, la profecía, la ciencia, la caridad para con los pobres, y hasta el martirio de sus cuerpos entre las llamas. Pero careciendo de este amor, son como címbalos sonadores: son nada y de nada les sirve todo aquello.

Simón Pedro le dijo: Señor ¿a dónde vas?" Respondió Jesús: "A donde yo voy, no me puedes ahora seguir; mas me seguirás después". Pedro le dice: "¿Por qué no te puedo seguir ahora? Mi alma pondré por ti". Jesús le respondió: "¿Tu alma pondrás por mí? En verdad, en verdad te digo: Que no cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces". (vv. 36-38)

Crisóstomo In Ioannem hom., 72.

Grande amor es éste que vence al fuego en vehemencia, y cuya energía no hay prohibición que pueda detenerla. Pedro, el más fervoroso, oyendo las palabras "Donde yo voy, vosotros no podéis venir" (Jn 13,33), le preguntó: "Díjole Simón Pedro: Señor ¿dónde vas?".

San Agustín In Ioannem tract., 66.

El discípulo habló al Maestro como para seguirle, y por esta causa el Señor, que veía su alma, le respondió así: "Respondióle el Señor: A donde yo voy, no puedes tú seguirme ahora", etc. Establece aquí una dilación; no destruye la esperanza, sino que la confirmó con las siguientes palabras: "Mas me seguirás después". ¿Para qué te apresuras, oh Pedro? Aun no te ha dado la piedra la solidez de su espíritu. No te llenes de soberbia con tu presunción, ahora no puedes. Pero tampoco desesperes, después "me seguirás".

Crisóstomo ut supra.

Pedro, ni oyendo esto enfrenó su deseo, sino que sigue adelante, en posesión ya de aquella esperanza. Y como no abrigaba el temor de traición, continuó preguntando en medio del silencio de todos sus compañeros: "Dijo Pedro: ¿Por qué no puedo seguirte ahora?". ¿Qué dices, oh Pedro? He dicho que no puedes y tú insistes en que puedes. Ya sabrás por la experiencia, que ese amor que me tienes de nada sirve si te falta el auxilio de lo alto. De aquí que sigue: "Respondió Jesús: ¿Darás tu vida por mí?".

Beda.

Esta sentencia puede interpretarse de dos maneras. En primer lugar, de un modo afirmativo, como si dijese: Darás tu vida por mí, pero ahora, temiendo la muerte de la carne, incurres en la muerte del alma. En segundo lugar, en tono represivo, como si dijese.

San Agustín ut supra.

¿Harás por ventura tú en mi obsequio, lo que yo aún no hago por ti? ¿Te adelantarás, siendo así que no puedes seguir? ¿Cómo presumes a tanto? Escucha lo que tú eres: "En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo sin que tres veces me hayas negado". Tú, que me prometes morir, negarás tres veces tu vida. Veía Pedro el deseo que lo animaba, pero no conocía sus propias fuerzas. El enfermo se jactaba de buenos deseos, pero el médico conocía la enfermedad. ¿Podrá decirse (como quieren algunos, presentando una excusa legítima) que el apóstol Pedro no negó a Cristo, contestando a la criada que lo interrogó, que él no conocía a tal hombre, como expresamente aseveran los demás evangelistas? Como si aquel que niega a Cristo hombre, no negara a Cristo y no

negara en El la humanidad que tomó por nosotros, y todo por temor de perder la vida que El nos dio. ¿Qué otra cosa lo hace cabeza de la Iglesia sino la humanidad? ¿Y cómo puede pertenecer al cuerpo de Cristo el que lo niega como hombre? Pero ¿para qué insistir más? El Señor no dijo: "no cantará el gallo", sin que hayas negado tres veces al Hijo del hombre, sino "sin que me hayas negado". ¿Qué significa esteme, sino lo que El era? Cualquier cosa que de El negó, a Cristo negó, y sin duda es ilícito. Cristo dijo y predijo esto; Pedro negó a Cristo sin género alguno de duda. No tratemos de justificar a Pedro acusando a Cristo. Pedro, en su debilidad, comprendió lo enorme de su pecado, y demostró con su llanto cuánto mal había cometido negando a Cristo. Ni cuando tales cosas decimos se debe creer que nos es grato inculpar al primero de los apóstoles. Antes queremos sacar de esta consideración la enseñanza de cuán débiles son las fuerzas humanas y la propia confianza.

Beda.

Que cada cual tome de aquí ejemplo de arrepentimiento, y si ha caído no se desespere, sino que siempre confíe en que puede hacerse digno de perdón.

Crisóstomo In Ioannem hom., 72.

Es por esto evidente que el Señor permitió la caída de Pedro, porque podía haberla evitado desde un principio, pero como lo veía dominado por la arrogancia, no lo impelió ciertamente a la negación, sino que lo abandonó a sí mismo para que aprendiera lo débil que era, y no estuviese sujeto a tales peligros cuando recibiese en sus manos el mando de la tierra; antes se conociese a sí mismo, recordando las anteriores debilidades.

San Agustín ut supra.

Sucedió, pues, en el alma de Pedro, la muerte que él prometía para el cuerpo, pero de distinta manera que él pensaba. Porque antes de la muerte y resurrección del Señor, murió en cuanto negó, pero resucitó mediante el llanto.

San Agustín De cons. evang., 3, 2

Recuerdan a Pedro esto de su negación predicha, no sólo Juan sino también los otros tres. Pero no todos tratan de este recuerdo en la misma ocasión, porque Mateo y Marcos hablan de ella después que el Señor salió de la casa en que habían comido la Pascua; Lucas y Juan antes de que de allí saliese. Pero fácilmente podemos entenderlo, o bien diciendo que aquellos la narraron como recapitulación, o bien éstos como precedente. A no ser que se prefiera decir, que cosas tan diversas, tanto en palabras como en sentencias, que profirió el Señor para alentar a Pedro a su valiente determinación de morir con el Señor o por el Señor, fueron proferidas en distintos tiempos, y que tres veces Pedro hizo las promesas arrogantes, en diversos lugares de la conversación de Cristo, y tres veces le respondió el Señor que lo había de negar antes que el gallo cantase.

CAPÍTULO 14

Y dijo a sus discípulos: "No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si así no fuera, yo os hubiera dicho, pues voy a aparejaros el lugar; y si me fuere y os aparejare el lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo; para que en donde yo estoy, estéis también vosotros. También sabéis a dónde yo voy, y sabéis el camino". (vv. 1-4)

San Agustín In Ioannem tract., 67.

No fuera que sus discípulos, como hombres, temieran la muerte de Cristo y se turbasen, los consuela asegurándoles que El también es Dios. Y dijo a sus discípulos: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí". Como diciendo: Es consecuente que si creéis en Dios, creáis también en mí; cosa que no sería consecuente si Cristo no fuese Dios. Teméis la muerte para esta forma del siervo. No se turbe vuestro corazón; la forma de Dios resucitará aquella forma.

Crisóstomo In Ioannem hom., 72.

La fe que tenéis en mí y en mi Padre que me engendró, es más potente que todos los acontecimientos que sobrevengan. Ningún trabajo puede nada contra ella. De esta suerte manifiesta el poder de la divinidad, que ponía en evidencia los pensamientos que estaban latentes en sus almas, diciendo: "No se turbe vuestro corazón".

San Agustín ut supra.

Y como los discípulos temían cada uno por sí, luego de decir a Pedro, que era el más fiel y más fervoroso, "No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces" (Jn 13,38), se añade: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas". Con esto salen de su turbación, seguros y confiados de que después de las tentaciones permanecerían en Dios con Cristo. Porque aunque uno sea más valeroso, más sabio, más justo y más santo que otro, ninguno será desterrado de aquella casa, donde cada uno hallará hospedaje en proporción a sus méritos. Para todos es igual aquel denario que manda dar el padre de familia a los que trabajan en la viña, denario que significa la vida eterna, donde nadie ha de vivir más que otro, porque en la eternidad de la vida no cabe medición. Mas las muchas mansiones significan las diversas dignidades de los méritos en la vida eterna.

San Gregorio Super Ezech hom 16.

Las muchas mansiones convienen con el único denario, en que si bien unos más que otros se alegrarán y regocijarán, todos, sin embargo, gozarán en la fruición única de la visión de su Creador.

San Agustín ut supra.

Y así Dios será todas las cosas para todos, porque siendo Dios la caridad, obrará esta caridad que sea común a todos el bien que uno posea. De esta manera, cada uno posee lo que él no tiene, en tanto que lo ama en otro. No habrá, pues, envidia en la desigualdad de gloria, porque reinará la unidad de amor.

San Gregorio Moralium 35, 24

No sienten tampoco los efectos de esta desigualdad, porque allí cada cual recibe de gloria lo que le basta.

San Agustín ut supra

Todo corazón cristiano debe desechar la creencia de que se dijera lo de las muchas mansiones, porque haya un lugar fuera del reino de los cielos donde permanecen los bienaventurados inocentes, cuando han muerto sin el bautismo, sin el que no pueden entrar en el reino de los cielos. Lejos de nosotros el creer que, cuando la casa de los hijos que reinan no está sino en el reino, haya alguna parte de esta casa regia que no esté en el reino. Porque no dijo el Señor: en la eterna bienaventuranza hay muchas mansiones, sino "en la casa de mi Padre".

Crisóstomo In Ioannem hom., 72.

Como el Señor había dicho antes a Pedro: "A donde yo voy no puedes seguirme ahora, me seguirás después" (Jn 13,36), para que no creyeran que esta promesa se hacía sólo a Pedro, dijo: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas". Esto es, “Vosotros también ocuparéis un lugar como el de Pedro”, pues allí hay gran abundancia de habitaciones, aunque no hace falta decir que necesitan preparación. De aquí que añade: "Por eso os he dicho que voy allá a aparejaros el lugar".

San Agustín In Ioannem tract., 68.

Donde claramente manifiesta que les dijo que habían allí muchas mansiones para significarles que no hacía falta preparación alguna.

Crisóstomo ut supra.

Como había dicho: "No puedes seguirme ahora" (Jn 13,36), para que no crean que se prescinde de ellos, continuó: "Y si marchare y os preparare el lugar, al punto vengo por vosotros y os recibo junto a Mí, para que estéis donde yo estoy". Con esto les enseña que deben confiar con toda seguridad.

Teofilacto.

Es como si quisiera decirles estas dos cosas: No os turbéis en ningún caso, ya estén preparadas, o no lo estén, porque aunque no estén preparadas, yo os las prepararé con todo cuidado.

San Agustín ut supra.

Pero, ¿cómo va a prepararles lugar, si ya hay muchas mansiones? Pero aún no están en la forma en que deben prepararse, porque tiene que preparar en las obras las mansiones mismas que ya había preparado por medio de la predestinación. Ya lo están en cuanto a la predestinación, porque de otra manera hubiera dicho: Iré y prepararé (esto es, predestinaré). Pero como no lo están por las obras, añade: "Y cuando hubiere ido y preparado a vosotros el lugar". Prepara ahora mansiones preparando moradores para ellas. En efecto, cuando dice: "En la casa de mi Padre hay muchas mansiones", ¿qué otra cosa creemos que es la casa de Dios sino el templo de Dios? Del cual dijo el Apóstol: "Se ha hecho el templo de Dios, que sois vosotros" (1Cor 3,17). Esta casa de Dios se edifica y se prepara aún. Pero, ¿cómo es que se va a prepararlas, cuando a nosotros es a quienes tiene que preparar y no puede hacerlo dejándonos? Mas esto significa, que para

que aquellas habitaciones se preparen es necesario que el justo viva de la fe; porque si ves, ya no hay fe. Se va, pues, para no ser visto; se oculta para que se crea. Entonces se prepara el lugar si se vive de la fe. Que se desee en la fe, para poseerlo en el deseo. Y si lo entiendes bien, no se aparta ni de donde viene ni del lugar a donde va. Va ocultándose y viene poniéndose de manifiesto. Pero si no permanece reinando en nosotros para que vivamos perfeccionándonos, no se nos preparará lugar donde podamos vivir gozando.

Alcuino.

Dijo: "Si marcho", por la ausencia de la carne, y "Vendré después", por la presencia de la divinidad, o bien vendré de nuevo a juzgar a los vivos y a los muertos. Sabiendo que habían de preguntarle a dónde iba, y por qué camino, dice: "Vosotros sabéis a dónde voy (a saber, al Padre), y sabéis el camino", (esto es, por medio de mí).

Crisóstomo ut supra.

Diciendo esto, manifiesta el deseo que alimentaban, y les presenta ocasión para que le pregunten.

Tomás le dice: "Señor, no sabemos a dónde vas: ¿pues cómo podemos saber el camino?" Jesús le dice: "Yo soy el camino, y la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí: si me conocieseis a mí, ciertamente conocierais también a mi Padre. Y desde ahora lo conoceréis y lo habéis visto". (vv. 5-7)

Crisóstomo In Ioannem hom., 72.

Los judíos que querían separarse de Cristo deseaban saber a dónde iba. Mucho más sus discípulos, que deseaban no separarse jamás de El, estarían ansiosos de saberlo. Y le preguntaban con mezcla de temor y de amor: "Díjole Tomás: Señor, ignoramos a dónde vas".

San Agustín 69.

Jesús había dicho que sabían ambas cosas. Este asegura que las ignora ambas, pero no sabe que falta a la verdad. Luego sabían, e ignoraban que sabían. Jesús los convenció de que sabían esto. "Díjole Jesús: Yo soy el camino, y la verdad y la vida".

San Agustín De verb. Dom. serm., 54.

Como diciendo: ¿Por dónde quieres ir? Yo soy el camino. ¿A dónde quieres ir? Yo soy la verdad. ¿En dónde quieres permanecer? Yo soy la vida. Todo hombre comprende la verdad y la vida, pero no todos encuentran el camino. Hasta los mismos filósofos del mundo vieron que Dios es la vida eterna, y que es la verdad digna de saberse. Mas el Verbo de Dios, que con el Padre es verdad y vida, se hizo el camino tomando la humanidad. Camina por esta humanidad para llegar a Dios, porque preferible es tropezar en este camino, a marchar fuera de la vía recta.

San Hilario De Trin. lib. 7.

Aquel que es el camino, no puede llevarnos por lugares extraviados, ni engañarnos con falsas apariencias el que es la verdad, ni abandonarnos en el error de la muerte el que es la vida.

Teofilacto.

Cuando te dediques a la vida activa, sea Cristo tu camino; y cuando a la contemplativa, sea para ti la verdad. Tanto para los ejercicios activos como para los contemplativos es la vida. Y conviene que marchemos y prediquemos para alcanzar los bienes futuros.

San Agustín ut supra.

Sabían el camino, porque conocían al mismo que es el camino. ¿Para qué, pues, añadir lo de verdad y vida sino porque sabido ya por dónde se debía marchar, convenía también saber a dónde se había de marchar? ¿Quiso decir que iba a la verdad y a la vida? Iba a sí mismo por medio de sí mismo. Pero ¿acaso, Señor, para venir a nosotros te habías separado de ti mismo? Porque yo sé que recibiste la forma de siervo y viniste en carne mortal, permaneciendo donde estabas, y a este lugar tornaste sin dejar tampoco aquél al que habías venido. Luego si por esta vía volviste y por ella tornaste, fuiste camino, no sólo para que nosotros fuéramos a ti, sino también para tu venida y tu vuelta.

Cuando, pues, te dirigiste a la vida, que eres tú mismo, llevaste tu propia carne de la muerte a la vida. Y así, en tanto que la carne pasa de la muerte a la vida, Cristo viene a la vida. Mas como el Verbo es la vida, Cristo vino a sí mismo. Porque Cristo es una y otra cosa, a saber: el Verbo es carne en la unidad de la persona. Dios había venido a los hombres por medio de la carne; la verdad había venido a los mentirosos. Porque Dios es la verdad, y todo hombre mentiroso. Al separarse, pues, de los hombres para irse allí donde nadie miente, levantando su carne, El mismo se dirigió, en cuanto el Verbo se hizo carne (Jn 1,14), por sí mismo, esto es, por su carne, a la verdad que es El mismo. Verdad que logró mantener intacta aún después de su muerte entre los mentirosos. Ved cómo, al hablaros cosas que entendéis, me dirijo a vosotros en cierto modo, sin dejarme a mí mismo. Cuando dejo de hablar, vuelvo a mí en cierta manera, y permanezco con vosotros si conserváis los preceptos que habéis escuchado. Si esto puede la imagen que Dios hizo, ¿qué no podrá la imagen nacida del mismo Dios? De aquí que Cristo va a sí por sí mismo, y por sí mismo al Padre, y nosotros por El vamos a El y vamos al Padre.

Crisóstomo ut supra.

Si, pues, dice: "Yo soy el Señor del que ha de ir al Padre, y a El iréis", etc., no siendo posible ir por otro camino, y habiendo dicho antes: "Nadie puede venir a mí, si mi Padre no lo trajere", diciendo ahora que nadie puede llegar al Padre sino por mí, iguala consigo al que lo engendró. Manifiesta la razón que tuvo al decir: "Sabéis a dónde voy, y sabéis el camino" (Jn 6,44), con estas palabras: "Si me conocieseis a mí, conoceríais también a mi Padre". Como diciendo: Si conociereis mi sustancia y dignidad, conoceríais también la de mi Padre. Porque aunque lo conocían no era como convenía, hasta que después, con la venida del Espíritu Santo, lo conocieron de una manera perfecta. Por esta causa continúa: "Ahora le conocéis (se refiere a la cognición intelectual), y le habéis visto" (por mí), manifestando que quien a El ve, ve al Padre. Pero lo vieron no en su esencia pura, sino velada por la carne.

Beda.

Ahora debe preguntarse: ¿cómo es que dice el Señor "si me conocieseis", etc., cuando poco antes había dicho "sabéis a dónde yo voy, y sabéis el camino"? Parece deducirse que había algunos que sabían y otros que ignoraban, entre los cuales está Tomás.

San Hilario De Trin. lib. 7.

Siendo el Hijo el camino para ir al Padre, conviene inquirir si es por la enseñanza de su doctrina o por la fe en su naturaleza. Por ello busquemos el sentido correcto de estas palabras: "Si me conocieseis a mí, conocierais también a mi Padre". Así pues, el Señor ha mantenido este orden confirmando que en el sacramento del cuerpo que ha asumido se encuentra la naturaleza de la divinidad del Padre. Y ha distinguido el tiempo de la visión del tiempo del conocimiento, porque asevera que ya ha sido visto el que ha de ser conocido, para que adquiriesen desde el momento mismo de esta revelación el conocimiento de la naturaleza que ya habían visto.

Felipe le dice: "Señor, muéstranos al Padre y nos basta". Jesús le dice: "¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a mí, ve también al Padre. ¿Cómo, pues, tú dices: muéstranos al Padre? ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo no las hablo de mí mismo, mas el Padre que está en mí, El hace las obras. ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Y si no, creedlo por las mismas obras". (vv. 8-11)

San Hilario De Trin. lib. 7.

La novedad de lo que oía conmovió al apóstol Felipe: es visto como hombre, se proclama Dios, y afirma que, conocido El, es conocido el Padre, y que habiéndolo visto a El se ve al Padre. Felipe prorrumpió con la familiaridad propia de los apóstoles y preguntó: "Díjole Felipe: Señor, muéstranos al Padre y esto nos basta". No le dice que no lo haya visto, sino que le pide le sea mostrado; no le pide que lo muestre a la manera de una visión corporal, sino que le explique de qué manera habría de entender lo que ha visto. Había contemplado al Hijo a través de la humanidad, pero ignora cómo ver al Padre por El. Y así, para demostrar lo que El quería no era una explicación del modo de ver sino de cómo entender, dice: "Y nos basta".

San Agustín De Trin. 1, 8

Se busca nada más aquella alegría que se experimenta con su presencia (Sal 15), cosa que comprendía bien Felipe, al decir: "Señor, muéstranos al Padre y esto nos basta". Pero aún ignoraba que de la misma suerte pudo haber dicho a Jesús: Señor, muéstrate a nosotros, y esto nos basta. Y para que entendiese esto, exclamó Jesús: "Dícele Jesús: ¿Tanto tiempo estoy con vosotros y no me habéis conocido?".

San Agustín In Ioannem tract., 70.

Pero ¿cómo les dice esto, si sabían a dónde El iba, y sabían el camino no por otra razón sino porque lo conocían a El mismo? Pero fácilmente daremos solución a esta duda, si decimos que unos lo sabían y otros no, entre los cuales estaba Felipe.

San Hilario ut supra.

Reprende al apóstol que está ignorante en el conocimiento. Las cosas que El obró eran propias de Dios: caminar sobre las olas, mandar a los vientos, perdonar pecados, resucitar a los muertos. De esto nace toda la reprensión, porque aún no había sido conocida la naturaleza divina en la carne humana. Por esto, cuando le pide que le muestre al Padre, responde: "Felipe, el que a mí me ve, ve también al Padre".

San Agustín ut supra.

Así solemos hablar de dos cosas muy semejantes: ¿Has visto aquello? Pues también has visto esto. Y en la misma forma se dice: Quien me ve a mí, ve a mi Padre. No porque El sea a la vez Hijo y Padre, sino porque el Hijo no podía diferenciarse en nada de la semejanza de su Padre.

San Hilario ut supra.

No se significa aquí la visión de los ojos carnales, y no es el hecho de haber nacido su carne de la Virgen María lo que aprovecha para que en El se contemple a Dios en su forma e imagen, sino que lo que hace que el Padre sea entendido en el conocimiento del Hijo de Dios, es que es tal la imagen que no difiere en género sino que enseña al Autor. La palabra del Señor no expresa un ser solitario y desligado de El, sino la unidad de naturaleza. Porque cuando dice "Y al Padre", se excluye la idea de algo singular y solo. ¿Qué otra interpretación resta sino que el Padre es conocido por medio del Hijo a causa de la unidad de la esencia?

San Agustín ut supra.

Sin embargo, ¿es digno de reprensión el que habiendo visto la semejanza, quiera contemplar a Aquel a quien es semejante? Mas si el Señor reprendía al discípulo, es porque veía la intención del que pedía, dado que Felipe quería conocer al Padre porque lo suponía superior al Hijo, y de esta manera desconocía al Hijo, creyendo que hubiese algo mejor que El. Para poner un correctivo a esta sospecha, dijo: "¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?". Como diciendo: Si para ti es demasiado entender esto, por lo menos cree lo que no entiendes.

San Hilario ut supra.

¿Cómo podían desconocer al Padre y qué necesidad había de mostrárselo a los ignorantes, cuando el Padre era visto en el Hijo? Y es visto por la propiedad de la naturaleza, dado que en la unidad de la naturaleza el engendrado y el generador son una sola cosa. De aquí, por consiguiente, la pregunta del Señor: "¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?".

San Agustín De Trin. lib. 7, 8

Quería que El viviera de la fe antes que pudiese verlo, y por eso dijo: "No lo crees". Porque la contemplación es el premio de la fe, y por la fe los corazones quedan limpios para ser dignos de tal premio.

San Hilario De Trin. lib. 7

El Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre, no por la conjunción de dos géneros que se armonicen, ni por la inserción de una naturaleza en otra más capaz (porque según ley necesaria de los cuerpos, los continentes tienen que ser exteriores, pero nunca interiores), sino por la generación de una naturaleza viviente a partir de otra viviente. Así pues, Dios no nace de otro sino de Dios mismo.

San Hilario De Trin. lib. 5

Dios inmutable se conforma, para expresarme así, con su propia naturaleza, engendrando a Dios inmutable. Y no desmiente su naturaleza el que de un Dios inmutable nazca un Dios inmutable. Concebimos en El la naturaleza subsistente de Dios, cuando Dios está en Dios sin que haya fuera de Dios otro Dios.

Crisóstomo In Ioannem hom., 73.

Felipe quería contemplar aquí con los ojos carnales al Padre, porque de la misma forma creía ver al Hijo, acaso porque vio en los profetas que dicen: "Porque vi al Señor" (Is 6,1), y por esta causa dice: "Muéstranos al Padre". De igual manera los judíos le

preguntaron: ¿Quién es tu Padre? Y Pedro y Tomás le preguntaron a dónde iba, sin que ninguno entendiese su clarísima contestación. Y para que no se crea que Felipe se hacía pesado preguntando también "Muéstranos a tu Padre", añade: "Y esto nos basta", esto es, nada más deseamos saber. El Señor no contesta: "es imposible lo que pides", sino que demuestra que no ha visto ni al Hijo, porque si hubiera podido ver a Este, hubiera visto a Aquél. De aquí que diga: "¿Tanto tiempo he estado con vosotros y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve, ve también a mi Padre", etc. No dice: no me habéis visto, sino "no me habéis conocido", bajo el concepto de que el Hijo, permaneciendo igual al Padre, manifiesta muy convenientemente en sí mismo a Aquel que lo engendró. Después, distinguiendo las personas, dijo: "El que me ve, ve a mi Padre", para que nadie diga que el mismo Hijo es también el Padre. También con estas palabras demuestra que ni aun con los sentidos corpóreos había visto al Hijo. Si alguno interpreta esta visión por conocimiento, no me opongo tampoco a ello, como diciendo: "Quien me conoce a mí, conoce a mi Padre". Pero la verdad es que no dijo esto, sino que quiso representar la unidad de esencia, de esta suerte: Quien ve mi sustancia, ve la que asimismo es la del Padre. Por donde claramente se deduce que no es creatura, porque al ver la creatura, no todos ven a Dios. Mas Felipe quería ver la sustancia del Padre, y si Jesús hubiera sido de distinta sustancia, no hubiera dicho: "El que me ve a mí, ve a mi Padre", porque nadie puede ver la naturaleza del oro en la plata, ni ninguna esencia aparece en otra esencia diferente.

San Agustín ut supra.

Después habla, no singularmente a Felipe, sino colectivamente, diciendo: "Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo". ¿Qué significa no las hablo de mí mismo, sino que no he nacido de mí mismo yo que hablo? Y atribuye de esta suerte las operaciones que ejecuta a Aquél por quien El es.

San Hilario De Trin. lib. 7.

Por donde ni se excluye de ser Hijo, ni oculta la unidad de naturaleza en que conviene con el Padre. Porque en tanto que habla, lo hace permaneciendo en la sustancia única, y en tanto que no habla de suyo, atestigua que siendo Dios ha nacido de Dios.

Crisóstomo ut supra.

Obsérvese la abundancia de datos con que atestigua la unidad de esencia, al proseguir: "El Padre que está en mí, lleva a cabo las obras" (Jn 10,37). Como diciendo: no obra de una manera el Padre y de otra yo. También dice en otro lugar: "Si yo no ejecuto las obras del Padre, no me creáis". Pero, ¿cómo empezando por las palabras llega a las obras? Parecía oportuno que hubiese dicho: El mismo habla las palabras; mas o ha querido hacer distinción entre los milagros y los signos, o bien las palabras mismas eran también obras.

San Agustín In Ioannem tract., 72.

Quien edifica al prójimo con su palabra, realiza una buena obra. En estos dos textos encontramos dos clases de adversarios. Dicen los arrianos: "Ved aquí cómo el Hijo no es igual al Padre", porque no habla por propia autoridad. Dicen los sabelianos: "Véase cómo

el Padre y el Hijo son una misma persona", porque ¿qué otra cosa puede ser: "El Padre que está en mí, El mismo obra", sino, Yo que estoy en mí, soy el que obro?

San Hilario ut supra.

Pero el permanecer el Padre en el Hijo no implica unidad y singularidad de persona, como el que el Padre obre por el Hijo no es propio de quien es diferente y extraño. Tampoco arguye unidad de persona que el que habla no hable de suyo, y, por otra parte, el hablar por medio del que habla no es propio de quien es ajeno y separado. Y como había enseñado que el Padre hablaba y obraba en El, establece la fe de su unidad perfecta, diciendo: "Creed en mí porque yo estoy en el Padre y el Padre en mí", a fin de que nadie sospechase que el Padre hablaba y obraba en el Hijo, no por la esencia (resultado de generación), sino en virtud del influjo de la santidad.

San Agustín In Ioannem tract., 70.

Antes sólo era reprendido Felipe; ahora se echa de ver que no era él solo al que allí se reprendía. "Creed, dijo, por las mismas obras, porque yo soy".

Crisóstomo ut supra.

Si, pues, esto no es suficiente para atestiguar la consustancialidad, por lo menos creed por las obras. Por esto prosigue: "Por lo menos creed por las obras mismas". Habéis presenciado milagros autorizados, y todas las cosas que son privativas de Dios y que sólo el Padre puede obrar, como son los pecados perdonados, la muerte destruida y otras cosas por el estilo.

San Agustín ut supra.

Creed, pues, por las obras, que yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Porque si estuviésemos separados, no podríamos de ninguna manera obrar inseparablemente.

"En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, él también hará las obras que yo haga, y mayores que éstas hará; porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre yo lo haré, para que sea el Padre glorificado en el Hijo; si algo me pidiereis en mi nombre lo haré". (vv. 12-14)

Crisóstomo In Ioannem hom., 73.

Al decir el Señor: "Creed por las obras", demuestra que no solamente puede realizar éstas conocidas, sino otras mayores. Dice además (y esto aumenta la admiración), que puede conceder esta facultad: "En verdad, en verdad os digo: Quien cree en mí, las obras que yo hago él también las hará, y mayores que éstas hará", etc.

San Agustín In Ioannem tract., 81.

Pero ¿cuáles son éstas mayores? ¿Acaso el que los enfermos se curasen, cuando ellos pasaban, con la sombra únicamente? En realidad, es más curar con la sombra que con el vestido. Sin embargo, cuando esto dice, lo que hace es recomendar sus palabras y obras. Y cuando dijo: "El Padre que está en mí, El practica las obras", ¿qué otras obras podía significar si no se refería a las palabras? El fruto de sus palabras era ciertamente la fe de ellos. Y con todo, cuando los discípulos predicaban el Evangelio, los creyentes no eran en tan escaso número como ellos, sino que las naciones creyeron. Además, ¿no se apartó aquel rico de su presencia lleno de tristeza? Pues sin embargo, lo que uno no practicó habiéndolo oído de sus labios, luego lo hicieron muchos cuando habló por boca de sus discípulos. Véase cómo realizó mayores cosas predicado por los creyentes que escuchado por los presentes. Mas no debemos fijarnos solamente en que obró mayores cosas por apóstoles, siendo así que no se refiere a ellos solos cuando dice "El que cree en mí". ¿Y acaso no debemos contar entre los fieles a los que no hayan llevado a efecto mayores cosas que Cristo? Duro es esto si no se comprende. El Apóstol dice: "Al que cree en Aquel que justifica al impío, su fe le es imputada a justicia" (Rm 4,5). Aun en esta sola operación obramos en Cristo, porque es obra de Cristo el que creamos en El, y obra esto en nosotros, pero no sin nuestra cooperación. Atiéndase, pues: "El que cree en mí, las obras que yo hago él también las hará", porque yo hago que él haga. ¿Qué obras son éstas sino que de la impiedad pase a la justicia? Y esto lo hace Cristo en él, pero no sin él. Me atrevería a decir que esto es mucho más grande que crear el cielo y la tierra, porque el cielo y la tierra pasarán, pero la salvación y justificación de los predestinados serán eternas. Pero en los cielos los ángeles son también creados por Cristo. ¿Y hacen algo mayor que ellos los que cooperan con Cristo a su justificación? Discierna el que pueda qué es mayor, si crear justos o justificar impíos. Pues si lo uno y lo otro suponen igual poder, lo segundo implica mayor misericordia. Mas tampoco hay necesidad de entender en absoluto todas las obras de Cristo, cuando decía "Hará mayores que éstas", porque acaso aludía a las que en aquel instante obraba. Y en ese caso verdaderamente es de menos cuantía el predicar las palabras de la justicia (cosa que hace sin nosotros), que el justificar a los impíos, que se hace en nosotros para que nosotros lo hagamos.

El Señor prometió, a los que le pidiesen, una gran esperanza diciendo: "Porque yo

voy al Padre".

Crisóstomo ut supra.

Esto es, no muero, sino que permaneceré con igual poder y estaré en los cielos. Tal vez quiso significar: En adelante, el hacer milagros es cosa que a vosotros toca, porque yo me voy.

San Agustín ut supra.

Y para que ninguno se atribuyese las cosas mayores que según su promesa harían, dice: "Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, esto haré". Antes había dicho hará y ahora dice haré, como diciendo: no os parezca esto imposible. No será mayor que yo el que en mí cree, pero yo haré entonces cosas mayores que las que hago ahora; realizaré más por el que crea en mí, que lo que ahora realizo por mí mismo. Lo cual no supone disminución de poder sino dignación.

Crisóstomo In Ioannem hom., 73.

Dice, empero, en mi nombre, porque los mismos apóstoles se expresaban así (Hch 3,6): "En el nombre de Jesucristo, levántate y anda". En efecto, todo lo que hacían, lo hacía Jesús, y el poder del Señor estaba con ellos.

Teofilacto.

En estas palabras nos enseña la doctrina de los milagros, que todos pueden realizar por la oración y por la invocación de su nombre.

San Agustín ut supra.

Y ¿cómo dice "cuanto pidiereis", cuando vemos que muchos fieles piden y no reciben? ¿Acaso es porque piden mal? El que ha de convertir en su daño lo que pide, no lo recibe, por la misma piedad de Dios. ¿Cómo, pues, ha de entenderse "Todo lo que pidiereis, lo haré", si Dios no concede algunas cosas a los que se las piden mirando por su bien? ¿Por ventura se dijo esto solamente a los apóstoles? De ninguna manera, porque más atrás había dicho: "Quien cree en mí, las obras que yo hago, él mismo las hará" (Jn 14,12). Porque, concretándonos a los mismos apóstoles, vemos que a aquel que hizo más que los otros se le rogó que se apartase de él el espíritu de Satanás, y no consiguió lo que había pedido. Oigase lo que en este lugar se dice: "En mi nombre" (que es Cristo Jesús); Cristo significa Rey, y Jesús, Salvador. Por esta razón todo aquello que pidiéremos en contra nuestra, no es pedido en nombre del Salvador. Porque El es Salvador no sólo cuando concede lo que pedimos, sino también cuando no lo concede, porque más Salvador se muestra cuando deja de hacer aquello que va contra nuestra salvación, a la manera que el médico conoce si lo que pide el enfermo es nocivo o provechoso para su salud. Véase por qué, cuando pedimos algo perjudicial, no concede la petición por acudir a la salvación. También es cierto que muchas cosas que en su nombre pedimos no nos las concede en el momento que nosotros la pedimos, pero las concede después; las difiere, no las niega. Inmediatamente añade: "Para que sea glorificado el Padre en el Hijo, lo que pidiereis en mi nombre esto haré". Es decir, que el Hijo nada hace sin el Padre, puesto que lo hace para que sea glorificado.

Crisóstomo ut supra.

Al ostentarse el Hijo tan poderoso, se glorificará el que lo engendró. Pone esto también para dar más fuerza a sus propias palabras.

Teofilacto.

Atiéndase al orden que sigue la glorificación del Padre. En el nombre de Jesús se verifican los milagros por los cuales los apóstoles han de dar autoridad a su predicación. Y así, llegando al conocimiento del Padre, el Padre se glorificaba en el Hijo.

"Si me amáis, guardad mis mandamientos; y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador para que more siempre con vosotros: el Espíritu de la Verdad, a quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce; mas vosotros lo conoceréis, porque morará con vosotros y estará en vosotros". (vv. 15-17)

Crisóstomo In Ioannem hom., 74.

Habiendo dicho el Señor: "Todo lo que pidiereis esto haré" (Jn 14,13), para que no creyesen que bastaría sencillamente hacer una petición cualquiera, añade: "Si me amáis, guardad mis mandamientos". Como diciendo: Entonces haré lo que pedís. O bien porque ellos naturalmente se turbasen al oírle decir que iba a su Padre, dijo: "No es amarme el que os turbéis, sino el que hagáis mis mandamientos". Y esto es en verdad el amor: obedecer y creer al que se ama. Pero como era natural que ellos lo buscasen en su presencia corpórea, y deseasen ardientemente el consuelo que antes tuvieron, les dice: "Y yo rogaré al Padre y os dará otro consolador".

San Agustín In Ioannem tract., 74.

En tales palabras manifiesta que El era también el Consolador. La palabra Paracletus significa abogado *, y así se dijo de Cristo: "Tenemos un abogado en Jesucristo para con el Padre" (Jn 2,1). *(*En griego, **el que ayuda consolando, exhortando, mediando**. También significa **abogado**, particularmente el que aboga ante Dios.)*

Alcuino.

O bien, Paráclito quiere decir Consolador, porque efectivamente tenían ellos a la sazón en El un consolador que solía elevarlos y fortalecerlos con la dulzura de sus milagros y con su predicación.

Dídimo De Spiritu Santo.

Llamó al Espíritu Santo otro Consolador, no por la diversidad de esencia sino de operación, porque el Salvador desempeñaba el oficio de mediador y de enviado, para que a modo de Pontífice rogase por nosotros pecadores, y la denominación de Paráclito respecto del Espíritu Santo ya tiene otro sentido, y es el de consolador de los tristes. Mas no se vaya a deducir de esta diversidad de operaciones que la esencia del Hijo es distinta de la del Espíritu Santo, siendo así que en otro lugar el Espíritu Paráclito desempeña el papel de enviado delante del Padre. Así se lee: "El mismo Espíritu pide por nosotros" (Rm 8,26). Y en cambio, el Salvador consuela los corazones de aquellos que necesitan de consolación, como se lee: "Y consoló a los humildes del pueblo" (1Mac 14,14).

Crisóstomo ut supra.

Dijo "Rogaré al Padre", para hacerles más dignas de fe las palabras que les dirigía. Porque si hubiese dicho: "Yo enviaré", no lo hubiesen creído simplemente.

San Agustín Contra Arianos cap. 19.

Mas para demostrar que sus acciones y las del Padre eran inseparables, dijo en otra parte: "Cuando hubiere marchado, lo enviaré a vosotros" (Jn 16,7).

Crisóstomo.

¿Y en qué sería mayor que los apóstoles, si sólo rogase al Padre que les concediese el Espíritu? Muchas veces hicieron los apóstoles lo mismo aun sin preceder oración.

Alcuino.

Dice "Rogaré a mi Padre", como inferior que soy en cuanto a la humanidad, pero a quien soy igual y consustancial respecto de la divinidad.

Crisóstomo ut supra.

También dice: "Para que permanezca entre vosotros eternamente", porque ni aun después de la muerte se separa. Aquí insinúa implícitamente que el Espíritu Santo no morirá como El, ni tampoco se separará. Y a fin de evitar que creyeran, escuchando lo del Paráclito, en otra encarnación, y que lo habían de ver con los ojos, dice: "El Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir porque no lo ve, ni lo conoce".

San Agustín ut supra.

Este es en la Trinidad el Espíritu Santo, a quien la Iglesia proclama coeterno y consustancial con el Padre y con el Hijo.

Crisóstomo In Ioannem hom., 74.

Llámalo Espíritu de verdad, porque explica las figuras del Antiguo Testamento. Por mundo se significa a los malos, y por visión un conocimiento evidente, dado que la vista es el más claro de los sentidos.

Beda.

Obsérvese además que cuando llama al Espíritu Santo Espíritu de verdad, manifiesta que el Espíritu Santo es su propio Espíritu. Después, cuando promete que el Padre lo mandará, que es también el Espíritu del Padre. Por esta razón el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo.

San Gregorio Moralium 5, 20

Todo aquello que el Espíritu Santo llenare con su presencia, se eleva al deseo de las cosas invisibles. Y como los corazones mundanos no desean sino las visibles, no lo recibe este mundo, que no sabe levantarse hasta el amor de lo invisible. Las almas mundanas tanto menos espacio dejan para recibir al Espíritu cuanto más se dilatan por sus deseos hacia las cosas exteriores.

San Agustín In Ioannem tract., 74.

Dice que el mundo no puede recibir al Espíritu Santo, de la misma manera que si dijéramos: La injusticia no puede ser justa. El mundo (esto es, sus amadores) no puede recibirlo, porque no lo ve. Porque el amor humano no tiene ojos invisibles, y éstos son los únicos que pueden ver lo invisible, como es el Espíritu Santo. Prosigue: "Mas vosotros le conoceréis, porque permanecerá con vosotros". Y para evitar que sospechasen que permanecería a la manera de un huésped que está visiblemente entre los hombres, dice: "Estará en vosotros".

Crisóstomo ut supra.

Es decir: "No permanecerá entre vosotros como yo, sino que habitará en vuestras

almas".

San Agustín ut supra.

Primeramente es existir en algún sitio, y luego permanecer. Pero el Señor expuso lo que había dicho: "Junto a vosotros", cuando añadío: "en vosotros", pues si no está en vosotros, su ciencia no puede existir en vosotros. Así pues es vista por vosotros en vosotros y en vuestra conciencia.

San Gregorio Moralium 4, 41

Mas si el Espíritu Santo ha de permanecer también en los discípulos, ¿cómo podrá ya ser un signo especial su permanencia en el mediador? Se lee en el Evangelio: "Sobre el que vieres al Espíritu descender y permanecer, éste es el que bautiza" (Jn 1,33). Para comprender esta dificultad hay que distinguir los dones del Espíritu. El Espíritu Santo mora siempre en todos los escogidos con aquellos dones sin los cuales no podrían venir a la vida. Pero en aquellos dones que no son necesarios para nuestra propia vida, sino para salvar la de los demás, no mora siempre. A veces no se da a conocer por la exterioridad de los milagros, para que de este modo se posean sus virtudes más humildemente, pero Cristo lo tuvo siempre y en todas ocasiones presente.

Crisóstomo ut supra

Con esta sola frase destruyó de un solo golpe muchas herejías. Porque al decir otro (Jn 14,16), demostró la diferencia de persona entre El y el Espíritu Santo; y al decir Paráclito, que le era conocida su esencia.

San Agustín Contra Arianos cap.19

El Apóstol llama a Dios consolador (oficio que reserva al Espíritu Santo como tercera persona de la Trinidad). Dice el Apóstol: "Dios, que consuela a los humildes, nos consoló" (2Cor 7,16). Luego, el Espíritu Santo que consuela a los humildes es Dios. Y si quieren entender esto del Apóstol refiriéndose al Padre o al Hijo, cesen de separar al Espíritu Santo del Padre y del Hijo, como si fuese exclusivo de El consolar a los humildes.

San Agustín In Ioannem tract., 74.

Y si el amor de Dios se extendió en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Rm 5,5), que se nos dio, ¿cómo podremos amar y guardar los mandamientos de Cristo y hacernos dignos de recibirlo? ¿Es que acaso hay en nosotros un amor precedente con el cual amamos a Cristo, y por su amor y la guarda de sus mandamientos nos hacemos acreedores a recibir el Espíritu Santo, y después se llenan nuestros corazones del amor del Padre? Reprobable es esta creencia, porque el que cree que ama al Hijo sin amar al Padre, ciertamente no ama al Hijo, sino que ama una ficción de su imaginación. Sólo nos queda una explicación, y es que el que ama tiene ya al Espíritu Santo, y teniéndolo merece tenerlo más, y teniéndole más merece amar más. Así, pues, los discípulos ya tenían el Espíritu que el Señor les prometía, pero se les había de dar de una manera más excelsa. Lo tenían en estado latente, y debían recibirlo con toda solemnidad. Por cuya razón se promete con fundamento no sólo al que no lo tiene sino también al que lo tiene: al que no lo tiene para que lo tenga, y al que lo tiene para que lo posea más.

Crisóstomo ut supra.

El Espíritu Santo debía descender sobre sus discípulos de un modo más especial, cuando ya los había purificado de sus faltas, cuando el pecado había sido destruido, y cuando aquellos iban a ser expuestos a los peligros y sufrimientos. No inmediatamente después de la resurrección, a fin de que lo recibiesen con mayor suma de gracias, a causa del mayor deseo.

"No os dejaré huérfanos: vendré a vosotros. Todavía un poquito, y el mundo ya no me ve. Mas vosotros me veis, porque yo vivo y vosotros viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros. Quien tiene mis mandamientos y los guarda, aquél es el que me ama. Y el que me ama será amado de mi Padre y yo le amaré, y me le manifestaré a mí mismo". (vv. 18-21)

San Agustín In Ioannem tract., 75.

Para que no creyese alguno que el Señor daría el Espíritu Santo de tal manera que El se separase de ellos para siempre, dijo en seguida: "No os dejaré huérfanos". La palabra griega huérfano equivale a la latina pupilo. Y aunque el Hijo de Dios nos adoptó a nosotros como a hijos de su Padre, sin embargo, en esto manifiesta El mismo un amor paternal hacia nosotros.

Crisóstomo In Ioannem hom., 74.

Ya desde el principio les había dicho: "Vendréis donde yo voy". Pero como era mucho el intervalo de tiempo, les prometió el Espíritu, e ignorando ellos en qué consistía el Espíritu, les prometió lo que más deseaban, que era su presencia propia, diciendo: "Vendré a vosotros". Pero insinuando al mismo tiempo ocultamente (y con objeto de que no creyesen que había de venir en la forma corporal que a la sazón tenía) el modo de su venida, diciendo: "Todavía un poco, y el mundo ya no me ve", es decir: Vendré a vosotros, mas no como antes viviendo diariamente entre vosotros. Y para que no le objeten: ¿Cómo es que dijiste a los judíos "dentro de poco no me veréis"?, contesta de antemano diciendo: "Vendré a vosotros solos".

San Agustín In Ioannem tract., 75.

Entonces lo veía el mundo con los ojos carnales, revelándose claramente en la humanidad, mas no veía al Verbo que se ocultaba tras el velo de la carne. Pero como después de la resurrección no quería demostrar a quienes no eran sus discípulos, esta misma carne que a los suyos no sólo permitió ver, sino también tocar, dijo: "Todavía un poco, y el mundo no me verá, mas vosotros me veréis". Pero como en el día del juicio lo verá también el mundo, con cuyo nombre significó a los extraños al reino de su Padre, parece preferible entender aquí aquel tiempo, o sea, cuando en el día del juicio se apartará de la vista de los condenados, para que lo vean solamente los que lo aman. Y dijo "un poco", porque lo que a los hombres parece de larga duración es de duración brevísima para Dios.

"Porque yo vivo y vosotros vivís".

Teofilacto.

Como diciendo: Aunque muera, resucito sin embargo. "Vosotros también viviréis", esto es, cuando me hubiereis visto os alegraréis, y con mi aparición resucitaréis como si hubieseis estado muertos.

Crisóstomo ut supra.

Me parece que no alude a la vida presente sino a la futura, como si dijese: La muerte de cruz no me separará para siempre de vosotros, sino que me ocultará a vosotros un breve momento.

San Agustín ut supra.

¿Por qué al decir que El vive habla de presente, y cuando dice que ellos vivirán, de futuro, sino porque la vida del cuerpo resucitado, que había de preceder en El, seguiría también en ellos? Y como su resurrección había de ser muy en breve, pone el verbo en presente, para significar la premura. Y en cambio, como la de ellos se dilataría hasta el fin del mundo, no dice vivís, sino viviréis. Porque El vive, viviremos nosotros. Por el hombre la muerte y por el hombre la resurrección de los muertos (1Cor 15,21). De aquí que sigue: "En aquel día (en que vosotros viviréis) conoceréis (no como ahora por la fe sino por la contemplación) que yo estoy en el Padre y vosotros en mí, y yo en vosotros". Porque en tanto que vivamos aquella vida que destruye la muerte, llegará a su perfección lo que entonces empezó por El, esto es, que El esté en nosotros y nosotros en El.

Crisóstomo ut supra.

O bien: Conoceréis, desde el mismo día en que yo resucite. Porque cuando vieron que había resucitado y que habitaba con ellos, adquirieron una fe certísima, porque la virtud del Espíritu Santo les enseñaba todas las cosas. Dijo: "Yo estoy en mi Padre", como signo de humildad. Y al decir: "Y vosotros en mí, y yo en vosotros", alude a la humanidad y al auxilio divino. La Escritura suele usar muchas palabras en sentido distinto cuando las refiere a Dios y cuando las refiere a los hombres.

San Hilario De Trin. lib. 8.

También El está en el Padre por la divinidad, nosotros en El por su nacimiento corpóreo, y de nuevo El en nosotros por el misterio del sacramento. Porque El atestiguó (Jn 6,56): "Quien come mi cuerpo y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en El".

Alcuino.

Por el amor y observancia de sus mandamientos se llevará a cabo lo que se empezó por El, a saber: que El esté en nosotros y nosotros en El. Y para que se comprenda que esta felicidad es asequible a todos y no sólo a los apóstoles, añade: "El que tiene mis mandamientos y los guarda", etc.

San Agustín ut supra.

Quien los tiene presentes en la memoria y los guarda en la vida; quien los tiene en sus palabras, y los practica en sus obras; quien los tiene en sus oídos, y los practica haciendo; quien los tiene obrando y perseverando, "Ese es el que me ama". El amor debe demostrarse con obras, para que su nombre no sea infructuoso.

Teofilacto.

Como diciendo: Vosotros creéis que es signo de amor el contristaros por mi muerte, y yo sólo reputo como signo el observar mis mandatos. Qué ventajas reporta el que ama, lo manifiesta diciendo: "Porque el que me ame a mí, será amado por el Padre, y yo lo amaré".

San Agustín ut supra.

Pero ¿qué es eso de le amaré? ¿Es que al presente no ama? Se explica esta dificultad por lo siguiente: "Y me manifestaré a El", esto es, hasta tal punto lo amaré, que me manifestaré a él, y obtendremos como premio de nuestra fe la visión. Entonces nos amaba hasta concedernos la fe; después hasta darnos la visión. Ahora amamos creyendo lo que veremos, mas entonces amaremos viendo lo que hemos creído.

San Agustín Ad Paulinam de videndo Deo cap. 1.

Prometió que sería visto por sus amadores, como Dios con el Padre, y no a la manera que era visto en la tierra, en cuerpo, y hasta por los malos.

Teofilacto.

O porque después de la resurrección aparecería a ellos en forma corporal que dejase ver mejor la divinidad, y les predice esto para que después no crean que es un simple espíritu o fantasma. Y entonces, viéndolo, no desconfíen, sino que recuerden que se aparece a ellos porque han guardado sus mandamientos. De esta manera quedarían obligados a guardarlos siempre, para que siempre se aparezca a ellos.

Le dice entonces Judas, no aquel Iscariotes: "Señor, ¿qué es la causa que te has de manifestar a nosotros y no al mundo?" Jesús respondió y le dijo: "Si alguno me ama, guardará mi palabra; y mi Padre le amará y vendremos a él, y haremos morada en él. El que no me ama, no guarda mis palabras. Y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió. Estas cosas os he hablado, estando con vosotros y el Consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, El os enseñará todas las cosas; y os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho. La paz os dejo: mi paz os doy: no os la doy yo como la da el mundo". (vv. 22-27)

San Agustín In Ioannem tract., 76.

Como el Señor había dicho "Todavía un poco, y el mundo no me verá, pero vosotros me veréis" (Jn 14,19), le interroga acerca de este punto Judas, no el traidor que se denominaba Iscariotes, sino aquel que dejó una epístola entre las Escrituras canónicas. Por eso dice: "Dícele Judas, no el Iscariotes: Señor, ¿por qué te manifestarás a nosotros y no al mundo?". Le pregunta la causa por qué se ha de manifestar a ellos y no al mundo. Y el Señor le explica la causa por qué se ha de manifestar a ellos y no a los extraños, a saber: porque lo aman, y aquéllos no. Respondió Jesús y les dijo: "Si alguien me ama, guardará mis palabras", etc.

San Gregorio In Evang. hom 30.

La prueba del amor está en las obras: el amor de Dios nunca es ocioso, porque si es muy intenso obra grandes cosas, y cuando rehuye obrar ya no es amor.

San Agustín ut supra.

El amor aparta del mundo a los santos. Es el único que hace a los concordes habitar en la mansión en que el Padre y el Hijo moran. Ellos dan este amor, a los que concederán por fin su contemplación. Hay cierta manifestación interior de Dios, que los impíos desconocen por completo, porque para éstos no hay manifestación alguna de Dios Padre y Espíritu Santo. La del Hijo pudo existir, pero en carne, que no es tampoco como aquélla, ni pudo ser por mucho tiempo, sino por breve, y esto no para alegría, sino para condenación; no para premio, sino para castigo. Después continúa: "Y vendremos a él". En efecto, vienen a nosotros, si vamos nosotros a ellos; vienen con su auxilio, nosotros con la obediencia; vienen iluminándonos, nosotros contemplándolos; vienen llenándonos de gracias, nosotros recibiéndolas, para que su visión no sea para nosotros algo exterior, sino interno, y el tiempo de su morada en nosotros no transitorio sino eterno. Por eso continúa: "Y habitaremos en él".

San Gregorio ut supra.

Viene en verdad al corazón de algunos, y no hace morada en ellos, porque si bien se vuelven a Dios por la contrición, después, cuando están en la tentación, se olvidan del arrepentimiento y vuelven a sus pecados, como si no los hubieran deplorado. Pero en el corazón del que ama a Dios verdaderamente, Dios desciende y mora: porque de tal

manera está penetrado del amor divino, que ni aun en el tiempo de la tentación lo echa en olvido. Verdaderamente ama a Dios aquel que no se deja dominar un momento en su alma por los malos deleites.

San Agustín ut supra.

¿Creerá alguien quizá que porque el Padre y el Hijo habitan en sus escogidos, se excluya al Espíritu Santo? ¿Pues no dice más arriba hablando del Espíritu Santo: "Con vosotros habitará y en vosotros estará"? (Jn 14,17). ¿O es que hay alguien tan inclinado a lo absurdo que crea que con la venida del Padre y del Hijo, se apartará el Espíritu Santo para ceder el puesto a personas mayores? Mas a este pensamiento natural, responde la Sagrada Escritura, cuando dice: "Para que permanezca eternamente con vosotros" (Jn 14,16). Tendrá, pues, la misma mansión que el Padre y el Hijo por toda la eternidad. Porque ni el Espíritu Santo viene sin Ellos, ni Ellos sin El. Mas para hacer la separación de la Trinidad, se dicen algunas cosas de cada una de las personas separadamente. Sin embargo, no pueden entenderse excluyendo las otras, por la unidad de sustancia.

San Gregorio ut supra.

Tanto más se aleja uno del amor supremo cuanto más se acerca a las cosas inferiores. Por esta razón dice: "Quien no me ama, no guarda mis palabras". En el amor del Creador deben buscarse, pues, la lengua, el entendimiento y la vida.

Crisóstomo In Ioannem hom., 74.

Pensó acaso Judas que como nosotros vemos los muertos entre sueños, de la misma suerte habrían de verle. Por tanto, pregunta: "¿Cómo es que debes manifestarte a nosotros y no al mundo?". Como diciendo: ¡Ay de nosotros! Que morirás y luego te presentarás como muerto. Para que no incurrieran en este error, dice: "Yo y el Padre vendremos a él". Como diciendo: De la misma manera que el Padre se manifestará, me manifestaré yo. "Y haremos mansión en él", lo cual no es propio de los sueños. "Y la palabra que me habéis oído no es mía, sino de Aquel que me envió", como diciendo: No sólo a mí, sino que tampoco al Padre ama el que no oye mi palabra. Dice esto, porque nada habla fuera del Padre, ni nada que Este desapruebe.

San Agustín ut supra.

Acaso quiso establecer cierta distinción con la palabra al decir "palabras" en plural: "El que no me ama no guarda mis palabras", para que cuando se refiriese a "la palabra" (esto es, el Verbo) que no es de sí misma sino "del Padre que me envió", esto se entendiese de El mismo. Porque El no es Verbo de sí mismo, sino del Padre; así como tampoco es imagen de sí mismo, sino del Padre; ni Hijo de sí mismo, sino del Padre. Por eso atribuye con mucha razón al Autor de todo cuanto hace igualmente, porque de El le viene el serle igual en todo.

Crisóstomo ut supra.

Habiéndoles dicho algunas cosas de las cuales unas eran inteligibles y otras no entendieron, para que no se turbasen, prosigue: "Os he hablado estas cosas mientras vivo con vosotros".

San Agustín In Ioannem tract., 77.

La convivencia que les promete para lo futuro es distinta de aquella que al presente les concede. La primera es espiritual y radica en lo interior; ésta corporal y susceptible de manifestarse a lo exterior por los ojos y los oídos.

Crisóstomo In Ioannem hom., 74.

Los prepara para que pueda hacérseles más llevadera su ausencia corporal, prometiéndoles que ésta será origen y fuente de grandes bienes para ellos. Porque mientras El no se ausentase y no viniese el Espíritu Santo, nada grande podían saber. Sigue por ende: "El Espíritu Santo Paráclito que el Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas e inspirará lo que yo os dijere".

San Gregorio In Evang hom. 30.

La palabra griega quiere decir abogado y consolador. Y se llama abogado, porque se interpone entre nuestras culpas y la justicia del Padre, haciendo que aquellos que de su inspiración se llenan, se conviertan en penitentes. Y se llama consolador el mismo Espíritu, porque libra de la aflicción el alma de aquellos que, habiendo merecido el perdón de sus pecados, los prepara con esa esperanza.

Crisóstomo ut supra.

Constantemente le llama Paráclito, porque alivia sus aflicciones.

Dídimo De Spiritu sancto.

El Salvador afirma que el Espíritu Santo será enviado por el Padre en su nombre, siendo propiamente el nombre de Salvador el del Hijo. De este modo se significa con esta palabra la unidad de naturaleza, y la propiedad (si es lícito expresarse así) de las personas. El venir en nombre del Padre, es sólo propio del Hijo, salvadas las relaciones entre el Padre y el Hijo, y ninguno otro viene en el nombre del Padre, sino, por ejemplo, en el nombre del Señor, Dios Todopoderoso. Como los siervos que vienen en el nombre del Señor, por lo mismo que están sometidos y sirven, testimonian al Señor (siendo siervos del Señor), así también el Hijo, que viene en el nombre del Padre, lleva su nombre, porque así se prueba como tal Hijo Unigénito. Y como el Espíritu Santo se envía en el nombre del Hijo, se demuestra la unidad en que está con el Hijo: de donde también se dice Espíritu del Hijo por su adopción, haciendo hijos a aquellos que habían querido recibirle. Mas este Espíritu Santo, que viene en el nombre del Hijo enviado por el Padre, enseñará todas las cosas a los que han sido perfeccionados en el nombre de Cristo, en cuanto aquéllas corresponden a lo espiritual y a los sacramentos intelectuales de la verdad y de la sabiduría. Mas enseñará, no como se aprenden ciertas artes y la ciencia con esfuerzo y diligencia, sino como corresponde a aquel arte que es a la vez doctrina y sabiduría, inspirando invisiblemente el Espíritu de la verdad la ciencia de lo divino en el entendimiento.

San Gregorio ut supra.

Ociosa será la enseñanza del doctor si el Espíritu Santo no asiste al corazón del que oye, y así nadie adjudique al maestro lo que oye de sus labios. Porque si en su interior no está el que enseña, la lengua del doctor trabaja en vano para expresarse. Ni aun el mismo Creador habla al hombre para su enseñanza, si no hace preceder al Espíritu Santo por la

unción. ¿Acaso es que el Hijo habla y el Espíritu Santo enseña, de tal suerte, que al hablar el Hijo sigamos la doctrina y la entendamos por el auxilio del Espíritu Santo? Luego toda la Trinidad dice y enseña; pero la débil inteligencia humana no puede comprender sus operaciones, sino atribuyéndolas separadamente a las personas.

San Gregorio ut supra.

Debemos inquirir por qué se dice del mismo Espíritu Santo: "Os sugerirá todas las cosas", siendo oficio de inferior el sugerir. Pero como también por sugerir entendemos algunas veces el hecho de suministrar, decimos que el Espíritu invisible sugiere, no porque inspire en nosotros la ciencia de lo profundo, sino la de lo oculto.

San Agustín ut supra.

Sugerirá (esto es, nos traerá a la memoria) y aun debemos entender que se nos manda no olvidar, que los salubérrimos preceptos que Cristo nos conmemoró, pertenecen a la gracia.

Teofilacto.

En efecto, el Espíritu Santo, no sólo enseñó, sino que también recordó. Enseñó todo aquello que Cristo no había enseñado por superar a nuestras fuerzas, y recordó todas las cosas que el Señor había dicho, y que ya sea por su oscuridad, ya sea por la torpeza de ellos, no habían podido conservar en la memoria.

Crisóstomo ut supra.

Mas como ellos al oír esto se turbaban pensando que después de su ausencia les amenazaban rencores y luchas, los consuela de nuevo diciendo: "La paz os dejo, os doy mi paz".

San Agustín ut supra.

Nos deja la paz en este mundo, con cuya ayuda vencemos al enemigo, y para que también aquí nos amemos mutuamente. Nos dará su paz en la vida futura, cuando reinaremos sin enemigos, y donde nunca podremos disentir entre nosotros. Y El mismo es nuestra paz, ahora que creemos que es y cuando le veamos tal cual es. Mas ¿por qué, cuando dice "La paz os dejo", no añade mía, y sí, cuando dice: Os doy? ¿Acaso habrá que sobreentender mía donde no se dijo? ¿O es que hay aquí algún sentido oculto? Quiso significar por su paz aquella que El tiene, y porque la paz que nos dejó en este mundo más bien puede llamarse nuestra que de El. Nada hay que esté en lucha con El, porque está completamente exento de pecado, y nosotros, en cambio, tenemos la paz que es compatible con el estado en que tenemos que decir: Perdónanos nuestras deudas (Mt 6,12). Pero también hay paz entre nosotros, porque sabemos del mutuo amor que nos tenemos. Pero ni aun esta paz es completa, porque no vemos mutuamente los pensamientos de nuestros corazones. Tampoco se me oculta que estas palabras del Señor pueden considerarse como repetición de un mismo pensamiento. Y al proseguir el Señor: "No os la doy yo como la da el mundo", ¿qué otra cosa es esto sino no como la dan los hombres que aman al mundo? Estos se conceden la paz a fin de gozar del mundo sin molestias; y cuando conceden la paz a los justos, de tal manera que dejan de perseguirlos, la paz no puede ser verdadera donde no hay verdadera concordia, porque

sus corazones están muy separados.

Crisóstomo ut supra.

La paz exterior sirve muchas veces para el mal, y no aprovecha de nada a los que la tienen.

San Agustín De verb. Dom. serm., 59.

Porque es la paz serenidad en el entendimiento, tranquilidad de ánimo, sencillez de corazón, vínculo de amor y consorcio de caridad, sin que pueda llegar a la heredad del Señor quien no quisiere observar el testamento de la paz, ni puede estar conforme con Cristo el que no lo esté con el cristiano.

"No se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Ya habéis oído que os he dicho: Voy, y vengo a vosotros. Si me amaseis os gozaríais ciertamente, porque voy al Padre: porque el Padre es mayor que yo. Y ahora os lo he dicho antes que sea, para que lo creáis cuando fuere hecho. Ya no hablaré con vosotros muchas cosas, porque viene el príncipe de este mundo, y no tiene nada en mí. Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y cómo me dio el mandamiento el Padre, así hago. Levantaos, y vamos de aquí". (vv. 27-31)

Crisóstomo In Ioannem hom., 74.

Como había dicho: "Os dejo la paz" (Jn 14,27) (cosa propia del que se ausenta), pudiendo esto turbarlos, dice: "No se turbe vuestro corazón ni se acobarde", porque esto lo sufrían por el amor y aquello por el miedo.

San Agustín In Ioannem tract., 78.

Podía turbarse y temblar el corazón de ellos, porque se ausentaba (aunque había de volver), y acaso entre tanto el lobo invadiría el rebaño por la ausencia del pastor. De aquí sigue: "Habéis oído que os dije: Voy y vengo a vosotros". Iba en tanto que era hombre, más permanecía en cuanto era Dios. ¿Por qué así turbarse y temblar su corazón, cuando si bien se ocultaba a la vista, no abandonaba al corazón? Y para que comprendiesen que al decir que se iba hablaba en cuanto hombre, dijo: "Si me amaseis os alegraríais, porque voy al Padre", etc. Por lo mismo de que el Hijo no era igual al Padre, por eso irá al Padre, desde el cual vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Mas también por lo mismo que es igual al Generador, no se separa del Padre, sino que está con El todo en todas partes, con igual divinidad, la cual no ocupa lugar. El mismo Hijo de Dios, igual al Padre en la forma de Dios (porque se anonadó no dejando la forma de Dios, sino tomando la de siervo), es también mayor a sí mismo, porque la forma de Dios, no perdida, es superior a la de siervo, tomada. Esta, pues, es la forma de siervo, respecto de la que el Hijo de Dios es menor, no sólo al Padre, sino también al Espíritu Santo. También respecto de esta forma de siervo, Cristo era inferior a sus propios padres, cuando siendo niño les estaba sometido según dice el Evangelio. Reconozcamos, pues, la doble naturaleza de Cristo: la una por la cual es igual al Padre, que es la divina, y la humana, que le hace inferior al Padre. Una y otra naturaleza no constituyen dos, sino un solo Cristo, porque Dios no es cuaternidad, sino Trinidad. Dijo asimismo: "Si me amarais, os alegraríais, porque voy al Padre", en atención a que la naturaleza humana merecía albricias por haber sido tomada por el Verbo Unigénito, que la había de hacer inmortal en el cielo, y hasta tal punto se había de sublimar en la tierra, que el polvo incorruptible se sentaría a la derecha del Padre. ¿Quién, que ame a Cristo en tal manera, no había de alegrarse, viendo su naturaleza elevada a grado inmortal, y esperando para sí gloria semejante por Cristo?

San Hilario De Trin. lib. 9.

Si por la autoridad del donante el Padre es mayor que yo, ¿acaso se aminora el Hijo

por la confesión de esta donación? El donante es mayor, en efecto, pero ya no es menor al que se le concede el que sea uno con El.

Crisóstomo ut supra.

Aún no conocían los Apóstoles lo que significaba aquella resurrección que había predicho, diciendo "Voy y vengo a vosotros", ni tenían un concepto adecuado de El, sino que juzgaban que el Padre era superior. Quiere, pues, decirles: Aunque tembláis por mi causa, creyendo que yo no me basto para auxiliarme a mí mismo, ni confiáis en que de nuevo os veré después de la cruz, sin embargo, oyendo que voy al Padre, convenía que os alegraseis, porque voy hacia un ser superior, capaz de destruir todo lo que me molesta. Todas estas cosas se dirigían a la debilidad de los discípulos. Por eso añade: "Y os lo he dicho ahora, antes que suceda, para que creáis cuando haya sucedido".

San Agustín In Ioannem tract., 79.

¿Cómo es esto? ¿Pues no debe creer el hombre, antes que suceda, todo aquello que tiene obligación de creer? En verdad que el mérito de la fe está en que no se vea aquello que se cree. Porque si bien se dijo: "Porque viste, creíste" (Jn 20,29), aquel a quien esto se dijo, no creyó lo mismo que vio: vio al hombre y creyó en Dios. Mas aunque se dice que se creen las cosas que se ven, como suele decir cada cual que ha creído con los ojos, sin embargo, no es ésta la fe que se edifica en nosotros, sino que por las cosas que vemos se opera en nosotros la creencia de aquellas que no se ven. Dice: "Cuando haya sucedido", porque después de la muerte, lo habían de ver vivo y subiendo al Padre. Y visto esto, habrían de creer que El es el Cristo, Hijo de Dios, porque pudo hacer esto y predecirlo antes que sucediese. Y habían de creer esto, no por una fe nueva, sino por la misma fe aumentada. O mejor, con una fe que faltó cuando murió, pero que renació con la resurrección.

San Hilario ut supra.

Aduce el mérito de la gloria que había de recibir, diciendo: "Ya no hablaré muchas cosas con vosotros".

Beda.

Hablaba de este modo, porque estaba muy cercano el tiempo en que había de ser preso y llevado a la muerte: "Porque viene el príncipe de este mundo".

San Agustín ut supra.

¿Quién sino el diablo? Mas el diablo no es príncipe de las criaturas, sino de los pecadores. De aquí, cuando el Apóstol dice: "Contra los rectores del mundo" (Ef 6,12), expone en seguida lo que entiende por mundo: "De estas tinieblas", esto es, de los hombres impíos. "Y nada tiene en mí"; porque ni Dios había venido con pecado, ni la Virgen había parido su carne de la descendencia del pecado. Y como si alguien le objetase: ¿Entonces cómo vas tú a morir, no teniendo pecado, cuando sólo éste es merecedor de la muerte? Continúa: "Para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me dio el mandamiento, así hago. Levantáos, vamos de aquí", porque recostado hablaba a los discípulos, también recostados. "Vamos" (dijo) al lugar en que tiene que ser entregado a la muerte, el que de ninguna manera la merecía. Mas para

morir, tenía el mandato del Padre.

San Agustín Contra Arianos cap. 11.

Pero que el Hijo sea obediente a la voluntad y precepto del Padre, no prueba, ni aun en los hombres, desigualdad de naturaleza, porque Cristo no sólo es Dios, por cuya naturaleza es igual al Padre, sino también hombre, por cuya naturaleza es menor que el Padre.

Crisóstomo hom. 75.

O esto que dice "Levantaos, vamos de aquí", es principio de otro pensamiento. Era consiguiente que se llenasen de temor, estando en medio del campo, sumergidos en las sombras de la noche, y, por lo tanto, que lejos de atender a lo que se les decía, volviesen los ojos alrededor y viesen en la imaginación a los perseguidores, máxime cuando oían: "Todavía estoy un poco con vosotros (Jn 7,33), y "el príncipe de este mundo viene" (Jn 13,30). Y como oyendo esto y otras cosas semejantes, apenas atendían y se turbaban, los lleva a otro sitio, para que, considerándose en seguridad, no se cuiden de nada más que de oír, porque tenían que escuchar grandes dogmas.

CAPÍTULO 15

"Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo quitará, y todo aquel que diere fruto, lo limpiará para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado". (vv. 1-3)

San Hilario De Trin. lib. 9.

Apresurándose a terminar el sacramento de su pasión corporal por el amor al cumplimiento del precepto paterno, se levanta. Mas a fin de esclarecer el misterio de su asunción corpórea, mediante la cual nosotros estamos en El como los sarmientos en la vid, añade: "Yo soy la verdadera vid".

San Agustín In Ioannem tract., 80.

Esto lo dice porque es la cabeza de la Iglesia, y nosotros sus miembros, el mediador entre Dios y los hombres, el que es hombre Cristo Jesús. En verdad que son de una misma naturaleza la vid y los sarmientos. Pero cuando añade la palabra verdadera ¿no prescinde de aquella vid de que ha tomado la comparación? De tal modo se dice vid por semejanza, como se dice cordero, oveja y otras cosas análogas, de manera que más bien son verdaderas las cosas que se toman por comparación. Pero diciendo "Yo soy la verdadera vid", se distingue de aquella otra, de la cual dice Jeremías: "¿Cómo se convirtió en amargura la vid ajena?" (Jer 2,21). Porque, ¿cómo había de ser verdadera vid, la que se esperaba que produjera uvas y produjo espinas?

San Hilario ut supra.

Mas para distinguir de su humilde condición corporal la majestad excelsa del Padre, dice que el Padre es el labrador cuidadoso de esta vid: "Y mi Padre es labrador".

San Agustín De verb. Dom. serm., 59.

Damos nosotros culto a Dios, y Dios nos lo da a nosotros. Pero de tal manera damos culto a Dios, que no lo hacemos mejor porque le damos culto por la oración, no con el arado; mas cuando El nos cultiva nos hace mejores, pues su cultura, consiste en no cesar de extirpar con su palabra todas las malas semillas que arraigan en nuestros corazones, abrirlos con el arado de la predicación, plantar las semillas de los preceptos y esperar el fruto de la piedad.

Crisóstomo In Ioannem hom., 75.

Y así como Cristo se basta a sí mismo, los discípulos necesitan del auxilio del labrador, por lo cual nada dice de la vid, sino de los sarmientos. "Todo sarmiento que en mí no produzca fruto, lo quitará". Aquí alude implícitamente, al decir fruto, al hecho de que nadie puede estar en El sin las obras.

San Hilario ut supra.

Todos los sarmientos inútiles y estériles que tenga que cortar, serán destinados al fuego.

Crisóstomo ut supra.

Y como aún los más virtuosos necesitan del labrador, añade: "Y a todo el que dé

fruto, lo limpiará, para que dé más fruto". Dice esto por las tribulaciones que a la sazón padecían, manifestándoles que las tentaciones los harían más valerosos, porque el limpiar (esto es, podar) el sarmiento, le hace más fructífero.

San Agustín ut supra.

¿Quién hay tan limpio en esta vida que no haya de serlo más y más? Por donde, si dijéramos que no hay pecado en nosotros, nos engañamos a nosotros mismos (1Jn 1,8). Limpia, pues, a los limpios, esto es, a los que dan fruto, para que den más, cuanto más limpios están. Cristo es vid, según aquello que dice: "Mi Padre es mayor que yo" (Jn 14,28), y es también labrador en cuanto a aquello: "Mi Padre y yo somos una sola cosa" (Jn 10,30). Y no lo es al modo de aquellos que ayudan exteriormente a la planta, sino que le da incremento interiormente. Por esta razón se presenta El mismo como labrador también, cuando dice: "Ya vosotros estáis limpios por la palabra que he hablado". He aquí que El también limpia los sarmientos, cosa que corresponde al labrador, no a la vid. ¿Y por qué no dice estáis limpios por el bautismo, con el cual os habéis lavado, sino porque también en el agua la palabra es la que limpia? Si quitamos la palabra, ¿qué quedará en el agua sino agua? Unese la palabra a este elemento, y el sacramento se realiza. ¿De dónde viene al agua la virtud de tocar al cuerpo y limpiar el corazón, sino de la palabra, no porque se pronuncie, sino porque es creída? Aun en la misma palabra una cosa es el sonido que se extingue y otra la virtud que persiste. Es tanta la virtud de esta palabra de fe en la Iglesia de Dios, que por ella el que la cree, el que ofrece, bendice y derrama el agua, limpia al infante, aunque éste no puede creer.

Crisóstomo.

O bien dice: Estáis limpios por las palabras que he hablado a vosotros, y esto es mientras habéis recibido la luz de la doctrina y os habéis separado del error judaico.

"Estad en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto si no estuviere en la vid, así ni vosotros si no estuviereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada. El que no estuviere en mí será echado fuera, así como el sarmiento, y se secará, y lo cogerán y lo meterán en el fuego y arderá. Si estuviereis en mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, pediréis cuanto quisiereis y os será hecho". (vv. 4-7)

Crisóstomo In Ioannem hom., 75.

Como había dicho que ya estaban limpios por la palabra que les había dicho, enséñales por dónde tenían que empezar en las obras que habían de practicar. Por eso les dice "Permaneced en mí".

San Agustín In Ioannem tract., 81.

No de igual manera ellos en El, que El en ellos, porque lo uno y lo otro es para provecho de ellos, no de El, siendo así que los sarmientos están en la vid de tal suerte que en nada lo ayudan, sino que de ella reciben la vida. O sea, que la vid está en los sarmientos para comunicarles vida, no para recibirla de ellos. De esta forma, teniendo en sí a Cristo y permaneciendo ellos en Cristo, aprovechan en ambas cosas ellos, no Cristo. Por esto añade: "Así como el sarmiento no produce fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no estáis en mí". ¡Gran prueba en favor de la gracia! Alienta los corazones humildes, abate los soberbios. Por ventura, ¿no resisten a la verdad los que juzgan innecesaria la ayuda divina, y, lejos de ilustrar su voluntad, la precipitan? Porque aquel que opina que puede dar fruto por sí mismo, ciertamente no está en la vid: el que no está en la vid no está en Cristo, y el que no está en Cristo no es cristiano.

Alcuino.

Todo fruto de buena obra procede de aquella raíz que nos salvó con su gracia, que nos hace progresar con su auxilio para que podamos dar más fruto.

Glosa.

Por esta razón dice repetidamente y con mayor desarrollo: "Yo soy la vid y vosotros los sarmientos; el que está en mí (creyendo, obedeciendo, perseverando) yo también en él (iluminándole, auxiliándole, dándole perseverancia), éste (y no otro) da mucho fruto".

San Agustín ut supra.

Mas para que nadie sospechase que de sí mismo puede dar algún fruto el sarmiento, aunque sea poco, añade: "Porque sin mí nada podéis hacer". No dice: poco podéis hacer, porque si el sarmiento no estuviese en la vid viviendo de su raíz, ningún fruto dará. Y aunque Cristo no fuese vid sino un mero hombre, no tendría virtud para dar vida a los sarmientos, a no ser Dios también.

Crisóstomo ut supra.

Ved aquí, pues, que el Hijo coopera, no menos que el Padre, al bien de sus

discípulos. Porque si el Padre limpia, El contiene, lo que hace que los sarmientos den fruto. Sin embargo, es cosa clara que también el Hijo limpia, y que el permanecer en la raíz es también propio del Padre, que engendró la raíz. Es, pues, un gran perjuicio el no poder hacer nada; mas no se detiene aquí, sino que prosigue: "Si alguno no estuviere en mí, será arrojado fuera (esto es, no gozará de los cuidados del labrador) y se secará (esto es, perderá todo aquello que hubiere recibido de la raíz, privado de su auxilio y de su vida), y lo amontonarán".

Alcuino.

Los ángeles serán los podadores que lo echarán al fuego eterno para que arda.

San Agustín ut supra.

Tan despreciables serán estos sarmientos si fueren separados de la vid, como gloriosos mientras en ella permanecieren. Una de estas dos cosas convienen al sarmiento: o estar en la vid o en el fuego. Si no está en la vid estará en el fuego, así como si no está en el fuego estará en la vid.

Crisóstomo ut supra.

Designando cómo se está en El, añade: "Si estuviereis en mí y mis palabras estuvieren en vosotros". Esto es, por medio de las obras.

San Agustín ut supra.

Sólo debemos decir que sus palabras están en nosotros cuando hacemos lo que mandó, y amamos lo que prometió. Porque aunque sus palabras estén en la memoria, si no se manifiestan en obras no se considera el sarmiento en la vid, porque su vida no nace del tronco. ¿Qué otra cosa puede quererse al estar en el Salvador, sino lo que no se aparta de la salvación? Lo que apetecemos en tanto que estamos en Cristo, es distinto de lo que queremos mientras estamos en el siglo. Porque mientras estamos en la vida de este siglo deseamos muchas veces cosas que ignoramos son en nuestro daño; pero no sucede así estando en Cristo, el cual no nos concede lo que nos perjudica. La oración del Padre nuestro pertenece a sus enseñanzas, y, por tanto, no debemos separarnos de la letra y espíritu de esta oración, para que se nos conceda lo que pedimos.

"En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y en que seáis mis discípulos. Como el Padre me amó, así también yo os he amado: perseverad en mi amor: si guardareis mis mandamientos, perseveraréis en mi amor, así como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre y estoy en su amor. Estas cosas os he dicho para que mi gozo esté en vosotros, y para que vuestro gozo sea cumplido". (vv. 8-11)

Crisóstomo In Ioannem hom., 75.

Manifiesta después el Señor que todos los que le tendían asechanzas, arderían no permaneciendo en Cristo. Mas también explica que ellos mismos serán inexpugnables (para que así den mucho fruto), diciendo: "En esto ha sido glorificado mi Padre". Equivale a decir: si ha de ser para gloria del Padre el que vosotros fructifiquéis, no despreciará el Padre su propia gloria. Porque el que da fruto, es discípulo de Cristo. Por lo que añade: "Para que seáis hechos mis discípulos".

Teofilacto.

Los frutos de los apóstoles son las naciones que por su enseñanza han sido convertidas a la fe y conducidas a la gloria de Dios.

San Agustín In Ioannem tract., 82.

Lo mismo se dice con glorificado que con clarificado: Lo uno y lo otro viene de una palabra griega que quiere decir gloria. Y debo aducir esto para que no lo atribuyamos a gloria nuestra, como si lo tuviéramos por nosotros mismos. Es una gracia de El, y, por tanto, la gloria corresponde a El, no a nosotros. ¿Por quién, si no, producimos el fruto, sino por Aquel cuya misericordia nos favorece? De aquí que añade: "Como mi Padre me amó a mí, así yo a vosotros": ved de dónde nacen nuestras buenas obras. ¿De dónde debían proceder sino de la fe, que se obra por el amor? Al decir "Como me amó mi Padre así yo a vosotros", no manifiesta igualdad de naturaleza entre El y nosotros (como la que hay entre El y su Padre), sino la gracia, por la cual es mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo. Se muestra mediador en aquello que dice: "Mi Padre me amó, y yo os amo", porque el Padre nos ama también, pero en El.

Crisóstomo ut supra.

Si, pues, el Padre os ama, confiad; si es para gloria del Padre, fructificad. Después, para excitar su diligencia, continúa: "Permaneced en mi amor". Cómo ha de hacerse esto, lo explica diciendo: "Si guardareis mis preceptos".

San Agustín ut supra.

¿Quién duda que el amor ha de preceder a la guarda de los preceptos? Porque el que no ama no tiene base para la observancia de los preceptos; y así, esto que dice no es para asentar la razón de donde el amor nace, sino por donde se manifiesta, para que nadie se engañe diciendo que lo ama sin observar sus preceptos. Aunque al decir "Permaneced en mi amor" no aparece a qué amor alude, si al que debemos tenerle, o al que El nos tiene. Sin embargo, bien se conoce por las anteriores palabras "Yo os he amado". Y en seguida

dice: "Permaneced en mi amor", a saber, en el que El les profesaba. ¿Qué otra cosa significa "Permaneced en mi amor", sino en mi gracia? ¿Y qué otra cosa expresa cuando dice "Si guardareis mis preceptos permaneceréis en mi amor", sino el signo por donde hemos de conocer cuándo le amamos, a saber, cuando guardamos sus mandamientos? No los observamos para que El nos ame; antes, sin su amor no podríamos observarlos. Esta es la gracia visible para los humildes, oculta para los soberbios. Mas ¿por qué continúa "Como yo he observado los preceptos del Padre, y he permanecido en su amor"? En efecto, aquí el amor del Padre es el que el Padre le profesa. ¿Y por esto también se ha de entender como gracia el amor del Padre hacia el Hijo, como lo es el del Hijo hacia nosotros? No, porque nosotros somos hijos por gracia, no por naturaleza, y el Hijo lo es por naturaleza, no por gracia. ¿Puede esto referirse al Hijo como hombre? Ciertamente, porque al decir "Como me amó mi Padre a mí, yo a vosotros", demuestra la gracia del mediador. Pero Cristo es mediador entre Dios y los hombres, no en cuanto Dios, sino en cuanto hombre. También puede decirse con justicia que si bien la naturaleza humana no pertenece a la naturaleza de Dios, sí pertenece a la persona del Hijo de Dios por medio de la gracia, que no tiene otra ni mayor ni ciertamente igual. En efecto, ningún mérito del hombre precedió a la gracia de la Encarnación, sino que por el contrario todo mérito suyo empezó a partir de ella.

Alcuino.

Qué preceptos recomienda, lo dice el Apóstol (Flp 2,8): "Cristo se hizo obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz".

Crisóstomo In Ioannem hom., 76.

Como después su alegría había de verse interrumpida por la futura pasión y las ofensas, prosigue: "Os he dicho estas cosas para que mi alegría resida en vosotros"; como diciendo: aunque la tristeza venga, yo la destruiré para convertirla en gozo.

San Agustín In Ioannem tract., 83.

¿Qué gozo es éste que Cristo inspira en nosotros, sino el dignarse recibirlo por nosotros? ¿Y qué gozo será ése que nosotros logramos, sino el tener parte con El? Ya El tenía un gozo perfecto cuando se alegraba con la presciencia y predestinación nuestra. Pero aquel gozo no estaba en nosotros porque nosotros aún no existíamos. Empezó a existir en nosotros cuando nos llamó. Llamamos con propiedad nuestro a este gozo, porque mediante él seremos bienaventurados, y empezando por la fe de los que renacen, llegará a su perfección cuando alcancemos el premio de la resurrección.

"Este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros como yo os amé. Ninguno tiene mayor amor que éste, que es poner su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hiciereis las cosas que yo os mando. No os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; mas a vosotros he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre. No me elegisteis vosotros a mí, mas yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y que permanezca vuestro fruto, para que os dé el Padre todo lo que le pidiereis en mi nombre". (vv. 12-16)

Teofilacto.

Como había dicho "Si guardáis mis mandamientos", explica cuáles sean éstos, diciendo: "Amaos los unos a los otros", etc.

San Gregorio In Evang hom. 27.

Estando todas las palabras del Señor llenas de preceptos, ¿por qué hace del amor como un especial mandato, sino porque en el amor radica todo mandato? ¿No pueden todos los preceptos reducirse a uno, supuesto que todos se basan en la caridad? Porque así como de un solo tronco nacen muchas ramas, así también muchas virtudes se derivan de la caridad. Y no tiene lozanía la rama de las buenas obras, si no está en el tronco de la caridad. Los preceptos del Señor son muchos, en cuanto a la diversidad de las obras, pero se unifican todos en su tronco, que es la caridad.

San Agustín In Ioannem tract., 83.

Donde la caridad está, ¿qué es lo que puede faltar? En donde ella no existe, ¿qué puede haber de provecho? Pero este amor debe distinguirse del que los hombres se profesan como hombres. Por eso dice: "Como yo os he amado". ¿Para qué nos amó Cristo, sino para que pudiésemos reinar con El? Amémonos mutuamente también con este designio, distinguiendo nuestro amor del de aquellos que no se aman para que Dios sea amado. Estos no se aman verdaderamente, y, al contrario, aquellos se aman con verdad, cuyo amor busca el amor de Dios.

San Gregorio ut supra.

La prueba de la verdadera caridad consiste principalmente en que se ame hasta a los enemigos, porque la Verdad padeció hasta el suplicio de la cruz. Aun allí profesó amor a sus perseguidores, diciendo (Lc 23,34): "Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen"; llegando al colmo este amor cuando añade: "Nadie tiene mayor amor que éste, que es poner su vida por sus amigos", para enseñarnos que no sólo puede convertirse en provecho nuestro la saña de nuestros enemigos, sino también que éstos deben reputarse como amigos.

San Agustín In Ioannem tract., 84.

Como antes había dicho "Este es mi precepto, que os améis mutuamente como yo os he amado", es lógico lo que el mismo San Juan dice en una epístola: "Así como Cristo

puso su vida por nosotros, así nosotros debemos ponerla por nuestros hermanos" (1Jn 3,16). Esto hicieron los mártires con ferviente amor, y por esto no los conmemoramos en el altar para pedir por ellos, sino para que ellos pidan por nosotros, a fin de que sigamos sus huellas. Y al presentarse de tal suerte a sus hermanos, no hicieron otra cosa que manifestar las gracias que habían recibido en el altar.

San Gregorio ut supra.

¿Quién no dará a su hermano la túnica en tiempo de paz, debiendo dar la vida por él durante la persecución? Nútrase en los tiempos de bonanza la virtud de la caridad, por medio de la misericordia, para que sea invencible en la borrasca.

San Agustín De Trin. lib. 88.

Con un mismo amor amamos a Dios y a los hombres, pero a Dios por Dios, a nosotros y al prójimo por Dios. Y siendo los dos preceptos de la caridad en los que toda la ley está contenida (el amor de Dios y el del prójimo), no sin fundamento suele poner la Escritura, en muchos lugares, el uno por el otro. Porque es lógico que el que ama a Dios haga lo que Dios manda, y así ame al prójimo porque Dios lo manda. Por esto continúa: "Vosotros seréis amigos míos, si hacéis lo que os mando".

San Gregorio Moralium 27, 12

El amigo es como el guardián del alma, y por tal razón se llama amigo de Dios el que cumple su voluntad guardando los preceptos.

San Agustín In Ioannem tract., 80.

¡Gran dignación! No pudiendo ser bueno un siervo que no cumpliere los preceptos de su señor, aquí da a conocer con el nombre de amigos a los que se hicieren dignos de ser buenos siervos. Porque puede ser siervo y amigo el que es siervo bueno. En qué sentido debamos tomar que es siervo y buen amigo el que es siervo bueno, lo explica cuando dice: "Yo no os llamaré siervos, porque el siervo ignora lo que hace su señor". ¿Es que ya no seremos siervos cuando seamos siervos buenos? ¿Acaso el señor no confía sus secretos al siervo bueno y probado? Es que, así como hay dos temores, hay también dos servidumbres: hay un temor que el amor perfecto expele fuera, y con el cual sale juntamente la servidumbre, y hay otro más honesto que permanece eternamente. A la primera servidumbre se refería el Señor diciendo: Ya no os diré siervos; "no os llamaré en adelante siervos sino amigos porque el siervo ignora", etc. No habla de aquel siervo temeroso y honesto de quien dice San Mateo: "Alégrate, siervo bueno; entra en el gozo de tu señor" (Mt 25,21); sino de aquel, dominado de temor servil, del que dice San Juan en otro lugar: "El esclavo no permanece siempre en la casa, pero el hijo sí" (Jn 8,35). Porque si nos dio libertad para hacernos hijos de Dios, seamos hijos, no esclavos, para que de un modo admirable los que somos siervos podamos dejar de serlo. Y para conseguirlo confesaréis que es Dios quien lo hace. Esto es lo que ignora aquel siervo que no confiesa que lo hace su Señor, y que cuando hace algo bueno, así se enorgullece como si fuera obra suya y no de su Señor, y se atribuye la gloria a sí mismo, y no a Dios. Y sigue: "A vosotros llamé amigos, porque os he manifestado todo lo que oí de mi Padre".

Teofilacto.

Como si dijera: El siervo desconoce los designios de su señor, pero a vosotros, a quienes trato como amigos, os he comunicado mis secretos.

San Agustín In Ioannem tract., 85.

¿Cómo se ha de entender que manifestó a sus discípulos todo lo que oyó de su Padre? Callándose todo aquello que sabía que sus discípulos no podían comprender, pero descubriéndoles todo lo que cabe en la plenitud de ciencia, de la que dice el Apóstol a los de Corinto: "Entonces conoceré como soy conocido" (1Cor 13,12). Porque así como esperamos la inmortalidad del cuerpo, así también debemos esperar el conocimiento futuro de todo lo que el Unigénito oyó del Padre.

San Gregorio In Evang hom 27.

O que todo lo que oyó de su Padre y quiso revelar a sus siervos, son los gozos de la caridad interior y las fiestas de la patria celestial que diariamente presienten las almas en sus transportes de amor, pues cuando amamos lo que se nos dice del cielo, conocemos ya lo que amamos, porque el conocimiento es el amor. Todo, pues, se lo había revelado a los Apóstoles, porque desasidos de los deseos terrenos, ardían en llamas de amor divino.

Crisóstomo In Ioannem hom., 76.

En fin, les dice todo lo que les convenía saber, diciendo que manifiesta lo que ya da a entender: que no habla de nada que no sea del Padre.

San Gregorio ut supra.

Pero todo aquel que tenga el honor de ser llamado amigo de Dios, no atribuya a méritos propios la dignidad que siente en sí. Por esto dice: "No sois vosotros quienes me elegisteis, sino que yo os elegí".

San Agustín In Ioannem tract., 86.

¡He aquí una gracia inefable! ¿Qué éramos cuando aún no éramos cristianos, sino unos perversos y perdidos? Pues ni aun habíamos creído en El para que nos eligiese; porque si eligió a los creyentes, El los hizo creyentes para elegirlos. No tiene aquí lugar aquella vana argumentación de que Dios nos eligió antes de la creación, porque previó, no que El nos haría buenos, sino que nosotros lo seríamos por nosotros mismos. Y ciertamente que si Dios nos hubiera elegido porque previó que seríamos buenos, también habría previsto entonces que nosotros lo habíamos de elegir primero a El. Porque ésta es la única manera en que podemos ser buenos, a no ser que sea llamado bueno el que no elige lo bueno. ¿Qué es, pues, lo que eligió de entre aquello que no era bueno? No basta que digas: "fui elegido porque ya creía", porque si creías en El ya lo habías elegido. Ni tampoco digas, "antes de creer ya obraba bien, y por eso fui elegido", porque ¿qué obra puede ser buena antes de tener fe? ¿Qué hemos de decir, pues, sino que éramos malos, y fuimos elegidos para que fuésemos buenos por gracia del que nos eligió?

San Agustín De praedest Sanct cap. 17.

Han sido, pues, elegidos antes de la creación, por el acto de predestinación que Dios previó que ejecutaría más adelante, aquellos que fueron llamados del mundo por aquella

vocación que Dios predestinó y cumplió. Porque a aquellos que predestinó, a aquellos llamó (Rm 8,30).

San Agustín In Ioannem tract., 83.

Y ved cómo no es que elegía a los buenos, sino que a los que eligió hizo buenos. Y continúa: "Y os puse para que vayáis y recojáis el fruto" (Jn 15,5). Y éste es el fruto de que ya había dicho: "Sin mí nada podéis hacer". El mismo es el camino en que nos puso para que vayamos.

San Gregorio ut supra.

Yo os puse, (a saber, en gracia), planté para que vayáis (queriendo, porque el querer es el marchar del alma), y recojáis el fruto trabajando. Cuál es el fruto que deban llevar, lo indica cuando añade: "Y vuestro fruto permanezca". Porque todo lo que trabajamos en este siglo, apenas dura hasta la muerte, y llegando ésta, corta el fruto de nuestro trabajo. Pero lo que se hace por la vida eterna, aun después de la muerte dura, y entonces empieza a aparecer, cuando ya dejan de verse las obras de la carne. Produzcamos, pues, tales frutos, que permanezcan, y que la muerte, que todo lo acaba, sea el principio de su duración.

San Agustín ut supra.

Nuestro fruto es el amor que ahora vive en el deseo, pero no en la satisfacción; y por este mismo deseo nos dará el Padre cuando pidiéremos en nombre de su Hijo Unigénito, por lo que sigue: "Y cuanto pidiereis al Padre en mi nombre". Nosotros pedimos en nombre del Salvador esto que pertenece al orden de la salvación.

"Esto os mando, que os améis los unos a los otros. Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a mí antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo: mas porque no sois del mundo, antes yo os escogí del mundo, por eso os aborrece el mundo. Acordaos de mi palabra, que yo os lo he dicho: El siervo no es mayor que su Señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros: si mi palabra han guardado, también guardarán la vuestra. Mas todas estas cosas os harán por causa de mi nombre: porque no conocen a Aquél que me ha enviado". (vv. 17-21)

San Agustín In Ioannem tract., 86.

Había dicho el Señor: "Os puse para que vayáis y recojáis el fruto" (Jn 15,16). Nuestro fruto es la caridad y el precepto de este fruto nos dice: "Esto os mando: que os améis mutuamente". Por lo que dice el Apóstol: "El fruto del espíritu es la caridad" (Gal 5,22), y todo lo demás lo presenta como consecuencia de este principio. Con razón, pues, recomienda respectivamente el amor como la única virtud, sin la cual de nada pueden aprovechar las demás, ni puede adquirirse sin las demás obras con las que el

hombre se hace bueno.

Crisóstomo In Ioannem hom., 76.

O de otro modo: Yo he dicho que sacrifico mi vida por vosotros, y que yo os he elegido primero. Esto no lo he dicho reprendiéndoos, sino para atraeros al amor de unos a otros. Y después, como era difícil sufrir la persecución y los ultrajes de la muchedumbre, les enseñó que no conviene lamentarse, sino alegrarse, por lo que añade: "Si el mundo os aborrece, sabed que primero me aborreció a mí". Como si dijera: Sé que esto es duro, pero por mí lo soportaréis.

San Agustín In Ioannem tract., 87.

¿Por qué los miembros se han de encumbrar sobre la cabeza? Rehusas pertenecer al cuerpo, si te niegas a sufrir el odio del mundo con el que es tu cabeza. Por el amor, pues, debemos padecer el aborrecimiento del mundo, pues es necesario que nos aborrezca a los que ve que no queremos lo que él ama. Por esto dice: "Si fuerais del mundo, éste amaría lo que era suyo".

Crisóstomo ut supra.

Como el padecer por Cristo no era para ellos bastante consuelo, dejando este motivo añadió otro, enseñándoles que es una prueba de santidad el ser aborrecido del mundo; y es de lamentar el ser amado de él, porque sería prueba de nuestra perversidad.

San Agustín ut supra.

Esto lo dice a toda la Iglesia, a la que con frecuencia llama mundo, según aquel pasaje de San Pablo a los de Corinto (2Cor 5,19): "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo". Todo el mundo, pues, es la Iglesia, y todo el mundo aborrece a la Iglesia. El mundo detesta al mundo: el mundo enemigo, al mundo convertido; el mundo condenado, al mundo salvado; el mundo corrompido, al mundo purificado. Es, pues, de preguntar, si los malos persiguen también a los malos, como cuando los reyes y jueces impíos, a pesar de ser perseguidores de los buenos, castigan también a los homicidas y adúlteros. Y ¿cómo debe entenderse lo que el Señor dice: "Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo que es suyo", sino porque el mundo está en aquellos que castigan los delitos y en los que los cometen? El mundo, pues, aborrece lo que es suyo en la parte que castiga a los delincuentes. Y aun lo que es suyo en aquella que favorece a los crímenes. Si se quiere saber cómo se ama a sí mismo el mundo de perdición que aborrece la redención: amando con falso, no con verdadero amor, porque ama lo que le perjudica. Aborrece la naturaleza y ama el vicio. Esta es la razón por qué se nos prohibe amar lo que él ama y se nos manda amar lo que él aborrece. En fin, debemos detestar en él el vicio y amar lo natural. Y para que no perteneciesen a este mundo reprobado, fueron por lo mismo los discípulos elegidos; no por sus méritos (porque ninguna obra buena había precedido de parte suya) ni tampoco por naturaleza (la cual enteramente había sido viciada en su misma raíz) sino por gracia. Y así dice: Pero como no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece.

San Gregorio Super Ezech hom. 9.

La censura, pues, de los malos es la aprobación de nuestra vida, porque ya se deja

ver que algo participamos de la justificación, cuando empezamos a ser desagradables a aquellos que no agradan a Dios, pues nadie agrada en una misma cosa a Dios y a sus enemigos. Porque niega ser amigo de Dios aquel que complace a su enemigo, y es considerado como un adversario por los enemigos de la verdad, aquel que somete su razón a la misma verdad.

San Agustín ut supra.

Exhortando, pues, el Señor a los discípulos a llevar con paciencia el aborrecimiento del mundo, no podía presentarles ejemplo mayor ni más perfecto que el de sí mismo, y por esto dice: "Acordaos de la palabra que os dije: No es el siervo mayor que su señor: si a mí me persiguen, también a vosotros os perseguirán", etc.

Glosa.

Los mismos los observaron para calumniarlos, conforme aquello del salmo: "El pecador observó al justo" (Sal 36,12).

Teofilacto.

O de otro modo: si persiguieron al Señor, mucho más perseguirán a sus siervos. Si no lo hubieran perseguido, sino que hubiesen guardado su palabra, también guardarían la vuestra.

Crisóstomo In Ioannem hom., 76.

Como si dijera: Conviene que no os turbéis, si participáis de mis sufrimientos, porque no sois vosotros más que yo.

San Agustín ut supra.

En donde dice "No es el siervo mayor que su Señor" (Sal 18) se refiere al siervo temeroso y honesto o santo, que permanece constante en este siglo.

Crisóstomo ut supra.

Después dulcifica la pena añadiendo que el Padre sufre con ellos desprecio cuando ellos son injuriados. Y por esto añade: "Pero todas estas cosas harán con vosotros a causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió".

San Agustín ut supra.

¿Qué es lo que significa todo esto, si las palabras que dijo, a saber, "Tendrán odio, perseguirán y despreciarán mi doctrina" expresan otra cosa? ¿Qué quiere decir sino que por mi nombre tendrán odio contra vosotros, me perseguirán en vuestras personas, y menospreciarán vuestra palabra porque es doctrina mía? Tanto, pues, serán más desgraciados los que por odio a este santo nombre obran así, cuanto más bienaventurados son los que por este nombre padecen. Los malos observan también la misma conducta con los malos, pero unos y otros son réprobos: los que castigan y los castigados. ¿Cómo, pues, pueden ser verídicas estas palabras: "Todo esto harán con vosotros por causa de mi nombre", siendo así que ellos no obran así por el nombre de Cristo, esto es, por la justicia, sino por su propia perversidad? Esta cuestión se resuelve del modo siguiente: Si se refiere todo a los justos, como se haya dicho: "Todo esto padeceréis por mi nombre"; las palabras por mi nombre, se han de entender como si dijera: "Por mi nombre", que en vosotros aborrecieron, y por la justicia que odiaron en

vosotros. Del mismo modo, bien puede aplicarse a los buenos, cuando persiguen a los malos por amor de la justicia y odio a la iniquidad de los mismos malos. Y por eso añadió: "Porque no conocen al que me envió", según aquella ciencia que dice: En conocerte a ti consiste la sabiduría perfecta.

"Si no hubiera venido ni les hubiera hablado no tendrían pecado: mas ahora no tienen excusa de su pecado. El que me aborrece, también aborrece a mi Padre. Si no hubiese hecho entre ellos obras, que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; mas ahora ya las han visto, y me aborrecen a mí, y a mi Padre. Mas porque se cumpla la palabra que está escrita en su Ley: Que me aborrecieron de grado". (vv. 22-25)

Crisóstomo In Ioannem hom., 76.

Añade el Señor otro consuelo a sus discípulos, manifestándoles cuán injustamente sufrirán tales cosas El y sus discípulos. Por esto dice: "Si no hubiese venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado", etc.

San Agustín In Ioannem tract., 89.

Jesucristo habló a los judíos, no a otras naciones. En ellos, pues, quiso que se entendiera, el mundo que aborrece a Cristo y a sus discípulos. Y aun demostró que no sólo los judíos, sino que también nosotros mismos pertenecemos a este mundo. ¿Por ventura los judíos a quienes Jesucristo habló estaban sin pecado antes de que viniese en carne? Pero no quiere que se entienda en general toda clase de pecados, sino cierto gran pecado. Este los comprende todos, y al que no lo tuviere todos se le perdonan. Este es, pues, el de que no creyeron en Cristo; que para esto vino, para que se crea en El. Si no hubiera venido, no tendrían este pecado. Su venida, pues, cuanto es saludable a los creyentes, tanto es ruinosa a los que no creen. Sigue: "Ahora, pues, no tienen excusa de su pecado". Puede suscitarse la cuestión si tendrán excusa de pecado aquellos a quienes no vino y habló Cristo. Si, pues, no tienen excusa de su pecado, ¿por qué se ha dicho aquí que no tienen excusa porque vino y les habló? Y si la tienen, ¿por qué no han de ser libres de la pena o tratados con menor rigor? A esto respondo que éstos tienen excusa, no de todos los pecados, sino del pecado suyo, porque no creyeron en Cristo. Pero no son de este número aquellos a quienes vino Cristo por medio de sus discípulos, pues no merecen menor pena los que no quisieron de ningún modo recibir la ley en cuanto a ellos atañía y la negaron rotundamente. Esta excusa pueden alegarla los que antes de predicarse el Evangelio fueron sorprendidos por la muerte; pero no podrán evitar la condenación todos aquellos que pudieron ser salvos por el Salvador, que había venido a buscar lo que había perecido. Todos, sin ningún género de duda, perecerán, aunque pueda presumirse que unos padecerán mayor pena que otros. Se entiende que perece todo aquel que es castigado con la separación de la bienaventuranza que Dios da a sus santos. Es tanta la diversidad de penas, cuanta la diversidad de pecados; lo cual se comprende o se explica mejor por la infinita sabiduría de Dios que por conjetura humana.

Crisóstomo In Ioannem hom., 76.

Como objetaba y decía públicamente que lo perseguían por causa de su Padre, dice para destruir su excusa: "Quien me aborrece, también aborrece a mi Padre".

Alcuino.

Así como el que ama al Hijo, ama al Padre (porque así es uno el amor del Padre y del Hijo, como es una su naturaleza), del mismo modo, el que aborrece al Hijo aborrece al Padre.

San Agustín In Ioannem tract., 90.

Si había dicho antes "No conocen a Aquel que me envió" (Jn 15,21), ¿cómo pueden haber aborrecido a quien no conocen? Pero si aborrecieron a Dios, no como es El mismo, sino como sospechan o creen que es, no es éste a quien aborrecieron, sino la errada sospecha o vana credulidad que concibieron. Pero si lo comprenden como es, ¿cómo pueden decir que no lo conocen? Respecto a los hombres, puede suceder que amemos o aborrezcamos a aquellos que nunca vimos, por lo bueno o malo de que tienen fama, ¿pero cómo se puede llamar desconocido aquel de quien tenemos íntimo conocimiento? En verdad, no se nos comunica su semblante corporal, pero se nos patentiza su conocimiento cuando son públicas su vida y costumbres. De otro modo, ni a sí mismo se conocería quien no pudiera ver su semblante. Pero con frecuencia nuestra credulidad se engaña respecto de los demás, porque algunas veces la historia, y mucho más la fama, mienten. A nosotros nos toca (para que no seamos engañados por una falsa opinión), ya que no podemos escudriñar la conciencia de los hombres, formar concepto seguro por sus hechos. Cuando, pues, no se yerra en las cosas, para que sea acertado el concepto de los vicios y virtudes, si hay equivocación en los hombres, el error es perdonable. Por lo demás, puede suceder que un hombre bueno aborrezca a otro bueno; es decir, no como es, sino como piensa que es; o más bien que lo ame como bueno ignorando lo que es. Así, puede suceder que un hombre injusto aborrezca a un hombre justo, y, sin embargo, creyéndole injusto, le ame, no por esto, sino porque le juzgue que es como él. Del mismo modo, pues, que los hombres, así actúa Dios. Si preguntáramos a los judíos si amaban a Dios, responderían que sí, no creyendo mentir sino equivocándose en la opinión. ¿Pero cómo podrían amar al Padre de la Verdad los que aborrecen la Verdad? Ellos no quieren ser condenados por su conducta, y esto es verdad. Tanto es, pues, lo que ellos aborrecieron la Verdad, cuanto odiaron las penas con que se castiga tal pecado. Pero ignoran que la verdad es aquella que condena a los que como ellos son. Y como ellos ignoran esta verdad nacida de Dios y por la que son condenados, resulta que desconocen al mismo Dios Padre.

Crisóstomo ut supra.

Así, pues, no tienen excusa de su pecado, ya por la doctrina que Jesucristo les enseñaba, ya por los milagros con que la confirmaba, según la Ley de Moisés, que mandaba a todos obedecer a quien tales cosas decía y hacía, tan conducentes a la piedad y a la manifestación del Autor de tan grandes maravillas. Por eso añade: "Si no hubiera hecho las obras que ningún otro hizo, no tendrían pecado".

San Agustín In Ioannem tract., 91.

He aquí el pecado: el de no haber creído su predicación y sus milagros. Pero ¿por qué añade que ningún otro hizo? Ninguna de las obras de Cristo aparece mayor que la de

la resurrección de los muertos, lo cual sabemos que lo hicieron los antiguos profetas. Esto lo hizo Elías (1Re 17) y también Eliseo (2Re 4), viviendo en carne y aun muerto y enterrado. Hizo, sin embargo, Cristo algunas cosas que ninguno otro hizo cuando alimentó a cinco mil hombres con cinco panes, cuando marchó sobre las aguas y comunicó a Pedro el mismo poder, cuando convirtió el agua en vino, cuando abrió los ojos del ciego de nacimiento, y otras muchas que sería largo el recordar. Se nos contesta que otros hicieron cosas que ni El mismo ni otro alguno hizo. ¿Quién, sino Moisés, dividiendo el mar, salvó al pueblo, lo alimentó con el maná en el desierto e hizo manar agua de la roca? ¿Quién sino Josué suspendió las corrientes del río Jordán para que pasara el pueblo, y paró al sol en su carrera? ¿Quién otro que Eliseo sepultado, con el contacto de su cadáver volvió a la vida a otro cadáver? Paso por alto los demás milagros, porque éstos bastan para demostrar que otros santos obraron maravillas que nadie más hizo. Pero no se lee de ninguno de los antiguos que curara tantos vicios, graves enfermedades y mortales molestias, con tanto poder. Pero aun callando los que particularmente curó con su autoridad a los que se le iban presentando, dice San Marcos, que doquiera que entraba en villas y ciudades, ponían a los enfermos en las plazas y le rogaban que al menos les permitiera tocar la orla de su vestido, y cuantos la tocaban curaba. Esto ninguno otro lo hizo en ellos. Así ha de entenderse entonces por qué dice: "en ellos"; no 'entre ellos' o 'en presencia de ellos', sino precisamente "en ellos": porque los curó a ellos. Pues ningún otro tal milagro hizo en ellos, porque cualquiera otro hombre que hizo alguno de aquellos, no los hizo por sí, sino en nombre de Jesús, que fue quien los hizo, no ellos. Pero si esto lo hizo el Padre y el Espíritu Santo, no fue otro quien lo hizo, porque las tres personas son una sola sustancia. Estos beneficios debieron excitar al amor, no al odio, y esto es lo que echándoles en cara dice: "Ahora, pues, que vieron, me aborrecieron".

Crisóstomo ut supra.

Esto lo dice para que sus discípulos no lo reconvengan: ¿por qué pues, nos has metido en tantos compromisos? ¿Acaso no previste la oposición y el odio? Pero les contesta con la profecía que sigue: "Para que se cumpla la palabra que está escrita en su Ley".

San Agustín ut supra.

Algunas veces se cita con el nombre de Ley todo el Antiguo Testamento y Sagradas Escrituras. Y así, dice el Señor "Está escrito en su Ley", cuando se lee en los salmos.

San Agustín In Ioannem tract., 91.

Dice su Ley, no por ellos hecha, sino a ellos impuesta. Aborrece, pues, gratuitamente el que no busca en el odio ninguna ventaja, ni huye de ninguna incomodidad. Así aborrecen los impíos a Dios, y así lo aman los justos; de modo que nada esperan fuera de El, pues El es todo para ellos en todas las cosas.

San Gregorio Moralium 25, 26

Una cosa es no hacer el bien, y otra aborrecer al Autor de los bienes. Así como también es una cosa pecar por precipitación, y otra con ánimo deliberado. Suele suceder

con frecuencia amar el bien y por debilidad no poderlo ejecutar. El pecar de propósito, es lo mismo que no amar ni hacer el bien. Así, pues, siempre es más grave amar el pecado que perpetrarlo, como también es peor aborrecer la justicia que dejarla de practicar. En la Iglesia hay muchos que no sólo no practican el bien, sino que lo persiguen, y detestan en los demás lo que ellos desprecian hacer. El pecado de éstos no es de debilidad o ignorancia, sino de mala intención.

"Pero cuando viniere el Consolador que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de Verdad que procede del Padre, El dará testimonio de mí. Y vosotros daréis testimonio porque estáis conmigo desde el principio". (vv. 26-27)

Crisóstomo In Ioannem hom., 76.

Podrían los discípulos decirle al Señor: Si oyeron de ti palabras que nadie dijo, si vieron en ti milagros que ningún otro hizo, y sin embargo, no creyeron; si aborrecieron a tu Padre y a ti con El, ¿cómo nos envías y cómo nos han de creer? Para que, pues, no se turben con este pensamiento, los consuela diciéndoles: "Cuando viniere el Paráclito que yo enviaré, etc., El dará testimonio de mi.

San Agustín In Ioannem tract., 92.

Como si dijera: Me aborrecieron y mataron a los que dieron testimonio de mí; pero será tal el testimonio que de mí dará el Paráclito, que hará creer en mí a los que no me vieron. Así como El dará testimonio de mí, así vosotros lo daréis en vuestros corazones y en vuestra predicación. El, inspirando y vosotros haciendo oír vuestra voz. Porque vosotros, que habéis estado conmigo desde el principio, podréis predicar lo que conocéis, lo cual no hacéis ahora porque no tenéis aún la plenitud de aquel Espíritu. La caridad de Dios, difundida en vuestros corazones por el Espíritu Santo, os dará valor para dar testimonio. El Espíritu Santo, dando testimonio y mucho valor a los testigos, libró del temor a los amigos de Cristo, y convirtió en amor el odio de sus enemigos.

Dídimo De Spiritu sancto.

El Espíritu Santo, que cuando viene se llama Consolador, tomando el nombre de los efectos que produce. Porque no sólo libra de toda perturbación a aquellos que encuentra dignos de sí, sino que les infunde un gozo increíble; porque se apodera la alegría celestial del corazón de aquellos en quien se alberga. Este Espíritu consolador, es enviado por el Hijo, no por ministerio de los ángeles, ni de los profetas, ni de los apóstoles, sino que es enviado por la sabiduría y verdad de Dios, como conviene que sea enviado el Espíritu de Dios, que posee una naturaleza indivisa con la misma sabiduría y verdad. En efecto, el Hijo enviado por el Padre no se separa ni divide de El, permaneciendo en El y teniéndolo en sí mismo, sin que el Espíritu Santo, enviado por el Hijo de la manera antes dicha, salga del Padre ni cambie de uno en otro lugar. Porque así como el Padre no se detiene en parte alguna, porque es sobre toda naturaleza corporal, del mismo modo el Espíritu de verdad no se encierra en extensión de lugar, porque es incorpóreo y superior a toda criatura racional.

Crisóstomo ut supra.

No dijo Espíritu Santo, sino Espíritu de verdad, para demostrar que es digno de fe. Dice también que procede del Padre, es decir, que conoce con toda certeza todas las cosas, del mismo modo que hablando de sí mismo: "Porque conocí de dónde vengo y a dónde voy".

Dídimo Lib. 2 tomo 9 inter. Op. Hieron.

El pudo decir de Dios o del Todopoderoso, pero nada de esto citó, sino que dijo del Padre; no porque el Padre sea otro que el Dios Omnipotente, sino porque el Espíritu de verdad, según la propiedad e inteligencia del Padre, procede de El. Enviando, pues, el Hijo al Espíritu de verdad, lo envía juntamente el Padre, viniendo el Espíritu por la misma voluntad del Padre y del Hijo.

Teofilacto.

Por otra parte se dice "en verdad que el Padre envía al Espíritu" y cuando dice "ahora" el Hijo que lo enviará, demuestra la igualdad de poder. Pero no se crea que significa resistencia con el Padre como enviando al Espíritu Santo en virtud de otro poder, y por eso añade: "Del Padre", para expresar que El recibe del Padre y da con El mismo la misión. Cuando oyes que procede, no creas que la procesión sea aquella misión extrínseca, por la cual son enviados los espíritus administradores, sino que llama procesión una propiedad diferente, excelente y reservada, atribuida sólo al Espíritu principal. La procesión del Espíritu no es otra que el origen de Aquel que le da el ser; y así no es necesario entender que la palabra proceder es enviar, sino lo mismo que recibir la esencia de la naturaleza del Padre.

San Agustín In Ioannem tract., 99.

Tal vez se le ocurra a alguno preguntar si también el Espíritu Santo procede del Hijo. El Hijo es sólo del Padre, y el Padre lo es sólo del Hijo, pero el Espíritu Santo no es Espíritu de sólo uno, sino de los dos. Alguna vez dice Jesucristo: "Espíritu de vuestro Padre, que habla en vosotros" (Mt 10,20), y dice el Apóstol: "Envió Dios al Espíritu del Hijo a vuestros corazones" (Gal 4,6). Creo que, por esto mismo, se llama propiamente Espíritu, porque si se nos pregunta acerca de cada una de las Personas, no podemos sino llamar espíritu tanto al Padre como al Hijo. Este nombre, pues, que corresponde a cada una de las Personas y a todos en común, convino que fuera dado a Aquel que no es ni el Padre ni el Hijo, sino la mancomunidad de los dos.¿Por qué, pues, no hemos de creer que también del Hijo procede el Espíritu Santo siendo también Espíritu del Hijo? Si no procediera de El no hubiera soplado sobre sus discípulos después de la resurrección, diciéndoles: "Recibid el Espíritu Santo" (Jn 20,22). Es necesario creer que ésta es la virtud de que habló el evangelista: "Salía de El una virtud que a todos curaba" (Lc 6,19). Si, pues, el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, ¿por qué dijo el Hijo: "del Padre procede", sino porque acostumbraba a referir incluso lo que es de sí mismo a Aquél de quién El mismo procede? Por esto dijo: "Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me envió" (Jn 7,16). Si, pues, se entiende como doctrina suya la que, sin embargo, dijo no ser suya, sino de su Padre, con cuánta mayor razón debe entenderse que el Espíritu Santo procede de El mismo, cuando dice "Del Padre procede" y no añade: 'no procede de mí'. De allí le viene al Hijo el ser Dios; de donde le viene el proceder de El el Espíritu Santo. Así se entiende por qué no se dice que el Espíritu Santo nace, sino que procede; porque si fuese también Hijo, sería forzoso considerarlo como Hijo de los dos, lo cual sería absurdísimo. No hay hijo que no nazca sino de dos seres, padre y madre. Pero lejos de nosotros el suponer semejante cosa entre Dios Padre y Dios Hijo. Porque ningún hijo de padres humanos procede al mismo tiempo de padre y de madre; porque en el

instante en que procede del padre al seno materno, no procede entonces de la madre. El Espíritu Santo no procede del Padre al Hijo, y luego del Hijo para santificar las criaturas, sino que procede a un mismo tiempo del uno y del otro. Y tampoco podemos decir que el Espíritu Santo no sea vida, siendo vida el Padre y vida el Hijo. Y por esto, así como el Padre tiene vida en sí mismo, y dio al Hijo que tuviera vida en sí mismo, así dio que la vida procediera del Hijo, como procede también de El mismo.

CAPÍTULO 16

"Esto os he dicho para que no os escandalicéis. Os echarán de las sinagogas: mas viene la hora en que cualquiera que os mate, pensará que hace servicio a Dios. Y os harán esto, porque no conocieron al Padre ni a mí. Mas esto os he dicho, para que cuando viniese la hora, os acordéis de ello, y que yo os lo dije. No os dije estas cosas al principio porque estaba con vosotros". (vv. 1-4)

San Agustín, in Ioannem, tract. 93

Después de haberles prometido el Espíritu Santo, cuya operación los convertiría en testigos, añadió: "Esto os he dicho para que no os escandalicéis". Cuando la caridad de Dios es infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado (Rm 5,5), nace mucha paz en los que aman la ley de Dios (Sal 118,165), para que en ellos no haya escándalo. Después, declarando lo que habrían de padecer, dijo: "Os echarán de las sinagogas".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 77

Ya habían dispuesto que si alguno confesaba a Cristo fuese expulsado de la sinagoga.

San Agustín, ut supra

¿Qué daño les resultaba a los Apóstoles de que los expulsaran de las sinagogas, si ellos las habían de dejar aunque nadie los despidiera? Esto quiso decir que los judíos no recibirían a Cristo, de quien los Apóstoles no se habían de separar. Porque como no había otro pueblo de Dios sino el que era de la estirpe de Abraham, si éste hubiera reconocido a Cristo no hubieran existido por un lado Iglesias de Cristo y por otro sinagogas de los judíos. Y por cuanto no creyeron, ¿qué restaba sino que los que permanecían alejados de Cristo, echaran de la sinagoga a los que no dejaron a Cristo? Después de decirles esto, añadió: "Pero se acerca la hora en que cualquiera que os mate, crea que presta un servicio a Dios". Cuyas palabras profirió como en sentido de consuelo para aquellos que serían expulsados de las sinagogas. ¿Acaso la separación de las sinagogas, había de ser causa de tanto sentimiento que prefirieran morir antes que vivir separados de los judíos? Lejos la idea de que así se consternasen los que no buscaban la gloria humana, sino la de Dios. He aquí el sentido de estas palabras: Ellos os echarán de las sinagogas, pero no temáis la soledad, porque separados de la comunión de ellos reuniréis tan gran número de creyentes en mi nombre, que temerosos ellos de que quede desierto su templo y abandonados los sacramentos y todo lo de la antigua Ley, os maten creyendo prestar un servicio a Dios, llevados de celo indiscreto por la gloria de Dios y no según la sabiduría. Esto debemos entender que fue dicho por los judíos de quienes ya había dicho "Os echarán de las sinagogas". Si bien los testigos, esto es, los mártires de Cristo, fueron muertos por los gentiles, no creyeron éstos, sin embargo, que ofrecían un homenaje a Dios, sino a sus dioses falsos. Pero los judíos cuando matan a los predicadores de Cristo, creen prestar un homenaje a Dios, juzgando que los que se convierten a Cristo apostatan del Dios de Israel. Estos, pues, poseídos del fanatismo, no

guiados por la sabiduría, mataban a los creyentes, pensando hacer un servicio a Dios.

Crisóstomo, ut supra

Después procura consolarles, diciendo: "Esto harán con vosotros, porque no conocieron al Padre ni a mí"; como si dijera: Basta para vuestro consuelo el saber que padecéis esto por mí y por mi Padre.

San Agustín, ut supra

Para que estos males no cogieran su ánimo desprevenido y de improviso, pues aunque habían de pasar pronto podrían ser causa de desaliento, continuó diciendo para prevenirles: "Os he dicho esto, para que, cuando llegare la hora de ellos", etc.: la hora de ellos tenebrosa y nocturna. Pero la noche de los judíos, separada del día, no oscureció el de los cristianos.

Crisóstomo, in Ioannem, ut supra

También predijo esto por otro motivo, a saber, para que no dijeran que no había previsto el porvenir. Y esto significan las palabras "Acordaos que os lo dije", y no pudieran alegar que sólo les había anunciado lo que podía halagarles. Y porque no lo había dicho desde el principio, les da esta razón: "Esto no lo dije desde el principio, porque estaba con vosotros". Estabais bajo mi protección y podíais preguntarme cuanto quisierais, y sostenía yo toda la lucha, por lo que era superfluo el deciros esto al principio, y si lo callé no es porque me fuera desconocido.

San Agustín, in Ioannem, tract. 94

Pero hay otros tres evangelistas que refieren que esto lo predijo antes de la cena, concluida la cual dijo esto, como atestigua San Juan. Tal vez se resuelva esta cuestión con decir que aquéllos refieren que esto lo dijo próximo a la pasión, no al principio cuando estaba con ellos. Pero San Mateo afirma que, no sólo cercano a la pasión, sino que desde el principio había dicho esto. ¿Qué quieren decir, pues, estas palabras, "Esto desde el principio no lo dije", etc., sino lo que aquí dice del Espíritu Santo, que ha de venir sobre ellos, y ha de dar testimonio de los trabajos que han de padecer? Esto, desde el principio, no lo dijo porque estaba con ellos y los consolaba con su presencia. Habiéndose, pues, de ausentar, era conveniente que dijera que vendría Aquel (el Paráclito) que, difundiendo en sus corazones el Espíritu de caridad, predicarían con confianza la palabra de Dios.

Crisóstomo, ut supra

Les predijo también que padecerían toda clase de aflicciones, pero no añadió que su muerte sería considerada como culto tributado a Dios, que era lo que más podía aterrarles; o bien porque había dicho antes lo que les harían sufrir los gentiles, añadió aquí lo que harían los judíos.

"Y ahora voy a Aquél que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta ¿a dónde vas? Antes, porque yo os he dicho estas cosas, la tristeza ha ocupado vuestro corazón, mas yo os digo la verdad: que conviene a vosotros que yo me vaya, porque si no me fuere no vendrá a vosotros el Consolador: mas si me fuere, os lo enviaré, y cuando El viniere argüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, ciertamente porque no han creído en mí; y de justicia, porque voy al Padre y ya no me veréis; y de juicio, porque el príncipe de este mundo ya está juzgado". (vv. 5-11)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 78

Como los discípulos aún no eran perfectos, les asaltó la tristeza; y el Señor, reprendiéndoles, les alentó diciendo: "Y ahora voy a Aquel que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta ¿a dónde vas?" Y era que como habían oído que cualquiera que los matara creería hacer un servicio a Dios, se acobardaron de tal manera que no le hablaban palabra. Por eso dice: "Porque os he dicho esto, la tristeza se ha apoderado de vuestro corazón", etc. No es pequeño consuelo saber que Dios conocía su gran tristeza por su abandono, por los trabajos que les había dicho que habían de pasar, y que no sabían si los podrían soportar varonilmente.

San Agustín, in Ioannem, tract., 94

O bien porque anteriormente le habían preguntado a dónde se iría, y les había respondido "que ellos no podrían ir a donde El iría", ahora que les asegura que se va, ninguno le pregunta a dónde, y por esto dice: "Y ninguno de vosotros me pregunta ¿dónde vas?" etc. Al irse el Señor al cielo no le preguntaron con palabras, sino que le acompañaron con su mirada. Pero veía el Señor el efecto que en sus corazones hacían sus palabras. Puesto que no tenían aún el consuelo interior del Espíritu Santo que habían de recibir, temían perder lo que exteriormente veían en Cristo. Además, puesto que el Señor siempre decía la verdad, no cabía que dudasen de que los iba a dejar. Así pues, el humano cariño los entristecía, y por esto les dijo: "Porque os he dicho esto, la tristeza se ha apoderado de vuestro corazón", etc. Pero El conocía qué era lo que más les convenía, porque la visión interior con que el Espíritu Santo había de consolarles, era mejor. Por esto añadió: "Pero os digo, en verdad, que os conviene que yo me vaya", etc.

Crisóstomo, ut supra

Como si dijera: Aunque os contristéis mil veces, os conviene oír que es útil que yo me aparte de vosotros. Y la razón por qué conviene, la manifiesta diciendo: "Si no me ausentara, el Paráclito no vendrá a vosotros".

San Agustín, De Trin, 1, 9

Esto lo dijo, no porque medie desigualdad entre el Verbo de Dios y el Espíritu Santo, sino porque la presencia del Hijo del hombre entre ellos, era un obstáculo a la infusión de sus dones, porque el que había de venir no era menor, pues no se anonadó como el Hijo tomando forma de siervo (Flp 2), y convenía que desapareciese de los ojos de ellos la

forma de siervo, en la que sólo consideraban a Cristo a quien veían. Por lo que dice: "Si yo marcho, os lo enviaré".

San Agustín, in Ioannem, tract., 94

Acaso, estando El aquí, ¿no podía enviarlo? Sabemos que vino y permaneció sobre El en el bautismo, y aun sabemos que nunca se separó de El. ¿Por qué, pues, el decir "Si no me fuere, el Paráclito no vendrá a vosotros", sino porque no podéis recibir el Espíritu Santo, cuando persistís en no conocer a Cristo sino según la carne? Separándose Cristo corporalmente, vino a ellos espiritualmente, no sólo el Espíritu Santo, sino que también el Padre y el Hijo.

San Gregorio, Moralium, 8, 17

Como si claramente dijera: Si no sustraigo mi cuerpo de vuestras miradas, no alimentaré invisiblemente vuestro espíritu con el Consolador Espíritu Santo.

San Agustín, De verb Dom. Serm. 60

Esta bienaventuranza nos trajo el Espíritu Santo: que, separada de nuestros ojos de carne la forma de siervo que tomó en el vientre de la Virgen, pueda contemplarle la agudeza de nuestra inteligencia purificada en la misma forma de Dios, con la que es igual al Padre, conservando al mismo tiempo aquella en que se dignó aparecer en carne.

Crisóstomo, ut supra

¿Qué es lo que aquí dicen los que no opinan del Espíritu Santo como se debe? ¿Es normal que se vaya el señor para que venga el siervo? Mas para demostrar cuál sea la utilidad de la venida del Espíritu Santo, añade: "Y cuando vendrá argüirá al mundo de pecado" etc.

San Agustín, in Ioannem, tract., 95

¿Por ventura Cristo no arguye al mundo? O ¿acaso porque Jesucristo no habló más que con la nación judía, no argüirá al mundo? Pero el Espíritu Santo ¿no arguyó acaso, no sólo a una nación, sino a todo el mundo por medio de sus discípulos esparcidos por todo el orbe? ¿Y habrá quien se atreva a decir que es el Espíritu Santo y no Cristo quien arguye por medio de los discípulos de Cristo, cuando clamaba el Apóstol: "¿Acaso queréis experimentar si es Cristo el que en mí habla?" (2Cor 13,3). Cristo es, pues, quien arguye a los que arguye el Espíritu Santo. Pero dijo "El argüirá al mundo", como si dijera: El derramará la caridad en vuestros corazones. Así, pues, depuesto todo temor, tendréis libertad para reprender. Después explica lo que había dicho, del siguiente modo: "De pecado ciertamente, porque no creyeron en mí". Y citó este pecado como el mayor de todos, porque perseverando éste los demás son retenidos, y desapareciendo éste todos son perdonados.

San Agustín, De verb Dom. Serm. 61

Pero hay gran diferencia entre creer que es Cristo y creer en Cristo, pues que es Cristo, hasta los demonios lo creyeron. Pero cree en Cristo quien espera en El y le ama.

San Agustín, in Ioannem, tract., 95

Es acusado el mundo de pecado, porque no cree en Cristo, al mismo tiempo que los creyentes son acusados de justicia, porque la comparación entre los fieles es la

reprobación de los infieles. "Y de justicia, porque voy al Padre", y dado que el sentido de la palabra infidelidad se acostumbra a usar en el sentido que expresa la pregunta: ¿cómo creemos aquello que no podemos ver?, conviene, pues, definir en qué consiste la justicia de los que creen. Y esto queda expresado en la frase: "Porque voy al Padre, ya no me veréis". Bienaventurados, pues, los que no ven y creen. Porque los que vieron a Cristo no merecieron alabanza por su fe, porque creían lo que veían, esto es, al Hijo del hombre, pero sí en cuanto creían lo que no veían, esto es, al Hijo de Dios. Pero cuando desapareció de su presencia la forma de siervo, entonces se verificó completamente la palabra: "El justo vive de la fe" (Rm 1,17). Consistirá, pues, vuestra justicia, de la que acusará al mundo, en que creeréis en mí, a quien no veréis; y cuando me viereis como ahora, no me veréis del modo que estoy con vosotros, esto es, no me veréis mortal, sino eterno. Al decir, pues, "ya no me volveréis a ver", profetizó que en adelante ya nunca le verían.

San Agustín, De verb Dom. serm. 61

O de otro modo: ellos no creyeron que iba al Padre y éste fue su pecado. Pero del Señor fue la justicia. Porque si fue misericordia el venir del Padre a nosotros, fue justicia el volver al Padre, según aquellas palabras del Apóstol: "Porque Dios le exaltó" (Flp 2,9). Pero si vuelve solo al Padre, ¿qué bien nos resulta a nosotros? No va solo, porque Cristo es uno con todos sus elegidos, así como la cabeza con el cuerpo. El mundo es acusado de pecado en aquellos que no creen en Cristo, y de justicia en los que resucitan como miembros de Cristo. Sigue: "De juicio, pues, porque el príncipe de este mundo ya está juzgado". Esto es, el diablo, príncipe de los inicuos, que en su corazón no viven sino en este mundo, al que aman. En esto mismo que el diablo fue echado fuera, juzgado está, y éste es el juicio del cual el mundo es acusado, porque se lamenta en vano del diablo, el que no quiere creer en Cristo; y juzgado, esto es, echado fuera, le es permitido atacarnos desde fuera para ejercitar nuestra virtud y vencerle en el martirio, no sólo los varones, sino que también las mujeres, los niños, y hasta las tiernas doncellas.

San Agustín, in Ioannem, tract., 95

Juzgado está, porque fue condenado irrevocablemente al fuego eterno. En este juicio está condenado el mundo, porque está juzgado con su príncipe, a quien imita en soberbia e impiedad. Crean, pues, los hombres en Cristo, para que no sean acusados del pecado de infidelidad, con el cual son retenidos todos los demás pecados; pasen al número de los fieles para que no sean argüidos de justicia por aquellos a quienes, justificados, no imitan; y guárdense del futuro juicio para que no sean condenados con el príncipe del mundo, a quien imitan.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 78

O de otro modo: acusará al mundo de pecado, esto es, desechará toda excusa y probará que pecaron los que no creyeron en El, cuando vieron que el Espíritu Santo derramaba sus dones inefables a la invocación de su nombre.

San Agustín, De quaest. Nov. et vet testam, qu. 89

También el Espíritu Santo acusa al mundo de pecado, porque el nombre del

Salvador, que es reprobado por el mundo, obra maravillas. El Salvador, después de guardada la justicia, no temerá volver a Aquel que le envió, y por su regreso probará de dónde vino, y por eso dice: "Y de justicia, porque voy al Padre".

Crisóstomo, ut supra

Ir al Padre será un argumento de que observaba vida irreprensible, para que no pudieran decir: "Este hombre es pecador y no es de Dios" (Jn 9,24). También porque combatía al enemigo (porque de ser pecador no lo hiciera) no podrán decir que soy seductor y tengo demonio. Y por cuanto fue en fin condenado por mí, sabrán que pueden hollarle con sus pies, y verán manifiestamente mi resurrección porque mi enemigo no pudo impedirla.

San Agustín, ut supra

Viendo los demonios subir las almas de los infiernos a los cielos, conocieron que el príncipe de este mundo había sido ya juzgado como reo en la causa del Salvador, y condenado a perder lo que retenía. Esto, en verdad, se vio manifiestamente en la ascensión del Salvador, y fue manifestado claramente a sus discípulos en la venida del Espíritu Santo.

"Aún tengo que deciros muchas cosas: mas no las podéis llevar ahora. Mas cuando viniere aquel Espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad. Porque no hablará de sí mismo: mas hablará todo lo que oyere, y os anunciará las cosas que han de venir. El me glorificará; porque de lo mío tomará y lo anunciará a vosotros. Todas cuantas cosas tiene el Padre, mías son. Por eso os dije: que de lo mío tomará, y lo anunciará a vosotros". (vv. 12-15)

Teofilacto

Como había dicho el Señor "Os conviene que yo vaya", lo explica más diciendo: "Todavía tengo que deciros muchas cosas, pero no podéis comprenderlas".

San Agustín, in Ioannem, tract., 97

Todos los herejes se valen de esta palabra para encubrir sus atrevidas invenciones (aun las que más horror causan a la humana razón) apoyándose en esta sentencia evangélica; como si sus sistemas se hallaran comprendidos en aquello mismo que los discípulos no pudieron entonces comprender y les hubiera inspirado el Espíritu Santo aquello que el espíritu inmundo se avergüenza de enseñar y predicar públicamente. Pero hay cosas malas que no puede soportar el decoro humano, y otras buenas que no sabe comprender la limitada razón del hombre. El mal es el que reside en los espíritus impuros y el bien el que aparta a aquel de todo ser viviente. ¿Quién, pues, de nosotros se atreverá a creerse de aquellos que comprenden las cosas que otros no pueden alcanzar? Y, por tanto, ni aun de mí debe esperarse que las diga. Pero alguno dirá: mas ahora hay muchos que pueden oír lo que entonces Pedro no podía comprender. Así por ejemplo, muchos pueden ser coronados por el martirio, especialmente después de enviado el Espíritu Santo, lo que entonces, cuando el Espíritu no había venido aún, Pedro no podía. Concedamos que muchos puedan por esta razón, enviado ya el Espíritu Santo, comprender lo que no pudieron los discípulos antes de la venida del Espíritu Santo. ¿Acaso sabemos qué es lo que Jesucristo no quiso decir? ¿Puede alguno de nosotros decir qué es lo que calló? Me parece muy absurdo que el Señor no pudiera haber comunicado a los discípulos aquellos altísimos misterios que hallamos luego en los escritos apostólicos, así como es absurdo también que de haberlo hecho el Señor, no quedara recogido en dichos escritos. Los heresiarcas no pueden tolerar en las Santas Escrituras nada de lo que confirma la fe católica y condena sus errores, como de los maniqueos, sabelianos y arrianos, así como nosotros no podemos sufrir sus vanas teorías. Porque ¿qué es no poder tolerar una cosa sino el no tener paciencia para sufrirla? ¿Y qué fiel hay, aunque sea catecúmeno, que antes de recibir el Espíritu Santo por el bautismo no lea y oiga con gusto, aunque no lo entienda, lo que ha sido escrito después de la Ascensión del Señor? Dirá tal vez alguno: ¿No hay varones espirituales que en materia de doctrina oculten algo a los que son carnales y lo comuniquen a los que son espirituales? En verdad que no hay ninguna necesidad de que se oculte como secreta la doctrina a los fieles que no la pueden comprender, y se la enseñe a los de mayor

capacidad, pero de ningún modo los hombres espirituales deben callar por la fe católica las cosas espirituales a los mundanos. Porque a todos se deben predicar, pero sin discutirlas tan difusamente que para hacerlas comprender a los que no tienen capacidad, más pronto les fastidien con sus sermones que les hagan comprender la verdad. Y tampoco se sospecha qué secretos serían los que pudiéndose enseñar no pudieran ser comprendidos por los discípulos, a no ser que aquello mismo que en materia de religión cualquiera de los hombres comprendamos, quisiera el Señor decírnoslo en la misma forma que habla a los ángeles. Porque entonces, aun los hombres espirituales, como aun no eran los apóstoles, ¿cómo lo podrían comprender? Porque aun aquello que puede saberse de la creación es mucho menos que el creador, y sin embargo, ¿quién no lo invoca? Siendo así que todos le reconocen ¿quién es que lo comprenda como es? ¿Quién, viviendo en carne mortal, puede comprender toda la verdad? Cuando dice el Apóstol: "en parte sabemos" (1Cor 13,9), pero es porque el Espíritu Santo hace que lleguemos a la plenitud de su conocimiento, de la que el mismo Apóstol dice: "Entonces cara a cara"; no como en esta vida, sino hasta la perfección, según el Señor nos prometió diciendo: "Pero cuando viniere el Espíritu de verdad, os enseñará y os ilustrará en toda verdad". De cuya promesa sacamos en consecuencia que su plenitud nos está reservada para la otra vida. Pero entre tanto el Espíritu Santo enseña espiritualmente a los fieles cuanto cada uno es capaz de comprender, y excita en sus corazones mayores deseos.

Dídimo, l. 2, tom. 9, inter op. S. Hieron

También puede decir esto, porque los que le oían no habían comprendido todo lo que después podrían padecer por su nombre, comunicándoles algunas cosas y reservando aquellas de mayor importancia que no podrían comprender sin que su cabeza y Maestro les precediera en la enseñanza hasta morir en la cruz. Aun tomando por tipo la ley y las figuras que la simbolizan, no podían conocer la verdad. Pero cuando viniere el Espíritu de verdad os conducirá a toda verdad transportándoos con su doctrina y su misión de la letra que mata, al Espíritu que vivifica, en el cual está fundada toda la verdad de la Escritura.

Crisóstomo, ut supra

Porque, pues, había dicho ahora no podéis comprender (luego entonces podréis), y como el Espíritu Santo os guía en toda verdad, para que los oyentes no crean que es mayor el Espíritu Santo, añadió: "Porque El no hablará por sí mismo".

San Agustín, in Ioannem, tract., 99

Esta palabra es semejante a la que dijo de sí mismo: "No puedo hacer nada por mí mismo, sino que como oigo juzgo" (Jn 5,30); pero decimos que esto puede entenderse respecto a su naturaleza humana. Pero, como el Espíritu Santo no ha venido a ser creatura asumiendo la naturaleza humana, ¿de qué modo hemos de entender esto? Debemos entender que El no existe por sí mismo. Pues, el Hijo es engendrado por el Padre, y el Espíritu Santo procede. Pero la diferencia entre engendrar y proceder, en este asunto, sería demasiado larga de explicar, y de dar ahora alguna definición ésta podría ser juzgada de precipitada. "Hablará todo lo que oyere". Pues, para el Espíritu Santo oir es saber; y saber es ser. Puesto que no es por sí mismo, sino que es por quien procede y le

viene la esencia. De ese mismo modo tiene la ciencia, y la capacidad de oír, que es nada menos que la ciencia que posee. El Espíritu Santo, pues, siempre oye porque la ciencia que posee es eterna. Así, pues, de quien El procede, oyó, oye y oirá.

Dídimo, ut supra

"No hablará por sí mismo" esto es, sin mí y sin la voluntad mía y de mi Padre; porque El no existe por sí mismo, sino por el Padre y por mí. El existir y el hablar le viene del Padre y de mí. Yo hablo la verdad, esto es, le inspiro lo que hablo y así es el Espíritu de verdad. Decir, sin embargo, y hablar en la Trinidad no es según nuestro modo de entender, sino según la forma incorporal de las naturalezas, y especialmente de la Trinidad, que inspira su voluntad en el corazón de los creyentes que son dignos de oír su voz. El Padre hablando y el Hijo escuchando, significan el consentimiento que resulta de la identidad de naturaleza. Pero el Espíritu Santo, que es Espíritu de verdad y de sabiduría no puede, cuando habla el Hijo, oír lo que no sabe antes, en atención a lo que sale del Hijo, esto es, la Verdad procediendo de la Verdad, el Consolador emanando del Consolador, Dios Espíritu de verdad procediendo de Dios Padre e Hijo. En fin, para que nadie le separe de la voluntad y unión del Padre y del Hijo, está escrito: "Pero lo que oirá, hablará".

San Agustín, De trin. 2, 13

De aquí no se concluye que el Espíritu Santo sea menor, porque se ha dicho que procede del Padre.

San Agustín, in Ioannem, tract., 99

Ni tampoco llame la atención el que se use el verbo en tiempo futuro, porque la palabra "oirá" es eterna, porque eterna es la ciencia. Y en aquello que es eterno sin principio ni fin, no se falta a la verdad en cualquier tiempo que se use el verbo. Pues aunque aquella naturaleza inmutable no admita el fue ni el será, sino que tan sólo es, sin embargo, no faltamos a la verdad cuando decimos fue, es y será. Fue, porque nunca faltó; será, porque nunca faltará; es, porque siempre es.

Dídimo, ut supra

El Espíritu de verdad concede a varones santos conocimiento cierto de sucesos futuros, por lo que los profetas, llenos de este mismo Espíritu, anunciaron como si estuvieran viendo lo que después había de suceder. Por eso dice: "Os anunciará lo que ha de venir".

Beda

Es cierto que muchos, llenos de la gracia del Espíritu Santo, conocieron lo que había de venir. Pero porque muchos brillan en virtudes y, sin embargo, no saben lo que ha de suceder, suele entenderse esta palabra: "Os anunciará lo que vendrá". Esto es, os recordará los gozos de la patria celestial. Pero a los Apóstoles les predijo desgracias como las que padecerían por confesar a Jesucristo; pero también los premios que por estos males recibirían.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 77

De este modo levantó el espíritu de los discípulos. Porque como nada es tan grato al

género humano como el saber las cosas futuras, les libró de este cuidado anunciándoles que serían peligrosas, para que no incurrieran en falta por su descuido. En seguida, para enseñarles qué quiere decir lo que El llamó toda verdad, a la que os guiará el Espíritu Santo, añadió: "El me glorificará".

San Agustín, in Ioannem, tract., 100

Infundiendo en el corazón de los creyentes la caridad y haciéndolos espirituales, les declaró de qué modo el Hijo es igual al Padre, a quien antes tan sólo habían conocido en carne, y le consideraban hombre como a los demás hombres. En verdad que llenos de confianza y depuesto el temor a impulsos de la caridad anunciaron a Cristo a los hombres, y así se extendió su fama por todo el orbe de la tierra. Pues lo que habían de hacer guiados por el Espíritu Santo, fue lo mismo que el Espíritu Santo dijo que harían.

Crisóstomo, ut supra

Y porque el Señor había dicho "Uno es vuestro Maestro, Cristo" (Mt 23), a fin de que recibieran al Espíritu Santo, añadió: "Porque de mí lo recibirá".

Dídimo, ut supra

Recibir aquí, según la divina naturaleza, debe entenderse: a la manera que el Hijo dando no se priva de lo que da, ni favorece a otro en daño propio, así el Espíritu Santo no recibe lo que antes no tuvo; porque si recibió lo que primero no tenía, trasladando a otro el don, se quedaba sin él. Conviene entender que el Espíritu Santo recibe del Hijo lo que constituye su naturaleza, y que no son dos sustancias: una que da y otra que recibe, sino una sola sustancia. Del mismo modo, el Hijo recibe del Padre la misma sustancia que en ambos subsiste: ni es el Hijo otra cosa que todo aquello que recibe de su Padre, ni el Espíritu Santo es otra sustancia que la que recibe del Hijo.

San Agustín, ut supra

El Espíritu Santo no es, como afirman ciertos herejes, menor que el Hijo, porque el Hijo reciba del Padre y el Espíritu Santo del Hijo, como naturaleza de diferente grado. Resolviendo, pues, la cuestión, añade: "Todo lo que tiene el Padre es mío".

Dídimo, ut supra

Como si dijera: aunque el Espíritu de verdad proceda del Padre, sin embargo, por cuanto todo lo que tiene el Padre es mío, también el Espíritu es mío, y de mí recibe.Debe cuidarse, sin embargo, de que al decir esto, no se juzgue que se trata de alguna propiedad que posee el Padre diferente del Hijo. Lo que tiene el Padre según su sustancia (esto es: eternidad, inmutabilidad, bondad), de la misma manera lo tiene el Hijo. Lejos de nosotros los lazos de los dialécticos, que dicen: luego el Padre es el Hijo. Porque si dijesen: "todo cuanto tiene Dios es mío", tendría la impiedad motivo para hablar así; pero diciendo "Todo lo que tiene el Padre es mío", al pronunciar el nombre Padre se declaró Hijo, porque el Hijo no usurpó la paternidad, aunque por gracia de adopción sea padre de muchos santos.

San Hilario, De Trinit. lib. 8

El Señor no nos dejó en la duda de si el Espíritu Paráclito procedía del Padre o del Hijo. Pues, recibe del Hijo aquel que es por El enviado, y procede del Padre. Y preguntó:

¿es lo mismo recibir del Hijo que proceder del Padre? Ciertamente que se considerará una misma cosa recibir del Hijo como si se recibiese del Padre, porque el mismo Señor dijo que todo lo que tenía el Padre era suyo. Al afirmar esto y añadir que ha de recibir de lo suyo, enseñó que las cosas recibidas venían del Padre, y que eran dadas, sin embargo, por El, porque todas las cosas que son de su Padre son suyas. Esta unión no admite diversidad ni diferencia alguna de origen entre lo que ha sido dado por el Padre y lo que ha sido dado por el Hijo.

"Un poco, y ya no me veréis; y otro poco, y me veréis: porque voy al Padre". Entonces, algunos de sus discípulos se dijeron unos a otros: "¿Qué es esto que nos dice un poco, y no me veréis, y otro poco, y me veréis: porque voy al Padre?" Y decían, "¿Qué es esto que nos dice, un poco? No sabemos lo que dice". Y entendió Jesús que le querían preguntar, y les dijo: "Disputáis entre vosotros de esto que dije: un poco, y no me veréis; y otro poco, y me veréis. En verdad, en verdad os digo: Que vosotros, lloraréis y gemiréis, mas el mundo se gozará; y vosotros estaréis tristes, mas vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer cuando pare está triste, porque viene su hora: mas cuando ha parido un niño, ya no se acuerda del apuro por el gozo, de que ha nacido un hombre en el mundo. Pues también vosotros ahora ciertamente tenéis tristeza, mas otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazón y ninguno os quitará vuestro gozo". (vv. 16-22)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 79

Después que el Señor había reanimado a sus discípulos con la promesa del Espíritu Santo, volvió a angustiar su corage, diciendo: "Un poco, y ya no me veréis". Hizo esto para acostumbrarles a llevar con resignación su ausencia, hablándoles de cosas tristes, pues a quien en palabras se ha ejercitado en esto, le resultarán mas llevaderos los hechos.

Beda, in hom 1, Dom 2, post oct. Paschae

Dice, pues: "Un poco, y ya no me veréis", porque fue detenido en aquella noche, crucificado en la mañana, y sepultado en la tarde, desapareciendo de la vista de todos.

Crisóstomo, ut supra

Pero si se considera atentamente, no deja de ser de un consuelo la palabra "Porque voy al Padre", pues esto era la declaración de que no perecería, sino que su muerte sería un tránsito, y aun acrecentó este consuelo cuando añadió: "Y otro poco, y me veréis", dando a entender que volvería y que la separación sería corta, y continua su presencia con ellos.

San Agustín, ut supra

Estas palabras del Señor eran oscuras para los discípulos, antes de cumplirse, y por eso los discípulos se preguntaron mutuamente: "¿Qué es esto que nos dice: Un poco y ya no me veréis; y otro poco, y me veréis porque voy al Padre?"

Crisóstomo, ut supra

Esto no lo entendían, o bien por la tristeza que producía en sus corazones lo que oían, o bien por la oscuridad con que se anunciaba y les parecían contradictorias dos cosas que no lo eran. A saber: Si te veremos ¿cómo te vas? Y si te vas ¿cómo te veremos? Por eso dicen: "¿Qué es esto que nos dice, un poco? No sabemos lo que dice".

San Agustín, ut supra

Como anteriormente no les había dicho: "Un poco" sino "Voy al Padre", les pareció

que hablaba claramente. Pero ahora les parece aquello confuso, mas al presente ya es para nosotros claro lo que entonces parecía oscuro y después se descubrió. Porque poco después el Señor fue crucificado, y ya no le vieron; poco después resucitó, y le vieron. Dijo entonces "Y ya no me veréis", porque en adelante ya no volvieron a ver a Jesucristo en carne mortal.

Alcuino

O de otro modo: Poco, es el tiempo que pasará sin verme; esto es, los tres días que descansó en el sepulcro. Y también será poco el que me veréis; esto es, aquellos cuarenta días en que con frecuencia se les apareció después de su pasión, hasta su ascensión. Y por esto me veréis aquel corto tiempo, porque voy al Padre, pues no permaneceré corporalmente en la tierra, sino que subiré al cielo con la humanidad que tomé.

Sigue: "Conoció el Señor que querían preguntarle, y les dijo: Discutís entre vosotros porque me habéis oído decir: Un poco y no me veréis. En verdad, en verdad os digo, que vosotros lloraréis y gemiréis". Conociendo el piadoso Maestro la duda de sus discípulos, les contestó exponiéndoles lo que había dicho.

San Agustín, ut supra

Lo cual puede entenderse de este modo: Como los discípulos se habían entristecido por la muerte del Señor, y alegrándose en seguida por su resurrección; por el contrario, el mundo (con cuyo nombre se entienden los enemigos por quienes Cristo fue muerto), se alegró por la muerte de Cristo, cuando los discípulos se afligieron. Por esto dice: "Pero el mundo se alegrará".

Alcuino

Esta palabra se aplica a todos los fieles que en virtud de las tribulaciones y lágrimas de esta vida caminan a los gozos de la eterna. El mundo se goza con las lágrimas de los justos, porque goza la presente vida sin esperar nada de la otra.

Crisóstomo, ut supra

Manifestando después cómo la tristeza, aunque breve, engendra el gozo, y éste es eterno, trae un ejemplo mundano, diciendo: "La mujer cuando ha de dar a luz se entristece, porque ha llegado la hora; pero cuando le nace un niño ya no se acuerda de su apuro por la alegría de que ha dado un hombre al mundo".

San Agustín, ut supra

Este símil no es difícil de entender, porque la comparación es manifiesta. Pues sigue: "Vosotros en verdad padecéis ahora tristeza, pero os volveré a ver y se alegrará vuestro corazón". El acto de dar a luz se compara a la tristeza, y el nacimiento al gozo, el cual suele ser mayor cuando nace niño y no niña. Pero continúa: "Y vuestro gozo nadie os lo quitará", porque el gozo de los mismos es Jesús y significa lo que dijo el Apóstol: "Cristo resucitando de los muertos, ya no muere" (Rm 6,9).

Crisóstomo, ut supra

También significa el ejemplo mencionado anteriormente, que Jesucristo quitó las angustias de la muerte y regeneró al hombre nuevo: y no dijo que ya no sentirían tribulación, sino que ni aun se acordarían de ella: ¡tanto es el gozo, que la sobrepasa! y

así será en los santos. Y no dijo: Porque ha nacido un niño, sino hombre, aludiendo disimuladamente a su resurrección.

San Agustín, ut supra

Acerca de la futura visión y gozo del que arriba se ha hablado, creo que debe entenderse mejor: "Un poco, y ya no me veréis": un poco es todo el tiempo de este mundo que pasa volando. Por esto añadió "porque voy al Padre", lo que debe referirse a las anteriores palabras que dijo: "Un poco, y ya no me veréis", no refiriéndose a las siguientes que dijo: "Un poco, y me veréis"; porque yendo al Padre había de suceder que no le vieran. Díjoles, pues: Un poco, y ya no me veréis", a los que entonces le veían corporalmente, porque yéndose al Padre, no le habían de ver en lo sucesivo en cuerpo mortal, como le veían cuando esto les decía. Pero lo que añadió: "Y otro poco, y me veréis", fue promesa hecha a la Iglesia. Este poco nos parece a nosotros muy largo, porque aun dura; pero cuando se concluya entonces comprenderemos que fue corto.

Alcuino

La mujer es la Santa Iglesia, por la fecundidad de sus buenas obras y porque engendra para Dios hijos espirituales. Esta mujer, mientras da a luz, esto es, mientras se afana en hacer progresar al mundo en la virtud y mientras es tentada y afligida por todas partes, se entristece porque llegó la hora de sus sufrimientos y porque nadie ha aborrecido su propia carne.

San Agustín, in Ioannem, tract., 101

Y sin embargo, en este gozo del parto no estamos tristes sino, según el Apóstol (Rm 12,12), con frecuencia alegres, porque esa misma mujer con quien somos comparados, se alegra más por la futura prole que lo que se entristece por el presente dolor.

Alcuino

Cuando hubiere dado a luz, esto es, cuando victoriosa de los trabajos de la pelea alcanzare la palma del triunfo, ya no se acuerda de los apuros pasados por el gozo de la recompensa recibida; "Porque ha nacido un hombre al mundo". Y así como la mujer se alegra de haber dado un hombre al mundo, así la Iglesia se llena de gozo cuando nace para el cielo el pueblo fiel.

Beda, ut supra

No debe parecer nuevo el que se dé el nombre de nacido al que deja el peregrinar terreno, porque así como se acostumbra a llamar nacido al que saliendo del seno materno entra en la luz de este mundo, así también puede llamarse nacido al que libre de los lazos de la carne se eleva a la luz eterna; por esta razón las solemnidades de los santos no se llaman muerte, sino nacimiento: da a luz

Alcuino

Aquello que dice: "Os veré otra vez", quiere decir, os uniré a mí mismo, u otra vez apareceré visible y se alegrará vuestro corazón.

San Agustín, ut supra

En este tiempo la Iglesia está con las labores, con anhelo al fruto de todas sus trabajos, pero en aquel momento dará a luz contemplandolo. Será también entonces, un

Niño, porque a tal fruto de su contemplación están referidas todas las obras de su actividad. Sólo El en verdad es libre, porque es deseado por sí mismo y no está referido a otra cosa. Para ésto sirve la actividad, que es realizada al servicio de El. En consecuencia, encontramos así el único fin que puede satisfacernos, porque será eterno, ya que ningún fin puede llenarnos plenamente sino el que se refiere a Aquel que no tiene fin. Por esta razón lo único que nos satisface es lo que oportunísimamente oímos: "Nadie os quitará vuestro gozo".

"Y en aquel día no me preguntaréis nada. En verdad, en verdad os digo: que os dará el Padre todo lo que le pidiereis en mi nombre. Hasta aquí no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido. Estas cosas os he hablado en parábolas. Viene la hora en que ya no os hablaré por parábolas: mas os anunciaré claramente de mi Padre. En aquel día pediréis en mi nombre, y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis, y habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre y vine al mundo: otra vez dejo el mundo, y voy al Padre". (vv. 23-28)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 78

Otra vez manifiesta el Señor que conviene que se marche, cuando dice: "En aquel día no me pediréis nada".

San Agustín, in Ioannem, tract., 101

La palabra rogar no sólo significa pedir, sino también preguntar, y según el Evangelio de los griegos, de donde está tomada, es un verbo que significa ambas cosas.

Crisóstomo, ut supra

Dice, pues: "En aquel día (a saber, cuando resucitaré) no me pediréis nada". Es decir, no me diréis (Jn 14,8): enséñanos al Padre, ni ¿a dónde vas? (v. 5) porque lo sabréis por el Espíritu Santo; o no me preguntaréis, es decir, no necesitaréis mediador para pedir, sino que bastará mi nombre con el que, invocado, lo recibiréis todo. Por eso dice: "En verdad, en verdad os digo". Con esto, pues, manifestó su poder, que sin ser visto, ni rogado, sino tan sólo nombrado ante el Padre, obra maravillas. No creáis, pues, que os abandono porque en adelante no estaré con vosotros; pues mi nombre os dará mayor fortaleza. Por eso dice: "Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre: pedid y recibiréis para que vuestro gozo sea completo".

Teofilacto

Vuestra alegría será completa cuando se os diere cumplidamente lo que pidáis.

Crisóstomo, ut supra

Como eran encubiertas las cosas que les había dicho, añadió: "Hasta ahora os he hablado en parábolas; pero ha llegado la hora en que ya no os hablaré con ellas". Esto es, vendrá el tiempo en que sabréis manifiestamente todas las cosas (hablaba del tiempo de su resurrección), y os manifestaré claramente las cosas de mi Padre. Y en verdad estuvo reunido con ellos por espacio de cuarenta días, hablándoles del reino de Dios. Y dice ahora: "Poseídos de temor no os fijáis en lo que se os dice; pero entonces, viéndome resucitado, podréis decirlo todo abiertamente".

Teofilacto

Todavía alienta más su confianza ofreciéndoles el auxilio del cielo en las tentaciones, y añade: "En aquel día pediréis al Padre en mi nombre"; y de tal modo os aseguro os

favorecerá mi Padre, que ni de mi mediación necesitaréis en adelante. Por esto continúa: "Y no os digo que yo rogaré al Padre", etc. Pero a fin de que no le abandonen, como si ya no le necesitaran, continúa: "Porque vosotros me amasteis"; como si dijera: Por esto os ama el Padre, porque vosotros me amasteis, y si os apartarais de mi amor, al instante decaeréis del de mi Padre.

San Agustín, in Ioannem, tract., 102

¿Acaso nos ama El porque nosotros le amamos, o más bien porque El nos ama, nosotros le amamos? Dice el evangelista San Juan: "Amemos nosotros, porque El nos amó primero" (1Jn 4,19). Nos ama, pues, el Padre, porque nosotros amamos al Hijo, habiendo recibido del Padre y del Hijo la gracia de que amemos al Padre y al Hijo. Amó El mismo lo que hizo, pero no hubiera hecho en nosotros lo que ama, si antes de hacerlo no nos amara.

San Hilario, De Trin., 1, 6

Así, pues, es innecesaria la mediación con el Padre cuando se tiene del Hijo la perfecta creencia de que salió del Padre y se le ama; y merece ser oído y amado el que confiesa que el Hijo salió de Dios y fue enviado por El. Por esto dice: "Y creísteis que de Dios salí". Esto lo dice de su nacimiento y de su venida, y así añade: "Salí del Padre y vine al mundo". Lo uno se refiere a su encarnación, y lo otro a su naturaleza divina. Porque el venir del Padre y salir del Padre no significa lo mismo, pues una cosa es salir de Dios en la substancia de su origen, y otra venir del Padre al mundo para consumar los misterios de nuestra redención. Y como el salir de Dios es poseer la sustancia de su nacimiento, ¿qué otro puede ser sino Dios?

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 78

Como les consolaba mucho la idea de la resurrección y le oían repetidamente que había salido del Padre y volvía al Padre, por esta razón insistió: "Yo dejo al mundo y vuelvo al Padre". Esto probaba que los discípulos creían perfectamente en El, por cuanto quedaban bajo su protección.

San Agustín, ut supra

Salió del Padre porque del Padre es, y vino al mundo para manifestar al mundo su humanidad tomada de la Virgen. El dejó el mundo y subió al Padre llevando con El su humanidad, pero sin abandonar al mundo de su presencia y gobernación; porque de tal modo vino al mundo al salir del Padre, que no se separó de su Padre. Pero leemos que nuestro Señor Jesucristo, después que resucitó, fue preguntado y rogado por sus discípulos al subirse al cielo, cuándo restablecería el reino de Israel. Y subido al cielo le pidió San Esteban que recibiera su alma: ¿y quién se atreverá a decir que no debe ser rogado siendo inmortal el que lo era siendo mortal? Parece que dice: En aquel día no me pediréis nada. No debe referirse esto al tiempo que resucitó, sino a aquel otro en que le veremos como es, cuya visión no gozaremos en esta vida temporal, sino en la eterna (1Jn 3), en la que ya nada pediremos ni preguntaremos, porque nada nos quedará que desear ni que saber.

Alcuino

Por eso dice: Entonces no me pediréis nada, pero si mientras permanecéis en esta triste peregrinación pidiereis a mi Padre, os dará. "En verdad, en verdad os digo que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará".

San Agustín, ut supra

La expresión "Si alguna cosa", no se entiende cualquier cosa, sino aquello que con relación a la vida eterna sirva de algo. Pues no debe pedirse en nombre del Salvador nada contrario a nuestra salvación, y la expresión "en mi nombre" no se ha de entender simplemente como suenan las letras o las sílabas, sino en el recto y verdadero sentido; porque el que no piensa de Cristo como Hijo Unigénito de Dios, no pide en su nombre, aunque pronuncie su nombre. Pues en su nombre pide quien le confiesa cuando pide y recibe lo que pide si no es contrario a su eterna salvación. Recibirá, pues, cuando deba recibir, porque hay cosas que no se niegan, pero se difieren hasta el tiempo oportuno. Así deben entenderse estas palabras, "Os dará", aquellos beneficios que convienen propiamente a los que piden. Son oídos por sí mismos todos los santos; pero no para todos, porque no se ha dicho de una manera indeterminada "dará" sino "El os dará", cuando usó de las siguientes palabras: "Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre". Esto puede entenderse de dos modos: o bien porque no pedisteis en mi nombre (porque no le conocíais como se debe), o porque pedisteis cosa que en comparación de lo que debisteis pedir, debe considerarse nada. Para que, pues, en su nombre no se pidan naderías, sino pleno gozo, añade: "Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo". Esto que dice de "pleno gozo" no se refiere a lo temporal, sino a lo espiritual; y cuando tan grande fuere que ya no sea posible añadirse nada, entonces será lleno.

San Agustín, De Trin. 1, 2

Es pleno gozo vuestro, que mayor no puede ser, gozar de Dios en la Trinidad, a cuya imagen hemos sido hechos.

San Agustín, in Ioannem, tract., 102

Todo el que pide, pues, lo que conduce a la consecución de este gozo, éste pide en nombre de Cristo y no ha sido defraudado por la misericordia divina ninguno de sus santos que han perseverado en pedir este bien; el que otra cosa pide, nada pide, no porque sea nula la petición, sino porque en asunto de tanta importancia es como nada.

Sigue: "Esto os lo dije en parábolas, pero ha venido ya la hora de hablaros no parábolas", sino que claramente "os anunciaré al Padre". Podría yo decir que esta hora de la que habla debe entenderse como aquella en la que le veremos claramente, como ha dicho el Apóstol, "cara a cara" (1Cor 12,12). O cuando dice "Esto os lo he dicho en parábolas" es lo que el Apóstol ha dicho "Nosotros le vemos como por enigma", como en un espejo, porque por el Hijo será visto el Padre "y ninguno conoce al Hijo, sino el Padre; ni nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y a quien el Hijo lo quisiere revelar" (Mt 11,27).

San Gregorio, Moralium 30, 8

El afirma que anunciará estas verdades acerca de su Padre manifiestamente, porque entonces por su naturaleza y majestad mostrará cómo no nació inferior a Aquel que le

engendró, y cómo el Espíritu del uno y del otro procede coeternamente de ambos.

San Agustín, ut supra

Pero esta versión parece contraria a lo que sigue: "En aquel día vosotros pediréis en mi nombre". ¿Pues qué hemos de pedir en el siglo futuro, cuando veremos saciado nuestro deseo de todo bien? El pedir es prueba de indigencia; pero debemos entender que Jesucristo convirtió a sus discípulos, de carnales en espirituales. El hombre animal así juzga cuando oye hablar de la naturaleza de Dios, como si se tratase de cosa corporal, y he aquí por qué le parecen parábolas cuanto dice la eterna sabiduría de la sustancia inmutable y corpórea, no porque crea tales parábolas, sino porque no las entiende. Pero cuando el hombre espiritual empieza a juzgar, aunque en esta vida vea como por espejo y en parte, sin embargo, sin los sentidos corporales ni pensamientos imaginarios sino por una exactísima percepción de su mente, comprende que Dios es Espíritu. Así, delante del Padre, es claramente anunciando por el Hijo que pertenece a su misma substancia y que ahora los que piden, piden en su nombre, porque las palabras que lo indican no son otra cosa que el nombre invocado. Estos pueden pensar que Nuestro Señor Jesucristo, en cuanto hombre, ruega por nosotros al Padre, y que en cuanto Dios, nos oye con el Padre, lo que creo quiso significar cuando dijo: "Y no os digo que rogaré por vosotros al Padre". Así es como debe entenderse, considerándolo espiritualmente; que el Hijo no ruega al Padre sino que con el Padre oye a los que le suplican.

Sus discípulos le dicen: "He aquí ahora hablas claramente y no dices ningún proverbio. Ahora conocemos que sabes todas las cosas, y no es menester que nadie te pregunte: en esto creemos que has salido de Dios". Jesús les respondió: "¿Ahora creéis? He aquí viene y ya es venida la hora en que seáis esparcidos cada uno por su parte, y me dejéis solo: mas yo no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Esto os he dicho, para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis apretura: mas tened confianza, que yo he vencido al mundo". (vv. 29-33)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 78

Como los discípulos se habían reanimado al oír que eran amigos del Padre, dijeron que entonces conocían que Jesucristo lo sabía todo, y por esto sigue: "Dijeron sus discípulos: Ahora hablas claramente y no dices ninguna parábola".

San Agustín, in Ioannem, tract., 103

Siendo así que tan sólo les ha prometido que en aquella hora futura les hablará sin parábolas, ¿por qué dicen esto, sino porque sabiendo el Señor que para los ignorantes son parábolas aquellas cosas que El sabe, y que de tal modo no las entienden, que ni aun ellos mismos conocen que no las entienden?

Crisóstomo, ut supra

Como el Señor responde a lo que ellos pensaban, exclaman: "Ahora conocemos que tú sabes todas las cosas". Observad la imperfección en que se hallan, que aun después de haberles dicho tantas y tan grandes cosas, dicen: "Ahora conocemos (y esto lo dicen como si le dispensaran una gracia) y no hay necesidad de que nadie te pregunte"; esto es, antes que oigas, conociste las cosas que nos escandalizan, y nos tranquilizaste diciendo: "Porque el Padre os ama".

San Agustín, ut supra

¿Por qué los discípulos se creyeron en el deber de decir a Aquel que conoce todas las cosas: "No es menester que nadie te pregunte", cuando debieron decir: "No tienes necesidad de preguntar nada"? cuando ambas cosas sucedieron; que preguntara el Señor y que fuera preguntado. Pero esta dificultad se resuelve fácilmente, porque más convenía a ellos que al Señor el preguntar que el ser preguntados; porque el Señor no tenía necesidad de preguntarles para aprender nada de ellos, sino más bien para enseñarles, y a los que preguntaban les era ciertamente muy provechoso el aprender algunas cosas de Aquel que las conocía todas, pues el Señor no necesitaba ser preguntado por aquel que quisiera saber algo de El, por cuanto previamente sabía la voluntad de los que preguntaban. No es gran cosa para Dios el prever los pensamientos de los hombres, pero sí lo era para sus pequeñuelos súbditos que dijeron: "En esto creemos que saliste de Dios".

San Hilario, De Trin. 1, 6

Creen que ha salido de Dios, porque hace aquello que es sólo de Dios. El Señor les había dicho repetidas veces: "Yo de Dios salí y he venido al mundo desde el seno de mi Padre", y no se admiraron de lo que tantas veces habían oído; por lo que ahora no dicen: Viniste del Padre a este mundo, porque no sabían que había sido enviado por Dios, pues ignoraban que hubiese salido de Dios. Pero comprendiendo el inefable origen del Hijo por la virtud de su palabra, ellos empezaron a darse cuenta cuando El les confesó que les hablaba sin parábolas. Y ciertamente es muy distinto que nazca un hombre a que Dios sea engendrado, precisamente porque no se trata de un parto como el de los hombres, sino que hablamos de la generación de Dios. Es, pues, uno de uno; no es porción, no es apocamiento, no es disminución, no es derivación, no es extensión; ni sufrimiento, sino nacimiento de viviente de una naturaleza de viviente; no es una criatura elegida para recibir el nombre de Dios; no ha recibido su ser de la nada, sino que ha nacido de un ser permanente, porque la palabra salir significa un nacimiento, no un comienzo.

San Agustín, ut supra

Después, considerando la debilidad en que todavía se encontraban en cuanto al hombre interior, les da el siguiente aviso: "Jesús les respondió: Ahora creéis".

Beda

Lo cual puede entenderse de dos modos. Como ironía: tarde habéis creído: "He aquí que viene la hora"; y como afirmación tiene este sentido: Verdad es lo que creéis: "Pero he aquí la hora en que os disperséis, y huyendo cada uno, me dejéis solo".

San Agustín, ut supra

Porque cuando el Señor fue prendido, no sólo le abandonaron corporalmente, sino que también abandonaron la fe.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 78

Cuando yo seré entregado y vosotros os disperséis, será tal el temor que os dominará, que ni podréis retiraros juntos, mas de esto ningún daño resultará para mí. Y añade: "Yo no estoy solo, porque el Padre está conmigo".

San Agustín, ut supra

Con esto quería levantar su inteligencia, que comprendieran que el Hijo al salir del Padre no le abandonaba; y concluye diciendo: "Esto os lo he dicho para que tengáis la paz en mí".

Crisóstomo, ut supra

Esto es, para que no me echéis de vuestro corazón, porque la adversidad no sólo os dispersará cuando yo seré aprehendido, sino que mientras estaréis en el mundo seréis atribulados y perseguidos, que esto significan las palabras "En el mundo seréis oprimidos".

San Gregorio, Moralium, 26, 11

Como si dijera: Llevad en vuestro interior un consuelo que os reanime, porque el mundo exterior se ensañará cruelmente con vosotros.

San Agustín, ut supra

El principio de esta persecución tomará su origen de las palabras "Viene la hora en que seáis dispersados cada uno por su lado". Pero esto no había de ser para siempre, porque añadió: "Y me dejaréis solo". Pero no quiere que continúen en las mismas tribulaciones que después de su ascensión habían de tener en este mundo, en términos que le abandonen, sino que encuentren en El la paz, y por esto dice: "Mas tened confianza".

Crisóstomo, ut supra

Esto es: levantad vuestro corazón, pues no es digno de que los discípulos desfallezcan, habiendo el maestro triunfado de sus enemigos. Y sigue: "Porque yo he vencido al mundo".

San Agustín,ut supra

Recibido el Espíritu Santo, adquirieron confianza, y vencieron, no sólo en El, pues no hubiera vencido Este al mundo si el mundo hubiera vencido a sus miembros. Cuando dice: "Os he dicho esto para que tengáis paz en mí", debemos entender que no sólo se refiere a lo que había dicho poco antes, sino a todo lo que dijo desde que empezó a tener discípulos. O bien a aquel largo y admirable sermón que les predicó después de la cena. Esta recomendación de que tuviesen paz en El, no tendrá fin, sino que será el fin de todas nuestras intenciones y obras.

CAPÍTULO 17

Estas cosas dijo Jesús: y alzando los ojos al cielo, dijo: "Padre, viene la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Como le has dado poder sobre toda carne, para que todo lo que le diste a El, les dé a ellos vida eterna. Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste. Yo te he glorificado sobre la tierra, y he acabado la obra que me diste a hacer. Ahora, pues, Padre, glorifícame tú en ti mismo, con aquella gloria que tuve en ti antes que fuese el mundo". (vv. 1-5)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 79

Como el Señor había dicho "Seréis afligidos en el mundo" (Jn 16,33), se pone en oración después de esta advertencia, enseñándonos así a acudir en la tribulación al refugio de Dios. Por esto dice: "Esto habló Jesús".

Beda

Debe entenderse de aquello que les dijo en la cena, sentados a la mesa, hasta que pronunció "Levantáos, vámonos de aquí", y después, estando en pie, hasta el fin del himno, que empezó así: "Y elevando los ojos al cielo, dijo: Padre", etc.

Crisóstomo, ut supra

El elevó los ojos al cielo para enseñarnos el modo como debemos orar: que, estando en pie, miremos al cielo, no sólo con los ojos del cuerpo, sino que también con los del espíritu.

San Agustín, in Ioannem, tract., 104

Podía el Señor, que había tomado la forma de siervo, orar en silencio, si hubiera sido necesario, pero quiso manifestarse al Padre como suplicante, para que se acordase que era nuestro Maestro. Esta es la razón por la que estas palabras de oración que dirigió al Padre, sirven de edificación, no sólo a los discípulos que le oyeron, sino que también a nosotros que habíamos de leerlas. Lo que dijo: "Padre, viene la hora", demuestra que todo tiempo es oportuno para hacer lo que tiene dispuesto Aquel que no está sujeto a tiempo; y no se crea que esta hora significa hado o destino apremiante, sino disposición divina. ¡Lejos de nosotros el creer que las estrellas obligasen a morir a su Creador!

San Hilario, De Trin. l.3

No dice que ha llegado el día ni el tiempo, sino "la hora". La hora es parte de un día. Y ¿cuál será esta hora? Era la de ser escupido, azotado y crucificado, pero en ella el Padre glorifica al Hijo. El curso de esta obra se consuma, y con su muerte todos los elementos del mundo se resienten: al peso del Señor, pendiente en la Cruz, la tierra tiembla y confiesa que no puede contener dentro de sí a Aquel que muere. Exclama el Centurión: "¡Verdaderamente, Este era Hijo de Dios!" (Mt 27,54). Esta exclamación concuerda con la profecía: el Señor había dicho: "Glorifica a tu Hijo"; y no sólo es contestado con el nombre de Hijo, sino que también con la de tuyo. Muchos, en verdad,

son hijos de Dios; pero no como Este, que es propiamente verdadero Hijo por origen, no por adopción; en verdad, no de sólo nombre; por nacimiento, no por creación. Por tanto, después de su glorificación, siguió la confesión de la verdad, pues el Centurión le confiesa verdadero Hijo de Dios, a fin de que ninguno de los creyentes pueda dudar que Jesucristo fue confesado hasta por sus perseguidores.

San Agustín, ut supra

Pero si en su pasión fue glorificado, cuánto más en su resurrección. Porque en su pasión brilla más su humildad que su gloria. Por cuanto dice: "Padre, viene la hora; glorifica a tu Hijo", debe entenderse: Viene la hora de sembrar la humildad. No difieras el fruto de la gloria.

San Hilario, ut supra

Quizá se tendrá por debilidad en el Hijo la esperanza de su glorificación: y ¿quién no confesará superior al Padre, cuando El mismo dice "El Padre es mayor que yo"? (Jn 14,28). Pero se ha de precaver que los ignorantes no entiendan que la gloria del Padre menoscabe el honor del Hijo, pues sigue: "Para que tu Hijo te glorifique a ti". Por tanto, no es inferior el Hijo, que ha de volver a su vez la glorificación que El recibe; así, pues, la petición de glorificación mutua manifiesta el poder divino en los dos.

San Agustín, in Ioannem, tract., 105

Con razón se pregunta cómo el Hijo glorificará al Padre, siendo así que la gloria sempiterna del Padre ni puede disminuirse en la forma humana, ni aumentarse en su perfección divina; pero entre los hombres era menor cuando tan sólo en Judea era Dios conocido (Sal 75); y como el Evangelio de Cristo, por el hecho de ser predicado en todas las naciones, había de dar a conocer al Padre, de aquí que el Padre fuera glorificado por el Hijo. Dice, pues: "Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti". Como si dijera: "Resucítame, para que por mí te hagas patente a todo el mundo". Declara a continuación más y más, cómo el Hijo glorifica al Padre, diciendo: "Así como le diste poder sobre toda carne, a fin de que todo lo que le concediste a El, les dé a ellos vida eterna". Llamó toda carne a todos los hombres, demostrando el todo por la parte. Pero este poder dado por el Padre a Cristo sobre toda carne, debe entenderse en cuanto hombre.

San Hilario, ut supra

Porque hecho carne había de restituir a la vida inmortal los cuerpos caducos y mortales.

San Hilario, De Trin. l.9

O de otro modo: la aceptación del poder es sólo la demostración de su generación, en la que recibió lo que es al nacer. La entrega (del poder) no significa superioridad, sino que el Padre es quien da, permaneciendo en El Dios Hijo, quien ha tomado el poder de dar la vida eterna.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 79

"Le diste poder sobre toda carne", para demostrar que su predicación debía extenderse no sólo a los judíos, sino a todo el mundo. ¿Pero qué quiere decir toda carne?

porque no todos creyeron. En verdad, que en cuanto de El dependió todos creyeron. Pero si no quisieron oír lo que se les decía, no es culpa de la predicación, sino de los que no quisieron escucharla.

San Agustín, in Ioannem, tract., 105

Así como le habéis dado poder sobre toda carne, para que os glorifique el Hijo"; esto es, para que os dé a conocer a todos los hombres que le diste; del mismo modo le diste el poder de darles la vida eterna.

San Hilario, De Trin., l.3

Pero en qué consiste la vida eterna, lo demuestra cuando dice: "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti solo verdadero Dios", etc. Vida es conocer al verdadero Dios, pero no lo constituye sólo esto. ¿Qué es, pues, lo que debe añadirse? "Y al que enviaste, Jesucristo".

San Hilario, De Trin. l.4

Los arrianos entienden que sólo el Padre es Dios único, sólo El justo, sólo El sabio, y según éstos, el Hijo queda separado y sin comunicación de uno con otro en lo que les es propio. Si se atribuye esto tan sólo al Padre, es necesario admitir que el Hijo de Dios no es verdad ni sabiduría.

San Hilario, De Trin. l.5

No es dudoso para nadie que la verdad de una cosa se manifiesta por su naturaleza y sus efectos: es verdadero trigo el que molido y hecho harina y cocido pan, sirve de alimento y produce los efectos de su naturaleza. Pregunto, pues, ¿cómo puede faltar al Hijo la verdad, no faltándole la naturaleza ni el poder de Dios? El ha hecho en virtud de su naturaleza y su poder, que fueran hechas y existieran a su placer las cosas que no eran.

San Hilario, De Trin. l.9

¿Acaso porque dice a ti solo, separa de Dios su comunión y unidad? Se separa, en verdad, pero no en el sentido que sigue: "A ti solo verdadero Dios", y a continuación añade: "Y a Jesucristo a quien enviaste". La fe de la Iglesia se funda en esto para confesar a Jesucristo verdadero Dios, después que ha confesado al Padre: es el único verdadero Dios, porque el nacimiento del Hijo por naturaleza no causa disminución en Dios.

San Agustín, De Trin. 6, 9

Tenemos el deber de estudiar esta palabra dirigida al Padre: "Para que te conozcan a ti solo verdadero Dios", como dando a entender que sólo el Padre es Dios verdadero, y que no estamos obligados a creer que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son Dios. Pero por el testimonio del Señor decimos que el Padre es solo verdadero Dios; que el Hijo es solo verdadero Dios, y que el Espíritu Santo es solo verdadero Dios; y que juntamente el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (esto es, juntamente la misma Trinidad), no son tres Dioses verdaderos, sino un solo verdadero Dios.

San Agustín, ut supra

He aquí el orden de estas palabras: "Que a ti y al que enviaste Jesucristo, conozcan

por el solo verdadero Dios". Por consiguiente se entiende también el Espíritu Santo, porque es Espíritu del Padre y del Hijo, como amor consustancial de los dos. Así, el Hijo te glorifica haciendo que todos los que tú le diste te conozcan. Si el conocimiento de Dios es la vida eterna, nosotros progresaremos tanto más en la vida eterna cuanto más aprovechemos en el conocimiento de Dios. Pero nosotros no hemos de morir en la vida eterna, y entonces será perfecto el conocimiento de Dios, cuando ya no habrá muerte, y entonces la glorificación de Dios será suprema, porque también lo será la gloria. Los antiguos definieron así la gloria: la aclamación del nombre de alguno con alabanza. Pero si el hombre se cree glorificado cuando es famoso su nombre, ¿cuánta no será la gloria de Dios, cuando se verá en sí mismo? Esta es la razón por la que está escrito: "Bienaventurados los que habitan en tu casa, porque te alabarán en los siglos de los siglos" (Sal 83,5). Allí será la alabanza eterna, donde será pleno el conocimiento de Dios y, por tanto, su glorificación.

San Agustín, De Trin. 1, 8

Cuando vivamos eternamente, contemplaremos lo que dijo a su siervo Moisés: "Yo soy el que soy" (Ex 3,14).

San Agustín, De Trin. 3, 18

Cuando nuestra fe sea verdad en vida, entonces nuestra mortalidad se cambiará en la eternidad.

San Agustín, in Ioannem, tract., 105

Pero antes Dios es glorificado en este mundo cuando se da a conocer a los hombres por la predicación y por la fe de los creyentes, por lo que dice: "Yo te glorifiqué sobre la tierra".

San Hilario, De Trin. l. 3

Este cambio de glorificación no pertenece al provecho de la divinidad, sino al honor que ella recibe de aquellos que lo dan a conocer a los que lo ignoraban.

Crisóstomo, ut supra

Por esto dice: "Sobre la tierra", porque en el cielo ya era glorificado recibiendo la gloria de su propia naturaleza, y adorado por los ángeles. No habla de aquella gloria que pertenece a su sustancia, sino de la que pertenece al culto de los hombres. Por lo que dice: "Consumé la obra que me encargaste hacer".

San Agustín, ut supra

No dice que me mandaste, sino "que me encargaste", palabras que evidentemente favorecen el dogma de la gracia. ¿Qué tiene, pues, que no hubiera recibido en el Unigénito la naturaleza humana? ¿Pero cómo consumó la obra que aceptó, cuando todavía le faltaba la prueba de su pasión, sino porque estaba cierto de que sería consumada?

Crisóstomo, ut supra

Dice "Consumé": casi por lo que a mí toca, todo está hecho. O bien porque hecha la mayor parte puede decirse hecho todo. La raíz de todos los bienes quedó plantada, y en consecuencia debían seguir todos los frutos, y en lo sucesivo El quedaba presente para lo

que restaba hacer.

San Hilario, De Trin. l. 9

Después de habernos mostrado el mérito de su obediencia y el misterio de su misión divina, añade: "Y ahora glorifícame tú, Padre, en ti mismo".

San Agustín, ut supra

Antes había dicho: "Padre, viene la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti", en cuyo orden de palabras manifestaba que primero había de ser glorificado el Hijo por el Padre, para que a Este le glorificase el Hijo. Pero ahora dice: "Yo te he glorificado, y tú ahora glorifícame", como si El hubiera glorificado primero al Padre, de quien pedía después su glorificación. Es necesario reconocer que antes se había servido de las mismas palabras y en el mismo orden en que había de suceder después, pero ahora usa del verbo en tiempo pretérito sobre cosa futura, como si dijera: "Yo te glorificaré sobre la tierra", consumando la obra que me encargaste que haga, y entre tanto, glorifícame tú Padre, que es enteramente la misma sentencia, con la sola diferencia de que aquí añade el modo de glorificación, con estas palabras: "Con aquella gloria que tuve antes de que el mundo fuese hecho, contigo". El orden de las palabras es éste: "Que tuve contigo antes de que el mundo existiera". Algunos pensaron que estas palabras debían entenderse en el sentido de que la naturaleza humana, a la que el Verbo se había unido, se convirtiese en Verbo, y el hombre en Dios. Pero si atentamente consideramos esta opinión, la humanidad perecería en Dios, porque no habrá nadie que se atreva a decir que por esta mutación del hombre, el Verbo de Dios se duplicaría o aumentaría. Porque quien negara la predestinación del Hijo de Dios, negaría por lo mismo la del Hijo del Hombre. Y más abajo, como viese llegar el tiempo predestinado, rogó que su predestinación se convirtiera en realidad, diciendo: "Y ahora glorifícame", etc. Esto es: con aquella gloria que tuve en ti en tu predestinación, es ya tiempo de que aun viviendo reciba tu glorificación a tu derecha.

San Hilario, De Trin. l. 3

O pedía para que lo que había empezado en el tiempo, recibiese aquella gloria que está más allá del tiempo, a fin de que desapareciese la corrupción de la carne y quedara transformada en el poder de Dios y en la incorruptibilidad del Espíritu.

"He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo: tuyos eran, y me los diste a mí, y guardaron tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me diste, de ti son. Porque les he dado las palabras que me diste; y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente que yo salí de ti y han creído que tú me enviaste". (vv. 6-8)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 80

Porque había dicho "Consumé la obra", manifiesta qué obra, a saber, que publicará el nombre de Dios. Por esto dice: "Manifesté tu nombre a los hombres que me diste".

San Agustín, in Ioannem, tract., 106

Si esto no se refiere más que a aquellos discípulos que cenaron con El, esta glorificación no corresponde a aquella de que antes se hablaba, por la que el Hijo glorifica al Padre. ¿Qué gloria podía resultar de la manifestación a once o doce hombres? Pero si lo que dice "He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo", quiere decir todos los que habían de creer en El, no queda duda de que ésta es la glorificación con la que el Hijo glorifica al Padre. Y las palabras "Yo he manifestado tu nombre", son las mismas que antes había dicho: "Yo te he glorificado", para el tiempo venidero, usando aquí y allí el pretérito. Pero de lo que a continuación sigue se demuestra como más creíble, que no se refería a todos los que habían de creer, sino a los que ya eran sus discípulos. Desde el principio de su discurso quería dar a entender el Señor como suyos a aquellos por quienes glorifica al Padre, manifestándoles su nombre, pues como dijera "Tu Hijo te glorifique", manifestó en seguida cómo había de ser esto, diciendo: "Así como le diste poder sobre toda carne". Ahora ya oigamos a qué discípulos de los que le oían se refiere. "Yo manifesté tu nombre a los hombres que me diste del mundo". Entonces, aun siendo judíos, no habían conocido el nombre de Dios; pues ¿por qué se lee en el Salmo "Conocido es Dios en Judea, y en Israel es grande su nombre"? (Sal 75,2) Porque estas palabras, "Manifesté tu nombre a los hombres que me diste del mundo", que me oyen, no deben entenderse del nombre con que te llamas Dios. Sino del que te llamas Padre mío, el cual no podía ser manifestado sin la manifestación del Hijo; pues por cuanto Dios lo es de toda criatura, su nombre no ha podido ser desconocido a todas las naciones antes que creyeran en Cristo. Como criador del mundo y antes que fueran instruidos en la fe de Cristo, Dios era conocido en medio de todas las naciones. En Judea era conocido de un modo que su culto no podía confundirse con el de los dioses falsos. Pero como Padre de Cristo, por el que ha borrado los pecados del mundo, su nombre en otro tiempo desconocido fue dado a conocer a aquellos del mundo a quienes el Padre le dio. ¿Pero de qué modo lo manifestó, si aun no había venido la hora de la que antes había dicho: "Porque viene la hora en que ya no os hablaré con parábolas?" (Jn 16,25). Es necesario entender que esta frase fue pronunciada para el tiempo venidero, en verbo pretérito.

Crisóstomo, ut supra

O bien que El les había dejado comprender por las palabras y las obras que el Padre

tenía a Cristo por Hijo.

San Agustín, ut supra

Con las palabras "Que tu me diste de este mundo", dijo a sus apóstoles que ellos no eran de este mundo, por efecto de su regeneración, no de su nacimiento. ¿Qué quiere decir lo que sigue, "Tuyos eran y me los diste"? ¿Es que el Padre en algún tiempo tuvo algo que no tuvo el Hijo? De ningún modo. Pero el Hijo de Dios tuvo en cierto tiempo lo que no tuvo aún el Hijo del hombre, que aun no había sido hecho hombre en el seno de su Madre. Así, que cuando dijo "Tuyos eran", el Hijo de Dios no se separó de su Padre, pero acostumbró atribuir el poder a Aquel de quien le viene el ser y el poder. Y por eso dice "y me los diste", dando a entender que como hombre ha recibido el poder de poseer; y aunque El mismo se los dio a sí, esto es, Dios Cristo con el Padre.

Crisóstomo, ut supra

Dijo esto para manifestar la unidad que existe entre El y el Padre, y lo que le agrada al Padre que crean al Hijo. Por eso sigue: "Y guardaron tu palabra".

Beda

Se llama asimismo palabra del Padre, porque por El el Padre lo creó todo y contiene en sí toda palabra; y como si dijera, la aprendieron de memoria para no olvidarla jamás. Y dice: "Y guardaron tu palabra", es decir, en aquello que en mí creyeron; y sigue: "Y ahora han conocido que todo lo que me diste viene de ti". Algunos, sin embargo, dicen que el sentido de éste texto es como sigue: ahora he conocido que todos los que me diste son ajenos a Ti. Pero en esto no tienen razón, porque ¿qué podía ignorar el Hijo de las cosas que son de su Padre? Pero se dice que esto habla de los discípulos, como si dijera: Ellos han conocido que no hay en mí nada extraño a ti, y que todo lo que enseño es tuyo.

San Agustín, ut supra

El Padre le dio todas las cosas en el momento que engendró al que todas las cosas tiene.

Crisóstomo, ut supra

¿Y en dónde aprendieron? En mis palabras, con las que les enseñaba que yo salí de ti: este Evangelio procuraba extender. Por eso añade: "Porque les di las palabras que me diste, y ellos las recibieron".

San Agustín, ut supra

Esto es, las entendieron y las retuvieron, pues la palabra es recibida cuando es comprendida por la inteligencia. Y sigue: "Y conocieron verdaderamente que yo salí de ti". Y para que nadie juzgara que este conocimiento era fruto de la inspiración y no de la fe, expresa su pensamiento, diciendo: "Y creyeron" (esto es, que tú me enviaste). Estos, pues, creyeron en verdad, porque conocieron la verdad. Las palabras salí de ti, es lo mismo que tú me enviaste. Lo que dice: "Creyeron en verdad" entendamos que no fue dicho del mismo modo que arriba dijo: "Ahora creéis, viene la hora en que os disperséis cada uno por su lado", sino que debe entenderse de este modo: creeréis de un modo indudable, firme, constante, fuerte; no ya para abandonar a Cristo y volver a vuestras

familias. Verdad que los discípulos aun no eran tales cual los describen las palabras del pasado, como si ya lo fuesen, pronosticando lo que habían de ser después de recibir el Espíritu Santo. ¿Cómo el Padre dio al Hijo estas palabras? Esta cuestión es fácil de resolver, considerando que las recibió del Padre como Hijo del hombre. Porque si se le considera que las recibió como engendrado del Padre, no hay cuestión de tiempo, porque El fue primero, antes que existieran estas palabras; pues todo lo que Dios Padre dio al Hijo se lo dio al engendrarlo.

"Yo ruego por ellos: no ruego por el mundo, sino por éstos que me diste, porque tuyos son. Y todas mis cosas son tuyas y las tuyas son mías: y en ellas he sido glorificado. Y ya no estoy en el mundo, mas éstos están en el mundo y yo voy a ti. Padre Santo, guarda por tu nombre a aquellos que me diste para que sean una cosa, como también nosotros. Mientras yo estaba con ellos, los guardaba en tu nombre. Guardé a los que me diste, y no pereció ninguno de ellos, sino el hijo de perdición para que se cumpliese la Escritura. Mas ahora voy a ti, y hablo esto en el mundo, para que tengan el gozo cumplido en sí mismos". (vv. 9-13)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 80

Como a pesar de oír los discípulos muchas palabras de consuelo, no se persuadían, El continúa dirigiéndose a su Padre dando expansión al sentimiento de amor que les tenía, y dice: "Yo ruego por ellos"; como si dijera: "Yo les doy no sólo lo que de mí depende, sino que aun pido para ellos otra cosa para manifestarles más mi amor".

San Agustín, in Ioannem, tract., 106

Pero cuando añadió: "No por el mundo", quiso dar a entender por mundo a aquellos que viven según la concupiscencia del mundo, y no en la suerte de la gracia para ser elegidos de entre el mundo, cuya suerte significa cuando dice: "Sino (que ruego) por los que me diste". Por lo mismo que el Padre ya se los dio, ya no pertenecen al mundo, por el cual no ruega; ni porque el Padre los dio al Hijo perdió los que le dio, y así dice: "Porque tuyos son".

Crisóstomo, ut supra

Repite con frecuencia "Me los diste", para demostrar que esta palabra es grata al Padre, y que no vino como extraño a seducirlos, sino que los recibió como propios. Después, para que nadie piense que es nuevo su poder y que recientemente lo ha recibido del Padre, añade: "Y todas mis cosas son tuyas, y todas las tuyas son mías". Como diciendo: Para que nadie crea que porque me los diste dejan de ser del Padre, porque mis cosas son suyas; ni que oyendo que eran tuyos entienda que me eran extraños, porque lo que es del Padre es mío.

San Agustín, ut supra

Claramente se ve, pues, cómo son del Hijo todas las cosas que son del Padre, por la razón de que es Dios nacido del Padre e igual al Padre. No como se dijo al mayor de los dos hijos: "Todas mis cosas son tuyas" (Lc 15,31), las cuales se refieren a todos los seres inferiores a la criatura racional, mientras que las dichas al Salvador hablan de la criatura racional que no está sujeta más que a Dios. Esta, pues, perteneciendo al Padre, no podría ser al mismo tiempo del Hijo si no fuera igual al Padre. Es, por tanto, un pecado el decir que los santos de quienes esto se ha dicho sean de otro, sino de quien fueron criados y santificados. Hablando del Espíritu Santo, dijo: "Todo lo que tiene el Padre, es mío" (Jn 16,15), refiriéndose a lo que pertenece a la misma divinidad del Padre. Y ni el Espíritu

Santo habrá de recibir de una creatura que esté sometida al Padre y al Hijo, porque ha dicho: "De lo mío recibirá" (Jn 16,14).

Crisóstomo, ut supra

Pasa después a probar lo antedicho, en esta forma: "Yo he sido glorificado en ellos", lo que prueba que tengo poder sobre ellos por cuanto me glorifican creyendo en ti y en mí, pues no es glorificado por los que no dependen de su potestad.

San Agustín, in Ioannem, tract., 106

Diciendo que esto ya ha sido hecho, manifiesta que ya ha sido predestinado, y quiso tener por cierto lo que se había de hacer. Pero se pregunta si es la misma glorificación de la que había dicho: "Y ahora glorifícame tú, Padre en ti mismo". Porque si es en ti, ¿cómo ha de ser en ellos? Pues porque esta gloria se les hace patente a ellos, y por ellos a todos los que les creen como testigos suyos, y por esto dice: "Y yo no estoy en el mundo, y ellos en el mundo están".

Crisóstomo, ut supra

Esto es, aunque no aparezca según la carne, soy glorificado por aquellos que mueren por mí, así como por el Padre, y me predican como al Padre.

San Agustín, ut supra

Pero si consideras la hora en que hablaba, unos y otros estaban aún en el mundo. Cuando dice: "Ya no estoy en el mundo", no podemos entender sus palabras según el progreso del corazón y de la vida. ¿Podemos acaso suponer lícitamente que estuviese poseído en algún tiempo de afectos mundanos? No puede creerse otra cosa sino que, aquel que antes estaba en el mundo, revelaba que ya no continuaría en él con presencia corporal. Por ventura, ¿no decimos todos los días de alguno que marcha o está próximo a morir, que ya no es de este mundo? Por eso, explicando lo que había dicho, añadió: "Yo a ti voy". Y recomendando después al Padre a aquellos que iba a abandonar su presencia corporal, dijo: "Padre Santo, guarda en tu nombre a los que tú me diste". Así es, que ruega como hombre a Dios por los discípulos que de El recibió. Pero atendamos a lo que sigue: "Para que sean una misma cosa como nosotros". No dijo para que seamos ellos y nosotros una misma cosa, así como nosotros somos uno. En verdad, ellos son una misma cosa en su naturaleza, así como nosotros lo somos en la nuestra. El hombre y Dios es una misma persona, entendiendo al hombre en aquello que ruega y a Dios en que es uno mismo con Aquel que ruega.

San Agustín, De Trin. l. 4

Puedo decir en verdad, porque es cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo: yo y ellos no somos una misma cosa, pero sí somos uno, porque la cabeza y el cuerpo es un Cristo. Pero demostrando su divinidad consustancial con el Padre, quiere que los suyos sean uno en Cristo, no tanto por la misma naturaleza, en virtud de la cual los hombres se vuelven iguales a los ángeles, sino aun más por la concordia de la misma caridad, con cuyo fuego inflamados conspiran a una misma bienaventuranza. El mismo sentido tienen estas palabras: "Para que sean uno, así como nosotros somos uno": para que a la manera que el Padre y el Hijo son uno, no sólo en la igualdad de sustancia, sino que también de

voluntad, así ellos, entre los que el Hijo es mediador con Dios, sean uno, no tanto porque ellos son de la misma naturaleza, cuanto por el vínculo del amor.

Crisóstomo, ut supra

Volviendo el Señor a hablar como hombre, dice: "Cuando estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre": esto es, por tu protección. Habla humanamente, y dirigiéndose al pensamiento de los que creían que les reportaría más utilidad su presencia.

San Agustín, in Ioannem, tract., 107

En nombre, pues, del Padre, guardaba a sus discípulos el Hijo-hombre, constituido con ellos en presencia corporal; pero el Padre guardaba en nombre del Hijo a los que en nombre de Este le pedían. No debemos creer esto en un sentido carnal, como si el Padre y el Hijo les guardaran alternativamente, porque a un tiempo nos guardan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; pues la Escritura no nos ilustra si no desciende a nosotros. Entendemos, pues, que, al hablar así el Señor distingue las personas sin separar la naturaleza. Cuando el Señor guardaba a sus discípulos con presencia corporal, no esperaba el Padre a que el Hijo se ausentase para guardarlos, sino que ambos les guardaban con su poder espiritual. Y cuando el Hijo retiró su presencia corporal, los guardó con el Padre espiritualmente. Porque, cuando el Hijo-hombre recibió el cargo de guardarlos, no quitó la custodia del Padre. Y cuando el Padre los dio a guardar al Hijo, no los dio privándolos de su presencia, sino que dio al hombre-Hijo, sin separar de Dios al mismo Hijo. "Guardé a los que me diste, y ninguno de ellos pereció, más que el hijo de perdición (esto es, el traidor a Cristo, predestinado a la perdición), para que se cumpliera la Escritura", que había profetizado de él (Sal 108).

Crisóstomo, ut supra

Y en verdad, entonces él solo pereció, pero después muchos, Dice, pues: "Ninguno de ellos pereció"; esto es, en cuanto de mí dependa, no se perderán. Lo que más claramente dice en otra parte: "No los echaré fuera" (Jn 6,37), pero si por sí mismos se salieren por un error, yo los atraeré a mí. Sigue: "Ahora, pues, vengo a ti". Tal vez preguntará alguno: ¿acaso no podrá guardarles marchándose? Puede, en verdad, pero manifestó por qué lo decía, añadiendo: "Esto lo hablo en el mundo, para que tengan mi gozo completo en sí mismos"; esto es, para que no se turben, siendo como son imperfectos. Con estas palabras les dio todas las seguridades de su gozo y descanso.

San Agustín, ut supra

O de otro modo, ya más arriba queda expresado cuál sea este gozo, cuando dice: "Para que sean uno como uno somos nosotros": "he aquí su gozo" (esto es, el que El les ha reportado), y que para completarlos, dice "he hablado en el mundo". Dice que ha hablado en el mundo el que poco antes había dicho "ya no estoy en el mundo", porque aun no se había ido y estaba aún aquí, y al momento había de marchar, y se consideraba ya ausente.

"Yo les di tu palabra, y el mundo los aborreció porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes de mal. No son del mundo, así como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos con tu verdad. Tu palabra es la verdad. Como tú me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que ellos sean también santificados en verdad". (vv. 14-19)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 81

El Señor indica nuevamente el motivo por qué sus discípulos son dignos de gozar de toda la protección del Padre, diciendo: "Yo les di tu palabra, y el mundo les aborreció". Como si dijera: "Por ti y por tu palabra han sido aborrecidos".

San Agustín, in Ioannem, tract., 108

Todavía no habían experimentado los padecimientos que siguieron después, pero, como de costumbre, habla en pretérito, cuando se refiere a lo futuro. Después expresa la causa por qué el mundo los aborrece, diciendo: "Porque no son del mundo". Les fue dado a ellos que no fuesen del mundo como El, y sigue: "Como yo, que no soy del mundo". El Señor nunca fue del mundo, porque, aun en la forma de siervo, fue concebido por el Espíritu Santo, por el cual fueron ellos regenerados. Aunque ya no eran de este mundo, era, sin embargo, necesario que estuviesen en él. "No pido que los saques de este mundo".

Beda

Como si dijera: Ya apremia el tiempo en que yo sea sacado de este mundo y, por tanto, es necesario que ellos no salgan ahora de él. Pero lo que sigue "Sino que los libres del mal", si bien puede entenderse de todo el mal, quiere decir principalmente de la apostasía.

San Agustín, ut supra

Repite, pues, la misma sentencia, diciendo: "No son de este mundo, como yo no lo soy".

Crisóstomo, ut supra

Había dicho antes: "Los que me diste del mundo", hablando allí de la naturaleza, pero aquí de las malas obras; dice, pues: "No son de este mundo", porque nada hay en ellos común con la tierra, pues se han hecho ciudadanos del cielo, en lo que les manifestó su amor alabándolos ante su Padre. En lo que dice como, manifiesta su igualdad con el Padre por la unidad; pero tratándose de nosotros con Cristo, existe inmensa distancia entre unos y otros. Cuando dijo primero "Guárdalos de mal", no habla sólo de los peligros, sino de la permanencia en la fe, por lo que añade: "Santifícalos en la verdad".

San Agustín, ut supra

Así son preservados del mal, como pidió anteriormente que sucediera. Puede

preguntarse: ¿cómo no eran ya del mundo, si no estaban santificados en la verdad? ¿Acaso por estar santificados en la misma, progresan en santidad sin el auxilio y la gracia de Dios? Son santificados en la verdad los herederos del Nuevo Testamento, de cuya verdad fueron figura las ceremonias del Antiguo Testamento. Y, cuando son santificados en la verdad, se santifican en Cristo, que dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Jn 14,6). Sigue: "Tu palabra es la verdad". En el Evangelio griego esto es, Verbo. Santificó, pues, el Padre, en verdad; esto es, en su Verbo Unigénito, a sus herederos y coherederos.

Crisóstomo, ut supra

O de otro modo: "Santifícalos en la verdad", hazlos santos dándoles el Espíritu Santo y una sana doctrina, porque los santos preceptos de Dios instruyen y santifican el corazón. Y por lo que aquí habla de los dogmas de Dios, añade: "Tu palabra es verdad"; esto es, en ella no se encuentra mentira y nada nos muestra en apariencia. Me parece que también significan otra cosa estas palabras: "Santifícalos en la verdad"; esto es, destínalos a la predicación. Por lo que sigue: "Así como tú me enviaste al mundo, así yo los envié".

Glosa

Para lo que Cristo fue enviado, para lo mismo son enviados ellos. Por lo que San Pablo dice: "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, y puso en nosotros el Verbo de reconciliación" (2Cor 5,19). La palabra que emplea, como, no implica igualdad entre El y los Apóstoles sino en cuanto es posible aplicarla a los hombres. Dice que El los envió al mundo, siguiendo la costumbre de usar el tiempo pretérito por el futuro, dando por hecho lo que se había de hacer.

San Agustín, ut supra

Claramente se ve por esto que aún habla de los Apóstoles, pues este nombre de apóstoles, que es griego, significa enviados, y por cuanto constituido Cristo Cabeza de la Iglesia, son ellos sus miembros. Dice: "Y por ellos me santifico a mí mismo"; esto es, yo los santifico en mí mismo, siendo ellos yo. Y para que entendiéramos que cuando dice "Por ellos me santifico a mí mismo" lo decía porque los santificaba en sí, otra vez añadió: "Y sean santificados en la verdad". Esto es, en mí, según que el Verbo es la verdad, en la que el mismo Hijo del hombre fue santificado desde el principio. Cuando "El Verbo se hizo carne" (Jn 1,14), entonces, se santificó en sí. Esto quiere decir que se santificó a sí hombre en sí Verbo, porque el Verbo y el hombre son uno en Cristo. Respecto de sus discípulos, dice: "Y por ellos me santifico yo a mí mismo, esto es, a ellos en mí, porque ellos en mí soy yo mismo, para que sean santificados en la verdad". ¿Qué quiere decir "Y ellos", sino: como yo y en la verdad que yo soy?

Crisóstomo, ut supra

O de otro modo: "Por ellos me santifico a mí mismo". Esto es, me ofrezco a mí mismo a ti en sacrificio, pues santas se llaman cuantas víctimas se ofrecen a Dios, porque antiguamente la santificación era en figura, como en la oveja, mas ahora es en la misma verdad. Y por esto añade: "Para que sean ellos santificados en la verdad", pues te los ofrezco en sacrificio. Por lo que finalmente dice que El mismo que se ofrece es la cabeza de ellos, o que se inmolan a sí mismos, como dice el Apóstol a los romanos:

"Ofreced vuestros cuerpos a Dios en hostia viva, santa, agradable a Dios" (Rom. 12,1), etc.

"Mas no ruego tan solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que sean todos una misma cosa; así como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también sean ellos una cosa en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean una cosa, como también nosotros somos una cosa. Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en una cosa, y que conozca el mundo que tú me has enviado y que los has amado, como también me has amado a mí". (vv. 20-23)

San Agustín, in Ioannem, tract., 109

Como rogara el Señor por sus discípulos, a los que llamó Apóstoles, unió también a los demás que habían de creer en El, diciendo: "No por ellos tan sólo ruego, sino", etc.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 81

De aquí saca nuevo motivo de consuelo para ellos, descubriéndoles que serán la causa de la salvación de otros, cuando dice: "Que han de creer en mí por su palabra".

San Agustín, ut supra

En lo que quiso designar como suyos, no sólo a los que entonces vivían, sino también a los venideros; y no sólo a los que viviendo oyeron a los apóstoles, sino a los que nacidos mucho después de la muerte de ellos hemos creído en Cristo. Porque los que vivieron con el Señor y le oyeron, predicaron a los demás. Y así su palabra llegó hasta nosotros y llegará a los que vendrán después, que han de creer en todo el mundo. Nótese que en esta oración no ruega por aquellos que a la sazón no estaban con El ni tampoco por los que estarán después, sino que ora por los que creyeron en El anteriormente. ¿Acaso estaban entonces con el Señor Nathanael, José de Arimatea y otros muchos de quienes dice San Juan que creyeron en El? Omito citar al anciano Simeón, Ana la profetisa, Zacarías, Isabel y Juan el Precursor, porque podría responderse que no debía pedirse por tales muertos, que habían salido de este mundo llenos de grandes méritos, lo cual puede igualmente decirse de los antiguos justos. Pero debe entenderse, que los apóstoles todavía no creían con la perfección que Cristo quería que creyeran en El; pero después de su resurrección, enviado el Espíritu Santo, instruidos y confirmados, creyeron como convenía. Mas nos queda por resolver la cuestión del apóstol San Pablo, que dice no fue hecho Apóstol por los hombres, ni por el hombre (Gal 1,1); y el ladrón que creyó cuando en los mismos doctores desapareció toda fe. Por fin, concluye que entendamos lo que fue dicho "por la palabra de ellos", lo que del mismo Verbo predicaron en el mundo. Se ha dicho, pues, "palabra de ellos" porque ya desde el principio y con mucha solicitud fue predicada por ellos, pues ya se predicaba en la tierra cuando, por revelación de Jesucristo, Pablo la recibió de ellos. Por esto el ladrón creía en la palabra de ellos. Aquella oración, pues, de nuestro Redentor fue por todos los que redimió, ya estuvieran vivos o ya hubieran de vivir después. La razón de rogar por ellos la expresó a continuación diciendo: "Para que todos sean uno".

Crisósostomo, in Ioannem, hom. 81

Aquí pidió para todos lo mismo que arriba para los apóstoles, a fin de que todos (esto es, nosotros y ellos) seamos una misma cosa. Y así termina su oración, como la empezó; pues al principio dijo: "Os doy el mandamiento nuevo de que os améis los unos a los otros" (Jn 13,34).

San Hilario, De Trin. l. 7

Después demuestra con un ejemplo el provecho de la unidad, diciendo: "Como tú Padre, en mí y yo en ti, para que ellos sean una cosa en nosotros". A saber: como el Padre está en el Hijo y el Hijo está en el Padre, así según la forma de esta unidad entre el Padre y el Hijo todos fuesen una cosa.

Crisóstomo, ut supra

Esto mismo que dice, como, no demuestra expresa y exacta igualdad sino en cuanto es posible en los hombres, a la manera de cuando dice: "Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial" (Lc 6,36), etc.

San Agustín, in Ioannem, tract., 110

Debe advertirse aquí con eficacia, que el Señor no dijo: "Para que todos seamos uno, sino "Para que todos sean uno, como tú Padre, en mí y yo en ti". Se sobreentiende: Somos uno, porque así está el Padre en el Hijo y el Hijo en el Padre, que son uno, pues son de la misma sustancia. Nosotros en verdad podemos ser una cosa en ellos, pero no con ellos, porque nosotros no somos con ellos de la misma sustancia. Así están ellos en nosotros o nosotros en ellos, para que sean uno en su naturaleza y nosotros lo seamos en la nuestra. Por tanto, ellos están en nosotros como Dios en el templo y nosotros estamos en ellos como la creatura en su Creador*. Añadió, pues: "En nosotros" para que conozcamos que esto se nos concede, no por nuestros méritos, sino por una fidelísima caridad de la gracia de Dios. **("La Trinidad es una. No confesamos tres dioses sino un solo Dios en tres personas: "la Trinidad consubstancial". Las personas divinas no se reparten la única divinidad, sino que cada una de ellas es enteramente Dios: "El Padre es lo mismo que es el Hijo, el Hijo lo mismo que es el Padre, el Padre y el Hijo lo mismo que el Espíritu Santo, es decir, un solo Dios por naturaleza". "Cada una de las tres personas es esta realidad, es decir, la substancia, la esencia o la naturaleza divina" (**Catecismo de la Iglesia Católica**, 253). "El creó, de un solo principio, todo el linaje humano, para que habitase sobre toda la faz de la tierra fijando los tiempos determinados y los límites del lugar donde habían de habitar, con el fin de que buscasen la divinidad, para ver si a tientas la buscaban y la hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros; pues en él vivimos, nos movemos y existimos, como han dicho algunos de vosotros: "Porque somos también de su linaje" (**Hch** 17,25-28).*

San Agustín, De Trin. 3, 9

O bien, porque no pueden ser en sí mismo una misma cosa los que están separados por diversas pasiones de voluptuosidad, concupiscencia e inmundicia de pecados. Por tanto, deben purificarse por el Mediador, para que sean una cosa con El.

San Hilario, De Trin. l. 8

Esforzándose los herejes en seducir a fin de que de las palabras "Yo y el Padre somos uno" (Jn 10,30), no se creyera la unidad de naturaleza y la indiferibilidad de la divinidad, sino una concordia nacida del amor de mutua voluntad, adujeron como ejemplo de esta unidad, estas palabras del Señor: "Que todos sean uno", etc. Pero aunque la impiedad tergiverse la comprensión del sentido de las palabras dichas, no es posible apartarse de ellas. Pues, si están regenerados en la naturaleza de una misma vida y eternidad, desaparece el asentimiento individual en los que son de la misma naturaleza. El ser uno es propio solamente de la naturaleza del Padre y del Hijo, porque Dios es el Unigénito de Dios en la naturaleza de su origen.

San Agustín, ut supra

¿Qué quiere decir "Para que el mundo crea que tú me enviaste"? ¿Acaso creerá el mundo cuando todos seamos una misma cosa en el Padre y el Hijo? ¿Por ventura no es ésta aquella eterna paz que es más bien el premio de la fe que la misma fe? Pues si en esta vida todos los que profesamos una misma fe somos una misma cosa, por consecuencia somos uno, no para que creamos sino porque creemos. ¿Qué quiere decir, pues: "Todos sean uno, para que el mundo crea"? Ciertamente cuando habla de todos se refiere al mundo creyente. De éstos dirá lo mismo que había dicho en aquellas palabras: "No ruego sólo por ellos, sino por los que han de creer en mí por su palabra" ¿Cómo, pues, lo hemos de entender sino diciendo que no puso como causa, "Para que el mundo crea que son una misma cosa", sino que orando dijo: "Para que el mundo crea", como había dicho "Para que sean uno mismo"? Finalmente, la exposición de esta sentencia será más clara si añadimos la palabra Ruego en todas sus cláusulas: "Ruego que todos sean uno; ruego que ellos sean una misma cosa en nosotros; ruego que el mundo crea por que tú me enviaste".

San Hilario, De Trin. l. 8

O por esto el mundo ha de creer que el Hijo ha sido enviado por el Padre, porque todos los que creerán en El serán una misma cosa en el Padre y el Hijo.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 81

Nada hay que escandalice tanto como la división, así como la unidad de los creyentes edifica para creer. Ya dijo al principio: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amarais mutuamente" (Jn 13,35), pues si altercaren, no se llamarán discípulos del pacífico Maestro, pues no reconociéndome a mí como pacífico, no confesarán que tú me enviaste.

San Agustín, ut supra

Después nuestro Salvador, que rogando al Padre se mostraba hombre, ahora se manifiesta Dios con el Padre, haciendo lo que El mismo pide. Por lo que sigue: "Y yo les di a ellos la gloria que tú me diste", etc. ¿Qué gloria, sino la inmortalidad que en El había de recibir la naturaleza humana? Indica con palabras de pasado la futura inmortalidad de la predestinación. Debe entenderse, que la inmortalidad que dice ha recibido del Padre, también se la ha dado a sí mismo, pues cuando calla su operación en las obras del Padre,

nos enseña la humildad; pero cuando en sus obras nos habla de la operación del Padre, nos prueba su igualdad. En esta forma y ocasión ni se hizo extraño a la obra del Padre, aunque había dicho "La gloria que tú me diste", ni hizo ajeno de su obra al Padre aunque dijera, "La di a ellos"; pues así como por el hecho de rogar al Padre por todos los suyos quiso que se verificara que todos fueran una misma cosa; del mismo modo quiso que se hiciera en su favor lo que dijo: "Di a ellos la gloria que tú me diste", pues a continuación añadió: "Para que sean una cosa en nosotros, así como nosotros somos una misma cosa".

Crisóstomo, ut supra

O llama claridad a la gloria que resulta de los milagros y los dogmas, y para que sean unánimes: por lo que añade: "Para que sean una cosa en nosotros, como somos nosotros una misma cosa"; pues esta gloria de estar unánimes, es mayor que la de hacer milagros, y todos los que por los apóstoles creyeron son una misma cosa; y si algunos se han separado ha sido efecto de su desidia, lo cual a El no se le ocultó.

San Hilario, ut supra

Por el honor dado y recibido todos son una misma cosa, pero no comprendo por qué razón la gracia dada perfecciona la unión. Pero el Señor expuso cierta graduación y orden de consumar la unión cuando dijo: "Y sean una cosa en nosotros", para que siendo El con el Padre una misma cosa por la naturaleza de la divinidad, nosotros lo fuésemos en El por su corporal nacimiento y doblemente El en nosotros por la fe en el misterio del Sacramento de la Eucaristía, quedando demostrada la perfecta unión por el Mediador.

Crisóstomo, ut supra

Ya en otro lugar dice de sí y del Padre: "Vendremos y haremos mansión en él", oponiéndose aquí a la herejía de Sabelio, que establece dos personas y destruyendo la de Arrio que dice que el Padre no viene a los discípulos por el Hijo, sino por sí.

San Agustín, in Ioannem, tract., 110

Ni tampoco esto quiere decir que el Padre no esté en nosotros, ni nosotros en el Padre, sino que por Cristo, Mediador entre Dios y los hombres, se hizo aún más cercano. Por lo que añadió: "Para que sean consumados en una misma cosa", demuestra que la reconciliación obrada por el Mediador nos conduce a la reconciliación, para que disfrutemos de la perfecta bienaventuranza. Por eso sigue: "Para que conozca el mundo que tú me enviaste". No creo que esto deba entenderse como cuando dijo: "Para que el mundo crea", porque mientras creemos lo que no vemos, no estamos aún consumados, como lo estaremos cuando merezcamos ver lo que creemos. Cuando se habla de consumación, debe entenderse conocimiento, como el que se realizará por la visión, no como ahora por la fe. Por ende el mundo lo constituyen los mismos creyentes, no persistiendo enemigo, sino convertido en amigo. Por esto sigue: "Y los amaste, como me amaste a mí", pues el Padre nos ama en el Hijo porque nos eligió en El. Por esto no somos iguales al Hijo Unigénito, pues no siempre se denota igualdad cuando se dice: así como aquello es ésto, sino alguna vez se puede entender: porque aquello es, lo es también esto. Tal es el caso de las palabras "Los amaste como me amaste a mí", con las

que se quiere decir: los amaste porque me amaste a mí, pues no hay otro motivo para amar a sus discípulos que el de amarle a El. Como, pues, no aborreció nada de lo que hizo, ¿quién podrá expresar dignamente cuánto ama a los miembros de su Hijo, y cuánto más a su mismo Unigénito?

"Padre, quiero que aquellos que tú me diste estén conmigo en donde yo estoy, para que vean mi gloria que tú me diste, porque me has amado antes del establecimiento del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, mas yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que me has amado esté en ellos y yo en ellos". (vv. 24-26)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 81

Después que había dicho que muchos creerían por ellos y que gozarían de mucha gloria, pasa a hablar de las coronas que les estaban reservadas, diciendo: "Padre, quiero que los que tú me diste estén conmigo donde yo estoy".

San Agustín, in Ioannem, tract., 110 et 111

Estos son los que recibió del Padre y El eligió del mundo, pues como dice en el exordio de su oración, "Le dio potestad sobre toda carne (esto es, todo hombre) para que les dé la vida eterna". En lo que manifestó haber recibido todo poder sobre todo hombre, para que salvara y condenara a los que quisiera, por lo que a todos sus miembros prometió el premio de estar con El donde El esté. Y no podrá dejar de hacerse lo que el Hijo omnipotente diga al Padre omnipotente que se haga, pues una es la voluntad del Padre y del Hijo; y si no puede comprenderlo nuestra flaqueza, créalo la piedad. Por lo que atañe a la humanidad, en la que fue hecho de la descendencia de David, según la carne, pudo decir "Donde yo estoy", refiriéndose ya al lugar donde muy pronto estaría. En el cielo, pues, nos prometió que estaríamos, porque a él fue elevada la forma de siervo que tomó de la Virgen y fue colocada a la diestra del Padre.

San Gregorio, Moralium 27, 1

En lo que se ve nuevamente lo que la verdad dice: "Nadie sube al cielo, sino el que baja del cielo" (Jn 3,13); lo cual no se diferencia de sus palabras, porque hecho el Señor cabeza de sus miembros, segregada la multitud de los réprobos, queda sólo con nosotros; y así como nosotros hemos sido hechos una cosa con El, volverá solo con nosotros allá de donde vino solo.

San Agustín, in Ioannem, tract., 111

En lo que respecta a su divinidad, en la que es igual al Padre, si según ella queremos entender aquellas palabras: "En donde yo estoy, estén ellos conmigo", desaparece del alma todo pensamiento de imágenes corporales y no se comprende la manera en la que el Hijo es igual al Padre, porque nadie puede llegar allí donde no pertenece. Por tanto, no le fue bastante el decir "quiero que ellos estén donde yo estoy", sino que añadió "conmigo". El estar con El es un gran bien, pues los desgraciados pueden estar donde esté El, pero con El sólo están los bienaventurados. Y aun cuando visible (aunque muy diferente), pongamos algún ejemplo: a la manera que el ciego esté en lugar donde hay luz, no está, sin embargo, con la luz, sino ausente de ella, así también no sólo los infieles, sino que también los fieles, aunque no puedan nunca estar donde no esté Cristo, no están, sin

embargo, con Cristo por visión, pues no hay duda que el fiel está en Cristo por la fe; pero aquí hablaba de aquella visión con la que "le veremos como es"; por lo que añadió: "Para que vean mi gloria", etc. "Para que vean", dijo; no para que crean, el premio de la fe es la gloria, no la fe.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 81

Pero no dijo para que participen de mi gloria, sino "Para que la vean", dando a entender disimuladamente que toda la bienaventuranza consiste en ver al Hijo de Dios. Dióle, pues, el Padre la gloria cuando le engendró.

San Agustín, ut supra

Cuando, pues, viéremos la gloria que el Padre dio al Hijo, entendiendo aquí que se trata no de la que el Padre, igual al Hijo, le dio al engendrarle, sino de la que el Hijo, hecho hombre, recibió después de la muerte de cruz; cuando veremos aquella gloria del Hijo, entonces se hará el juicio, entonces será echado el impío, para que no vea la gloria de Dios, la cual no es otra cosa que el mismo Dios. Pero si recibimos estas palabras en el sentido de que el Hijo es Dios, "quiero que en donde yo estoy estén ellos conmigo", estaremos con Cristo en el Padre, quien al decir "Para que vean mi gloria que me diste", a continuación añadió: "Porque me amaste", etc. En El, pues, nos amó antes de la creación del mundo, y entonces predestinó lo que se hará en el fin del mundo.

Beda

Llama, pues, gloria, al amor con que es amado por el Padre antes de la creación del mundo. En aquella gloria nos amó también a nosotros antes de la creación del mundo.

Teofilacto

Después que rogó por los fieles y les prometió toda prosperidad, expresa una cosa piadosa, digna y propia de su mansedumbre. "Padre justo, el mundo no te reconoció"; como si dijera: Yo desearía que todos los hombres consiguieran los bienes que he pedido para los fieles. Pero porque te desconocieron, no alcanzarán la gloria y las coronas.

Crisóstomo, ut supra

Me parece que dice esto con tristeza, porque no quisieron conocer al que es tan justo y bueno. Así pues, no es esto lo que dicen los judíos, porque ellos dicen que en verdad, conocen al Padre mientras que el Hijo lo ignora. Pero es al contrario. De donde añade: "Yo, pues, te conocí, y éstos conocieron que tú me enviaste, y les hice conocer tu nombre para hacerme conocer", etc., por el Espíritu Santo, dándoles perfecto conocimiento. Si, pues, aprendieren quién eres tú, sabrán que yo no estoy separado sino muy amado de ti, e Hijo propio y conjunto contigo. Esto procuré persuadirles para permanecer yo en ellos, y así ellos guardarán la fe y el amor que hay en mí. Y sigue: "Para que el amor con que tú me amaste esté en ellos", como si dijera: Amándome ellos, en ellos permaneceré.

San Agustín, ut supra

O de otro modo: ¿Qué es conocerle sino vida eterna? La que no dio al mundo condenado, la dio al reconciliado. Así, pues, el mundo no le conoció porque es justo; así le retribuiste su merecido para que no conociese; pero el mundo reconciliado conoció,

porque El es misericordioso, y el conocerte no fue por sus méritos sino por tu gracia. Y después sigue: "Pero yo te conocí". El es la fuente de la gracia, y Dios por naturaleza; pero hombre por gracia inefable del Espíritu Santo, nacido de la Virgen. Finalmente, por cuanto la gracia de Dios viene por Jesucristo, dice: "Y le conocieron" (este es el mundo reconciliado); y así: "Porque tú me enviaste"; luego conocieron por gracia. "Y les hice conocer tu nombre (por la fe), y lo haré conocer (por visión) para que el amor con que tú me amaste esté en ellos". De esta misma frase uso el Apóstol: "Yo he peleado buena batalla" (2Tim 4,7); no dice en buena batalla (que sería más usual). ¿Cómo, pues, está en nosotros el amor con que el Padre amó al Hijo, sino porque somos miembros suyos y somos amados en El, como es El todo amado; esto es, la cabeza y el cuerpo? Por eso añadió "Y yo en ellos". Está, pues, en nosotros como en su templo, y nosotros en El como en nuestra cabeza.

CAPÍTULO 18

Cuando Jesús hubo dicho estas cosas, salió con sus discípulos de la otra parte del arroyo de Cedrón, en donde había un huerto, en el cual entró con sus discípulos. Y Judas, que lo entregaba, sabía también aquel lugar, porque muchas veces concurría allí Jesús con sus discípulos. (vv. 1-2)

San Agustín, in Ioannem, tract., 112

Terminado el sermón que el Señor había dirigido a sus discípulos después de la cena, y la oración elevada al Padre, empieza el evangelista San Juan la historia de su pasión, en estos términos: "Habiendo dicho esto, salió con sus discípulos hacia la otra parte del torrente", etc. No sucedió esto en seguida de concluida la oración, sino que mediaron otras cosas que omitió y se leen en los otros evangelistas.

San Agustín, De cons. evang. 3, 3

Se suscitó entre ellos una contienda sobre quién era el mayor, según dice San Lucas (22,24), y añade que el Señor dijo a Pedro: "He aquí que Satanás os ha solicitado para cribaros como el trigo" (Lc 22,31), etc. Y, según San Mateo (26,30) y San Marcos (14,26), después de rezado el Himno salieron para el Monte de los Olivos. Y continuando su relación San Mateo, dijo: "Entonces fue el Señor con ellos a una granja llamada Gethsemaní", (Mt 26,36). Este es el lugar de que habla San Juan, donde había un huerto, en el que entró Jesús con sus discípulos.

San Agustín, ut supra

Las palabras después de haber dicho esto, son para que no pensemos que la entrada en el huerto fue antes.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 82

Pues ¿por qué no dice que cesando en su oración fue al huerto? Porque aquella oración fue pronunciada para los discípulos. Fue, pues, de noche, y pasó el río, y se apresuró a ir al sitio conocido por el traidor, ahorrando a sus enemigos el trabajo, y mostrando a sus discípulos que va voluntariamente.

Alcuino

Dice "a la otra parte del arroyo de Cedrón"; esto es, a la otra parte del torrente de los cedros. Pasó el torrente*, el que se encuentra en el camino del torrente de su pasión, y bebió en el camino en donde estaba el huerto, para borrar en un huerto el pecado que en el huerto había sido cometido, pues la palabra paraíso significa huerto de delicias. *(*El nombre designa el torrente que atraviesa el valle que separa Jerusalén del monte de los Olivos, y también el valle mismo).*

Crisóstomo, ut supra

Pero para que no pienses al nombrar el huerto que era para esconderse, añadió: "Pues Judas, que le entregaba, conocía el lugar, porque Jesús lo frecuentaba con sus discípulos".

San Agustín, ut supra

Con profunda sabiduría del Padre de los hijos, fue allí tolerado el lobo que, cubierto

con piel de oveja, aprendió entre ellos el lugar donde, dada la ocasión, dispersaría el pequeño rebaño acometiendo insidiosamente al pastor.

Crisóstomo, ut supra

Muchas veces había concurrido allí Jesús con sus discípulos, para comunicarles secretos que no debían saber los demás. Esto lo hizo en los montes y en los huertos, buscando siempre lugar apartado de la muchedumbre, para que el alma no se distrajera de lo que oía. Allí, pues, fue Judas, pues era donde Jesús pasaba muchas noches, así como hubiera ido a su domicilio, si hubiera creído encontrarle durmiendo.

Teofilacto

Sabía Judas que el Señor acostumbraba enseñar a sus discípulos algo sublime y misterioso en los días festivos y en tales lugares y, por cuanto aquellos eran días solemnes, creyó que estaría allí para preparar a sus discípulos a celebrarlos.

Judas, pues, habiendo tomado una cohorte y los alguaciles de los Pontífices y de los fariseos, vino allí con linternas y con hachas y con armas. Mas Jesús, sabiendo todas las cosas que habían de venir sobre El, se adelantó y les dijo: "¿A quién buscáis?" Le respondieron: "A Jesús Nazareno". Jesús les dice: "Yo soy". Y Judas, aquel que lo entregaba, estaba también con ellos. Luego, pues, que les dijo yo soy, volvieron atrás y cayeron en tierra. Mas El les volvió a preguntar: "¿A quién buscáis?" Y ellos dijeron: "A Jesús Nazareno". Respondió Jesús: "Os he dicho que yo soy, pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos". Para que se cumpliese la palabra que dijo: De los que me diste, a ninguno de ellos perdí. (vv. 3-9)

Glosa

Había demostrado el Evangelista el modo como Judas pudo dar con el sitio donde estaba Cristo; ahora explica cómo llegó, diciendo: "Judas, pues, habiendo tomado una cohorte y los subalternos de los Pontífices", etc.

San Agustín, in Ioannem, tract., 112

La cohorte no fue de judíos, sino de soldados. Entiéndase que la recibió del Procónsul para prender al culpable, observando el procedimiento de autoridad legítima, a fin de que nadie osara hacer resistencia, a pesar de ser tanta y tan bien armada la gente que iba, que asustaba y acobardaba la idea de que alguno se atreviera a defender a Cristo.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 82

¡Pero de qué modo se ganaron a los soldados con dinero, que iban dispuestos a todo!

Teofilacto

Llevaban haces y linternas, por si Cristo se escapaba ocultándose en la oscuridad.

Crisóstomo, ut supra

Muchas veces habían enviado, en otras ocasiones, a prenderlo, pero no lo consiguieron. De donde claramente se ve que en aquella se entregó espontáneamente. Por eso dice: "Jesús, pues, sabiendo todo lo que iba a venir sobre El, se adelantó y les dijo: "¿A quién buscáis?"

Teofilacto

No pregunta para querer saber (pues perfectamente conocía todo lo que le iba a suceder), pero queriendo manifestar que, aun estando presente, no podía ser visto ni distinguido por ellos; "Díjoles el Señor: Yo soy".

Crisóstomo, ut supra

Estando en medio de ellos, cegó sus ojos. Y para manifestar que no fue por causa de la oscuridad, indica el Evangelista que llevaban luces. Si, pues, no las llevaran, habían de conocerle al menos por la voz. Y si Judas, que siempre había estado con El, no le

conocía, tampoco le hubieran conocido ellos; por esto añade: "Estaba también Judas", etc. Hizo esto el Señor para manifestar que, no sólo no le hubieran podido prender, pero que ni aun le hubieran visto estando en medio de ellos, si El no lo hubiera permitido; por esto dice: "En cuanto les dijo: yo soy, retrocedieron", etc.

San Agustín, ut supra

¿Dónde está la cohorte de soldados? ¿Dónde está el terror y el aparato de las armas? Una voz rechazó, hirió y derribó a tan gran turba, enfurecida de odio y temible por las armas, sin disparar una saeta. Es que Dios se ocultaba bajo la carne, y el eterno día de tal modo se escondía en los miembros humanos, que era buscado por las tinieblas con la luz de las linternas y de los haces para distinguirle. ¿Qué hará como Juez el que como reo así obra? Ahora, por medio del Evangelio, hace resonar por todas partes esta palabra: "Yo soy", dice Cristo, y los judíos esperan al anticristo, para volverse atrás y caer en tierra, porque los que abandonan el cielo desean la tierra.

San Gregorio, super Ezech. hom 9

¿Por qué razón los elegidos caen de cara y los réprobos de espalda, sino porque el que cae de espalda no ve a dónde cae, al paso que el que cae de frente ve dónde cae? Por eso los malvados, que caen en las cosas invisibles, caen de espaldas, porque caen en donde no pueden ver lo que les viene detrás, mientras que los justos, que se abniegan a sí mismos y a las cosas visibles para levantarse por medio de las invisibles, caen como de cara, porque, arrepentidos por el temor, se reconcentran y humillan.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 83

Nadie diga que el Señor mismo indujo a los judíos a que le matasen, entregándose El mismo en sus manos; pues claramente les demostró lo que bastaba para que ellos desistiesen. Pero por cuanto permanecían en su malicia, y no tenían excusa, entonces se entregó El mismo en sus manos. Por eso, "Volvió, pues, a preguntarles, ¿a quién buscáis? pero ellos", etc.

San Agustín, in Ioannem, tract., 112

Ya habían oído primero, yo soy, pero no habían comprendido que el que pudo todo lo que quiso, no quiso esto. Pero si nunca hubiera permitido el ser prendido por ellos, no habrían llevado a cabo aquello por lo que venían, ni El hubiera hecho aquello por lo que había venido y, por tanto, después de haber mostrado su poder a los ojos de los que querían y no podían prenderle, se deja prender para hacerles cumplir inconscientes su voluntad. Y sigue: "Si, pues, me buscáis a mí, dejad ir a éstos".

Crisóstomo, ut supra

Como si dijera: "Si me buscáis a mí, nada tenéis que ver con éstos; he aquí que yo mismo me entrego", demostrando así la consecuencia de su amor a los suyos, hasta la última hora.

San Agustín, ut supra

Esto manda a sus enemigos, y hacen esto que manda; les permite que se vayan aquellos que El no quiere que perezcan.

Crisóstomo, ut supra

Para demostrar el Evangelista que esto no fue efecto de la voluntad de ellos, sino del poder del que era prendido, añade: "Para que se cumpliese la palabra que dijo: Porque no perdí a los que me diste", etc. Esta perdición no se refería a la muerte natural, sino a la eterna, pero el Evangelista la entendió de la muerte presente.

San Agustín, ut supra

¿Acaso no habían de morir después? ¿Cómo entender que los perdería si entonces morían, sino porque aún no creían en El como creen los que se salvan?

Mas Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó: e hirió a un siervo del Pontífice; y le cortó la oreja derecha. Y el siervo se llamaba Malco. Jesús entonces dijo a Pedro: "Mete tu espada en la vaina. ¿El cáliz que me ha dado el Padre, no le tengo de beber?" (vv. 10-11)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 82

Confiando Pedro en la palabra que había dicho el Señor sobre lo que había de suceder, se arma contra los que habían venido. Por eso dice: "Teniendo, pues, Simón Pedro una espada", etc. ¿Cómo, pues, el que había recibido orden de no tener bolsa ni dos túnicas, tiene espada? Me parece que él venía preparado temiendo los acontecimientos próximos.

Teofilacto

O bien, porque necesitando la espada para el sacrificio del cordero, la llevaba aun después de la cena.

Crisóstomo, ut supra

Pero ¿cómo el que tenía orden de no devolver una bofetada, es homicida? Porque tenía el mandato principal de no vengarse; pero aquí no se vengaba sino que defendía al Maestro. Además, aun no eran perfectos, y si no, verás después cómo Pedro es azotado y lo lleva con humildad. No sin causa, añade después: "Y le cortó la oreja derecha". Paréceme que esto quiere significar la impetuosidad del apóstol, porque él tiraba a la cabeza.

San Agustín, in Ioannem, tract., 112

Sólo este Evangelista expresa el nombre de este criado, cuando dice: "El nombre de este siervo era Malcho", así como sólo San Lucas expresa que el Señor le tocó la oreja y le curó.

Crisóstomo, ut supra

Entonces hizo este milagro para enseñarnos que conviene hacer bien a los que nos hacen mal, revelando al mismo tiempo su poder. Pero el Evangelista citó el nombre para que los que leyeren pudiesen averiguar si verdaderamente sucedió esto. Y dice que era criado del Sumo Pontífice, porque es notable el hecho, no sólo porque le curó, sino porque hizo la cura en favor de aquel que había venido a prenderle, y poco después le había de abofetear.

San Agustín, ut supra

El nombre de Malcho quiere decir que ha de reinar. ¿Qué significa, pues, esta oreja amputada en la defensa del Señor y por el Señor curada, sino que cortado el oído del hombre viejo se ha renovado en el espíritu y no en la vetustez de la letra? El que haya recibido de Cristo, ¿quién duda que ha de reinar con Cristo? El que fuese criado revela aquella antigüedad que engendra la esclavitud, así como su curación es figura de la libertad.

Teofilacto

También la amputación de la oreja derecha del siervo del Príncipe de los Sacerdotes era signo de la sordera de éstos, que había invadido principalmente a los Príncipes de los Sacerdotes, pero su curación significa la sumisión de la inteligencia que rendirán los Israelitas a la venida de Elías.

San Agustín, ut supra

El Señor reprobó el hecho de Pedro, y prohibió su repetición en lo sucesivo, y por eso dijo, pues, Jesús: "Vuelve tu espada a la vaina"; lo dijo amonestándole a la paciencia, y para que esto quedara escrito.

Crisóstomo, ut supra

Al mismo tiempo que le contuvo con la reprensión, como refiere San Mateo, por otra parte le consolaba diciendo: "¿No quieres que beba el cáliz que me dio mi Padre?" Manifestando que lo que sucedía no era efecto del poder de los judíos sino de su permisión, y que lejos de ser contrario a Dios, era obediente hasta la muerte.

Teofilacto

En lo que dice El mismo de su cáliz, revela cuán grata y aceptable le parecía la muerte por la salvación de los hombres.

San Agustín, ut supra

En cuanto a lo que dice que es el Padre quien le ha dado el cáliz de la pasión, es lo que dice el Apóstol: "No perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros" (Rm 8,32). Pero el Autor de este cáliz es el mismo que lo bebe, por lo que dice el Apóstol: "Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros" (Ef 5,2).

La cohorte, pues, y el tribuno, y los ministros de los judíos, prendieron a Jesús, y lo ataron. Y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, el cual era el Pontífice de aquel año. Y Caifás era el que había dado el consejo a los judíos: Que convenía que muriese un hombre por el pueblo. (vv. 12-14)

Teofilacto

Después de hecho cuanto bastaba para contener a los judíos, como ellos de ningún modo entraran en razón, entonces permitió ser llevado; y por esto dice: "La cohorte, pues, y el tribuno, y los ministros", etc.

San Agustín, in Ioannem, tract., 112

Prendieron, pues, al que no se acercaron, ni entendieron, ni oyeron aquello: "Acercáos a El y seréis iluminados" (Sal 33,6), porque si se acercasen de corazón, lo tomarían en palmas no para matarle, sino para recibirle; pero del modo que le prendieron se apartaron más lejos de El. Sigue: Y ataron a Aquel por quien más bien debieron querer ser desatados; y tal vez estaban con ellos los que libertados después por El dijeron: "Desataste mis ataduras" (Sal 115,16). Después que los aprensores por la traición de Judas ataron al Señor, para que se entienda que Judas no es digno de alabanza por la utilidad de esta traición, sino punible por la espontaneidad del crimen, dice: "Y le llevaron primero a casa de Anás", etc.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 82

Gozaban, pues, y se gloriaban en lo que hacían, llevándolo como en trofeo.

San Agustín, in Ioannem, tract., 113

Ni calla el motivo por qué esto se hizo así, añadiendo: "Pues era suegro de Caifás", etc. Con razón, queriendo San Mateo contar esto con más brevedad, dice que fue conducido a Caifás, porque si fue llevado primero a Anás, su suegro, es para que se entienda que así lo quiso Caifás.

Beda

A fin de que siendo condenado por otro juez de igual jurisdicción, pareciese menos criminal su sentencia. O tal vez porque en tal dirección podía estar situada su casa que fuera preciso pasar por ella. O bien por disposición divina sucedió que los que estaban unidos por parentesco lo estuviesen también por crimen. Pero lo que dice de ser Pontífice de aquel año, es contrario a la Ley, en la que estaba mandado que no hubiera más que un solo sumo Pontífice, muerto el cual sucediera su hijo. Pero el pontificado estaba ya corrompido por la ambición.

Alcuino

Refiere Josefo que este Caifás había comprado el sacerdocio por un año; no es, pues, de extrañar que un Pontífice inicuo juzgara inicuamente, pues frecuentemente el que llega por avaricia al sacerdocio, se conserva en él por la injusticia.

Crisóstomo, ut supra

No se aturda el que oiga hablar de prisiones; recuerde la profecía, de que la muerte de Jesús fue la salvación del mundo. Así sigue: "Era pues, Caifás quien había aconsejado a los judíos; porque conviene que muera un hombre por el pueblo"; tanto era, pues, la superabundancia de la verdad, que rebosaba hasta en la boca de los enemigos.

Simón Pedro y otro discípulo, seguían a Jesús. Y aquel discípulo era conocido del Pontífice, y entró con Jesús en el atrio del Pontífice. Mas Pedro estaba fuera a la puerta. Y salió el otro discípulo, que era conocido del Pontífice, y le dijo a la portera, e hizo entrar a Pedro. Y dijo a Pedro la criada portera: "¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?" Dice él: "No soy". Los criados y los ministros estaban en pie a la lumbre, porque hacía frío, y se calentaban; y Pedro se estaba también en pie calentándose con ellos. (vv. 15-18)

San Agustín, De cons. evang. 2, 6

No todos los Evangelistas refieren del mismo modo la negación de Pedro, que es comprendida entre las afrentas hechas al Señor, pues San Mateo y San Marcos cuentan primero las injurias, y después la tentación de Pedro; pero San Lucas explica primero las tentaciones de Pedro, y después los ultrajes hechos al Señor. San Juan empieza a decir sobre la tentación de Pedro: "Seguían a Jesús, Simón Pedro y otro discípulo".

Alcuino

Seguían al Maestro por devoción, aunque de lejos por el temor.

San Agustín, in Ioannem, tract., 113

Quién fuese el otro discípulo, puede asegurarse sin temeridad, por el silencio que guarda San Juan, pues acostumbra a darse a conocer de este modo, y añadiendo: al que amaba Jesús. Y sin duda, pues, es él mismo.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 82

El mismo se oculta por humildad, pues refiere con gran sinceridad el modo cómo en el momento de huir todos él siguió, y posponiéndose a Pedro, precisado a nombrarse a sí mismo, para dar a conocer la certeza con que puede asegurar mejor que los otros lo que sucedió en el atrio, porque se hallaba dentro, prescinde de su propia alabanza, diciendo: "Aquel discípulo era conocido del Pontífice". No da gran importancia a lo que dice de sí, pero porque había dicho que entró con Jesús solo, a fin de que no se forme de él una elevada idea, añade la razón. El haber ido Pedro fue un acto de amor; el no haber entrado lo fue de temor. Por lo que sigue: "Pero Pedro estaba a la puerta fuera".

Alcuino

Fuera estaba el que había de negar al Señor; y no estaba en Cristo quien no se atrevía a confesarle.

Crisóstomo, ut supra

Mas que Pedro entró en la casa con permiso, lo explica diciendo: "Salió, pues, aquel discípulo y habló a la portera, e introdujo a Pedro"; pero no fue él quien le introdujo, porque Pedro estaba unido a Cristo y le seguía: "Dícele la criada portera: ¿por ventura eres tú de los discípulos de este hombre? Dice él: No soy". ¿Qué dices, oh Pedro? ¿No dijiste antes: Si conviniere daré mi vida por ti (Mt 26,35)? ¿Qué, pues, ha sucedido que

no puedes soportar ni aun la pregunta de una portera? No era soldado el que preguntaba, sino una vil portera. Ni dijo: Eres discípulo de un seductor, sino de aquel hombre; palabra que es de compasión. Dice, pues: "¿Acaso también tú?" porque Juan estaba dentro.

San Agustín, ut supra

¡Pero qué es de admirar si Dios predijo la verdad y el hombre presumió la falsedad! En verdad que en esta negación de Pedro ya comenzada debemos observar que no sólo niega a Cristo diciendo que no es Cristo, sino que (se niega) a sí mismo, negando que sea cristiano. El Señor no había dicho a Pedro: Negarás que eres mi discípulo, sino "me negarás" (Mt 26,34;Lc 22,51). Negó, por tanto, a Cristo cuando negó ser su discípulo. ¿Qué otra cosa hizo de este modo sino negar que era cristiano? ¡Cuántos, aun niños y doncellas supieron despreciar la muerte confesando a Cristo después de él, y conquistaron el reino de los cielos! Lo que entonces no pudo éste que había recibido las llaves de aquel reino, porque se dijo: "Dejad ir a éstos", porque de los que me diste no perdí a ninguno de ellos. He aquí, pues, a Pedro que si después de haber negado a Cristo marchara de aquí, sin duda perecería.

Crisóstomo, in Serm. De Petro et Elia

Es sin duda un secreto, que la Divina Providencia permitió que cayera primero el mismo Pedro, a fin de templar la dureza de la sentencia para con los pecadores en vista de este caso. Pedro, doctor y maestro de todo el mundo, pecó y alcanzó el perdón, a fin de que este ejemplo de indulgencia fuese la regla para todos los jueces. Esta es la razón por la que yo pienso que la potestad sacerdotal no ha sido encomendada a los ángeles, porque siendo éstos impecables castigarían a los pecadores sin compasión. Por eso se ha constituido sobre los hombres a otros también pecadores, para que, reconociendo en sí las mismas pasiones que en los otros, se muestren benignos con ellos.

Teofilacto

Hay algunos que queriendo atribuir a Pedro una falsa gracia, dicen que éste negó porque quería estar siempre con Cristo y seguirle; pues conocía que si confesaba ser discípulo de Cristo, le separarían de El y no podría en adelante seguir y ver al que amaba, y por esta razón fingió ser uno de los ministros, para evitar que, conociéndole por su tristeza, fuese echado fuera. Por eso dice: "Estaban, pues, en pie los criados y los ministros alrededor del fuego, porque hacía frío y se calentaban, y Pedro estaba con ellos", etc.

San Agustín, ut supra

No era invierno, y sin embargo hacía frío, como suele suceder en el equinoccio de verano.

San Gregorio, Moralium 2, 3

Ya se había enfriado en el corazón de Pedro el calor de la caridad, y renaciendo en él el amor a la vida presente, como si padeciese la misma enfermedad que los perseguidores, se calentaba.

El Pontífice, pues, preguntó a Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Jesús le respondió: "Yo manifiestamente he hablado al mundo; yo siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, a donde concurren todos los judíos, y nada he hablado en oculto. ¿Qué me preguntáis a mí? Preguntad a aquellos que han oído lo que yo les hablé: he aquí éstos saben lo que yo he dicho". (vv. 19-21)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 82

Como no podían imputarle a Cristo ningún crimen, le preguntaron sobre sus discípulos; por lo que se dice: "El Pontífice, pues, preguntó a Jesús sobre sus discípulos"; tal vez dónde estaban, o cómo los había reunido. Esto lo decía, queriendo tratarle como sedicioso y acusarle de innovador, sin atender casi a nada más que a sus discípulos.

Teofilacto

Sobre su doctrina investiga cuál es; si discrepaba de la Ley de Moisés, o la contradecía, para tomar de aquí pretexto para condenarle como antagonista de Dios.

Alcuino

No pregunta por amor a conocer la verdad, sino para encontrar motivo de acusación y entregarlo al Pretor romano para que le condene. Pero el Señor de tal modo atemperó su respuesta, que ni ocultó la verdad, ni demostró que se defendía. Sigue: "Respondió Jesús: Yo he hablado al mundo manifiestamente; Yo siempre enseñé en la sinagoga y en el templo", etc.

San Agustín, in Ioannem, tract., 113

No es de pasar por alto esta cuestión. Si, pues, a sus discípulos no les hablaba claramente, sino que les ofrecía hora en que les hablaría descubiertamente, ¿cómo ha hablado manifiestamente al mundo? Además, hablaba mucho más claro a sus discípulos cuando se hallaban separados de las turbas, y entonces les explicaba las parábolas que presentaba oscuras a los demás. Pero se ha de entender que cuando dijo "He hablado públicamente", es como si dijera: "Muchos me han oído", aunque interiormente no comprendían. Y cuando hablaba aparte a sus discípulos, tampoco lo hacía en secreto; porque ¿quién habla secretamente haciéndolo en público, principalmente si lo dice a pocos para que lo comuniquen a muchos?

Teofilacto

Recuérdese aquí aquella profecía que dice: "No hablé en secreto ni en lugar tenebroso de la tierra" (Is 45,19).

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 82

O en verdad habló en secreto, pero no como ellos buscaban, tímida y sediciosamente, sino diciendo cosas sublimes, en presencia de grande auditorio. Queriendo probar sobradamente la verdad de su aserto, añade: "¿Qué me preguntas? Pregunta a aquellos que me oyeron qué es lo que les he dicho; éstos lo saben". Como diciendo: Tú me preguntas por los míos; pregunta a mis enemigos, que me preparan

acechanzas. Estas palabras son sólo propias de un hombre que fía en la verdad de su dicho. Este es un irrefutable argumento de la verdad (una prueba sin réplica) que resulta de la declaración de los enemigos citados por el acusado.

San Agustín, ut supra

Hasta lo mismo que habían oído y no habían entendido era de tal naturaleza, que no podían por ello acusarle justa y verazmente; y cuantas veces intentaron preguntarle para encontrar de qué acusarle, les respondió de modo que resultó contra ellos su falacia y frustró sus calumnias.

Cuando esto hubo dicho, uno de los ministros que estaban allí dio una bofetada a Jesús, diciendo: "¿Así respondes al Pontífice?" Jesús le respondió: "Si he hablado mal, da testimonio del mal; mas si bien, ¿por qué me hieres?" Y Anás lo envió atado al Pontífice Caifás. (vv. 22-24)

Teofilacto

Como Jesús apelara al testimonio de los que le habían oído, queriendo un ministro excusarse de ser de los que admiraban a Jesús, le dio una bofetada. Por eso dice: "Luego que hubo dicho", etc.

San Agustín, De cons. evang. 3, 6

Esto demuestra bien que Anás era Pontífice, pues no había sido aún enviado a Caifás cuando se dijo esto; y estos dos, Anás y Caifás, eran Pontífices, como lo dice San Lucas en el principio de su Evangelio.

Alcuino

Aquí se cumple aquella profecía de Isaías: "Presenté mi mejilla a los que me abofeteaban" (Is 3,6). Pero Jesús, herido injustamente, contestó con mansedumbre: "Si he hablado mal, pruébalo; pero si he hablado bien, ¿por qué me hieres?".

Teofilacto

Como si dijera: Si hallas algo reprensible en lo que he dicho, demuestra lo que dije mal; y si no puedes probarlo, ¿por qué te enfureces? O de otro modo: Si enseñé malamente en las sinagogas, atestíguaselo al Príncipe de los Sacerdotes; pero si enseñé bien, de modo que hasta vosotros, siendo ministros, os admirabais, ¿por qué ahora me hieres cuando antes te admirabas?

San Agustín, in Ioannem, tract., 113

¿Qué más verdadero, suave y justo que esta respuesta? Si consideramos quién es el abofeteado, ¿no querríamos que el agresor fuese consumido por fuego del cielo, o tragado por la tierra, o revolcado por el demonio, o castigado con cualquier pena grave? ¿Acaso le faltaría poder para mandar alguno de estos castigos al que creó el mundo, si no prefiriera mejor enseñarnos la paciencia con que se vence al mundo? Tal vez diga alguno: ¿por qué no hizo lo que El mismo mandó, no contestando así al agresor, sino presentándole la otra mejilla? Porque al dar una respuesta tan llena de mansedumbre, no sólo ofreció la otra mejilla, sino que preparó todo el cuerpo para clavarlo en la cruz. Así demostró mejor que cumplía el precepto de la paciencia con la predisposición de su corazón que con demostración exterior de su cuerpo, pues puede suceder que el hombre ofrezca airado la otra mejilla, siendo más perfecto contestar mansamente la verdad con ánimo tranquilo y dispuesto a sufrir mayores agravios.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 82

¿Qué cosa era más justa que la de replicar al Señor o aceptar su dicho? Pero no fue así, porque lo que se hacía no era un juicio, sino un acto tiránico y sedicioso. No sabiendo qué hacer, lo envían atado a Caifás. Sigue: "Y Anás lo envió atado al Pontífice

Caifás".

Teofilacto

Sospechando que siendo éste más astuto podría imaginar algún medio para condenar a muerte a Jesús.

San Agustín, ut supra

Desde el principio le conducían a casa de éste, como dice San Mateo, porque era el Príncipe de los Sacerdotes en aquel año. Es necesario comprender que ejercían el pontificado sucesivamente un año cada uno, y es de creer que Jesucristo fue conducido primero a casa de Anás por orden de Caifás, o bien porque las casas de éstos estuvieran situadas en tal disposición que no pudiera pasarse sino por casa de Anás.

Beda

Lo que se ha dicho de llevarle atado no se ha de entender de que entonces le ataran, sino que estaba atado desde que le habían aprehendido; por tanto, lo envió a Caifás como se lo habían presentado. Y pudo también suceder que en aquel acto le hubiesen soltado mientras le preguntaban, y después, atado otra vez, le hubiera enviado a Caifás.

Estaba, pues allí, en pie, Simón Pedro calentándose. Y le dijeron: "¿No eres tú también de sus discípulos?" Negó él, y dijo: "No soy". Dícele uno de los criados del Pontífice, pariente de aquél a quien Pedro le había cortado la oreja: "¿No te vi yo a ti en el huerto con El?" Y otra vez negó Pedro, y luego cantó el gallo. (vv. 25-27)

San Agustín, in Ioannem, tract., 113

Habiendo dicho el Evangelista que Anás había mandado a Jesús atado a casa de Caifás, volvió a continuar su narración desde donde había dejado a Pedro, para explicar lo que había sucedido en la casa de Anás sobre las tres negaciones de Pedro. Dice, pues: "Estaba Simón Pedro en pie y calentándose". Aquí resume lo que antes había dicho.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 82

El fervoroso discípulo estaba inmóvil de espanto separado de Jesús, y esto es para que aprendamos cuán débil es la naturaleza cuando Dios abandona al hombre. Preguntado por segunda vez, niega también por lo que sigue: "Dijéronle, pues: ¿por ventura eres tú de sus discípulos?".

San Agustín, De cons. evang. 3, 6

Vemos que en esta ocasión, no ya en la puerta, sino estando al fuego, negó Pedro por segunda vez, lo que no podía suceder si no hubiera vuelto después de que había salido fuera, como dice San Mateo. Había, pues, salido y le vio fuera otra criada. Esto es, que habiéndose levantado y salido vio a Pedro, y dijo a los que allí estaban (esto es, a los que juntamente con él estaban alrededor del fuego dentro en el atrio): "Y éste estaba con Jesús Nazareno" (Mt 26,71). Aquel, pues, que había salido fuera, habiendo oído esto, volviendo, juró a aquellos que lo afirmaban que no conocía a aquel hombre (Mt 26,72). San Juan dice a continuación: "Dijeron: ¿por ventura eres tú de sus discípulos?". Lo que creemos fue dicho a Pedro, que volvía. Y esto se confirma, no sólo por lo que dicen San Mateo y San Marcos de la otra criada que citan, sobre esta segunda negación, sino que también por lo que dice San Lucas, refiriéndose a lo que otro de los que asistían hizo con Pedro. Por lo que dice San Juan: "Dijéronle, pues, a él". San Juan, siguiendo su narración, cuenta de este modo la tercera negación: "Uno de los siervos del Pontífice le dice", etc. San Mateo y San Marcos señalan en número plural a aquellos que hablaban con Pedro (mientras San Lucas habla de uno, San Juan también de uno, y éste pariente de aquel a quien cortó la oreja). Fácil es de entender que San Mateo y San Marcos siguieron la costumbre de usar el plural por el singular, o que tal vez uno, porque lo había visto, afirmaba de ciencia propia, y los demás, apoyados en éste, acusaban juntamente a Pedro.

Crisóstomo, ut supra

Ni los recuerdos del huerto, ni lo que allí se dijo, ni el mucho amor que allí con sus palabras había manifestado, vienen a la memoria de Pedro. Por lo que sigue: "Otra vez, pues, negó Pedro; y en el momento el gallo cantó".

San Agustín, ut supra

¡He aquí cumplida la profecía del médico y demostrada la presunción del enfermo! No se verificó, pues, lo que éste había dicho: "Pondré mi vida por ti" (Jn 13,37); sino que sucedió lo que Jesús había predicho: "Me negarás tres veces" (Lc 22,61).

Crisóstomo, ut supra

Los evangelistas escribieron acordes la negación de Pedro, no acusando al discípulo, sino para enseñarnos cuán malo es no entregarse totalmente en manos de Dios y confiar en sí mismo.

Beda

En sentido espiritual están significados por la primera negación de Pedro aquellos que antes de la pasión negaron que Jesús fuese Dios; en la segunda, aquellos que negaron, después de su resurrección, su divinidad e igualmente su humanidad. También significa el primer canto del gallo la resurrección de Jesucristo como cabeza, y por el segundo la resurrección de todo el cuerpo (universal). Por la primera criada que obligó a Pedro a negar, se entiende la avaricia; por la segunda la voluptuosidad, y por el criado o muchos criados los demonios que seducen para negar a Cristo.

Llevan, pues, a Jesús desde casa de Caifás al Pretorio, y era por la mañana; y ellos no entraron en el Pretorio por no contaminarse y poder comer la Pascua. Pilatos, pues, salió fuera a ellos, y dijo: "¿Qué acusación traéis contra este hombre?" Respondieron, y le dijeron: "Si éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado". Pilatos les dijo entonces: "Tomadle allá vosotros, y juzgadle según vuestra Ley". Y los judíos le dijeron: "No nos es lícito a nosotros matar a alguno". Para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho, señalando de qué muerte había de morir. (vv. 28-32)

San Agustín, in Ioannem, tract., 114

Vuelve el Evangelista al punto de su narración donde había quedado, cuando explicó la negación de Pedro, y dice: "Conducen, pues, a Jesús desde casa de Caifás al Pretorio". Ya había dicho que había sido enviado a Caifás desde casa de Anás, compañero y suegro suyo; pero ¿por qué de casa de Caifás es llevado al Pretorio, que no es más que la residencia del procónsul Pilato?

Beda

Se llama Pretorio el tribunal del Pretor; y los pretores se llaman prefectos o preceptores, porque imponen sus preceptos a los ciudadanos.

San Agustín, ut supra

O por alguna causa urgente, Caifás se había trasladado de la casa de Anás (a donde ambos habían acudido para oír al Salvador) al Pretorio del procurador Pilato, dejando a su suegro el cuidado de oír a Jesús. O bien Pilato había constituido su tribunal en la casa de Caifás, por ser suficientemente espaciosa para habitar su dueño y separadamente el juez.

San Agustín, De cons. evang. 3, 7

Sin embargo, desde el principio era conducido al mismo Caifás, a quien al fin fue llevado como reo convicto, pues ya antes había opinado Caifás que Jesús debía morir, y que sin demora fuese entregado a Pilato para que le condenara a muerte. Sigue: "Era, pues, de mañana".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 82

Es llevado a Caifás antes del canto del gallo, y a Pilato entrada la mañana; con lo que demuestra el Evangelista que en todo el intermedio de la madrugada fue Jesús interrogado por Caifás sin conseguir nada, y por esto le remitió a Pilato. Pero dejando para los otros Evangelistas los demás detalles, pasa adelante. Sigue, pues: "Y ellos no entraron en el Pretorio".

San Agustín, in Ioannem, tract., 114

Esto es, en aquella parte de la casa de Caifás que Pilato ocupaba *. Por qué no entraron lo expresa a continuación: "Para no contaminarse, a fin de comer la Pascua". *

(*El pretorio designa la residencia del gobernador romano de una provincia. Cuando el procurador romano atendía asuntos públicos en Jerusalén ocupaba, según parece, el palacio de Herodes. Allí estaría el pretorio. El palacio de Caifás dista unos 300 metros del palacio de Herodes).*

Crisóstomo, ut supra

Porque era entonces cuando los judíos celebraban la Pascua. Pero Jesús la había anticipado un día, reservando su muerte para que se realizara en el sexto día de la semana, que era cuando se celebraba la antigua Pascua. O bien tomando por Pascua todos los días de la festividad.

San Agustín, ut supra

Porque habían empezado los días de los ázimos, en los cuales no podían entrar en la habitación de un extranjero sin contaminarse.

Alcuino

Se llamaba Pascua propiamente el día en que el cordero era sacrificado, en la tarde del día catorce de la luna, y los siete días siguientes se denominaban de los ázimos, durante los cuales no podía tenerse en las casas nada fermentado. Pero el día de la Pascua se cuenta entre los ázimos, según San Mateo (Mt 26,17). En el día primero de los ázimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: "¿Dónde quieres que te preparemos la comida de Pascua?" Los días de los ázimos se llamaban Pascua, como en este pasaje: "Para que comieran la Pascua", porque la Pascua no era en el día del sacrificio del cordero, que se sacrificaba el día catorce por la tarde, sino una gran solemnidad que se celebraba el día quince, después de comer la Pascua *. Este es, en efecto, el día catorce de la luna, en el que el Señor, así como los demás judíos, celebraron la Pascua, y en el día quince, cuando se celebraba la gran solemnidad, fue crucificado. Pero el día catorce de la luna empezó su inmolación desde que fue aprehendido en el huerto. * (*El día 14 del mes de Nisán se realizaba el sacrificio del cordero, que era consumido en las primeras horas del día 15. Este día era propiamente el de la pascua, y comenzaba con él la fiesta de los ácimos, que duraba 7 días).*

San Agustín, ut supra

¡Oh impía ceguedad! ¡Temían contaminarse en el Pretorio de un juez extranjero, y no hacían escrúpulo de verter la sangre de un hermano inocente! Pues que el acto de matar al Señor, autor de la vida, no debe atribuirse a su conciencia, sino a ignorancia.

Teofilacto

Pero Pilato, aunque procediendo benignamente, sale al fin. Sigue: "Salió, pues, Pilato al encuentro de ellos", etcétera.

Beda

Era costumbre de los judíos entregar atado al juez a aquel que juzgaban reo de muerte, para que, viéndolo atado, entendiera que era condenado a muerte.

Crisóstomo, ut supra

Pero Pilato, aunque le vio atado y llevado en toda forma, no consideró esto como prueba irrecusable o indudable de la acusación, sino que preguntó así: "Y les dijo: ¿De

qué tenéis que acusar a este hombre?" Con esta pregunta da a comprender lo improcedente que sería concederles el suplicio en virtud de un juicio que ellos habían usurpado. Pero ellos, rehusando sostener directamente la acusación, se evaden alegando ciertas conjeturas. Por lo que sigue: "Respondieron y dijeron: "Si no fuera malhechor", etc.

San Agustín, ut supra

Pregúntese y que respondan los libertados de los espíritus inmundos, los enfermos curados, los leprosos limpiados, sordos oyendo, mudos hablando, ciegos viendo, muertos resucitados y, lo que es más que todo, ignorante hecho sabio, si Jesús es malhechor; pero esto lo decían porque ya lo había anunciado el profeta: "Ellos me volvían mal por bien" (Sal 34,12).

San Agustín, De cons. evang. 3, 8

Pero veamos si esto es contrario a lo que dice San Lucas, que le acusaron de ciertos crímenes. Dice: "Empezaron a acusarle diciendo: Hemos hallado a éste sublevando nuestra nación, y prohibiendo dar tributo al César, y proclamando que El es el Cristo-Rey" (Lc 26,2). Pero, según San Juan, por el contrario, aparecen los judíos como no queriendo declarar los crímenes, para que sometiéndose Pilato a la autoridad de ellos, desistiese de averiguar qué era lo que le imputaban, y le considerase reo por el solo hecho de haber merecido ser entregado por ellos. Pero debemos entender que se dijo esto y lo otro que San Lucas contó, pues cada uno citó muchas preguntas y respuestas, según les pareció suficiente para su relato; porque el mismo San Juan dice ciertas cosas que fueron objetadas y que veremos en su lugar. Sigue: "Díceles, pues, Pilato: Tomadle, pues, vosotros", etc.

Teofilacto

Como si dijera: Por cuanto vosotros exigís sentencia de condenación con una arrogancia como si nunca hubierais pecado, juzgadlo vosotros y condenadle; yo de ningún modo juzgaré así como juez.

Alcuino

Como si dijera: Vosotros, que tenéis vuestra legislación, sabéis qué ley juzga tales delitos. Obrad según sabéis que es justo.

Sigue: "Dijeron, pues, los judíos: A nosotros no nos es lícito matar a alguno".

San Agustín, in Ioannem, tract., 114

Pero la Ley ¿no mandó que no se perdonara a ningún malhechor, principalmente de los seductores en materia de religión? Pero se ha de entender que si ellos dijeron que no les era lícito matar a alguno, fue por la santidad de la fiesta que ya habían empezado a celebrar. ¿De tal manera os ha hecho perder el juicio la malicia, que os creéis limpios de la sangre inocente y la entregáis a otro para que la derrame?

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 82

O bien ellos no le condenaban a muerte por haber perdido gran parte de su poder con la sujeción a la dominación romana. O de otro modo: él había dicho: "Vosotros juzgadle según vuestra Ley", cuando ellos afirmaban que el crimen de Jesús no era según

la ley judía; pues decían así: "A nosotros no nos es lícito"; pues no pecó, según nuestra ley, sino que su crimen es público porque se llama Rey. También porque deseaban crucificarle para difamarle con este género de muerte, pues no les era permitido crucificar, sino que mataban de otro modo, como lo demuestra el haber apedreado a San Esteban. Y por esto añade: "Para que se cumpliese la palabra de Jesús", etc., por cuanto a los judíos no les era permitido crucificar. O dice esto el Evangelista porque no debía ser crucificado sólo por ellos, sino que también por los gentiles.

San Agustín, ut supra

Así se lee en San Marcos donde dice: "He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los Príncipes de los sacerdotes y a los escribas, y le entregarán a los gentiles" (Mc 10,33). Pilato, pues, era romano, y le habían enviado los romanos de procurador a Judea. Para que se cumpliese, pues, la palabra de Jesús, esto es, la de ser entregado a los gentiles para que le matasen, no quisieron los judíos aceptar el permiso de juzgarle, diciendo: "A nosotros no nos es lícito matar a alguno".

Volvió, pues, a entrar Pilatos en el Pretorio, y llamó a Jesús y le dijo: "¿Eres tú el Rey de los judíos?" Respondió Jesús: "¿Dices tú esto de ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?" Respondió Pilatos: "¿Soy acaso yo judío? Tu nación y los Pontífices te han puesto en mis manos: ¿qué has hecho?" Respondió Jesús: "Mi reino no es de este mundo. Si de este mundo fuera mi reino, mis ministros sin duda pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; mas ahora mi reino no es de aquí". Entonces Pilatos le dijo: "¿Luego Rey eres tú?" Respondió Jesús: "Tú dices que yo soy Rey. Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquel que es de la verdad escucha mi voz". Pilatos le dice: "¿Qué cosa es verdad?" (vv. 33-38)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 82

Queriendo Pilato librar a Jesús del odio de los judíos, no dilató el juicio; por lo que dice: "Entró, pues, Pilato en el Pretorio y llamó a Jesús", etc.

Teofilacto

Aparte de esto, como tenía gran opinión de Jesús, se proponía apurar exquisitamente todas las cosas dejando a un lado el estrépito de los judíos. Y sigue: "Y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos?"

Alcuino

Con estas palabras manifestó Pilato que los judíos le acusaban del crimen de que se proclamaba Rey de los judíos.

Crisóstomo, ut supra

Esto lo había oído Pilato de muchos; y porque ninguna otra cosa tenían que decir, a fin de evitar largas investigaciones, quiso traer a discusión lo que comúnmente se decía. Sigue: "Responde Jesús: ¿Dices esto por ti mismo, o te lo han dicho otros?"

Teofilacto

Insinúa Jesús con estas palabras que Pilato es un juez parcial, como si dijera: Si dices esto por ti mismo, manifiesta las señales de mi rebelión; pero si lo oíste a otros, abre una indagación en regla.

San Agustín, in Ioannem, tract., 115

Sabía el Señor el sentido con que preguntaba y lo que se le respondería, pero El hizo esta pregunta al procónsul, no para saber, sino para que constase lo que quiso que se supiese.

Crisóstomo, ut supra

No preguntó, pues, como ignorante, sino queriendo que los judíos fuesen condenados por boca del mismo Pilato. "Respondió Pilato: ¿Acaso yo soy judío?".

San Agustín, ut supra

Hizo desaparecer la sospecha de que se le pudiese imputar que hablaba por sí mismo, haciendo ver que lo había oído de los judíos; por lo que sigue: "Tu nación y tus Pontífices te han entregado en mis manos". Y después, preguntando: "¿Qué has hecho?" da a entender suficientemente cuál era el crimen que se le imputaba, como si dijera: Si niegas que eres Rey, ¿qué has hecho para que te entregaran en mis manos? Como si no se admirara de que fuese entregado al juez para ser castigado porque se llamase Rey.

Crisóstomo, ut supra

Tranquiliza, pues, a Pilato sobre que no existe ningún peligro, y quiere manifestarle que no es sólo hombre, sino también Dios e Hijo de Dios, y hace desaparecer la sospecha de tiranía que había aterrado a Pilato; y sigue: "Respondió Jesús: mi reino no es de este mundo", etc.

San Agustín, ut supra

Esto es lo que nuestro buen Maestro nos quiso demostrar. Pero antes quiso hacernos ver la vana opinión que los hombres tenían de su reino, tanto los gentiles como los judíos, a quienes Pilato la había oído, como si hubiese cometido un crimen digno de muerte por haber supuesto un reino que ellos creían ilegítimo. O bien, como aquellos que están en posesión del poder acostumbran envidiar a los que han de sucederles, los romanos y los judíos querían precaver que este nuevo poder les fuese contrario. Porque si a la pregunta de Pilato hubiese contestado en seguida, habría parecido que su respuesta se dirigía sólo contra la falsa opinión de los gentiles, y no a la de los judíos. Pero después de la respuesta de Pilato, la respuesta de Jesús se dirige a los gentiles y a los judíos, como si dijera: Judíos y gentiles, oíd: no impido vuestra dominación en este mundo. ¿Qué más queréis? Creyendo, venid al reino que no es de este mundo. ¿Cuál es, pues, su reino sino el de los que creen en El, a quienes dice no sois de este mundo, aunque quiera que estéis en este mundo? Por lo que no dice: Mi reino no está en este mundo, sino "no es de este mundo" (Jn 8,23). Es, pues, de este mundo todo lo que en la humanidad, si bien creado por Dios, fue generado de la raza viciada de Adán. Fue, pues, hecho un reino, no ya de este mundo, de todo aquello que fue regenerado en Cristo. Así, pues, Dios nos sacó del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor.

Crisóstomo, ut supra

O dice en esto que no tiene aquí un reino como el de los reyes de la tierra, porque su poder viene del cielo, y no es humano, sino mucho más esclarecido. Y sigue: "Si mi reino fuera de este mundo", etc. Pone de manifiesto la imbecilidad del reino de este mundo que toma su fuerza de sus ministros, cuando el reinado de Dios no necesita a nadie y se basta a sí mismo.

San Agustín, ut supra

Habiendo probado que su reino no es de este mundo, añadió: "Ahora, pues, mi reino no es de aquí". No dice: No está aquí, porque aquí está su reino hasta el fin de los tiempos, conteniendo dentro de sí la mala yerba mezclada con el trigo hasta la siega; pero, sin embargo, no es de aquí, sino que peregrina en este mundo.

Teofilacto

O bien no dice: No está aquí, sino "no es de aquí"; pues reina en el mundo y ejerce su providencia disponiendo de las cosas según su voluntad; su reino no tiene su fundamento en causas inferiores, sino en los cielos, antes de los siglos.

Crisóstomo, ut supra

Tomando de aquí motivo, los herejes dicen que es ajeno a la constitución del mundo. Pero aunque dice: "Mi reino no es de aquí", no priva al mundo de su providencia y de su gobierno, sino que quiere demostrar solamente que su reino no es humano ni perecedero.

"Pilato le dice: ¿Luego tú eres Rey? Jesús responde: Tú lo dices", etc.

San Agustín, ut supra

No porque temiera declararse Rey, sino porque habló de modo que ni se negó Rey, ni confesó ser tal Rey que se creyera que su reino era de este mundo. Las palabras: "Tú lo dices" quieren decir: Como hombre carnal hablas correctamente. En seguida añadió: "Yo he nacido para esto". La sílaba de este pronombre debe pronunciarse de tal manera que no pueda entenderse en este sentido: Yo he nacido en tal condición, sino en este otro: "Para esto he nacido", recordando aquella expresión "A esto vine al mundo", por la que manifestó claramente que se refería a su nacimiento, por el que encarnado vino al mundo; no a aquel nacimiento sin principio por el cual era Dios.

Teofilacto

O de otro modo: Preguntado por Pilato si era Rey, respondió el Señor: "Yo para esto he nacido". Es decir: Yo he nacido para ser Rey; pues por lo mismo que he sido engendrado por un Rey, afirmo que yo también soy Rey.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 83

Si, pues, ha nacido Rey, no hay más que recibirle. "A esto (dijo) he venido, para dar testimonio a la verdad"; esto es, para persuadir a todos de esto mismo. Y es de notar que hizo brillar su humildad cuando sufría en silencio que los que le llevaban dijesen: "Este es un malhechor". Pero cuando fue preguntado acerca de su reino, habló a Pilato de tal modo que le instruyera, elevándole a cosas más sublimes. Y por las palabras "Para dar testimonio de la verdad" dio a entender que no había hecho nada subversivo.

San Agustín, ut supra

Dando Jesucristo testimonio de la verdad, lo da de sí mismo, porque ésta es su palabra: "Yo soy la verdad" (Jn 14,6); pero como no todos tienen fe, añadió: "Todo el que es de la verdad oye mi voz". Oye, en verdad, con los oídos del alma; esto es, obedece a mi voz, como si dijera: Cree en mí. Por las palabras: "Todo el que es de la verdad" expresa la gracia de su vocación (Rm 8). Si consideramos la naturaleza en que hemos sido creados, habiéndonos creado a todos la verdad, ¿quién habrá que no sea de la verdad? Pero no todos han recibido de la verdad la gracia de obedecer a la verdad. Porque si dijo "Todo el que pertenece a la verdad oye mi voz", podrá creerse que se llama venido de la verdad el que obedece a la verdad; pero no dice esto, sino "Todo el que es de la verdad oye mi voz". Oye, ciertamente; pero él no es de la verdad porque oye su voz, sino que oye porque es de la verdad, pues este don le ha sido dado por la

verdad.

Crisóstomo, ut supra

Con estas palabras le atrae y le persuade a que se haga de los discípulos de la verdad; con estas breves palabras de tal modo le cautivó, que preguntó: "¿Qué es verdad?"

Teofilacto

Pues casi había desaparecido de entre los hombres y era desconocida de todos los incrédulos.

Y cuando esto hubo dicho, salió otra vez a los judíos y les dijo: "Yo no hallo en El ninguna causa. Costumbre tenéis vosotros que os suelte uno en la Pascua. ¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos?" Entonces volvieron a gritar todos, diciendo: "No a éste, sino a Barrabás". Y Barrabás era un ladrón. (vv. 39-40)

San Agustín, in Ioannem, tract., 115

Cuando dijo Pilato: "¿qué es la verdad?" creo que le vino a la memoria en seguida la costumbre que tenían los judíos de dar la libertad a un preso en la Pascua; y así, no esperó que Jesús le respondiera, para no perder tiempo, cuando recordó la costumbre de soltar uno en la Pascua, lo que verdaderamente deseó, como lo manifiesta esto que dijo: "Y en cuanto preguntó, salió otra vez", etc.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 83

El sabía que esta pretensión debía hacerse con tiempo, pues convenía librarle del ímpetu de los judíos, y por eso salió.

Alcuino

O tal vez no esperó a oír la respuesta, porque quizá no era digno de oírla. Sigue: "Y les dijo: Yo no encuentro en El ninguna causa".

Crisóstomo, ut supra

No dijo: porque delinquió, y es digno de muerte, indultadle por la festividad; sino que primero, justificándole, les exhorta en seguida para que si no querían reconocer su inocencia a mayor abundamiento, le perdonasen por razón de la festividad; y por esto les dijo: "Es costumbre vuestra", etc.

Beda

Esta costumbre no era precepto de ley, sino que venía de tradición de sus padres, para que, en memoria de la libertad de Egipto, la diesen en la Pascua a un preso. Y después, exhortándolos, dice: "¿Queréis, pues, que os deje en libertad al Rey de los judíos?"

San Agustín, ut supra

No pudo arrancar de su corazón la creencia de que Jesús era Rey de los judíos. Como si el título de la cruz hubiera quedado clavado en su corazón por la misma verdad, aquella sobre la que preguntó ¿qué es la verdad?

Teofilacto

Pilato respondió de una manera admirable, que Jesús no había faltado en nada, pero siguieron preocupándole con la idea que quería ser Rey, y que el representante de la potestad de los romanos no podía absolver a aquel que se titulaba Rey, y émulo del poder de Roma. Así, pues, al decir: yo absolveré al Rey de los judíos, presentó a Jesús como inocente, y se mofó de los judíos, como si dijera: Al que vosotros acusáis de que se llama Rey, a éste mando absolver, porque tal Rey no existe.

San Agustín, ut supra

Porque oído esto, clamaron como sigue: "Clamaron todos otra vez diciendo: no a éste, sino a Barrabás, pero Barrabás era un ladrón". No os reprobamos ¡oh judíos, porque librasteis en la Pascua a un malhechor, sino porque matasteis a un inocente! Lo que sin embargo, si no se hubiera realizado, no se habría verificado la verdadera Pascua.

Beda

Por cuanto despreciaron al Salvador, y libraron al ladrón, el diablo ejerce en ellos hasta el día sus latrocinios.

Alcuino

El nombre de Barrabás es interpretado así: "Este hijo del maestro de ellos", esto es, del diablo, porque fue maestro del ladrón en sus crímenes y de los judíos en su perfidia.

CAPÍTULO 19

Pilatos, pues, tomó entonces a Jesús, y azotóle. Y los soldados, tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza y le vistieron un manto de púrpura. Y venían a El y decían: "Dios te salve, rey de los judíos": y le daban de bofetadas. Pilatos, pues, salió otra vez fuera, y les dijo: "Ved que os lo saco fuera, para que sepáis que no hallo en El causa alguna". (Y salió Jesús llevando una corona de espinas, y un manto de púrpura). Y Pilatos les dijo: "Ved aquí el hombre". (vv. 1-5)

San Agustín, in Ioannem, tract., 116

Como los judíos clamaron que no querían que Pilato les pusiese a Jesús en libertad en celebración de la Pascua, sino al ladrón Barrabás, añade: "Entonces Pilato tomó a Jesús, y lo azotó". Se puede creer que Pilato no hizo esto sino con el fin de que, dándose por satisfechos los judíos con los oprobios inferidos a Jesús, desistieran de ensañarse hasta pedir su muerte. Esta es la razón porque Pilato permitió o tal vez mandó que su cohorte hiciera lo que sigue. Refiere el Evangelista lo que los soldados hicieron, pero no dijo que por orden de Pilato. Sigue, pues: "Y los soldados, tejiendo una corona de espinas la impusieron sobre su cabeza, y le vistieron un traje de púrpura y se acercaban a El y le decían: Dios te salve, rey de los judíos".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 83

Como Pilato le había dado este nombre, ellos lo toman para ultrajarle.

Beda

Pusiéronle por diadema una corona de espinas, y por manto de púrpura, como lo usaban los reyes antiguamente, le envolvieron con un harapo de púrpura, lo que no está en contradicción con lo que dice San Mateo, que le pusieron una capa de escarlata. Porque (como dice Orígenes), la púrpura y la escarlata son de un mismo género, porque son gotas de color de sangre que fluyen de las incisiones del árbol de la grana, con las que se tiñe tela de ambos colores. Lo que los soldados hacían por irrisión, era para nosotros un misterio, pues por la corona de espinas se significan nuestros pecados, los cuales cargó sobre sí, y son como las espinas que brotan de la tierra de nuestro cuerpo; así como en el vestido de púrpura se representa nuestra carne dominada por las pasiones. O también la gloria de la Iglesia cubierta de púrpura con los triunfos de la sangre de los mártires.

Crisóstomo, ut supra

Lo que ejecutaban los soldados no era en cumplimiento de una orden del procurador, sino que lo hacían para complacer a los judíos. Sin duda que por instigación de éstos, le atormentaron desde que comenzó la noche, y sobornados con dinero se prestaron a toda clase de excesos. Pero en medio de tantos ultrajes, Jesús sufrió en silencio. Tú, pues, oyendo esto, fíjalo en tu consideración, y viendo cómo el Rey del universo y Señor de los ángeles sufre las injurias con paciencia en silencio, imítale.

San Agustín, ut supra

Así se cumplía lo que Cristo había dicho de sí mismo. Así los mártires aprendían a sobrellevar todo lo que sus perseguidores quisieron hacer con ellos. Así el reino, que no era de este mundo, triunfaba del mundo soberbio, no luchando violentamente, sino sufriendo con humildad.

Crisóstomo, ut supra

A fin, pues, de que a la vista de lo que los soldados habían hecho aplacaran su encono, les presentó a Jesús coronado. Por lo que sigue: "Salió fuera Pilato otra vez y les dijo: He aquí que os lo presento de nuevo para que conozcáis que no hallo ningún delito en El".

San Agustín, ut supra

Esto prueba que Pilato no ignoraba lo que habían hecho los soldados, y que si no lo había mandado, lo había permitido, por la razón antes indicada de que, saciándose a su satisfacción sus enemigos con sus oprobios, desistieran de pedir su muerte. Sigue: "Salió, pues, Jesús llevando una corona de espinas y un vestido de púrpura"; no deslumbrando con las insignias reales, sino saturado de oprobios. Sigue: "Y les dijo: He aquí el Hombre". Como diciendo: si envidiáis al Rey, perdonadle ya, porque viendo estáis su abatimiento; apláquese la envidia ante el furor de los ultrajes.

Y cuando le vieron los Pontífices y los ministros, daban voces diciendo: "Crucifícale, crucifícale". Pilatos les dice: "Tomadle allá vosotros, y crucificadle; porque yo no hallo en El causa". Los judíos le respondieron: "Nosotros tenemos ley, y según la ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios". Cuando Pilatos oyó estas palabras, temió más. (vv. 6-8)

San Agustín, in Ioannem, tract., 116

La envidia de los judíos no se apaga a vista de tanta ignominia, sino que se enciende más y crece. Por esto dice: "Y cuando le vieron los Pontífices y ministros, clamaban diciendo: Crucifícalo".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 83

Vio, pues, Pilato que todo era en vano, y por eso les dice: "Tomadle vosotros y crucificadle". Esta palabra era execrable e impulsaba a los judíos a ejecutar un acto que no estaba permitido. Ellos presentaban a Jesús para que el juez sentenciara un juicio, pero sucedió lo contrario, porque el juicio del procurador fue más bien absolverlo. Por esto añade: "Yo no encuentro en El causa", defendiéndole siempre de las acusaciones, de lo que se deduce evidentemente que consintió los primeros suplicios por el furor de ellos. Pero nada bastó para que aquellos judíos fieros como perros sintieran la vergüenza. "Respondiéronle los judíos: Nosotros tenemos ley, y según ella debe morir, porque se hizo Hijo de Dios".

San Agustín, ut supra

¡He aquí otra mayor envidia! Después de semejante pretensión, parecía pequeña la audacia de investirse de la autoridad real, y, sin embargo, Jesús nada había usurpado falsamente, porque era verdaderamente ambas cosas: Unigénito Hijo de Dios, y Rey constituido por Dios sobre el monte santo de Sión (Sal 2); y para demostrar entonces ambas cosas, prefirió, siendo tan poderoso, ser igualmente paciente.

Crisóstomo, ut supra

Mientras ellos disputaban mutuamente, El callaba, cumpliéndose aquella profecía de que "No abrió su boca y toleró su juicio con humildad" (Is 53,7).

San Agustín, De cons. evang. 3, 8

Esto puede convenir con lo que recuerda San Lucas, dicho en la acusación de los judíos: "Hemos encontrado a éste sublevando nuestra nación" (Lc 23,2), para añadir: "porque se hizo Hijo de Dios".

Crisóstomo, ut supra

Cuando Pilato oyó esto, se aterró, no fuera verdad lo que decían y juzgara inicuamente, y así sigue: "Como, pues, oyese Pilato estas palabras, temió más".

Beda

No temió por lo que oyó de la ley, pues era extranjero, sino que por lo que más temió fue por si sacrificaba al Hijo de Dios. Pero los judíos no se horrorizaron por lo que

decían, sino que, por el contrario, le sacrificaban por aquello mismo por que debían adorarle.

Y volvió a entrar en el Pretorio y dijo a Jesús: "¿De dónde eres tú?" Mas Jesús no le dio respuesta. Y Pilatos le dice: "¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y que tengo poder para soltarte?" Respondió Jesús: "No tendrías poder alguno sobre mí, si no te hubiera sido dado de arriba. Por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene": Y desde entonces procuraba Pilatos soltarle. (vv. 9-12)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 83

Aterrorizado Pilato, inquiere de nuevo. Sigue: "Y entrando otra vez en el Pretorio, dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú?" Pero no le vuelve a preguntar: "¿Tú, qué has hecho?" Sigue: "Jesús no le dio ninguna respuesta", porque ya había oído: "Yo, para esto nací y a esto vine, para dar testimonio de la verdad", y: "Mi reino no es de aquí". Cuando debiera Pilato resistir y salvarle, hizo lo contrario, y se dejó llevar del ímpetu de los judíos. Por esta razón, pues, Jesús no le respondió, porque preguntaba en vano. Y a juzgar por las obras no quería Jesús valerse de excusas, demostrando que para esto había venido espontáneamente.

San Agustín, in Ioannem, tract., 116

Este silencio de nuestro Señor Jesucristo, repetido frecuentemente, se encuentra reproducido en las narraciones de todos los evangelistas: el mismo silencio ante el Príncipe de los sacerdotes, y en casa de Herodes, y hasta en la del mismo Pilato, para que se cumpliera la profecía de Isaías: "Como cordero sin balar delante del que le esquila, no abrió su boca" (Is 53,7). Del mismo modo no respondió a los que le preguntaban, no obstante que muchas veces había respondido a cualquiera que le preguntó. Por eso su silencio de ahora es comparado al del cordero, a fin de no ser tenido por reo, sino por inocente; esto es, no como reo convencido por la conciencia de sus crímenes, sino como mansa víctima inmolada por pecados ajenos.

Crisóstomo, ut supra

Como calló, le dijo Pilato: "¿No me respondes? ¿Ignoras que tengo poder para crucificarte y tengo poder para soltarte?" Ved cómo se condena a sí mismo. Si, pues, todo depende de ti, ¿por qué no le absuelves, no hallando en El crimen? Y como profirió sentencia contra sí mismo, respondió Jesús: "No tendrías ninguna potestad sobre mí si no te fuese dada de arriba", dando a entender que no sucedía aquello en el orden natural de las demás cosas, sino que se elevaba a un fin espiritual. Pero oyendo esto, no se crea que el Salvador le absolvía de todo crimen, y por esto dice: "Quien me entregó a ti tiene mayor pecado". Y ciertamente éste era el modo de dar a entender que ni unos ni otros estaban libres de pecado. O como si dijera: esto ha sido permitido sin que por ello sean menos culpables.

San Agustín, ut supra

He aquí que responde. Por tanto, cuando no respondía, no era que callaba como reo astuto, sino como oveja; y cuando respondía, era como Pastor que enseñaba.

Aprendamos, pues, lo que enseñó por medio del Apóstol: "No hay poder que no venga de Dios" (Rm 13,1). Y mayor pecado comete el que entrega a la potestad a un inocente para que le condene, que la potestad misma que condena a muerte por temor de un mal mayor. (Tal era, en verdad, el poder que Dios le había dado con sumisión a la potestad del César). Esta es la razón por qué dijo: "No tendrías potestad alguna sobre mí (esto es, cualquiera que sea la que tengas), si tal como es no te hubiese sido dada de arriba"; pero porque sé hasta dónde llega (la que no es tanta que seas libre omnímodamente), por esto el que me entregó a ti tiene mayor pecado; él entregándome a tu potestad por envidia, y tú abusando de tu potestad sobre mí por miedo. No debe el juez matar a un inocente por temor; pero es mucho peor hacer el mal por envidia que por miedo. Por esto no dice el que me entregó a ti tiene pecado (como si él no lo tuviera), sino que dijo mayor pecado tiene, para que entendiera que también él lo tenía.

Teofilacto

Dice, pues, quien me entregó a ti, esto es, Judas, o también la turba. Como el Señor dio una respuesta convincente, como la de que "si Yo mismo no me entregara y el Padre lo permitiera no tendrías potestad sobre mí", desde entonces se empeñó más Pilato en absolverle. Por eso sigue: "Y desde entonces buscaba Pilato medio de soltarle".

San Agustín, ut supra

Lee lo anteriormente dicho y verás los esfuerzos de Pilato por salvar a Jesús, y de esto sacarás en consecuencia (por este motivo) que no habría consentido en el pecado matando al inocente que había sido entregado a su potestad.

Mas los judíos gritaban diciendo: "Si a éste sueltas, no eres amigo del César, porque todo aquel que se hace Rey contradice al César". Pilatos, pues, cuando oyó estas palabras, sacó fuera a Jesús y se sentó en su tribunal, en el lugar que se llama Lithóstrotos, y en hebreo Gabbatá. Y era el día de la preparación de la Pascua y como la hora de sexta, y dice a los judíos: "Ved aquí vuestro Rey". Y ellos gritaban: "Quita, crucifícale". Les dice Pilatos: "¿A vuestro Rey he de crucificar?" Respondieron los Pontífices: "No tenemos otro Rey sino César". Y entonces se lo entregó para que fuese crucificado. (vv. 13-16)

San Agustín,in Ioannem, tract., 116

Los judíos creyeron imponerse mejor a Pilato para que condenara a muerte a Cristo, amenazándole con el César que con lo que anteriormente habían dicho: "Nosotros ley tenemos, y, según ella, debe morir, porque se supuso Hijo de Dios". Por eso dice: "Pero los judíos clamaban: Si das libertad a éste, no eres amigo del César; pues todo el que se titula Rey", etc.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 83

Pero ¿de dónde sacaréis las pruebas? ¿De la púrpura, de la diadema, de los carruajes, de los soldados? ¿No iba siempre acompañado de sus doce discípulos, de villa en villa, sin más que el alimento, el vestido y hospedaje?

San Agustín, ut supra

A Pilato le importaba poco la Ley. Lo que más le importaba era lo de matar al Hijo de Dios. Pero ahora no se atreve a despreciar al César, autor de su potestad, como desprecia la Ley extranjera. Por eso sigue: "Pilato, pues, oyendo esto, sacó fuera a Jesús y se sentó en su tribunal, llamado Lithóstrotos, y en hebreo Gabbata".

Crisóstomo, ut supra

Salió, pues, para examinar la causa, pues esto demostraba sentarse en el tribunal.

Glosa

Así como el tribunal es propio de los jueces, lo es de los reyes el trono o el solio, y de los doctores la cátedra.

Beda

Lithóstrotos, que significa sobre un pedestal, era un sitio elevado.

Sigue: "Era, pues, Parasceve o víspera de la Pascua, cerca de la hora sexta".

Alcuino

Parasceve quiere decir preparación *. Este es el nombre que se daba al sexto día, en el que se preparaba lo necesario para el sábado; como se dijo del maná: "El día sexto recogeréis doblado" (Ex 16,26). Por cuanto en el día sexto fue hecho el hombre, y descansó Dios en el séptimo, también en el día sexto padece por el hombre el Salvador, y el sábado descansa en el sepulcro. Sigue: "Era, pues, como la hora de sexta". *

(***Parasceve*** *era el sexto día de la semana judía, y significa* ***día de la preparación****. En él se preparaba lo necesario para el sábado, en que no se podía trabajar.)*

San Agustín, in Ioannem, tract., 117

¿Por qué San Marcos dice "era la hora de tercia cuando le crucificaron" (Mc 15,25) sino porque era en esta hora cuando fue crucificado el Señor por la lengua de los judíos, y en la de sexta por las manos de los soldados, y entendamos que era ya pasada la hora quinta y comenzada la sexta cuando Pilato se sentó en el tribunal que es casi la hora de sexta de que habla San Juan, y fue conducido y crucificado, sucediendo junto a la cruz lo que se refiere, al cumplirse íntegra la hora sexta, desde la cual hasta la nona se oscureció el sol y se extendieron las tinieblas, como certifican Mateo, Marcos y Lucas. Pero como los judíos procuraron echar la culpa de la crucifixión de Jesús sobre Pilato y sus soldados, San Marcos, pasando por alto la hora en que el Señor fue crucificado, hace mención de la tercia, para que no aparezca que sólo los soldados crucificaron a Jesús, sino que también los judíos pidieron a la hora de tercia que fuese crucificado. También se presenta otra solución a esta dificultad, que consiste en que no se cuente la hora de sexta desde principio del día, sino desde la Parasceve, porque ni tampoco San Juan dijo que era como la hora de sexta del día, sino que dijo: "Era la Parasceve casi hora de sexta". Parasceve en latín es preparación. En nuestra Pascua fue inmolado Cristo, como dice el Apóstol (1Cor 5,7). La preparación de la Pascua, si la empezamos a contar desde la hora de nona de la noche, que fue cuando los Príncipes de los sacerdotes pronunciaron la sentencia de inmolación del Señor (diciendo reo es de muerte) (Mt 26,66) hasta la hora de tercia del día que fue crucificado Cristo, según atestigua el Evangelista San Marcos, consta de seis horas: tres de noche y tres de día.

Teofilacto

Otros resuelven esta dificultad culpando a los copistas de que las letras del alfabeto griego fueron cambiadas, porque los griegos usaban las letras como cifras y la letra griega τρία significa tres y la letra έξι seis. El copista puede haber confundido ambos signos.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 83

Salió, pues, Pilato para examinar la causa, y sin embargo, sin hacer examen alguno lo entregó, esperando conmoverles; y por eso les dice a los judíos: "He aquí vuestro rey".

Teofilacto

Como si dijera: He aquí al hombre y confesad que es imposible que empuñe vuestro cetro en el estado de humillación en que se encuentra, y que vosotros nada tenéis que temer de El.

Crisóstomo, ut supra

Y en verdad que lo que él decía era suficiente para que los judíos depusieran su cólera; pero temblaban de que si le dejaban en libertad, volvería a reunir las turbas, porque el amor al poder es bastante para seducir al alma. Por tanto, insisten con más fuerza. Por esto dice: "Ellos, sin embargo, clamaban: quítale, quítale". Ansían darle la muerte más ignominiosa y añaden: "Crucifícale"; temiendo lo que pudiera venir después de El por su celebridad.

San Agustín, ut supra

Pilato, sin embargo, intenta hacerse superior al terror que le había inspirado el nombre del César y les dice: "¿He de crucificar a vuestro rey?" Queriendo abatir con su propia ignominia a los que no puede aplacar con la ignominia de Cristo.

Sigue: "Respondieron los Pontífices: No tenemos más rey que al César".

Crisóstomo, ut supra

Ellos mismos se impusieron voluntariamente el suplicio. Por eso Dios los entregó y los dejó precipitarse en su propia sentencia, por cuanto unánimes negaron el reino de Dios y rechazaron el cetro de Cristo, imponiéndose a sí mismos el del César.

San Agustín, ut supra

Pero Pilato es vencido otra vez por el temor y sigue: "Entonces se lo entregó para que fuese crucificado". Hubiera parecido que se oponía abiertamente al César, si hubiera persistido en dar otro rey a los que protestaban no admitir otro que al César, dejando impune al que ellos habían entregado para morir, por haber intentado esto mismo. No se ha dicho: se los entregó para que lo crucificaran, sino para que fuese crucificado, esto es, por sentencia y autoridad del procurador. El Evangelista dijo: "Entregado a ellos", para que fueran complicados en el crimen de que intentaban ser inocentes; pues Pilato no hubiera hecho esto, sino apremiado por ellos.

Y tomaron a Jesús y le sacaron fuera. Y llevando la cruz a cuestas, salió para aquel lugar que se llama Calvario, y en hebreo Gólgota; y allí le crucificaron, y con El a otros dos, de una parte y otra, y a Jesús en medio. (vv. 17-18)

Glosa

Por orden del procurador, los soldados se apoderaron de Cristo para crucificarle. Sigue: "Cogieron, pues, a Jesús, y le sacaron fuera".

San Agustín, in Ioannem, tract., 116

Puede esto referirse a los alguaciles del procónsul; pues después se dice más claramente: "Después que los soldados le crucificaron". El Evangelista atribuye con razón a los judíos todo lo ocurrido, pues ellos fueron los que arrancaron a Pilato la condenación.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 84

Como para ellos era la cruz objeto de ignominia, no consentían ni aun el tocarla, y la cargaron sobre Jesús como reo. Y sigue: "Y llevando la cruz a cuestas", etc. Así sucedió con el que le prefiguró, porque Isaac cargó sobre sí la leña, pero entonces no se llegó más que hasta lo que quiso demostrar la voluntad del Padre; pero ahora tuvo cumplido efecto, pues era la realidad.

Teofilacto

Así como entonces fue Isaac libertado, y sacrificado el cordero, así en esta ocasión, quedando impasible la naturaleza divina, es sacrificada la humanidad representada por el cordero, como errante hijo de Adán. Pero, ¿cómo otro Evangelista dice que obligaron a Simón a llevar la cruz?

San Agustín, De cons. evang. 3, 10

Ambas cosas son verdad: en primer lugar, sucedió lo que dice San Juan, y en segundo lugar, lo que dicen los otros tres evangelistas. De lo que se deduce que el mismo Jesús llevaba la cruz al salir para el lugar citado.

San Agustín, in Ioannem, tract., 117

¡Gran espectáculo y a los ojos de la impiedad gran escarnio! Pero a los de la piedad grande misterio. Ríe la impiedad, viendo al rey llevar por cetro la cruz de su suplicio; ve la piedad al rey llevando a cuestas la cruz en que ha de ser clavado; cruz que había de fijarse hasta en la frente de los reyes; cruz objeto de desprecio para los impíos, y en la que habían de gloriarse los corazones de los Santos. Llevándola sobre sus hombros, la sublimaba como antorcha que ardía sobre el candelabro, y no había de ocultarse bajo el celemín.

Crisóstomo, ut supra

Como los vencedores, así llevaba sobre sus hombros la insignia de su triunfo.

Pretenden algunos que Adán murió y fue sepultado en el mismo lugar que llamaban Calvario, a fin de que, en el mismo sitio donde triunfó la muerte, levantara Jesús el trofeo de su victoria.

San Jerónimo, super Mat. cap. 27

Apreciable interpretación y agradable al oído del pueblo; pero no es verdadera. Fuera de la ciudad y de sus puertas, había lugares en donde se decapitaba a los reos, y tomaron el nombre de calvario del de decapitados. Adán fue sepultado junto a Ebrón, y según se lee en Jesús hijo de Nave, fue enterrado en Arbee*. *(*Sobre el sepulcro de Adán se conocen dos tradiciones. La tradición judía afirmaba que estaba enterrado en* ***Quiryat-Arbá*** *(antiguo nombre de* ***Hebrón****), al lado de los patriarcas. Otra tradición afirmaba que luego del diluvio Sem enterró la cabeza de Adán en el monte Calvario).*

Crisóstomo, ut supra

Le crucificaron con dos ladrones; y sigue: "Y con él otros dos, uno a cada lado y Jesús en medio". Con esto se cumplió la profecía: "Fue contado entre los malvados" (Is 53,12). Hacían servir a la verdad los mismos ultrajes que le inferían. El demonio quería cubrir de tinieblas lo que pasaba, pero no pudo, porque los milagros que ocurrieron entonces, a nadie pudieron atribuirse sino sólo a Jesús, y todos los artificios del diablo fueron inútiles para oscurecer la gloria de Jesús, pues la esclarecieron no poco. Porque convertir en la cruz al ladrón y llevarle al Paraíso, no fue menos que desgajar las rocas.

San Agustín, in Ioannem, tract., 31

Si bien lo consideras, fue la misma cruz un tribunal, en el que sentado el juez, fue absuelto el ladrón que creyó y condenado el que le injurió. Y esto significaba lo que sucederá con los vivos y los muertos: unos a la derecha y otros a la izquierda.

Y Pilatos escribió también un título, y lo puso sobre la cruz. Y lo escrito era: "Jesús Nazareno, Rey de los judíos". Y muchos de los judíos leyeron este título, porque estaba cerca de la ciudad el lugar en donde crucificaron a Jesús. Y estaba escrito en hebreo, en griego y en latín. Y decían a Pilatos los Pontífices de los judíos: "No escribas Rey de los judíos, sino que El dijo: Rey soy de los judíos". Respondió Pilatos: "Lo que he escrito, he escrito". (vv. 19-22)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 84

Así como se escribe sobre los trofeos el nombre del que alcanzó la victoria, así puso Pilato el título sobre la cruz de Jesucristo. Por eso dice: "Y escribió Pilato un título", etc. constituyéndose Pilato como apologista de Cristo, separando su causa de la de los ladrones, y vengando la manifiesta malicia de los judíos insurrectos contra su rey. Lo escribió. "Había, pues, escrito: Jesús Nazareno, Rey de los judíos".

Beda

Esto demuestra que desde entonces su reino se engrandecía, lejos de desaparecer como ellos pensaban.

San Agustín, in Ioannem, tract., 118

¿Pero es que Jesucristo tan sólo es rey de los judíos, o lo es también de los gentiles? Ciertamente también de los gentiles, pues había dicho: "Yo he sido constituido por Dios, Rey sobre el monte santo de Sión" (Sal 2,6), añadiendo después: "Pídeme a mí, y te daré en herencia las naciones" (Sal 2,8). Queremos penetrar en este título un gran misterio, porque en verdad, el olivo silvestre * ha sido hecho partícipe en la pinguosidad del olivo cultivado, y no éste de la savia del olivo silvestre (Rm 11,17). Cristo, pues, Rey de los judíos, establece la circuncisión, no de la carne, sino del corazón; no de la letra, sino del espíritu (Rm 2,29). *(*El olivo silvestre o acebuche es menos frondoso que el cultivado y su fruto, conocido como oliva acebuchina es más pequeña y menos sustanciosa que la aceituna del olivo cultivado. El pasaje de Romanos 11, 17, que sirve de trasfondo, permite una mayor intelección de la figura que usa San Agustín. El acebuche u olivo silvestre son los gentiles que llegan a la fe, y son injertados en el olivo cultivado, el Pueblo escogido, del que han sido desgajadas algunas ramas por su falta de fe).*

Sigue: "Muchos de los judíos leyeron este título, porque estaba cerca de la ciudad el lugar", etc.

Crisóstomo, ut supra

Creíble es que con motivo de la festividad acudirían muchos gentiles, juntamente con los judíos; y para que nadie lo ignorara, no escribió el título en una lengua, sino en tres, y por eso añade: "Y estaba escrito en hebreo, en griego y en latín".

San Agustín, ut supra

Estas tres lenguas eran las que predominaban: la hebrea, por la ley judaica; la griega, por la sabiduría de aquella nación, y la latina, por la dominación romana en casi todo el

mundo.

Teofilacto

También significa esta inscripción, en tres lenguas, que Cristo es el Señor de tres ciencias: la práctica, la física y la teológica; pues por la inscripción latina está figurada la ciencia práctica, por cuanto el imperio romano era poderosísimo y conquistador; la inscripción griega representa la sabiduría en las ciencias especulativas; y, por fin, la hebrea, supone el conocimiento de las cosas divinas encomendado a la nación judaica.

Crisóstomo, ut supra

Crucificado el Señor, era todavía perseguido por la envidia de los judíos: "Decían, pues, a Pilato: No escribas Rey de los judíos, sino que El dijo: Yo soy el rey de los judíos". En verdad, esta inscripción no se diferenciaba de la sentencia y si se le añadía "El ha dicho", venía a ser la demostración de una ambición necia y criminal. Pero Pilato insistió en su primer pensamiento, y por eso respondió: "Lo que escribí, escribí".

San Agustín

¡Oh inefable poder de Dios, aun en los corazones de los que no le conocen! Esto no puede llamarse sino una voz secreta que silenciosamente resonaba en el alma de Pilato, repitiendo lo que tanto tiempo antes estaba escrito en los salmos: "No alteres el título de la inscripción". Pero, ¿qué decís, insensatos Pontífices? ¿Acaso no es esto una prueba de la verdad, de lo que Jesús dice: ¿Yo soy el rey de los judíos? ¿Si no puede corregirse lo que Pilato ha dicho, podrá alterarse lo que dijo la verdad? Si Pilato ha escrito lo que ha escrito, es porque el Señor ha dicho lo que ha dicho.

Los soldados, después de haber crucificado a Jesús, tomaron sus vestiduras (y las hicieron cuatro partes, para cada soldado su parte) y la túnica. Mas la túnica no tenía costura, sino que era toda tejida desde arriba. Y dijeron unos a otros: "No la partamos, mas echemos suertes sobre ella, cuya será": para que se cumpliese la Escritura, que dice: Repartieron mis vestidos entre sí y echaron suertes sobre mi vestidura. (vv. 23-24)

San Agustín, in Ioannem, tract., 118

Por sentencia de Pilato, los soldados que estaban a sus órdenes crucificaron a Jesús. Así dice: "Los soldados, pues, le crucificaron", etc. Los demás evangelistas hablan poco sobre la distribución y sorteo de los vestidos, pero éste lo dice muy claramente de este modo: "Hicieron cuatro partes", etc. De aquí resulta que fueron cuatro los soldados que obedecieron la orden de Pilato, crucificando al Salvador. Sigue: "Y después tomaron la túnica", esto es, no echaron suertes sobre lo demás, y lo repartieron. Pero la túnica no la dividieron; y sigue diciendo: "La túnica era inconsútil", esto es, toda de una pieza.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 84

El Evangelista hace la historia de esta túnica. En Palestina era costumbre construir este traje con dos pedazos de tela cosidos, y San Juan nos da a entender que así era la túnica de Jesús, indicando la pobreza de su vestido.

Teofilacto

Dicen otros, que en la Palestina no se tejen las telas del mismo modo que entre nosotros, dejando el estambre a la vista superior, y el tejido en la inferior, para que vuelto se vea el tejido, sino que lo hacían al contrario.

San Agustín, ut supra

El Evangelista dice por qué echaron suertes sobre ella. Dijeron unos a otros: "No la partamos", etc. Se ve que los demás vestidos los repartieron por partes iguales sin necesidad de sortearlos. Pero como la túnica no podía repartirse sin que se cortara sin provecho, por eso convinieron en sortearla. Esta narración del Evangelista, consta justificada por testimonio de los profetas. Por esto dice: "Para que se cumpliese la Escritura, que dice: Repartieron entre ellos mis vestidos" (Sal 58), etc.

Crisóstomo, ut supra

Observa la exactitud de la Escritura; pues el Profeta no sólo expresó lo que fue repartido, sino que también lo que no lo fue; porque si bien dividieron los vestidos, echaron suertes sobre la túnica, que no quisieron dividir.

San Agustín, ut supra

Según San Mateo (27,35), repartieron sus vestidos, sorteándolos, queriendo dar a entender, que si bien los demás vestidos fueron repartidos, la túnica fue sorteada; y así es como dice San Lucas "Dividiéndose sus vestidos, echaron suertes" (Lc 23,34). Habiéndolos, pues, dividido, llegaron a la túnica, de la cual hicieron sorteo, usando de la palabra suertes en plural, en igual del singular. También San Marcos presenta alguna

diferencia, diciendo: "Los soldados echaron suertes sobre lo que a cada uno tocaría" (Mc 15,24), como refiriéndose a todos los vestidos y no sólo sobre la túnica; pero esta brevedad con que habla, engendra oscuridad. Así, pues, se ha dicho: "Echando suertes sobre los vestidos", como si se dijese sorteándolos para dividirlos. Cuando dice: "Qué es lo que tocaría a cada uno", parece que se refiera, no sólo a la túnica, sino que también a todo lo demás, para saber quién se quedaría con la túnica que era indivisible. Esta división de los vestidos de nuestro Señor Jesucristo, en cuatro partes, figuraba su Iglesia extendida por las cuatro partes del mundo. Pero la túnica es la figura de la unidad de las cuatro partes, por el vínculo de la caridad. Pero si la caridad lleva más elevado vuelo, y es superior a la ciencia, y se sobrepone a todo precepto, según lo de San Pablo a los Colosenses: "Sobre todo esto, tened caridad" (Col 3,14), con razón el vestido que la simboliza debe ser tejido de una sola pieza. Y añadió el Evangelista: "Toda ella", porque nadie debe ser extraño a la caridad del todo, que se llama Iglesia Católica. Es inconsútil (sin costuras), para que nunca se desuna, y tiende a la unidad, porque a todos reúne en un centro. En la suerte se ve la figura de la gracia de Dios, pues no la deciden los méritos de cada uno, sino el secreto juicio de Dios.

Crisóstomo, ut supra

Dicen algunos que la túnica sin costuras, tejida de una sola pieza de arriba abajo, es la alegoría de la humanidad del crucificado enlazada con la divinidad.

Teofilacto

O de otro modo: la túnica inconsútil, denota el cuerpo de Cristo concebido por el Espíritu Santo y el poder del Altísimo en la Virgen, siendo, por tanto, indivisible el cuerpo de Cristo; pues aunque a cada uno sea dado para que santifique a la vez su cuerpo y su alma, permanece, sin embargo, entero en todos. Y así como el mundo visible se compone de cuatro elementos, puede tomarse por vestidura de Cristo este mundo visible que los demonios se reparten entre ellos cuantas veces entregan a la muerte al Verbo de Dios que habita en nosotros, consiguiendo dividirnos por las falacias de este mundo.

San Agustín, ut supra

Ni se diga que estas cosas nada significan, porque son obra de los malos. ¿Pero qué diremos, de la misma cruz, hecha igualmente por los impíos? Y, sin embargo, ella significa, perfectamente, como dice el Apóstol, cuál sea su latitud, su longitud, su altura y su profundidad (Ef. 3,18): su latitud, respecto del madero trasversal, sobre el que se extienden las manos, significa las buenas obras de la más extensa caridad; la longitud de la cruz, desde el madero trasversal hasta la tierra, significa la perseverancia en la duración del tiempo; la altura de la cruz, desde el leño trasversal hasta arriba, significa el supremo fin a que deben dirigirse todas nuestras obras; y la profundidad de aquella parte que se oculta en la tierra significa el abismo de la gracia de Dios, de donde proceden todas nuestras buenas obras, que aparecen y se levantan hasta Dios. Pero aun cuando la cruz de Cristo no signifique más que aquello que dice el Apóstol a los de Galacia: "Los que son de Cristo, crucificaron su carne con sus pasiones y sus concupiscencias" (Gal 5,24), ¡cuán grande bien es! Finalmente; ¿cuál es la enseña de Cristo, sino la cruz de Cristo? Este es el signo que los creyentes trazan en su frente, bien sea con el agua regeneradora

del bautismo, o con el óleo santo del crisma o con el alimento del sacrificio, y sin el cual nada se perfecciona.

Y los soldados, ciertamente, hicieron esto. Y estaban junto a la cruz de Jesús, su Madre y la hermana de su Madre, María de Cleofás y María Magdalena. Y como vio Jesús a su Madre, y al discípulo que amaba, que estaba allí, dijo a su Madre: "Mujer, he ahí a tu Hijo". Después dijo al discípulo: "He ahí a tu Madre". Y desde aquella hora el discípulo la recibió por suya. (vv. 25-27)

Teofilacto

Mientras los soldados se ocupaban de satisfacer su sórdida avaricia, Jesús cuidaba solícito de su Madre. Por eso dice: "En efecto, los soldados hicieron esto; estaban junto a la cruz de Jesús, su Madre", etc.

San Ambrosio, in epistolis

María, Madre del Señor, estaba ante la cruz de su Hijo. Nadie me enseñó esto, sino San Juan Evangelista. Otros describieron el trastorno del mundo en la pasión del Señor; el cielo cubierto de tinieblas, ocultándose el sol y el buen ladrón recibido en el Paraíso, después de su confesión piadosa. San Juan escribió lo que los otros se callaron, de cómo puesto en la cruz llamó Jesús a su Madre, y cómo considerado vencedor de la muerte, tributaba a su Madre los oficios de amor filial y daba el reino de los cielos. Pues si es piadoso perdonar al ladrón, mucho más lo es el homenaje de piedad con que con tanto afecto es honrada la Madre por el Hijo: "He aquí tu hijo". "He aquí a tu Madre". Cristo testaba desde la cruz y repartía entre su Madre y su discípulo los deberes de su cariño. Otorgaba el Señor, no sólo testamento público, sino también doméstico; y este testamento era refrendado por Juan. ¡Digno testimonio de tal testador! Rico testamento, no de dinero, sino de vida eterna; no escrito con tinta, sino con el espíritu de Dios vivo (2Cor 3) y pluma de lengua, que escribe velozmente (Sal 44,2). Pero María se mostró a la altura de la dignidad que correspondía a la Madre de Cristo. Cuando huyeron los Apóstoles, estaba en pie ante la cruz, mirando las llagas de su Hijo, no como quien espera la muerte de su tesoro, sino la salvación del mundo. Y aun quizás porque conociendo la redención del mundo por la muerte de su Hijo, ella deseaba contribuir con algo a la redención universal, conformando su corazón con el del Salvador. Pero Jesús no necesitaba de auxiliadora para la redención de todos los que sin ayuda había conservado *. Por eso dice: "He sido hecho hombre sin auxiliador, libre entre los muertos" (Sal 87,5). Aceptó, en verdad, el afecto maternal, pero no buscó el auxilio ajeno. Imitad, madres piadosas, a ésta, que tan heroico ejemplo dio de amor maternal a su amantísimo Hijo único. Porque ni vosotras tendréis más cariñosos hijos, ni esperaba la Virgen el consuelo de poder tener otro. *"*El papel de María con relación a la Iglesia es inseparable de su unión con Cristo, deriva directamente de ella. 'Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte' (LG 57). Se manifiesta particularmente en la hora de su pasión" (**Catecismo de la Iglesia Católica**, 964).*

San Jerónimo, contra Helvidium

La María que San Marcos y San Mateo llaman madre de Santiago y José, fue mujer de Alfeo y hermana de María, Madre del Señor, y es la que Juan designa en esta ocasión con el nombre de María Cleofé, bien sea por su padre o por razón de parentela o por cualquier otra causa. Pero si os parece que es otra, y así lo parezca, porque en otra parte se llame María, madre de Santiago el Menor, y aquí, María Cleofé, fijáos en la costumbre de las escrituras de llamar con diverso nombre a una misma persona.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 82

Y admira cómo el sexo débil de las mujeres, aparece aquí más varonil, firme junto a la cruz, cuando los discípulos huían.

San Agustín, De cons. evang. 3, 21

Si no fuera porque San Mateo y San Lucas nombraron a María Magdalena podríamos decir que unas estuvieron junto a la cruz y otras lejos, pues ninguno hace mención de la Madre del Señor, más que San Juan. Veamos, pues, cómo se ha de entender que la misma María Magdalena estuviese lejos con las demás mujeres, según dicen Mateo y Lucas, y estuviese al mismo tiempo junto a la cruz, como dice San Juan. Esto no puede conciliarse a menos que hubieran estado a tal distancia que pudiera decirse: junto a la cruz; o porque, en su presencia, prontamente podrían haberse acercado; o porque estaban lejos en comparación con la turba de soldados y jefes que estaban más cerca. Podemos también suponer que las que estaban cerca, con la Madre del Señor, comenzaron a marcharse después que Jesús la encomendó a su discípulo, para alejarse de la confusión de las turbas y ver de lejos lo demás que sucedió. Por ello los otros evangelistas, que las mencionan después de la muerte del Señor, recuerdan que estaban ya lejos. En fin, ¿en qué altera la veracidad del hecho el que unas mujeres fueran citadas a un tiempo por unos evangelistas, y a otro tiempo por otro evangelista?

Crisóstomo, ut supra

Habiendo estado presentes otras mujeres, no recuerda el Evangelista a otra sino a la Madre del Señor, dándonos a entender el respeto que debemos a las madres. Pues, así como no conviene que los parientes se enteren de las cosas espirituales, así también conviene darles conocimiento de ellas, prefiriéndola a los demás cuando no se hayan de oponer. Por eso dice: "Como viese Jesús a su Madre y al discípulo a quien amaba, dijo a su Madre: Mujer, he ahí a tu hijo".

Beda

El Evangelista se designa con la señal del amor no porque fuese él sólo, con exclusión de los otros discípulos amados del Salvador, sino por el privilegio de la castidad con que sobresalía de los demás, por cuanto fue amado con un afecto más familiar, siendo virgen desde su vocación y permaneciendo siempre.

Crisóstomo, ut supra

¡Con cuán alto honor honró al discípulo! Pero él se oculta con la moderación de su sabiduría; porque si hubiera querido vanagloriarse, hubiese expresado la causa por qué era amado, y es preciso convenir que el motivo era grande y admirable. Así es que Jesús

nada más dijo a Juan, ni le consuela en su tristeza, porque no era el momento oportuno de hablar de consuelo. Pero no era poco distinguirle con tal honor, y como era conveniente procurar para su Madre, oprimida de dolor, alguno que le reemplazara (porque Jesús se iba), dejó este encargo al discípulo que amaba. Sigue: "Después dijo al discípulo: He ahí a tu madre".

San Agustín, in Ioannem, tract., 119

Esta es, sin duda, aquella hora en la que, habiendo de convertir el agua en vino, había respondido Jesús a su Madre: "Mujer, ¿qué hay común entre ti y mí? aun no ha llegado mi hora" (Jn 2,4). En aquella ocasión en que debía empezar a obrar milagros, no la reconoció como Madre de su divinidad, no siéndolo mas que de su débil humanidad * pero ahora que ya padece en su humanidad, honra con sentimiento humano a aquella, de la que había sido hecho hombre. Esta es una instrucción y ejemplo que nos da el buen Maestro, para enseñarnos los oficios de piedad que los hijos deben a sus padres, y así convirtió en cátedra de maestro la cruz en que estaba clavado. **El concilio de Efeso (431) enseña que "no nació primeramente un hombre vulgar de la santa Virgen, y luego descendió sobre El el Verbo; sino que unido desde el seno materno, se dice que se sometió a nacimiento carnal, como quien hace suyo el nacimiento de la propia carne... De esa manera (los padres) no tuvieron inconveniente en llamar madre de Dios a la santa Virgen".*

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 84

De este modo queda refutado el error de Marción. Si Jesucristo no fue engendrado según la carne, ni tuvo Madre, ¿por qué tanto esmero por su cuidado? Observa cuán tranquilamente dispone todas las cosas, en el momento de estar en la cruz, hablando a sus discípulos de su Madre, cumpliendo las profecías y prometiendo el cielo al buen ladrón. Antes de ser crucificado, se le ve temblar, pues entonces demostraba la debilidad de la naturaleza; pero ahora ostenta la grandeza de su poder. Así nos enseña, que si nos conturba la adversidad, no por eso desistamos. Y cuando hubiéramos entrado en la lucha, soportarlo todo como cosa fácil y ligera.

San Agustín, ut supra

Como proveía a su Madre, en cierto modo, de otro hijo por el que la dejaba, manifestó el motivo en las siguientes palabras: "Y desde aquella hora el discípulo la recibió como suya". ¿Pero en qué recibió Juan como suya a la Madre del Señor? ¿Acaso no era de los que habían dicho a Jesús: "He aquí que nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido" (Mt 19,27)? La recibió, no por sus propiedades (pues nada tenía propio), sino en los cuidados que solícito la había de dispensar.

Beda

Hay otra versión que dice que el discípulo la recibió, no como algunos dicen como Madre suya, sino más propiamente para cuidar de ella.

Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas eran ya cumplidas, para que se cumpliera la Escritura, dijo: "Sed tengo". Había allí un vaso lleno de vinagre. Y ellos, poniendo alrededor de un hisopo una esponja empapada en vinagre, se la aplicaron a la boca. Y luego que Jesús tomó el vinagre, dijo: "Consumado es": e inclinando la cabeza, dio el espíritu. (vv. 28-30)

San Agustín, in Ioannem, tract., 119

Padecía todo esto el que aparecía hombre, y lo disponía todo el que se ocultaba Dios. Por esto dice: "Después, sabiendo que todo se había consumado, a fin de que se cumpliera la Escritura", esto es, lo que había predicho la Escritura: "Y en mi sed me dieron a beber vinagre" (Sal 68,22), dijo: "Tengo sed", como si dijera: Esto os falta hacer, dad lo que sois. Como que los judíos eran el vinagre, degenerado del vino de los patriarcas y profetas. Había, pues, allí, un vaso lleno de vinagre, como un corazón lleno de iniquidad de este mundo, a manera de esponja, llena de cavernosas y engañosas tortuosidades. Y sigue: "Y ellos, colocando una esponja empapada en vinagre alrededor de un hisopo, la aplicaron a su boca".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 84

Pero ni a pesar de lo que estaban viendo, se aplacaban, sino que se encrudecían más, ofreciéndole para que bebiera la pócima de los condenados. Y por esta razón se valen de la vara del hisopo.

San Agustín, ut supra

El hisopo en que pusieron la esponja llena de vinagre, es un arbusto despreciable que purga el pecho y representa la humanidad de Cristo que nos purifica. Ni hay que buscar cómo pudieron aplicar la esponja a la boca de Jesús, que estaba elevado de tierra sobre la cruz; pues según dicen los otros evangelistas, y éste omitió, se valieron de una caña para elevar hasta la cruz la esponja con semejante bebida.

Teofilacto

Algunos llaman caña al hisopo, porque tiene unas ramas parecidas a la caña.

Sigue: "Como hubiese recibido Jesús el vinagre, dijo: Consumado es".

San Agustín, ut supra

¿Qué era esto, sino lo que estaba profetizado tanto tiempo antes?

Beda

Aquí puede preguntarse: ¿Por qué dice este evangelista: "Como hubiese tomado el vinagre", cuando dice otro: "No quiso beber" (Mt 27,34)? Esto es fácil de resolver, porque no lo recibió para bebérselo, sino para que se cumpliera la Escritura.

San Agustín, ut supra

Y porque no convenía que quedase nada por cumplir antes de su muerte. Sigue: "E inclinada la cabeza, dio su espíritu". Concluidas todas las cosas que debían ejecutarse, esperaba como el que tenía poder para dejar su alma y volver a tomarla.

San Gregorio, Moralium, 11, 3

Aquí se dice espíritu en lugar del alma, porque si el Evangelista hubiera entendido por espíritu otra cosa diferente que el alma, saliendo el espíritu, el alma hubiera quedado.

Crisóstomo, ut supra

No inclinó la cabeza porque expiró, sino que cuando inclinó la cabeza, entonces expiró. Por cuya razón dijo el Evangelista que era el Señor de todas las cosas.

San Agustín, ut supra

¿Quién hay que pueda dormir cuando quiera, como Jesús murió cuando quiso? ¡Cuán terrible ha de ser su poder cuando juzgue, si tanto se manifiesta cuando muere!

Teofilacto

El Señor entregó su espíritu a Dios Padre, dándonos a entender que las almas de los Santos no permanecen en los sepulcros, sino que van a las manos del Padre de todos. Las de los pecadores son llevadas al lugar de las penas, esto es, al infierno.

Y los judíos (porque era Parasceve), a fin de que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado (porque aquél era el grande día del sábado), rogaron a Pilatos que les quebrasen las piernas y que fuesen quitados. Vinieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas al primero, y al otro que fue crucificado con El. Mas cuando llegaron a Jesús, viéndole ya muerto, no le quebrantaron las piernas, sino que uno de los soldados le abrió el costado con una lanza y salió luego sangre y agua. Y el que lo vio, dio testimonio, y verdadero es el testimonio de él. Y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis. Porque estas cosas fueron hechas para que se cumpliera la Escritura: No desmenuzaréis hueso de El. Y también dice otra Escritura: Verán en el que traspasaron. (vv. 31-37)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 84

Como los judíos se tragaban un camello y hacían escrúpulo de un mosquito, después de consumar tan gran atentado discutían solícita y diligentemente lo que sigue: "Los judíos, pues, como era Pascua, a fin de que no permaneciesen los cuerpos en la cruz en el sábado", etc.

Beda

Parasceve (esto es preparación) era llamado el día sexto, porque en aquel día los israelitas preparaban dos comidas, pues era muy grande aquel día de sábado (por la solemnidad de la Pascua). "Rogaron, pues, a Pilato que les rompieran las piernas a los ajusticiados".

San Agustín, in Ioannem, tract., 120

No con el objeto de quitarlos de la cruz, sino más bien para no horrorizar con este espectáculo de un suplicio prolongado en el día de fiesta.

Teofilacto

Así se mandaba en la Ley, que no se pusiera el sol estando un hombre en el suplicio, o porque no quisieran ser tenidos por verdugos y homicidas en día festivo.

Crisóstomo, ut supra

Observa cuán grande es el poder de la verdad, pues ellos mismos cuidan de que se cumpla la profecía. Por lo que sigue: "Vinieron, pues, los soldados y quebrantaron las piernas del primero y del otro crucificado con El; pero cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que un soldado abrió su costado con una lanza".

Teofilacto

Para complacer a los judíos, lancean a Cristo, ultrajando su cuerpo exánime; pero esta injuria se trocó en milagro, porque el manar sangre de un cuerpo muerto es milagro.

San Agustín, ut supra

Con mucha precaución se abstuvo el Evangelista de usar las palabras hirió su

costado, o lo rasgó, sino abrió, a fin de que en cierto modo se franqueara la puerta por donde brotaron los sacramentos de la Iglesia, sin los cuales no se entra en la verdadera vida. Y sigue: "Y al instante salió sangre y agua". La sangre fue derramada por la remisión de los pecados, y el agua para suave bebida y purificación. Esto había sido prefigurado por la puerta que a Noé se le mandó abrir en el costado del arca para que entraran los animales que se habían de salvar del diluvio, en los que se simbolizaba la Iglesia. Por esta razón fue hecha la primera mujer del costado de Adán dormido, y este segundo Adán, inclinando la cabeza, durmió en la cruz, para que fuese formada su esposa y saliera de su costado durante su sueño. ¡Oh muerte que a los muertos resucitas! ¿Qué hay más puro que esta sangre? ¿Qué más saludable que esta herida?

Crisóstomo, ut supra

Como de aquí toman origen los sagrados misterios, cuando te acercares al tremendo cáliz, acércate como si fueras a beber del costado de Cristo.

Teofilacto

Avergüéncense los que en el sagrado sacrificio rehusan mezclar el agua con el vino, dando a entender que no creen que del lado de Cristo fluyó agua. Puede haber quien calumniosamente diga que algún resto de vida quedaría en el cuerpo de Cristo, y que por esto brotó sangre, pero el manar agua es una prueba irrefutable contra este argumento. Esta es la razón por qué el Evangelista añadió: "Y el que lo vio dio testimonio".

Crisóstomo, ut supra

Como si dijéramos: No lo oyó a otro, sino que lo vio por sí mismo y es verdadero su testimonio, lo que añadió con razón, contando la injuria hecha a Cristo y dando éste señal admirable para llamar la atención. También lo dijo para que enmudecieran los herejes, y para profetizar futuros misterios que se ocultaban bajo este tesoro.

Sigue: "Y él sabe que dice verdad, para que vosotros creáis".

San Agustín, ut supra

Lo dice quien lo vio, para que crea el que no lo vio. Dos testimonios cita de las Escrituras sobre estos acontecimientos; pues el que había dicho: "No quebraron a Jesús las piernas", añadió: "Esto sucedió para que se cumpliese la Escritura, que dice: No desmenuzaréis ninguno de sus huesos" (Ex 12,46), etc. Este precepto había sido dado en la antigua Ley a aquellos que inmolaban el cordero, que fue la figura de la Pasión del Señor. Uno de los soldados abrió su costado con una lanza, y a esto se refiere el otro testimonio, que dice: "Y otro pasaje de la Escritura dice: ellos dirigieron su mirada al que atravesaron", cuyas palabras contienen la promesa de Cristo que había de ser crucificado en su propia carne.

San Jerónimo

Este testimonio está tomado de Zacarías (Zac 10,10).

Después de esto, José de Arimatea (que era discípulo de Jesús, aunque oculto por miedo a los judíos) rogó a Pilatos que le permitiese quitar el cuerpo de Jesús. Y Pilatos se lo permitió. Vino, pues, y quitó el cuerpo de Jesús. Y Nicodemo, el que había ido primeramente de noche a Jesús, vino también, trayendo una confección, como de cien libras, de mirra y de áloe. Y tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con aromas, así como los judíos acostumbran a sepultar. Y en aquel lugar, en donde fue crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que aun no había sido puesto alguno. Allí, pues, por causa de la Parasceve de los judíos, porque estaba cerca el sepulcro, pusieron a Jesús. (vv. 38-42)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 84

Creyendo José que se había calmado el furor de los judíos al ser crucificado Cristo, se acercó confiadamente para procurar su descendimiento de la cruz y su entierro. "Después de esto, José de Arimatea rogó a Pilato", etc.

Beda

Arimatea es la misma Rámatha, pueblo de Helcana y de Samuel. Providencialmente dispuso el cielo que fuera un justo el que mereciese recibir el cuerpo del Señor. Por eso se dice: "Por cuanto era discípulo de Jesús", etc.

Crisóstomo, ut supra

No de los doce, sino de los setenta; pero ¿cómo no se acercó ninguno de los doce? Si alguno alegaba como causa el temor a los judíos, también éste tenía la misma causa, y por eso dice que se ocultaba por temor a los judíos. Pero era muy noble y conocido de Pilato, por lo que consiguió la gracia que sigue: "Y dio permiso Pilato", y él le enterró, no como sentenciado, sino como personaje célebre. Sigue: "Vino, pues, y se llevó el cuerpo de Jesús".

San Agustín, De cons. Evang, 3, 22

En este postrer deber de sepultura se preocupa menos de los judíos que cuando solía guardarse de sus asechanzas para oír al Señor.

Beda

Aplacada generalmente la ira de los judíos, porque se alegraban de haber triunfado de Cristo, pidió su cuerpo, porque en ello no se veía la razón de discípulo, sino la caridad de cumplir con los oficios de sepultura, cosa que los hombres, buenos y malos, suelen hacer. Se le une también Nicodemo, y por eso sigue: "Nicodemo, el que había ido primeramente de noche a Jesús, vino también, trayendo una confección, como de cien libras, de mirra y de áloe"

San Agustín, in Ioannem, tract., 120

La palabra primeramente no se refiere al hecho de haber llevado primero la mixtura de la mirra, pues no debe unirse a trayendo una confección, etc., sino que pertenece al

verbo anterior: "el que había ido primeramente de noche a Jesús", lo cual refiere San Juan en los primeros capítulos de su Evangelio. Se entiende que, en aquella oportunidad, vino por primera vez y que después volvió a venir varias veces para hacerse discípulo de Cristo. Los aromas que llevaron son los más a propósito para preservar el mayor tiempo posible el cuerpo de la corrupción. Todavía consideraban a Jesús como simple hombre y, sin embargo, le demostraban tanto amor.

Beda

Es de notar que sería simplemente un ungüento, por no tener permiso para confeccionarlo de diferentes aromas.

Sigue: "Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús y lo vendaron", etc.

San Agustín, ut supra

Sobre esto advierte el Evangelista que debe respetarse la costumbre que en cada nación se observa respecto a la sepultura de los muertos. Era costumbre de aquella nación el embalsamar con varios aromas los cuerpos de los muertos, para conservarlos íntegros el mayor tiempo posible.

San Agustín, De cons. Evang, 3, 23

En esto no está San Juan en oposición con los demás Evangelistas, porque los que no hicieron mención de Nicodemo no afirmaron que el Señor fuese enterrado solamente por José de Arimatea. Aunque otros sólo hicieran mención de él diciendo que fue envuelto por José en una sábana, no quisieron dar a entender que Nicodemo no trajera otra, y resultará cierto lo que dice San Juan, que no fue envuelto en una sábana, sino en sábanas. Acerca del sudario y de las vendas con que todo el cuerpo estaba envuelto (porque todo era de lino), aun cuando hubiera sido una la sábana, pudo decirse con mucha verdad que fue envuelto en linos, porque generalmente así se llama lo que se teje de lino.

Beda

De aquí viene la costumbre de la Iglesia de consagrar el cuerpo de Jesús, no sobre telas de seda bordadas de oro, sino sobre sábana limpia.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 84

Como urgía el tiempo (pues Cristo había muerto a la hora de nona y la tarde avanzaba mientras se hicieron las diligencias de obtener el permiso de Pilato y descender a Cristo de la cruz), por eso le colocaron en el sepulcro inmediato. Y así dice: "Había un huerto en el lugar donde fue crucificado, y en el huerto un sepulcro nuevo", lo que sucedió por disposición divina para que, no habiendo enterrado con El ningún otro cadáver, no pudiera suponerse que la resurrección sea de otro que Jesucristo.

San Agustín, in Ioannem, tract., 120

Así como en el seno de la Virgen María no fue concebido otro que Jesús, así en este sepulcro, ni antes ni después, fue enterrado nadie.

Teofilacto

Este sepulcro nuevo es una figura mística de que la sepultura de Jesús es nuestra restauración sobre las ruinas de la muerte y de la corrupción. Observad la gran pobreza

con que el Señor fue enterrado, pues el que en su vida no tuvo casa, en su muerte es enterrado en sepulcro ajeno, cubriendo José su desnudez.

Sigue: "Allí, pues, porque era el tiempo de la Parasceve, pusieron a Jesús en aquel sepulcro, que estaba cerca".

San Agustín, ut supra

El Evangelista quiere dar a entender que se aceleró el acto de darle sepultura, a fin de que tuviese lugar antes de anochecer, desde cuyo momento no se habría obtenido permiso por la Parasceve (que los judíos llaman cena sencilla en términos latinos).

Crisóstomo, ut supra

El sepulcro estaba próximo para que los discípulos pudieran acercarse con facilidad y ser testigos de lo que ocurría, y para que también lo fueran hasta los mismos enemigos guardianes del sepulcro, a fin de que se comprobara la falsedad de la suposición de un robo.

Beda

En sentido místico el nombre José se interpreta Aumentado, por el aumento de las buenas obras, cuya práctica se nos aconseja para que merezcamos recibir dignamente el cuerpo del Señor.

Teofilacto

Ahora, pues, considera cuánto mortifica a Cristo el que es avaro con los pobres que padecen hambre. Sé tú, pues, también José y cubre la desnudez de Cristo, no una vez, sino con frecuencia, en el fondo de tu meditación. Cúbrela ungiéndole con la amargura de la mirra y aloe, considerando aquella sentencia que no puede ser más amarga: "Id, malditos, al fuego eterno" (Mt. 25,41).

CAPÍTULO 20

Y el primer día de la semana vino María Magdalena, de mañana, al sepulcro, cuando era oscuro, y vio quitada la losa del sepulcro. Y fue corriendo a Simón Pedro, y al otro discípulo, a quien amaba Jesús, y les dijo: "Han quitado al Señor del sepulcro, y no sabemos en dónde lo han puesto". Salió, pues, Pedro y aquel otro discípulo, y fueron al sepulcro. Y corrían los dos a la par; mas el otro discípulo se adelantó corriendo más aprisa que Pedro y llegó primero al sepulcro. Y habiéndose bajado vio los lienzos puestos, mas no entró dentro. Llegó, pues, Simón Pedro, que le venía siguiendo, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos, y el sudario, que había tenido sobre la cabeza, no puesto con los lienzos, sino envuelto en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro, y vio y creyó. Porque aún no entendían la Escritura, que era menester que El resucitara de entre los muertos. (vv. 1-9)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 84

Como ya había pasado el sábado, durante el cual lo prohibía la Ley, no pudo María Magdalena contenerse, y muy de mañana se fue a buscar consuelo al sepulcro. Por eso dice: "El primer día de la semana, María Magdalena", etc.

San Agustín, De cons. evang. 3, 24

No cabe duda que María Magdalena era la que más fervientemente amaba al Señor de entre todas las mujeres que habían amado al Señor; de modo que no sin razón San Juan haga sólo mención de ella sin nombrar a las otras que con ella fueron, como aseguran los otros Evangelistas.

San Agustín, in Ioannem, tract., 120

El primer día del sábado, es al otro día del sábado, que es el día que los cristianos llaman día del Señor en recuerdo de la resurrección. Este es el día que San Mateo designa con el nombre de "El primero del sábado".

Beda

Es decir, "El día después del sábado", o sea el primer día siguiente al sábado.

Teofilacto

O de otro modo: Los judíos llamaban sábado a todos los días de la semana, y primer sábado al primero de los sábados de la semana. Este día es figura del siglo venidero, en el cual no habrá más que un solo día sin interrupción de ninguna noche, porque Dios es el sol sin ocaso. En este día resucitó el Señor revistiéndose de incorruptibilidad corporal, así como seremos nosotros mismos revestidos de incorrupción en el siglo venidero.

San Agustín, De cons. evang. 3, 24

Lo que dice San Marcos "Muy de mañana, saliendo ya el sol" (Mc 16,12), no está en contradicción con lo que aquí se dice "Como aun fuese de noche y amaneciendo el día", porque los crepúsculos de la noche van desapareciendo a proporción que más

avanza la luz. Así debe entenderse lo que dice San Marcos: "Muy de mañana, salido ya el sol", como si se viera ya el sol sobre la tierra. Porque acostumbramos a decir, cuando queremos expresar algún hecho de la madrugada, al levantarse el sol, esto es, un momento antes, es decir, en el momento de elevarse sobre la tierra.

San Gregorio, In Evang. hom. 22

Con razón se dice "Cuando aún era de noche", porque, en efecto, María buscaba en el sepulcro al Creador del universo, que ella amaba, y porque no le encontró le creyó robado; y por consiguiente encontró tinieblas cuando llegó al sepulcro.

Sigue: "Y vio removida la piedra del sepulcro".

San Agustín, ut supra

Ya había, pues, sucedido lo que cuenta San Mateo del terremoto, de la losa separada y del espanto de los guardas.

Crisóstomo, ut supra

El Señor resucita estando cerrado el sepulcro y sellada la losa. Pero como convenía que otros se cercioraran, fue abierto el sepulcro después de su resurrección, y así se cree que sucedió, y fue lo que alarmó a María que, viendo quitada la piedra, no entró, ni miró, sino que aceleradamente, a impulsos de su mucho amor, corrió a anunciarlo a los discípulos. Ella no sabía nada en claro respecto a la resurrección, sino que creía que había sido trasladado el cuerpo.

Glosa

Y por eso corrió a anunciarlo a los discípulos, para que juntos buscaran o se lamentaran; y por esto dice: "Corrió, pues, y fue a Simón Pedro y al otro discípulo", etc.

San Agustín, in Ioannem, tract., 120

Así se suele nombrar al que amaba Jesús, quien también a todos amaba, pero sobre todos a éste con más familiaridad.

Sigue: "Y les dijo: Quitaron al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde le han puesto".

San Gregorio, Moralium, 3, 9

Hablando así, se expresa el todo por la parte, porque había venido buscando el cuerpo del Señor, y se lamentaba como si todo El hubiera sido robado.

San Agustín, ut supra

En algunos códices griegos se lee: "Quitaron a mi Señor", lo que demuestra un amor vehemente como de afecto de familia. Pero esto no lo encontramos en muchos códices que tenemos a la vista.

Crisóstomo, ut supra

El Evangelista, sin embargo, no privó a la mujer de esta gloria, ni creyó indecoroso que supieran por ella la primera noticia. Por su palabra van ellos con mucha solicitud a reconocer el sepulcro.

San Gregorio, In Evang. hom. 22

Aquellos, que amaron más que los otros, corrieron más; a saber, Pedro y Juan. Por

eso sigue: "Salió, pues, Pedro y el otro discípulo", etc.

Teofilacto

Pero si me preguntas cómo estando los guardas pudieron acercarse al monumento, la pregunta es infundada, porque después que el Señor resucitó y compareció el ángel en el sepulcro en medio del terremoto, se retiraron los guardas para anunciarlo a los fariseos.

San Agustín, ut supra

Después de haber dicho "que ellos fueron al sepulcro", retrocedió para contar cómo fueron, y dice: "Corrían, pues, los dos a un tiempo", y el otro discípulo corrió más que Pedro y llegó primero al sepulcro, con lo que da a entender que era él el que llegó primero, pero que lo cuenta todo como de otro.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 84

Llegando, pues, reconoció los lienzos; por eso dice: "Y habiéndose inclinado vio puestos los lienzos". El no averigua nada más, sino que desiste; y esto es lo que sigue: "Mas no entró". Pero Pedro, entrando resueltamente, lo examina todo con la mayor escrupulosidad, y ve más. Por eso sigue: "Vino, pues, Simón Pedro, y entró en el sepulcro y vio los lienzos y el sudario que había sido puesto en su cabeza, pero no junto con los lienzos, sino envuelto separadamente en otro lugar". Esto era prueba de resurrección, porque si alguno lo hubiera trasladado no hubiera desnudado su cuerpo. Ni si lo hubieran robado, los ladrones no hubiesen cuidado de quitarle y envolver el sudario poniéndolo en un sitio diferente del de los lienzos, sino que hubieran tomado el cuerpo como se encontraba. Ya había dicho San Juan que al sepultarle lo habían ungido con mirra, la cual pega los lienzos al cuerpo. Y no creas a los que dicen que fue robado, pues no sería tan insensato el ladrón que se ocupara tanto en algo tan inútil.

Después de Pedro entró Juan. Y sigue: "Entonces entró también el otro discípulo", etc.

San Agustín, in Ioannem, tract., 122

Algunos creen que Juan creía ya en la resurrección, pero no lo indica así lo que sigue: Vio vacío el sepulcro y creyó lo que la mujer había dicho. Pues sigue: "Aún no sabían la Escritura", etc. No creyó, pues, que hubiese resucitado, cuando no sabía que había de resucitar, no obstante que lo oía decir al mismo Señor clarísimamente; pero por la costumbre de oírle hablar en parábolas no lo entendieron, y creyeron que quería decir otra cosa.

San Gregorio, In Evang. hom. 22

Esta descripción tan detallada del Evangelista no carece de misterio. San Juan, el más joven de los dos, representa la sinagoga judía, y Pedro, el más anciano, la Iglesia universal. Aunque la sinagoga de los judíos precedió en el culto divino a la Iglesia de los gentiles, sin embargo, fue superada en número por la multitud de los gentiles. Corrieron ambas juntamente, porque desde su nacimiento hasta su ocaso, aunque en distinto sentido, corren juntas. La sinagoga llegó primero al monumento, pero no entró, porque aunque entendió los mandatos de la Ley sobre las profecías de la Encarnación y Pasión y muerte del Señor, no quiso creer. Llegó después Simón Pedro y entró en el sepulcro,

porque la Iglesia de las naciones, que siguió la última, creyó a Cristo muerto en su humanidad y vivo en su divinidad. El sudario, pues, de la cabeza del Señor, no fue encontrado con los lienzos, porque Dios es la cabeza de Cristo, y los misterios de su divinidad son incomprensibles a la flaqueza de nuestra inteligencia y superiores a las facultades de la naturaleza humana. Se ha dicho que el sudario se ha encontrado, no sólo separado, sino envuelto, porque el lienzo que sirve de envoltura a la cabeza divina, demuestra su grandeza en que no tiene principio ni fin. Esta es, pues, la razón por qué se encontró solo en otro lugar, porque Dios no se encuentra entre las almas que están divididas, y sólo merecen recibir su gracia las que no viven separadas por el escándalo de las sectas. Pero como el lienzo que cubre la cabeza de los operarios sirve para enjugar el sudor, puede entenderse con el nombre de sudario la obra de Dios, que aunque permanece tranquilo e inmutable en sí mismo, manifiesta que sufre y trabaja en la dura perversidad de los hombres. El sudario que había estado sobre su cabeza y encontrado aparte, demuestra que la Pasión de nuestro Redentor es muy diversa de la nuestra, porque El la padeció sin culpa, y nosotros por nuestros pecados; El se ofreció a ella voluntariamente, y nosotros la sufrimos contra nuestra voluntad. Después que entró Pedro entró Juan, porque al fin del mundo Judea entrará también en la fe del Salvador.

Teofilacto

O de otro modo: Admira en Pedro la prontitud de la vida activa, y en Juan la contemplación humilde y práctica de las cosas divinas. Con frecuencia los contemplativos llegan por la humildad al conocimiento de las cosas divinas; pero los activos, guiados por su fervorosa asiduidad, llegan primero a la plenitud de este conocimiento.

Y se volvieron otra vez los discípulos a su casa. Pero María estaba fuera, llorando junto al sepulcro. Y estando así llorando, se abajó, y miró hacia el sepulcro: y vio dos Angeles vestidos de blanco, sentados; el uno a la cabecera y el otro a los pies, en donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Y le dijeron: "¿Mujer, por qué lloras?" Díceles: "Porque se han llevado de aquí a mi Señor, y no sé dónde le han puesto". Y cuando esto hubo dicho, se volvió a mirar atrás, y vio a Jesús que estaba en pie: mas no sabía que era Jesús. Jesús le dice: "¿Mujer, por qué lloras? ¿a quién buscas?" Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: "Señor, si tú le has llevado de aquí, dime en dónde lo has puesto, y yo le llevaré". Jesús le dice: "María". Vuelta ella, le dice: "Rabbuní" (que quiere decir Maestro). Jesús le dice: "No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios". Vino María Magdalena dando las nuevas a los discípulos: "Que he visto al Señor, y esto me ha dicho". (vv. 10-18)

San Gregorio, In Evang. hom. 25

María Magdalena que en la ciudad había sido pecadora, lavó con lágrimas las manchas de su crimen, amando a la verdad. Y he aquí cumplida la voz de la verdad, que dice: "Perdonados le han sido sus muchos pecados, porque amó mucho" (Lc 7); pues la que había permanecido fría pecando, ardía después en amor. Y añade después, y es digno de considerarse cuánta era la fuerza del amor que la inflamaba, que aun cuando los discípulos del Señor se retiraban del sepulcro, ella persistía. Dice, pues:

San Agustín, in Ioannem, tract., 121

"Y se volvieron otra vez los discípulos a su casa". Mientras los hombres se retiraban, un amor más fuerte encadenaba en el mismo lugar a las mujeres "María, pues, estaba junto al sepulcro, llorando a la parte de afuera".

San Agustín, De cons. evang. 3, 24

Esto es, delante de la caverna del sepulcro de piedra, pero dentro del espacio que mediaba con la entrada en el mismo jardín.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 85

No te admires de que María llorara amargamente junto al sepulcro, y que Pedro no padeciera igual sentimiento, porque el corazón de la mujer es más débil y compasivo.

San Agustín, in Ioannem, tract., 121

Los ojos que habían buscado al Señor, y no le encontraban, se desahogaban en las lágrimas, doliéndose más de que hubiese sido quitado del sepulcro, que cuando había sido muerto en la cruz, porque desaparecería toda memoria de la vida de tan gran Maestro.

San Agustín, De cons. evang. 3, 24

Había visto con las demás mujeres al ángel, sentado a la derecha sobre la piedra separada del monumento, a cuya voz, cuando estaba llorando, miró al sepulcro.

Crisóstomo, ut supra

Ved cómo encontró consuelo mirando al sepulcro; vedla más tranquila al inclinarse, para ver el lugar donde descansó el cuerpo del Señor. Por eso dice: "Mientras lloraba, se bajó y miró en el sepulcro".

San Gregorio, In Evang. hom. 25

Al que ama, no le basta mirar una sola vez, porque la fuerza del amor multiplica el afán de buscar.

San Agustín, in Ioannem, tract., 121

Porque su pena era mucha y no daba crédito a sus ojos ni a los de los discípulos, o tal vez un instinto divino la movía a mirar.

San Gregorio, ut supra

Buscó, pues, el cuerpo, y de ningún modo lo encontró. Perseveró en buscar, y sucedió que lo encontró; porque creciendo los deseos con la dilación, encontró lo que buscaba. Los deseos santos se aumentan con la tardanza, pero si desfallecen, no eran verdaderos deseos. Observemos cómo obró la fuerza del amor en esta mujer, que después de examinar el sepulcro vuelve a inclinarse de nuevo, redoblando el trabajo de investigación. Sigue: "Y vio dos ángeles vestidos de blanco", etc.

Crisóstomo, ut supra

Como el espíritu de esta mujer no se había elevado a comprender la resurrección al ver los sudarios, se encuentra con dos ángeles en traje de fiesta, a fin de que se consuele de la pena de la pasión.

San Agustín, ut supra

¿Qué quiere significar el que uno se sentó a la cabeza y otro a los pies? ¿Acaso porque los que son llamados ángeles en griego, son en latín nuncios? Son los que dan testimonio de que el Evangelio será predicado desde la cabeza hasta los pies, esto es, desde el principio hasta el fin.

San Gregorio, ut supra

O bien se sienta un ángel a la cabeza, cuando los Apóstoles predican "En el principio era el Verbo" (Jn 1,1), y el otro a los pies, cuando se dice "El Verbo se hizo carne" (Jn 1,14). Podemos también entender por los dos ángeles los dos Testamentos que anuncian al Señor, en igual sentido, encarnado, muerto y resucitado, colocado el antiguo a la cabeza y el nuevo a los pies.

Crisóstomo, ut supra

Al aparecer los ángeles, nada hablan de resurrección; sino que entran suavemente en esta materia, y para que la mujer no se alarme viéndolos, como no era de esperar, en traje de fiesta, le dirigieron palabras de compasión. Por eso sigue: "Dícenle: Mujer, ¿por qué lloras?". Los ángeles enjugaban sus lágrimas anunciándole una alegre noticia, y por

eso le dijeron, ¿por qué lloras? como si le dijeran: No llores más.

San Gregorio, ut supra

Las Santas Escrituras avivan en nosotros el amor; son las que nos consuelan cuando nos prometen la esperanza de nuestro Redentor.

San Agustín, ut supra

Pero ella, creyendo que los ángeles le preguntaban por saber, reveló la causa de sus lágrimas, diciéndoles: "Porque quitaron a mi Señor". Llama su Señor al cuerpo inanimado, designando la parte por el todo, a la manera que todos confesamos a nuestro Señor Jesucristo Hijo de Dios sepultado, siendo así que tan sólo fue sepultada su carne. Sigue: "Y no sé dónde le pusieron". Y ésta era la causa de su mayor pena, porque no sabía a dónde ir a consolar su dolor.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 85

Ella no había comprendido todavía nada de la resurrección, sino que se imaginaba que había sido trasladado.

San Agustín, De cons. evang. 3, 24

Y fue necesario que los ángeles se levantaran, así como fueron vistos en la referencia de San Lucas.

San Agustín, in Ioannem, tract., 121

Pero había llegado ya la hora de que lo que habían anunciado los ángeles indirectamente, diciendo que no llorase, se convirtiese en alegría, y por eso sigue: "Y habiendo dicho esto, volvió la cabeza atrás".

Crisóstomo, ut supra

¿Y por qué mientras hablaba con los ángeles, y sin esperar su respuesta, se vuelve de espaldas? Me parece que cuando estaba ella hablando, se apareció Cristo por detrás de ella, y viendo los ángeles al Señor, dieron a entender al momento en su figura, mirada y movimiento que habían visto al Señor; y por esto la mujer se volvió.

San Gregorio, ut supra

Es de notar, que estando María aún en duda acerca de la resurrección del Señor, se volvió a mirar atrás para ver a Jesús, cuya resurrección no creía. Pero como amaba y dudaba, aunque le veía no lo reconocía. Por eso sigue: "Y vio a Jesús en pie, y no lo conoció", etc.

Crisóstomo, ut supra

Jesús se apareció a los ángeles como Señor; pero no así a la mujer, para no asustarla, pues no convenía revelarle de pronto una cosa tan grande como su presencia, sino paulatinamente.

Jesús le dice: "¿Por qué lloras, mujer?"

San Gregorio, ut supra

El le pregunta la causa de su dolor para aumentar su deseo, a fin de que cada vez que nombrara al que amaba, se encendiese más su amor.

Crisóstomo, ut supra

Y como había aparecido en una forma vulgar, ella creyó que era un hortelano. Por eso sigue: "Ella, creyendo que sería un hortelano, le dice: Señor, si tú lo has tomado, dime dónde lo has puesto, yo me lo llevaré"; esto es: si por temor a los judíos lo has ocultado, dímelo a mí, yo lo recibiré.

Teofilacto

Temía que los judíos se ensañaran en El, todavía muerto, y quería trasladarlo a otro lugar desconocido.

San Gregorio, ut supra

Tal vez esta mujer, ni aún equivocándose erró, creyendo a Jesús un hortelano. ¿Acaso no lo era espiritualmente para ella, en cuyo corazón sembraba por la fuerza del amor las semillas fecundas de las virtudes? ¿Pero qué significa el que, habiendo visto al que creía hortelano, y a quien ella no había dicho aún lo que buscaba, le pregunta si él lo ha tomado? Pero la fuerza del amor suele producir en el ánimo la idea de creer que nadie ignora lo que él está pensando siempre. Después que el Señor le nombró con el vocablo común de su sexo, y no fue reconocido, la llama por su propio nombre. Por eso sigue: "Y le dice Jesús: María", como si dijera: reconoce a aquel que te conoce a ti. María, pues, oyéndose llamada por su nombre, reconoce exteriormente al que ella buscaba interiormente. Y por eso sigue: "Y volviéndose ella le dice Rabbuní, que quiere decir Maestro".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 85

Así como El se había manifestado con frecuencia a los judíos, del mismo modo se dejaba ver como quería. ¿Pero cómo se dice que ella se volvió en el instante en que Cristo le habló? Yo creo que después de haber pronunciado ella estas palabras: "¿Dónde le has puesto?" se volvió otra vez a los ángeles, para que averiguase el motivo de su admiración, y en seguida, nombrándola Cristo por su nombre, la hizo volver en sí, descubriéndose por su propia voz.

San Agustín, in Ioannem, tract., 121

O bien porque vuelta ella primero corporalmente, le tomó por lo que no era; ahora, vuelta en su corazón, conoció quién era. Pero nadie calumnie a esta mujer, porque llamó Señor al hortelano y a Jesús Maestro; porque primero honraba al hombre a quien pedía favor, y después reverenciaba al doctor, de quien aprendía las cosas humanas y divinas. Ya había dicho de otro modo: "Quitaron a mi Señor"; y también de este modo: "Si tú le has tomado".

San Gregorio, ut supra

No dice el Evangelista lo que hizo la mujer; pero se infiere de lo que se le dijo. Sigue, pues: "Dícele el Señor: No me toques". Estas palabras demuestran que María quiso abrazar los pies del que había reconocido. Pero por qué no deba tocarle, da la razón cuando añade: "Pues aún no he subido a mi Padre".

San Agustín, ut supra

Si estando en tierra no se deja tocar, sentado en el cielo, ¿cómo le tocará el hombre? Ciertamente que, antes de su ascensión, se ofreció a sus discípulos para que le tocasen,

diciendo: "Palpad, y ved que el espíritu no tiene carne y hueso" (Lc 24,39); como dice San Lucas. Sería absurdo suponer que quiso ser tocado por sus discípulos antes de subir al Padre y no lo consintió a las mujeres sino después de haber ascendido al Padre. Pero se lee que también las mujeres, entre las que se encontraba la misma María Magdalena, tocaron a Jesús después de su resurrección y antes de que subiera al cielo. Cuenta San Mateo que Jesús les salió al encuentro, diciendo: "Os saludo", y ellas, entonces, acercándose, abrazaron sus pies. O esto está dicho figurando María Magdalena a la Iglesia de los gentiles, que no creyó en Cristo sino después de la ascensión al Padre; o quiso Jesús significar espiritualmente que no podía ser tocado sin que ella creyera que El y el Padre son uno mismo. En efecto, El ascendió en cierta manera al Padre por sus sentidos íntimos, hasta reconocerse su identidad con el Padre. ¿Cómo no había de ser todavía carnal la fe de esta mujer en Aquel que lloraba como hombre?

San Agustín, De Trin. 1, 9

El tacto es la última prueba del conocimiento, y por eso no quiso el Señor que ella quedara solamente en la creencia de lo que pensaba y veía.

Crisóstomo, ut supra

Esta mujer quería tratar todavía al Señor como antes de su pasión, y preocupada con el gozo no comprendía el admirable cambio operado en la humanidad de Jesús resucitado. Para apartarla de este error, el Señor le dijo: "No intentes tocarme", a fin de que le trate con la debida reverencia. Por esto no se aparece a los discípulos ni habla con ellos, para que le atiendan con más respeto. Diciendo, pues, "Todavía no he subido al Padre", manifiesta que a esto va. No convenía que Aquel que debía ausentarse y no volver a tratar con los hombres, fuese visto de la misma manera que anteriormente, y esto es lo que manifiesta con las siguientes palabras: "Ve, pues, a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre".

San Hilario, De Trin. l. 11

Entre otras impiedades, suelen los herejes abusar de estas palabras del Señor, pretendiendo que no es participante de la naturaleza divina, por cuanto su Padre es también Padre de sus discípulos, y su Dios es Dios de ellos. Pero es de advertir, que, conservando la forma divina, tomó la forma de siervo. Habiendo hablado a los hombres Jesucristo en forma de siervo, no hay dificultad en que llame Padre al que es también Padre de sus discípulos, considerándose como hombre, y que le llame su Dios, como Dios de ellos, con relación a su naturaleza de siervo. Después se expresa del mismo modo, diciendo: "Ve a mis hermanos". Son hermanos suyos en la carne, pero como Hijo único de Dios no tiene hermanos.

San Agustín, in Ioannem, tract., 121

O de otro modo: No dice nuestro Padre, sino "mi Padre y vuestro Padre": mi Padre de un modo, vuestro Padre de otro; mío por naturaleza, vuestro por la gracia. Ni tampoco dijo nuestro Dios, sino mi Dios en cuanto a la humanidad, y vuestro Dios; entre El y vosotros yo soy vuestro mediador.

San Agustín, De cons. evang. 3, 24

Entonces ella salió del sepulcro, esto es, de aquella parte del jardín en donde estaba abierto el sepulcro y con ella las que, según San Marcos, estaban poseídas de temor, sin decir palabra a nadie. Por eso dice: "Vino María Magdalena anunciando a los discípulos", etc.

San Gregorio, ut supra

He aquí borrada la culpa del género humano en el mismo sitio donde se cometió. Porque en el paraíso una mujer transmitió la muerte a la humanidad, y desde el sepulcro una mujer anunció a los hombres la vida, y refiere las palabras del que la vivifica la misma que había referido las de la serpiente.

San Agustín, ut supra

Mientras ellas iban, Jesús les salió al encuentro (según dice San Mateo), diciéndoles: "Os saludo" (Mt 28,9). Nosotros colegimos que habían hablado dos veces con los ángeles en el sepulcro, y una con el mismo Señor cuando María le tomó por un jardinero, y ahora otra vez se les presenta en el camino para confirmarlas lo mismo. Y así, María Magdalena, con las demás que cita San Lucas, fue a anunciarlo a los discípulos.

Beda

En sentido místico, Jesús sale al encuentro de los que entran en el camino de la virtud, y les saluda, ofreciéndoles su auxilio para llegar a la vida eterna. He aquí dos mujeres del mismo nombre y de la misma piedad; a saber: María Magdalena y la otra María, que vinieron a ver el sepulcro del Señor, representando dos pueblos fieles: el pueblo judaío y el gentil, que desean con el mismo celo celebrar la pasión, muerte y resurrección de su Salvador. Con razón la mujer que anunció la primera el gozo de la resurrección a los discípulos, sumidos en la tristeza, es la que fue librada de los siete demonios, esto es, purificada de todos los vicios, a fin de que nadie desespere del perdón con una digna penitencia, viendo a ésta elevada súbitamente a la plenitud de la fe y del amor, de tal manera, que anuncia a los mismos Apóstoles el milagro de la resurrección.

Glosa

Por esta mujer, que fue la más solícita en reconocer el sepulcro de Cristo, se designa a toda persona que ansía conocer la divina verdad y, por tanto, es digna de anunciar a los demás el conocimiento de tal gracia, como María lo anunció a los discípulos, para que no deba ser reprendida por haber escondido el talento. No se os ha concedido este gozo para que lo ocultéis en el secreto de vuestro corazón, sino para enseñarlo a los que aman.

Beda

También místicamente, María (que significa Señora iluminada, iluminadora, estrella del mar) es figura de la Iglesia; y Magdalena también significa bastión de torre. Esto es, Magdal en hebreo es lo mismo que en latín torre. Este nombre, pues, derivado de torre, conviene justamente con el de Iglesia, por aquello que se dice en el salmo 60,4: "Has sido hecho para mi torre de fortaleza". En aquello, pues, que esta mujer anunció a los discípulos la resurrección de Cristo, se encarga a todos, principalmente a los predicadores, que procuren transmitir a su prójimo lo que a ellos les fue divinamente

revelado.

Y como fue la tarde de aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas, en donde se hallaban juntos los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesús, y se puso en medio y les dijo: "Paz a vosotros". Y cuando esto hubo dicho, les mostró las manos y el costado. Y se gozaron los discípulos viendo al Señor. Y otra vez les dijo: "Paz a vosotros. Como el Padre me envió, así también yo os envío". Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos, y les dijo: "Recibid al Espíritu Santo: a los que perdonareis los pecados, perdonados les son: y a los que se los retuviereis, les son retenidos". Pero Tomás, uno de los doce, que se llamaba Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le dijeron: "Hemos visto al Señor". Mas él les dijo: "Si no viere en sus manos la hendidura de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no lo creeré". (vv. 19-25)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 85

Oyendo los discípulos lo que María anunciaba, era deducible que o no le dieran crédito, o que, creyéndole, se afligieran, pensando que no habían sido dignos de que el Señor se les dejase ver. Pero pensando esto, no dejó el Señor pasar ni un solo día. Pues como ellos sabían que había resucitado y ansiaban verle, aunque estaban dominados del miedo, a la caída de la tarde El mismo se les presentó. Y por eso dice: "Y al concluir el día del primer sábado, estando cerradas las puertas", etc.

Beda

Se ve la debilidad de los Apóstoles en que estaban reunidos y con las puertas cerradas por temor a los judíos, que habían sido antes el motivo de su dispersión. "Vino Jesús y se presentó en medio de ellos". El se les aparece a la caída de la tarde, porque éste era el momento en que naturalmente debían tener más temor.

Teofilacto

O bien porque era cuando debían estar todos reunidos. Cerradas, empero, las puertas, para demostrar que resucitó del mismo modo cerrado con una losa el sepulcro.

San Agustín, in serm. Pasch

Hay algunos que de tal manera se admiran de este hecho, que hasta corren peligro, aduciendo contra los divinos milagros argumentos contrarios de razón. Arguyen, pues, de este modo: Si el cuerpo que resucitó del sepulcro es el mismo que estuvo suspendido de la cruz, ¿cómo pudo entrar por las puertas cerradas? Si comprendieras el modo, no sería milagro. Donde acaba la razón, empieza la fe.

San Agustín, in Ioannem, tract., 121

Las puertas cerradas no podían impedir el paso a un cuerpo en quien habitaba la Divinidad, y así pudo penetrar las puertas El, que al nacer dejó inmaculada a su Madre.

Crisóstomo, ut supra

Es de admirar que no le tuvieran por un fantasma; pero esto fue porque la mujer, previniéndoles, había infundido en ellos mucha fe. Mas presentándose el Señor mismo ante su vista calma con su voz las dudas de su espíritu, y les dice: "La paz sea con vosotros", esto es, no os alarméis. Con lo que recuerda las palabras que les había dicho antes de morir: "Yo os doy mi paz" (Jn 14,27). Y otra vez: "En mí tendréis la paz" (Jn 16,33).

San Gregorio, In Evang. hom. 26

Y como a la vista de aquel cuerpo vacilase la fe de los que le veían, les enseñó al momento las manos y el costado. Sigue: "Y habiendo dicho esto", etc.

San Agustín, ut supra

Los clavos habían taladrado las manos, la lanza había abierto el costado, y las heridas se conservaban para curar el corazón de los que dudaran.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 85

Y como antes de morir les había dicho "Otra vez os veré y se alegrará vuestro corazón", lo cumple. Por esto añade: "Los discípulos se alegraron al ver al Señor".

San Agustín, De civ. Dei, 22, 19

Es de creer que la claridad con que resplandecerán los justos, como el sol en su resurrección, fue velada en el cuerpo de Cristo resucitado a los ojos de los discípulos, porque la debilidad de la mirada humana no la hubiese podido soportar, cuando debían conocerle y oírle.

Crisóstomo, ut supra

Todos estos acontecimientos alentaban una firmísima fe en el corazón de los discípulos. Y porque habían de sostener una guerra implacable de parte de los judíos, otra vez les anuncia la paz. Díceles, pues, de nuevo: "La paz sea con vosotros".

Beda

La repetición es confirmación, y así repite, porque la virtud de la caridad es doble, o porque El es quien hizo de dos cosas una (Ef 2).

Crisóstomo, ut supra

También demuestra que la santa cruz tiene la virtud de borrar toda tristeza y traernos todos los bienes, esto es, la paz. Esta paz había sido anunciada a las mujeres, porque este sexo estaba sumido en la tristeza desde la maldición pronunciada por Dios: "Con dolor parirás tus hijos" (Gn 3,16). Y como desaparecen todos los obstáculos y se allana todo para lo sucesivo, añade: "Como me envió el Padre, yo os envío".

San Gregorio, ut supra

Ciertamente el Padre envió al Hijo, a quien constituyó Redentor del género humano por medio de la encarnación. Así, dice: "Así como me envió el Padre, yo os envío". Esto es, al enviaros en medio del escándalo de la persecución, os amo con la misma caridad que me amó el Padre, quien me envió a sufrir la pasión.

San Agustín, in Ioannem, tract., 121

Nosotros reconocemos que el Hijo es igual al Padre, pero en estas palabras

reconocemos al Mediador, porque El se manifiesta diciendo: "El a mí y yo a vosotros".

Crisóstomo, ut supra

Así elevó el espíritu de sus discípulos por los hechos y por la dignidad de su misión. Y no pide todavía el poder al Padre, sino que de su propia autoridad se les da. Por eso sigue: "Y habiendo dicho esto, sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo".

San Agustín, De Trin. 4, 20

El soplo corporal de su boca no fue la sustancia del Espíritu Santo, sino una conveniente demostración de que el Espíritu Santo, no tan sólo procede del Padre, sino que también del Hijo. ¿Quién será tan insensato que diga que el Espíritu Santo, dado por insuflación, es diferente del que después de su resurrección envió a los Apóstoles?

San Gregorio, In Evang. hom. 26

¿Por qué, pues, lo da primero a sus discípulos sobre la tierra, y después lo envía desde el cielo, sino porque son dos los preceptos de la caridad, a saber, el amor de Dios y el amor al prójimo? En la tierra se da el Espíritu de amor al prójimo, y desde el cielo el Espíritu del amor a Dios. Pues así como es una la caridad y dos los preceptos, así no es más que uno el Espíritu dos veces dado: el primero por el Señor sobre la tierra, y después descendido del cielo. Porque en el amor del prójimo se aprende cómo puede llegarse al amor de Dios.

Crisóstomo, ut supra

Dicen algunos que por esta insuflación no les dio el Espíritu Santo, sino que los hizo aptos para recibirle. Si, pues, al ver Daniel al ángel se desmayó, ¿qué hubiera sucedido a los discípulos al recibir tan inefable gracia, si antes no hubiesen estado prevenidos? No será pecado decir que ellos recibieron entonces el poder de la gracia espiritual, no de resucitar muertos ni hacer milagros, sino el de perdonar los pecados. De aquí sigue: "A quien perdonareis los pecados, les serán perdonados", etc.

San Agustín, in Ioannem, tract., 121

La caridad de la Iglesia, que por el Espíritu Santo se infunde en nuestros corazones, perdona los pecados de los que son participantes de aquella, pero de aquellos que no lo son, los retiene. Por eso, después que dijo "Recibid el Espíritu Santo", habló a continuación del perdón de los pecados y de su retención.

San Gregorio, ut supra

Conviene saber que aquellos que recibieron antes el Espíritu Santo para vivir inocentemente, y aprovechar a otros en la predicación, lo recibieron visiblemente después de la resurrección del Señor, no para convertir a pocos, sino a muchos; digno es, pues, de considerarse cómo aquellos discípulos, llamados a tan pesado cargo de humildad, fueron elevados al apogeo de tanta gloria. ¡He aquí que no sólo reciben la seguridad de sí mismos, sino que también la magistratura del juicio supremo, para que, haciendo las veces de Dios, retengan a unos sus pecados y los perdonen a otros! En la Iglesia son ahora los Obispos los que ocupan su lugar y la potestad de atar y desatar es la parte de gobierno que les corresponde. ¡Grande honor, pero pesada la carga de este honor! Duro es que el que no sabe gobernar su vida se haga juez de la ajena.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 85

Si el sacerdote arreglase bien su vida, pero no cuidase con diligencia de la de los otros, se condena con los réprobos. Sabiendo, pues, la magnitud del peligro, tenles gran respeto, aunque no sean de mucha nobleza, pues no es justo que sean juzgados por los que están bajo su jurisdicción. Y aunque su vida sea muy censurable, no quieras herirle en nada de todo aquello que Dios le ha confiado, pues ni el sacerdote, ni el ángel, ni el arcángel, puede hacer nada en las cosas que son dadas por Dios, sino que son dispensadas por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, pues el sacerdote presta su voz y su mano, y no es justo que, por la malicia de otro, sean escandalizados acerca de nuestras creencias los que se convierten a la fe.

Hallándose reunidos todos los discípulos, sólo faltaba Tomás, a consecuencia de la primera dispersión, por lo que dice: "Tomás, uno de los doce, que se llama Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús".

Alcuino

En griego, se llama Dídimo, en latín, doble a causa de la vacilación de su corazón en creer. También quiere decir abismo, porque penetró la profundidad de los abismos de Dios.

San Gregorio, ut supra

No fue casualidad que aquel discípulo elegido estuviese ausente, sino obra de la divina clemencia, para que mientras el discípulo incrédulo palpaba en el cuerpo de su Maestro las heridas, curara en nosotros las de nuestra infidelidad. Más provechosa nos ha sido para nuestra fe la incredulidad de Tomás, que la fe de todos los discípulos, porque mientras él, tocando, es restablecido en la fe, nuestro espíritu se confirma en ella, deponiendo toda duda.

Beda

Se preguntará por qué refiere el Evangelista que Tomás faltaba en aquel momento, cuando Lucas afirma que dos discípulos que habían ido a Emaús, volvieron a Jerusalén, encontrando reunidos a los doce. Pero es menester entender que medió cierto espacio de tiempo desde la hora que se ausentó Tomás y la que estuvo Jesús en medio de ellos.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 86

Así como es censurable la ligereza en creerlo todo, así también lo es el acusar a Tomás groseramente. Diciendo los Apóstoles: "Hemos visto al Señor", no creyó, no tanto por desacreditarles, cuanto por creerlo imposible. Por eso sigue: "Dijéronle, pues, los otros discípulos: Hemos visto al Señor; pero él les contestó: Si no viere en sus manos el taladro de los clavos, y metiese mi dedo en la herida de ellos, y mi mano en el lado del Señor, no creeré". Este, más grosero que los otros, buscaba la fe por los sentidos (como el tacto), y ni siquiera daba crédito a sus ojos. Así que no le bastó el decir si no lo viese, sino que añadió: "Y metiese el dedo", etc.

Y al cabo de ocho días, estaban otra vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos: vino Jesús, cerradas las puertas, y se puso en medio, y dijo: "Paz a vosotros". Y después dijo a Tomás: "Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y da acá tu mano, y métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino fiel". Respondió Tomás, y le dijo: "Señor mío, y Dios mío". Jesús le dijo: "Porque me has visto, Tomás, has creído. Bienaventurados los que no vieron y creyeron". Otros muchos milagros hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Mas éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios: y para que creyendo, tengáis vida en su nombre. (vv. 26-31)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 86

Considera la clemencia del Creador, que por salvar su alma se aparece y se acerca, enseñando sus heridas. Sin duda que los discípulos que lo anunciaban, y el mismo Jesús que lo había prometido, eran dignos de fe. Pero, sin embargo, porque Tomás lo exigía, el Señor no le desoyó. No se le aparece al momento, sino pasados ocho días, para que, advertido entre tanto por los discípulos, se inflamara más su deseo y fuera más fiel en adelante. Así dice: "Pasados ocho días, estaban otra vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos. Vino Jesús, cerradas las puertas, y se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros".

San Agustín, in serm. Pass.

¿Me preguntas en qué consiste la extensión del cuerpo de Jesús, habiendo entrado cerradas las puertas? Yo te respondo: Si anduvo sobre el mar, ¿dónde está el peso de su cuerpo? El Señor lo hizo como Señor. ¿Acaso porque resucitó dejó de serlo?

Crisóstomo, ut supra

Presentóse, pues, Jesús y no esperó a que Tomás preguntase, sino que para hacerle ver que cuando hablaba a sus condiscípulos le estaba oyendo, usa de sus mismas palabras, y en primer lugar lo reprende y lo corrige. Así sigue: "Después dice a Tomás: Mete aquí tu dedo y toca mis manos y alarga la tuya, e introdúcela en mi costado". Luego le instruye, diciendo: "No quieras ser incrédulo, sino fiel". Ved aquí la duda de la incredulidad antes de que recibieran el Espíritu Santo, pero no después, que permanecieron firmes. Digno es de averiguarse por qué el cuerpo incorruptible conservaba las llagas de los clavos, pero no te admires, pues era por condescendencia, para demostrarles que era el mismo que había sido crucificado.

San Agustín, De Symbolo

Podía, si hubiera querido, haber hecho desaparecer de su cuerpo resucitado y glorificado todas las señales de sus heridas; pero El sabía por qué las conservaba. Pues así como convenció a Tomás, que no creyó sin haber tocado y visto, así las enseñará a sus enemigos, no para decirles como a Tomás: "Porque viste, creíste", sino para que,

reprendiéndolos con la verdad les diga: He aquí al hombre a quien crucificasteis; ved las heridas que le inferisteis; reconoced el costado que alanceasteis; que por vosotros, y para vosotros fue abierto, y sin embargo no quisisteis entrar.

San Agustín, De civ. Dei., 22, 20

No sé cómo nos atrae de tal manera el amor a los bienaventurados mártires, que desearíamos ver en el cielo las cicatrices que por el nombre de Cristo recibieron en sus cuerpos, y quizá las veremos, pues no serán en ellos deformidad, sino dignidad. Y aunque recibidas en sus cuerpos, brillarán en ellos, no como hermosura corporal, sino como de heroísmo. Pero ni aunque haya sido amputado algún miembro, aparecerán sin él en la resurrección, pues se les tiene ofrecido que ni un cabello de su cabeza perecerá (Lc 21,18). Y aun será debido que en aquel nuevo reino aparezca la carne mortal con las señales de las heridas de los miembros que, si bien cortados, no fueron perdidos, sino restituidos, porque cualquier deformidad causada en el cuerpo, no será entonces defecto, sino prueba de virtud.

San Gregorio, In Evang. hom. 26

El Señor ofreció su cuerpo, que introdujo por puertas cerradas, para que le tocara. Con lo cual probó dos milagros contrarios entre sí, si humanamente se considera: demostrar después de su resurrección, que era incorruptible y palpable, pues lo que se toca es necesariamente corruptible, y no es palpable lo que no se corrompe. Incorruptible, pues, y palpable se mostró el Señor para probarnos que El conservaba después de su resurrección la misma naturaleza que nosotros, y una gloria diferente.

San Gregorio, Moralium, 13, 31

Nuestro cuerpo en la gloria de nuestra resurrección será sutil por efecto de la espiritualidad de la persona divina, pero palpable por la realidad de la naturaleza corporal (y no como dijo Eutyches), impalpable y más sutil que el aire y los vientos.

San Agustín, in Ioannem, tract., 121

Tomás, viendo y tocando al hombre, le confesaba Dios, a quien no veía ni tocaba. Pero por lo que veía y tocaba, depuesta toda duda, creía; por eso sigue: "Respondió Tomás y le dijo: Señor mío y Dios mío".

Teofilacto

Aquel que primero se había mostrado infiel, después de tocar el costado del Señor se convierte en el mejor teólogo, pues disertó sobre las dos naturalezas de Cristo en una sola persona porque diciendo "Señor mío", confesó la naturaleza humana y diciendo "Dios mío" confesó la divina y un solo Dios y Señor.

Sigue: "Porque me viste, creíste".

San Agustín, ut supra

No dice me tocaste, sino me viste, porque el sentido de la vista se generaliza en los otros cuatro sentidos; como cuando decimos: Oye, y verás qué bien suena; huele, y verás qué bien sabe; toca, y verás qué buen temple. Por esto, al decir el Señor "Pon tu dedo aquí, y mira mis manos" ¿qué otra cosa quiere decir sino toca y mira? Y esto que él no tenía ojos en el dedo, pero bien sea mirando, bien tocando, le dice: "Porque me viste,

creíste". Aunque pudiera decirse que el discípulo no se hubiera atrevido a tocarle, cuando el Señor se ofreciera a ello.

San Gregorio, In Evang. hom. 26

Pero como diga el Apóstol que la fe es la sustancia de cosas que se esperan (Heb 11,1), pero que no se ven evidentemente, se deduce que, en las que están a la vista, no cabe fe, sino conocimiento. Si, pues, Tomás vio y tocó, ¿por qué se le dice "Porque me viste, creíste"? Pero una cosa vio y otra creyó; vio al hombre, y confesó a Dios. Mucho alegra lo que sigue: "Bienaventurados los que no vieron y creyeron". En esta sentencia estamos especialmente comprendidos, porque Aquel a quien no hemos visto en carne lo vemos por la fe, si la acompañamos con las obras, pues aquel cree verdaderamente que ejecuta obrando lo que cree.

San Agustín, ut supra

Usó en sus palabras el tiempo de pretérito, como si fuera ya hecho lo que conocía en su predestinación que había de suceder.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 86

Si alguno dijera, ojalá hubiese vivido en aquellos tiempos, y hubiese visto al Señor haciendo milagros, que se acoja a esta palabra: "Bienaventurados los que no vieron y creyeron".

Teofilacto

Esto se refiere a aquellos discípulos que sin tocar las llagas de los clavos ni del costado creyeron.

Crisóstomo, ut supra

Como Juan había referido menos que los otros evangelistas, añadió: "Otros muchos milagros hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro", pero no se ha dicho más que lo suficiente para atraer a los oyentes a la fe. Pero me parece que se refiere aquí los milagros que acontecieron después de su resurrección y por esto dice: "En presencia de sus discípulos", con los cuales solamente trató después de su resurrección. En seguida, para que sepas que no sólo se hacían estos milagros en gracia de sus discípulos, añade: "Esto está escrito, para que creáis que Jesús es Cristo Hijo de Dios", cuyas palabras están dirigidas generalmente a todos los hombres. Y para demostrar que la fe, no sólo es útil a aquel que cree, sino también a nosotros mismos, añade: "Y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre", esto es, en Jesucristo, porque El es la vida.

CAPÍTULO 21

Después se mostró Jesús otra vez a sus discípulos en el mar de Tiberíades. Y se mostró así: Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo, y Natanael, que era de Caná de Galilea, y los hijos de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dice: "Voy a pescar". Le dicen: "Vamos también nosotros contigo". Salieron, pues, y subieron en un barco; y aquella noche no cogieron nada. Mas cuando vino la mañana, se puso Jesús a la ribera: pero no conocieron los discípulos que era Jesús. Y Jesús les dijo: "¿Hijos, tenéis algo de comer?" Le respondieron: "No". Les dice: "Echad la red a la derecha del barco, y hallaréis". Echaron la red, y ya no la podían sacar por la muchedumbre de los peces. Dijo entonces a Pedro aquel discípulo a quien amaba Jesús: "El Señor es". Y Simón Pedro cuando oyó que era el Señor, se ciñó su túnica (porque estaba desnudo), y se echó en el mar. Y los otros discípulos vinieron con el barco (porque no estaban lejos de tierra, sino como doscientos codos), tirando de la red con los peces. Y luego que saltaron a tierra, vieron brasas puestas, y un pez sobre ellas y pan. Jesús les dice: "Traed acá los peces que cogisteis ahora". Entonces subió Simón Pedro y trajo la red a tierra llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. (vv. 1-11)

San Agustín, in Ioannem, tract., 122

Por lo que anteriormente dijo el Evangelista, parece que indica el fin de este libro. Pero sigue contando cómo se manifestó el Señor en el mar de Tiberíades. Por esto dice: "Después se manifestó otra vez junto al mar de Tiberíades".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 86

Dice después, porque ya no iba de continuo con ellos como antes. Y dice se dejó ver, porque no lo hubieran visto si El no lo hubiese permitido, y porque su cuerpo era inmortal. Hace también mención del lugar, como demostrando que el Señor les había quitado el temor y se atrevían ya a alejarse de casa; no se encerraban en ella, y sin temor de los judíos habían ido a Galilea.

Beda

El Evangelista refiere primero el hecho según acostumbra, y después cuenta cómo sucedió, diciendo: "Se manifestó de este modo".

Crisóstomo, ut supra

Como el Señor no estaba siempre con ellos, ni les había sido dado el Espíritu Santo, ni tenían encargo que desempeñar, ni nada que hacer, se ocupaban en la pesca. Y así dice: "Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, conocido por Dídimo, y Nathanael, que era de Caná de Galilea (que es el que fue llamado Felipe), y los hijos de Zebedeo (Santiago y Juan), y otros dos discípulos. Díceles Simón Pedro: Voy a pescar".

San Gregorio, In Evang. hom. 24

Puede preguntarse por qué Pedro, que fue pescador antes de su conversión, volvió a su oficio después de ella, siendo así que la Verdad dijo: "Ninguno que ha puesto la mano en el arado y vuelve la vista atrás es apto para el reino de Dios" (Lc 9,62).

San Agustín, ut supra

Si esto lo hubieran hecho los discípulos después de la muerte de Jesús y antes de su resurrección de entre los muertos, creeríamos lo hacían dominados de desesperanza. Pero ahora, después de recobrarle vivo del sepulcro, de inspeccionar las cicatrices de sus heridas y de recibido el soplo del Espíritu Santo, vuelven en seguida a ser lo que antes eran: pescadores, no de hombres, sino de peces. Debe a esto responderse que no les había sido prohibido ganarse el sustento en un arte lícito, salvada la integridad de su apostolado, siempre que no tuvieran de qué vivir. Porque si el bienaventurado San Pablo, renunciando al derecho que con razón le pertenecía como a los demás predicadores del Evangelio, no quiso usar de él como los demás, sino que vivió de su peculio, a fin de que las naciones que eran extrañas al nombre de Cristo, no menospreciaran su doctrina como venal, se dedicó a aprender un arte que antes ignoraba, para no gravar a sus oyentes y vivir del trabajo de sus manos, ¿con cuánta más razón el bienaventurado San Pedro, que ya había sido pescador, podía volver a su oficio, si en aquella ocasión no tenía de qué vivir? Pero responderá alguno: ¿Y por qué no encontró, habiéndoselo prometido el Señor cuando dijo "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será ofrecido" (Mt 6,33)? Sin duda que el Señor cumplió lo que ofreció, pues ¿quién fue el que aprontó los peces para que fuesen cogidos? Y es de creer que les puso en la necesidad de tomarse el trabajo de ir a pescar, porque tenía dispuesto hacer un milagro.

San Gregorio, ut supra

No fue pecado volver a tomar, después de su conversión, el oficio que sin pecado habían tenido antes de convertirse. Esta es la razón por qué Pedro volvió a la pesca después de su conversión. Y Mateo no volvió al negocio de la recaudación de los impuestos, pues hay muchos cargos que difícilmente se desempeñan sin pecado, y éstos deben renunciarse después de convertirse.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 86

Otros de los discípulos seguían a Pedro. Y continúa: "Dijéronle: Vamos contigo", y todos, reunidos como estaban querían ver el resultado de la pesca. Sigue: "Y salieron y subieron al barco". Pescaban de noche, porque aún temían.

San Gregorio, ut supra

Pero se les hizo la pesca muy difícil, a fin de que, viniendo el Maestro, resultara admirable y sublime. Por esto sigue: "Y en aquella noche no cogieron nada".

Crisóstomo, ut supra

En medio de los trabajos y aflicción de los discípulos, se presenta Jesús. Y sigue: "Amanecido el día, se situó Jesús en la playa". No quiso descubrírseles de repente, sino entablar con ellos conversación. Empieza por hablarles a manera humana. Y sigue: "Jesús les dice: Muchachos, ¿tenéis algo que comer?" Lo pregunta como quien desea comprar

algo; pero en cuanto ellos temieron, les hizo seña para que le conocieran. Sigue, pues: "Díjoles: Echad la red a la derecha del barco y encontraréis". A esto siguieron grandes cosas, siendo la primera la pesca de muchos peces. Y así, sigue: "Echaron la red y no podían ya sacarla por la multitud de peces". Pero en este movimiento de Cristo, Pedro y Juan demostraron su diferente modo de ser. Juan era perspicaz y así conoció enseguida al Señor. Por esto sigue: "Dice, pues, a Pedro aquel discípulo a quien amaba Jesús: El Señor es".

Beda

Con esta indicación demuestra en esta ocasión, como en muchas, su persona. Conoció, pues, el primero al Señor, bien por esta milagrosa pesca, bien por el conocido sonido de la voz, o bien por el recuerdo de la primera pesca.

Crisóstomo, ut supra

Como Pedro era más impetuoso, llegó primero a Cristo. Sigue: "Al oír Simón Pedro que era el Señor, se ciñó la túnica (porque estaba desnudo)".

Beda

Se dice que Pedro estaba desnudo en comparación de la demás ropa que acostumbraba usar, como cuando decimos a alguno que viste un traje sencillo ¿por qué vas desnudo? O puede entenderse que iba al estilo de los pescadores.

Teofilacto

El haberse ceñido Pedro es señal de recato. Se vistió, pues, del lienzo con que los pescadores de Tiro y de Fenicia solían envolverse para conservar los demás vestidos, ya estuvieran o no desnudos.

Beda

Con el mismo ardor con que hacía otras muchas cosas, fue a Jesús. Y sigue: "Y se entró en el mar", los demás discípulos llegaron en el barco. Pero no se ha de entender que Pedro fue andando sobre las aguas, sino nadando o por su propio pie, porque estaban cerca de tierra, pues sigue: "No estaban lejos de tierra".

Glosa

Aquí hay trasposición porque sigue: "tirando de la red con los peces", porque para que haya coordinación debería decir: "Y los otros discípulos vinieron en el barco tirando de la red con los peces".

Crisóstomo, ut supra

En seguida cita otro milagro, diciendo: "Cuando bajaron a tierra vieron ascuas colocadas", etc. No obra aun los milagros en materia preexistente, sino de una manera más admirable, demostrando que antes de su muerte hacía los milagros de una manera misteriosa sobre materia que ya existía.

San Agustín, in Ioannem, tract., 122

No se ha de entender que el pan estuviese colocado sobre las brasas, sino como si dijera: Vieron colocadas las brasas y el pez puesto sobre ellas, y también vieron el pan.

Crisóstomo, ut supra

Para demostrarles que no era ilusión lo que veían, les manda traer de los peces que habían cogido. Sigue, pues: "Les dice Jesús: Traed de los peces que habéis cogido ahora". A continuación se vio otro milagro, como el que la red no se había roto, a pesar de la multitud de los peces. Sigue, pues: "Subió Simón Pedro y trajo a tierra la red llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres, y siendo tantos, la red no se había roto".

San Agustín, ut supra

En sentido espiritual, esta captura de los peces es una figura de que la Iglesia deberá existir en la última resurrección de los muertos. Esto lo da a entender la interposición del capítulo que, como adicionado al libro que deja concluido, sirve de introducción a una narración nueva. Los siete discípulos presentes a esta pesca significan el fin del tiempo, porque éste está comprendido en los siete días.

Teofilacto

Esta noche antes de la presencia de Cristo, significa los profetas que no pudieron coger nada antes de la salida del sol, Jesucristo. Porque aunque se esforzaron en convertir a Israel, esta nación reincidía frecuentemente en la idolatría.

San Gregorio, In Evang. hom. 24

Se puede preguntar por qué razón, mientras los discípulos luchaban en medio del mar, se presentó en la playa, después de su resurrección, el que antes de ella había andado sobre las olas en presencia de sus discípulos. Pero la mar significa el siglo presente, que se combate a sí mismo por el choque de las tumultuosas olas de esta vida corruptible, al paso que la tierra firme de la playa significa la estabilidad del eterno descanso. Y como los discípulos luchaban todavía con las olas de esta vida mortal, se fatigaban en el mar, mientras nuestro Redentor, después de su resurrección, habiendo sacudido la corrupción de la carne, permanecía firme en la playa.

San Agustín, ut supra

La playa es el límite del mar, y significa el fin del mundo, pues así como en este pasaje se figura a la Iglesia tal como se encontrará en el fin del mundo, del mismo modo el Señor significó en otra pesca a la Iglesia tal cual es ahora; por lo que en la primera pesca no estaba en la playa, sino que, subiendo a la nave de Pedro, le rogó que se alejara un poco de tierra. En aquella pesca no se echaron las redes a la derecha para significar sólo a los buenos, ni a la izquierda para designar sólo a los malos, sino indiferentemente dijo: "Echad vuestras redes para pescar" (Lc 5,4), a fin de que entendamos mezclados los buenos con los malos. Pero aquí dice "Echadla a la derecha de la nave", para señalar sólo aquellos buenos que estaban a la derecha. Aquello lo hizo al principio de su predicación; esto, después de su resurrección. Allí, manifestando en la pesca de buenos y malos a los que hoy están en la Iglesia; y en ésta, tan sólo a los buenos, que conservará eternamente en el fin del mundo, después de la resurrección de los muertos. Aquellos, pues, que pertenecen a la resurrección de la vida (esto es, a la derecha), y que están prendidos en las redes del nombre cristiano, éstos aparecerán en la playa cuando resucitaren al fin del mundo. Esta es la razón por qué no pudieron sacar las redes para descargar en la nave los peces que habían cogido, como en otras ocasiones lo hicieron.

La Iglesia guarda estos peces de la derecha (como en profundo sueño de paz) ocultos para después del fin de esta vida, hasta que de la red descansen en la playa. En cuanto a la pesca primera en dos barcos distantes de ésta doscientos codos, creo que representan las dos clases de elegidos y la circuncisión y el prepucio.

Beda

O los doscientos codos representan los dos preceptos de la caridad, pues por el amor a Dios y al prójimo nos acercamos a Cristo. El pez asado, es Cristo crucificado. Este se dignó ocultarse en las aguas del humano linaje; quiso ser prendido en el lazo de nuestra muerte; y el que se hizo por nosotros pez por la humanidad, ha sido nuestro pan restaurador por su divinidad.

San Gregorio, ut supra

A Pedro, pues, le ha sido confiada la Santa Iglesia, y por esto se dice al mismo de una manera especial: "Apacienta mis ovejas". Lo que después se demuestra en palabras, ahora se significa por las obras. Este, pues, lleva los peces a la playa firme, porque enseña a los fieles la estabilidad de la vida eterna. Esto hizo siempre con la predicación y las epístolas, y ahora lo hace todos los días por signos y milagros. Pero al decir que la red estaba llena de grandes peces, expresa cuántos, y dice así: "Llena de grandes peces: ciento cincuenta y tres".

San Agustín, ut supra

En la otra pesca no se expresa el número de peces, como si sucediera en aquella lo que dijo el profeta: "Anuncié, y hablé, y se multiplicaron sin número" (Sal 39,6). Pero aquí el número es cierto, y debe darse la razón. El número, pues, significa la Ley, cuyo nombre es diez por el Decálogo. Pero cuando se añade a la Ley de gracia, esto es, la letra a su espíritu, se añade en cierto modo el número siete al diez; porque el Espíritu Santo, autor de la santificación, es designado con el número siete, pues ésta es, en verdad, la primera vez que en el día séptimo brilló la santificación en la Ley (Gn 2). El profeta Isaías nos muestra al Espíritu Santo autor de siete dones de operaciones. Uniéndose, pues, a la decena de la Ley el septenario del Espíritu Santo, resultan diez y siete, cuyo número, computado desde el uno hasta el mismo (poniendo en orden de suma desde el uno hasta el diez y siete inclusive) asciende a ciento cincuenta y tres.

San Gregorio, ut supra

Multipliquemos el siete y diez y siete por tres, y resultarán cincuenta y uno, en cuyo año todo el pueblo descansaba de todo trabajo; pero el verdadero descanso consiste en la unidad, porque donde hay división no hay verdadero descanso.

San Agustín, ut supra

No sólo resucitarán a vida eterna los ciento cincuenta y tres santos figurados en los ciento cincuenta y tres peces, sino que en este número están comprendidos todos los que recibieron la gracia del Espíritu Santo. Este número contiene tres veces el número cincuenta, y además sobre éste el tres, por el misterio de la Trinidad. Complétase, pues, el número cincuenta por la multiplicación del siete por sí mismo, añadiéndole uno en significación de que los tres son uno. No en vano había dicho que los peces eran grandes,

pues habiendo dicho el Señor (Mt 5,17) "No he venido a destruir la Ley, sino a cumplirla" (dándoles el Espíritu con el cual pudiese la Ley ser cumplida), añade poco después: "El que hiciere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos" (Mt 5,19). En la primera pesca se rompió la red, significando los cismas. Pero en ésta, como denota la suprema paz de los santos en la que no se conocerá el cisma, tuvo derecho el Evangelista para decir y como fuesen tantos, esto es tan grandes, no se rompió la red, como si en vista de aquel mal recomendara este bien.

Jesús les dice: "Venid, comed". Y ninguno de los que comían con El osaba preguntarle: "¿Tú quién eres?", sabiendo que era el Señor. Llega, pues, Jesús, y tomando el pan se lo da, y asimismo el pez. Esta fue ya la tercera vez que se manifestó Jesús a sus discípulos después que resucitó de entre los muertos. (vv. 12-14)

San Agustín, in Ioannem, tract., 123

Hecha la pesca, el Señor los llama a comer. Y sigue: "Jesús les dice: Acercaos a comer".

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 86

Este Evangelista no dice que comió con ellos. Esto lo dice San Lucas. Comía, no por necesidad de la naturaleza, sino por condescendencia, para probar su resurrección.

San Agustín, De civ. Dei 13, 22

En la futura resurrección, los cuerpos de los justos no necesitarán del árbol de la vida que les preserve de la muerte por enfermedad ni decrepitud, ni tampoco de ningunos otros alimentos que los libren de las molestias del hambre y de la sed, porque se hallarán revestidos de una verdadera e inviolable inmortalidad, y no tendrán, si no quieren, necesidad de comer, pues aunque no estarán privados de la facultad, estarán exentos de esta necesidad, así como nuestro Salvador, después de resucitado en verdadera carne, aunque espiritual, comió y bebió con sus discípulos, no por necesidad, sino por potestad.

Sigue: "Y ninguno de los comensales se atrevía a preguntarle".

San Agustín, in Ioannem, tract., 123

Nadie osaba dudar quién fuese, pues tanta era la evidencia de la verdad, que nadie se atreviera, no sólo a negar, pero ni aun a dudar, porque de haber dudado hubieran preguntado.

Crisóstomo, ut supra

O quiere decir con esto que los discípulos no tenían ya la misma confianza que antes para hablarle, sino que estaban sentados con gran respeto y reverencia, fijos los ojos en El, viéndole transformado admirablemente y queriendo preguntarle estupefactos. Pero por cuanto sabían que era el Señor, el temor les contenía de preguntar, y sólo comían lo que les daba con supremo dominio. Ahora no mira al cielo, ni hace nada que no demuestre que obra por pura condescendencia. Sigue: "Y vino Jesús", etc.

San Agustín, ut supra

Místicamente, es el pez asado figura de Cristo crucificado; El mismo es el pan que bajó del cielo. A éste está incorporada la Iglesia para participar de la bienaventuranza eterna. Por esto les dijo: "Traed de los peces que cogisteis ahora", a fin de que todos los que participamos de la misma esperanza sepamos que en el número de los siete discípulos (en el que está figurada la universalidad de los fieles) estamos llamados a la comunión de tan grande sacramento y a la sociedad de la misma bienaventuranza.

San Gregorio, ut supra

El convite último de los siete discípulos revela que en el banquete de la gloria sólo estarán con Jesús aquellos que están llenos de los siete dones del Espíritu Santo. También los siete días comprenden todo el tiempo de este mundo, y con frecuencia se designa la perfección con este número. Aquellos, pues, que animados del deseo de perfección se sobreponen a las cosas terrenas, son los que gozarán del eterno convite de la verdad.

Crisóstomo, ut supra

Como no estaba continuamente con ellos como antes, dice el Evangelista: "Esta fue la tercera vez que Jesús se manifestó a sus discípulos después que resucitó de entre los muertos".

San Agustín, ut supra

Este número no se refiere a las entrevistas, sino a los días, esto es, el primer día, el de la resurrección, y después de ocho días, cuando Tomás oyó y creyó, y éste en el que hizo el milagro de los peces, y después cuantas veces quiso hasta el día cuadragésimo, en que subió a los cielos.

San Agustín, De cons. evang. 3, 26

Nosotros encontramos acordes a los cuatro evangelistas en que el Señor fue visto diez veces después de su resurrección: una vez en el sepulcro por las mujeres; otra por las mismas en el camino, cuando regresaban del sepulcro; la tercera vez por Pedro; la cuarta por los dos discípulos que iban a la aldea; la quinta por muchos en Jerusalén, en donde no estaba Tomás; la sexta cuando le vio Tomás; la séptima en el mar de Tiberíades; la octava por todos los once en el monte de Galilea, como afirma Mateo; la nona en la última comida, después de la cual ya no volverían a comer con El, según refiere Marcos, y la décima en el día de la ascensión, no ya en tierra, sino elevado en una nube.

Y cuando hubieron comido, dice Jesús a Simón Pedro: "¿Simón, hijo de Juan, me amas más que éstos?" Le responde: "Sí, Señor, Tú sabes que te amo". Le dice: "Apacienta mis corderos". Le dice segunda vez: "¿Simón, hijo de Juan, me amas?" Le responde: "Sí, Señor, Tú sabes que te amo". Le dice: "Apacienta mis corderos". Le dice tercera vez: "¿Simón, hijo de Juan, me amas?" Pedro se entristeció porque le había dicho la tercera vez: "¿Me amas?" Y le dijo: "Señor, Tú sabes todas las cosas: Tú sabes que te amo". Y le dijo: "Apacienta mis ovejas". (vv. 15-17)

Teofilacto

Después de la cena, confía a Pedro el gobierno del rebaño universal, no a los otros. Por esto dice: "Cuando hubieron comido, dijo a Simón Pedro, Jesús," etc.

San Agustín, in Ioannem, tract 126

Sabiendo el Señor, pregunta. Sabía el Señor que Pedro no sólo le amaba, sino que le amaba más que todos.

Alcuino

Es llamado Simón de Juan, esto es, hijo de Juan, su padre por la carne. En sentido espiritual Simón quiere decir obediente, y Juan gracia. Y con razón es llamado así obediente a la gracia de Dios, para que se demuestre que el mayor amor de que está poseído, no es, en efecto, de un mérito humano, sino un don de la gracia divina.

San Agustín. In serm. Pass. 149

En la muerte del Señor temió y negó, pero resucitando el Señor, le quita el miedo y le infunde el amor. Porque cuando negó, temió morir, mas resucitando el Señor, ¿qué había de temer, si veía en El muerta la muerte? Y sigue: "Le dijo: Tú, sabes, Señor, que te amo". Entonces confía sus ovejas al que confiesa su amor. Por eso sigue: "Dice a Pedro: Apacienta mis corderos". Como si no pudiera Pedro manifestar su amor a Cristo de otro modo, que siendo pastor fiel sometido al príncipe de todos los pastores.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 87

El principal bien que nos resulta de este amor, es el de procurar la salvación del prójimo. Prescindiendo, pues, el Señor de los demás Apóstoles, dirige a Pedro estas promesas, porque Pedro era el primero de los Apóstoles, y la voz de los discípulos y la cabeza del colegio. Por esto, después que fue borrada su negación, le invistió como prelado de sus hermanos. No le echa en cara su negación, sino que le dice: Si me amas, preside a tus hermanos, y da testimonio ahora del amor que por todas partes demostraste, sacrificando por mis ovejas esa vida que dijiste que darías por mí.

Sigue: "Vuelve a preguntarle: Simón, hijo de Juan, ¿me amas?", etc.

San Agustín, ut supra

Con razón pregunta a Pedro: "¿Me amas?" y responde: "Te amo" y le dice: "Apacienta mis corderos". Con esto se demuestra que la dilección y el amor son un

mismo sentimiento, pues el Señor no le pregunta en la última vez: ¿Me estimas?, sino "¿Me amas?" Sigue pues: "Dícele por tercera vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas?" Esta es la tercera vez que el Señor pregunta a Pedro si le ama, haciéndole confesar tres veces lo que negó tres veces, a fin de que la lengua no sirva menos al amor que lo que sirvió al temor, y que habló, más por conjurar la muerte que le amargaba, que por despreciar la vida presente.

Crisóstomo, ut supra

Le pregunta tres veces, y tres veces le encarga lo mismo, dando a entender lo que aprecia el gobierno de sus propias ovejas, y que en confiárselas le da la mayor prueba de su amor.

Teofilacto

De aquí viene la costumbre de la triple confesión que se hace en el bautismo.

Crisóstomo, ut supra

Después de la tercera pregunta, se turba. Por lo que sigue: "Pedro se contristó porque le preguntó por tercera vez: ¿Me amas?" Temiendo que sucediera otra vez como antes que, pareciéndole amar al Señor, no le ame y sea reprendido como lo fue primero cuando se consideraba muy fuerte, se ampara al mismo Cristo. Por eso sigue: "Y le dice: Señor, tú que sabes todas las cosas"; esto es, lo más secreto del corazón, presente y futuro.

San Agustín, De verb Dom

Se entristeció, porque preguntado repetidamente por aquel que sabía lo que preguntaba y le inspiraba la respuesta, contestó con toda veracidad, y de lo íntimo de su corazón profirió aquella palabra de amor: "Tú sabes que te amo".

San Agustín, in Ioannem, tract., 124

No añade, empero, "más que estos", porque él respondió lo que sabía de sí mismo y no podía saber cuánto podría amarle otro, cuyo corazón no podía ver. Sigue: "Dícele: apacienta mis ovejas"; como si dijera: sea el ejercicio del amor el apacentar el rebaño del Señor, así como fue indicio de cobardía el negar al pastor.

Teofilacto

Cualquiera puede señalar la diferencia entre corderos y ovejas; corderos son los que entran, pero ovejas los perfectos.

Alcuino

Apacentar las ovejas es confirmar a los creyentes en Cristo para que no se aparten de la fe, socorrer sus necesidades, resistir a los contrarios y corregir a los súbditos descarriados.

San Agustín

Los que de tal modo apacientan las ovejas de Cristo que más quieren que sean suyas que de Cristo, queda demostrado que no aman a Cristo, sino que están poseídos de la ambición de gloria, de dominio y de riquezas, pero no de la caridad de obedecer, servir y agradar a Dios. Sea a Cristo al que amemos y no a nosotros mismos y en apacentar a sus

ovejas busquemos lo que es de Dios, y no lo que es nuestro. Porque el que se ama a sí mismo y no a Dios, no se ama; pues el que no puede vivir de sí mismo, muere suponiendo que se ama. No se ama, pues, quien no se ama para vivir. Pero aquel que es amado por quien vive, no ama más amándose, porque no se ama para amar a aquel de quien se vive.

San Agustín, in serm. Pass

Han existido siervos infieles que dividieron el rebaño de Cristo e hicieron su peculio de lo que hurtaron, y oirás que dicen: Aquellas son mis ovejas. ¿Qué dices, mis ovejas? No te encuentro entre las mías, porque si decimos nosotros mías, y ellos dicen suyas, Cristo perdió sus ovejas.

"En verdad, en verdad te digo, que cuando eras mozo, te ceñías e ibas a donde querías; mas cuando ya fueres viejo, extenderás tus manos y te ceñirá otro, y te llevará a donde tú no quieras". Esto dijo, señalando con qué muerte había de glorificar a Dios. (vv. 18-19)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 87

Después que el Señor habló a Pedro del amor que éste le tenía, le predice el martirio que deberá sufrir por El, enseñándonos el modo cómo se le debe amar. Por eso dice: "En verdad, en verdad, te digo, que cuando eras joven, te ceñías e ibas a donde querías". Le recuerda su primera juventud, porque en las cosas del mundo el joven es útil, pero el que envejece se inutiliza, lo que no sucede en las cosas divinas, porque en la ancianidad es más esclarecida la virtud y más industriosa, a pesar de la edad. Como Pedro siempre quería hallarse en los peligros con Cristo, le dice: Confía, porque yo satisfaré tu deseo de tal modo, que padecerás siendo anciano lo que no padeciste de joven. Por eso sigue: "Cuando envejecieres", por lo que se da a entender que a la sazón no era joven ni viejo, sino varón perfecto.

Orígenes, super Mat

Observa que no es fácil encontrar que los que son aptos para esta obra, pasen de pronto de esta vida a la otra, pues aquí se le dice a Pedro: "Cuando envejecerás extenderás tus manos".

San Agustín, in Ioannem, tract., 123

Esto es, serás crucificado, pues a esto vendrás para que otro te ciña y te lleve donde tú no quieras. Primero dijo lo que sucedería, y después el modo, pues no sólo fue crucificado, sino que fue conducido a donde él no quería para crucificarle. El quería verse desembarazado de su cuerpo mortal y estar con Cristo. Pero (si era posible) deseaba la vida eterna sin las molestias de la muerte, las que sufrió contra su voluntad, triunfando de ellas voluntariamente. Este sentimiento de repugnancia a la muerte es inherente a la naturaleza, y la misma ancianidad no pudo librar a Pedro. Pero sean cuales fueren las agonías de la muerte, debe superarlas a fuerza del amor por Aquel que, siendo nuestra vida, quiso morir por nosotros. Porque si la muerte fuera de poca importancia, no sería tan grande la gloria del martirio.

Crisóstomo, ut supra

Dice, pues, "Adonde tú no quieras", por el natural sufrimiento del alma, que no quiere separarse del cuerpo, disponiéndolo Dios así, para que muchos no se quiten la vida. Después, para levantar el espíritu del oyente, continuó el Evangelista: "Esto lo dijo para significar con qué género de muerte glorificaría a Dios". El no dijo qué clase de suplicio sufriría, para que aprendas que el padecer por Cristo es gloria y honor para el paciente. Si el alma de un mártir no tuviese la seguridad de que realmente existe Dios, no soportaría de ningún modo la consideración de la muerte, por la que se revela la certeza de la gloria divina.

San Agustín, ut supra

Este es el fin que encontró aquel que negó y amó, dando su vida con perfecto amor por aquel a quien había prometido en una precipitación culpable que daría su vida. Convenía, pues, que Cristo muriera por la salvación de Pedro, y que después Pedro muriera por la predicación de Cristo.

Y habiendo dicho esto, le dice: "Sígueme". Volviéndose Pedro, vio que le seguía aquel discípulo a quien amaba Jesús, y que en la cena estuvo recostado sobre su pecho, y le había dicho: "¿Señor, quién es el que te entregará?" Y cuando Pedro le vio, dijo a Jesús: "¿Señor, y éste qué?" Jesús le dijo: "Así quiero que él quede, hasta que yo venga. ¿Qué te va a ti? Tú sígueme". Salió, pues, esta palabra entre los hermanos que aquel discípulo no muere. Y no le dijo Jesús: "No muere", sino: "Así quiero que quede hasta que yo venga, ¿a ti qué te va?" (vv. 20-23)

San Agustín, in Ioannem, tract., 124

Después de haber anunciado el Señor a Pedro con qué género de muerte le glorificaría, le invita a seguirle, y por eso dice: "Sígueme". ¿Por qué se dice a Pedro "Sígueme", y no se dice a los demás, que estaban presentes, y que como discípulos seguían al Maestro? Y si se trata del martirio, ¿acaso sólo Pedro le padeció? Estaba también allí Santiago, que se sabe fue muerto por Herodes. Pero dirá alguno que Santiago no fue crucificado, y con razón sólo se le dijo a Pedro "Sígueme", porque no sólo sufrió la muerte, sino muerte de cruz.

Teofilacto

Oyendo Pedro que había de morir por Cristo, quiere saber si Juan ha de morir. Por eso sigue: "Volviéndose Pedro vio al discípulo que Jesús amaba", etc.

San Agustín, ut supra

Se llama a sí mismo el discípulo a quien amaba Jesús, porque el Salvador le distinguía de los demás con un cariño más familiar, de tal modo, que en la cena le hizo reclinar sobre su pecho. Yo creo que de este modo recomendó la divina excelencia del Evangelio que había de predicar. Piensan algunos de los más acreditados intérpretes de la Sagrada Escritura, que Juan fue más amado de Cristo, porque desde su infancia vivió castísimamente.

Sigue: "Habiéndole, pues, visto Pedro, dijo a Jesús: ¿Señor, éste qué?"

Teofilacto

Esto es, como exponen algunos: ¿Acaso éste no morirá?

Sigue: "Jesús le dijo: Así quiero que permanezca hasta que yo venga, ¿a ti que te va?"

San Agustín, ut supra

Repetidamente ha dicho: "Tú, sígueme". Como si no debiera seguirle, por cuanto debía permanecer hasta que venga. Hay quién cree fácilmente que dijera otra cosa diferente de lo que creyeron los hermanos que estaban presentes. Sigue, "Corrió, pues, entre ellos la voz de que aquel discípulo no muere", pero esta opinión la refuta el mismo San Juan, diciendo: "Y no dijo Jesús no muere; sino que quiero que permanezca así hasta que yo venga, ¿a ti qué te va?" Pero si se quiere, aun se puede replicar, diciendo que es

verdad lo que dice San Juan, de que el Señor no hubiese dicho que aquel discípulo no muere; pero que esto se entiende en el sentido que él explica.

Teofilacto

También puede decirse que Cristo no negó que Juan había de morir (porque todo lo que nace, muere), sino que dijo: "Quiero que él permanezca", esto es, que viva hasta el fin del mundo y entonces padecerá martirio por mí. Por tanto, pues, confiesan que aun vive, y que deberá ser muerto por el anticristo, y que entonces, juntamente con Elías y Enoch, predicará en nombre de Cristo. Y que si bien se enseña su sepulcro, entró en él vivo y salió después.

San Agustín, ut supra

Tal vez dirá alguno que en aquel sepulcro que cerca de Efeso se enseña como suyo, más bien descansa como dormido que como muerto, aceptando el rumor de que allí se siente rugir y como hervir la tierra, asegurando pertinazmente que es efecto de su respiración. ¿Pero cómo Jesús, habría dado como gran premio a su amado discípulo, la duración de un sueño tan largo a su cuerpo, cuando al bienaventurado San Pedro, para librarle del peso de su cuerpo, le concedió la inmensa gloria del martirio, y también a San Pablo la gracia que ansiaba, cuando decía, deseo morir y estar con Cristo (Flp 1,23)? Pues si verdaderamente está allí en donde atestigua la fama, o es para glorificar su preciosa muerte que no gozó del martirio, o porque se nos oculta algún misterio. Pero siempre queda en pie la duda de por qué dijo el Señor de un hombre mortal: "Quiero que permanezca así hasta que yo venga".

También interesa saber por qué el Señor amó más a Juan cuando Pedro amó más al mismo Señor. A mi entender, es mejor el que más ama a Cristo, pero más feliz aquél a quien Cristo más ama; yo respondería fácilmente si tuviese el encargo de defender la justicia de nuestro Salvador, pero acometeré la empresa de dar solución a cuestión tan grande. La Iglesia conoce dos vías que le han sido enseñadas por la divina predicación: la una está en la fe y la otra en la vista de la naturaleza. Esta está significada por el Apóstol Pedro, a causa de su primacía en el apostolado; aquella por Juan. Esta es la razón por qué al primero se dice: "Sígueme", y al segundo "Yo quiero que éste permanezca aquí, hasta que yo venga". Como si dijera: Tú sigue imitándome, sobrellevando los males temporales; aquél permanezca hasta que yo venga a premiar con los bienes eternos. Lo que puede decirse más claramente con estas palabras: Sígueme por el perfecto modelo de mi pasión, y aquel permanezca en la contemplación, para perfeccionarla cuando yo venga. Es necesario explicar, que estar y permanecer es como si dijera esperar, porque quiere significarse que se completará cuando viniere Cristo. En esta vida activa, cuanto más amamos a Cristo más fácilmente nos libramos del mal, y El nos ama menos en nuestro actual estado, y nos libra para que no seamos siempre lo mismo; pero allá nos ama más, porque nosotros no tendremos nada de lo que le disgusta y nos aleja. Amele, pues, Pedro, para que nos veamos libres de esta vida mortal, y sea Juan amado por El, para que nos veamos, para siempre, en aquella inmortalidad. ¿Por qué, pues, Juan amaba a Jesús menos que Pedro, si es figura de aquella vida en que se ama mucho más, sino porque se ha dicho: "Quiero que él permanezca (esto es, espere) hasta que yo venga", y

cuando el mismo amor, que será mucho mayor entonces, aun no lo tenemos, sino que esperamos tenerle cuando él mismo venga? Esto, pues, de que Pedro, amando más es menos amado, significa que Cristo nos ama menos en esta vida miserable que en la eterna, así como nosotros amamos menos la contemplación de la verdad, tal como será entonces, porque aun no la vemos ni la poseemos. Entre tanto nadie separe a estos insignes Apóstoles, porque ambos estaban en la vía significada en Pedro, y ambos habían de estar en lo que significaba Juan.

Glosa

O de otro modo: "Así quiero que permanezca", es decir: yo no quiero que acabe su vida por el martirio, sino que espere en tranquila libertad de su cuerpo, hasta que cuando venga le reciba en la eterna bienaventuranza.

Teofilacto

O de otra manera: con estas palabras que el Señor dice a Pedro, "Sígueme", le constituye prelado de todos los fieles. Es preciso que por seguir entiendas la imitación en todo, en las palabras y en las obras, manifestando de este modo su amor al mismo, porque deseamos que nos sigan aquellos que nos son más adictos.

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 87

Pero si alguno preguntase "¿Por qué Santiago ocupó la silla de Jerusalén?", contestaré, que porque Pedro había recibido la de todo el mundo. Sigue: "Volviéndose Pedro vio a aquel discípulo a quien Jesús amaba, quien se recostó en la cena sobre su pecho, y dijo: Señor, ¿quién es el que te entregará?". No sin motivo recordó aquella situación, sino para demostrar la gran confianza que Pedro había recobrado después de su negación, pues al que en la cena no se atrevía a preguntar sino por medio de Juan, es a quien se le ha confiado ser prelado para sus hermanos. Y ya no se vale de otro para preguntar lo que a él atañe, sino que en adelante pregunta al Maestro sobre lo que conviene a los demás. Y como el Señor le había profetizado grandes cosas, le había sometido todo el mundo y anunciado el martirio, y asegurándole mayor amor, queriendo Pedro hacer partícipe de estas gracias a Juan, dijo: "¿Y éste qué?" Como si dijera: ¿No vendrá con nosotros por el mismo camino? Mucho amaba Pedro a Juan, y se ve por el mismo Evangelio su intimidad y también en los Hechos de los Apóstoles. Así es como Pedro paga a Juan a su vez, preguntando por él lo que éste desea preguntar de sí mismo y no se atreve. Como habían de encargarse del gobierno del mundo, y no convenía que estuviesen juntos (porque sería perjudicial), el Señor le responde, según el texto griego: "Si yo quiero que permanezca hasta que yo venga, ¿a ti qué te importa?" Tú, sígueme. Tú, cuida de la obra que se te ha encargado y complétala, pero si yo quiero que éste permanezca aquí, ¿a ti qué te va?

Teofilacto

Las palabras "Hasta que yo venga", deben entenderse, según algunos, como si dijera: Hasta que yo venga contra los judíos que me crucificaron, hiriéndoles con las armas de los romanos. Y añaden que este Apóstol vivió en aquel país hasta el tiempo de Vespasiano, cuando Jerusalén fue tomada. O bien: "Hasta que yo venga", esto es: hasta

que yo quiera dirigir la predicación. Entre tanto yo te envío al pontificado universal, y en esto sigue mi ejemplo, pero que éste permanezca aquí hasta que yo le lleve como a ti.

Crisóstomo, ut supra

Después el Evangelista expone y enmienda la opinión de los discípulos como se ha dicho arriba.

Este es aquel discípulo, que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas: y sabemos que su testimonio es verdadero. Otras muchas cosas hay, también, que hizo Jesús: y que si se escribiesen una por una, me parece que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir. (vv. 24-25)

Crisóstomo, in Ioannem, hom. 87

Como San Juan había escrito con gran certidumbre, no rehusa aducir su propio testimonio, y por esto dice: "Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y que las ha escrito". Es costumbre no ocultar nuestro testimonio cuando estamos seguros de la verdad, y mucho más aquel que escribía inspirado por el Espíritu Santo. Esta es la razón por qué los Apóstoles decían: "Nosotros somos testigos de estas cosas" (Hch 2,32), y sigue: "Y él escribió esto". Lo que no sólo dice él, porque escribió el último bajo la inspiración de Cristo, por cuya razón insinúa con frecuencia que ésta fue la causa de escribir, dando de este modo a su Evangelio la importancia de su dignidad. "Y nosotros sabemos que su testimonio es verdadero", porque había estado presente en todo, ni se apartó de la cruz cuando Jesús fue crucificado; y recibió a la Madre que Cristo le encargó en señal de su amor, todo lo cual sabe con plena certidumbre. Y si alguno no creyere, indúzcale a creer lo que después sigue: "Hay otras muchas cosas que hizo Jesús". De lo que se deduce manifiestamente que yo no escribí para dar preferencia a la causa de Cristo, habiendo dejado de escribir muchas cosas que dijeron los demás, y haciendo resaltar los ultrajes e injurias; cuando el que escribe en alabanza de otro, pasa en silencio lo que es denigrante para exponer lo que es más glorioso.

San Agustín, in Ioannem, tract., 124

Lo que después añade "Que si se escribiesen una por una, ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir", no se ha de entender que en cuanto al espacio de lugar no podrían caber en este mundo, sino que no podrían ser comprendidas en la capacidad de los lectores. Sucede con frecuencia que las palabras exceden a la veracidad de las cosas, lo que no sucede cuando se esclarece lo que parecía oscuro o dudoso, sino cuando lo que es manifiesto se aumenta o atenúa. La verdad, sin embargo, no padece en su esencia, aunque las palabras excedan a lo que significan de modo que el que habla no quiera engañar. Esta es la manera de expresarse que los griegos llamaron hyperbole, figura que se halla con frecuencia en la Escritura.

Crisóstomo, ut supra

O bien esto hace referencia a aquel poder que obraba en El, pues con la misma facilidad que nosotros hablamos, así y aun mucho más, El hacía lo que quería; porque es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos de los siglos. Amén.

*****Ivory Falls Books te invita a leer las otras Catena Aurea o Comentarios sobre los evangelios de los otros tres Evangelistas, los cuales**

también hemos publicado para nuestros estimados lectores. Esperamos sean de gran ayuda.!!!

Índice